This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

RIVADAVIA
DE
ESKYÉ HIJO
E FLORIDA-355
NOS AIRES

SA 5258.2.5

HARVARD COLLEGE LIBRARY
SOUTH AMERICAN COLLECTION

THE GIFT OF ARCHIBALD CARY COOLIDGE, '87
AND CLARENCE LEONARD HAY, '08
IN REMEMBRANCE OF THE PAN-AMERICAN SCIENTIFIC CONGRESS
SANTIAGO DE CHILE DECEMBER MDCCCCVIII

P. OBLIGADO

TRADICIONES

DE

BUENOS AIRES

BUENOS AIRES

Imprenta de Martin Biedma, 241 Bolívar 535 (nuevo)

1888

SA5255.2.5

HARVARD COLLEGE LIBRARY
GIFT OF
ARCHIBALD CARY COOLIDGE
AND
CLARENCE LEONARD HAY
Dec. 11, 1920
(1, 3-5, 7-10)

TRADICIONES DE BUENOS AIRES

PRIMERA SERIE

INDICE

Prólogo V
El primer grano de trigo 5
El Retiro 17
Los sesenta 31
Hernandarias 39
El contrabandista 50
¡Adios mulato! 60
El físico de los tres sietes 89
Inundacion de Buenos Aires 98
Peregrinacion de un árbol 112
El Virey de las luminarias 121
El dia en que se perdió el rio 132
Viaje al país de la sal 150
El primer dia de gloria 158
Ño Norte 176
La novia sin cabeza 187
El abrazo de la muerte 196

Roque Don..... 205
La primera sangre..... 213
El primer granadero..... 224
Entre San Juan y Mendoza..... 236
La mesa de Rivadavia..... 246
Los veinte y dos..... 264
Un país ingobernable..... 276
El que contó el cuento..... 286
Un rio encadenado..... 295
La campana de Cabildo..... 314
El pastor irlandés..... 328
El hijo del amor..... 343
El Señor del milagro..... 368
Villanokoff..... 385
Historia que parece cuento..... 411
Delicias de un viaje de placer..... 427

PRÓLOGO

— «Híbrido enjendro de indíjenas y españoles, primitivamente, engrosado con los desbordes de naciones del viejo mundo, derramados sobre riberas que atraen por su nombre, es este un país sin tradiciones, sin glorias, ni pasado.»

Y quien tales blasfemias pronunciaba ante cultísima reunion sin que la autoridad policial que pena á los que profieren malas palabras, le llamará al orden, Ministro era, americano por más señas, yankee de profesion, y muy poco diplomático por cierto.

Y soto voce murmurábamos para nuestro capote: «Así paga el Diablo á quien bien le sirve.» Adoradores de la boca abierta, ciegos imitadores de cuanto bueno y malo de ellos nos llega, que siendo americano trae ya sello celestial, apenas pasa dia sin que recibamos cariños á estos semejantes de nuestros primos del opuesto extremo, que sino nos tratan como á primos es solo por hallarse Méjico más cerca.

Y ya el yankee de raza, no como caballo sin freno, que al redomon más morrudo solo con bocado doma en pelos gaucho audaz en plena pampa, sino cual locomotora descarrilada, como las que en su tierra con azas frecuencia se usan, seguía el camino de los improperios.

—Pero que piensan Uds? Creen en algun porvenir? que mañana les espera, si no enmiendan lo andado y torciendo de rumbo se empinan un poco, bien sea sobre los Andes, á ver de divisar más anchos y claros horizontes?

Y este inglés refinado, como modestamente se clasifican los norte-americanos, más coloradote que un tomate, seguía echan-

do pestes sobre la tierra que le hospedaba, empinando la inacabable copita de gin.

—«¿Que han hecho desde su decantada independencia? Ochenta años de lucha por mejorar, y al fin refinaron tanto la cruza que ya dificil es encontrar un criollo de raza.

«Cien combates dieron por engrandecer la tierra, y un pedazo de ella les costó cada victoria, la que hoy estrangeros la invaden, atraidos por ciega sed de oro, y de ellos vá siendo por entero?

Ya era mucho, y la paciencia aun en los más cultos centros tiene sus límites.

Más fosforecente, saltó el primero el General Mayer, no el único argentino que ayudó allá á estirpar con su sangre la esclavitud, por venial omision un siglo retardada en la República modelo, recien abolida sesenta años despues que nosotros.

---Que hemos hecho? Dar independencia á un mundo y ejemplo á Uds. de que no puede existir República con esclavos. Preparar una nacion libre, convirtiendo en venturosas realidades los sueños de los más adelantados filósofos, y resumiendo virtudes y defectos, glorias y desengaños, levantar una nueva mansion libre é independiente para que todos los hombres vengan á gozar de ella. Echar los cimientos de la gran nacion del porvenir, preparando el país abierto al estrangero, que llega á levantar su tienda de trabajo en este bello suelo.

«Precisamente esos altos Andes, sobre los que una vez nos empinamos para independizar vecinas comarcas, perforamos al presente con lazos de fierro que estrechen la familia americana. No solo es nuestra tierra de grandioso porvenir, sino de glorioso pasado.

—*Nuestra!* Esta tierra será de los ingleses que la cruzan con sus ferro carriles, á quienes viviendo de empréstitos, tienen hipotecado hasta el ultimo centavo de sus Aduanas. De los franceses que la trasforman con sus modas, usos y costumbres. De los alemanes que la trabajan. De los italianos que la embellecen con sus monumentos y edificaciones; de tantos otros, antes que del hijo del país, que la convulsiona, absorbido en todas sus manifestaciones por la nube de estrangeros que no quieren dejar de serlo, ni para posesionarse del terreno en que van dejando de lado á los dueños de casa, cumpliendose el adajio: «de fuera vendrá—quien de tu casa te echará.»

«Desdoblen el mapa, cuenten por miles cuantas son las leguas de propiedad extraña, y convenceránse que en hombres,

en industria, en propiedades y en todo, los criollos son los menos.

«Parece hubieran tocado á arrebato.

«De puro patriotas están rematando la patria, y lo peor es que ni en pública subasta, al mejor postor, sinó al más favorito.»

—Nuestros país tiene muy bellas y gloriosas tradiciones, que es indudablemente más fácil negar que desempolvar, animóse á interrumpir tembleque viejecito, patriota del año diez.

—Cuentos de abuelas, Señor! En América no hay más santo que San Washington, y todos los que de su evangelio se apartan, herejes son, y á la hoguera con ellos.

—Debíamos empezar entonces por mandar á pública chamusquina á la Union entera, con sus funcionarios á la cabeza, que se han apartado un tantico de sus principios, observó humildemente el anciano patriota, resto de aquellas tan contadas reliquias que aun no honramos con bastante reverencia sobre el altar de la patria.

Pero, imperterrito perorador hacía caso omiso de interrupciones é indirectas y se le iba la sin hueso, continuando sin control.

—Sigan batiendo palmas al arribo de esos tropeles que en confusion desembarcan diariamente de una sola nacionalidad, no reglamenten la inmigracion, procurándose por seleccion una de élite, y ya verán lo que les pasa.

«Por haber procedido con igual inesperiencia no nos entendemos hoy en Estados-Unidos con cincuenta millones en opuestas tendencias. Se acaba allá de prohibir la entrada de todo asiático, obstaculizando la inmigracion de Europa, que nos vacía sus cárceles, pretendiendo convertir la Union en deportamiento de cuantos le conviene alejar, como presidio de todos los rezagados de la humanidad.

«Nosotros no imponemos la naturalizacion, pero en el medio en que vive allí el extrangero: usos, leyes y costumbres, le asimilan tan instantáneamente á los estantes, que sintiéndose mal, como Juan de afuera, por mil sutiles é invisibles telas envueltos, sin esfuerzo y de un modo natural, por su propio interés se naturalizan.

«Al reverso, oigo aquí tan encontradas opiniones. Los representantes extranjeros contestan «Razonable es incitar á nanaturalizarse á tanto estrangero, por tantos años en el país arraigado, pero como mera invitacion, no como imposicion.» Mientras sus subditos replican: «Está bien, imponednos la na-

turalizacion, si la necesitais, de otro modo, no espereis espontáneamente renunciemos nuestra patria, por la de nuestros hijos, pues eso sería simplemente ser traidores á la patria.

«En esta Capital, al menos, los estranjeros son más que los nativos. Hospedais al enemigo dentro de casa. No olvideis lo que acaba de suceder en Venezuela. Como mejor arreglo de cuentas, en las bien embrolladas de un comerciante con el Estado, la Italia envió una escuadra, menos, un buquecillo no mayor que el que afinaba sus punterias sobre la Aduana de Montevideo, mientras reclamaba á Volpi y Patroni, y cuando otra monarquía europea en inesplicable arbitraje dió la razon ¡cosa rara! al subdito de la monarquía europea, la más poderosa escuadra del mundo en sus multiples ocupaciones ni tiempo tiepara mandar siquiera un bote al recíproco saludo de banderas reconciliadas. Venezuela está muy lejos, y andan moros por la costa, ó pueden salir duendes en alta mar, y cautivar alguna de sus naves, en este momento preparándose para más intrincadas aventuras».

Y reflexiones á estas semejantes continuaba lanzando el yankee, sin acordarse que el engrandecimiento de su patria, débese á la inmigracion, por benéficas leyes allí atraida. Otros le convencieron de su error, aunque un yankee no se convence nunca. A la ultima parte de sus despropósitos nos encargamos contestar, y *á probar que este viejo pais de ayer tiene muy gloriosas tradiciones, viene este libro.*

Resiéntese de la forma diálogada de su oríjen, tema de conversacion en muchas noches.

Uno de los más frios inviernos pasados, reuníanse en torno de hogar amigo, como hasta una docena de jovenes periodistas, abogados, magistrados, todos más ó menos cultores de las letras, y entusiastas amigos de las bellas artes.

Se hacía un poco de música, se oía el canto, el arpa, ya el piano de del Ponte ó el arpa de Levano, y como de sobremesa en la del thé, oíase despues con gusto la atrayente palabra de aquel hábil diplómata que allende los andes llamaban *el príncipe de la conversacion.* Al epigramatico Dr. Mont, seguía la verba del inagotable improvisador, fecundísimo poeta Samper, ó la muy castiza y mesurada del rimador del Rimac, Paz Soldan.

Edmundo D'Amicis llegó á dejar sentir la suave cadencia de la música que escribe. Y Rafael Calvo, representaba escenas admirables de las poesias de Guido Spano, que éste declamaba allí mejor.

Así la corta reunion inaugurada con jovenes escritores del

barrio, podría decirse, extendiendo fuése por las circunvecindades, y Montevideo, Chile, Perú, Colombia llegó á tener en ella un eco, y luego España, Francia, Italia y hasta un poeta ruso, quien más de una vez cantó al piano en su melodiosa lengua, vino á reemplazar la estrofa vibrante aun de aquel bello romano amado de las Musas, cuya melodía hace llorar al recordar el malogrado poeta Pablo Tarnassi.

Aquellas comentarios, posteriormente ampliados, dieron vida á estas páginas, con recuerdos de tiempo viejo.

Si bajo un nombre coleccionamos tradiciones que comprenden algunas del Alto-Perú, Paraguay y Banda Oriental, es porque en la época tradicionada de la patria grande, toda esa inmensa zona abarcaba el Vireynato de Buenos Aires, tan extenso como algun dia los hijos de nuestros hijos volverán á verla.

....Antiguo como la sociedad, el narrador de cuentos tiene su asiento previlegiado al rededor del fogon del campamento, en el dorado salon, ó en la rueda de presos en el húmedo patio de la carcel.

Desde la tienda del patriarca Abraham y aun á la sombra de la palmera del desierto el viejo Noé refería tradiciones antidiluvianas. Homero cuenta cien otras con sus héroes, y el suave Virgílio, como referencia de sobre mesa, en la célebre cena de Dido, pendientes de sus labios deja á esta con la boca abierta su deseado Eneas, relatando la infausta noche, y donde Troya fué.

Tan antiquísimo abolengo reconoce la forma que hemos preferido, universalmente generalizada.

Aun al presente, desde los cuentos de la infancia con que la nodriza arrulla al niño en la cuna, hasta los de las ultimas veladas, cabe el hogar del achacoso octagenario recordando:

Que siempre el tiempo pasado.
Fué mejor.....

En alta mar, ó en el desierto, sobre el lomo de la mula ó el camello, en viaje, en parada, niños y ancianos, hombres y mujeres, en este país como en todas partes, no solo el niño inocente ó el gaucho ignorante, la humanidad toda fué siempre dada á cuentos.

En nuestras costumbres nacionales en cuanto se reunen dos ó tres personas es siempre solicitado el que enseña deleitando, cuya feliz memoria ó viváz imaginacion, cendal de dulces reminiscencias borda, á cuyo través deslízanse insensiblemente las horas en su danza fugitiva, durante la monotonía de larga espera.

Por ello hemos preferido escribir tradiciones, juzgando que hasta en los temas de amena literatura de predileccion deben ser episodios nacionales, pues descollando en ellos tipos de virtud y heroismo á qué irlos á buscar de ejemplo en remotas regiones?

La tradicion patria veta es aun no explotada, si bien hábiles plumas como las de Mitre—Lopez—Sarmiento—Quesada—Trelles—Carranza—Pelliza—Zeballos—Espora—Palmatoria y Gonzalez, muestras de ellas muy ingeniosas publicaron, más son como muestras de lo mucho que espigar hay en tan inexplotado campo.

Acaso cual vejeces de Antaño desdéñenlas algunos de esos sabios de nacimiento juzgando que nada hay que aprender del pasado, importándoles poco saber quien fué el primero que sembró trigo, abrió una Escuela ó introdujo el primer inmigrante. lo que probará unicamente más ingratitud que cordura.

Pero bueno es recordar tenemos ilustres abuelos en las ciencias, las letras y la industria, y que con verdad se ha dicho, en ningun sentido se puede avanzar un paso adelante sin mover el pie de atras. Así, ideas hay correlativas que vienen paso á paso generándose. Se pierde una cosecha, la segunda, y aun la tercera hasta que abonado por completo el terreno fructifica una muy exhuberante, que á cubierto pone de la miseria, asegurandonos el porvenir.

No menos gratitud merece aquel primer maestro de Escuela, Don Francisco de Victoria, que en 1605 reunía *veinte niños* en la primera Escuela abierta en esta ciudad, que Vertiz reuniéndo *doscientos* en las que en 1780 fundára, Rivadavia *dos mil*, cuarenta años despues (1821), al echar las baces de la educacion popular, multiplicados á *veinte mil* por la propaganda de Sarmiento, tras cuarenta años (1861), aumentados al presente en *doscientos mil* en toda la República, por el Dr. Zorrilla cuya perseverancia incansable doblará este ultimo número al cumplirse el tercer período de cuarenta años.

Del mismo modo merece igual grato recuerdo el Capitan Caro, que confiára á esta tierra el primer grano de trigo, como los colonos de Santa Fé que cubren hoy sus más ricos campos de inmensas mieses.

La historia parece injustificables olvidos con frecuencia y este eco vivo del pasado que se llama tradicion venir suele á corregirlo, exhibiendo sobre la superficie de entre los héroes de segunda fila, aquellos que, si más modestos, de más cercana y facil imitacion son para las masas populares de donde salieron.

Apenas imperceptible punto oscuro en medio á océano de verdura, ó cual gota de carmin diluida en el inmenso Paraná, es la agrupacion de nuestra poblacion, apareciendo como raros naúfragos en el vasto piélago tres millones de habitantes perdidos en el desierto de tres millones de kilómetros cuadrados; y mientras con verdad pueda seguir repitiéndose sobre la República Argentina, que tantos vacíos que llenar quedan en su territorio como en su cabeza, tradiciones que reflejan costumbres nacionales, comprobando en diez, veinte y cien episodios y con el repetido ejemplo de cada dia, que *el inmigrante de la víspera es el millonario del día siguiente* acaso no sea su lectura del todo inutil.

Sin pretenciones literarias de ningun género, de sanas intenciones vá sembrado este libro. Si no conseguimos dar color de bronce antiguo á cuadros al natural, bruñidos por la intemperie, aun desechando de sus hojas todas esas apergaminadas de viejo polvo, nos satisfariamos con que alguna de más fresco verdor, llega á recrearos

Acaso el plan no fuera del todo desacertado si el mal estuviere en su ejecucion, iniciada queda senda que más afortunados recorrerán con mayor provecho.

Como á la sombra de un nombre querido dejamos cada una de nuestras tradiciones, inscribiendo sobre ella con cariño el del amigo cuya observacion, reflexion, ó recuerdo inspiró su investigacion.

EL PRIMER GRANO DE TRIGO

(Tradicion de 1527)

Recuerdo al poeta colombiano J. M. Samper.

I

La historia del primer grano de trigo confiado al seno fecundo de esta hermosa region que baña el Plata, no es menos curiosa, que la muy interesante del primer pié de viña trasplantado del viejo mundo.

La introduccion del olivo, del lino, del álamo, melocotones y albaricoques, como de tantas otras buenas cosas que nos vinieron de nuestra cara España, tiene igualmente su tradicion un tanto humorística.

A ellas semejantes, cuéntanse allá en tierra de España, jocosas y originalísimas aventuras en el trasplante del maíz, el tabaco, los polvos de la Vireyna (quina), y tantos otros desconocidos frutos del nuevo Continente, que como la papa, sembrada fué á la vera de camino por ladrones frecuentado, con prohibicion hasta de pararse á mirarla, arbitrio ingeniosísimo para universalisar rápidamente tan nutritivo alimento, pues los ladrones, encuentran por todas partes cofrades y encubridores.

Sabíase que el señor de Altolaguirre, por privilegio especial de real cédula, introdujo el olivo, en la quinta de los Olivos, á

cuya sombra de paz escribimos estas tradiciones, hace recien un siglo, pues hasta entonces solo era permitido exportar aceites de Sevilla.

Se recordaba que ese primer benefactor del barrio, hoy Avenida Alvear, hizo sobre estas barrancas el primer ensayo del lino y otros granos traidos de la risueña Andalucía.

Habíase averiguado que el señor Cobos, abuelo del activo presidente del Club del Progreso, plantó el álamo en la ciudad de los álamos, al pié de los Andes.

Pero, no había llegado hasta nuestros dias, tan general es la ingratitud en todos los tiempos, el nombre del primero que comió pan en esta tierra, para lo que parece indudable antes tuvo alguno que sembrar el trigo.

Ese alguno, ó más bien, ese primer grano, sus peripecias y aventuras, de donde fué trasplantado, en que circunstancia conseguido, dónde, cuándo y por quién sembrado, con mil otras curiosidades de entre empolvadas crónicas desenterradas,—es lo que leerá quien hasta el fin llegáre.

Verdad es que por entonces no habia venido la imprenta á trastornar estos pacíficos pagos, lo que en algo escusa olvidarse, á quien en la concavidad de uno de esos grandes tachos de plata maciza, hondos y sólidos, que tambien servir suelen para señalar horas, salvó el sabroso grano, hasta estas tierras de poco trigo.

Y aquí, por via de ilustracion, consignaremos que doña María del Escobar, esposa del conquistador don Diego de Chaves, fué quien repartió, á veinte granos por cabeza, hasta medio almud de trigo, entre los vecinos de Lima; el negrito Domingo, de Hernan Cortés, el que sembró tres de sus granos en Méjico; y la hermosa andaluza Juana Morales, quien dió á su amante la apetecida espiga, trasportada por uno de los compañeros de Gaboto, y sembrada, nó entre San Juan y Mendoza, sinó entre los cerros del primero y el fuerte de San Salvador, en la otra banda.

Sabíamos que el caballero don Francisco de Caravantes, sembró la vid en el Perú; don Gaspar de Alcacer, las primeras guindas y cerezas; don Antonio de Rivera, olivas y otras frutas, llegando á producirle las uvas, higos, granadas, melones, naranjas y limas por él introducidas, hasta doscientos mil patacones;—mas, traspapelado se había, como el de otros muchos benefactores, el nombre del primer agricultor de estas riberas.

Pero mientras viaja el primer grano que aquí llegó, hagamos nosotros rumbo hacia su patria nativa.

II

....Y al decir su patria nativa, no tema el lector remontemos hasta el orígen de su primitiva procedencia, engolfándole en la antiquísima discusion prehistórica, si fué al Norte de la Persia, en la Caldea ó la Gran China, donde primero sembróse.

Tan vieja como la tierra es la harina; pero, averiguar el primero que la amasó....eso....eso es harina de otro costal.

Más difícil investigacion sería la del primero que comió pan en este pícaro mundo, como desde qué fecha exacta se usa en la tierra.

Recordaremos al respecto un cuento, que allá por la vieja tierra de los Patriarcas, refiriósenos por pálido anciano de aguda nariz, rico en usuras, mendigo al parecer, y judío de raza.

Cierto día, la mansa camella preferida de Thare, llegó á pisar algunos granos de trigo que el viento reuniera bajo la piedra ó escabel. La humedad de la lluvia pegó aquellos polvos, masa haciendo de su harina,—y el calor reconcentrado del suelo la medio coció. Llegó á probar Abraham de semejante amasijo, así por la naturaleza aderezado, y no gustándolo mal, la viva inteligencia del primer Patriarca, aplicando con mayor esmero todas esas sábias indicaciones, produjo el primer pan.

Su esclava trituró entre dos piedras mayor cantidad de trigo, del mismo modo que sus masticadores le enseñáran desde la edad de los dientes á masticar y triturar el grano.

El padre le echó la sal,
Su mujer le puso al horno
Y Abraham se lo comió.

Desde entonces, entre los cieguitos de Ur, de los Caldeos, popular se hizo el cantarcito, que despues de cuatro mil años repítese con su mismo estribillo:

«Fué nuestro Patriarca Abraham
Quien primero amasó pan.»

Así descubrimos cerca de la patria del vino, la del pan; aunque autores chinos sostienen que, cuando Noé se subió á la parra, ó los jugos de esta se le subiéran á la cabeza, yá en la China cansados estaban de borrachos y come-panes.

La primera mencion de tan apetecible alimento, en el más antiguo libro llegado hasta nosotros, es cuando este mismo Abra-

ham, regresa vencedor de Chódorlahomor, y el rey de Salem, Melchisedech, sale á ofrecerle entre los agasajos de la victoria pan y vino, no encontrando nada más halagador al vencedor, que el pan de su invencion, y del que tanto tiempo no probaba bocado en la campaña.

Pero, sin andar el camino del primer panadero, hasta la panificacion de enfrente, que divisamos desde esta mesa, donde en el más perfecto procedimiento mecánico no entran las manos del hombre para nada, quedaremos á medio camino, y antes de dar el nombre del primero que hizo pan en Buenos Aires, escudriñaremos quién sembró el trigo que produjera la harina de su elaboracion.

III

Cierta hermosa tarde de Andalucía, tan espléndida como solo las que el azulado Guadalquivir refleja, hacia las afueras del barrio de Triana, al otro lado de Sevilla la vieja, salía grupo alegre y retozon de avispados mozetones. Iban en animada plática descendiendo caminito al embarcadero, entre curvas estrechas y tortuosidades al amarradero de la barca, para seguir viaje hasta las caravelas fondeadas en el puerto de San Lucar de Barrameda, de donde en convoy con otras de Cádiz, de zarpar tenían para el nuevo mundo.

Entre los alegres andaluces, valencianos, asturianos y algunos navarros, venía el infortunado Hurtado, cuya fatal estrella decidiólo á embarcar su fiel compañera Lucía Miranda, Eva colonizadora de los trigales, por los que hoy Santa-Fé prospera, (su belleza hizo derramar la primera sangre), Lucía, ó más bien Lucrecia, del nuevo mundo, cantada por Labarden, cautivada por Mangora y chamuscada por Siripo.

¡Si serían salvajes aquellos salvajes, echar una mujer á las llamas por bonita, cuando en los tiempos alcanzados muchos son los que en llamas arden por sus desdénes, achicharrados al fuego lento de coquetería á la alta escuela!

Seguían tambien en distintas sendas á las mismas naves los capitanes: Juan Alvarez García, Mena, Rodriguez, Mosquera, Perez, Vargas Oviedo, Francisco Rojas, Miguel Rufo, Gerónimo Caro, Nuñez de Lara, rodeando á Martin Mendez, segundo de Gaboto, y otros oficiales subalternos de la espedicion.

Poco antes de llegar al embarcadero, donde los marineros esperaban impacientes, (pues cada uno tenía por ahí su cada cual prendida al cuello, por no dejarlo partir á un mundo del

que muchos hablaban, pero del que pocos volvían, separóse casi furtivamente, y como por olvido de última hora, el más esbelto capitan, don Gerónimo Caro, y saltando mal cercado de rosas encontróse bajo tupido granado en flor, junto á la Dulcinea, que le esperaba con el último amargo beso, entre dos lágrimas concedido.

Las palabras de miel de despedida en el rosal aquel, no pasaron á la historia, ni los suspiros y llorisqueos de ordenanza cruzados de una á otra parte contraria.

Lo que únicamente se recuerda entre los adioses y jimoteos, al despedirse Caro de su cara mitad en ciernes, deshaciéndose de los brazos de su bien amada, es que, con la última opresion de manos, dejó en las suyas la última espiguita del trigo de su huerto, diciéndole entre tierna y ruboroza, algo á esto parecido:

«Nó la flor del granado, quiero darte, cuyos pétalos rojos parecen gotas de sangre, ni rosas que duran un dia, cuyas espinas semejan las del camino, sinó estos granos, del alimento más universal—el pan nuestro de cada dia, símbolo del amor fecundo que alimentan las almas verdaderamente apasionadas, y que al través del océano, menos inmenso que mi cariño,—te recuerden en su union la nuestra.»

«Guarda esta espiga de trigo, que cual yo solita y olvidada quedó desde la última cosecha. Grano es el más duro y benéfico de nuestra tierra y el que más se multiplica. A cualquiera otra que llegues, siémbralo en bien preparado suelo, como está para tu cariño mi corazon.

«No olvides que quien siembra bondades, cosecha prepara de beneficios.

«Vuelve pronto, mis brazos amantes te esperan».....

.....

Si tendría latines y símiles la niña enamorada, aquella del trigal de Juana, pues Juanunga llamaban á la hija de ese honrado labrador de las riberas del Guadalquivir.

Y un adios, y un beso y un ¡á bordo! sonaron á un tiempo, cuando el grumete volvía en busca del capitan estraviado, que en malos pasos ó traspies andára. Y los eslabones de la cadena del ancla, al ser suspendida, pausada y monótonamente, resonaban cual éco quejumbroso de despedida.

Por aquel entonces no se llegaba en quince dias de España á Buenos Aires, sí, más bien quince meses demoró alguna de las espediciones de Cádiz al Plata.

Al presente, la única ancha calle de tránsito tan conocida hasta en sus genialidades ó alteraciones, puede decirse, está amojo-

nada, balizada, ya nadie pierde el rumbo, por esos mares de Dios.....

.....

.....

IV

Y entre estas líneas de puntos suspensivos, suspenderse pueden siete meses de navegacion, dos motines á bordo, cuatro tormentas, muchas peleas, reyertas, trapisondas y hastío, aburrimiento y monotonía; pero, al fin de todo llegó Gaboto con sus espedicionarios, si no donde él quería, donde los vientos quisieron.

Y cual Colon tropezó con el nuevo mundo sin pensarlo, piedrecita atravesada en su camino, de diez mil millas de longitud, y buscando las Indias Orientales, saliéronle al paso las Occidentales, diciéndole: «Mírenos, señor, que aunque por tantos siglos olvidadas no somos tan de despreciar ni estamos dejadas de la mano de Dios», salió el Plata asomando su abierta boca al Océano, como en busca de quien no le buscaba.

Recien entonces, y como si hubiese dado de narices, contra quein á pesar de sus treinta mil pies de elevacion, desapercibida pasára por los sábios, alzó la vista Colon, cayendo de rodillas ante la magnificencia de la:

«Virgen del mundo, América encantada!»

¡Que tropiezo, y que tropezon! Roca viva, incrustacion de todos los metales y piedras preciosas, peñon de esmeraldas, base de diamantes, entrañas de plata, cumbres de oro fino. ¡Qué perlas en sus mares! Solo una de las de Panamá, *la peregrina*, por ser única en el mundo, de tamaño de un huevo, tasóse en cien mil ducados, y un solo cerro del Potosí, dió cinco millares de duros.

¡Cuántas veces redobló España el precio de aquel puñado de perlas ó avellanas del tocador de su Reina, primitivo fondo ofrecido, *pero solo ofrecido*, para descubrir estos mares sin fondo, y minas sin mucho menos, y nácares y corales, diamantes, rubíes y cuanta cosa preciosa estaba yá al agotarse en el viejo mundo!....

Pero los incautos españoles diéronse tal empacho con la golosina esa, que á pocos años del descubrimiento de América encontrábase más oro en cualquier otra parte que en España; y

en ésta, si no habían tocado á despoblarse, al menos disminuían sus habitantes hasta en una tercera parte.

Mas, á muy lejos caminos llevaríanos el de tales reflexiones.... .....

Recordaremos solo que, así como por otra equivocacion los vientos alisios echaron á Cabral sobre las costas del Brasil, descubierto por casualidad, por otro capricho de los vientos, descubrióse el gran estuario de nuestro hermoso rio, que no obstante su boquita de ciento y tantas millas, nadie hubo reparado en ella, antes de Solís; ni siquiera Magallanes, que pasó en busca de otra cosa por el Estrecho donde dejara su nombre.

Frescas brisas impelieron á Gaboto á esta ancha embocadura, y persiguiendo la ruta de aquel gran navegante dió con la de Solis, penetrando al mar dulce, hasta el rio Solís, que él denominó el Plata, desde las nacientes del Paraná que lo engendran.....
.....

Llegó al fin Gaboto con todos sus capitanes, y costeando Santa Catalina, Maldonado, la hermosa colina donde se extiende hoy en anfiteatro la ciudad de Montevideo, siguió corriente arriba hasta las islas de San Gabriel, y pasando las barrancas de la Colonia, como á veinte millas arriba, echó anclas frente á unos cerros de poca elevacion, pero de bellísimo aspecto.

Entre verdes faldas y floridas lomas corre allí estrecho rio, pero no menos que el Guadalquivir. Fangosas márgenes y profundos pantanos le resguardan; mas, trasparente velo de aguas refleja en sus cristales, ceibos, sauzales, zarzas y espinillos. Alzándose poco á poco las ondulaciones de la campaña extensa y magnífica, váse elevando la cadena de pequeños cerros, á cuyo pie frescas corrientes incitan á beber, descansando á la grata sombra de cimas grisadas, que contrastan entre el azul del Plata y el celeste de un cielo sin nubes.

Fatigados debian estar por tan larga navegacion, sin más peripecias que las discordias de capitanes tan amigos embarcados, como enemistados por el aburrimiento engendrado en la monotonía de larguísimo viaje, cuando sin otra invitacion que la de la pródiga naturaleza resolvieron acampar, y si no poner fin, dejar al menos refujio ó escala allí, para sus futuras incursiones.

.....
.....

V

Cierta tarde en que los soldados espedicionarios ocupábanse de asar un venado en la cumbre del cerro más próximo, aparecióseles un hombre, aunque salvaje en su aspecto, champurreando mal castellano, entremezclando palabras de lengua desconocida, para los recien llegados.

De dónde llovía tal muestra semi-civilizada?

Traido al fogon donde Gaboto platicaba con sus compañeros, hablando trabajosamente, y traduciéndole al vuelo palabras á medio pronunciar, comprensibles, más por la mímica que por su acento, dióles á entender era él uno de los compañeros de Solís, á quien no muy lejos de allí chamuscaron los Charrúas, en tiempo que no podía calcular careciendo de reloj y calendario. Díjoles que no acampáran en ese lugar, pues los indios de aquellos pagos, comilones eran y cebados en carne humana, encontrándola más tierna que la del ñandú, por lo que trabajo, y no poco, costóle salvar la suya del asador. Capricho ó curiosidad de la Cacica, dejóle de muestra para su uso particular.

Despues de larga narración, y exajerar sus pellejerías, en la media lengua en que el regocijado asturiano mentía á sus anchas, confiado en que no había cronista que lo desmintiera, el bueno de Gaboto, reasumiendo su admiracion, dijo:

« Pues si mi ilustre antecesor llegó hasta aquí, teniendo tan desastroso fin por estos andurriales, donde andamos á salto de mata, en aventuras de conquistas y otras cosas que yo me sé, justo es lleven estos cerros su nombre». Y desde entonces llamáronse aquellos *los Cerros de San Juan.*

Poco más adelante, á la isla que hoy se denomina *Sola*, en la confluencia del Uruguay, cerca de las dos hermanas, denominaron de *Solís.*

Así quedó nombre y apellido del primer explorador de este rio, que tambien se llamó como el Uruguay, rio de Solís. Los cerros de San Juan, antes de la isla de Solís, como usaba antes de su apellido, el nombre, *Juan* Diaz de *Solís.*

.....

Tarde de bautismos, y en plural fué aquella. Lástima no hubiera todavía muchachos en América, es decir, con mañas tales, como los traidos del viejo mundo, que gritar supieran: padrino pelao! padrino pelao!

El Capitan Gerónimo de Caro, que con cuchillo cabo de venado cortaba un pedazo de lo mismo, entre uno y otro bocado decía á su jefe: « Pues si Vuesa Merced prestárame su venia,

yo propondría tambien el nombre de Juan para este rio, en recuerdo de mi prometida; y para que los charrúas no chamusquen más Juanes, ni en la forma que achicharrado me há mi ardiente Juana, sembraré en esta region los granos de despedida con tal encargo dados.» Y sacando su gran tacho de horas, desempolvó los que no se habían perdido, de la espiga de Juana Morales, y luego en preparado lugar los sembró. Desde entonces rio de San Juan llamóse el que, corriendo al pie de los cerros del mismo nombre, derrama en el Plata el cristalino raudal de sus ricas aguas que vienen de fecundar la verde campiña oriental.

Poco calentaron asiento los exploradores entre San Juan y San Salvador, y rodeando de tapias al pequeño fortin, alzaron campamento, siguiendo corriente arriba, curioseando por esos mundos.

Remontaron unos el Uruguay hasta el país del ñandú, (avestruz), hoy Paisandú, de donde como á avestruces los corrieron; otros penetraron por el Paraná de las Palmas, y de vuelta en vuelta llegaron hasta la del Carcarañá, fundando el Fuerte de Santi Espíritu, el dia del Espíritu Santo.

Y mientras el grano germina y el trigal crece, y el tiempo de la ciega llega, que dejar suele ciego de miseria y espanto al pobre labrador, en años de seca, echar podemos otro parrafito, pues para todo hay tiempo en tan pesada y larga navegacion.

VI

Si á Juan Diaz de Solís, primer navegante de estas aguas, túvose por el piloto más acreditado de su época, no dejó de irle en zaga su sucesor, el veneciano Sebastian de Gaboto.

Siendo el más célebre astrónomo de su tiempo, nombróle Cárlos V piloto mayor del Reino, y aunque la desinteligencia de sus capitanes le impidiéra seguir la estela gloriosa de la *Victoria*, primera nave que acababa de dar vuelta á la tierra, su audacia de explorador le impelía más allá de donde su sucesor había llegado.

De los seiscientos hombres con que zarpara de Sevilla en Abril de 1526 en cuatro navíos, despachó con los más decididos en uno de ellos, Uruguay arriba, al Capitan Juan Alvarez Ramon, quien fué muerto por las tribus Jaras.

Dejó Gaboto á cargo de sus dos más bravos capitanes, los fortines de Salvador, y Santi-Espíritu. Lara en éste, y Caro en

el primero, y escojiendo sus cien hombres más decididos, siguió con dos pequeñas embarcaciones improvisadas, por el Carcarañal, hasta la confluencia del Paraguay con el Paraná, continuando al gran salto de sus aguas.

Peripecias y aventuras de todo género no escasearon en tan dilatada exploracion, y habiendo llegado á Angosturas, en el rio Paraguay, tuvo el intrépido Gaboto que abrirse paso al través de las trescientas canoas con que los indios Agaces se lo disputaban.

Peleando con unas tribus, celebrando alianza con otras y alternando, ora la astucia ó la fuerza, arribó hasta el confín de los Guaraníes.

A recibirlos salieron éstos en son de paz y hospitalidad, más arriba de la Asuncion, apareciendo de mejor aspecto, aunque en el traje de Adan, que era el de sus dias de fiestas, adornados de vistosas plumas y fulgentes chapas de plata, sobre las que se les iban los ojos á los españoles, y á quienes de buen grado cambalacharon por chucherías, cuentas y abalorios.

Con tan abundante cosecha de pendientes de orejas y narices reunieron presente, que digno de Rey reputaron; siendo esa la primera plata de América á España, conjuntamente enviada con la más grande mentira, de ser apenas débil muestra de la region de la plata.

Patraña semejante surtió efecto, y, en la Córte de Cárlos V, del Emperador abajo, tomaron el rábano por las hojas, es decir, el todo, por la muestra.

Como en cartas y comentarios de antecámara, y correspondencias, empezó á repetirse de *el rio de la Plata* refiriéndose á éste de donde enviaron la primicia del codiciado metal, Rio de la Plata quedó.

Y cuando tarde súpose que aquella muestra era todo lo encontrado, yá el nombre había volado en alas de la codicia, como halagadora esperanza á pobladores ingénuos, generalizándose en mapas, cartas y globos, y Rio de la Plata se designaba desde arriba de la Asuncion hasta Montevideo, al que corre por la única region donde no la hay.

VII

Pero mientras Gaboto amansaba guaraníes de blanda índole y domesticaba timbóes, los charrúas situados en el primer fortín tenían á mal traer al Capitan D. Diego de García, arribado con otra espedicion de España al campamento donde quedó Caro sembrando trigo.

A tal punto llegado habian las estorsiones contra los pobres indios de los alrededores, que cansados ya de sufrir, una buena madrugada se los madrugaron, y asaltando la fortaleza mataron á unos, despernancaron á otros, dispersaron los más, abandonando todo, hasta el trigal de Juana, refujiándose en el Puerto de San Salvador, donde verdaderamente salvaron en el Departamento hoy de Soriano, por donde empezó despues la poblacion estable de la República Oriental.

Y lo más singular del caso, es que hasta dos años más tarde, cuando triste y cari-acontecido el Capitan Mosquera, pasaba de regreso por allí, con los últimos restos de la desastrosa expedicion de Gaboto, yá vuelto él á España, escapados por encontrarse ausentes del fortín, la noche que el de Santi-Espíritu ardia no encontró otros restos ó señales del primitivo asiento, que el rastrojo del trigal aquel, espontáneamente resembrado al caer su segunda simiente, sobre terreno regado yá por el sudor y la sangre de los conquistadores.....

.....

Queda así esplicado, cómo á la sombra de los cerros de San Juan, sembró en 1527 el primer grano de trigo el Capitan D. Gerónimo Caro, recuerdo de su bella andaluza, la enamorada Juana.

La pobre desconsolada, cual sospechaba en aquella tristísima tarde de despedida, no estrechó más á su desgraciado amante, quien pereció como la mayor parte de sus compañeros, antes de regresar; pero, el nombre de aquel primer agricultor del Rio de la Plata, digno es de loable memoria.

Recordádose había alguna vez que los tres granos de trigo con que el negro Dominguito, asistente de Hernan Cortés, cubriera de mieses el vasto Imperio de Montezuma, fueron aquí arrojados en la costa vecina por uno de los compañeros de Gaboto; pero, olvidábase que el papel de María Escobar, la Céres peruana, que derramó igual simiente en el no menos vasto Imperio de los Incas,—estuvo en ésta representada por Juana Morales, la prometida del Capitan Caro.

Y esto de más noble tuvo el origen de tan modesta sementera. No el obtener la codiciada joya por Cárlos V ofrecida, (dos largas barras de plata maciza á cada uno de los que aclimatáran semillas de España), sinó el recuerdo de joya más preciada, del amor de una mujer, nos envió el grano apetecido.

Coincidencia de notar es, que la misma Nao, que trasportara á esta parte del nuevo mundo el más fecundo y nutritivo grano, retornara conduciendo las cuatro primeras arrobas de plata.

Y aunque documentos, como apuntalamientos históricos no se exijen á los que no historia, sino meras tradiciones escriben, quien dude de ésta, leer puede siquiera la posdata de la carta que á su padre escribía D. Luis Ramirez, el dia diez de Julio de 1528 desde el Puerto de San Salvador, en este rio Solís, poco más arriba del primitivo trigal del Capitan Caro.

«Hago saber á vuestra merced, que esta tierra donde agora estamos, es muy sana y de mucho fruto, porque se sembraron por esta tierra para probar si daba trigo, y sembraron cincuenta granos de trigo y cojieron por cuenta quinientos cincuenta granos, esto en tres meses de tiempo, de manera que se dá dos veces al año, escríbole á vuestra merced por parecer cosa misteriosa».....

.....

Incrustado este fragmentito como muestra, sinó del trigo, de la anticualla repeticion en cartas de Antaño, aquí quede.....

.....

EL RETIRO

ó

ERMITA DE SEBASTIAN.

1537

Señor D. Ricardo Trelles

I

—¿Por qué se llama Retiro?

—Porque así le pusieron, contestó Perogrullo.

Mas, poco satisfecho con tan ingeniosa descifracion, en nuestra manía escudriñadora de papeles viejos, andando y rebuscando díceres dimos con el consabido pergamino carcomido, de donde estraímos la presente tradicion, escrita para nuestro solaz, y sacada hoy á plaza para que sepais, olvidadizas lectoras, á qué ateneros sobre el orígen del nombre de plaza de tantos nombres.

El perímetro comprendido entre las calles de Arenales y Charcas, Esmeralda y San Martin, reducido á treinta mil metros cuadrados, de la doble extension que contaba, rodeado de elegantes edificaciones, como el chalet del Conde del Castaño, el castillo de Villar surjiendo entre los cuartujos de las sargentas del Retiro, los bellos frontis de casas como las de Torquinst,

vis á vis á la ruinosa cuartería de la plaza vieja,—á más de su denominacion oficial *Plaza San Martin*, popularmente conocida por *Retiro*, há tenido otras muchas:

«Campo de Gloria», «Plaza de Toros», «Campo de Justicia», «Mercado de Esclavos», «Plaza de Marte», «Cuartel de Granaderos», «Ermita, punta ó barranca de San Sebastian»,—segun los sucesivos destinos con que fué ocupada. Pocas localidades como esta soportaron la carga de tan multíplices nombres.

Como de cualquier modo, predominado há el primero, investigaremos: ¿por qué al Retiro se llama Retiro?

¿Acaso, cual su nombre lo dice, era lo que más afuera ó retirado quedára?

Pero, siempre más distante estuvo la reduccion de Recoletos, el Hospicio ú Hospital militar de San Martin desde 1605 en San Telmo, la Convalecencia, donde lejos de convalecer enloquecen, los que entre locos viven, y otros sitios así históricos como de historia.....

Tampoco, porque destinado estuviera para retiro ó descanso de inválidos los cuarteles de la marina sobre la batería Abascal, fundada por el virey de este nombre, y cuyos cañones dominaban el canal interior, y los *Pozos,* célebre combate donde la escuadrilla brasilera fué deshecha en el Plata.

Retiramos tanto de nuestra vista como de nuestra memoria á los pobres inválidos, restos gloriosos de los que nos dieron patria, que nunca ésta acordóse de acordarles un decente retiro.

No mejor informados estaban ramplones papeluchistas al afirmar que, el nombre este de tanta historia, conmemora la retirada de los ingleses, quienes por allí dispararon caminito al embarcadero, cuando los dueños de casa sacáronlos á escapaperros, obligándoseles á largar presa de tanto peso, como la ciudad de Montevideo, con todas las bellezas orientales.

Conquistas y reconquistas, son fechas recientes, y más de cien años antes de 1807, desde 1702, llamábanse *las casas del retiro de los ingleses*, por el asiento de esclavos que la compañía británica tenía allí, aleccionándolos en diversos cultivos, en las laderas de tan pintorescas barrancas, hasta repartir todo su cargamento de ébano.

II

No queda más, en recuerdo del Buen Retiro de la coronada Villa, sin duda se puso nombre á tan ameno paraje, á igual dis-

tancia de la puerta del Sol, en las afueras de Madrid, aquél colocado en la misma situacion, como la plaza principal aquí.

Coincidencia de destinos y de nombres vinculan las dos primas.

Ermitas hubo en ambas, y hasta del mismo San Sebastian. La estatua de Velarde y Daoiz, primeros héroes de la independencia, se alza allí, como acá la del fundador de la independencia americana, San Martin.

Por aquella echaron los españoles á los franceses, y por ésta espulsaron nuestros padres á los ingleses. Hubo en ambas, plaza de toros. Los jardines del real Retiro, sobre el estanque del mismo, y aquí el paseo del Retiro.

Por ahí terminaba el éjido de la ciudad, como aquí; y por no alargar más la lista de afinidades, dejamos para mejor ocasion otro par de docenas de coincidencias históricas, pues á más de haber sido ambos retiros, ermitas, fábricas, paseos, campo de instruccion, de justicia, de abasto,—tambien fueron sitios de borracheras, juegos, disputas y riñas, de duelos, suicidios, asesinatos y fusilamientos, rebeliones, motines, revoluciones y combates, de asonadas, meetings y rabonas; de estafas y raterías, robos, hurtos y hurtadillas, de citas, amores y amoríos, escalamientos, raptos y campo de amor libre, como féria de vanidad, de celos, de envidia, de cólera, etc., etc. Todos los vicios de la córte allí y toda una córte de vicios aquí.

Anotaremos únicamente, que la calle del empedrado subía hacia el Retiro de Buenos Aires, como la primera allá empedrada, (no mucho antes de ésta), descendía al de Madrid; que sobre ésta, parte el ferro-carril del Norte, como bajo el nuestro corre el tren en la misma direccion. Allí hubo la primera fábrica de porcelanas, de paño de San Fernando; aquí la primera fábrica de cerveza, la *Cervecería*, de velas, de gas, de paños, y tiene en ella paño en que cortar quien se dé á crónicas y anticuallas de barrio.

Voló un polvorin allá, por igual esplosion volaron aquí los cuarteles del Retiro. El poeta Lope de Vega, cantó las fiestas del Retiro, en su inauguracion,—como nuestro épico poeta de Mayo, tambien Lopez, cantó las glorias del Retiro en 1807; y en fin, por ahí empezó el más rico banquero español el moderno barrio de Salamanca, como el más acaudalado de los jovenes argentinos alzó en este el primer Chalet rodeado de preciosos jardines.

No hay más! dimos con la tecla. Retiro se llama éste, porque Retiro llamaron á aquél.

Si cuando decimos que, si no gemelas como las de «25 de

Mayo» y «Victoria», primas por afinidad son las dos plazas, nadie nos desmentirá.

Pero.....siempre se atraviesa un pero.

Papelito canta, y si solo el 3 de Octubre de 1632 inauguraba Felipe IV, con pomposas fiestas dignas del Versalles español, el real sitio del Buen Retiro,—mal pudo éste, que no tenía nada de real, tomar el nombre de aquél, cuando vino al mundo, ó á la historia, con un siglo de anticipacion.

Desde el primer documento de que memoria há en nuestros anales, á acta de bautismo semejante, ó fundacion de Buenos Aires, ya en 1580 leíase en él: «. ....» las doce cuadras al norte, llegan hasta la cruz grande de San Sebastian, quedada como mojon y término del ejido, por aquel lado.

Verdad és, que antes de Felipe IV, el segundo y peor de los de este nombre, cuarto tuvo allí para llorar sus penas, que siempre el remordimiento siguió de cerca á los tiranos.

Al rededor de ese real sitio se levantaron jardines y estanques, palacios y paseos, donde hoy el Prado y la Castellana, los Recoletos, el Museo y Observatorio, reunen todo lo más bello é inteligente de la coronada Villa, en que se fijó la córte, por los años del nacimiento de Buenos Aires.

Mas, lo que empezó antes de ser el Trianon de los Felipes, por cuarto del segundo Felipe, donde él, su hijo y su nieto, solian retirarse á pasar el tiempo santo, ó con ocasion de tribulaciones en su casa, y que el cuarto rey de ese nombre dispuso se llamára Buen Retiro, antes denominado Gallinero, despues Jardines del real sitio, y al presente Parque de Madrid,—no llega á fecha anterior de 1560,—mientras el solar historiado, ya en 1580 hacía más de veinte años llamábase *retiro de San Sebastian.*

Pero si cuando se fundó la actual ciudad de la Santísima Trinidad, sobre el puerto de Santa María de los buenos aires, ya el retiro se llamaba Retiro, que ánimas del otro mundo andarán por estos pajonales para dejar nombre en él?

—Ahí verán ustedes! era realmente ánima en pena, sinó del otro mundo, quien grabó en aquel sitio su nombre, al pie de la Cruz,—¡y que Cruz! pesada como la de sus pecados. Fué la primera que en esta tierra se alzó, y la que más duró en ella.....

.....

—

III

Allá por los años de 1608 y hasta mucho despues, subsistía hacia el estremo norte de la calle San Sebastian, (hoy San Martin), sobre la barranquilla que desciende á la ribera, agreste y vestuta cruz, derruida y casi cubierta de salvajes enredaderas que la ocultaban bajo exhuberante vegetacion.

Toscamente formada con dos de los innumerables espinillos, que en dilatada selva de granos de oro bordaban la ribera del plateado río, aquella vieja cruz, ó más bien la antigua ermita de que era vestigio, legó su nombre á ambas localidades: la plaza y la calle.

Cuántas veces tosco leño, ménos, frágil hoja, dura más que monumental construccion y salva con mayor frecuencia un nombre, una fecha, una hazaña, no conservada en mármoles ó bronces.

El penitente que ocultaba su refugio entre los pajonales de la costa, haciendo vida de ermitaño, vivió al principio en uno de los socabones de la barranca, pero perseguido por las frecuentes inundaciones del río, entonces más próximo á ella, subió, y entre el cardal espeso que se extendía en libertad sobre bajíos y barrancas, alzó el símbolo de la redencion, cuya fé le salvó sin duda por el arrepentimiento.

Colgaban de su demacrado rostro macilento y enflaquecido, largas y cenicientas barbas. Viejo escuálido y perni-quebrado, caminaba con dificultad, apoyado en nudoso tala arrastrábase por las diseminadas chozas, más que mendigando caridad, repartiendo socorros.

Único habitante de salvajes soledades, al entrar la noche tendía sus redes y trampas de ocultados lazos, y cuando en las de tierra no caía algun venado ó avestruz, en las del río bagres ó surubíes, sábalos ó pejereyes, prendíanse siempre algunos, para proveer á los necesitados.

De tanto rastrear por los alrededores, observado había virtudes medicinales en ciertas plantas, y así curaba enfermos, como consolaba aflijidos, llevába alimento á los más pobres, postrados por la fiebre ó la estenuacion, derramando consuelos en todas partes, á punto de convertirse en paño de lágrimas de los aflijidos, que por aquellos calamitosos tiempos en esta naciente poblacion—lo eran todos sus habitantes, escasos restos salvados del hambre y de la peste, de la guerra y la miseria.

—

IV

El viejo ermitaño del retiro, humilde y resignado en su piadosa obra, aparecía confortando al débil, reanimando con su palabra y su ejemplo, mientras no hallaba para sí consuelo.

A quien por mal camino anduvo, como lógica é inapartable consecuencia, el remordimiento le espera al fin de la jornada.

¿Pero cuál sería la espiacion de esta alma en pena, en semejantes páramos?

¿Qué grandes crímenes había cometido en desolado escenario?

¿Qué torcedor martillaba su conciencia intranquila, en todas las horas de existencia tan reducida? Cómo podian abrumarle remordimientos de crímenes espantosos, faltando hasta contra quien cometerlos, rodeado únicamente por las fieras del desierto en que vivia?

Esto era lo que se preguntaban los recien venidos al Real ó fuerte de la poblacion, levantada hacia la Boca del Riachuelo de la Matanza, cuando por tortuosas sendas bajaba entre malezas y cardales para atender á menesterosos, y lo que investigará el lector, si sigue hasta su fin la leyenda, ó tradicion de el Retiro.

Cuan cierto es que aún en la soledad más apartada, teatro hay suficiente para el crímen. Si no se saben reprimir los malos instintos, los vicios seducen y atraen de uno á otro, y trás el primer resbalon una costalada, y vicios, delitos, crímenes como eslabones inquebrantables formando ván la pesada cadena que se arrastra por toda la vida.

El hombre bueno, humano y caritativo que encontramos haciendo vida de anacoreta en el aislamiento, y en perpetua oracion ante la cruz que abre sus brazos de refugio al arrepentido, nó en todo tiempo derramó consuelos y socorros. Aunque murio casi en olor de santidad, por su austeridad y las penitencias crueles que él mismo se infringía, la vida ejemplar y edificante de sus postreros dias, frente á la de disipacion y de vicios en la relajada holgazanería de campamento, contraste hacía, en quien no siempre hubo seguido por el recto camino.

Mas, tan notable fué la penitencia, con que por muchos años de sufrimientos rescató su mala vida pasada, que la tradicion popular convertido há en Santo al ermitaño del *Retiro*.

Este Santo, que no lo es de nuestra devocion, faltó mucho para que lo fuera.

Recordemos un poco su vida non santa, pues tantas obras buenas hizo en sus postrimerías, como bellaquerías en sus mocedades.....

V

Bajo, rechoncho, de enfermizo y amarillento semblante, aún se percibía en la mirada sanguinolenta de Sebastian Gomez, algo de dañina alimaña, y en su torvo mirar, lo siniestro de una alma atravesada.

En el asalto de Roma, salvó á su capitan Mendoza del tiro de arcabúz que uno de los centinelas le dirijiéra desde la muralla, derribándole á tiempo; y salvó tambien muchos efectos agenos, de la rapiña de sus distraidos camaradas, sin duda por observar la máxima de, *quien roba á un ladron*.....

.....

Habilísimo en todas las artimañas y peripeçias de un saqueo, activo é ingenioso para despojar á asaltantes y asaltados, distinguióse en esas diversas maniobras durante el cerco y saco de Roma, en lo que solo imitaba fielmente á su capitan, sin llegar á sobrepasarle, que así en vicios como heroicidades, de ordenanza es guardar la distancia gerárgica, quedando el escudero siempre atrás ó á espalda de su jefe.

Por aquellas y semejantes astucias, Don Pedro de Mendoza, retuvo á su lado mozo de tales prendas, alhaja sin igual para encomendarle fechorías, reservándole á su servicio particular. Tan diestro en prender fuego á toda una ciudad, como capáz de prenderle una puñalada al lucero del alba, si cayere éste en las soledades del desierto americano, que contribuyó á poblar, y tambien un poco á despoblar.

Desde el camino empezó derramando sangre, entre bandoleros de su jaez. Como guarda espalda ú hombre de confianza del gefe de la espedicion, tenía vara alta entre toda la muchichanga que le seguía; y así hallábase el primer invitado en toda empresa arriesgada, á más de muchas otras en que se invitaba por su propia cuenta.

Recien salía de San Lucar de Barrameda, con la más numerosa espedicion que dió velas hacia estas playas, cuando ya al arribar á las Canarias, hizo trinar á la que mejor cantaba bajo una *palma* de la isla del mismo nombre. Bien que en este primer robo en comision, solo por amor al arte echó una manito, ayudando como otro de los hombres de más empresa al raptor Don Jorge de Mendoza, sulfurado por los más rabiosos amores contra la bella hija de la Palma, decidida á morir sin ésta.

Salieron los vecinos en defensa de su convecina, y como no pudieran los Canarios volar hasta las gavias de la caravela, hubo tiros y arcabuces, bombardas, pedreros y esmeriles disparados, y una de palos y puñaladas, tajos y reveces, hasta que al fin el padre de la codiciada canaria, quien como buen pájaro exijía algo en cambio de su desdoncellada, descubrió á ésta acurrucadita y acondicionada en el fondo de la bodega, y bien estivados ambos, con su amartelado raptor.

Llegaron ya algo tarde para deshacer el intringues, y el padre de la robada, con el padre del buque, (Capellan de la espedicion), le echaron: éste, una bendicion entre dos latines con agua salada para remendar el gatuperio; y el otro, una maldicion más grande que el barco, por aquello de que á doncella casadera, nadie roba su capital si no se deja robar.

A poco andar Don Pedro de Mendoza, hizo desaparecer, (calumniado como promotor de motines y bochinches), al que en su enfermedad nombrára su segundo en el derrotero, y envidiosos colgáronle caramillo de quererse levantar con el santo y la limosna. Aunque cuatro capitanes fueron encargados de la ejecucion, de quien había de ser la diestra ofrecida sinó del que ya estaba más diestro en el oficio para el manejo del puñal.

No muchos dias pasaron sin que sin orden espresa despachára por la suya, en posta para el otro mundo, á uno de sus compañeros que en la primera reyerta resbaló, (por empujonsito sin intencion), á las profundidades. Era uno de los bandidos asaltadores en el saqueo de Roma, contra quien sin duda asaltáronle celos de oficio, ó de que á sustituirle llegára en la privanza de su jefe.....

VI

Esto fué solo como la introduccion ó ensayo de sus famosas hazañas, en el nuevo mundo. Puesto el pie en tierra, su mano manchó el suelo argentino, con la primera sangre humana sobre él vertida.

Aún no había terminado la quincena de la fundacion de esta ciudad de Buenos Aires, cuando los Querandíes empezaron á aburrirse de traer diariamente víveres al Real; y, en mala hora lo elijió Ruiz Galan, como uno de sus acompañantes en la espedicion á que le enviára Mendoza, pues lejos de solicitar provisiones, quitó las que encontrára, pegando de paso tremenda puñalada al primero que levantó el gallo. Resultado de esto, los indios mansos y de buena índole que no recibieron mal á los espedicionarios, empezaron á retirarles recursos, dieron

formal batalla campal, asaltaron las naves, les sitiaron é incendiaron reduciéndolos por hambre, y á tal punto atocigáronles, que viéronse obligados á levantar campamento. Los vencedores de la señora del mundo, asaltantes de Roma, asaltados fueron por Querandíes en cueros.

Fué la de Don Pedro de Mendoza, la más grandiosa espedicion que arribó al Plata, conduciendo en sus numerosas embarcaciones, más de dos mil quinientos vípedos, y setenta y tantos cuadrúpedos, entre yeguas y caballos. Pero, si estos poblaron, á poco andar, de inmensas bagualadas las desiertas pampas, los vípedos fueron reducidos por el fuego, el hambre, la guerra y la peste, pereciendo con ellos un hermano de leche del Emperador Cárlos V, y otro de carne y huesos de Santa Teresa de Jesús.

Entre las calamidades que desbastaron la reducida colonia, Sebastian no era la menor.

A los cuatro años, Mendoza se reembarcó con sus cuatrocientos elejidos, en busca de mejores campos.

El Capitan Galan, primer tirano de esta tierra, quedó á cargo del Real de la nueva colonia y de los navíos de ultramar, no tuvo que vacilar en la eleccion entre sus ciento setenta valientes, y nombró como verdugo del reducto, ó primer Ministro, á Sebastian.

Ya por entonces, dilatádose había su siniestra celebridad, tanto en el combate del Riachuelo, como en el asalto de las naves, ó en la matanza de Matanzas, á orden del capitan Lujan, que dió nombre al río, distinguiéndose más que por la defensa de sus compañeros, por la ligereza de sus manos, en lo de despojar á propios y estraños, así muertos como moribundos.

VII

Para algo viniera al nuevo mundo aleccionado con los buenos ejemplos de sus superiores, en el saqueo de la ciudad santa; y, no era cosa de respetar más las tolderías non-santas.

Estenuado por el hambre y la miseria, los abandonados pobladores, las penurias del campamento acrecentaban.

Cierto dia de frio y de escaséz, al caer la tarde, lluviosa y de ventolina, por la senda que conducia á la bajada, subía una mujer tiritando, que pidióle un bagre recien prendido en el ansuelo de Sebastian. ¡Cuándo la necesidad, la suprema carencia no fué incitativo á la prostitucion!

«Tanta hambre siento como tú, le contestó; pero en fin, fuerza

es ser galante con las Evas de este desierto. Te lo doy, si te me dás».

La pobre mujer desesperada se abalanza, y arrebatándoselo come crudo el bagre, sin sellar el trato mal cerrado. Sebastian la demanda, y Galan obliga á aquella desgraciada, pálida víctima del hambre, á prostituirse, ó devolver lo arrebatado. De este mal fecho provino otro *Gomez,* que la tradicion recuerda por *el hijo del hambre*, y cuyos descendientes hasta mediados del siglo pasado eran dueños del campo de la Cruz.

Llegó á tal punto la miseria, que despues de haber concluido con todas las alimañas comibles y nó comibles, desayunábanse hasta con las suelas de sus zapatos, quienes los tenían.

¡Si habría gazuza en la naciente colonia!

Otro dia, unos pobres infelices desesperados comiéronse el último caballo restante en la guarnicion. Los demás habían tomado campo afuera verdeando por sus respetos. Solian hacerles cabriolas, y sarcásticas burlas, paseando su gordura con todo garbo, y mientras los vipedos disminuían por la guerra y la peste, los cuadrúpedos se multiplicaban en paz y gracia de Dios. Fuertes y rollizos saludaban con relinchos de alegría salvaje á los soldados, que no podían cazar caballos á pie. Así quedaron los inteligentes animales, señores de la pampa, y de aquellos señores hambrientos, quienes habíanles traido para dominar el desierto.

Descubierto el hecho, el Gobernador condenó á la horca á los tres soldados del gatuperio, y Sebastian hizo su oficio. Hizo más, á la media noche acercóse al racimo humano, y se comió mal suasada, la nalga menos magra.

Al que se manducó un caballo, le ahorcaron, y á quien se comió al ladron le toleraron.

Era el hombre de confianza del jefe, su mano derecha para toda ejecucion. ¿Cómo había de quedar manco?

. . . . . .

. . . . . .

Rodeado estaba de guardias é imaginarias el recinto fortificado, y la línea de centinelas burlada fué en oscura noche, por una mujer que desesperada, prefirió ser inmolada entre salvajes, á seguir sufriendo las torturas inaguantables de esa muerte lenta y llena de dolores.

Despues de algun tiempo esta primera cautiva fué recuperada, por partida esploradora. Galan, más animal que los animales que la respetaron, condenóle, pues nadie podía salir sin licencia, mandándola abandonar más lejos, y fué Sebastian quien la condujo bajo el ombú del primer arroyo.

La tradicion refiere que la mísera Maldonado (de quien tomó ese arroyo nombre), arrojada á las fieras, salváronla éstas; y que un hombre de corazon de tigre, vencido quedó por leona de corazon humano.

Al otro dia, los descubridores del campo, encontraron una hermosa leona con sus cachorritos rondando sin hacerle daño, y conmovidos restituyéronla al fortin.

VIII

Descollando Sebastian por su bandalismo, desde asistente de Mendoza, recorrido había sin tropiezo toda la senda del crímen. Empezando por jugar á la taba su soldada, siguió emborrachándose para evitar el castigo de las armas empeñadas. Recobradas éstas, peleó con ellas á los que le burlaban en una otra borrachera; y, del juego á la embriaguez, y de la riña á la lujuria, las exigencias de sus queridas le incitaron á la rapiña, al hurto, y para ocultar éste en el mayor silencio, el robo le precipitó al asesinato.

¡Cuán cierto es que en toda senda el primer paso es el que cuesta!

Derramada la primera sangre, todo el campo se le hizo orégano, y el estileto fué su ganzúa inseparable para abrir y cerrar, así puertas como corazones.

Lo hemos visto recorrer parte de su vida de bandolero allá, sin olvidar sus malas mañas durante el largo trayecto,—y del modo que perfeccionó la carrera de crímenes en el nuevo-mundo.

«Pero.....

«Todo se paga en este mundo, todos
Los males que cometemos en el suelo,
Cuando no es en la tierra es en el cielo,
Cuando no es á los hombres es á Dios....»

Prematuramente estenuado por tal vida de relajacion, quebrantado, vencido, pasó toda su existencia de crímenes y crápula, entreviendo aterrorizado los abismos en que sus propios vicios le sumerjían.

Postrado por la fiebre, la peste de viruela en Buenos Aires le dejó tuerto, y empezó tan rápidamente su decaimiento que yá sin ánimos para nada, bien pronto cayó de la gracia de su tirano, cual mueble inservible que se arroja lejos.

Refujiado en la borrachera como último quita-penas, cierto

dia que bamboleando y haciendo éses por una de las muy frecuentes que tomaba, resbaló del puente de la Caravela, cayendo en la Boca del Riachuelo, sacáronle medio ahogado y con una pierna rota.

Aquel baño forzado en el rigor del invierno, refrescóle un poco la sangre, y prometió no beber más. Promesa de borracho, no mejor cumplida que la anterior, yá dos veces á un paso de la tumba habia hecho propósitos de enmienda.

Pocos dias trascurrieron y podía apenas con muletas recorrer los alrededores, cuando saliendo del bodegon de la Cantinera, volvió á sus primeros traspiés. Un su viejo amigo, afeábale cobardía ante el vaso del rojo, y para probar lo contrario, de una á otra convidada fuése hasta perder el sentido.

Borracho como una cabra dormía la mona á la sombra del único ombú erguido en la punta de la barranca de San Telmo, y sin aviso previo, trueno gordo retumbando espantosamente le despertó, dejándolo sordo de un oído para toda la ciega.

Tomó esa descarga eléctrica como inmediato aviso del cielo, y el rayo que tocó la oreja tocóle tambien un poco el corazon,

Recorriendo, á los últimos vislumbramientos de una conciencia adormecida, su existencia que era toda larga página negra, encontróse sin perdon, é intentó echarse al agua.

Mas, yá encenagado en el vicio, debilitado por la relajacion, á este hombre de tanta enerjía no le quedaba ni la suficiente para acabar con sus penas.

Un dia acertó á aconsejarle el capellan del reducto, y más que sus buenas palabras, el resultado de sus malas acciones, que en abundancia cosechaba, abrieron un poco con la luz del relámpago su espíritu entenebrecido, llegando á entrever quizá por el camino del arrepentimiento y la penitencia, el supremo perdon.

Mucho tiempo vivió perseguido y atormentado entre negras fantasmas de crímenes sin cuento, y aquella primer puñalada cuya sangre salpicó su rostro, y el último grito de ese otro camarada que en acalorada disputa arrojó al mar, y aquella pobre mujer á quién obligó á prostituirse por el hambre, cuadros eran, escenas y lamentos inapartables de su vista y de su oído.

Tuerto, cojo y sordo, decaído de ánimo y de fuerzas, su triple desgracia, más que los buenos consejos del Capellan, llevóle al arrepentimiento por la senda de la reparacion.

Oh! como la sombra al cuerpo, sigue el remordimiento al criminal!

Entonces, á pesar de sus enfermedades y achaques, revivió

un poco su postrera enerjía, tratanto de sembrar tanto bien como males derramára en la naciente colonia.

Y llamáronle el arrepentido, las buenas almas. Anacoreta fué, que de Sebastian el bandolero, convirtióse en ermitaño ejemplar; recordándose despues de sus dias el retiro al que había retirádose á llorar sus culpas, por la «Ermita de San Sebastian».

IX

Hé aquí la verídica historia con todas sus luces y sus sombras, del que dió nombre al Retiro; y aunque la tradicion, lejos está de ser la historia documentada á quien se exije puntal ó sostén para cada fecha ó fecho,—vaya por apéndice el indispensable parrafito histórico, como testimonio de algunos de los muchos que en la misma senda que á tal Retiro conduce, nos precedieron, por el mismo caminito que nos vamos á dormir, si dormidos no quedaron yá antes lectores de tan enmarañada tradicion.....

.....

..... «y se le echaron á la dicha mitad de frente doce cuadras, de á ciento cincuenta y una varas; y vino á quedar el mojon nuevo en la cruz grande de la ermita de San Sebastian, que es un poco más adelante de la dicha punta, y la dicha cruz se señaló y quedó por mojon en el sitio donde está»,—deletréase en la más antigua acta sobre rumbos y medidas del éjido.

Cuando la cruz se derrumbó fué sustituida por un cañon, y todavía se lée en la mensura de la ciudad el año 1771.....

.....

..... «á las cuatrocientas y cincuenta varas, que terminaron encima de la barranca grande, se enterró otro cañon, y desde él se continuó hasta tropezar con los mojones del éjido, que fué un todo de donde está la poblacion de los herederos de *Sebastian Gomez;* dejando otro cañon sobre la barranca y sitio de la *cruz de San Sebastian*, donde acaba el territorio del éjido».

Y el historiador Dominguez, agrega, al hablar de la estension que dió don Juan de Garay al éjido demarcado á la ciudad en 1580: «En el linde del norte había una cruz que se llamaba la «Ermita de San Sebastian», y estaba situada en la punta de barranca donde acaba hoy la calle de San Martin».

«Allá en los primeros tiempos vivió en aquellos parajes solitarios alejado de todos, un ermitaño que al decir de las crónicas murió en olor de santidad, y á eso se debe que en aquel

entonces llamáran el Retiro á los terrenos donde habia buscado su aislamiento ese desengañado del mundo».

El señor Pillado, autor del párrafo anterior agrega: «que el milagro de Sebastian consiste en que su *retiro* haya prevalecido sobre todos los nombres con que aquel local se denominó. Hasta la última Guia de Nolte repite: «Antigua tradicion cuenta que en los más antiguos tiempos de los españoles, retiróse allí un ermitaño, y que de ahí proviene la denominacion del Retiro».

Y puesto que desde el acta de fundacion de la actual ciudad, hasta su última Guía repite lo que Guzman y Guevara, Centenera y Azara, Funes, Lamas, Trelles, Dominguez, Wilde y Segurola dijeron, podemos sin temor de pecar repetirlo tambien.

Retiro se llama, porque á tan retiradas y desiertas barrancas se retiró á llorar sus culpas Sebastian el arrepentido.... ...

....

X

Tres siglos y medio há que cuando el sol salía trás del Plata sereno y majestuoso, su primer rayo iba á dorar la tosca cruz sobre la cumbre, alumbrando á la vez tocante escena en medio á las soledades de aquel páramo.

Un hombre en contricta oracion, arrodillado á su pie, elevába fervorosa plegaria implorando perdon y las bendiciones del cielo para la naciente colonia, cuyos primeros humos matinales la envolvian en albos ropages.

Desde la punta de San Sebastian, vastísimo panorama se descubría.

Esa inmensa sábana de agua, ténuemente sombreada por ligeras nubes sonrosadas, en medio á dos inmensidades, contrastaba entre níveos contornos del oscuro azul del río y el celeste purísimo de nuestro firmamento.

Amarillentos pajales esmaltaba la verde planicie, que el avestrúz montarás ó el gamo ligero cruzaba en su fuga.

Raras veces las primeras blancas velas que remontaban, ó descendían del Paraguay, como fugitivas imagenes de la esperanza, animaban el desierto paisaje.

Pero ya al asomar el sol ó despuntar la pálida lna, hermosa y consoladora, como una promesa de Dios, el pecador arrepentido, en perpétua oracion ante la cruz le encontraba allí, así, la primavera al revestir de nuevas flores la campiña, como el aterido invierno, cuyos rigores no detenian en sus obras de caridad, á pesar de sus achaques, al anacoreta de la «Ermita del Retiro».

LOS SESENTA

FUNDADORES DE BUENOS AIRES

—

1580

A mi amigo el popular novelista D. Pedro de Alarcon

I

El miércoles once de Junio de mil quinientos ochenta, amaneció en ésta, nublado, de melancólico aspecto, como fria mañana de invierno.

Dilatándose la mirada sobre inmensa planicie perdíase en cardales sin fin, descubriendo campos desiertos, sin vida ni movimiento.

Sobre claro-oscuro horizonte, destacábanse confusas dos ó tres sombras, vagando de uno á otro lado; ora se fundían en la densa cerrazon, ó rasgada ésta á trechos, agigantábanse en penumbres indecisas.

Verde selva extendía cortinaje de aromeros, en la ribera, esmaltando sus flores de oro encaje de blanca espuma arrojado por el Plata, y las copas azules de espinosos cardos coronaban agrestes barrancas revestidas de silvestres margaritas.

Fué por una de esas laderas del Sud, en cuyo trayecto apenas se encontraba vestigio de poblacion del primitivo puerto «Santa María de los buenos aires», que en la mañana de aquel dia sin

sol, subía audaz explorador, acompañado por pequeño grupo de animosos soldados, resuelto á fundar permanentemente la ciudad de la «Santísima Trinidad», así denominada, por la conmemoracion religiosa en tal fecha.

La gredosa cuesta, sin senda ni camino, pegajosa á causa de la humedad, ocasionó más de una costalada; y como á mitad de ella, el jefe del peloton de vanguardia resbaló, cayendo sobre una piedra hasta allí rodada, sin duda, de los cimientos del primer fortin. Afirmándose en ella, repitió la frase del César: «Tierra, ya te tengo asida»; agregando: «Sobre esta piedra edificaré mi ciudad».

Cumplió como bueno su promesa; pero, en toda la actual ciudad una sola de sus piedras no recuerda á su fundador.

Por lo alto de la barranca, adelantábanse dos de los exploradores, seguidos de otros con cuerdas y estacas. Caminaban, se paraban, iban, venían, observando y escudriñando todo, estudiando detenidamente los accidentes del terreno.

Uno hablaba y el otro apuntaba en el pergamino, lo que decía su compañero.

«Elevaremos aquí el estandarte del real, allá la cruz, más allí el árbol de justicia, y sobre la barranca más alta las tapias del reducto».

En esos lugares, que marcan los primeros pasos de la fundacion, levantáronse despues: el antiguo Fuerte, la Catedral metropolitana, las casas consistoriales, y bajo el Cabildo, la cárcel.

Siguióse la traza proyectada en el plano, y el alarife y el piloto de la única nave, continuaron sirviéndose de la cuerda; midiendo á pasos, clavando estacas y elevando montículos de tierra, dejando así delineado un paralelógramo de dos mil cuatrocientas diez y seis varas de base, con frente al río, y mil trescientas sesenta de fondo al Oeste, dividido en manzanas iguales de ciento cincuenta y una varas.

En el centro y por la parte del río, se designaron dos manzanas para la plaza, levantándose la fortaleza en la lengua de agua, como dejamos dicho; subdividiéndose las demás en cuatro partes, una para cada explorador, á más de la chacra y suerte de estancia correspondiente, é indios y caballerías que más tarde se les repartieron.

Designáronse tres manzanas para la iglesia mayor (hoy catedral), y, conventos de Franciscanos y Domínicos,—una para hospital, y las restantes al reparto particular mencionado, dejando baldías algunas de las que por la parte exterior cerraban el

cuadro limitado hoy por las calles de Estados-Unidos, Temple, Salta, Libertad y la ribera.

La nueva poblacion quedaba asentada sobre una colina suavemente ondulada, cuyas pendientes llevaban las aguas á las dos cañadas que hán sido encerradas en los terceros.

Extendíase el éjido desde la piedra fundamental encrucijada hoy, de las calles San Martin y Rivadavia, doce cuadras al Sud, y doce al Norte, con una legua de fondo, hasta el bajo de Palacios, por el Oeste.

II

Como á eso de medio dia, al enterrar la piedra del tropezon, trasportada por Bernal y Rodrigo, primeros medidores y amojonadores juramentados, disipando la bruma, un rayo de sol descorrió el opaco velo, que la húmeda neblina gris extendiera, envolviendo todo en luz esplendorosa, que reanimando la naturaleza descubrió á las miradas sorprendidas el más espléndido paisaje.

Cayeron de rodillas los actores de aquella muda escena, en el desierto, implorando las bendiciones del cielo para la naciente poblacion.

Grandioso, sin la ondulacion de una ola, ó la sombra de una nube, el Plata en toda su majestad, desarrollaba á lo lejos su azulado espejo. Por el lado opuesto, otra planicie, de un precioso verde esmeralda, formaba magnífico contraste, completando tan hermoso cuadro la inmensa bóveda celeste, bañada de brillante luz.

Por todas partes limpios horizontes, barrancas ondulantes, y allá hacia el Sud, el «riachuelo del Socorro de las canoas», cuyo canal de entrada aproximábase más á la primitiva fortaleza.

Y sobre su salida, la de los Quilmes, y más arriba, la punta de la Ensenada de Barragan, en los límites lejanos, al avanzar hacia la Colonia de la vecina ribera. Aquella curva presentábase como la más adelantada de la extensa herradura de barrancas, en el vasto estuario que por el opuesto extremo hacia el Norte, semicircula enmarañada formacion de islas, al través de cuyo delta derraman por cien bocas el Paraná y el Uruguay sus corrientes á formar el Plata.

Todo este magnífico paisaje de agua reflejaba el no menos bello de tan hermosa tierra. En su altura principal se destacaba aislado y corpulento ombú, como rey de la pampa, brillando el sol, en los bajos sobre lagunas pequeñas cual en escudos de plata esparcidos por el campo tras precipitada fuga.

Donde humeantes penachos de fábricas suben hoy majestuosamente, tornasolados por los rayos del sol, dando testimonio de laboriosa vida en la ciudad colmena,—nada rompía la monotonía del muerto paisaje.

Solo se divisaba uno que otro árbol diseminado por las lomas, y allí donde surje un bosque de mástiles, entre el verde sauzal de la boca del río de la Matanza, descubríase erguida y empavesada con los hermosos colores de la madre patria, una sola nave, conductora de los *sesenta fundadores de la ciudad.*

Procedieron los recien llegados á nombrar vecinos que habian de formar el primer Cabildo, designándose á don Juan Pavon para el puesto de Alcalde de primer voto, á Don Tomás de Castro de segundo, y regidores á Don Francisco Lopez Rincon, Don Antonio Ayala, Don Fernando de Molina, Don Juan de Orué, D. Gaspar de Quevedo, D. Luís de Hoces, D. Antonio de Monte Herrera, y D. Tomás Armenteros. A D. Juan de Santa Cruz confiósele el cargo de alguacil mayor, y á D. Rodrigo Villalobos el de procurador; llegando muchos de los nombrados, pocos dias despues con la gente venida por tierra desde Santa-Fé.

Así quedó trazada, y constituidas las autoridadas, de la ciudad de la Trinidad, posteriormente solo conocida por el nombre de su puerto, originado, como es sabido, por la exclamacion de Sancho, cuñado de Mendoza, al pisar tierra:—«Que buenos aires son los de este suelo»!

. . . . . .

. . . . . .

III

¿Quién era aquel osado capitan que se atrevía con tan reducido número, á empresa tal, en la que escollára el mismo Mendoza con la numerosa expedicion de 2,500 hombres venidos al Plata en catorce naves, cuando aún los indígenas carecían del caballo de guerra, que asombrosamente reproducido en sus pampas, servía despues para hostilizar á los expedicionarios llegados en pequeña nave y unas cuantas canoas?

El bravo vizcaino D. Juan de Garay, seguido del Adelantado Martel, y hasta de sesenta mocetones, reunidos bajo el estandarte de conquista levantado en la Asuncion, para dilatar el país que el cristianismo venía á civilizar.

Pobre, aunque de noble familia, nacido en Bilbao, adivinábase en su carácter leal, enérgico y honrado, á un vizcaino de raza como su compañero Irala.

Poseía, sin duda, más corazon que cabeza, más accion que cálculo ó reflexion, pero á sus esfuerzos y á los de sus compañeros debióse en gran parte la conquista de la region del Plata.

Desheredado de la suerte, el esforzado aventurero al llegar á su mayoridad, resolvió embarcarse á buscar fortuna en el nuevo mundo, trayendo por todo capital, una carta de recomendacion para el Gobernador de la Asuncion.

No sabiendo éste qué hacer del inesperto joven, le nombró su secretario; pero aquél, más inclinado á conquistar con la punta de su espada, nuevas poblaciones que extendiéran los dominios de su rey, que á registrar planillas mal llevadas de encomiendas y reparto de indios, preocupábase bien poco de la secretaría encomendada.

Una tarde primaveral, reflexionando sobre la manera de dar ámplio vuelo á su espíritu emprendedor, paseaba entre los bosques del Paraguay, por la hermosa senda de naranjeros del Lambaré, cuando creyó percibir extraño rumor, como éco de comprimida algazára, llegado espirante, á intérvalos, por ráfagas.

Trepa sobre elevado árbol, y divisa no muy lejos, en el valle rodeado de monte, numerosa indiada, esperando, indudablemente, las sombras de la noche para llevar el asalto.

En vez de escapar al peligro, no retrocede. Reune los vecinos más inmediatos, manda aviso á la Asuncion, y con escaso grupo, sorprende á los mismos que preparaban sorpresa.

Repuestos los indios de la confusion introducida en sus filas, en la lucha á arma blanca, próximo estaba Garay á sucumbir por el número, cuando entre el abra del bosque asomó el refuerzo pedido, y los payaguás huyeron despavoridos á refugiarse tras lejanas montañas.

IV

Así inició sus proezas el valeroso soldado, que con solo un grupo de valientes funda pueblos, dilata fronteras, conquista el desierto, y con suave proceder y atrayente palabra somete más indios que otros con bombardas y arcabuces.

Pero secreta voz resonábale interiormente repitiendo ¡audacia! que el mundo es de los valientes, y así con pocos de éstos se lanzó á conquistar un mundo.

Nombrado por el Gobernador de la Asuncion, capitan para adelantar la conquista con nuevas poblaciones, y designado luego como albacea y tutor de su hija por el Adelantado Ortiz de Zárate, consiguió finalmente que Torres de Vera

esposo de aquella, le invistiera interinamente en el propio carácter de Teniente Gobernador y Capitan General de todo el país por sus esfuerzos conquistados.

Así desde Chuquisaca, desde el Paraguay, y la frontera del Brasil hasta Buenos Aires, nadie en menos tiempo extendió tan rápidamente la fama de sus hazañas.

En las márgenes del Paraná y del Uruguay, del Plata y el Paraguay, quedó profundamente impresa la huella de su planta civilizadora, y Buenos Aires, Santa Fé, Villa Rica, Jerez, no fueron las únicas poblaciones donde sembró y supo hacer fecunda la simiente de civilizacion.

Más que por sus armas, triunfó por su firmeza y constancia, empleando tanta energía para vencer al célebre caudillo Oberá en los yerbales del Paraguay, como ardides y sutileza infinita para desbaratar desde Chuquisaca las intrigas del Virey de Lima, quien pretendía impedir el casamiento de su pupila, con persona decidida á fomentar la conquista del Río de la Plata.

Casó Garay en la Asuncion con Doña Isabel Becerra; y al morir en la sorpresa de Punta Gorda, Diamante, dejó desposadas á sus tres hijas: la primera con D. Gerónimo Luís de Cabrera, quien fundó á Córdoba el mismo dia de San Gerónimo en que Garay fundaba Santa Fé, (1572); la segunda con Vera, fundador de la ciudad de San Juan de Vera de las siete Corrientes, y la tercera con D. Hernandarias de Saavedra; habiéndose casado antes su primogénito, D. Juan (hijo natural), con la hija de Don Cristóbal Saavedra.

La antigua familia de Tejada (en Córdoba) desciende de una Garay.

Ninguno de los exploradores conquistó á la civilizacion más extensa zona, ni nombre más brillante y menos sangriento aparece en los anales de la conquista.

Valiente, astuto, humano, no obstante haber ilustrado su nombre con nobilísimas acciones, hoy no se halla aquél inscrito en sitio digno de sus merecimientos. Para levantar el doble sudario de la ingratitud y el olvido que hace trescientos años pesa sobre la memoria del ilustre fundador de esta ciudad, iniciamos la idea de elevarle estatua que perpetúe su recuerdo.

Triste es, prestándose á desconsoladoras reflexiones, que en esta tierra donde hasta la generosa colonia italiana levanta estatuas á sus tribunos, los nombres de don Juan de Garay y de don Pedro de Mendoza, solo se encuentren en calles apartadas, ó en plazas que nadie nombra.

Los amigos de las letras, los que se afanan por que no se amengüe el brillo de las glorias patrias, no negarán su esfuerzo y su óbolo para obra tal, y su ejemplo será imitado.

Podria nombrar el Instituto Geográfico una comision de su seno, y costear por suscricion popular, el monumento, siquiera fuera modesto, que recuerde á Garay y á sus sesenta compañeros cuyos nombres se grabarían allí conjuntamente con los de las ciudades por él fundadas.

Mientras llega ese deseado dia de reparacion, queden aquí, ya que no se encuentran en publicacion de nuestros dias, los nombres de los esforzados expedicionarios, cuyos brazos abrieron los cimientos de esta ciudad.

V

Vinieron con don Juan de Garay, y el Adelantado Gonzalo Martel:

Juan Basualdo, Domingo de Iraola, Juan Dominguez, Gerónimo Perez, Juan Ruiz, Diego de Barrieta, Juan Fernandez de Enciso, Victor Cano, Juan de Carbajal, Bernabé Veneciano, Juan Martin, Estévan Alegre, Juan de España, Baltazar de Carbajal, Juan Rodriguez, Antonio Bermudez, Luis Gaitan, Sebastian Fernandez, Domingo de Arramendis, Anton de Porras, Ochoa Marquez, Miguel Lopez Madera, Alonso de Escobar, Miguel Gomez, Alonso Gomez, Miguel del Cerro, Alonso Varejo, Miguel Navarro de Zayas, Pedro Avalos, Francisco Bernal, Pedro Luis, Cristóbal de Altamirano, V. Fernandez, Sebastian Bello, Pedro Franco, Antonio de Higueras, Pedro de Izarra, Hernando de Mendoza, Pedro Fernandez de Zárate, Rodrigo de Ibarrola, Pedro de Jerez, Andrés Vallejos, Pedro de Ibran, Lázaro Quiriveel, Pedro Rodriguez, Estévan Ruiz, Pedro de Quiróz, Andrés Mendez, Pedro Moran, Ambrosio de Acosta, Pedro de Zayas, Rodrigo Gomez, Pantaleon J. de Medina, Pablo Cimbron, Pedro de la Torre, Antonio Roberts, Pedro Hernandez y Gerónimo Núñez.

Don Juan de Garay, seguido de su docena de tocayos, y otra de Pericos, completando sesenta valientes, obtuvo lo que su precursor, nó Juan como el de Cristo, sinó otro Pedro, no había conseguido con toda una numerosa escuadra y la decidida proteccion de Cárlos V.

Nadie como Garay, conquistó con menos hombres, tan vastos dominios, y así, con solo los elementos que reunió su genio emprendedor, fundó la primera ciudad de Sud-América.

Adviértense en los nombrados, apellidos que han llegado hasta

nuestros días, y algunas de las familias de Perez, Gomez, Lopez, Rodriguez, Hernandez, reconocen por sus primogénitos á los fundadores de esta ciudad, como la de Fernandez, de donde proviene el popular congresal don José Fernandez, benefactor de la Boca.

Dentro de breves años, aquellas pobres tiendas levantadas sobre la pintoresca barranca, habránse suplantado por sesenta mil edificios, y la naciente poblacion de sesenta expedicionarios contará dentro su recinto seiscientos mil habitantes.

Y cuando curioso viajero investigue, cuál es la obra y cuáles los méritos del honrado vizcaino don Juan de Garay, por los que se le haya levantado la estatua que proponemos, cualquier tradicionista más feliz, podrá contestar: «De pie sobre la piedra fundamental de esta ciudad, girad vuestras miradas por todos lados, y cuanto abarca, y más aún, el resultado es de su obra, fruto de la simiente de civilizacion que arrojó aquí tal dia como hoy, en que pedimos un recuerdo para sus hazañas.

Miércoles 11 de Junio.

HERNANDARIAS

Tradicion de 1626

Señor Doctor Cárlos Saavedra Zavaleta

I

Viejo, amarillento, rasgado y con más arrugas que papel de estrasa, tanto así, carcomido de polilla por un lado, como denunciando decrepitud por todos, tendido sobre la mesa, pues á niños y á chochos mimados la posicion que más acomode—se permite, es el anciano amigo que consultamos, quien ya anda cerca de sus trescientas navidades.

—¡Ave María Purísima! ¿de qué Matusalen nos vá Vd. á hablar? contestó uno de los oyentes.

—De éste, á quién si casi se le ha extinguido el oído y la vista, sus lineamientos y su buen color, como si dijéramos la tinta de su cutis, perdido no há del todo la memoria, ó huella de sus buenos pasos. Trazas dejó en calles, plazas y arrabales del papel por él desempeñado en la primera planta de Buenos Aires, ó con más propiedad, en la segunda, pues yá sus recuerdos no alcanzan á lo que en la ciudad de Mendoza sucedió.

Ciudad fué esta, si nombre de tal pudo darse, al agrupamiento de lijeras chosas rodeando el Real, circundado de tapiales en barro, que apénas contó un lustro.

Sabido es, como los traviesos querandíes, en noche de vento-

lina prendieron las techumbres de paja, arrojando sobre improvisadas cercas, bolas perdidas con manojos inflamados.

Y dejando para otra tradicion la de aquellas humildes habitaciones de paja y barro, abuelas en línea recta, ó primogénitas de nuestras confortables moradas, paréntesis históricos abriremos, satisfaciendo en el corolario la natural curiosidad de cómo hemos podido conservar sin romper pajita por tanto tiempo, este viejo y verídico amigo, hoy que la amistad á la moderna dura tan poco.

II

Apasionamientos históricos ineludibles hay, de que no podemos prescindir ó desacirnos á su contaminosa influencia.

Garay y Hernandarias al principio y fin de la conquista, como Vertiz y Liniers, en los estremos del Vireynato, santos son de nuestra devocion, á quiénes, no solo vela, sinó hacha, hachon y luminaria perpétua encenderíamos de buena gana ante sus imágenes.

Lástima que, á pesar de tantos milagros y buenas obras como hicieron, no se les haya levantado estatua, por más que cada *once de Junio* recordamos en gruesas letras de molde los méritos que para ella tiene el olvidado fundador de esta ciudad.

Hernando Arias de Saavedra, descollante benefactor en la Asuncion como en Santa-Fé y Buenos Aires, fué el primer criollo que tuvo mando en su tierra, y por el Rey como por sus vecinos, por eleccion y reeleccion, quién sus treinta más floridos años, llegó á gobernar.

Aunque su cuna se meciera en las agrestes selvas del Paraguay, por una y otra línea su ilustre alcurnia remonta bien alto, llegando á entroncar con la segunda, el más grande escritor de nuestra lengua.

Pocos años antes del nacimiento del héroe de esta tradicion, aquel sublime manco de Lepanto solicitaba plaza de alcabalero ó cosa parecida, en las reales cajas de Potosí, desairado por su mala letra, no obstante por ella resplandece hoy en las de su tierra el libro de la clásica literatura española.

Acertado anduvo el ignorante Rey, menos recordado que Cervantes y Saavedra, en no encontrarlo bueno para alcalde de Potosí,—él se encontró mejor para legar á su patria un libro inmortal.

De seguro no hubiera nacido «Don Quijote», donde la plata se cría; pero, aquel libro, por lo menos produjo en sus miles de ediciones y traducciones, otros tantos millones para los españoles, como el célebre cerro que le desdeñara.

Y Hernando de Saavedra no acabó su ilustre descendencia en el Comandante de Patricios, Primer Presidente de las Provincias Unidas, y verdadero Padre de la Patria, pues que á sus esfuerzos nació la patria nueva. Siguió á éste su último hijo, uno de los más progresistas Gobernadores de Buenos Aires, y entre sus nietos descuella la esbelta figura del doctor Cárlos Saavedra Zavaleta, por su caballerosidad y carácter, uno de los más nobles tipos de su generacion; y todavía vástagos de aquella progenie se extienden así por Chile, como por el Paraguay y la América toda.

Allá por los años de 1560 vivía algo á las afueras de la Asuncion, humilde familia de cristiano viejo, que padre, madre y un solo vástago componían.

Endebie y espigadito, este último larguruchóse de pronto, y temiendo sus padres por su vida retiráronse un poco tierra adentro, y cuando precisados eran á bajar á la ciudad, de la laguna, sin entrar quedaban por las quintas de la Recoleta.

En todas las ciudades del nuevo mundo llegaron del viejo pisando talones á los conquistadores, muestritas ó ejemplares de cuantas comunidades rebosaban en la Metrópoli, y así vinieron Franciscanos, Domínicos, Mercedarios, como Agustinos, Betlemitas, Juandeodanos, por lo que desde Méjico al Plata tropiézase con las tres primeras, en el referido órden ubicadas.

Pero como el seráfico Solano entreteníase por entonces en aquellas agrestes comarcas adoctrinando naturales á son de música, recoleccion de franciscanos fundado aún no se había en ésta, y donde hoy es la Recoleta se extendían los frondosos naranjales, bajo cuya fragante sombra crecía el débil niño que llegó á ser el más grande hombre de su tiempo, por estas regiones.

Bien pronto, pasada la edad ingrata, su intelijencia y su cuerpo al par robustecieron tomando su organismo resistencia y rectitud tal, que pudo de él decirse:

«Gentil como una palmera
De las que nacen en su país».

Y esa esbelta planta de raza, llevó siempre adelante sin doblegar su paso, su nombre, hasta sus trescientos años en sus sucesivas generaciones. Nuestro ilustrado condiscípulo á quien la presente tradicion dedicamos, digna muestra es de ello.

III

.....Y hoy que están á la moda los viajes al Paraguay, y que toda niña á la misma guardar tiene alguna tosesita de invierno para ir á dejarla bajo los bosques de aquella ardiente zona guaraní, trayendo como amuleto sobre su delicado pecho los más ricos *ñanduti*,—recordaremos el más grande paraguayo que dejó rastro de su paso sobre aquella tierra.

Y qué tierra! Fecunda tierra de promision la llamó el autor de las Misiones, y por eso fundó allí su República modelo. Hasta en el aire brotan flores, como la flor del aire, y su fertilidad es tal que, refiere el último agrimensor venido de los bosques de cedros en Jesús, haber hecho su regreso siguiendo sendas de espigas de oro, brotadas de los granos caídos de los cargueros. En el corto tiempo de mensura había germinado un maizal.

Su flora, su fauna, su clima superior es á todos los que le rodean. No por otra razon se viajan cuatrocientas leguas hasta el centro de la América en su busca.

Qué buena tierra! y sobre todo tan barata, que se adquiere por nada, por ménos que nada.

Prueba al canto la eterna reclamacion Linch, exigiendo como suya, yá no la mitad del Paraguay, sinó todo entero, con cuantos hombres y cosas guarda. Le pertenece por derecho divino ó humano, ó por derecho de amor natural.

Así, aquel el más *preciado* fruto de Misiones, descendiente en línea recta, de los Jesuitas, Lopez, sigue haciendo mal aún despues de muerto, á la tierra que le dió vida.

Sacrificado á su ambicion hasta el último de su generacion, condenó á la que seguía, no solo á pagar todas sus deudas, sinó á que hasta sin camisa quedara, no por el mucho calor, sinó por entregar la casa á la Linch, que para eso se había tomado el trabajo de venir sola, pobre y abandonada, con el solo capital de su belleza, que bien esplotadita no es chico capital cuando se llaman Cleopatra, Eugenia ó Elisa quien lo lleva.

El último Lopez, viendo acercarse á pasos agigantados la inevitable Parca, y que con él moría el Paraguay, pues la triple alianza se repartiría sobre su tumba su tierra, que era lo único que no podía llevarse, pues sus hombres anticipadamente se los había llevado,—subdividióla en tres zonas, calculando la que podria tocar al Brasil, la Argentina y la Oriental, escriturando para los suyos las mejores,

Cierta calorosa tarde de su último Diciembre levantándose de sestiar bajo el hermoso yatay, cuyos flexibles gajos le abanicaban: —«A ver Centurion! (llamó á su ayudante), en aquella carreta queda papel sellado que yá ni para taco de cañon sirve, porque estos macacos del diablo me han clavado el último, dragonée de escriba, y como buen plumífero sin omitir formalidad ni olvidar punto ni coma, escriture el Paraguay para la inglesita ésta, que en tales pellejerías me ha metido por coronarme, nó como lo hizo con su lejítimo, sinó con la doble corona de la ambicion y del martirio.

«Cuidado no aparezcan como apócrifas las escrituras, ni deje rastro ó cabo suelto por el que se les vaya á antojar decir despues que no pagó, que bien vale un Perú mi linda Elisa, no digo un Paraguav».

. . . . . .

Por San Blas! que en la patria de Guaraní de la que es hoy patrono, encuéntranse sobre todas las cosas, dos buenas: la fertilidad de su suelo, y la bondad de sus habitantes.

Y si en país tan rico aun vegetan gentes pobres, es por no tomarse la molestia de enriquecerse,

Ni para qué tener el trabajo de cuidar plata. Verdad, que al presente no la hay, pues no es de la única region que há emigrado, pero hay tierra que sin duda vale más. Si aquella suele redituar aquí el veinte y cinco por ciento al año, ésta rinde el quinientos por uno, y en dos cosechas, aun de granos que nadie siembra ó caen al descuido como anotamos.

El pobre es tan sóbrio, que con unos sorbos de mate, ó caña Paraguaya y pocas naranjas, en la patria de las mismas, satisfecho queda.

Fué de aquella nacion quien dijo no quería ser Dios, pues no podía contentar á todos, y de cantar á la sombra de sus jazmines regresaba aquel de nuestros poetas que agregára: «la noche se ha hecho para dormir y el día para descansar».

No es tan cierto que en la patria de la siesta sean allí un tantico perezosos. La laxitud del cálido clima, enerva y difunde el quietismo é inmobilidad de su naturaleza y ésta, es la perezosa.

Despues de veinte años, no llega el Paraguay á contar la mitad de los ochocientos mil habitantes que poblaban sus nueve mil leguas, antes de la desvastacion de Lopez.

Y aún en los restantes, doble es el número de mujeres, que si éstas trabajan más en la paz, de aquellos murió toda una generacion en la guerra.

Sin brazos, ni dinero sin inmigracion ni iniciativa posible, al

mejor se la damos, qué puede hacer un pueblo sumiso de suave índole, dócil, apacible, seriote, taciturno y desconfiado, y la verdad que tiene porque serlo, tanto fué esplotado.

Llegaron primero los conquistadores, y á sangre y rigor se llevó la conquista, y en mitas y encomiendas repartióse la mitad de sus habitantes.

Despues los jesuitas con el cuento de que habían descubierto la República Cristiana, segun modelo directamente del cielo enviado por Loyola, y tan bueno salió el invento, que convirtió al hombre en autómata, matando su inteligencia. Así malos esplotadores desvirtuaron la humanitaria iniciacion de Hernandarias.

Luego una trinidad de tiranos, blanda masa encontraron en pueblo de tal modo preparado para sacrificarlo á su ambicion, y de puro patriotismo por salvar la patria se comieron los patricios.

Triste destino el del sufrido pueblo paraguayo!

Su aprendizage lo ha hecho á hierro y fuego, pero ya ha pasado el calvario y más risueños horizontes clarean, mejores tiempos empiezan y en una tierra donde su legua se vende por lo que en cualquiera otra parte vale uno de sus cedros, cuando solo faltan brazos que en otras zonas sobran, no puede decirse de lejano porvenir.

Su raza, de natural ingenio es docil en la paz y valiente en la guerra. Pero en region donde hasta sus caminos andan, cruzada de rios, el hombre no puede quedar inmóvil como sus palmeros, sinó flotar como sus cedros arrastrados por las corrientes civilizadoras que engrandecen la patria.

La actividad es la vida, es la prosperidad y la riqueza.

El Paraguay abre hoy sus puertas á la inmigracion, ya no crée que para enriquecer los que vienen preciso es empobrezcan los que están. La riqueza es el trabajo y la actividad lo produce. Cegar hombres como talar campos, no enriquece á nadie.

El último Lopez, el más cruel de todos sus tiranos, llevó á este pueblo sumiso y valiente, hasta el borde del precipicio, alucinándolo en la defensa de su independencia, á la que nadie atentaba. En comprobacion de su buena índole y como resto de las antiguas veinte cuatrias que formaban sus primitivos cabildos en la patria de Hernandarias todavía se llaman *hombres buenos* para fallar en justicia en lugar de Jueces en derecho.

La profesía de su primer profeta Tamandaré, se cumple y desde la hamaca en que perezosamente se mecen, sin agitaciones, sus pacíficos moradores con poco satisfechos, pasan vida

tranquila que ven deslizar mansamente como las claras aguas de sus arroyos á la plácida sombra de sus bosques siempre en flor.

Cuán cierto es que el principio de la felicidad humana está en encontrarse con poco satisfecho. . . . . .

Pero observamos que, el aparte, demasiado nos aparta de la tradicion, introduciéndonos en la actualidad.

IV

Un dia de Abril, allá por los años de 1591, reunían se bajo el árbol de justicia los más influyentes vecinos de la villa transportada del Lambaré, que con el andar de los tiempos á ser llegó Capital de la República del Paraguay, y asiento por entonces de la gobernacion del Rio de la Plata. Ellos nos dieron la primer leccioncita en cuanto á elecciones populares, hoy tan en desuso.

Era por entonces Oidor el experimentado legista don Juan de Vera y Aragon, cuarto adelantado del Paraguay, á quien sordo habian dejado las repetidísimas reyertas entre curas y sacristanes, y revolutis sin fin, en que así engrillaba un Obispo al Adelantado, si éste no se adelantaba á pasar respetuosamente la cadena á los piés de su ilustrísima.

Cansado de tanta trapisonda se retiraba don Juan á descansar en la Metrópoli. De ella no había llegado el pliego de mortaja ó sucesion, si bien malas lenguas murmuraban que de propósito se traspapelára, aunque en realidad, si no había muerto, no se necesitaba su mortaja.

Fué en esa circunstancia que no acertando sobre quien recaer debiera la vara de justicia, acordóse el más avisado, de cierto moceton á quien en más de una vez oído habian despropósitos á estos semejantes.

El tal paraguayito aseguraba que todos eran iguales; que un paraguayo y un español eran de la misma masa, y que no había razas privilegiadas.

Que los payaguás y los guaraníes no tenían obligacion de servir en la mita, ni debian ser repartidos como animales en encomiendas por manadas.

Que al último de los americanos los mismos derechos asistian que al primero de los europeos.

Y mil barbaridades de este jáez, que aun á los mismos bárbaros dejaban con la boca abierta.

Más por curiosidad, que por probar en práctica tan singulares

teorías, en aquella ocasion elijieron entre los elejibles á Hernan Arias de Saavedra, triple nombre por contraccion reducido al de Hernandarias. Y este hijo de la tierra, el primero que subió al mando en América, á pesar de sus estrañas ideas, y tal vez por ellas, llegó á ser el más adelantado de los adelantados del Paraguay.

Ninguno con menos elementos hizo más grande obra, ni abarcó en ella tan vasto escenario desde el Paraguay á la Patagonia, pues hasta doscientas leguas de Buenos Aires llevó su mision civilizadora.

Y si la grandeza de los hombres se mide por la de sus obras, metan pluma y súmese, si no resulta de más de quinientas leguas de largo éste, que no titubeamos en llamar el más grande paraguayo de los primeros tiempos.

Enérjico, activo, de iniciativa incansable, americano de nacimiento y de corazon, miró como propias las necesidades de los suyos, velando cual ningun otro por los intereses de sus paisanos. Fué recien en su gobierno que empezaron á sentirse bajo suave tutela los desgraciados hijos del Paraguay, quiénes parece vinieran al mundo con el sello más remarcable del pecado original sobre sus pálidas frentes.

V

Caracter generoso é inquebrantable, cuando por la buena senda seguía entusiasta en todo adelanto, tenáz en las más árduas empresas, planteó reformas de progreso en todos los ramos, estirpó los abusos y corruptelas de administraciones pasadas y de cuantas esplotaciones de los europeos contra los naturales se habian introducido. Fundó pueblos, adelantó fronteras, alentó el comercio.

El bueno de don Hernan, era hombre y medio para eso de cortar en lo vivo, y así aherrojó esplotadores, como libertó indígenas de la servidumbre. Cual su nieto don Cornelio, doscientos años despues, tuvo la rara idea de creer que los hijos de esta tierra eran superiores á las caras pálidas arribadas del otro lado de los mares, segun ellos para civilizarlos, segun éstos para chuparles la sangre ó engordar y enriquecer á sus costillas.

Y este hijo de un gobernador y progenitor de otros muchos, llevó continuas expediciones hacia los cuatro vientos del desierto, dilatando la conquista por todos lados.

Fundaba en la Provincia de Itatí los pueblos de Farey Bom-

bay y Caaguazú y establecía las Misiones, y mientras que por un lado emprendía el descubrimiento de todo el territorio del Gran Chaco, por otro se internaba en la Patagonia, dirijiéndose al Estrecho. Como todo soldado audaz cuyo consorcio con la victoria no es indisoluble, obtuvo triunfos, sufrió reveces, soportó con entereza los vaivenes de la fortuna que le fueron varios. Cayó prisionero, evadiéndose despues, y realizando más tarde nuevos triunfos, nuevas empresas, cuando de la labor del soldado reposaba, como hábil administrador con acertadas medidas hacía prosperar las colonias nacientes.

Fué su constancia y tenacidad quién obtuvo del Rey la division del Gobierno del Rio de la Plata, Paraguay y el Plata, para facilitar las medidas requeridas al más rápido desarrollo, y sobre todas sus reformas el primero de sus títulos á la consideracion de los americanos es su inicitiva altamente humanitaria.

A la espada, la cadena y el bárbaro castigo, suplantó la palabra de persuacion, entreabriéndose aquellos sencillos corazones de oro á espresiones de amor y fraternidad, y de su ejemplo magnánimo surgió la más importante conquista que admiráron propios y estraños, pues él fué el verdadero promotor de las Misiones en el Paraguay con muy distinto movil que el que las esplotó

El historiador Dominguez, refiriéndose al primer mandatario americano, agrega: «Propuso á la Córte, Hernando Arias de Saavedra, el humano pensamiento de reducir á los indios por medios pacíficos, abandonando el sistema de repartimientos destructor de las razas oprimidas. Tal indicacion fué aprobada por el Rey Felipe III en 1605, y en consecuencia de esto enviados á la Provincia de Guairá los Jesuitas José Cataldino, Simon Mazcha, Antonio Ruiz de Montoya y Martin Xavier Urtosun, quienes empezaron sus trabajos apostólicos por el año de 1609.

VI

Siempre modesto, á la par que enérgico y reservado, jamás admitía otro tratamiento que el de su nombre. Verdad es, agrega otro tradicionista, que habiéndolo hecho tan glorioso valía él solo más que todos esos dictados de que tanto se precian los hombres desde que empezaron á ser suplementos del mérito.

Así en el Paraguay como en Buenos Aires, su paso dejó indeleble huella en multitud de adelantos y obras de provecho.

Durante los primeros años del siglo diez y siete, tras larga estadía en Santa-Fé, fijóse en esta naciente ciudad, y es de aquella época el plano cuyo trazado seguimos, hasta que despues de 1620 realizada ya la division de los gobiernos del Paraguay y del Plata, segun él la propuso, pues en tan dilatada zona imposible era la atencion de uno solo, descendió por quinta vez del mando volviendo á entrar satisfecho á la vida privada de la que bien á su pesar saliera por su genial retraccion, modestia de raza que aún caracteriza á sus descendientes.

Hernandarias fué uno de los héroes más ilustres que produjo la América, agrega un historiador, y por lo esclarecido que era en la paz como en la guerra llegó á designársele con el renombre de padre de la patria, á que se había hecho acreedor por sus méritos y bellos actoe.

Lleno de gloria y de virtudes se apagó la luz de sus bellos dias en la ciudad de Santa-Fé (en 1634) traspasando la fama de sus buenas obras las fronteras coloniales alcanzó el honor de que su retrato fuera colocado en el salon de la casa de contrataciones en Sevilla, como el más descollante de los Adelantados, distincion que americano alguno obtuvo.

Y ya que no nos sea dable descolgar de aquellos viejos muros el descolorido medallon, trascribiremos siquiera su ligero perfil, cual allí le contemplamos un dia en nuestros viajes por la vieja España.

De plácida fisonomía bondadosa, su aire marcial y continente altivo, desprendía como su fisonomía cierto aspecto de gentileza de antigua raza. Su mirada vivaz y penetrante, ya algo amortiguada por el tiempo, parecía asomar á ella su noble alma siempre dispuesta á lo bueno.

Alto, delgado, ojos azules, peli-negro, en una tela de más de doscientos años, lo poco que de su semblante se percibía lo encontramos en armonía con los muchos rasgos que de su noble espíritu generoso recuerda la historia de nuestros primitivos tiempos.

. . . . . .

VII

—Todo eso está muy bien, nos interrumpió nuestro interlocutor. . . . pero, y el amigo de trescientos años, quien ya cum-

plido habrá trescientos uno durante tan larga tradicion, que se ha hecho?

—Ah! se nos quedaba en el tintero . .Pues ese buen amigo de cariacontecido semblante por las huellas que sobre él dejara el paso de los años, es, ó más bien, son restos de un antiquísimo mapa de Buenos Aires y el Paraguay, para la division de su gobierno, groseramente trazado por orden de Hernandarias en un pedazo de viejo pergamino, por lo que dijimos que nuestro anciano amigo era de cara apergaminada.

—Pero, tambien agregásteis que había perdido el color, la vista, pero no la memoria, porque suponíamos un matusalen de carne y huesos.

—De carne y huesos fué, por más estraño que os parezca, que vicho viviente soñára aquí en esta América doscientos años antes de nuestra emancipacion, y cuando todavía ni en Inglaterra, un siglo antes que en Francia, surjiera un Cranwell con la originalidad de descapitar su soberano, (para como niño curioso, ver qué tenía por dentro y probar que los Reyes eran de la misma carnadura que sus súbditos.

Y ese hombre que hablaba ahora trescientos años en los bosques de América, de la igualdad de los hombres, de los derechos de los pueblos, de la extirpacion de la servidumbre de la educacion de las masas, del trabajo libre y pamplinas semejantes, guaraní puro para las cerradas entendederas de la madre patria, que no hijos, sinó hijastros veía en los libres hombres de este nuevo mundo, oriundo era de este suelo.

Este fué el gran mérito del más ilustre de los paraguayos, que presintiera los principios de la revolucion social tan anticipadamente, palabras y promesas por él convertidas en venturosas realidades y que él hizo carne desde los primeros dias de su benéfico gobierno.

Y lo más singular, que aprendió todo esto, no en libros cuya introduccion era estrictamente prohibida en la colonia, sinó en el libro inmortal del corazon humano, que bajo todas las latitudes trae impreso el sello de su orígen divino.

Tal fué Hernando Arias de Saavedra, cuya huella de fundaciones, batallas, combates y espediciones hemos seguido sobre el trazo dejado en el mapa por su orden levantado para regularizar las divisiones de su extendida region.

Despues de él, seis vástagos de su noble alcurnia han ejercido el gobierno supremo en la region que él civilizó. Buena simiente dejó sin duda el frondoso árbol, aquél de la selva del Paraguay.

EL CONTRABANDISTA

(ó el buque del asiento)

—

Al poeta peruano Sr. Pedro Paz Soldan

—

I

Érase un portuguesiño sin fondo, en lo de empinar la bota, pero de peso, bajo, grueso y sólido de su obesa humanidad, y tan pobre que ni llama tenía. Pero como de algun modo se le había de llamar, el patron de su pueblo le prestó el suyo, pues muchos préstamos de tan poco gasto hacer suelen los santos patrones, y aún los patrones non-santos.

Mas, si con los años llegó á tener nombre nunca se dió el lujo de un pronombre, y como entre portugueses plaga hay de Sebastianes, apellidóse con el de su lugar, dando así en llamársele desde sus primeras calaveradas Sebastianillo de Coimbra.

Fué al pie de esa hermosa sierra que decora con fantásticos y caprichosos recortes, de cimas y lomas el estrecho reino lusitano, donde brotó semejante granuja casi llegada á Santo. Y tal vez, el parentesco de aproximacion ó nacimiento, con aquel líquido topacio, que corre cual sangre de sus venas, por todas las vertientes de Portugal, fué quien infiltró en su ser, debilidad tal de carácter, que apesar de su buena índole arrastrado vióse por ella á los actos más depravados.

A este hijo sin padres, nacido en las pintorescas laderas de Coimbra, en cuyas rocallosas faldas cabrillean serpeantes viñas,

rivales de las que el Duero riega en el vecino Porto, recojiólo una noche de invierno en las riberas del Mondego cierto bodegonero, tras de la Sevelha ó catedral.

Coimbra es tan celebrada por su Universidad como por sus dorados racimos, y si no era travesura de alguno de sus estudiantes en cabeza (hasta el presente acostumbraban no cubrírsela ni en la calle), la que le dió paternidad, si fué sin duda, el jugo, generoso de sus viñas quien le nutrió.

De esta suerte, Sebastianillo, borracho nació, ó poco ménos pues criado por revendedor de lo bueno, viveron de oporto fué su nodriza, esplicándose con naturalidad cómo la bota que le amamantó desde su primer dia, constituyérase en inseparable compañera de todos los siguientes.

Pero, las malas compañías tienen siempre funesto resultado, segun el padre Cobos y otros teólogos de su jaez, y la botella dió con Sebastian no solo en tierra, sinó casi en el infierno, á estar al viejo Astéte.

Lo que sí, en tal caso, hallarse há en buena compañia, pues que si Noé fué el primero, Alejandro no fué el último eslabon de la cadena de ilustres borrachos, ni el único que en su embriaguez mató al ser más querido.

Despechado con el oporto, este fué su vida, por él vivió fortificado y tan valiente; por él realizó ciento y una barbaridad, siguió su camino haciendo eses, y en las curvas y zig-zag de su tortuosa senda, fueron más de él, que de sí propio, sus faltas todas, caídas, resbalones y estrellamientos, así físicos como morales.

Parado ó apuntalado como racimo de muestra, sobre el humbral del bodegon donde aguaba el vino en una de las callejas de la empinada sierra, que sombrea la ciudad de los doctores, pasó sus primeros años dando traspiés, que no pininos le enseñára el vinillo, nunca para él aguado.

Pero, esa tierra de vino y miel, que tan dulce se prestaba á amamantar desde su primer vagido á un hijo sin padres, (no cuenta la tradicion los tuviera), había de ser, á la vez que su nodriza, su perdicion.

El era bueno, bien inclinado, generoso cual bastardo de hidalgo lusitano, de buena índole, ávido de ingenio, fuerte para el trabajo, laborioso, incansable, constante, honrado en cierto modo, y hasta valiente.

Sí, sin duda, que Sebastianillo de Coimbra, fué hombre valiente.

Como lo veremos en el trascurso de esta verídica tradicion aunque para ciertos lances dábale valor el pajarete,, y en medio

de su embriaguez llegó hasta despachar alguno, en el despertamiento de su alma, cuando más embotada y enceguecida en el vino parecía, supo tener el supremo valor de vencerse á sí mismo.

Desafió los rigores de su ingrata suerte, los calores de la montaña, las tempestades del mar, el hambre, las flechas de los Charrúas y hasta las tentaciones de San Antonio.

¿Sería este aislamiento el que agrió su carácter, ó el vinillo traicionero, quien le debilitó demasiado?

II

Sucedió que un dia, ó más bien cierta noche, llegó á pasarla toda en blanco de un tiron, velando entre las cartas y las botellas, dentro el sucio fijon ó ahumada trastienda, grupo como hasta de doce marineros del alto Duero, de paso, á embarcarse en el puerto Betlen, sobre el Tajo.

Alegres, contentos y satisfechos, mecidos por risueñas esperanzas de grandioso porvenir, venían reclutados para emprender uno de esos atrevidos viajes, tan largos y penosos, que generalmente no tenían fin; pues si no daban fondo en el del mar, concluian frecuentemente en la eternidad.

A nadie se forzaba, pero se anunciaba un gran enganche, una gran borrachera y con tan gran cargamento de esperanzas fácil era reunir numerosa leva de audaces navegantes.

Tantas cascadas de perlas y esmeraldas, tantos lingotes y barras de plata pasaron por la mesa de aquella última cena, tantos brillantes y perlas preciosas contaron traer de «El Dorado», del país de los brillantes ó del Rio de la Plata, donde corría como linfa pura este blanco metal limpio de escoria, que las cavas de la nave á tripular, estrechas parecian para tan cuantiosa carga.

Esas narraciones fantásticas, aumentadas por la distancia, el aguijon de lo desconocido, reforzado con el calorcillo del oporto, bastante fué á seducir la imaginacion débil del enfermizo portuguesiño; y á la mañana siguiente, el grupo de marineros que partía á embarcarse para América, aumentado se hallaba con Sebastianillo.

Qué dulce noche para los resueltos marineros, aquella última, pasada en el puerto de donde saliera Vasco de Gama, á descubrir un mundo! El oporto añejo hacía sus efectos, relampagueando mil ensueños color topacio, regresaba cada uno, con su barquito cargadito de oro y plata.

Lo que sufrió Sebastian en tan larga travesía del uno al otro continente, no es para escrito.

Mareos, barquinazos, caídas y resbalones, mojicones de los unos, encontrones de los otros; grumete trepando todo el dia vergas y velámen, vigía á caballo sobre el bauprés en frias noches de viento y oscuridad, dolores y padecimientos sin fin, angustias y temores de cada hora, secáronlo de tal modo, que sufrió una completa trasformacion.

De muchacho alegre, listo y decidido que era, aguósele la sangre, y como chupado por brujas se metamorfoseó el galopin.

En las jarcias, en el velámen recogiendo risos y largando paño, entre tajos, reveces y puñaladas dadas y recibidas, al fin llegó en la «Esperanza» á la colonia.

Pero, aunque descendió de la barca de ese nombre, no pasó de esperanzas, en cuanto á lo de inmediata fortuna é inmensos capitales, como aquella del Santísimo Sacramento, no pasó de Colonia, ni llegó á Capital.

Curtido de cuerpo y alma en tan rudo aprendizaje, al que borrachin aguador de vino encontramos, tres años despues, vino á aguar los amores de su patron, sin duda, por no perder su primitiva costumbre de aguar todo, y al fin le llamaron agua-fiestas ó águalo todo.

De algo le sirviera lo que aprendió en alta mar y tan buen contrabandista salió en el «Plata», como fuera buen nadador en el Duero, Tajo y Mondego.

III

Por aquellos tiempos en que los benditos amos de la metrópoli entendian tanto de achaques geográficos, hasta equivocaban en sus cartas si las Filipinas estaban en Argel ó Potosí, proveyó el Rey en su largueza hacia súbditos que amaba con paternal cariño, que los vecinos de Buenos Aires podrían aprovisionarse por Puerto Cabello (Venezuela,) próximo así como seis ó siete mil millas; y solo tras muchos trabajos, en prueba de su benignidad, permitióse á los doscientos años de descubierta la América, llegara un buque cada año para los habitantes de tan apartadas costas.

Trayendo géneros españoles, y llevando cueros, sebo y frutos del país para Sevilla ó Cádiz, tardaba más de un año, en carga y descarga. Sus cavidades parecian las del Averno, en lo sin fondo, pues nunca acababan de llenarse, tal era el número de artículos que iban y venían.

Pero, ahí estaba el busilis del buque sin fondo y es que, fondeado en medio de río abierto á todos vientos, así un pampero echábale sobre la Colonia, como fuerte suestada hacia el puerto de Santa María; y bote que iba con carga y equivocaba rumbo, ó que venía á tierra y lo apartaba la corriente, á él llegaba eternamente anclado, ó á la capa, con sus estadías y sobre estadías interminables encubría inmenso contrabando, practicado por todo el que se animaba á manejar un remo sobre el ancho río, y el puerto de Santa María de los buenos vientos, sin puerto hasta el presente.

Y, aquí viene aquello de que, la ocasion hace al ladron.

Mientras el patron de Sebastian, portuguesillo más ladron que Caco, y casado con garrida moza de Cintra, burlaba la vigilancia de alcabaléros y guarda-costas, enriqueciendo á costa de las gavelas del Rey, el achispado dependiente en algunas de las más frías noches ensayó calentarse en la misma lumbre del amo, y como empezára á retardar éste cada vez más el regreso al hogar, acabó aquel por ocupar del todo, ó casi del todo, su puesto en él y en todos sus derechos.

Cosas del mundo, ó más bien del demonio ó quizá de la carne, que así pasean del brazo los tres enemigos del alma por este pícaro mundo.

Y sucedió que, descubierta á la larga (por regreso imprevisto, ó alguna de esas indiscreciones que el Diablo deja como rastro asufrado de su cola, en clandestinos amores), sospecha de que el cornudo andaba por ahí aumentando sus cofrades, quiso poner fin á ellos, pues aunque contrabandista de la corona no gustaba le contrabandeasen su mujer, ó de otro fuera, mujer de contrabando.

Ay! cuán cierto que de todos los contrabandos el más pernicioso es el de los sentimientos simulados.

IV

Un buen dia so pretesto de habérsele mojado las bayetas dejando el bote solo mientras buscaba en los socabones del bajo de Recoletos un su compadre quien le ayudaba á esconderlas, embarcóse por la noche con Sebastian para que le ayudára al desembarque.

A mitad de camino, y en plena mar (que tal parece por su anchura el río aquí de treinta millas de una á otra costa), sacóle el patron la conversacion del parecido, y de por qué los últimos hijos más semejantes al ayudante que al marido aparecian.

La disputa se acaloró, y tornando amenazas en vias de hecho, el patron desenvainó tremenda daga. Como el incauto de

Sebastian no tenía ninguna, ni á quien pedir auxilio, aprovechando el primer traspies de su adversario, medio cegado así por la ira y el manzanilla, héte aquí como con poco esfuerzo, un algo de casualidad y otra parte de defensiva, vino á dar el viejo contrabandista de patitas en el agua, de donde no se apresuró á sacarlo su sustituto, amenazado de muerte por el verdadero dueño de la codiciada prenda, orígen de la reyerta.

Bien haya por Dios! exclamó el desdichado vencedor. Todos los hombres nacen buenos, pero circunstancias cámbianlos en malos.

Veáse este buen hombre, débil de corazon y de cabeza que empezó por aguar el vino cuyo estipendio se le encomendára, y, cierta noche de borrachera entróle calorcillo de aventuras; la orgía lo echó á bordo, y el contrabando, en sus brazos la mujer de su patron. Ciego de ira éste, al querer satisfacer su venganza un vá-y-vén del bote, dió con él de rebote en el agua, delitos todos sin querer, puras casualidades y resbalones, consecuencia del primer traspies.

Pero la barca siguió serena como estaba el agua, aquella oscura noche cuyas nubes sobreaban ya el alma rebelde de este manso cordero que empezó por beber oporto y acabó por beber sangre.

Y tan diestro se mostró el discípulo del contrabandista que no parecía novato.

Fué y vino, y volvió á ir, y á venir de la Colonia á Buenos Aires, y de ésta á aquella orilla, que ya desde el bajo de la reduccion de Recoletos hasta las barrancas de San Telmo, no había sucucho, albergue, vericueto, ó escondrijo que no lo supiera de memoria, para guardar sigilosamente cuanto contrabando trasportara.

Entonces, como hoy, de la desaparicion de un bandolero más ó ménos, nadie ó pocos se ocupaban, por lo que, contestaba á los preguntones de su patron, que el reuma lo postraba, y allá, que los negocios lo detenían en ésta.

Agregábase que la parte contraria no hizo mucho, ni poco por recuperar su dueño y señor, cuyas largas ausencias habíanla acostumbrado á la de que no se vuelve. Bien pronto echóse tierra sobre el desaparecido, si bien lo que sobre él se echara, era agua.

Así pasaron muchos años, pero la prosperidad en el crímen poco prospera.

La negra nubecilla, de la primera muerte, (aunque en la exaltacion de su juventud, casi justificada hallábala por la lejítima

defensa) con el trascurso del tiempo fuése condensando cual nubarron preñado de desazones.

Una que otra puñalada tuvo que coser la boca de importuno persistente en averiguar qué había hecho de su patron. Los cargos á la viuda que al calmar con los años sus devaneos, turbábase al contestar cuando la interrogaban sus hijos, por su padre, y los remordimientos que tarde ó temprano descienden en fúnebre cortejo de disgustos ó malestar, con los primeros temblores de la vejéz, todo esto y algunas contusiones y cicatrices, en el alma y en el cuerpo, vinieron á amargarle sus últimos años.....

.....

V

De la querida de Sebastian, que yá había muerto, y antes de ella casi todos sus hijos, en el año de la gran peste, quedaba solo uno á quien idolatraba, habiendo reconcentrado en él todo su amor. Sin padres, ni familia, ni círculo alguno, era este cariño lo único que le uniera á la tierra.

No tenía que robar ya para sí. El contrabando enriqueció-le. Pero deseando dejarlo en carrera, decidió hacer un último viaje con su Juanillo.

Era la noche del 24 de Agosto y los fundadores de la Colonia decian que el Diablo anda suelto hasta el dia siguiente.

Yá en viaje, noche de viento fresco pero favorable, pudo ver desde su embarcacion, un rancho en llamas, por su barrio. Mal presagio dijo, y se persignó, siguiendo intranquilo.

Al poco rato, bogando rio adentro la ventolina arreció y las olas encrespadas azotaban con fuerza la estrecha embarcacion, y á las velas inflamadas fué preciso acortar paño.

Subió el joven, como más ágil, al único palo, pero en eso golpe de agua más violento tumbó de costado la celosa barca y resbalándose fué al agua.

Quiso virar Sebastian para echar cables, pero nada se veía en tan densa oscuridad, y embravecido el rio, yá no fué dueño de su embarcacion.

El grito angustioso de socorro penetró á su oído, y en cada uno de los silvidos del viento, entre las rotas jarcias, creía repetirse prolongándose entre ayes infinitos, quejumbrosos y desesperantes.

Loco de dolor Sebastian, á nada atinaba. Su hijo, su único cariño muriendo allí, dejábalo abandonado, solo como su barca

á merced de las olas y la tempestad, arrastrado á la desesperacion por la corriente de sus crímenes.

Aquel rio, su riqueza un dia, y hoy abriendo la tumba del ser adorado.

Entonces el remordimiento ancho buraco abrió tambien en su conciencia, por tantos años aletargada. Repasaba en un minuto toda su vida de borracho, de jugador y pendenciero, de adúltero, de contrabandista y asesino, y blasfemó de Dios y del Santo de su nombre, pero luego se estremeció viendo los negros bordes del abismo ensancharse para tragarle.

Tuvo miedo y tembló. Desconocía la travesía tantas veces cruzada, en tantas tormentas desafiada. Desconfió por primera vez de su baquía, y solo en medio de la tempestad, del bauprés á las gavias, de la proa al timon, de una á otra parte, á la luz fugitiva de los relámpagos se multiplicaba en la maniobra temblándole las carnes de frio y de pavor.

La llamarada de la quemazon de la costa, el grito estridente y desesperante de un hombre al agua, le perseguian con persistente tenacidad.

Lívidos resplandores siniestros, parecian incendiar las aguas revueltas. El trueno repercutía precediendo al rayo, y los vientos impetuosos pasaban silvadores estremeciendo la embarcacion.

En tan angustioso momento de su vida, presentósele toda entera, como rasgado de pronto el denso velo que la envolviera con todas sus peripecias y contrariedades, con todas sus caídas y reveces, rodeado de temores supremos y peligros inminentes que le circuian.

Cómo, de una índole buena, de suave inclinacion, de carácter afable, subiera hasta el nivel de la horca.

Uno por uno todos los grados del crímen casi inconscientemente recorriera, y entonces, sobre la cima de la ola más alta caía temblando de rodillas con un abismo á sus pies y un remordimiento sobre su conciencia.

Bastaba solo el menor resbalon para descender por siempre en el hundimiento sin fin.

Allí, cerca de su barca próxima á zozobrar, seguíanle dos cadáveres flotando. El uno con la espresion de la ira y los celos, estampada en su última sonrisa de venganza que iba ya á satisfacerse. El otro, con el último resplandor de esa celeste sonrisa de las almas buenas que se elevan entre sonrosadas nubecillas.

Aquél lanzábale una maldicion. Este en clamor infantil pedía socorro, y el ahullido del viento en las rotas jarcias prolongaba y repetía ese lamento quejumbroso y tenaz.

Al través del rujido de las olas, de la desesperacion, de truenos y rayos, sólo entre dos inmensidades, impotente el hombre para luchar contra las iras de la tempestad, y la velocidad del revuelto rio, cual mar enfurecida, conmovido hasta lo más profundo, muerto de miedo, en el momento que inmensa ola arrojó su cuerpo contra el timon de la temblante nave cuyas trepidaciones le llegaban al alma, hizo un voto solemne al santo de su nombre:

«Santo mio! yo os prometo, si me salvas de este peligro de muerte tan cruel, consagrar todos los dias de mi vida á la penitencia, arrastrar silicios á raíz de las carnes, repartir cuanto poseo á los pobres. Oh! San Sebastian, salvadme de este aprieto!»

Llamaba, y á solas en su conciencia murmuraba entre sí: «Yo tambien nací bueno, y acaso fuera hombre de bien sin mi debilidad inapta.

«Esta, me arrastró de la borrachera al juego, al amor, del juego á la lujuria á la felonía, de ésta al robo, al salteo, y del contrabando al asesinato.

«Estaban reservados á las furias de este rio, que tantas veces burlé, mis despojos, que pasto serán de sus peces. Salvadme! salvadme! San Sebastian! repetía en los últimos parasismos del terror.

Un fuerte golpe de viento tronchó el mástil á tiempo que la embarcacion empezó á hacer agua, pues los embates contínuos embarcaban mayor cantidad de la que llegaba á filtrarse por los costados.

Sebastian, de rodillas prendido á la barra del timon, lleno de pavorosas alucinaciones clamaba á todos los santos de la córte celestial.

Envuelto en profunda oscuridad, circundado de masas negras flotantes, solo divisaba la muerte terrible, despiadada, irremisible é inmediata, rodeándole por todas partes.

. . . . . .

VI

A la mañana siguiente el sol alumbraba con descolorida luz pálida y macilenta, como avergonzado por los disturbios, los horrores y destrozos de la tormenta pasada.

Entre los árboles quebrajeados de la ribera, flotaban algunos restos del *San Antonio* y un poco más tierra adentro, bajo de un espinillo desnudo, hecho sopa, tiritando y como dudando aún si estaba en este mundo, ó despertara en el valle de Josa-

fá, encontrábase Sebastian todo machucado, herido, atolondrado y sin acertar á darse cuenta como llegára á la costa.

Cuando se incorporó el náufrago, estenuado por los tumbos de que milagrosamente escapara, hincóse bajo el espinillo, y mirando al primer rayo del sol saliendo tras del Plata, que venía á confortarle, elevó ferviente plegaria en accion de gracias al santo de su nombre, repitiendo el voto que hiciera la noche del naufragio en los momentos de mayor afliccion.

«Haré vida de penitente arrastrando silicios por los dias de mi vida».

Lo que no agrega la crónica de que estractamos esta tradicion, sinó del primero, del más célebre contrabandista de Antaño, es si los dos pares de silicios á raíz de carnes, que prometiera arrastrar, eran chinas de dos piés, como los que por entonces usaban penitentes y penitenciados por la tierra del perulero, pasados los ayunos y continencias de cuaresma.....

.....

¡ADIOS, MULATO!

(Tradicion de 1749)

Señor D. H. Gomez

I

¡Adios, mulato! dijo un andaluz de travesura, al pasar el mas tieso y prendido oficial de la guarnicion en el presidio de San Felipe, á la oracion de cierto dia de ventolina, allá por los años de 1749; y la chuscada aquella levantó más polvareda en archivos y plazas, en la colonia y en el país entero, que, rodando y girando, fué creciendo y creciendo, como bola de nieve, llegando el ciclon hasta la Metrópoli, y de rechazo en sus resultados devastadores por todo el Vireynato.

No menos costó el impertinente saludo, que viajes de torno y retorno á la corte, é idas y venidas en quejas y desagravios y sin número de pleitos y querellas, y multas y prisiones, y apercibimientos, disputas, enredos y desazones sin fin, amen de alta montaña de espedientes, costas y erogaciones.

Hoy de tan vulgarizado, gentes hay y muy honradas que ni se dignarían dar vuelta por semejante dicharacho.

Cuán cierto es que no hay palabra mala en sí, ni obra buena, sin la intencion que la dirije.

Generalizado á tal punto á tales incongruencias la gacetilla

diaria, propagadora así de tantas cosas buenas como de muchas otras malas, que por su estension desgenera su intensidad, cual si la repeticion volatilizára su esencia.

Palabras son, que de tanto rozarse se desgastan cual las monedas por escesivo uso desmonetizadas.

Entre ciertas gentes, en chansonetas de novios y camaradas, el mulatearse, en casos, lejos de ser ya una ofensa, es más bien como una caricia.

—Mi negro! mi chino! mi mulato! decir suele ardiente morena á su amartelado impaciente, tostado á fuego lento por la quemante sangre que dos ojos retenegros ponen en ebullicion.

—¡Mi negrito de ensortijadas crenchas! acariciando el suave pelo de angelical cabecita, balbucea la joven madre, oprimiendo sobre su seno el primer fruto del primer amor.

—Si este mi negrito se parece tanto á su padre, hasta en sus menores movimientos infantiles, que es su vivo retrato! esclama otra madre en el arrobamiento de su dicha.

Todavía hasta 1817 el General San Martin, al serle presentado prisionero el Virey de Chile, Marcó, tendíale su diestra de vencedor, diciéndole:

—«Venga acá esa blanca mano, señor Virey! aludiendo á su último despacho, en cuya posdata agregaba: «firmo con *blanca mano*».

Siempre se divisaron del otro lado de la Cordillera más humos aristocráticos, sospechándose por los godos, mestizos indios y zambos ó mulatos á los hijos de la tierra.

II

Recien marcaba el índice del tiempo, el primer cuarto de siglo á la Capital de esa joven República Oriental del Uruguay, cuya real fortaleza de San Felipe y Santiago, fué la última fundacion en el Plata, cuando aumentando las desavenencias y malestar de la naciente poblacion, vino á descompajinar á sus vecinos, el célebre auto de Zavala, resucitando el de pureza de sangre.

¡Pues, no se le había puesto entre ceja y ceja á este bravo soldado, tan encubridor de jesuítas como sableador de portugueses, que para todo puesto de dignidad exhibirse había blanca ejecutoria!

¡Como si enrédos faltaran en pequeños barrios, de tan grandes chismes, con estos y los de enfrente, murmurando de los vecinos para que nuevos embroglios llegaran á avinagrar los ánimos sin dejar la fiesta en paz!

El teniente quería ser capitan, y con un ¡Adios mulato! arrojado á la cara por audaz casquivano que aspirára á la vacante, presentábale más obstruido el camino que con inmensa mole de montaña desprendida, y en él atravesada.

Al Alcalde de segundo voto que había puesto los puntos á la vara alta para el subsiguiente bienio, sordo rumor de sospechas de mulatería por oculto rival esparcidas, hacíanle fracasar la eleccion.

Así, con tanta verdad, esclama el erudito historiador oriental Bauzá, al mencionar esta piedra de toque, ó de retoque:

«Llególe su turno al famoso auto de Zavala por el que se disponía la pureza de sangre para ocupar puestos políticos ú honoríficos, y pudo verse que era una fuente de disturbios la espresada disposicion».

«Esgrimiéronla como una arma los partidos que se disputaban el mando, hallando en ella un medio de esclusion muy apropiado á sus miras; quien primeramente la usó *para sus intentos* fué el Coronel don Diego Cardoso, ingeniero en jefe de las Provincias del Plata, que solicitó en 1749 fuese declarado mulato el teniente de infantería don José Gomez».....

.....

Cierta noche de invierno (hace yá ciento cuarenta Agostos) y más fria que en parte alguna, en la pintoresca lomada alta, abierta á todos vientos, y de todos lados batida por las aguas, sobre la que asiéntase la hermosa ciudad de Montevideo, rodeaban en su cotidiana tertulia de malilla hasta la hora de queda, al Coronel Cardoso: Don José Milan,—don Felipe Perez, Duran, Saavedra,—dos ó tres oficiales, - un su compadre de sacramento y Rodriguez, sobrino de Cardoso.

Murmurábase de chismes y diretes, si el Cura tenía razon en persistir que el primer puesto á la derecha del Evangelio correspondía á la autoridad civil y nó á la militar, y otras tan graves cuestiones de Estado, á esa semejante, preocupando por luengos dias á los pacíficos moradores de aquella plaza en calma, cuando el más joven acertó á decir:

«La eleccion se aproxima, y como andan los tiempos no será estraño que para formar Cabildo vénganse á llamar á caja marcial, más que á campana tañida, pues ya no queda Alarife que no aspire á vara larga».

—Sí, contestó otro, pero hay algunos oficialitos algo demasiado estirados, que encerrándose en la reserva de las Reales Ordenanzas no hay quién los mueva. Aunque otros de la guarnicion prestigian y apoyan moralmente, por propaganda en tabernas y corrillos, buenos candidatos, con ciertos tipos tiesos

como huso no hay que contar. Bien es, de ellos reservarse, que para nada bueno ni malo sirven, concentrados en mutismo que á orgullo ó muchos humos trasciende.

—Ya sé á quién se alude, añadió un tercero, y daría lo que no tengo por bajar el copete á ese vanidoso. Para él no hay aquí más gente decente, ni frecuenta otras casas que las de Herrera, Muñoz, Pagola y Cáceres, ni se dá con nosotros y vive como desprendido de sus compañeros, en todo lo que no reza al servicio.

—Bueno será hacer bajar la prima á ese señor oficial, tan soberbio y orgulloso que nunca los acompaña, ni en el juego ni en la intriga, replicó el Coronel, y encastillado con su doña Juanita, no entiende de francachelas entre sus camaradas, ni de hacer la corte al Rey, sea de oros ó de copas.

—En verdad os digo, que yo tengo para mí es un poquito sospechoso el colorcito de teniente tan finchado, contestó uno.

—Pues, no hay más que mulatearlo.

Y si no lo es, lo haremos (replicó el travieso sobrino), que más difícil le ha de ser probar lo contrario. Su sebruno semblante ya dá visos de verdad, y con dos ó tres testigos de los que *porque sí* bastan.....

—Yo me encargo de esto, dijo el sobrino al despedir los contertulianos que se retiraban el intringuis y sonsonete.

.....

.....

III

A la tarde siguiente, á poco de pasar lista en el batallon de infanteria, íbase engrosando con los que salian del cuartel en una de sus inmediatas esquinas, grupo de oficialitos, entre los que más de un brillante calavera relataba sus aventuras de la noche anterior, preparándose para correr la tuna en la siguiente.

Concertaban el plan de esta última, cuando acertó á pasar entre tan alegres camaradas, tieso, erguido y circunspecto, el oficial más alto de Granaderos, encapotado hasta las narices.

Venía del cuartel y dirijíase á la matríz, pues asistir á la via-sacra ó Escuela de Cristo entraba en su ordenanza, con la misma puntualidad que á la academia ó instruccion de reclutas.

Por aquellos tiempos los cristianos soldados del Católico Rey de España, primer hijo de la iglesia por muchos siglos, acostumbraban dar tan buenos sablazos, y por sus tajos y mando-

bles echar tantas ánimas al purgatorio, como las que sacaban ó proponíanse sacar por sus rosarios y padre-nuestros.

A doblar iba la esquina, cuando sintió por la espalda, más fuerte que traidora puñalada, un ¡adios, mulato! de voz que no reconoció pero de boca que á no agacharse alcanza á tapar de un revés.

Rápido cual estremecido por eléctrico choque, acabó de desembosarse, volvió dos pasos, y encarándose con el grupo, increpó al insultador.

—Por quién lo dice el soez?

—Por quien lo es, contestó el encapado.

—De probármelo há.

—Que más testimonio que su cara, si no la lleva postiza.

—Ni prestada ni tapada como el infame que se emboza, dijo Gomez, tirando de la espada, á tiempo que algunos de sus compañeros allí, mudos testigos de tan breve como violento diálogo de boca-calle, interponíanse entre uno y otro, evitando que el altercado acabara á sablazos.

Gomez, en la semi-oscuridad no pudo reconocer la cara media encubierta de persona que no era de su batallon, pero al alejarse aquél vociferando con otros, le gritó: «Me dará satisfaccion el ruin insultador.»

—«Cuando pruebe que no es mulato!» contestó el desconocido,» último insulto lanzado en retirada (como flecha de Partho, que al clavarse en el escudo quedára retemblando en su corazon).

Devorando la injuria, Gomez se dió vuelta al grupo de oficiales que le rodeaban, diciéndoles: «Señores, Vds. han presenciado el insulto, me acompañarán á la reparacion.....

.....

La justicia tiene cierto iman irresistible que solo no halla éco en corazon del todo corrompido.

Y la agresion había sido tan brusca é inmotivada que por el momento, al menos, la simpatía de los estraños estuvo de parte del agraviado.

—La ira ciega, mi teniente, no es bueno sulfurarse, agregó un Capitan, en son de consuelo.

—Sí, pero de cualquier modo, si ese hombre no es un miserable, me debe una reparacion.

—Zelos de oficio, señor! Yo en su lugar haría algo mejor....

—Mejor?

—Sin duda. Primero la revindicacion, en pós el castigo.

Probaría en seguida la pureza de sangre, despues la revancha sería más completa.

—Gracias por el consejo, agregó, pero, quién espera cuando la sangre desespera!

—Cuestion de temperamento. El frío de la estacion traerá la calma. Si Vd. insiste, mañana estaré á sus órdenes. Pero, en su caso, dirijiríame al Coronel directamente, en queja.

—Bien, señores, alguno de Vds. me vá á hacer el favor de averiguar quién es el que me ha insultado, pues ni de vista ni de nombre conozco á mi gratuito calumniador.

—Primero pedir justicia antes de hacérsela por sí mismo, es lo noble, agregó un tercero.

Fué el último consejo de despedida de falaz condoliente, remachando el clavo, pues bien se le alcanzaba que hablando á Gomez de hidalguía, despertaba sus ínfulas.

No mal tejido estaba el intringues entre tio y sobrino y algún oficial de la compañía, para que produjera el objeto deseado...

.....

.....

Qué noche pasó Gomez! Afrentado ante sus compañeros, ni podía lavar con sangre la mancha, pues que se haría sospechoso, si primero no levantaba la calumnia.

¡Cuántas veces las apariencias acusan, como mirajes engañadores que luego el más ligero soplo desvanecen!

IV

.....

Gomez era alto, flaco, enjuto, puros nervios, seco de cuerpo, y acaso tambien un poco lo era de espíritu. Carecía de esos jugos generosos que expanden y dilatan el alma en el seno de la confianza, que él jamás daba.

Trigueño de color y de lacio pelo renegrido, distinguíale más el aire marcial de su ilustre cuna, que la tez tostada por el sol del campamento en la azarosa vida militar.

Prudente, taciturno y desconfiado de naturaleza, pasaba entonces entre los oficiales de la guarnicion, por un tantico fatuo ó pusilánime para ciertas empresas; mas, una vez en el peligro era inconmovible y de una sangre fría á toda prueba.

Acaso por su misma cortedad ó apocamiento, que le concentraba y aislaba, suponíasele de humilde procedencia, no obstante no haber otro de más acrisolada nobleza, como luego se probó.

Carecía de aquel inicial arrojo con que un oficial audaz y atropellado pretende llevarse todo por delante, pero no del valor sereno y mesurado que templa las almas sin entusiasmo, y funda los héroes por la conviccion.

Gomez no hubiera dado como el Comandante Lavalle veinte y cinco cargas en un dia, ni contestára arrogante á Bolívar en la brillante petulancia de aquel héroe, pero sí hubiera imitado en situaciones semejantes á ese otro modesto soldado argentino, General Paz, reputado como el primer táctico.

De frase sobria y pausada, retrataba en ella su alma poco comunicativa, susceptible y fría como el brillo del acero que el más ligero soplo empaña. Parecíase en esto tambien al bravo Coronel Olavarría, quien no podía ver friamente sufrir á un compañero de armas, y aunque en el hospital de sangre daba vuelta, evitando ver cortar una pierna, era sobre el campo de batalla su lanza la que primero se teñía en la refriega.

Y este mismo episodio de su vida, que narramos con exactitud como reflejando todos los movimientos de su ánimo, compende en sí su vida toda.

Tenaz é irreconciliable contra quienes le ofendieron, persigue á sangre y fuego en su último refugio al padre, al hijo, al sobrino, hasta la segunda generacion de los que le calumniaron.

Los seca y anonada sin cuartel ni trégua, que él tampoco encontrara amparo en sus horas amargas, y vencidos y abatidos, cuando el ánimo, satisfecho (en naturaleza menos noble), diérase á saborear la venganza, se detiene y reprime, y como otras tantas veces en la refriega, vuelve sobre sus pasos de vencedor, y tiende la mano protectora al caido.

Conjunto de grandes cualidades y pequeños defectos, sus virtudes eclipsadas fueron alguna vez por estos, que á caso respondían más á orgullo de raza, que á deficiencia de educacion de soldado, en quien las costumbres de campamento nada habían rozado su brillantez adquirida en la mejor sociedad.

Los de real hidalguía que sentían la nobleza en su sangre y en su pecho, eran quienes menos hablaban de ella. Pero si hoy se desdeña esa añeja preocupacion de la procedencia, por entonces hacíase de indispensable investigacion cuando el malhadado auto de Zavala cerraba todas las carreras á quienes no podían comprobar su limpieza de sangre.

Caminaba siempre envuelto en larga capa, por su frio temperamento, y en otra invisible pero no menos pesada capa de egoismo, que envolvía todo su ser.

Aún entre aquellos nobles de aldea é inflados señorones, mirábanse de reojo y muy por sobre el hombro, los hidalgos de

fundacion reciente, y de solar conocido solo en la colonia. Tal vez fueron susceptibilidades de ese género las que como escollos invisibles, ó á flor de agua, encresparon olas en ese mar bonancible, que surcaron á velas inflamadas, por la vanidad, los que como Gomez venían con pergaminos desde el otro mundo .

. . . . . .

Larga noche de insomnio, en vueltas y revueltas sobre el lecho, teníale ajitado, y en desazon permanente, sin poder conciliar por un momento el sueño.

Su buena compañera desvelada por tal sobresalto, le interrogó cariñosamente repetidas veces:

—¿Pero, tú tienes algo que te ajita?

Gomez, apesar de su reserva, despues de mucho tiempo comprimido, esclamó:

—¡No puedo más, querida Juana! pues de saberlo más tarde oírlo hás de propia boca. Mi pecho estalla de ira, de venganza, de vergüenza. Figúrate que me han dicho mulato, y en plena calle.....y no he alcanzado á cortar de un sablazo la lengua que tal profirió! Contóle en seguida la afrenta que le roía.

Como la mujer prudente del Evangelio, contestó la suya:

—No afrenta quien quiere, sinó quien puede. No has hecho ninguna accion innoble, y en tus manos tienes la prueba de lo contrario á lo que te dicen. No hay que ajitarse, amigo mio, y sí, mirar las cosas con más calma. Hasta el ser bien nacido levanta envidia y susceptibilidades.

«Desafiar á ese anónimo villano insultador, sería igualártele. Probar su ruin proceder, y despues obtener su ejemplar castigo, es lo que corresponde.» Y con otras reflexiones semejantes consiguió calmar un poco el ánimo exaltado de su noble compañero.

Con todo, á la mañana siguiente, bien temprano, pues imposible de todo punto le fué pegar los ojos, dirijióse al alojamiento del jefe de la plaza.

Solicitado que hubo la venia de su inmediato, se presentó ante el superior.

V

Vivía por entonces el Coronel D. Diego Cardoso, jefe de ingenieros y de todas las fuerzas de la guarnicion, en casa propia, que poco despues dejó de serlo, teniendo que traspasarla por costas al vencedor. ubicada en la calle de San Benito, la misma que heredó el primogénito de éste, D. José

Ignacio Gomez. De construccion moderna, por él mismo edificada, describirse puede en un rasgo como casa típica de la época.

Sobre anchas paredes de tierra ó tapia, descansaba altísimo techo de tejas asentadas en palmas del Paraguay. Dos amplias ventanas á cada lado, separaba espaciosa puerta con morrudos clavos tachonada. Bajo el moginete, avanzaba pequeño balcon, del altillo sobre el zaguan.

Pasado éste, entrábase al patio mal enladrillado, edificado en tres de sus costados; teniendo en el cuarto pared corrida al pasadizo.

Abría el comedor intermedio, bajo el amplio corredor, á un segundo patio, otra puerta daba entrada al corral, del que todavía seguía una huerta.

La casa desahogada y espaciosa aunque de un piso, tenía todas las comodidades deseables, edificada en un cuarto completo de tierra, diez y siete varas y media castellanas por setenta de fondo.

Blanqueada sobre bosta á usanza de aquellos tiempos, todas las piezas seguian, en interminable recta, á punto de poder matar de un tiro al cocinero desde la calle, al través de la ventana de la sala.

Continuaba de ésta, la antesala, despues el aposento, otros dormitorios y demás departamentos de familia. Solo el comedor cuadraba el patio.

En éste, hermoso y extenso, caía como verde cortinaje sobre el arco del zaguan tupida madreselva. A la esquina, entre el aposento y comedor, otro grueso tronco de jazmin del país, descolgaba flexibles vástagos revestidos de blancas flores perfumadas, ocultando inmensa tinaja de barro enterrada hasta cerca de la boca,y sobre la que dos gruesos caños derramaban el agua de lluvia, recojida de las tejas, por una media palma que hacía de canaleta.

De allí era el gusto de la señora Rospigliosi, hacer sacar con la negrita del coscorron, el agua fresca, asentada y cristalina, en su blanco jarro de plata destilando perlas.

Hermosa mata de cedron, otra de retama amarilla, y un grueso floripondio, completaban el jardin de aquel patio-plaza, donde alegres chiquilines correteaban jugando á las esquinitas y á gallina ciega por sus rincones, ú oyendo la alborozada grey infantil cuentos interminables de la negra esclava, entre la hora de la merienda y del rosario, sentados sobre los umbrales en serenas noches de luna llena.....

.....

.....

No faltó beata pispona, vecina á la Matriz, que entre sus murmuraciones dejara de contar, equivocaron frecuentemente camino las carretillas que con piedras y materiales iban y venían en las reparaciones sin fin de las murallas, como la obra de la Catedral aquí, y que más de un soldado sin uniforme habíase visto trabajar en la casa de su jefe, sin otra soldada que la muy escasa y mal paga por el Rey, pero nunca llegó el caso de informacion sobre chismes tales, increibles, sin duda, en la proverbial honradez de aquellos tiempos .....

.....

.....

Encontrábase á la sazon el Coronel Cardoso afeitándose, y ya por el grado subalterno de quien anunciaba su asistente, como por suponer á lo que venía, pues de todo lo ocurrido informado estaba desde la noche anterior, le hizo entrar sin demora.

Expuesto el caso, presentó Gomez formal queja, pidiendo inmediata formacion de sumario contra quien le injuriára, cuando con finjida gravedad le interrumpió el jefe en sus primeras frases, diciendo:

—Pero ante todo, ¿está bien seguro, teniente, que no es Vd. mulato?

Sin llegar á desconcertarse por tan brusca interrogacion, contestó indignado con voz viril, temblorosa por la emocion:

—«Como lo está V. S. Júrolo por mis cuatro cuarteles. Aseguro que tengo blanca ejecutoria y sobre mi escudo límpio reflejar pueden los rayos del sol, pues no se encuentra en mi alta talla pulgada que no sea de hidalgo. No hace mucho, contraje matrimonio con una de las señoras de mejor cuna, Doña Juana de Rospigliosi, hija del noble Capitan de ese nombre, que honra la guarnicion de Buenos Aires y de la antigua prosapia de Florencia, que dos Pontífices y tres Cardenales han esclarecido con sus virtudes. Para entrar en tan ilustre familia, bastante fué exhibir mi fé de bautismo y la de matrimonio de mis padres, que aún viven, en su antigua casa solariega de Santa Maria (Castilla la vieja.) Están, aquí señor, todos mis papeles que traje en forma de España. Mire V. S.».....

—«Mírese Vd. en ese espejo, señor teniente, le interrumpió su jefe, que era un tanto burlon de carácter y más satírico de lo que á la gravedad de su cargo correspondía, por aquellos tiempos de poca francachela, y, presentándole el de afeitarse,

donde asomaba el moreno rostro del demandante, más oscurecido por la ola de ira comprimida que le subía.....

Siguió, dejando el espejo de lado y deteniendo su afeite. «Todo eso que Vd. me dice está muy bien, y nadie ofende á mi señora Doña Juana, la más real moza de la vecina orilla, por que le haya entregado su blanca mano. Mejor para Vd. y sus cardenales en Roma y loros en el Paraguay.

«Tampoco queja alguna de sus servicios hay. Cierto es que su comportamiento fué tan notable en el último asalto, que aún siendo nuevo en el batallon, fué único oficial que obtuvo ascenso allí.

«Ni pongo en duda la autenticidad de esos papelotes, ni que sus padres fueran un poco más blanqueados. Pero Vd. sabe, casos se han visto, y la fisiología comprueba más de uno en que el colorcito salta á la cara, más, saltea una generacion.... pero.....

.....

Ya no pudo aguantar más.—«Está bien, señor, Coronel .....No es color de mi raza el que mi rostro refleja, tostado aquí por el sol de las campañas que contra tapes, mamelucos y portugueses hice en defensa de mi Dios y de mi Rey.

«Pero ya que no me es lícito hacerme justicia por mi espada, ni la encuentro en mis superiores, (agregó en el parasismo de ira que le cegaba), probaré que la sangre de mis ilustres abuelos nada ha degenerado su noble orígen en mis venas; que no hay mancha en mi ejecutoria; que puedo presentar mis cuatro abuelos blancos por los cuatro costados, y que nada de moro, de judio ó de mulato se ha encontrado en toda mi descendencia, pues que añil hay bastante en mi sangre para azular muchos escudos descoloridos.....

—«Orgulloso es el teniente, interrumpió el jefe.....y con tales humos se vá lejos, muy lejos, hasta fuera del cuartel .....

«Pero por ahora, mientras tales ínfulas no pruebe, queda exonerado de todo servicio, hasta que sus cuatrocientos abuelos vengan del otro mundo á sacarle del limbo en que su orgullo le mete.....

Dijo, y le dió la espalda, entrando á las piezas interiores.

—Vendrán á hundirlo á Vd. en los infiernos por el remordimiento y la degradacion, contestó Gomez, con voz entrecortada que no alcanzó su jefe. Girando sobre sus pasos, salió luego bamboleándose y como borracho de tan irritante conferencia.

VI

Anonadado quedó en la desolacion de su espíritu; hasta pensó algun momento en dispararse un tiro.

Pero, esto sí era hacer cosa de negros, no de mulatos, y se trataba de probar lo contrario.

Las sierpes de la ira enroscadas en su angustiado corazon le ahogaban, y en su ofuscacion pensó luego despues en echarse al mar vecino, inmediato, un paso de ahí, que con los deslumbrantes reflejos de su inmenso azul profundo, presentaba irresistible atraccion hacia sus abismos.

Tanta agua apénas suficiente sería para lavar tanta afrenta, como la que sobre su tostado rostro se arrojaba.....

Fué, se acercó á la orilla de la gran corriente y, desprendiéndosela, tiró la espada entre sus ondas, arma inútil yá, pues de nada le servía para defenderse del ataque brutal é inmotivado que venía á herirle en lo más íntimo.....

La venganza, la íra le trastornaba. A dónde iría en su desesperacion? El mismo jefe á quien en reclamo de justicia ocurría, redoblába la ofensa. Ni sospechaba en su candidez de hombre bueno, de qué intriga pudiera ser víctima. A qué pecho amigo confiar su desconsuelo.....

Hay heridas que solo el tiempo cierra!

Y ya tan largas horas, fijo como una roca contemplaba la inmensidad del océano, que sus frescas brisas por demás frias en aquella espléndida mañana de invierno, fueron poco á poco refrescando sus ideas, serenando el espíritu. Así paso á paso, volvió sobre la cuna del infante que su hermosa compañera regaba con lágrimas al mecerlo, juró ante Dios no economizar gota de sangre, ni peso de su peculio, por levantar la mancha con que se le afectaba.

Primero la reivindicacion, despues la venganza, como la mujer y el amigo lo aconsejáran.

Determinado el viaje indispensable á la Metrópoli, desde aquel instante empezaron sus preparativos. Tan de prisa se hicieron éstos, que á poco tiempo ya estaba listo, y esperando en el puerto el primer *galeon* para España, que con los caudales del Perú á las reales cajas, era aguardado del Callao, y en el que en breves dias se embarcára.

—«Buen viaje, señor teniente, que de oficiales orgullosos no necesitamos!», agregaba como posdata al verlo partir, el Coronel Cardoso, siguiendo con su anteojo desde el divisadero los

movimientos del navío «San Ildefonso», que en convoy con dos más, daba la vela al mar.

«Su madre sabrá si es ó nó mulato, pero cuando vuelva, si, vuelve, ya estará ocupado el puesto;» y cerrando el anteojo *¡Adios, mulato!* repitió echando la última mirada hacia el océano, sonriendo al ver cuán fácil había sido, por una ligera informacion entre subalternos, separarlo del servicio, bajo el rumor hecho correr que así parecía como mulato.

Muy lejos estaba entonces de pensar el jefe de plaza, cuanto costaría la afrenta á uno de los oficiales más pundonorosos de la guarnicion, como que á punto estuvo de volver loco á este la calumnia. Pero, entonces como hoy, espíritus raquíticos pululaban en la estrecha colonia, para quienes cegados por la ambicion ó la codicia, todos los medios eran buenos, con tal de llegar al fin.

No obstante la reserva de los primeros dias, en largas conversaciones de un viaje al otro mundo, y tan largo como por el siglo pasado se efectuaba, en esos diálogos de interminables paseos sobre el puente, descubrióse un otro pasajero, entre los pocos de cámara, que también llevaba encargo de sacar la ejecutoria del señor de Basavilbaso.

A otro godo, y de los menos linajudos, antojósele sospechoso el color de pergamino usado del fundador de Correos.

—Ahora vamos á saludar al señor don Manuel de Basavilbaso, que como jefe de Correos tambien tiene besamanos, decía un notable, á su vecino que no lo era, al salir del besamanos del Fuerte, el primer dia del año, en esta muy ilustre y heroica ciudad de Buenos Aires.

—¿Quién vá á besar la mano á un mulato? contestó el invitado. Yo me quedo á mitad del camino, tomando una jícara de chocolate con el padre guardian de San Francisco, que muy aromático y sin mixturas se lo mandan las Clarisas.

Como era de presumir, no tardó mucho en llegar á oídos del señor don Manuel Basavilbaso, tal chisme, que en tiempo alguno faltó, el anda vé y dile á la chismografía, tratándose de copetudos antagonistas. Entonces echando mano de un primo de su mujer, (para algo han de servir los primos), mandó á España al más avisado de los Urrutuas, mozo listo y de ingenio, como descendiente de andaluz. Andaluz y reservado! por más reserva que le encomendáran, no pudo aguantar, y al llegar á la línea reventó, es decir, escapósele entre los pasajeros el secreto de su mision.

Eran ya para consolarse, en el amargo trance, dos, aunque no las únicas víctimas de Zavala, desde Mendoza hasta Montevi-

deo y Buenos Aires, é idéntico plan idearon por el que obtuvieron iguales resultados.

Pero el viaje á vela es más largo que la cuaresma y al aburrimiento de su monotonía no llevaremos á nuestros lectores . .

. . . . . .

VII

Y mientras que viento en popa á toda vela, como ave acuática en la soledad de los mares, navega hacia la madre patria el «San Ildefonso», llevando con los caudales del nuevo mundo más de un hijo herido de esta ingrata tierra, recordemos, si bien no sea más que de paso, algun rasgo que acentúe la fisonomía moral del más atribulado de sus pasajeros. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

El teniente don José Gomez, al mando de la compañía de granaderos del primer batallon del rejimiento de infantería, á la sazon de guarnicion en el presidio de Montevideo, era segundo hijo de don Francisco Gomez de Montalvo y doña Isabel del Canto y Caro, nacido el 20 de Abril de 1711 en Santa María de las Nievas, lugar donde sus padres, antiguos vecinos de Arévalo, habíanse distinguido en diversos puestos consejiles y de administracion.

Inclinado desde sus primeros años á la noble carrera de las armas, que sus abuelos ilustráran con abrillantadas hazañas, impulsado por los móviles generosos de su arrogante juventud, ávido de gloria y deseoso de correr mundo, solicitó y obtuvo, (no sin naturales resistencias maternales), le permitieran embarcarse para América con el refuerzo destinado al sitio de la Colonia del Sacramento, por tercera vez asaltada en 1734, y tantas veces retomada por los bravos soldados españoles, como de vuelta á los portugueses en bochornosas intrigas diplomáticas, cuando aún humeaba sobre sus murallas la sangre generosa de los fieles súbditos del Rey de España que sellara la victoria.

Treinta años de irreprochables servicios, dos sitios y otros tantos asaltos, cuatro batallas campales y doble número de encuentros y contínuas refriegas contra charrúas y portugueses, diéronle mérito bastante para que al morir en la brecha como un bravo, luciera sobre su uniforme las insignias de Comandante.

Escasos eran por entonces los grados que del olvidadizo sobe-

rano llegaban á sus lejanos soldados en América, por lo que frecuentemente encontrábanse temblorosos septuagenarios curvados por los achaques de la azarosa vida de campamento, sin que su uniforme llegara á ser realzado por más de dos ó tres galones, al fin de larga y penosísima carrera.

Aún para los pequeños ascensos de escalafon dentro del mismo regimiento, preferíase esperar llegara de España el capitan en reemplazo del muerto, ó fuera de combate, que promover al teniente en turno, si era nativo.

En la época acelerada de vapor, que alcanzamos, todo marcha más lijero, y con tan devorante actividad se llega á la meta ó se muere con gloria, á la minuta.

Distinguiéndose en el primer asalto de la Colonia, se le ascendió á alférez, y en la más sangrienta batalla con los charrúas, en 1740, fué nombrado teniente.

En la toma de Santa Tecla - capitan, y al regresar de destruir el fuerte de Santa Teresa, se le dió el comando del batallon, con cuyo grado murió en el cuarto sitio de la Colonia, defendiendo joya tan disputada por ambas coronas.

Mandaba el primer batallon de infantería, donde había pasado la mayor parte de su vida, y en el que sus hijos, militaron y murieron en defensa de una patria cuyo culto inculcara en sus descendientes con su ejemplo.

Pero el valiente y pundonoroso Gomez, como sus hijos, estaba reservado para balas inglesas.

Este moría el 4 de Enero de 1763 al abrir brecha al bergantin inglés, que consiguió echar á pique con la mayor parte de sus tripulantes, y, su último hijo, don Lázaro Gomez, capitan de la misma compañía, espiraba en la madrugada del 3 de Febrero de 1807 en la brecha por la que asaltaran los ingleses la ciudad de Montevideo.

Idéntico destino tuvieron padre é hijo muertos, defendiendo los dominios de su Rey, del invasor británico, cubiertos por el ala de una misma gloria.....

VIII

Y fué, y estuvo y vino y transcurrieron uno y dos y más años, que tanto costaba por aquellos tiempos obtener reparacion, no como en los que corren, que solo se necesita tener justicia, saberla defender y que se la quieran reconocer, por lo que no hay dos pleitos como el de la sucesion de ese mismo Basavilbaso, que apenas cuenta ciento veinte años de trámites, sin

haberse aun contestado la demanda. Gastó tiempo y dinero y paciencia, pero al fin regresó el noble teniente de infantería, don José de Gomez,—de Canto-de Caro,—de Montalvo, lleno de dees y pergaminos, escudos y ejecutorias, armas, títulos y legajos, pues más de un burrito cargado de papeles y comprobantes, espedientes y reales cédulas, informes y reconocimientos, le siguió al puerto de San Lúcar de Barrameda, en su reembarco.

Si apesadumbrado cabizbajo y cari-acontecido salió desesperado de la colonia, contento, satisfecho y victorioso regresaba, que así es la vida, variado mosáico de dolores y alegrías, alternando las buenas y malas impresiones; y en prolongar aquellas y reducir á su menor espresion éstas, estriba la ciencia toda del saber vivir.

Cuando ya sus calumniadores hasta de su triunfo se habían olvidado, regresó. Cabildantes y ministriles, oficiales de la guarnicion y puestos consejiles aterraban con escándalo semejante, á toda cara, que no era de color de nieves si ponía fea cara á manipulaciones de la administracion. Entonces, y despues de tres años, cayó Gomez como bomba en la plaza de Montevideo, y de ochenta debió parecer, pues á su solo estrépito, si no se rompieron los vidrios de la ciudad fué porque ésta no tenía ninguno, rasgadas quedaron todas esas reputaciones vidriosas que en su daño tanto habian tramado.

Probó... ¿pero, qué no probó? Despues de muchas idas y venidas, vueltas y revueltas pudo exclamar como una de sus bisnietas

—¡Oh! que dulce es el placer de la venganza!

Más fácil sería enumerar lo que no probó. Fué lo primero el haber tenido paciencia, calma y fé en la justicia al través del enmaramiento de trámites sin fin, nó como hoy que se obtiene justicia pronta y barata.

En la comprobacion de la limpieza de sangre resultó que la suya era líquida, pura, trasparente y exhibida como al través de límpidos cristales, despues de haber pasado por alambique de escrupuloso examen, el ojo más avisor no había alcanzado á descubrir ni la milésima parte de algo que oliera á barraganería en sus ascendientes, ni nada de indio, moro ó mulato.

Probó, que los cuarteles de sus cuatro abuelos ennoblecidos estaban por heróicas acciones, así en este como en el otro mundo, y desde Filipinas á la Colonia y desde Buenos Aires hasta España, los Gomez, derramado habían por toda la tierra, goma ó savia para muchas generaciones de héroes. Que así le tocaba

por lo Gomez, escudo de oro con tres fajas rojas, orlado de ocho cruces sinoples de la Orden de Alcántara, en campo de plata; como por la casa de Canto, (de su señora madre,) escudo con trece jaqueles de plata orlado de ocho sautores de oro, en campo de gules, interpuestas ocho piedras de su color natural, á las que acrecentó Alonso de Canto, abuelo materno de Gomez, en memoria de los servicios que hizo en la conquista de Philipinas, (1566) Castillo sobre cuyo homenage, se descubre un hombre armado, que en la mano diestra tiene la espada desnuda, y la bandera gules en la otra.

Correspondíale tambien por la casa de Caro, (de donde provenía su abuelo materno), armas de plata con ocho calderas negras, cruz negra floriada, hechura de la de Calatrava, que añadió en 1212. Don Rodrigo Vicente al hallarse en la batalla de las Navas, y en una orla de plata estas letras negras:

«Et verbum caro factum est.»

Todavía las armas de los Montalvo escudo azul con águila de plata desplegada y hermoseada de sable ornaba el cuarto cuartel del escudo de Gomez, y en los cuatro, estrecho era el campo para contener la historia de las hazañas de tan ilustre familia.

Y hasta el último, entonces, de sus descendientes, don José Gomez, que tal informacion producía, reflejaba en su carácter prudente y reflexivo, al par que valiente, tenaz y constante, y noble en todos los movimientos de su ánimo, las más altas virtudes, simbolizadas por los colores de su escudo.

Resplandecían en las armas de sus cuatro familias, entre otros, el sinople ó verde esperanza,—el gules ó rojo, de hidalguía, – el sable ó negro de la perseverancia,—remontándose sobre campos azules el águila, símbolo del más alto valor que se eleva á las nubes, cual el hombre es hasta ellas sublimado por sus virtudes, y bajo cuyas abiertas alas cobijarse puede el vencido, como á la generosidad del vencedor cuya hidalguía todo perdona.

La gravedad, la perseverancia, la lealtad y la justicia, como la integridad y la templanza, descollában entre las dotes de su alma, como abrillantaban los cuarteles de su escudo los colores simbólicos de esas virtudes . . . . . .

. . . . . .

IX

Registrados los libros de armerías de las ilustres casas y solares de hidalgos del reino, fácil fué comprobar que en la re-

gion Cantabria existía aun la antigua casa solariega de donde salieron todos los Gomez á poblar la tierra, y que en su antiquísimo abolengo contábanse nobles caballeros santosy mártires más que los de Zaragoza, aunque por entonces el último mártir de la familia, bajo el peso de su nombre, fuera este don Pepe, sobre quien habían prendido las sierpes de la envidia.

Pero, al fin salió más blanco que arminio, y probó que era noble así por la sabana de arriba como por la de abajo.

No era la suya de aquella flamante nobleza de veinte y cinco años, como los fundadores de Montevideo, ni de la de dos siglos, la más añeja del nuevo mundo.

Jamás este caballero había descendido de su caballo.

Las raices de la genealojía de los Gomez perdíase en las profundidades más remotas, ascendiendo con Comet á confundirse entre los primeros pobladores del planeta.

Más condes, duques y marqueses, hijos-dalgos ó infanzones, ricos-homes ó grandes de España divisábanse en columna cerrada sobre el recto camino recorrido por sus ascendientes, que todos los nobles llegados del otro mundo al descubrimiento de éste.

Por un lado, tropezábase con un rico hombre desde el año 930, Gutierrez-Gomez, y el Conde Ruiz Gomez, rico-home del Rey Alonso VI nieto del anterior, padre de don Gomez que yá en 1090 acompañaba á Portugal en igual dignidad de grande, al Príncipe don Enrique hermano del Rey, quedando allí como progenitor de los Gomez nobles de aquel Reino, emparentando con la familia de Santa Teresa, yá entroncada á la suya, en lo de Cepeda.

Por otro, se encontraba aquí un Duque de Vegar, allí un grande de Montalvo, y más acá un Conde de Peñaflor, y más allá los marqueses y duques de Alburquerque . . . . . .

Llegaban sus ascendientes á los caballeros Godos que acompañaron en la lid al infante don Pelayo en Covadonga, (714,) siendo el primero de este nombre que vino á América, el noble caballero don Alonso del Canto, vencedor en Philipinas y muerto en Ananila peleando por Felipe II (1566).

Y por la línea de Caro, descubríase desde ciento cincuenta años antes de la presente era, un príncipe valeroso, en Segovia, venciendo al Cónsul Fulvio.

El año sesenta y seis, ya un caballero Caro sufría martirio en la Rioja, y en 1122 se trasladó don Pedro Caro de Italia, de cuya familia proceden los Duques de Palma. Cien años despues Rodrigo Vicente Caro, fué uno de los héroes en las

Navas, de donde tomó la antedicha 'divisa, y Alonso Caro, tio del Gomez en cuestion, vino al Perú como Secretario del Conde de Mondava.

Sin llegar al Conde Gomez, padre de doña Gimena, (esposa del Cid don Rodrigo de Vivar,) pululaban condes á puñados, que había para prestar.

Hidalgos por todas partes, dos mártires, una santa, ninguna non-santa en la familia.

Con objeto de resumir tan vasta investigacion, introduciremos al lector á la tertulia de malilla que, en casa de don Paco Gomez reunía los vecinos más granados, con motivo del arribo del señorito don Pepe, llegado á los diez años de ausencia, á Santa María. Juntábanse entre otros los notables del pueblo, y el alcalde, y el señor Cura á oir cosas de las Américas, y cosas oyeron.... pero, mejor es que oigamos nosotros las que entre uno y otro sorbo de chocolate decian.

Cierto viejo que en achaques de historia antigua teníase por muy leído, salió con esta pata de banco, al copar la banca:

—Pues, verdad es comprobado há Gomez que solar tuvo, y aún existen derruidas las paredes, yó mismo las he visto, de su casa solariega cabe al más viejo gomar de la antigua villa. Probado está que los gomeros que dieron sombra á su casa, prestaron tambien savia y nombre á sus descendientes, y nó de los Gomares moros y príncipes de la Alambra provienen, sinó de los gomeros ó árboles de goma tomó su nombre el primero, como el vecino Juan le denominamos del Pino, porque dueño es del más grande de estas comarcas.

—Nó señor, replicó otro leguleyo muy leído, que creía llevarse como una gracia la partida.

De más noble orígen que el de un árbol de goma ó alcornoque, proviene esta genealojía.

Si el marqués, viene de marea, y custodia, limita ó *marca* el territorio, el Conde proviene de comet, comitre, *compañero* de Príncipe, guardian de la persona real, y tal es la etimología de su nombre, porque su primer abuelo fué uno de los primeros Condes, compañero del Rey, de Come-Gome-Gomez.

Todavía levantóse en medio del conclave de viejos vecinos, un tercer golilla más profundo, como que era el padre Cura, á enmendar la plana.

—No hay que andarse por las ramas, señores mios, ni sacando la goma al árbol ó forzando latines, que lo más seguro es irse al tronco. Abran la Biblía y se convencerán de lo que voy á decirles.

—«En sus primeras páginas encuéntrase el primer Gomez del mundo, nieto de Noé, primogénito de Japheth y hermano mayorcito de Thuval, primer tocador de flauta en esta humanidad de tanto viento, cuyos descendientes vinieron á nuestra España y de cuyo nombre segun San Gerónimo, denomináronse *iberos* nuestros abuelos.

«Lo que sí, que como en aquellos tiempos no se viajaba á vapor, alguno y largo tardaron en llegar del Asia á estas costas áridas y ásperas, donde como buenos españoles nuestros ascendientes, en su enérgica y fuerte pronunciacion cambiaron la r en z para pluralizar: de un Gome hicieron muchos Gomez, como de Lope, Lopez, de Gonzalo Gonzalez, y hé aquí por ende ambos mundos y poblados se han de Gomez.

Si tendría latines y sería padre de campanillas el curita! Este sí que era profundo.

Un poco más y le hace descender de Abel, si no es que encuentra apellido al mismísimo padre Adan, pues algo se dijo de que alguna vez se llegó á firmar en la corteza del manzano consabido, *Adan de Gomez.*

Aunque alguno de los chiquillos que cerca de nosotros escribe, afirma á sus condiscípulos que Obligado es el apellido más antiguo de que memoria ha entre los hombres, pues en esa misma circunstancia dijo el Creador: Adan! *Adan, Obligado* quedarás á comer el pan con el sudor de tu frente....lo que por obligado quedó....

—Pero tengo para mi capota, que:

Superior á la nobleza que heredamos.
Es la que en propios méritos fundamos.

X

A qué asumir lo que en legajos tan voluminosos se presentó á su majestad. Basta saber que el Rey de Armas y cronista de Fernando VI, Don Manuel Antonio Brochero, declaró:

«Que le habían exhibido la real provision de los Alcaldes de Hijos dalgos de la Real Cancillería de Valladolid.

«Que por ella constaba que don José Gomez era hijo de don Francisco y doña Isabel del Canto, nieto de don Francisco II y doña Agustina Montalvo, bisnieto de don Francisco y doña Paula Gonzalez, tataranieto de don Gregorio II, quien obtuvo la segunda ejecutoria, é hijo éste de don Gregorio I éste de don Antonio, que obtuvo la primera ejecutoria, éste de don Pedro y

doña Isabel Gonzalez de Mellea, hijo éste de Gomez Fernandez de Sevilla;

«Que todos ellos y diez y veinte generaciones anteriores de la misma ralea, comprobado habían ejecutorias para obtener los oficios de tales en los lugares donde vivieran, y que les correspondía por su calidad y nobleza el estado de hijos dalgos.

Todo lo cual certificaba el Rey de Armas de la coronada villa de Madrid, á pedimento de don Francisco Gomez de Montalvo, ante la sala de Hijos dalgos de Santa María la real de Nieva, de donde á la sazon era vecino y natural del lugar de Noarre, jurisdiccion de la villa de Arévalo.

En los mismos pergaminos se lée, entre otras bellas páginas, honra y prez de los Gomez. «Que goza de tan excelente y debida prerogativa, la nobilísima cuanto envejecida familia de Gomez, en los esplendores y particulares reales de la celebrada region de Cantabria donde tiene situado su solar, y de cuyo tronco han procedido todos los solares que se conservan en las montañas de Burgos, Leon, Asturias, Galicia, Castilla y otras partes, vinculando á prosperidad plausibles memorias y procedimientos tan generosos. Héroes que extendiendo copiosamente sus ramas, afianzaron con repetidos actos el crédito de su elevada nobleza, ilustrando con relevantes servicios los vastos dominios de la monarquía.»

Y más adelante agrega el cronista: .....«Siendo tan alto el honor excelente de la familia Gomez, que con emulacion de otras, goza la dicha de tener por sus descendientes á los católicos Reyes de España, porque el Conde de Bureva don Gomez, fué padre de doña Gimena Gomez, esposa del valeroso Ruiz Diaz cognominado el Cid Campeador, de quien provienen».....

.....

.....

Munido de todos estos adminículos y otros muchos papeles viejos y amarillentos pergaminos, agregó á ellos copia de la partida de casamiento asentada en los libros de la Iglesia Parroquial en la villa de Santa María la Real de Nieva, por la que constaba que el 28 de Diciembre de 1709 se desposó y veló allí don Francisco Gomez, hijo de don Francisco Gomez y doña Agustina de Montalvo y Tápia, naturales del lugar de Noarres, tierra de Arévalo, con doña Isabel del Canto, hija de don Manuel del Canto y de doña Mensia Caro de Ocampo, vecinos de dicha Villa de Santa María; adjuntó tambien una segunda partida que certificaba como el 20 de Abril de 1711 fué allí bautizado Josepth, que hoy (1752), se halla casado con doña Juana Bárbara Josefa Rospigliossi, hija del capitan de infantería don

Claudio Julio Rospigliossi y de doña Petronila Sagues, siendo hijos de este último matrimonio, don Joseph Ignacio y don Domingo Joseph Gomez del Canto. Posteriormente hubo otros dos, don Lázaro y don Santiago, y dos hijas—Andrea y Francisca. De todo ello impuesto su Real Majestad, el señor don Fernando VI, examinados y confrontados los papeles é informes con cuidado por sus oficiales cronistas y ministros de confianza y conocida literatura, el Rey declaró injusta la nota con que Gomez fuera calumniado.

En la sentencia de S. M. declárase calumniadores á D. Diego Cardoso y D. Estevan Duran.

Se manda á Cardoso manifieste como por equivocacion y sin fundamento, ha proferido la nota de mulato contra D. José Gomez, á quien reconoce por legítimo, de claro y limpio orígen y digno de los empleos militares.

Que se le exijan de sus bienes dos mil pesos, y sean expulsados los dos de tal plaza, y conducidos á España.

Que satisfagan todas las costas y costos, daños y perjuicios, pagos é intereses por esta causa. Que pague D. Estevan Duran, quinientos pesos.

Que paguen otros dos mil pesos los alcaldes y oficiales de Montevideo que intervinieron en el informe calumnioso y votaron contra Gomez: D. Pedro Cordobez, D. Felipe Perez de Sosa, Ambrosio Lopez y Francisco de la Paz, testigos examinados por el alcalde de Montevideo á instancia de Cardoso.

Que pague D. Francisco Rodriguez Cardoso quinientos pesos para Gomez, por daños é intereses.

Que estando convocado el Consejo de Guerra de oficiales, lleve ante él de la mano á Gomez, y exprese lo reconoce por digno de los honores militares, y haber procedido ligeramente y sin fundamento en lo que antes expresó; y que en el mismo consejo se reintegre á Gomez en el lugar y grado que le corresponde, apercibiendo á los oficiales por su ligero anterior proceder. Que se recojan todos los autos é informaciones de este asunto y se remitan originales al Rey, con certificacion de no quedar alguno que pueda suscitar la memoria de esta causa.

Así lo expedía el Marqués de la Ensenada, el 19 de Enero de 1752 al señor don Joseph de Andomaegui, Gobernador de Montevideo, para su cumplimiento, por órden de S. M.

XI

Justicia fué hecha! Pudo exclamar el calumniado Gomez, despues de dos años, y no era mucho tiempo para aquel entonces, ni aun para estos.

Radiante de jubilo y satisfaccion llegó el teniente don José Gomez del Canto Caro y Montalvo, sin que parára aquí su desagravio. Cuente por nosotros el desenlace de este pequeño drama colonial, el erudito historiador de la República Oriental, Don Francisco Bauzá, quien resumiendo tan largo litigio, agrega por conclusion:

«Informaron á peticion de Cardoso, dos miembros del cabildo de aquel tiempo D. José Millan y D. Pedro Cordobez, en órden á la voz que corrió en el pueblo de que efectivamente era mulato el citado Gomez, y de ahí se instauró un pleito que fué ruidoso. Como que la tacha opuesta inhabilitaba á Gomez para ocupar puesto alguno en Montevideo, apeló inmediatamente al Rey, y éste, despues de los trámites del caso, condenó á los acusadores.

«Pero, Gomez, apesar de lo actuado no se consideraba bastante satisfecho con la declaracion real y el castigo de sus detractores y anexos á ella, sinó que resucitando querellas volvió más tarde sobre el mismo asunto, pidiendo que el Cabildo tuviese en acuerdo por infames é indignos de ocupar empleos políticos, ú honorífico alguno, á los expresados Millan y Cordobez, á sus hijos y descendientes y á los testigos é intervinientes en el proceso.

«Tomó carta la autoridad militar á favor de Gomez, y estrechado el Cabildo por muchas influencias, se avino, aunque con alguna repugnancia, á hacer lo que se le pedía.

«Inhabilitados así Millan y Cordobez, y los testigos en el proceso indicado, protestaron enredando en un nuevo litigio del cual resultó que D. José Millan y D. Felipe Perez, regidores que á la sazon eran de Cabildo y actuantes que habían sido en el proceso, fueron expulsados.

«Mas, como á D. Diego Cardoso, D. Estévan Duran y Don Francisco Rodriguez Cardoso, principales instigadores de todo, se les había dejado en el goce de sus honores, volvió á suscitarse por parte de Millan y Cordobéz, que quedaban tan mal parados, é instaban de paso por D. Felipe Perez igualmente condenado, á la infamia como ellos.

«Sería interminable seguir la evolucion del litigio.

«La verdad es que á los piques y enredos que dividen siempre

las poblaciones pequeñas, vino á añadirse en Montevideo este elemento de discordia sobre la pureza de la sangre, que sirvió perfectamente á los que tenían influencias para anular á sus enemigos.

Justicia le fué hecha, y no se quedó corto el señor de Gomez en la que alcanzó del mismísimo Rey, á la que agregó como colorario la que de mala voluntad obtuvo del Cabildo, quien habíale antes condenado.

Así es la humanidad y el mundo, frágil, en todo variable y baladí. Los mismos que dos años antes se prestaban para calumniar á Gomez, apesadumbrado y solo, viéndole retornar protegido por la justicia bajo la égida real, se dieron vuelta y no le faltaron aduladores y cortesanos, á quienes él dió la espalda.

Entonces el que fué saludado «adios, mulato! » era ya el caballero de Gomez, y el más noble de la guarnicion, y los mismos que le habían puesto piedritas en el camino, se afanaban por favorecerle en su carrera.

«Para ésto me sobro yo, como me he sido bastante para mi reivindicacion, contestó á los que se le ofrecian.

Años despues llegaron en pos de Gomez los emisarios de Basavilbaso y otros, que lo de hacerse probar la sangre por encargo siempre es más dificilillo, como todo lo por encargo . . .

Los archivos de ésta como de aquella ciudad vecina, se empezaban á llenar de espedientes semejantes, sobre pedimentos de ejecutorias, de nobleza para librarse del dictado de mal nacido, y sobre probanzas de buen linaje.

Pero la satisfaccion alcanzada por Gomez, terrible para sus calumniadores en su consecuencia, pues hasta sus descendientes fueron declarados infames, puso coto por algun tiempo á aquel mal naciente.

Basavilbaso de Buenos Aires, como Corvalan de Mendoza, comprobaron su hidalguía, consiguiendo lo mismo que Gomez en Montevideo.

Todo cambia, se muda, pasa ó borra. Y no es por aquello de:—todos somos iguales (como en República), y que tanto vale ser negro, blanco ó mulato, que cuatro colores pueblan la tierra. . . . . .Sinó que todo cambia con el girar del tiempo, y lo que malo se reputaba ayer, hoy no es tanto, y lo que noble fué, plebeyo queda. Al presente la nobleza búscase en la persona, no en la ascendencia.

Como que de nobles fué no saber leer, ni escribir, ni trabajar en nada. El trabajo, carga era de burros y esclavos; y ahora

plebeyo y bajo y vulgar es no saber trabajar, ni producir nada, ni servir para maldita la cosa .. ....

Más descuella aquel que para más sirve.

El noble de la edad media que mataba mayor número de sus semejantes en el torneo, era sin disputa el más notable, y Pizarros y Almagros hubo que sabian conquistar pueblos, pero no poner su nombre.

Hoy, si en lugar de aprender á leer y escribir y á manejar máquinas, solo se enseñára á los niños desde su primer infancia, unicamente á tirar las armas, no progresaría mucho la humanidad.

La significacion de las palabras degenera, y hasta las frases y las cosas cambian de significacion segun el sentido.

Flagelar en la ley antigua, no solo era castigar á un hombre, bastaba que se le tomára de las ropas, se tocaran éstas, para quedar flagelado.

Hoy dos amigos se encuentran en una boca-calle, se tocan y se ponen la mano sobre el hombro, sin que á ninguno ocurra sea esto una flagelacion.

Castigábase tambien con gravísima pena una bofetada, aunque no con tanta severidad como un ¡Adios, mulato! por lo cual hasta la tercer generacion quedaba deshonrada.

Ahora, un hombre puede disparar dos tiros, acertar uno, salvar su víctima por el canto de un duro, menos blando que la bala, y apenas castigársele suele (cuando se le castiga), con ocho dias de arresto, más por no saber usar las armas que usa, que por su abuso.

Y nos despedimos con un ultimo ejemplo para no ser más pesados.

—«Vamos á hacer tiempo y mientras llega la hora de malilla echaremos una siesta», decían á las doce del dia nuestros pacíficos y cachazudos pero prudentísimos abuelos, en los tiempos coloniales.

Ahora un activo corresponsal ó reporter de gacetilla callejera, hace tiempo, y se lo dá para todo en inversa forma.

Durante las cuatro largas horas de la siesta del tatarabuelo, en su devorante actividad, se dá tiempo para tomar todos los detalles de una de las frecuentes inundaciones de Barracas, presencia un incendio en Palermo, cerrando el ojo á su abuela la tuerta por Miserere, pone tres telégramas cifrados de suma importancia, para Chile, Montevideo y Brasil, noticiando hasta el número de metros de bruselas ó encajes de Inglaterra que lleva en su larga cola la ultima novia, como el menú y diversas sopas de comida de tres pelagatos, que aun la deben á Sampé; y todavía se ha hecho tiempo para echarle tres

piropos á su novia por el panteléfono, (hoy que las paredes tienen oidos), y surcir con más mentiras de las necesarias, la crónica de todos esos sucedidos, y no sucedidos, que contendrán la gacetilla del dia siguiente.

Eso sí que es hacer tiempo, es decir, alargarlo, estirarlo, dilatado por la multitud de cosas, que en breve espacio produce la actividad, en vez de sentarse á esperar que la Parca corte el hilo, ó dé por terminado el viaje, antes de haber comenzado nada útil, como sucede á los más en éste valle.....

.....

.....

XII

Transcurrido habían siete años desde la ingrata noche en que un ¡Adios, mulato! dejára sin dormir á Gomez, y en desazon á toda su familia, y del dia en que jurára no economizar gasto, ni ahorrar medio hasta quedar á cubierto su honra, castigando al calumniador.

Una de esas risueñas mañanas primaverales en que la fragancia de las flores, la trasparencia del más puro aire, lo azulado de la atmósfera, predispone toda esa alegre fiesta de la naturaleza á la bondad del espíritu, llamaron á la puerta de Gomez.

Macilenta, desencajada, rubia y pálida, flaca, débil y ojerosa, una mujer desgreñada avanzaba vacilando por el zaguan, cubriendo con el manto negro que caía desde su cabeza, al hijito dormido en brazos.

Al traspasar aquel umbral un cierto temblor oprimió su corazon, y lágrimas silenciosas se deslizaron por su ajado semblante.

Aquel hermoso día de primavera, con todos sus esplendores, invitaba á la dicha. Aquella pobre mujer enlutada, interesante con la belleza del dolor, movía á compasion.

Gomez se adelantó, diciéndole: «Entre, buena mujer, qué se le ofrece»?

—¡Oh! señor, una palabra de perdon de sus labios, es todo mi deseo, y nada más.

—¿En qué puede haberme ofendido, Vd., á quien no conozco?

—Así es, señor, sin haberle hecho yo nada tiene Vd. que perdonarme, Vd. es tan bueno y goza en toda la poblacion nombre de bienhechor, no puede hacer conmigo escepcion. Déme su palabra de perdon y le recordaré todo .....

—Por perdonada, mujer. Si, yo no soy hombre de odios, ni miserias, ¿qué necesita?

– Señor, Vd. me ha ofrecido su perdon, no lo retire, no se vaya á enojar ó arrepentirse. Soy la hija del que fué Coronel Cardoso, éste es mi hijito y de mi primo y esposo, quien tambien ofendió á Vd. Vengo á suplicarle de rodillas y por el alumbramiento tan feliz de su señora anoche, el perdon de esa ofensa. Mi padre, mi madre, mi hijo, padecemos hambre por sus consecuencias. Al penetrar por primera vez, despues de tantos años á esta casa, que perdimos en el pleito, se me ha oprimido el corazon.

«Pero, la buena fama en que Vd. es tenido entre todas las gentes, me ha alentado á llegar, y venir á pedir á sus pies el perdon de mi padre, de mi marido, de cuantos le ofendieron. Bastante castigados están para que caígan sus faltas hasta este pobre pequeñuelo, quien no había nacido cuando se pronunció la fatal palabra que tanto le hirió.....

Gomez retrocedió con gesto de disgusto al oír el nombre, recuerdo de tantos años de amarguras, primero; serenado en seguida por las palabras desesperantes y la actitud suplicante de la infeliz, adelantóse para alzarla, y sentándola cerca de sí, le dijo:

—«Es Vd. hija de Cardoso? Cuánto mal me hizo ese hombre. Verdad que los hijos no son responsables de las faltas de sus padres. El buen Dios nos manda perdonemos á nuestros enemigos. Cuatro años, me hizo padecer tortura infinita por su calumnia, otros cuatro ha sufrido él la afrenta. Todo ello servirá de ejemplo para evitar la reproduccion de lo sucedido.....

.....

Y diálogo de dolor, de compasion y enternecimiento siguióse entre el ofendido y la suplicante, y Gomez iba perdiendo terreno y dejándose vencer, hasta que por ocultar su debilidad entró con lágrimas en los ojos al aposento de su mujer.

Allí, otra escena de dolor, de ternura, de llanto y espansion se reprodujo.

Pero la buena mujer que le aconsejára no parar en medios para la reparacion, alentó su instintiva conmiseracion. Avivó tambien el recuerdo de escena semejante, como el de la hermosa madre de sus hijos, meciendo con sonrisa de complacencia desde su lecho, la cuna del recién nacido.

Ocho años atrás, una mañana tristísima, Gomez había encontrado llorando á la compañera de sus nublados dias, jimiendo

por la afrenta que sombreaba de ignominia la cuna de su primogénito.

Entonces calmó ésta con sus consuelos á su compañero atribulado, aconsejándole entre lágrimas, severidad y reposo, pero perseverancia en la reivindicacion.

Al través de tan dulces sonrisas maternales, arrancadas por el bien nacido con tanta felicidad, predisponiéndole al perdon, le aconsejó éste.

No obstante ser tan poco espansivo, no pudo Gomez dejar de conmoverse al oír á su mujer en estos términos:

«Recuerda cuánto hemos sufrido tanto tiempo por culpa de ese hombre, y como la extenuacion te llevó al borde del sepulcro.

«La justicia no es la venganza. Cómo sufre esa pobre mujer, por la soberbia y orgullo de su padre! Tiéndele mano protectora y ház por ella cuanto puedas. Perdona por nuestro hijito, por mí, que anoche hube de morir.» . . . . . .

Gomez, conmovido se acercó á la cuna regándola con lágrimas silenciosas que no pudo evitar, y alzando al niño le dió el primer beso, diciendo:

—Puesto que tu nombre se invoca, perdonaré por vos, y Lázaro te llamarás porque este nombre significa *al que Dios socorre*, recordando la resurreccion del amigo de Jesús, y porque has llegado á tiempo de resucitar de la ignominia á una familia.

Volviendo luego al cuarto donde esperaba la atribulada madre, entró con faz complaciente, diciéndole más serenado:

«Perdono á su padre el mal que me hizo, la desazon y sufrimientos causados á los mios.

«En nombre del nuevo hijo, que acaba de concederme el cielo, y para que en el porvenir no se hereden odios de raza, perdono cuantas ofensas recibí de los suyos.

«No puedo devolver esta casa, pues su valor no alcanzó á pagar los ingentes gastos que los viajes á España y el sacar la ejecutoria ocasionaron. No puedo dejar sin efecto la sentencia por el Rey pronunciada, pero nada me impide perdonar desde que fuí la víctima de la injuria, y ya se me ha hecho justicia.

«Vd. sabe que si no perdona el ofendido, no hay autoridad bastante á levantar la infamia; y la mancha de la deshonra caerá sobre sus hijos, como lepra indeleble.

«Voy á dar á Vd. en documento escrito, mi perdon á los suyos y cuantos me ofendieron, para que ocurra donde corresponda, pues sin él no sería posible la reposicion de los destituidos.

«Mientras que esté sin recursos su hijo, será el pensionado de mi recien nacido. Venga á mí por cuanto necesite, tiene Vd. mi beneplácito para solicitar se detenga en sus efectos el auto de declaracion de infames que solicité contra cuantos me calumniaron.

«Por muchos años sangrando ha estado esa herida abierta en mi corazon, pero su acto de humildad confiando en mi hidalguía apresurará á cicatrizarla, pues los padres debemos perdonar por los hijos. Vaya Vd. con Dios, y vuelva mañana por el memorial prometido».....

.....

Loca de contento salió, pues menos que casa y lujo, apetecía pan y honra, y no había rehabilitacion una vez pronunciada la sentencia, sinó en caso de que perdonára el ofendido.....

.....

Reconocía ya Gomez que los hijos no eran culpables de la falta de los padres, y mucho era para época en que vigente estaba la ley, responsabilizando hasta los descendientes.

Veinte años aun faltaban para que la gran revolucion proclamára á faz del mundo los derechos del hombre, y era por entonces humanamente imposible hacer penetrar en el escaso intelectum de linajudos señores, que el esclavo igual en derechos debía ser á su amo, pues los tiempos se acercaban en que todos fueran iguales ante la ley.

Solo uno que otro, allá en las cumbres, adelantándose á su siglo (inteligencias más avisadas,) presentian los primeros albores de esa suspirada aurora al despertamiento de la humanidad, tras la prolongada noche del oscurantismo y los resabios que de tiempos bárbaros quedaban. ¡Cuán cierto es que:

«Todo es segun el color
Del cristal con que se mira».

EL FISICO DE LOS TRES SIETES

Nombres impropios.

Señor Doctor J. A. Argerich

I

En el año de los tres ochos referimos reminiscencias del año de los tres sietes. En el de los tres nueves habrá bisnieto que haga memoria de lo que recordamos de los bisabuelos?

—Quién dijo que nó?

. . . . . .

Pan! pan! pan! Pesado llamador retumbando en vacía concavidad caía sobre ancha y maciza puerta de umbrales tan viejos como ella.

Y el eco de repetidos golpes, iba á perderse en el silencio de callada noche, por desiertas calles oscuras, sin que la media hoja tachonada de férreas cabezas de morrudos clavos, pareciera conmoverse, por más que resonáran hasta el lejano corral.

La hora de queda aun no había señalado el toque de ánimas y cubre fuego en la Colonia del Sacramento, y los ladridos de dos mastínes como respondiendo al llamado, despertaron el cancerbero, quien con mayor frecuencia que en la puerta encontrábase en la pulpería de la esquina.

A la sazon dormía la tranca de costumbre, más pesada que la del porton, sobre la tabla del albañal, en el oscuro zaguan

de una de las mejores casas construida por el ultimo jefe portugués de la plaza, en el barrio más central. Nada menos que un par de negros bozales y dos mastínes del mismo color, si bien de voz más clara, guardaban la puerta de casa, por cuyos bajos fondos podían entrar cuantos tuvieran ganas.

—Quién es? se oyó al fin, tras tercer repiqueteo, de voz soñolienta, como despertando de lejano mundo.

—Abra Vusé. Soy eu!

—A que su merced, anuncio al amo?

—A D. Sebastiao Vasconcellos de Cintra—Preitas—Guimarais — Saldaña — Feixaira — Fonseca — Sampallo — Moraira—Caxias de Pimentel.

—Cáscaras! con las cajas de pimientos! murmuró entre su media lengua el mosambique. No hay sillas para tanta gente, tambien pudo contestar al portuguesiño muito finchau, único resto de lucitanos que acababan de salir como ratas por tirantes de entre los escombros del ultimo asalto.

—Seu un solo, castiçao. Abra presto prieto da os diablos.... y allá á las cansadas entreabrióse como recelosa y con miedo una media hoja baja y estrecha, cual pequeño buraco en el gran porton, agachándose al penetrar el hidalgo y sus doce nombres, y cerrándose la puerta con mucha más prontitud de lo que fué abierta.

Poco rato pasára cuando otro tan! tan! se oyó en la misma.

—Quién es?

—El veinte y cuatro.

—Cómo! murmuró el esclavo, demasiado ladino para ciertas cosas. Si no hay lugar para doce, menos habrá para veinte y cuatro.

—Nó, negro bruto. Anuncia á D. Julio Espantoso, veinte y cuatro de la Villa.

Más que espantado salió dando tras pies y con aguardentosa voz anunciando á D. Julio Veinte y Cuatro.

Pero, no bien reponíase el portero de tan sucesivas sorpresas, cuando nuevo tan! tan! oyóse, y voz ronca ahuecada breve, áspera como de persona con cara de pocos amigos, gritó:

—Anuncia al señor veinte mil.

—Santa Bárbara! corcobeó el cancerbero, esta noche, como la de San Bartolomé, el diablo anda suelto en la Colonia. Y con veinte mil de. á caballo, y otras maldiciones soto-voce, franqueó la pesada puerta al señor D. Juan, cobrador de almojarifazgos.

II

Y cuatro y cinco, y seis y más huéspedes, fueron sucesivamente entrando por tan oscuro boqueron, los mismos que al poco rato con otros ilustres personajes, de tránsito unos, recien venidos ó estantes otros, rodeaban la alegre mesa del *Físico de los tres sietes*, y entre malilla y chocolate, los más curiosos ensayaban la primera taza de thé, sin saber cómo tomarla.

—Pero esto se sorberá con bombilla como el thé de Misiones, preguntaba un criollazo gordo y algo romo de ingenio, relleno de tocino y peluconas, á dos manos aferrado á su jícara repleta.

—Nó! la yerba de la China es diferenre al thé del Paraguay en su preparacion como en sus efectos estomacales, esplicaba el anfitrion, alto, blanco, esbelto, buen mozo, quien envolvía su amplia capa de paño grana á la española, con el garbo y elegancia que hoy lleva su nieto el elegante Canónigo O'Gorman su negro manteo, médico de corta vista y largos alcances.

Como buen descendiente de irlandés, no había podido venir al Plata sin provision de su bebida predilecta, empeñoso en hacerla probar á sus comensales.

Y en las discusiones de lo saludable del thé, y lo anti-higiénico de la yerba dejaremos alegando el grupo de la cabecera, por la atencion que reclama grupo más alejado, pero no menos interesante.

D. Protasio Ibiriquitanga, recien llegado de la Reduccion de Tubichaminí, del Cacique chico, era gran amigote de D. Deogracias de Concolorcovo, quien le había presentado allí, llevándolo por primera vez á la tertulia de malilla en casa del señor Cirujano O'Gorman. Alelado el guaicuspua, (cual gallina en corral ageno), ante copetudos de tan alto copete, preguntaba á cada rato en voz baja, á su introductor, algo sobre aquellos señorones que gastaban tanto nombre.

—Pues, tres sietes denominan vulgarmente al médico O'Gorman, (díjole al oído,) porque en el presente año arribó á esta Colonia con la expedicion de Zeballos, como Cirujano Mayor del Ejército. Con tan hábil mano cortó *tanta barriga da perna*, (pantorrilla portuguesa), por el cañon mangullada, que al Campo Santo nuevo, el de las ánimas fuera de murallas, han dado en llamar el Cementerio de las piernas del físico O'Gorman. Está Vd?

—Yá, yá.

—Vd. sabe que al extremo de su tierra, y por lado opuesto de las provincias Vascongadas, hállase esa otra de nuestra Espa-

ña que la llaman anda-Lucía, por cierta Lucía que cuando vieja la echaban por vieja, cual Doña Luz y Don Sol, de donde más llegan aquí leguleyos lugareños y ministriles por estar más cerca del embarcadero, como si el turron se hubiera hecho para ellos solos. Pues, estos señores, todo se han traido de la tierra, hasta los nombres de sus alcabalas recaudadores y contadores, en las Lonjas.

Entre estas trasportado hán á ciertas villas del Vireynato, como la Asuncion, las veinticuatrias del Ayuntamiento de algunas ciudades de Andalucía. Allí se nombran los veinte y cuatro vecinos más respetables para que corran con impuestos, gavelas, pesas y medidas de granos, derrames de géneros y caldos.

Por eso este veinte y cuatro (que en algun año de mala peste llegó á ser Rejidor del Ayuntamiento en su lugarcillo, aunque hace muchos, ya no es nada, ni nunca fué sinó de los veinte y cinco y un quemado, el ultimo) jamás se apea el título, y anda con unos humos que apesta.

—Y el otro de muchas ínfulas del lado?

—Ah! á ese señor le llaman Don veinte mil, porque muchas veces el pronombre sustituye al nombre, y acaba por absorverlo.

Él fué un chulo andaluz que en cierta ocasion se presentó al Virey que vireynó en el Perú, á pedirle prestados unos veinte mil duros para la explotacion de minas, no sé si en Amancais ó en la luna, que para el caso es lo mismo, y como el cándido de proyecto de Rey, no quiso creer en las minas esas de su invencion, ni en un nuevo Potosí, le echó en hora mala: « Vaya Vd. con veinte mil de á caballo! » y desde entonces le quedó el sobre nombre de veinte mil, del que se ha hecho su pronombre.

De tal rama descendió posteriormente la afamada poetiza ecuatoriana Dolores Veintimilla, quien se ahorcó haciendo un dogal de sus versos. ¡Cuántos poetastros merecieran igual suerte! y el General, que tanta bulla metió despues en esa República.

.....Y el grupo de los seis famosos personajes que ha poco más pasa á ser grupo histórico (aunque como otros muchos nada para ella hicieron), seguían con la mayor gravedad discutiendo sobre el thé y los nombres propios, que muchas veces llegan á ser impropios, dándose aires de sapiencia y profundo entender, cual si tratáran de resolver árduo problema para bien de la humanidad.

.....

III

Era el señor Don Miguel O'Gorman, al rededor de cuya mesa reunísase tanto pozo de ciencia, el primer médico de nuestra facultad, y ya por aquellos tiempos el de más fama, tanto así por su humanidad inagotable (distintivo rásgo de raza en sus descendientes), como por su saber,

Fundador de nuestra Escuela de medicina, arribó, como hemos dicho, con la más numerosa expedicion llegada al Rio de la Plata el año de 1777.

Concluida la campaña con la toma definitiva de la Colonia, comisionósele para el arreglo de los Hospitales, economizar sus consumos y correjir los abusos notados en los proferores de medicina y cirujía.

Por Real órden del 18 de Setiembre del año de 1779 nombrósele primer proto-médico en esta ciudad de Buenos Aires, dirijiendo la Cátedra de medicina, y Don Agustin Eusebio Favre, la de Cirujía.

Por cerca de cuarenta años, hasta el de 1816 que le sucedió Don Justo García Valdéz, siguió de proto-medico, rindiendo importantes servicios al vecindario, no siendo el menor, la instruccion científica que redactó en 1805 para inocular la vacuna, introducida aquel año por el portugués Don Antonio Machado Carvalho.

El Dr. O'Gorman, fundador de esta ciencia entre nosotros, tuvo por primogénito en ella al Dr. Don Cosme Argerich, primer profesor entre los hijos del país, y su sustituto desde 1802 como fundador de la Escuela médica de Buenos Aires. Desde el principio del presente siglo le ayudaba el Dr. Don Agustin Eusebio Favre; pero, el Sr. Don Juan Antonio Fernandez fué su discípulo predilecto, y nieto en línea recta en la familia médica, de O'Gorman.

Tras de D. Cosme D. Cosmecito y hasta cuatro generaciones de médicos del honrado nombre de Argerich se sucedieron, y el Dr. D. Pedro Rojas, Alcorta—y Montes de Oca y Cuenca —y Bosch—y Rawson, y hasta Pirovano y los más célebres médicos de la actualidad, reconocen con agradecimiento á los nombrados, como sus abuelos en la ciencia.....

.....

.....

IV

Y entre mate y chocolate, y chaquete y malilla y murmuracion de sobremesa y pelucona de más ó de menos que rodaba

bajo el tapete, sobre el que entre pura gente honrada desaparecian las mejicanas que era un gusto, en acalorada discusion de política ó indefinidas divagaciones color thé, volviendo y jirando la conversacion, vino rodando hasta la impropiedad de ciertos nombres, que no de nombres propios, sinó de los agenos se ocupaban, por aquello de que se vé siempre mejor, paja en ojo ageno, que viga en el propio.

—Pues mire Vd., mi Sr. Concolorcovo, decía Ibiriguitanga dirijiéndose al vecino de Tubichaminí, compañero de D. Circuncision, que acababa de perder el ultimo dado, en esto de impropiedad de nombres, nada más raro de lo que por esta tierra pasa.

«Desde que llegué de la mía ando con el nombre al revés, y no podría garantir si con la cabeza tambien. Vea Vd. si no hay para ello motivo y hasta para volverse turumba. Esplíquenos Vd., D. Julio Veinte y cuatro ó D. Veinte y cuatro de Julio, ¿qué quiere decir esto de llamársele Rio de la Plata al que solo es fango y arena, que eso y no plata se encuentra en su fondo?

Con razon á cada pamperada los montevideanos reniegan de los porteños, que les revuelven sus aguas.

—Diré á Vd. Más probable que la version aquella de que anduvieran con grandes pedazos del blanco metal de pendientes en las narices los oríundos de allá arriba, es la de que la primera noche que el compadre Solís entrára á este inmenso estuario fuera de luna llena, y sobre sus aguas tranquilas, serenas, brilladoras, cayendo á plomo, reflejára como sobre inmensa lámina de fundida plata, y Rio de la Plata llamó.

—Está ingeniosa la decifracion. Todo tiene su vuelta y esplicacion más ó menos aproximada á lo cierto; pero, verdad es que no anduvieron muy acertados nuestros paisanos para ciertas denominaciones.

La contrariedad de los nombres persiguió desde sus primeros pasos, á los colonizadores, agregó el vecino.

«Llegamos á esta region argentina y nada de argentino que tiene. Ni bosques, ni minas, ni montañas que pudieran sospecharlas ó encubrieran.

Y la murmuracion entre los viejos contertulianos se generalizaba en entreacto del juego mientras que circulaba infusion de thé falsificado, sin duda.

. . . . . .

—Desde el tabardillo hasta el sarampion, continuó el mismo las congestiones del viento Norte y los constipados del viento Sur envuelven en sus revueltos pliegues aquellos airecillos,,

más fiebres y malarias sirocos ó zonda que abundan como en tienda de surtido pulpero, para todos los paladares.

«Cosecha de chuchos é insolaciones al gusto del más delicado viajero, fiebres tífus y tifoides, gástricas y gastritis palurdas y burdas como para los chicos, tísis para los grandes, tabardillos para los viejos, y en clases de fiebres encuéntranse en la vecina orilla la coleccion más completa.

«Desde el estado febriciente y de incesante agitacion política en que vive con frecuencia medio pueblo, por sobreponerse al otro medio, hasta la fiebre yala (amarilla), introducida por el portugués como todo lo malo, añadió aludiendo al de los doce nombres, que empezaba á mostrarse yá un tanto amostazado, la hay intermitente—volante—espectante—y galopante, por los aires, por las cloacas ó terceros,—hablando, bebiendo, respirando por todas partes se aspiran miasmas delectereos en aquella bendita ciudad de enfrente que llaman Buenos Aires.

«La exclamacion de Sancho (no el de D. Quijote, que aun estaba en la mente de Cervantes), «qué buenos aires son los de este suelo!» no es lo que dió nombre á la ciudad de la otra banda, sinó la devocion de los primeros marineros á Santa María de los buenos vientos, cuya ermita todos hemos visitado antes de embarcarnos en Cádiz.....

V

—Y de esta misma ciudad, qué dice Vd., agregó un tercero. Siguen llamándola Colonia, cuando aquí nunca floreció ninguna?

Fué ello maldicion de Gabriel. en los tiempos que andaba por la isla de su nombre, al remontarse al cielo.

Nunca dejarás de ser Colonia! dijo, viendo el buen Angel nacer esta poblacion viciada desde su orígen, pues que convertíase en refugio y guarida de contrabandistas. «¡Oh! maldito nido de réprobos, pasará un siglo, pasarán dos, pasarán tres y nunca dejarás de ser Colonia, conservando así hasta tus postrimerías el sello del pecado de tu orígen,» y continuó:—

«Violada por portugueses, nacistes del contrabando. Vereis surjir del ház de la tierra, crecer y extenderse ciudades á tu alrededor pero oh! tú, nunca dejarás de ser Colonia!

Pocas profecías han tenido tan exacto cumplimiento.

Nació Pando—Paisandú en el país de ñandú—Santo Domingo de Soriano: el primero, Montevideo—Durazno—Dolores—Mercedes, cien jovenes poblaciones florecieron sobre las verdes cuchillas orientales y esta caduca desmoronada, siete

veces retomada por españoles á portugueses, apenas para palenque de fratricidas luchas quedó luego, vieja y olvidada languideció en letal atonía, al fin siempre Colonia.

. . . . . .

. . . . . .

Y empezaba recien la impropiedad en los nombres ó los nombres propios más largos que cuaresma. Así al sucesor de Vertiz y Salcedo, llamábase únicamente Nicolás Francisco Cristóbal del Campo, Maestre Cuesta de Saavedra Rodriguez de las Varillas de Salamanca y Solís y García de Olalla y Sanchez de Salvador—Marqués de Loreto, Brigadier de los Reales Ejércitos, Virey Gobernador y Capitan General de las Provincias del Rio de la Plata y Presidente de la Real Audiencia Pretorial de Buenos Aires.

A este sucedió el Virey de la mujer de los veinte apellidos, nominándose—Nicolás Arredondo Pelegrini Haedo Zorrilla de San Martin y Venero, que no era chica carga. Pero la carga de su mujer, que carga!

Bien puede decirse que si no fué quien más hermosura aportó, sin disputa si la que más nombres trajo.

Figúrense Vds. que á la buena de la señora robusta, rolliza y bien acondicionada, con cimientos bastantes para soportar tan recargado chapitel llamaban, cuando dedicaban aunque fuere un catecismo: María Josefa Mioña (cuidado con leer mal ni suprimir tilde que linajuda de tantos humillos enemiga era de malos olores), Bravo de Hoyos—Delgadillo Gutierrez Avellaneda Solorzano Henestrosa Acevedo Castillo Muñoz Sotronisa, Camino Ossorio Arce Reynoso Albarado de la Cuadra Corraliza Calzada Mata Palacios y.... respiro....

Y no es nada, entre otros que les sucedieron, aportando más nombres que patacones á este Rio de la Plata.

Así que cuando el gallego de arribada al cónclave sapientísimo, criticaba por su significacion inconveniente las nuevas voces oídas á su arribo como pampa—Andrés—Chacra—pulpería, no se asustó yá al leer en una lista de arribeños entre las felicitaciones á Zeballos por la toma de la Colonia, nombres de vecinos en Catamarca, la Rioja, Salta ó Jujuy, vecinos de verdad, que se firmaban Caraciolo—Protacio—Filo—Innumerables—Degollacion y Firuco, teniendo primas tan raras que lo eran más que sus nombres: Exaltacion—Espectacion—Inmaculada (por más que la doncella corriera burro.) Circuncision—Conmemoracion—Acacia. Y así se levantó el portuguez despidiéndose el primero de la reunion, diciendo, en esta tierra todo anda con el nombre al revés.

Si algun palurdo pone en duda la verdad de tales nombres, atribuyéndolo á invenciones de nuestra escasa cosecha, remitímosle á la tradicion de nuestro maestro, Doña Eduvigis Iturriberritorriazpetechea.

Cosas de la tierra! exclamó el recien venido. Cosas de España, debió decir con más propiedad, recordando en él, sinó cada nombre, lo que dijo el más popular de sus poetas:

.... el nombre es el hombre
y es su primer fatalidad su nombre.

INUNDACION DE BUENOS AIRES

(Tradicion del año 1780.)

Al escritor humorista Sanson Carrasco

I

Si alguno afirmára hoy que esta ciudad, cuyo fondo se extiende yá hasta más de una legua de su ribera, fué un día completamente inundada, por más que rejurára, cualquier extrangero le contestaría: ¡Miente como un viajero!

Sin embargo, nada más cierto. Verdadera isla rodeada por todas partes de agua más turbia que conciencia de cartulario de antaño, apareció por muchos dias, en la época á que nos referimos.

Botes transitaban sus calles, y bateas, baterías de cocina y y hasta ranchos y casas enteras, navegaban en lugar de aquellos, apareciendo entre mil destrozos, apenas visibles cimas sobrenadando, mástiles, tablas y fragmentos arrastrados por la corriente.

Parece imposible, y sin embargo sucedió!

Esta ciudad, cuyas lomas elévanse en algunas partes hasta

sesenta pies sobre el Plata, fué inundada por sus aguas en complicidad con las torrenciales del año más lluvioso de que memoria haya.

El río salió de madre, y los terceros desbordados, acabaron de rodearla de agua.

Pero no era extraño que tal aconteciera en el temporal de Santa Rosa del año de 1780, pues el pasado siglo fué para nuestros abuelos el de más extraordinarios sucedidos.

Empezó por el año del cometa, precursor de todas las desgracias que agobiaron á estos pobres vecinos, y le siguieron como plagas : el año de la seca ; el de los terragales ; el de la peste en los ganados (epizootía),—el año de la guerra del portugués, repetida en el mismo siglo ; el año de los tres sietes, fatal para aquéllos, como el año de Júdas, y todavía apareció el año de la invasion, el del malon grande, de la viruela, de la inundacion, el año en que se perdió el río, el del temporal, de Tupac-Amarú, y diez años más de públicas calamidades.

Fué entonces que se popularizó el repetido refran : « Bien vengas mal, si vienes solo ». En verdad que eran muchos males para tan poca gente! Pero los muchachitos callejeros cantaban otro cantar :

« Calumnian á Santa Rosa
Y el Sud-Este es quien destroza. «

.....

II

La mañana del 30 de Agosto de 1780 apareció el cielo de esta bendita ciudad de Santa María, oscuro, ceniciento y encapotado.

Finas flechas aceradas y penetrantes de menuda garúa pertinaz y contínua, caía sin cesar azotada por fuerte ventolina en los intermedios de la lluvia.

Bien que esta novedad no lo era para los atribulados estantes de aquestos barriales, pantanos y lagunones, pues hasta cuarenta hermanas de esas pálidas y desgreñadas mañanas habian deslizádose sobre el mismo sucio horizonte nublado y sombrío.

Ocupado el sol en achicharrar los antípodas, olvidaba asomar su rubicunda faz por cima del extenso río, manso y bonachon generalmente, pero variable é impetuoso á veces, como los que de sus aguas beben.

Súbitas é instantáneas llamaradas fulguraban los cielos, cual sierpes azulinas culebreando entre desteñidas sombras.

Gruesos nubarrones de torvo aspecto, semejando gigantes aves fantásticas batían por los espacios inmensas alas de tempestad hacia un lado, mientras que por otro, negras montañas venían acentuando el claro oscuro de aquella mortecina luz de la mañana, y á lo lejos tropeles de nubes más ligeras, encimadas cabalgando unas sobre otras, dirijíanse al naciente.

«Son las llovedoras que ván por más agua al río!» exclamaba uno de los pocos transeuntes, alzando la vista y precipitando el paso.

Sobre el claro á trechos de un fondo encapotado aquí, plateado allá, de cobrizos contornos, grupo más denso, siguiendo sin duda sus murmuraciones sobre el viento, la nieve, el frio y demás novedades de tales alturas, tomando la forma de cono ó invertida espiral en tromba, inclinábase al río, mientras que en el extremo opuesto, otras de esas pesadas viajeras de los cielos, rasgadas por el viento, deshacíanse, recomenzando por centésima vez á caer gruesas gotas, en chaparron y lluvia torrencial.

Y á tal punto amenazaba seguir diluviando, que no faltó vieja bruja, por el barrio del mondongo, que al asomar á trancar la única hoja de su ventana con el grueso barrote de sus conjuros, exclamára retrocediendo espantada: «¡Llueven chuzas!!»

. . . . . .

Descalza, desgreñada y cari acontecida, una que otra mujer del pobrerío regresaba apresuradamente de las compras, chapaleando entre el barro, aquí caigo, aquí levanto, bajando y arañando los altos y angostos veredones desmoronados y las resbaladizas piedras enfiladas, para atravesar las boca-calles.

Destilando agua, que los caños salientes derramaban como cascadas sobre los pocos transeuntes, arremangadas sus mojadas polleras en una mano, y sosteniendo con la otra el atado sobre la cabeza, con enaguas embarradas pegadas á sucios garrones, ó azotando canillas peladas, iban en diseminada hilera charlando á gritos, sin que el mal tiempo les quitára el buen humor.

Y unas tras otras seguían en hilera caminando de prisa, agazapándose lo más posible á la pared, donde tejas traidoras goteábanlas á mansalva, murmurando en voz alta sobre el tiempo, la carestía de los puestos, y la no interrumpida lluvia, ya con las que caminaban más adelante, ó las que en opuesta

direccion venían por la vereda de enfrente, con algun otro atado en la mano y un perrito detrás.

Negras, zambas, chinas, mulatas y mulatillas chorreando agua y dicharachos continuaban su charla, cuando yá los compadritos del alto, chulos y decidores de oficio, centinelas perpétuos del poste de la esquina, apenas asomaban sobre la media puerta entreabierta en la trastienda, sin pifiarse ni decirles nada.

Miraban silenciosos cruzar de prisa una que otra manola más ó menos zaparrastrosa, ó sahumada beata rumiando oraciones y dirigiéndose á la Iglesia ó á la sacristía, contrastando con ese alegre mujerío de eterno cotorreo jocoso y locuaz. Creeríase que tan largo temporal de obligada haraganería, para los hombres dentro sus casas, había puesto de tan mal humor á esos eternos decidores, qué apodos y cuchufletas se hubiera llevado el viento, ó que el frio penetrante é intenso congelára su chispeante genio burlon.....

III

A eso de las diez de la mañana arreció el temporal. El tan! tan! tan! de la campanita de socorro, apenas se oían, como ecos lastimeros esparcidos por bocanadas de la tormenta entre el rumor de sus ráfagas como llamando á fuego, aunque en realidad á lo que llamaban era á agua, clamando auxilios contra su inundacion.

El huracan, fuertísimo se desencadenaba.

Pasar de una vereda á otra cruzando barriales y pantanos sin fondo, era del todo imposible.

El río aparecía desierto de buques, pero sus riberas cubiertas de destrozos y fragmentos, pescados muertos y embarcaciones despedazadas.

Botes tumbados con las rotas costillas al aire, mástiles en astillas, velas flotando, remos hechos pedazos, balandras y goletas embicadas, en los apelmazados colchones de gruesa resaca pajiza y amarillenta; algun cadáver de infelíz náufrago, triturado sobre las toscas, contra las que lo estrelló la furiosa ola.

Terroso, iracundo, enfurecido en los ímpetus y estallidos de nó comprimida cólera, con toda su salvaje majestad, el Plata levantaba moles soberbias de agua y espuma con mujidos espantosos.

En su desierta inmensidad solo se divisaban escuadrones interminables de crestas blanquecinas lechosas y bramadoras.

Y de entre ellas, cual jefes que sobresalían en tan ajitado mar, las olas más altivas, gigantes montañas líquidas coronadas de espuma, escupían á las nubes, y cayendo luego en prolongado desmayo, venían corriendo á romperse contra las toscas, deshechas en lluvia finísima, arrojada hasta muy lejos de la orilla.

Ruido atronador de trueno contínuo, ensordecía, al que contestaba eco lejano de otro, repercutiendo por los espacios, como si nueva é invisible tormenta se preparase tras el horizonte.

El aire entenebrecido y lleno de pavorosos estruendos infundía miedo, y tan prolongado temporal tenía á todo el vecindario abatido.

El huracán arreciaba por cielo y tierra, agua y viento, todos los elementos desencadenados parecían confabularse para anonadar entre las convulsiones de la naturaleza, ese átomo imperceptible que se llama el hombre.

Era una hermosa tempestad. El Plata en toda su soberbia majestad cayendo poderoso, hacía retemblar la ciudad desde sus cimientos.

No solo sobre la ribera; en el interior, por todas partes, destrozos de todo género se esparcían.

IV

En uno de los breves intervalos de la lluvia oíanse desde la esquina del *poste blanco* las siguientes noticias, que un vecino trasmitía al de enfrente, en época que la crónica viva de barrio no ascendía á crónica de gacetilla.

—Vecino, de esta hecha las ranas crian pelos! decía el pulpero.

—O nos volvemos patos, contestaba D. Procopio, al gigante ño Pancho, el del *poste blanco*, mientras freía, sobre el humeante brasero á la puerta un sábalo, que bien pudo ser pescado en cualquiera de los charcos ó lagunas de la misma cuadra.

—Y ha visto que á los domínicos se les ha entrado una ba landra por los fondos?

—Así oigo: Por no ser menos las Catalinas, otro pailebot, ha perforado tapias de su huerta.

—Ellas son santas y se entienden. Pero lo que no entiendo es cómo, por donde entraron las aguas no pueden salir las novicias; al menos, más de una metida contra su voluntad.....

—Con la ventolina de anoche desapareció el centinela del pantano, en las cuatro esquinas de Sotoca.

—¿Qué le habían puesto centinela de vista para que no se fuera?

—No, para que no siguieran cayendo lecheros en sus profundidades. Mas, parece que el pobre miguelete ha ido á hacerles compañía.

—Pero, si diluvio como este, ni el universal. La otra mañana acompañé al padre guardian en su ascension á la torre de Santo Domingo, pues no dejaba de tener su miedillo. El viento englobando sus hábitos elevarle podía hasta más arriba de la veleta; y, cosa de ver! Era un lago, dos, todo un mar....

.....

En esto, trueno gordo hizo entrar asustado á *poste blanco*, así llamado por haber pintado de tal color el de su esquina, y el leguleyo vecino de la butifarra, se quedó comiendo ésta solo, sin tener con quien continuar, y entornando más la puerta pues el aguacero penetraba, lo que era buena seña, cambiando el viento cambiaría la tormenta.

Los veinte mil habitantes de este desabrigado puerto, seguían aterrados bajo la impresion del temporal, tiritando de frio, y temblando por el derrumbe de sus casuchas.

Aquellos que más apartados de la costa no las sentían estremecidas por el golpe y vibracion de las olas, sufrian aisladamente en las alturas y lomadas lo más fuerte del ventarron por las afueras, y la corriente de los terceros amenazaba derrumbarlas.

Todavía entonces el macizo de la poblacion reducíase á diez ó doce manzanas al rededor de la plaza mayor, y aun éstas bien ralas, alternadas de quintas y tapiales.

Las casas bajas de un piso, construidas de adobe crudo, con tejas en declive sobre palmas del Paraguay, tenían primero, segundo y tercer patio, además del corral y huerta. En otras, cuatro solares subdividian la manzana.

Naranjos, retamas y durazneros asomaban como curiosos sus ramajes sobre las bajas paredes, dominando el negruzco damero mal construido, las doce torres de otras tantas Iglesias que coronaban la vieja ciudad por doscientos años estancada.

Pero acababa de designársele Capital de un Vireynato, y aspiraba á pretensiones de tal.

«Muy noble y heróica ciudad de Buenos Aires, habíala declarado el Rey, al ver que no le metian diente piratas ni contrabandistas, y ya tenian una segunda Catedral sobre el mismo sitio

designado á la Matriz, Cabildo para la justicia, que nucan faltó á nuestros buenos padres, y modernizábase con ornamentaciones superpuestas el alcázar de sus flamantes Vireyes».

V

A eso como de las dos de la tarde la tormenta calmaba un poco.

En el intermedio del clamor del viento y de las olas, al que se entremezclaba el de los vecinos y muchachería confundida, oíase de nuevo el tan! tan! tan! de las campanas.

Desde el lúgubre y solemne tañido de los Recoletos, cuyos barrancos se desmoronaban sobre las olas que llegaban á su pie, hasta la tiple y lastimera campanita de Betlemitas, el diapason subía en crescendo, elevándose con las siete notas de la escala.

Los esquinones de Conventos extendidos sobre la ribera, cual cordon sanitario contra herejes y judaisantes,desde las torres de la Recoleta, Catalinas, Mercenarios, Franciscanos, Domínicos, Barbones ó Betlemitas, llamaban á la oracion con sus lenguas metálicas, abriendo sus puertas á las gentes que se refugiaban al pié de los altares, llenas de tribulacion.

San Nicolás, San Miguel, la Concepcion hacían coro al piadoso clamoreo, que no eran iglesias las que por entonces faltaban, sino otras cosas.

Y á mayor distancia oíase la campanita de las Capuchinas tocando á maitines, la misma que todavía sorprende con su vocecita de monja pispona al disfrazado galan, que cual tunante calavera de antaño, pelar suele la pava hasta las tres de la mañana, embozado en andaluza capa. Allí, dado á los diablos, ó á las mujeres, reniega contra el siglo de las luces, en que los faroles alumbraban demasiado, hasta escenas que no requieren precisamente tanta claridad.

Las gentes desazonadas corrían apresuradamente á los templos.

Puertas y ventanas se abrían y trancaban con violencia. El viento arreciaba, rechinando cruces y veletas, y caños y chimeneas volaban sobre tejados rodando á los arroyos.

La ciudad entera amenazando desplomarse ó desmenuzarse sus viejas chozas de adobe, compendio era de lo que en toda la comarca acontecía, durante aquel invierno, cuyos temporales seguíanse sin interrupcion.

El rio de Barracas había destruido las cabañas de los pes-

cadores, extendiendo ancho tapíz de turbia agua hasta los altos de la Convalecencia.

El de las Conchas, uniendo su caudal con el mismo Matanzas, arriba de Moron, ofrecía canal suficiente para navegar cualquier barca.

Así quedó por breves dias convertida en verdadera isla la ciudad de la Santísima Trinidad, realizando la naturaleza el proyecto posterior de Rivadavia, y pudiendo salir por la Boca las embarcaciones que penetraban tierra adentro por las Conchas.

Todos los arroyos de la ciudad y sus afueras, desbordados, transformábanla en extensa laguna, de las que apenas sobresalian altos albardones verdes.

En Rojas, cayeron diez y ocho rayos en una noche, y hasta en San Nicolás y Patagones, nacientes poblaciones de ese año, sintiéronse los destrozos del temporal.

Dominando la voz de sus hermanas, grave y sonora, la campana mayor de la Catedral empezó á oirse reposada y solemne.

Desde temprano estaba allí el Sacramento expuesto en el altar, bajo la gran media naranja.

Velábanlo con cirios encendidos en la mano, dobles parejas de fieles, aumentando su concurrencia á cada hora.

Pero rosarios, plegarias y trisagios quedaban sin efecto, y reunidos en coro, Canónigos y Magistriles, el Vicario, el Dean y Arcediano, Maestresala, &., &., resolvieron sacar en rogativa al Señor en la Cruz, pidiéndole hiciera cesar la tormenta. ...

.....

.....

VI

Serían las tres de la tarde cuando la procesion salió por la puerta principal de la Catedral.

La cruz y los cirios adelante, larga fila de muchados con velas apagadas la precedian. Betlemitas salmodiando el trisagio, Hermanos de la buena muerte, la hermandad de ánimas, los terceros de la órden domínica, Oidores, Alcaldes y Justicias, Alguaciles, golillas y notarios, que de tanto dar fé quedáran sin ella, pero que en fin seguian como otros muchos, cuando la procesion anda por dentro. El visitador de las cajas reales iba con el Comisario de las Santas Cruzadas. Rodeaban á los Canónigos grupos de franciscanos y domínicos, mercenarios y capuchinos, y al final, la cofradía del Rosario y devotas del Señor de los milagros, y de todos los Señores .....

Cerraba la marcha confuso tropel de negro beaterío gimoteando unas, contrictas por el miedo otras, alguna arrepentida Magdalena, (que ya por entonces había el barrio de las extraviadas en esta ciudad, donde solo se pierde quien no quiere ser encontrada), y pocos hombres viejos enceguecidos en el vicio, ó en la virtud.

En el centro de la religiosa columna Miñon y medio, más conocido por este apodo de su alta talla, el tambor mayor del batallon de Miñones, llevaba la pesada Cruz dominando la suya aquella selva de descubiertas cabezas.

«El Cristo de Buenos Aires», desde aquel dia así llamado. era conducido por el famoso gastador.

A su alrededor, y como guardia de honor, notábanse sacerdotes de fama que dieron lustre al sabio clero argentino desde el coloniaje, y al lado del Comisario Apostólico D. Miguel José de Riglos, quien soñando con el obispado murió sin estrenarse la mitra que en prevension mandó hacer, seguían curas de campanillas como Fernandez de Agüero, — Arroyo, — Ortega, — y el prefecto del Colegio de San Cárlos, D. Luis Chorroarin, — D. Roque Illesca, vice-rector del mismo, D. José Planchon y otros.

Velas que no alumbraban, altos faroles tambaleando, cruces, cirios y pendones, letanías sin fin, lloriqueos entrecortados y una que otra exclamacion; caras descompuestas, facciones azoradas, amarillentas, pálidas; cabellos negros, pegados por la lluvia sobre mejillas cadavéricas por el susto, era lo que se veía y se oía de esa confusa procesion chapaleando entre barriales, abriéndose camino hacia la bajada del Fuerte.

Sobre la explanada Norte de éste, y al pié de la bandera á media asta en señal de siniestro, ó de socorro (que bueno es pedirlo al cielo cuando en la tierra no se encuentra), formaba el piquete de guardia al lado de *boca negra*, cañon de veinticuatro, y doce más de sus gloriosos compañeros que asomaban la suya, enfilando la calle de las Torres, desembarcados poco antes, despues del ultimo asalto de la Colonia.

Para dominar en esa terrible lucha contra los elementos desencadenados, ni los cañones tenían alcance, ni los hombres tampoco.

Cual leve caña doblada por vendaval, aparecía allí este gusano pensante que en su vanidad, denomínase Rey de la naturaleza, y cuyos furores no sabe aplacar.

—

VII

Agotados los medios de conjurar la tormenta, y viéndose impotentes para ponerse á cubierto de sus destrozos, acordáronse los cristianos vecinos, de elevar súplicas al único que todo lo puede.

Al pasar la procesion frente al real Alcázar, antigua fortaleza de los Vireyes, hoy reformado palacio de Gobierno, los soldados rindieron las armas, y batieron marcha.

Como la campana de dobles, el parche humedecido del tambor parecía tocar á muertos.

La gran bandera se abatió y enarboló tres veces, saludando la imágen del Redentor, que pasaba.

Ni faltó venal crítica infundada.

«Mejor sería en lugar de tocar el tambor, viniera el Virey á tener la vela, sufriendo el barrial y mal tiempo, si no sabe rezar,» murmuró entre dos Ave-Marías, al oido de su pareja, la vieja beata del perrero de la Catedral . . . . . .

. . . . . .

Los niños lloraban, las mujeres rezaban, los frailes salmodeaban.

El roce de caños, cruces y veletas producía contínuos chirridos, alternados por los agudos silvidos del viento.

Por fin desembocó la cabeza de la columna tras de la Fortaleza, sobre la esquina calle del Cabildo, despues de Villota, hoy de Victoria, y la desde entonces calle del Santo Cristo, á la que despues la ilustre familia de Balcarce diera nombre.

Miñon y medio, pasando por entre la doble fila arrodillada avanzó con el Cristo en la Cruz, hasta el borde, mientras todos en silencio seguían orando.

Aquel gastador inmenso, de fuerza hercúlea, de fé robusta, que casos tales inflamaban su naturaleza, llegó sudando á pesar del viento glacial que helaba, á dar cima á su devota empresa, elevando la Cruz en lo más alto.

Hasta allí alcanzaban salpicando las olas, pero apesar de su mancedumbre, aquel Cristo crucificado, al extender sus brazos, parecía decirles con su intensa mirada al verlas enfurecidas: «de aqui no pasarás.»

Llegado el temporal á su postrer parasismo, el principio del fin se aproximaba.

Todavía sublevadas las aguas por impetuoso viento, el inmenso rio aparecía cubierto, como vasto campo de espuma, de

cuyos hondos valles levantábanse negras olas mujientes, deshaciéndose en torbellinos, retrocediendo y alejándose luego.

La suestada reinante hacía dias, desatada en toda su furia, soplaba con mayor violencia remolineando en las aguas, y saltando entrechocadas á inmensa altura arrojaban millones de chispas como polvo, produciendo neblina semejante á los remolinos de tierra.

Como mar embravecida confundía el rio con el cielo su doble horizonte oscuro, y el mujido de las olas, el silvar del viento, el fragor lejano de los truenos, poblaban de ecos lúgubres la atmósfera entenebrecida.

Estrechado el espacio por un velo gris solo se veía á muy corta distancia, desapareciendo las islas del Paraná, la punta de Olivos, Quilmes, todo tras denso velo, apenas esbozados los sauzales de la Boca.

Los espinillos de la ribera quedaban dentro del agua, y ombúes y sauces recién trasplantados en la alameda, quebrageados y deshechos.

VIII

De repente, un ruido seco, fuerte, como destacándose sobre los bramidos de la tormenta, vino á ensordecer á los que allí rezaban, seguido de gritería inmensa, de hombres y muchachos, y clamores de viejas, y llanto de mujeres, y maldiciones de marineros.

Entre el polvo y el humo y la niebla, se divisó un hombre lleno de barro y sangre, en medio de los escombros, resbalando por las empapadas toscas. Llevaba pequeña cuna, rodeado de grupo de granaderos y seguido de una pobre lavandera zaparrastrosa, que jimoteando y dando gritos arrancábase desgreñadas mechas.

Al dar la espalda á la casa acabada de derrumbarse, el conductor de esa infantil carga, nuevo Moisés salvado de las aguas, divisó la procesion en lo alto de la barranca, y la Cruz negra, con sus brazos abiertos y el Crucificado en ella dispuesto á estrechar á los que en él se refugian.

Por instintivo movimiento de piedad natural cayó de hinojos en la húmeda playa, y alzando el niño salvado, lo ofreció al Señor.

Aquel hombre que aparecía socorriendo á los aflijidos, enérgico y decidido desafiando los rigores de la tormenta, multi,

plicándose con ardor y actividad incansable acudiendo á todas partes, era el Virey D. Juan José de Vertiz y Salcedo.

Aquel niño desnudo, y tan pobre que ni apellido llegó á tener, conocido por *Juan el pescador*, y más por su sobrenombre de *poca-ropa*, sin duda porque nunca la tuvo completa, presentado al Cristo salvador de Buenos Aires, fué á su vez con el tiempo el salvador de esta ciudad, disparando el ultimo cañonazo contra los invasores ingleses en la calle, hoy de la Defensa.

Desde bien temprano el Virey, seguido de su escolta, había salido por la puerta del Socorro repartiendo estos, entre los pobres desvalidos del bajo. Mientras que murmuraban de él las rezadoras, él rezaba así, á su modo.

A los que la inundacion no arrebatara redes, carretas y cuantos escasos muebles formaban su único bien, la lluvia de tan largo temporal desmoronára sus casas de paja y barro.

Pocos carretilleros de la ribera, como otros del hueco de ña Engracía, y el de Cabecitas, precavieron meter sus carretas, mulas y bueyes á cubierto de cierta ceja de monte de talas, que aun retaceado, todavía formaba uno de los verdes macizos de las afueras, entre las calles hoy de Venezuela y Lima, del Rosario y San Bartolomé, Monserrat y San Cosme entonces.

Algunos notables del pueblo, verdaderamente notables por su piedad y abnegacion, ayudaban al Virey.

Muy pocos, como surjiendo entre ruinas donde buscaban, escudriñando infelices apretados bajo techos ó paredes derruidas, vinieron á postrarse en fervorosa oracion ante aquella sublime imagen que aparecía en medio de la tormenta cual iris de bonanza.

No llegaban por entonces á la Colonia hermanas de caridad, pero existía ya esa larga familia anónima, filántropos de todos los tiempos, que han honrado la humanidad, y los precursores de Segurola, Miguens, Rodriguez cumplian su modesta mision, sin aspirar á la vanagloria de la caridad cantada y bailada de nuestros dias, ni al campanilleo de crónicas y gacetillas.

Entre otros respetables vecinos, los señores de Basabilvaso, Otárola, Sarratea, Gomez, Rocamora y Michelena, mejicanos como el Virey, estos dos, rodeábanle, siguiendo á Vertiz á todas partes, concurriendo eficazmente á salvar muchas víctimas de la inundacion.

IX

En medio de un cielo opaco iluminado por la vívida vislumbre serpentina que greteaba el profundo azul, sobre la empinada barranca de roja greda, la negra Cruz se alzaba en medio de los fieles.

Abajo entre la resaca, juncos y visnaga de las verdes toscas y encaje de blanca espuma que la ola al retirarse bordaba, el Virey y su pequeña comitiva rogaban por un pueblo lleno de tribulacion.

Aquel doble grupo, formaba cuadro sublime y tocante.

El uno, sobre la barranca dominando el Plata al pie de la fortaleza, doscientos años antes levantada contra la barbarie, ofreciendo sus preces.

El otro reducido y desfalleciente suplicando con fé sencilla, poniendo en accion el adagio de: «ayúdate, que Dios te ayudará».....

.....

Recitado solemnemente el Salmo de Moisés, salvado del mar Rojo, y oraciones del caso, mientras clérigos y comunidades regresaban con sus letanías por el mismo camino, el Virey y sus acompañantes volvían por el suyo, salvando en la ribera á unos, socorriendo á otros, consolando á todos.

Gotas de lluvia pendian de las verdes ramas, y por torrentelas y canaletas del viejo murallon que rodeaba el Fuerte, corría negra agua estancada en los baluartes, troneras y casillas de centinelas.

Los rios y arroyos salidos de álveo y el Barracas y el Plata y el Maldonado, ceñian con ancha faja de agua los contornos de la aflijida ciudad, mientras los terceros rebalsados, completaban la inundacion. .....

Pero ya no llovía. El viento empezaba á serenarse y la tormenta entraba por fin de lleno en su período final. La procesion de rogativa volvía. El crucifijo y acólitos adelante, el sochantre y monigotes atrás.

Al pasar segunda vez, desembocando por las casas del piquete de San Martin, donde se guardaba la carroza del Santísimo, las mulas que lo tiraban, y los perros pensionados que le anunciaba con la campanilla al cuello, frente hoy á la Bolsa, oyóse suave música militar, muy lenta al principio, piano, pianísimo, y como en crescendo, subiendo de los fosos de la fortaleza, ecos mezclados de confuso clamor de cornetas, como

despertando entre el rumor de las olas que mujían aun á la espalda, y despues más perceptibles, aproximándose más y más, hasta destacarse clara y sonora banda de clarines.

La real bandera volvió á abatirse y enarbolarse por tres veces. Los soldados sobre la explanada y merlones, presentaron sus armas, y el pueblo más consolado empujándose á la puerta del templo al entrar la imagen de Jesús le aclamó: «el Salvador de la ciudad inundada.»

. . . . . .

X

Tal es la tradicion del «Cristo de Buenos Aires» que se venera en la Metrópoli sobre el altar á la izquierda de la nave del crucero, y la descripcion del temporal de Santa Rosa terminado el 30 de Agosto de 1780, de ingrata recordacion.

Si lector alguno creyere, no se aplacó la tormenta porque el mismo Cristo salió á detener el rio, con sus brazos abiertos, y hasta ser salpicado por las olas, no perdieron estas la fuerza, sino que en cuarenta dias habian descargado su furia, (pues la pobre Santa limeña tan calumniada es como San Francisco, en la aproximacion de equinoccios,) no le contradecimos. Narramos simplemente lo acontecido, dejando á cada uno en sus creencias.

La sencilléz de tan buenas gentes y su fé ciega, dió la significacion de un milagro á la conclusion del temporal en aquel dia, que en alguno habia de concluir.

Curioso no ha faltado contemplando la pesada cruz del Cristo de Buenos Ares que observára: «el verdadero milagro consistió, sin duda, en que un hombre cargára con tan pesada Cruz, contra todo viento y marea.» A lo que una de esas beatas de sacristía con más teología que canónigo, agregó: es que la Cruz de antaño era más liviana que la actual, aunque el Cristo es el mismo.»

Tal es una de las más populares tradiciones del siglo pasado, y el por qué desde entonces se llama el «Cristo de Buenos Aires» al que hace vis á vis en la Catedral de la Metropolitana á San Sebastian y San Martin, patrones de esta ciudad.

Semejantes tradiciones, más ó menos novelescas, rodean al «Señor del buen viaje» (Santo Domingo), al «Señor de los Milagros» (Socorro), y al «Señor de la paciencia», sentado á la entrada de la Merced, cuya devocion habrá acreditado quien en su lectura llegue hasta aquí.

PEREGRINACION DE UN ARBOL

Al Sr. Dr. R. Corvalan

I

.....Esta sí que es bola! ¿Cómo un árbol puede andar peregrinando?

—Por más de una calle segun se verá, y como el de nuestro cuento anduvo de la Seca á la Meca, desde Córdoba (España) á la de esta, de San Juan á Mendoza, y de Buenos Aires á Belgrano, hasta que deteriorado y estrujado, estropeado de tanto correr tierras, apolillado descascarado, lleno arrugas y asperezas vino á caer sobre la mesa de ojos, en que escribimos.

—Pero de los árboles por naturaleza inmóviles podria únicamente decirse que andan ó son trasportados cuando su planta se mueve, y si se refiere al valle de los temblores, derrumbe ú oxcilacion á movimiento parecido, habrá solo podido observarse en los de allá.

—Nada de eso, verdadera peregrinacion; andar, cambiar de sitio, trasportarse por cientos y miles de leguas.

Solo en alas del vendaval, furioso huracan arrancar suele joven arbolillo, mal arraigado, sobre pelada loma en abierta pampa.

—Extraño parecerá el sucedido, pero sin su extraordinariedad no lo recordára la tradicion, ni digno de ella fuera, como sus congéneres de esta coleccion. Es el caso de un árbol de verdad cuyas raices profundizado se han por muchos años, y

de cuyas esparcidas ramas penden más vástagos ilustres que monos de los yatays del Paraguay.

—¿Se tratará acaso del ceibo desarraigado en la creciente de este río, y que la furia de sus aguas arrastran corriente abajo á son de camalote?

—Nó, ni del árbol trasportado en semilla por el pico del ave errante. Mas, os vais convenciendo cómo á pesar de lo dicho, tres de los cuatro elementos trasportar puede el aire, el agua y la tierra cualquier árbol, por naturaleza inmóvil.

Pero como para acertijo basta y sobra con las suposiciones barajadas, mientras adivina el adivinador, vamos al cuento.

Diálogo á este semejante sosteníamos noches pasadas, cabe el hogar á cuyo suave calor brillaban dulces miraditas de curiosos pequeñuelos, al escribir el título de esta tradicion:

II

Y érase que era—la vieja en el fuego—y el trigo en la era.

. . . . . .

La noche del Juéves 29 de Junio de 1781, alto, enjuto, negro espigado y majestuoso el señor Licenciado Dr. in utrunque D. Martin Sebastian de Sotomayor de Videla, (Videlas dulces), de Villafañe, de Salazar y de otras muchas cosas, presbítero capellan magistral de la Sagrada Religion de San Juan de Malta, natural de la ciudad de Mendoza en el reino de Chile, salía de la Matriz de la misma, abriéndose paso con dificultad por entre apiñada y mal oliente multitud, empujando y en efervecientes oleadas, extrechándose currutacos y rotos ó guasos del barrio de la chimba.

Ensordecían con su fuerte é incesante repiqueteo las campanas, haciéndoles eco, infernal gritería en crecendo, de aquel tole-tole, verdadero mare-magnum de cabezas en cabeza, y muchas personas perdiendo la suya, por los gritos, confusion y atropello de la muchachería pendenciera, disputando con zaña sin igual á mojicon y cachete limpio, por medio más, ó cuartillo menos, que en el gorgorio apañaban.

Que no fuera para menos la muchichanga sabráse, esplicando era padre de muchas campanillas el señor canónigo de Sotomayor, el mismo que venía de sacar de la pila bautismal al único vástago de su ultima hermana, mi señora doña Josefa de Sotomayor, á quien otro señor de no menos campanillas, don Francisco Xavier Molina, desposára el año anterior.

El abuelo materno del recien nacido, maestro de campo

D. José Sebastian de Sotomayor y Villafañe, y su esposa doña Isabel de Videla y Salazar, habían sido los padrinos, y sus otras hijas ya casadas las señoras de Correa, de Benegas, de Corvalan, de la Maza rodeaban el lecho de la hermana convaleciente, para cuya casa paterna en la esquina de la plaza de la antigua ciudad de Mendoza, cruzaba la comitiva familiar, cuando el rumboso Licenciado, alargando sin dar vuelta, la bolsa al esclavo que le seguía, dijo:

«Toma negro, y tira estos cuartos á esos roñosos, que hoy fiesta grande hay en el cielo, y gorgorio en la tierra, porque llegado há un Sotomayor más; y con arrogancia, y sin disimular su orgullo de raza, siguió custodiando al recien nacido, rollizo niño dormido, que despues dejó tan buen nombre bajo el de D. Pedro Molina, tres veces nombrado Gobernador de Mendoza, el mismo puesto que con el andar de los tiempos su hijo y su nieto habían de honrar».

Pero no tan de prisa atravesára envolviéndose en su ámplio manteo de seda, el de Soto, que dejára de llegar á sus oídos, por más que no lo deseára, cantarcillo de la muchichanga que así su magnifiscencia humillaba:

«Tú no eres Sotomayor,
Mulatero ó monaguillo,
Sotana, Soto ó Sotillo
De muy dudoso color.»

... Por más que el perrero con su roja capa magna y el crucifijero con la suya más corta de esclavina morada, el campanillero sin ninguna, y cuantas largas patas de tero corrieran tras semejante granuja insolente, no le dieron alcance.

Pero el aludido que no tenía pelo de zonzo, (aunque lo parecía), reconoció al vuelo, más que en la voz, en la letra, al sátiro de sacristía, su contrincante en el ultimo capítulo, quien casi á sus barbas, que no usaba, burládose había de ciertos más sotes que Sotos, de aristocráticos humillos que sin pasar de Sotillos por su insignificancia, atrevíanse á firmarse *de Sotomayor*.

Y como lloviera sobre mojado, pues ya en tres solemnidades indirectas parecidas llegáranle, mal disimuladamente se contuvo. Cual traidora puñalada ó envenenado estileto de oculto condotieri, penetróle la insolencia, y profundamente herido en lo más hondo de su vanidad, se acoquinó apesar de sus ínfulas, y cuando todos rodeaban alegres y contentos á la joven madre con su feliz vástago purificado de pecado que no cometió, cabizbajo y pensativo como si en el camino se le hubiera caído el

gozo al pozo, entró á los aposentos interiores y en el más escondido, largo rato permaneció encerrado con señor padre.

De los suyos nadie oyera la injuria, sinó él, pero como él, su padre, bien seguro de sus pergaminos, achacóla á celos de sacristía, pues Domínicos y Franciscanos con chismes y directes se cruzaban todo el dia de coro á coro, y para atacar á los religiosos de San Juan de Dios, se mancomunaban, inventando en sus celdas epígramas que levantaban roncha.

Fuera que de allí pretexto tomára el joven sacerdote para hacer aflojar los cordones de la bolsa paterna, ó que realmente por lo mismo que la de Sotomayor, familia era que miraba muy por sobre el hombro á nobleza de exportacion, hasta Mendoza llegada, atrayéndose celos, envidias y refrancicos, de cualquier modo, en conferencia á solas, y en el consejo de familia, al dia siguiente, definitivamente acordado quedó, que para poner coto á tan repetido anónimo desman, encargado fuese él, de ir á la corte en busca de la ejecutoria. Apesar de su voto solemne de humildad, él no creía en las pamplinas de hoy dia, de que todos somos iguales, ni en quien dijo:

¡Nobleza!
la que en uno empieza.

III

....Y pues mulato dijiste, á España me voy, y Rey de Armas de probaros há si es roja ó sangre azul la que por mis venas corre, dijo, y tomando su mulita cuyana de paso, trepó la Cordillera y volvió á bajar, embarcándose en Valparaiso, desembarcó en Santander, y despues de cruzar Galicia (tierra de sus abuelos), á la córte llegó.

Si no tan breve como el César «Veni-vini-vincit «fué estuvo y venció, pues aunque el Rey no salió á recibirlo, á la postre autorizó su ejecutoria, y á la vuelta de pocos años volvió cargado de papelotes no con cara más blanca que ellos, pues sebruno le volviera la revuelta bilis, pero sí, con sangre más limpia que su cara.

....Era el *de su genealogía* árbol de los que más profundas raíces echáran. Remontándose hasta la etimología del nombre, sacóse en limpio, que ya en el siglo once, uno de sus antepasados, Don Payo Mendez, caballero de gran valía (figuraba en primera línea, entre los nobles de más antigua alcurnia en el Reino de Galicia, de donde provienen los marqueses del Carpio), vino á poblar en uno de los más ame-

nos valles de aquel Reino *un soto mayor,* por ende legó tal título á sus descendientes.

Soberbio Castillo, á obra romana por su solidéz parecida, dentro su murado recinto levantó, y atraidos por la gran fama que ya por entonces gozaba, á las magníficas fiestas de su inauguracion, no solo toda Galicia, sinó los Grandes del Reino entero, tuvieron en ellas deudos, y hasta el mismísimo Rey Fernando, el 2° de Leon, mandó su hijo segundo á saludar al ilustre fundador del soto-mayor en Galicia..... .. ..

Y hubo toros y cañas, y más de un caballero rompió lanzas en honor de su Rey y de su dama, y tal vez seguirian esas fiestas hasta la fecha, si un triste suceso no viniera á aguarlas, que cuándo á la alegría no siguiera de cerca el dolor!

Sucedió, que hacia el séptimo dia de la inauguracion de ese feudal castillo, que todavía se conserva sobre inconmovibles cimientos, el mismo que el ultimo Rey de España visitára pocos años há, el joven Principe quizo medir lanzas con el señor del lugar, pero con tan poca suerte, era viérnes, y trece apunta la crónica, que á los primeros pases, no pasó, que penetró una astilla del lanzon de el de Soto al través de mal ajustada celada.

Herida fué esa que á poco andar, mientras los cortesanos buscaban modo de trasladar al mal herido, la astilla aquella no salió del ojo, pero sí el alma de tan robusto cuerpo, y así por tan funesto torneo, voló á la gloria, tronchando su mision.

Tan profunda pena causó al primer señor del Soto, que su castillo fuera desde sus cimientos regado con sangre real en aquel soto del mayor dolor, que desde entonces, y para siempre, y hasta su ultima generacion veló su escudo de fúnebres crespones, viéndose en el cuartel superior, en campo de plata, tres fajas jaqueladas de oro iguales, y en cada faja una cinta negra.

Así, despues de pasar noble progenie esclarecida y siete generaciones de bravos capitanes, llegaba por rama recta al maestre de campo D. José Sebatian Sotomayor y Villafañe, quien en Doña Isabel de Videla y Salazar procrearan á la sazon siete hijos, de los que el percundante, primogénito era de la hija Josefa Sotomayor de Molina.

IV

Efectivamente, el padrecito este, noble salia por los cuatro costados. Si por lo de Viliafañe llevaba en el tercer cuartel de su escudo cuatro yaqueles de gules en campo de plata, por los nom-

bres maternos de Videla, correspondíale escudo partido en par, tres lis de plata sobre campo azul, y dos lobos sables en campo de plata; como por lo de Salazar, trece estrellas de oro de ocho rayos cada una, armas otorgadas por D. Alfonso el onceno á Lopez de Salazar, en premio de haber dado muerte en singular combate á un hombron de gran valía, especie de gigante moro, que vestía martola colorada con fajas de oro.

. . . . . .

Tras recua de mulas cuyanas, logró pasar otra vez la Cordillera, y con montaña de papeles, á la de los Andes parecida, regresó Soto, cargado de cruces, lanzas y escudos, árboles y pergaminos, títulos, ejecutorias y papeles, viejos, que buenos pesotes le costara desempolvar.

Sus ilustres progenitores habían acudido á la toma de Granada y al asalto de Roma, al descubrimiento de un mundo y á muchas de sus fundaciones.

Los Condes de Camiño Altamira Corrion, desde D. Suero Gomez de Soto Mayor, Grande de España, los Duques de Soto Mayor, Duques de Alba, los señores de Villa del Carpio, Marqueses del Carpio, dejaran bien puesto su nombre allá en el viejo mundo, y la misma línea recta seguían en este. Desde el fundador de la ciudad de la Rioja, don Pedro Tello de Soto Mayor, quien firmara el acta de su fundacion el 24 de Mayo de 1591, contábanse multitud de Capitanes, Generales, Adelantados, Almirantes, Gobernadores y Viso-Reyes de quienes quedaba huella luminosa de su paso.

De hijos dalgos, Rico-Homes é Infanzones hazañas mil abrillantában el escudo de Videla, y mientras que por lo de Salazar subía su excelsa alcurnia hasta el cielo, pues que el San Lorenzo emparrillado de los Salazares era, con los Villafañes condes de Lara y de Guzman, no fué Santa Teresa la única tia abuela que llegara á las mismas alturas, en cuyo honor lleva su nombre una mujer en cada generacion de la familia.

Y todo esto, y muchos más primores y noblezas, largo de referir, comprueba el árbol genealógico que con él al hombro llegó desde las Españas hasta Mendoza el señor D. Martin de Sotomayor, segun lo firma el Rey de Armas D. Juan Félix Rújula y cronista en todos los dominios y señoríos de la católica majestad del señor D. Cárlos III, rubricado en la imperial Villa de Madrid á doce de Diciembre de 1783.

. . . . . .

V

Sabido es cómo, á las nueve de la noche del miércoles veinte

de Marzo de 1861 en pos de sordo rumor subterráneo cual eco amortiguado de trueno lejano, tras breve paso de contradanza, largóse á galopa tendida la antigua ciudad de Mendoza, hasta quedar toda ella sobre la tierra tendida.

Un trueno más pronunciado, una trepidacion más violenta, ruido espantoso, desplome ensordecedor, y luego densa nube que todo lo entenebrecía, por el terragal levantado, alzándose á los cielos cual fúnebre sudario negro velando la luna.

Despues el mudo desierto y el silencio eterno sobre las mil tumbas, de pronto entreabiertas, los alegres hogares sepultando bajo sus ruinas á sus propios habitantes.

Pero lo que no se sabe, ó apenas se recuerda por alguno de los náufragos de aquella ingrata noche, es que en una de las casas más bullangleras no obstante haber ya dejado en ella su rúbrica la desgracia, bailaban en esa hora, y bailarines hubo para quienes el abrazo de la danza fué el eterno de la muerte, y parejas al acaso unidas quedáronlo para siempre entre los intersticios de una puerta ó los requebrajeados muros.

....

Y todavía escenas más espantosas que las de las convulsiones de la naturaleza presentó allí la depravacion humana.

A la mañana siguiente cuando alguno de los sobrevivientes saltaban entre montones de ruinas, y cadáveres y destrozos buscando restos de sus deudos, auxiliando moribundos, desenterrando agonizantes y socorriendo heridos, otra legion de pavorosas fantasmas aparecía como banda de cuervos, cerniéndose sobre todo campo de destruccion husmeando despojos.

Pobres y ricos, jovenes y ancianos, buenos y malos, hombres y mujeres, diez mil seres humanos quedaron bajo las ruinas, y los que no se ahogaron en poca agua, de las acequias reventadas cuyos desbordes todo lo inundaban, quemados á fuego lento veiánse por el incendio seguido al terremoto, como San Lorenzo de Salazar anteriormente recordado.

Y aun entre las recientes ruinas, alma atravesada hubo que sin dar oidos á los clamores de los moribundos, y apartando vivos y muertos, ultimaba á los vivos que no se dejaban robar.

Por facineroso un bandido de larga fama se distinguía, antiguo cabo de la escolta de D. Nazario Benavidez, viejo soldado del fraile Aldao, y elevado por aquel á sargento de la partida policial.

Pasado el susto con la fresca de la mañana, se acordó que la noche antes al ir á dejar centinela en la boca-calle de San Francisco, hoy de Beltran, por ser en la que nació el benemérito

fraile de este nombre, para que evitara cualquier desorden entre la chinería agolpada á las ventanas de Da. Luz Sosa, vió á ésta que era una luz, por los diamantes desparramados sobre el blanco seno de aquella vieja coqueta.

Y recordándolo con un su amigo y compinche, devotos de Caco y Baco, no habiendo quedado pulpería en pie donde oficiar para hacer la mañana, metiéronse á remover escombros, en la esperanza de que en tanta piedra falsa, con alguna que no lo fuera pudieran tropezar.

En afan tan descabellado trabajaban sin cesar, cuando descubriendo algo que al rayo del sol brillaba, recojieron de entre las ruinas librote viejo y por demás empolvado, forrado en antiguo cuero de Córdoba, de filetes dorados y cierros lo mismo, y aunque no todo lo que relumbra es oro, por tal tomaron los broches, á la bolsa fué junto con tachos viejos, al parecer relojes, y otros cien despojos de vivos y muertos, y un brillante en la sortija, que por andar ligero, con dedo y todo cortaron al cadáver de la Sosa. Ladron más listo sin duda soliviado habrá los demás.

VI

Para la natural esplicacion de semejante hallazgo, siquiera ligero rasgo de la topografía del barrio añadiremos. Hacia la mitad de la cuadra, una y media de la plaza principal para la alameda (calle hoy Constitucion) como adelanto de la época, hallábase el pasaje de Sotomayor, recien allí abierto por uno de los jóvenes de este nombre, criado en casa de D. Nicolás Corvalan, cuyo padre de este, D. Domingo, esposo era de Da. Manuela Sotomayor.

Los fondos de ambas propiedades de Corvalan y Sotomayor, se confundieron en el revuelto mar de ruinas, con los de la casa de Sosa, y hé aquí por qué casualidad, buscando el ladron de las ruinas cuanto brillaba, desenterró en ese libro el árbol genealógico de la peregrinacion, verdadero brillante iluminando el camino de los esclarecidos antepasados, fundadores en América, de las familias Corvalan, Videla, Villafañe y Salazar, entrelazados con los Molina, cuyo escudo lleva rueda del molino que les dió nombre, con los Maza, ostentando la maza á cuyo rudo golpe en cierto momento crítico salvó al Rey y otros muchos. . . .

Años despues el hijo del ladron de las ruinas, jugando con otros niños de la Escuela, (yá en los tiempos que alcanzamos hasta los ladrones mandan sus hijos á la escuela), escepto

los Cuervitos, que no saben ni poner sus nombres, cambió el libro de los cantos dorados, llevado á clase para divertirse con sus escudos y figuritas, por un puñado de cocos podridos, á un otro su amigo de rabona, Corvalan, travieso muchacho que llegára á deletrear su nombre en una de las páginas del carcomido pergamino.

Y de las manos de este sobrino de su tio, llegó á las de otro Corvalan de Mendoza, quien trasmitiólo al Corvalan de Córdoba, y éste, un buen dia, tras largo reclamo se lo obsequió al Dr. D. Rafael Corvalan, honrado vecino que numerosa prole há educado en la virtud y el honor de su noble ejemplo, hijo del General D. Manuel Corvalan, siendo este ultimo uno de los veinte y cuatro hijos del señor D. Domingo, en Da. Manuela de Sotomayor, cuarta de los siete hermanos de D. Martin, héroe de esta tradicion.

No hubo pues mucho de cuento en aquello de cómo se efectuó la peregrinacion de este árbol genealógico, que viajó de Europa á la América y anduvo de la Seca á la Meca, y de San Juan á Mendoza, y de Córdoba á Belgrano, que no fué arrastrado por la corriente, ni llevado en alas de la tempestad, ni siquiera su semilla en hueco baston de un peregrino, como la del gusano de seda trasportada de la India así, por otro sacerdote.

Verdadero árbol, sus raíces profundas se pierden en las entrañas de la tierra, y su vasto ramaje difundido por Europa y América, sombra dá á más de una casa ilustre.

Lo único omitido, y esto fué poca cosa, es que hablábamos de un árbol.... un *árbol genealógico* cuyos renuevos brotan cada nueve meses, por lo menos, en cada generacion de Sotos-Mayores y menores, poblando sotos, valles, montañas y hasta pampas desiertas, con su numerosa descendencia..... .....

EL VIREY DE LAS LUMINARIAS

(Crónica de 1784.)

Al señor Intendente Don Torcuato de Alvear.

I

Retrógrado y mayúsculo enemigo de las luces debió ser quien tal apodo puso al más progresista de los Vireyes, primer criollo representante en América de la majestad real.

Bien que por entonces, y desde entonces, cada uno de los once Viso-Reyes, (pues que no llegaron á la docena del fraile, durante todo el Vireynato), la malicia populachera marcólos con mote más ó menos humorístico.

Así, bautizado fué con el apodo de *el Virey de los tres sietes*, el primero que llegó en aquel año, reasumiendo su reinado en 1777, por más que el General *Zeballos* desde antes de presentarse á la cabeza de un ejército de diez mil hombres y con la más poderosa escuadra, desplegando ciento veinte velas sobre el Plata, títulos tenía bastantes para llamársele el vencedor de los portugueses.

Vertiz, el precursor de Rivadavia, y por su génio progresista y talentos estadísticos, el Rivadavia del pasado siglo, entre sus mil obras que dieron lustre y esplendor dentro y fuera de Buenos Aires, es recordado en la tradicion por *el Virey de las luminarias*.

Loreto, reverso de la medalla, pues apareció reaccionando

contra el nuevo espíritu americano, siendo de un peli-rojo subido, se le llamó *vícho colorado.*

A poco andar, su sucesor *Arredondo*, designado fué como *el Virey de los siete sabios*, no porque lo fuera, que bastante tenía de su nombre en lo redondo, sinó porque en su gobierno arribara la más numerosa coleccion de sabios, cinco comisiones encargadas para entenderse con los portugueses (que nunca se entendieron, ni hasta la fecha sus descendientes), en la demarcacion de límites. Resaltaban por sus luces como brillantes engarzados al aire, grupo de constelaciones de primer magnitud. los capitanes de navío D. José Varela y Ulloa, D. Diego de Alvear, D. Félix de Azara,—y geógrafos y astrónomos como el Marqués D. José Sourrier de Souillac, D. Antonio Alvarez de Sotomayor, D. Pedro Cerviño y D. Juan Francisco Aguirre.

Al quinto, *D. Pedro Melo de Portugal*, denominósele *el Virey del puente*, y fué quien levantó sobre la calle del empedrado, para llegar á la plaza de los toros, esa su única obra, y no buena, pues que á poco andar desmoronóse, como el Vireynato.

A *el Virey de entretelones*, por lo afecto á teatros, ó *el Virey interinato*, pues nunca llegó á la efectividad, *D. Antonio Olaguer Feliú*, le siguió el coronel *cuatro potros*, que á tan bárbaro tormento condenó *Aviles* á Tupac-Amarú.

Virey arbolito designábase al Mariscal *D. Joaquin del Pino*; y al Virey cobarde, *Virey tras del Monte*, en lugar de *Sobremonte*, que en su mayor espesura traspapeládose había durante las dos invasiones, sucedió el más popular, *Virey de la reconquista*, *D. Santiago Liniers.*

El ultimo....el ultimo mono siempre se ahoga, y así *Cisneros* que venía de perder en Trafalgar el más grande navío de España (*la Santísima Trinidad*), llegó á tiempo de perder en esta ciudad del mismo nombre, la mejor joya de su corona.

Virey que no vireynó llamaron á *Elio*, pues, si bien fué nombrado, no llegó. Ya el tiempo había entrado en agua, y parecióle más prudente comunicarnos su nombramiento, que no acatamos.

Pero desvíanos tal digresion histórica del caminito recto de la tradicion.

II

Muchas y muy vastas fueron las reformas y progresos en el adelantado gobierno del General D. Juan José de Vertiz y Salcedo, nombrado en 1778 segundo Virey, por seis años, despues de otros diez de gobernador, siendo quien más largo tiempo

ejerció mando; y aunque verdad es que hasta entonces las calles de esta bendita ciudad solo alumbradas eran por las estrellas, cuando la luna plateaba otro hemisferio, no aquellas ahumadas candilejas fuera la más brillante de sus reformas.

Tenorios damiselas y contrabandistas pusieron el grito en el cielo, por el nuevo impuesto. Repetíase en corrillos y cafés, aunque por entonces los principales eran nones, y no llegaban á tres: «A quien pretenderá alumbrar el Virey de las luminarias, á media noche, si ni perros transitan los barriales despues de la hora de queda.»

«De noche todos los gastos son pardos, y el gato del Virey vichoco estará yá para andar á oscuras, murmuraba alguna beata bendita.

Y agregaba otra· «A la oracion todo el mundo se está en casita, y si alguna de esas sahumadas viuditas tenidas en olor de sacristía, en los alrededores de tanto Convento, espera á su paternidad vecina con la jícara de humeante soconusco, basta el farolillo del negrito anda-vé-y-díle para los malos pasos.

Y la protesta seguía ensartando pretextos para que dieran menos luz que la que daban esas cuatro velitas vergonzantes de baño amarillo, corridas siempre, lagrimeando débil proyecto de dudoso resplandor, en lucha bajo espeso penacho de renegrida paveza, pues más que luz, arrojaban humo.

Cien años atrás las calles de esta ciudad estaban casi casi á la altura de las de la coronada Villa, capital de dos mundos.

Gatos muertos por los albañales, y caballos idem en pantanos y charcos; barriales por todas las calles, y veredas en ninguna. Inclinadas tejas esperando sobre quien caer, parecían cubrir techos de media agua, sobre palmas del Paraguay, si bien más encubrian la miseria de sus habitantes. Rejas saliendo á llevarse borrachos por delante y altos umbrales rompecanillas, en aceras de cuatro cantones, sin ninguno.

Pero había toros y cañas, y pato, y procesiones interminables por todas las festividades, y así se inauguró el alumbrado público para llegar á la Comedia, y se empedró la calle principal para ir de toros..... .....

III

En medio de un caos de tinieblas apareció, adelantándose á su siglo, el Sr. D. Juan José de Vertiz y Salcedo, cual astro á á cuyo alrededor giraban satélites brillantes.

Activo, recto, magnánimo, emprendedor, constante y económico, supo rodearse de las inteligencias en flor, primicias de

toda una generacion, ávida por aspirar las primeras brisas del mundo de nuevas ideas, que se levantaba del otro lado del océano.

Así, mientras mandaba espíritus emprendedores cual D. Francisco Biedma y D. Juan de la Piedrá, tras las huellas de pilotos como Villarino y Pavon, á poblar las costas patagónicas, con el valeroso comandante D. Manuel Pinazo dilataba la frontera.

Al mismo tiempo en la capital del Vireynato, sabía descubrir entre la joven generacion inteligencias, como el primero que puso la lira bajo el ala de la musa argentina, y nombraba al poeta Labarden su teniente Gobernador—Auditor de Guerra, á Basavilbaso Procurador de la ciudad: ponía al sabio Maciel á la cabeza de la juventud, para dirijir su enseñanza, mientras que con el décano Rejidor D. Gregorio Ramos Mejía, levantaba el más minucioso censo de la ciudad y campaña, (cuarenta mil habitantes en 1778); fundaba un puerto en las Conchas, un muelle en el Riachuelo y un fuerte en Santa Tecla.

Y todas esas teclas de tan vasto piano, movíanse armónicamente bajo su hábil impulso.

Al tiempo que el progresista Intendente D. Francisco de Paula Sanz aseaba el interior del municipio, el capitan de ingenieros D. Joaquin de Mosquera, alarife, y D. Pedro Preciado, determinaban niveles y desagües, levantando planos sobre las calles, cruzando hileras de piedras en las travesías, terraplenando esquinas, &., &.

Inauguró el Colegio de San Cárlos, cuna de nuestras primeras inteligencias, y ésta que fué su más grande obra, no le dió el renombre que el alumbrado público le dejára, de *Virey de las luminarias.*

Concluyó Capillas, reconstruyó Iglesias, y hasta la Catedral recien derruida, y el edificio municipal. Expulsó á los portugueses de la Banda Oriental, y á los indios de las Misiones, de donde acababan de ser expulsados los Jesuitas.

Fundó los estudios reales con fondos de estos y fomentó mil obras nuevas. Mandó un ejército á Montevideo para la reconquista de la Colonia, y otro al Alto Perú, contra la sublevacion general.

Y mandó, más que un tercer ejército, al progresista comandante D. Tomás Rocamora, mejicano como él, á establecer línea, nó de soldados, sinó de poblaciones, siendo ellas la valla insalvable que se levantó, poniendo fin á la invasion de los bárbaros.

Todo esto y mucho más hizo. Instituciones de beneficen-

cia,- educacion popular,—alumbrado público,—extincion de la mendicidad,—fundacion del Real Convictorio Carolino,—Colegio de Huérfanas,—fundacion del protomedicato,—construccion de los grandes edificios públicos, que aun actualmente sirven para Biblioteca, Archivo, Direccion de Escuelas, alamedas, paseos, todo lo proveyó y fomentó á un tiempo. Restableció la tranquilidad en la campaña, y antes de terminar su Vireynato, despues de quince años del gobierno más progresista, apenas interrumpido por la breve presencia de Zeballos, consiguió se exportaran hasta ocho mil cueros al año, por solo el puerto de Montevideo. Hacía explorar el Bermejo con Arias y Cornejo, al mismo tiempo que el Rio Negro, fundando pueblos por todas partes, pues San Nicolás, Rojas, Patagones, Chascomús, Ranchos, Lobos, Navarro y Areco, San Juan y San José sobre el Santa Lucía y Concepcion, Gualeguay y Gualeguychú, no fueron los únicos que erijió en el vasto Vireynato.

Pueblos, fortines, escuelas, muelles y caminos, todo esto, y mucho más hizo; pero el intolerable espíritu de rutina, de cada una de sus innovaciones, sacaba motivo para seguir su encarnizada crítica.

IV

Vertíz fundó el segundo año de su Vireynato, (1779), con otras de importancia, la casa de Expósitos, en las temporalidades, que así denominábase la sucursal de Jesuitas, frente al Colegio, esquina hoy Alsina y Perú, nombrando primer administrador al Sr. D. Martin de Sarratea.

Haciendo cruz á ella instalóse *la Casa de Comedias*, dándose permiso á D. Francisco Velarde, primer empresario de Teatro para abrirla en la *Rancheria*, cuyo producto, en parte, debería contribuir al sosten de establecimientos de beneficencia, como fundó con igual objeto en la otra esquina de la misma manzana, frente á los Calabozos de Oruro, hoy Perú y Moreno, la primera imprenta, dirijida por el Sr. Sanchez Sotoca con los restos de la de los Jesuítas, traídos de Córdoba.

Poco despues, el trabajo y la industría de esos pobres desheredados, iniciados en honroso camino por el sabio Virey, fueron los que imprimieron «El Telégrafo», progenitor de todos los periódicos buenos y malos, cuyas innumerables hojas plagan el país.

Entonces como hoy, no faltó malicioso chiste tiznando la fama del Virey filántropo.

Años atrás, cuando el Gobernador Robles fundó un hospital, apareciera en las paredes cuarteta tan injuriosa como la siguiente:

«D. Agustin C. de Robles
Con caridad sin igual
Hizo este santo hospital
. . . . . .
Y tambien hizo los pobres».

Veinte años antes de la época que tradicionamos, mano anónima garabateó sobre la lápida que bajo del torno se lée hoy, aquella quejumbrosa y tristísima lamentacion que no puede deletrearse sin lágrimas:

«Mi padre y madre
Me arrojan de sí,
La piedad divina
Me recoje aquí».

Esta calumnía no menos infundada, como toda injuría anónima:

«Para los hijos sin madre
Los Expósitos fundó,
El Virey, que con el suyo
Esta casá inauguró . .»

La musa callejera del siglo pasado, chispeante de malicia y acrimonia, disparaba en la oscuridad del Vireynato aceradas flechas, dirijidas á herir de muerte las mejores instituciones.

Diez años despues, todavía incorrejible, apareció una mañana escribiendo á las puertas del hospital de San Miguel donde guardábanse las huérfanas casaderas, hasta que humilde industrial venía á elejir compañera de entre las honradas educandas:

«El Rector de aqueste Hospicio
Como un gallo vive entre ellas,
Y tiene á más de su oficio,
. . . . . .
El de componer doncellas.»

Y así, la Casa de Expósitos venía á facilitar prostituciones clandestinas, segun embozada maledicencia, la escuela á propagar enseñanza perniciosa, los estudios mayores, criaderos de pleitistas, pues que los cuatro únicos abogados que por entonces pululaban, tan enredado traían el pandero, que hasta la Cate-

dral se cayó por aplastar pleitos, segun creencias vulgarizadas desde el púlpito.

El Teatro aumentaba la inmoralidad con los bailes de máscaras; la imprenta propagaba impiedad; el empedrado venía á desbazar mulas, y cada paso de progreso que rompia el pesado velo del oscurantismo, en motivo de crítica y vituperio convertíase, cayendo sobre el paciente Virey de las luminarías.

«A este Virey de las luces
Colgáronle muchas cruces»

Y dejemos de seguir las huellas de esa chascarrillera musa mal sonante, que allá vá por esas calles y plazas darramando sal y pimienta en sus cantarcillos, aunque con frecuencia no de la mejor índole.

Citamos al pasar dos ó tres de sus dicharachos, como comprobacion de que toda innovacion tuvo por primera é inmediata recompensa la rechifla y mofa de los mismos benificiados.

Pero el activo señor de Vertíz, profesaba las teorías que en sus postrimerías oimos de boca del honrado hacendista D. Juan Bautista Peña.

Lamentándose le hallamos cierto día de 1868, pues que un tropel sin nombre asaltára la Municipalidad, arrojando libros, papeles y archivos por los balcones, sin duda para que desaparecieran cuentas que no debían estar claras.

«A los pueblos, como á los niños, preciso es hacerles el bien hasta contra su voluntad, y aunque lloren y zapateen limpiarlos y ponerlos presentables, sin cuidarse si embadurnan á quien los envuelve.» .

Y en otra ocasion añadía, como agobiado por su esperiencia de muchos años, siendo á la sazon Intendente: «La populachería vocinglera y descontentadiza grita sin saber por qué, y jamás está contenta. Aunque naden en la abundancía profetizan descalabros, y que el mundo se viene abajo. Bien se les llegára á llenar los bolsillos de onzas de oro, todavía murmurarían, quejándosa de su peso».

Extraño no es, que á los sucesores sigan añejos motes como á sus antepasados.

V

Aquella primera cuadrita de mala muerte y peor empedrada, prolongado se ha en extension de dos mil. Esa vergonzante velita de baño ó candileja humeante, del primer alumbrado

representante de la luz pública, en época de tinieblas, pero que no llegó á alumbrar tantas picardías como en la presente, sustituida se halla por el gas, y á punto de serlo por el foco eléctrico; el desmantelado carro al hueco de la basura, por el ferro-carril de la misma, que arroja los resíduos muy lejos.

Mas, la crítica no cesa. Siempre la malicía trasluciendo, ó creyendo descubrir el vil interés por todo móvil.

Si *Vertiz* tenía por su apellido que *ver*, á *Alvear* le dice el suyo que *vea*, y tantas cosas malas ha visto en esta ciudad, de la que se recibió súcia, pero muy súcia; que venciendo innumerables inconvenientes vá dejándola presentable.

En menos de un lustro ha ensanchado y hecho Hospitales, Manicomios, Asilos ú Hospicios de Mendigos, Inválidos y Huérfanos, Cementerios, Oficinas Municipales de Ingenieros, Químicos, Delineadores, Plazas, Parques y Paseos, Calles, Avenidas y Boulevares. Ha abierto doscientas cuadras, y adoquinado cuatrocientas, y cuadruplicando la renta municipal.

Fuera de todo esto, que no es poco, y basta para satisfacer al más descontentadizo, consiguió algo más. Hizo rico á medio vecindario, sin perjudicar al otro medio, pues cada propietario á quien adoquinó la calle, abrió otra trasversal, ó ensanchó la estrecha en que vivía, hermoseando sus alrededores, duplicó su renta.

Pero, despues de cien años, las costumbres no han cambiado del todo en ésta, que cosas tiene de gran Aldea, y el mote chavacano sigue mofando con tilde chocarrero y de mal gusto al mejor intencionado.

Así la malicia continúa murmurando como corriente cuesta abajo, y cual Antaño al continuador de la obra iniciada por Vertiz.

Proyecta ancha avenida de circunvalacion, por allí ha de tener terrenos que bonificar, se dice. Endereza algun entuerto y muchos son ya los enderezados, por ahí ha de haber algun amigo á quien favorecer. Pero que más, ni adoquinar puede calle lejana pues no falta vieja pispona que murmure: «no es por mejorarnos el barrio, sinó porque no se le rompa el landó, cuando viene á lo de la viudita vecina que dá el *do* de pecho y otras cosas.....

.....

Suerte es, y no escasa, que la tela sea de buena pieza, como que de la misma salió el vencedor de Ituzaingó, que hizo meter violin en bolsa y poner en línea al vecino Imperio, como el abuelo delineaba límites y fronteras en la época del Virey de los siete

sabios. El nieto sigue impertérrito, antiguo oficio de familia, haciendo entrar en vereda cuantos se salen de línea, chille quien chille.

La murmuracion pasa y el provecho queda en casa, y el Intendente Alvear tiene por la propia, para su mejoramiento, la ciudad toda.

En verdad que ha tomado á la de Buenos Aires, como belleza de inmenso cuerpo, de grandes dimensiones que es conveniente acicalar con adornos de buen gusto, y de quien se halla perdidamente enamorado, como estilan hacer la corte los de su nombre, derramando guirnaldas y coronas á los pies de la bien amada, cual el vencedor de Ituzaingó, á los de la Patria.

Y así como á una belleza del dia, para su mejor parecer vésele arreglando un moño en la cabeza, brillantes pendientes en las diminutas orejitas, por donde deslízase tanta dulce mentira; una flor en el pecho, cíñece la cintura de amplísima faya, le estira la falda; así en la ciudad de sus encantos, aprovecha una cima para coronarla de palmeras, leve ondanada, para hacer correr cristalinas aguas que la refresquen, paseo aquí, gruta misteriosa más allá, ancho cinturon de boulevares, estira y prolonga sus caminos de entrada, y yá un jardin, una fuente, una plaza, vá poco á poco adornando su bella apasionada.

Por esto le contesta algun ricacho, despues de doce meses de discusion: «Está bien, le doy dos varas de las ciento cuarenta de mi frente, pero hermosée mi calle.» Y otros que no le dán, ni los buenos dias, al entrar un palmo de tierra sus edificios sobre la línea, se quedan muy creidos que le hacen importante donacion particular, sin llegar á comprender que, si algo ceden es para el bien del vecindario, de la comunidad, de su propia conveniencia.

En otras ocasiones los mismos padres de la patria, que un año autorizan como modesto entretenimiento el juego, y entre ellos el de la loteria, al siguiente lo prohiben, declarándolo estafa, latrocinio, engaño, sin preocuparse de arbitrar recursos para el servicio que con sus sendos millones se atendía; y así tiene que echarse por la calle á defender hasta con sus puños los impuestos municipales, único recurso para satisfacer tantas necesidades.

Y la autoridad no le ayuda, y la insensata opinion le zahiere y la prensa le zangolotea. Pero él, déle que déle, tieso que tieso, la astilla es de buena madera.

VI

Adelante! no hay que mirar atrás ni atortolarse. Ahí están sus obras que hablan con mayor elocuencia que sus detractores.

Siga no más abriendo grandes avenidas, por donde ha de venir y penetrar el progreso, que modifica y transforma. Arterias de comunicacion por todas partes, plazas y respiraderos, pulmones á la agrupada poblacion, fuentes de vida para sus habitantes, y así irán cayendo una á una esas telas de levísimo tisú que pretenden ceñir y envolvernos, aunque el más ligero viento deshace, oposiciones de tela-araña, que las sombras agigantan.

Así verá venir uno tras otro, hombres de buena voluntad como el señor Lezama, saliendo á ofrecerle más de lo que necesita para embellecer los suburbios del sur y llevar el bienestar á todos los extremos.

Si pertinaz y recalcitrante llegase todavía alguna crítica sin eco, puede hacinar unas sobre otras todas las obras de su primer lustro de Intendencia, interrogando sin miedo desde lo alto de su cima: «alce el dedo quien haya hecho más que yó!»

En la capital del mundo, con los elementos del más poderoso imperio, relativamente dadas las proporciones del caso, Mr. Haussmann no hizo más en menos tiempo.

Recordamos en la vecina República, haber encontrado al más fecundo de los escritores americanos, el chileno que produjo más obras, así con su pluma y su talento, ocupado en transformar la vieja capital de Chile, con ardor y perseverancia infinita. Del uno halagaba la vanidad y el otro no quería ser menos que el vecino. A éste inmortalizaba su nombre en lejana plazuela, cuyo terreno cedía, y para el sordo ó remiso de más allá hacia tocar las cuatro trompetas de la fama, por donacion de estatuilla insignificante. A aquel incitaba á ceder un terreno, y quedaba Parque Couciño, al otro abría una calle que le partía medio á medio, pero estaba satisfecho porque dejaba en ella su nombre, y con ayuda, propaganda y teson, su incansable actividad llegó á trasformar en pocos años la vieja Capital de nuestros primos, allende los Andes.

Paseos, canales, institutos, todo lo dió vuelta, lo embelleció, lo transformó. La murmuracion le acompañó como inseparable plañidera durante largo trayecto, y aun no faltó quien señalara, no olvidar el negocio propio, pretendiendo escalar la

Presidencia, trepando sobre los andamios de sus multíplices obras.

Pero cuando éstas han concluido y su vida extinguídose en el bien público, el nombre de Benjamin Vicuña Mackenna, resuena por todas partes dentro y fuera de Chile, su fama preconizan cien monumentos, y hasta el Cerro de Santa Lucía donde el Cacique Huelen se refugiára, consideran hoy sus conciudadanos estrecho basamento para alzar la estatua que la póstuma gratitud le designa.

Bueno es no olvidar las teorías del Virey de las luminarias, recordadas desde ese mismo balcon de la Intendencia por el honrado D. Juan Bautista Peña: «A los pueblos, como á los niños, preciso es hacerles el bien, aun contra su propia voluntad, y aunque lloren y zapateen, limpiarlos y ponerlos presentables sin cuidarse si embadurnan á quien los limpia.»

¿No es verdad señor Intendente, que Antaño como Ogaño sobraba razon al Virey de las luminarias?,

Pero la historia tambien tiene estas póstumas glorificaciones que ennoblecen y llegan hasta convertir en brillantes de luces resplandecientes al carbon que pretendió tiznar la fama de hombre bien intencionado.

Efectivamente, al General D. Juan José de Vertiz y Salcedo, no por el alumbrado público inaugurado entre sus diversos adelantos, sinó por los resplandores de sus muchas obras de progreso esparcidas en todo el Vireynato, bien puede recordarse, surjiendo entre las tinieblas del coloniaje, como á verdadero Virey de las luces.

EL DIA EN QUE SE PERDIÓ EL RIO

(Tradicion de 1792.)

Al Señor Dr. Ambrosio Mont

I

Es una historia que parece cuento, y sin embargo este cuento histórico de tiempo de poca agua, tan verdad es, como que en los presentes hasta tres días pasan sin correr nuestras aguas corrientes.

Nada extraño hubo en que éstas olviden como tantas otras su mision sobre la tierra, siendo solo la débil obra del hombre, sinó el Plata mismo, grandiosa obra salida directamente de manos del Creador, perdió el rumbo y se fué..... á las profundidades del océano.

Como no era cosa que así no más se perdiera rio de tal magnitud, los vecinos á quienes buenos sustos dá en sus crecientes y tempestades, salieron á buscarlo.

Alarmados ante tan extraordinario suceso, bajaron á la ribera, treparon las alturas, coronaron azoteas y miradores, subieron á las torres más altas, estiraron anteojos de largo alcance, apesar de no tenerse por nada cortos de vista, con todo, por más que refregaban los de mirar, nada veían, ni descubrían.

No había más, el río se había perdido.

Los platenses estaban desesperados, volvían sobre sus pasos,

daban vuelta al rededor del mismo punto. Idas y venidas, subidas y bajadas, galope aquí, carreras allá, tras bancos canales y canaletas, valles, médanos y bajíos, por más vueltas y revueltas, recados y mensajes, averiguaciones é interrogatorios, caminatas de las barrancas á la playa, y de la ribera á los altos, nada ..... Ni los vijías en asecho desde los campanarios que servian de atalaya á la despoblada ciudad tendida y silenciosa, sobre la banda de un rio que no lo era, daban señas de él.

Y aunque tal aventura del Plata parezca cuento, ahí están eruditos cronistas como los doctores Quesada, Carranza y Zeballos, ya creciditos y sin edad para mentir, quienes en repetidos libros lo recuerdan.

Algunos han observado que tan variable como el Plata y sus brisas, son sus habitantes, y el refran «veleta como porteña», tiene este orígen.

La verdad que es tan impetuoso por Candelaria, Santa Rosa ó San Francisco, como manso y bonachon lejos de equinoccios. Tan bonancible para esta costa con el pampero que se pierde de vista, haciendo de paso algunas travesuras y revolviendo las aguas á los de Montevideo, como encrespado y maligno en las suestadas.

Si él impregna algo de su génio alternativamente impetuoso ó suave, á los que de sus aguas beben, ó si por óptica misteriosa tiene en su cambiante movimiento, espejismos singulares que reflejar suelen el espíritu de sus hijos, averígüelo Batemann y demás ingenieros ingleses que para eso vinieron á estudiarlo, y de corrido saberlo deben, segun los millones que cuestan tan largos estudios.

Muchos de sus ribereños, así sopla el viento norte, que es como el zonda tierra adentro, siéntense alelados.

Despues del primer arranque de impetuosidad, con la altivez y el embate de sus olas, cuando los tiempos truenan, eléctrica conversion vuélvelo manso y suave cuando serena.

En fin, cosas de la tierra, temperatura ó carácter nacional.

«Belicosos pero de poca constancia, noveleros y variables como sus aires, son el Plata y sus habitantes», leo en la ultima Revista Alemana que acaba de llegar, y siendo tudesca, no puede mentir.... ... .

II

En la mañana del 28 de Mayo del año de 1792, el más furioso pampero se había desencadenado sobre el Plata.

Empezando ligera ventolina redobló su fuerza por la noche, á tal punto, que al rayar el día no dejaba ya espinillo sin desgajar en la ribera, ni cabeza con sombrero de las pocas que llegaban á asomar por esas barrancas desiertas, donde fué el rio.

Completamente perdido éste, el Alcalde de Hermandad en Maldonado, manso hombre ignorante, bruton pero muy honrado por cierto, é incapaz de ocultar las cosas ni los casos, menos un rio cual el Plata que no es de esconder dentro el tintero, tomó su cálamo de ganzo, calóse las gafas y garabateando al superior, puso el parte del extraordinario sucedido.

Alto, grueso, mofletudo, enérgico, activo, de constitucion atlética, siempre á medio vestir, y atada la cabeza con ancho pañuelo á cuadros, era esta justicia en mangas de camisa, como justicia de barrio, incansable perseguidor de ladrones y robadas, aunque antiguas mentas recuerdan que en alguna ocasion refugió á cierto descomponedor de doncellas de aquellos tiempos, travieso tenorio de fama.

Saltó en su brioso ruano, tio Paco, así más conocido que por D. Frasquito Buendía, quizá por la costumbre de ofrecer el frasco para hacer la mañana, y echándose á la espalda su inseparable naranjero (trabuco de á onza), para un por si acaso, caminito arriba, siguió en busca del perdido, por los bajos de la costa.

Galopó, galopó, desde Medrano á Monte Grande, seguido de la partida volante, y de los más baqueanos del pago. Desparramó sus hombres por todas partes, los volvió á juntar, los volvió á mandar, no dejó vericueto ni escondrijo, ni viscachera por escudriñar. Rejistró valles, lomas, vueltas, montes, selvas y ensenadas, pidió lenguas á los pescadores en seco, se empinó sobre sus morrudos estribos de monte, desde las más elevadas barrancas, recorrió de arriba abajo toda la costa, sin divisar más que extensos arenales y secas playas sin fin, un juncal allá, naciente banco más allí y un charco acullá.

Galopó bien adentro por la playa baja, y avanzó, y avanzó sin alcanzar nada. Allá á lo lejos, muy lejos relampagueando apenas bajo el sol, á gran distancia, una que otra rezagada faja de agua, cual olvidada huella por donde acaso escapara el fugitivo.

A una gran creciente sigue una gran bajante.

El Plata, el majestuoso Plata tan decantado por poetas, que no le conocieron ni de vista y nunca le sintieron, como maldecido por marineros que mucho le sufrieron, extraviádose había en amorosa aventura, cual riachuelito casquivano el Manzanares

ó Rimac perderse suele por toda una estacion, sinó para toda la siega.

Y bueno es apuntar de paso para quien no hubiere asomado las narices por esta inmensa planicie sin horizonte, que el Plata, hijo del Paraná y el Uruguay, nieto del Paraguay y primo lejano del Amazonas, cubre con ligero velo de aguas estrecha superficie, así como de quince mil millas cuadradas.

Pequeña fuentecilla es el Plata, como para apagar la sed de cuantos fueron y son.

III

Al fin, cansado de dar vueltas y revueltas por todas partes, sin adelantar un paso en sus pesquisas el famoso Alcalde D. Francisco Buendía, que para él no había amanecido bueno el de aquella mañana, determinó regresar, cuando topó en su vuelta con un playero ó pescador que venía de recojer sus redes, tendidas la noche antes, quien le dió noticias muy interesantes por sabidas.

—Amigo, de dónde sale? le interrogó la justicia.

—De ánde he de salir pues, de acá no más, (contestó el paisano).

—Dígame, no ha visto el rio?

—Cuál, el de la Plata?

—Sí pues, no ha de ser el de España, que en otro mundo se está.

—Ah! sí Señor, acá no más lo dejé anoche.

—Sí, eso ya lo sabía, pero y hoy?

—Ahora se ha retirado patron, retiraito, allicito no más ha de estar.

—Bueno amigo, si lo encuentra déle memorias.

—Adios.

Y con un *vaya Vd. con Dios* á la buena crianza española, dió vuelta rienda el Alcalde en mangas de camisa, echándose un poncho para presentarse á sus mercedes, determinó bajar á la ciudad, por si acá sabían algo.

Contrariado, cabizbajo y cari acontecido, no satisfecho con su primer parte de la mañana, llegó á eso del medio día á rectificarlo verbalmente ante el de primer voto, y subiendo la ancha escalera de las casas consistoriales, dió cuenta, ampliando circunstanciadamente, como era cierto que el rio se hallaba perdido, no podía averiguarse qué camino llevara, ni nadie le habia visto, ni podía dar noticia. De todos modos, al fin él solo

era autoridad de tierra, pues, si todo lo que en ésta desaparecía sabía encontrar muy bien, aun debajo de ella, como los contrabandos de la Colonia, no así con lo que el mar se tragaba, pues ni era de su incumbencia lo que aguas abajo acontecia.

Añadió, no sin malicia, y mientras que se rascaba tras la oreja y dando vuelta el sombrero en la mano, que si los señores de Cabildo eran gustosos, podía proporcionar cierto paraguay más nadador que un peje, (un su amigo, hombre de mucha confianza y ligereza, y que no había de mentir ni ocultar cosas como el rio, que se arriesgaria hasta muy adentro y tal vez á cruzar de un galopito hasta la ribera de enfrente, á ver si por allá le daban mejores noticias, ó las traía del rio.

IV

Caso de consulta fué, y grave, acalorada y sesuda discusion que intrincaba á golillas y clericalla tamaña desaparicion.

Lo sucedido no era para menos, y muchos latines salieron á volar, y textos ván, y citas vienen y consultando viejos librachos, hojeando carcomidos y apolillados pergaminos, el Prior de Betlemitas mencionando en su exposicion la desaparicion del mar Rojo, replicaba á su paternidad franciscana, sobre el ocultamiento del Ródano y otras corrientes subterráneas, cuando el ruido y algazara de vocinglería y discusion á gritos, venía alzándose y subiendo y aproximándose en confuso tropel hacia los balcones del Cabildo.

Tratábase de convocar Concilio de marinos y sacristanes, por lo extraordinario, cuando los diálogos de corrillos, interrumpidos fueron por la aparicion de dos jovenes esbeltos, de atrevido aspecto, exponiendo á los allí presentes la apuesta que acababa de ajustar sobre la piedra fundamental en la esquina de la plaza, de pasar á la otra banda, á traer el rio, si el río no los traía á ellos.

Cerrado el pacto con todas las solemnidades, y depositadas en mano del Alcalde de vara corta las cien peluconas, por uno y otro lado apostadas, muy garifos y decididos salieron llevándose los vientos D. Francisco Antonio Herrero, apuesto mancebo en sus veinte y cinco abriles, y D. Tomás Balanzuategui, de poco más, vizcainos ambos, pero de muy buena vista los dos, y dependientes de la antígua casa de

comercio del Sr. de Sarratea, cuyo principal les alentaba en su decision, porque de su casa fuera y no de otra, quienes descubrieran el rio, ya que no los contrabandos que sus aguas encubrian.....

.....

—Pasarán, ó no pasaran. A que sí! A que nó!

—Qué jovenes atrevidos. De seguro víctimas del Plata.

—Voy á prender dos velas á San Miguel, y dos más cortas al que tiene abajo, para que Dios ó el Diablo proteja á estos desalmados, añadió una beata trota conventos que pasaba haciéndose cruces.

A tales expresiones más ó menos se reducian los diálagos repetidos por calles, plazas y riberas; y las ofertas multiplicábanse doble contra sencillo—*de á que nó;* y los ociosos y desocupados, que por entonces lo eran todos los de la poblacion, agrupábanse en corrillos á discutir probabilidades, ya siguiendo á los de la apuesta, ó descendiendo al bajo por cuyos espinillos y sauzales soplaba el pampero cada vez más fuerte.

Y entre que si pasan ó nó pasan, y que si era tentar al malo tan arriesgada empresa, ó si tendrian pacto con él los que tan inminente peligro salían á buscar, y apuestas de un lado y protestas de otro, un ultimo *á que no se atreven!* como anónima flecha, lanzada de la multitud, chuscada cobarde é incidiosa recalentó el ánimo de los ya decididos jóvenes, y saltando en dos magníficos caballos, hacia los Quilmes, derecho tomaron, y una vez en su punta más saliente, galoparon por la playa rumbeando á la Colonia.....

V

Como lámina de bruñido acero, inmóvil en su adormecido oleaje, esa inmensa tela de raso azulina, sin límites ni horizontes se extiende en la cuenca del gran estuario, igual y serena, cual sábana sin fin, doblándose sobre la rubia playa sin más arrugas que las que de vejez las mansas olas ausentes dejaron como huella de su vida.

Nosotros que nunca hemos gustado de murallas, ni tapiales, que siempre vivimos con la puerta abierta para todo el mundo por horror á cuanto limita la libertad, no teníamos más muros para el rio que las barrancas sobre él desmoronándose.

Por eso, cuando crecía, eran por entonces frecuentes sus invasiones, y las juderías del Plata por un lado, y las crecientes y

derrames del Barracas de otro, complicados por los terceros interiores, sobre todo, el más caudaloso de las Granadas, que aislaba completamente el barrio del Alto de San Pedro en los Betlemitas, inundaban la Ciudad en muchos casos, á punto de reducir sus ateridos habitantes á mantenerse de comestibles secos, dentro de sus casas, pues por agua ni tierra podian entrar víveres.

Pero en cambio á pocos dias de una gran creciente seguíales gran bajante, y entonces sin número de pescados podridos guarnecian la ribera, y como el agua se retiraba tambien de los pozos, en uno y otro extremo sitiados por el agua, ó por la sed, penurias pasaban los buenos vecinos de Buenos Aires antes que las aguas corrieran, lo que todavía no sucede sino á intervalos, apesar de tener aguas corrientes.

Cuando el rio está bajo y nebuloso y turbio, é incómodo el aire sofocante, señal es invariable de mal tiempo, si entonces se divisan las cimas en la otra costa de los cerros de San Juan, el observador puede asegurar que á poco rato habrá agua por demás.

Con todo eso los audaces exploradores entraron al rio, es decir á su lecho.

Cielo azul ceniciento, y húmeda arena por todas partes. A la derecha la cenicienta arboleda de la Ensenada, la verde floresta de los Quilmes, atrás, allá á lo lejos, muy lejos, la casi imperceptible silueta de las islas. Al frente, el desierto, el valle, la inmensidad, cuyo mutismo solemne era por demás imponente.

VI

Apenas interrumpía el silvido del viento incesante, como ruido de olas que no se veían. Oíase en sus intermitencias repercutir en el vacío el pacatan, pacatan, pacatan, acompasado de los dos caballos que á la par galopaban por la region de las olas.

Herrero, más audaz que su atrevido compañero, pero aunque de carácter serio y reflexivo, no dejaba de ser algo supersticioso, y confiaba más que en la ligereza de su parejero, en una especie de amuleto ó escapulario de la Virgen del Cármen, que el Guardian de San Francisco le colgára al partir con su bendicion.

Luego despues, los franciscanos pasaban así como por algo

parientes en segundo ó tercer grado del rio, en cuya busca se exponian.

¿No había sido Solano el único Santo que se bañó en sus aguas antes que otras muchas non-santas bañaran en las mismas, sus pecaminosas bellezas?

Y los buenos hermanos de la seráfica órden, sus vecinos, sus más viejos amigos, no le bendecian todos los años, pasado el cordonazo de San Francisco, para que bañistas y nadadores, navegantes y contrabandistas pudieran confiarse á sus olas en calma, sin temor de jugarles éstas, mala pasada?

Bien que eso no impedía cometieran las mansas aguas del Plata alguna pequeña felonía, como la de tragarse al descuido una que otra vieja en pecado, ó doncella que no lo estaba, en remolino ó improvisada tormenta de verano, cuando entre las bañistas volvía alguna de menos.

Confiado en tales creencias, y con preservativo tan á raíz de las carnes, cómo iba á naufragar, por más que navegase á caballo por el lecho enjuto del más ancho rio del mundo?

El otro vizcaino, zorro viejo, tenaz y porfiado como de ralea, Balanzuategui, más que en todos sus amuletos, seguro iba en la velocidad de su tordillo y en su baquía y natacion.

¿No había llegado Moisés con todo el pueblo de Israel á la cola, á la opuesta orilla, antes que el mar Rojo en su reflujo?

Ancho por ancho, este lo era mucho más, y Napoleon, sin ser Moisés, pocos años más tarde pasó tambien el Rojo con el agua al pecho del caballo. . . . . .

Patacan! patacan! patacan! oíase resonar en la desierta playa, el acompasado galope de los caballos, cuyas herraduras estampadas, dejaban como largo reguero tras de sí, sobre la húmeda arena del amarillento valle sin fin, cuyos confines no se alcanzaban.

VII

Lo que se encontró bajo del rio.

Qué fué lo que se encontro? Consolaos, queridas lectoras. Vuestras abuelas no fueron menos curiosas. De Eva descendian directamente, y no de mona ó de Vénus, salida de las aguas, para que las porteñas del otro siglo se metieran en ellas, asomándose por curiosear qué había en su fondo.

Los audaces exploradores no asomaron, que cruzaron cuan vasta es, toda su extension.

Eso sí, ¡qué maravillas pudieron contar!. . . . . .

Como el Plata no tiene todos los dias semejantes caprichos de irse á pasear, y no estar donde Dios le puso, seguro de que sus aguas cubrirían sus mentiras qué cosas no vieron, ó creyeron divisar, ó mintieron haber visto!

Siempre ha sido refran viejo, «miente como un viajero».

Y estos hasta grutas encantadas, Ninfas del Plata y del Paraná, Delfines y Tritones arrastrando por entre avenidas de perlas y corales la carroza de conchas y nacares de la bella Ondina del Uruguay. Todos esos encuentros misteriosos que solo tienen viajeros que andan por donde ningun otro, pudieron ver, sin exajerar descripciones cuya exactitud no era comprobable.

Pero por aquellos buenos tiempos no se fantaseaba tanto, sencillas gentes más prácticas, extraían más patacones y menos mentiras.

No era ninguno de estos audaces vizcainos, pariente ni en cuarto grado del Capitan Mentirola, ni de Pascualon Diaz, el hombre de menos verdad que alumbró la farola del cerro, y cuya tradicion ofrecemos para la páscua florida.

VIII

Cuando en las veladas de ese invierno los contertulianos del ex-vice-Rey interino Olaguer Feliú reunidos noche á noche al rededor del brasero en la casa frente al campo de ánimas, (actual Teatro de Colon), reunion y tertulia con humos literarios desde que leyera en ella el poeta Labarden su Siripo, ante Cerviño y Vieytes, futuros primeros periodistas, cuando todas esas eminencias de las postrimerías del pasado siglo preguntaban con creciente interés lo que habían encontrado en su largo camino diciendo:

—¿Qué cosas no habrán visto Vds. que son los únicos en el mundo que han tenido el previlejio de cruzar en seco el estuario del gran rio?

Contestaban sencillamente los jovenes expedicionarios, un tanto cortados en presencia de esos sabios del Coloniaje.

—Nada, señores. Mucha arena, poca agua, arrugas innumerables como huellas de olas que no se veían, fango, greda limpia, bancos en movimiento por la variacion de los canales que continuamente cambian, altos médanos, islas en crecimiento, arcillas, toscas, piedras por diversos lados, lagunas ó charcos en los bajos, angosta corriente á un lado, fajas extensas de arenal desierto, estrechas franjas de agua, ya largas ó anchas, como extendida piel leonada, bagres y surubíes, y *las pipas*, cordon

de grandes piedras sobre el veril del banco, llano abierto, y mucho campo sin pasto, cual salitrosa llanura en la que de pronto hubiera muerto por su esterilidad cuanta hacienda pastara, sin encontrar dónde pastar.

Solo eso vieron. . . . . .

Pero, en muda contemplacion de lo infinito caminaban entre dos inmensidades, la del cielo azul que les cubría, y la playa que cruzaban, sucediéndose manchas de agua, alternando arenales, bandas de peces muertos, sábalos en seco y pequeños pejereyes plateados, esmaltando con el iris tornasolado de su escama de nácar las arenas doradas, algunas plantas acuáticas; yerbas marinas sin vida ni color en árido desierto, botes tumbados al salir de la rada, pocos barcos acostados, restos de buques á pique en valizas exteriores.

Dejaron el Banco Ortiz á la izquierda y el Inglés á la derecha. Galopando sobre bancos y banquitos, y nadando en canales y canaletas seguian rumbo este á galope corto monótono é incansable, pero, sofrenando de cuando en cuando para no fatigarlos demasiado, y reservar caballo en que volverse, caso que les saliera el rio al encuentro, ó les corriera repentina creciente.

Brillasones lejanas deslumbraban á los viajeros, y aquellos engañosos mirajes atraiánles con la ilusion de un espejísmo, avivando el deseo de coronar su empresa. Ya perdida en brumas apizarradas la costa argentina, empezaron á descubrir entre jirones de vapores grises los cerros de San Juan, las islas de San Gabriel y la misma Colonia.

IX

Ensimismados, cabizbajos y pensativos iban los audaces exploradores cuando uno de ellos divisó, ó creyó distinguir una más ancha faja de agua brillando á lo lejos.

«Oíganlo al maula, ya te encontré, viejo», gritó, reanimándose D. Francisco, y espueleando su caballo precipitóse á un charco, pasó con el agua á la cincha, entrando de nuevo en la zona de arenales sin término á todos rumbos, sin divisar otra cosa. Tomó un manchon de agua por señas del rio.

Dónde había ido á parar ese inmenso caudal del extendido estuario que Solis tomó por mar dulce, tal es su boquita de cien millas de uno á otro estremo, por la que derrama, aumentando el océano no menos de cincuenta y tres billones de pies cúbicos de agua en cada hora.

No lo creereis, lector, pero vuestros abuelos lo vieron.

Este rio, por cuya angostura entre las dos puntas más próximas le cruzaron los vizcainos porfiados, y en cuya cuenca como en el hueco de la mano de la Argentina, cabe más de una nacion del viejo mundo, había desaparecido.

Y á fé, á fé, que por poco profundo que sea el Plata, como la mayoría de sus habitantes, la cantidad de su agua cubriendo la superficie de ciento cuarenta mil millas cuadradas, no es volúmen de ocultarse en el bolsillo!

Ni es el gran rio cual esos riachuelitos serpeantes y casquivanos, que retozando y jugueteando entre malezas, zarzales y espadañas, ocúltanse á trechos, reapareciendo más allá, y murmurando amores á las tímidas florcitas de la orilla asomando á su paso, llevan su nota silvestre y melodía sin fin á la naturaleza, y escurriéndose tras la espesura, relampaguea en el valle corriendo á echarse al mar, como al seno amoroso de la madre comun.

A rio como el que cierra nuestro horizonte, de peso y de paso, formal y entradito en años, no pegaba equívocos ó subterfugios, ni era bien visto que no se le viera.

—Por fin te encontré! Esta vez quien así gritó á las cansadas, no fué Francisquito, sino Balanzuategui, al divisar una lengua de agua, muestra olvidada del perdido canal, con la que sacaba la lengua á sus perseguidores, engañándoles falaces mirajes.

Mas, aquella no era una falsa canal sino la que venía del infierno, entre Martin García y la costa oriental, con tal ímpetu y fúria por tan encajonada angostura, que solo de las profundidades del Averno podía llegar, segun la fuerza y ruido con que salía echando diablos.....

La travesía no era ancha, pero la correntada traía mucha fuerza.

Brazo del Uruguay, pasaba frente de las dos *Hermanas* y Martin Chico, formando la de su nombre *Canal del Infierno* por lo peligrosa, entre la isla de Martín García y la costa oriental, seguía frente á los Cerros de San Juan, corría entre la Colonia y la isla de San Gabriel é iba á llenar las pipas del cordon en el Banco Inglés, cuyas cimas descubren á flor de agua las bajantes.

Un ruido sordo y aterrador estremecía los aires en aquellas soledades. El viento había cesado y las lagunas y charcos ensanchábanse por todas partes.

X

Los exploradores ya no sonreían, empezaban á mirar á todos

lados. La costa vecina no estaba lejos, verdeando á la vista las cuchillas orientales. Pero no se veía una sola alma, ni huella de ser viviente por parte alguna.

Los dos valientes jovenes se miraron, pálidos, al borde del precipicio.

—Qué hacemos? dijo D. Pancho.

—Hemos llegado, hermano! contestó Balanzuategui. Acá está el rio.

—El Uruguay puede ser, pero el Plata nó. Pasemos, insistió, pretendiendo ensayar una falsa sonrisa.

—Estamos en la Canal del Infierno, no tentemos al diablo que si él nos lleva. . .

—Por ese lado es verdad. Prometimos llevar noticias del rio, y si nos lleva su corriente, no llevaremos nada.

Cuántas veces el guapo ante la multitud palidece, como cualquier hijo de madre al encontrarse solo, frente á frente con el peligro.

Y en esto estaban de aquel diálago, á solas, entre dos inmensidades desiertas, cuando en una de las empinadas sobre los estribos queriendo orientárse, vieron á un hombre como saliendo de las aguas, y que se dirijía á escape hacia ellos.

—Qué veo, compadre! Eso sí que está bueno, ya otro nos ha tomado la delantera. Quién será este avechucho que sale de abajo el rio? Adelantémos á reconocerle.

—Aire de paz trae el paisano, y como ancha es la cancha no hay miedo que nos disputemos la acera.

Prontamente estuvieron al habla, disminuida la distancia por el galope en opuesto sentido.

—¿De dónde viene, paisano? De ande sale? Qué nos trae del otro lado, dijo Herrero.

—Ya lo vé, amigo. Caminito de la Colonia vengo. Hará una hora, agregó mirando al sol, que partí de la plaza. Salí á campear el rio, pues aquí estaban las gentes con cuidado de qué les habría sucedido á los de la otra banda, pues parecían dejados en seco.

«Desde temprano veíamos clarito las torres y techos blanqueando, y por aquí la canal cada vez más estrecha corría con fuerza espantosa y ruido ensordecedor. A no ser tan baqueano un poquito más arriba, me juega mala partida el maula este. Y ustedes qué andan haciendo por acá?

—Salimos á lo mismo, á llevar noticias del rio.

—Bueno amigo, terció Herrero, pero mejor es que nos llevemos al rio mismo que salimos á buscar, como irrefutable comprobacion del resultado de la apuesta.

—Allísito no más viene, pero Vds. no lo van á poder pasar yá.

—Volvamos, amigo, con más de lo que prometimos.

Y despues de un momento de descanso dieron vuelta sus fletes, y á galope tendido, poniendo el corazon en Dios y en la viuda, desanduvieron apresuradamente todo lo que se habían internado.

XI

Mientras que ellos contándose sus cuitas é impresiones, vuelven por donde fueron, aprovecharemos de la esterilidad del camino monótono y sin novedad, para referir durante su travesía, quién era el desconocido salido de las aguas.

Venía tambien en traje muy semejante al que usaba el tio Paco de Maldonado, en mangas de camisa, y con la cabeza fajada por gran pañuelo en forma de vincha pampa, ó charrúa.

Llamábase José María Otaiza, criollazo viejo de la costa oriental, nacido en la guarnicion de Martin García, y como brotado en medio de las aguas sabíase de memoria todo el rio, sus corrientes y canales, bancos y ensenadas, anchuras y profundidades, le conocía de arriba á bajo como su propia casa.

Desde chiquito se había hecho tan buen botero, como indomable domador.

Pasarse bola á pie ó á la cola de una yegua el Canal del Infiernillo, era juguete para él, y aun en los dias de pamperada íbase en pequeña buceta como á su casa, á Martin Chico, las Vacas ó *la isla sola,* que por aquel tiempo todas estaban lo mismo.

Muy niño era, y cuando se aproximaba la degollatina portuguesa, pasó como de barrio, y despues saltando en pelos se vino de aficionado á ver la funcion en palco de primera.

Entró tras de Zeballos, por la brecha que sus cañones abrieran en los muros de la Colonia, en 1777, (cuatro de Julio). Cuando éste ordenó buscaran un baqueano para mandar la noticia de la victoria á la plaza de Buenos Aires. fué quien en menos tiempo estuvo más listo para atravesar el río.

Tendría entonces diez y seis años, y diez y seis años más tarde pasaba ahora á caballo el mismo paraje que había cruzado en bote.

Todavía en 1806, cuando Liniers buscaba en la Colonia vecinos de buena voluntad que le ayudaran á echar á unos ingle-

ses distraidos, metidos en Buenos Aires, y sin duda por equivocacion pretendiendo quedarse con ella, fué este Martin Chico, quien como baqueano de toda la costa, se ofreció á pasarlo.

No confiaban mucho del entusiasmo, pero se vino entre los voluntarios de la Colonia en la improvisada flotilla de Don Juan Gutierrez de la Concha, y cuando por la fuerte neblina y cerrazones de invierno perdió la capitana el rumbo, y sin poder ocultarse de la vista de los cruceros ingleses, no le fué posible yá desembarcar la gente en la punta de los Quilmes, Otaiza dirijió la embarcacion, y apesar de haber cambiado el viento, pasando sobre bancos, desembarcó la pequeña expedicion por las Conchas, el 4 de Agosto de 1806.

Pocos días despues preparaba su bucetita para atravesar otra vez el Plata, pero estaba de Dios que ni á pié ni á caballo, ni en bote, lo había de cruzar más.

Liniers lo mandó llamar al Fuerte para darle las gracias y algunos macuquinos, por sus buenos servicios; y oyendo al Virey que andaba en apuros, pues no encontraba *propio* que se animara á pegar un galope hasta el Perú, donde urgía hacer llegar la noticia de la reconquista, todavía el incansable Otaiza, tomó ánimos para contestar.

—« Si su Merced quiere disponer de mi inutilidad! »

—Te animarías á ir allá ?

—Puede ser, señor, si lo manda.

—Qué me dices ! Eres tan diestro ginete como nadador, ya no se puede desconfiar de tus ofrecimientos, cuando vencistes al baqueano de la escuadra.

—Yo, señor, traje la noticia de que ya no quedaban más portugueses en la Colonia, ahora llevaría la de que no hay más ingleses aquí. El camino no lo sé, pero su merced ordene.

—Por eso nó, se vá por postas y ahora están bien servidas, y ya que fuiste el mensajero de la victoria de Zeballos, quiero lo seas el de la mía, hasta Lima.

—No tenga cuidado, señor, que por lejos que esté yo llegaré. No en balde se dijo: « quien boca tiene á Roma llega ». Nada corto de lengua ni de piernas era el *Martinejo* este, cuyo apodo llevaba de la isla en que nació.

Y tres horas despues de tal diálogo en la galería del Fuerte, ensillando un buen ruano, que en Salta cambió por mula de paso camino del Alto Perú, y despues del valle, subiendo y bajando cerros, comiendo poco y durmiendo menos, á los treinta y tres días de aquel en el cual Liniers puso el parte de

la victoria en su mano, y unos pesos en la otra, con recomendaciones de auxilios y pronto despacho á todas las autoridades del largo tránsito, bajaba en la vieja casa de Francisco Pizarro, que parece éste el cuento de los franciscos, y en el patio del Virey de Lima, entregaba en las propias manos de D. José Fernandez de Abascal, la anciada comunicacion.

Bien que el viejo patriota Otaiza quedára imposibilitado para toda la ciega, de volver á montar á caballo, despues de haber recorrido en tan corto tiempo las mil leguas que dista Lima de esta plaza de la Victoria. Ni antes ni despues se ha hecho viaje tan rápido. A todo vapor emplean hoy los de ultramar la mitad de ese tiempo para la travesía.

Agrega Palma (el poeta de las tradiciones), que el Virey Abascal, tanto por lo rápido de tan maravilloso viaje, como por el susto que le quitaba de encima la noticia, encontrándose en preparativos para visita semejante de los ingleses, vino en señalarle una pension vitalicia, pues allí llegó con sus huesos molidos, que era lo único que tenía y que allí tambien dejó.

XII

Quereis saber, curiosas lectoras, qué fué lo que impelió las aguas lejos, muy lejos, hasta perderse de vista?

Nada más natural. Era época de bajante. Las corrientes del Paraná y Uruguay venian flojas. El Plata contiene contados canales navegables, y está lleno de bancos que continuamente varían, su profundidad es tan escasa que en muchas partes apenas mide un metro.

Frente á la ciudad, y desde Quilmes, que es donde más inmediata quedan las dos costas, extiéndese gran planicie de poco fondo; se esplica así como el viento en su mayor ímpetu pudo paralizar las aguas mansas de ambos rios, corriendo muy poco por estrechos canales algun caudal, que encontraron á nado. La hoya del Plata se derramó en el Atlántico, y su gran estuario quedó en seco por breves horas. De este modo pudo pasarse casi á pié enjuto el segundo río de la tierra, repitiéndose la aventura de los fujitivos del Faraon, atravesando el mar Rojo.

Y apesar de tan natural esplicacion, de caso tan extraordinario, cuando por alguna Santa Rosa, ó Santa Bárbara, que no deja de ser barbaridad los sustos que nos dá el rio levántase soberbio y airado á tragarse la ciudad, cuando en medio de enfurecidos temporales cuéntase á un serrano

recien llegado, cuento como éste, contesta con cierta sonrisita, así de formal como de incredulidad :

«Si serán diablos estos porteños ! capaces en sus travesuras de ocultarse el Ramblon ó Sanjon, pero este es mar embravecida, y con la mar no se juega.

Se pierden de vista en sus exageraciones los ribereños. Pero, en aquellos tiempos el que se perdió de vista fué el rio.

Más de una semejante chansoneta ha jugado á sus vecinos este muchacho grande y voluntarioso, hinchado de vientos y de vandad. De las beldades que sus aguas baña tiene el porte y altivez, la majestad y dulzura, y un modito así como cierto sinoes de engañador y soñoliento en sus mirajes, de atrayente y seductor, en su calma sus amorosas sonrisas, en el suave concierto de su manso oleaje, reuniendo á la hermosura y majestad de la Emperatriz del Plata, la delirante impetuosidad, la insensatéz irreflexiva de mal criado; iras de una hora, irrasibilidad y mansedumbre alternativas, impaciencia y volublilidad, en una palabra, lleno de todo aquello que tanto aplicarse puede con referencia á sus aguas, ó á sus habitantes, las veleidades del Plata.

Bueno, manso, dócil por naturaleza, diríase que en aquella ocasion se dejaba llevar como por la mano, por sus canales naturales.

Genialidades del Plata! Otra vez se entró en son de guerra, sin decir agua vá, llevándose la poblacion del bajo por delante.

Hastiado de la monotonía de su vasta soledad, sin duda, en otra ocasion apareció esmaltada su ancha superficie de pequeñas islas verdes flotantes, y en una de las más grandes crecrecientes del Paraná, á quinientos metros de la ribera amaneció compacta franja verde, formando sólida isla de lianas y enredaderas, tan resistente y unida que hasta ciervos y tigres venían navegando en camalotes, ceibos y duraznos. Preciso fué la fuerza de otra pamperada para poder romper y arrastrar en fragmentos dispersos las verdes bandas de camalotes entrelazadas con plantas acuáticas, que presentaron por veinte y cuatro horas, misteriosa isla improvisada ante los curiosos vecinos de esta ciudad.

Otra de las jugarretas del Plata, y en esto responde á su inclinacion bonachona y pacífica, es la de alejarse cuando episodio sangriento intenta mancharle.

Siguiendo su índole humanitaria nunca tuvo agua bastante para sus combatientes.

Cuando afanabanse en esmaltar con sangre sus crista-

les, dejó en seco la Escuadra que pretendiera bombardear, y cuando los cañones de tierra rodaban ya sobre la arena para abrir los buques en seco, interponiendo el velo de sus frescas aguas, vino á refrescar los ánimos y á alejar los combatientes.

XIII

Por dos veces ha repetido esta misma gracia. En 1810 con la escuadra española, y en 1827 con la portuguesa dejó los buques en tierra á las ávidas miradas de los enemigos, y cuando éstos se acercaban, crecían sus aguas para retirarlos.

Ahora tenemos el más grande río del mundo, pero solemos no tener agua en él.

Contamos con el más grande buque que hay hoy en el nuevo mundo. Nos falta mandar hacer el río en que ancle, pues apesar de este inmenso por delante, no hay puerto para su calado.

Hé aquí sucintamente historiado el dia en que se perdió el rio, y como simple y naturalmente se esplica su desaparicion.....

—Y lo encontraron! fué el grito del primer marinero que internado á pié por el arenal, salió á recibir á los exploradores.

—Por toda muestra traemos á él mismo.

—Aquí viene á la cincha, agregó D. Paco. Aunque creían que en su repunte no galoparía más que sus caballos, el rio les había salido al encuentro, y en algunos bajíos tenido que nadar, y pasar otros pasos con el agua al pecho, por lo que á rebenque doblado tuvieron que apurar. Las aguas venían mojándoles las herraduras.

Quedó la apuesta empatada por los exploradores, y tales agasajos y festejos se les hizo, que si no los recibieron con repiques y campanas, fué sin duda, por quedar todas rasgadas desde el año de los tres sietes, lanzadas á vuelo, anunciando la victoria de Zeballos, cuando éste lanzára á los infiernos á los portugueses desde la Colonia, por cuarta vez.

Otro día en que las aguas corrientes no corran, (cosa que frecuentemente se repite en verano,) referiremos aquella aventura del Plata, como por donde hoy proyectan ponerle un ferro-carril, en 1848 se vino á pié y con grueso tala de baston por toda ayuda, el cabo Greda, hasta San Isidro, desde Martin García, donde sacaba piedras de sus inagotables canteras, como destinado.

Rosas, apesar de sus barbaridades, premió esta otra más grande, por la audacia de la evasion.

No obstante, la severidad en la disciplina castigó al oficial del presidio, y mandó entregar una cantidad de dinero al audáz nadador que cruzó á pié el rio más ancho del mundo.

....

....

XIV

—Papá, papá, se está quemando el rio, suelen gritar desde nuestro jardin, algunos de los chiquillos que divisa altísima humareda semejando volcan en erupcion, tras el horizonte de sus aguas.

Son los isleños que para hacer carbon prenden una isla entera de las que circundan la embocadura del Plata.

Pero, agitado ó bonancible, inundando ó retirándose, ya refleje en su manso oleaje el cinto de jardines que rodea la coqueta ciudad, ó atruene con su música salvaje en desatado pampero con las armonías de la tempestad, él da vida á un mundo, y nombre á una region, que si nó es de plata por su rio, lo es por la fertilidad de los campos que en ambas márgenes fecunda el Plata.

VIAJE AL PAIS DE LA SAL

(Tradicion de 1797).

Al Sr. J. M. Jurado

I

Como al presente se viaja á la region del trigo, al país de la viña, á la region del oro, cruzando por Santa-Fé, Mendoza ó la Patagonia, todo el siglo pasado, el anterior, y hasta los comenzamientos de éste, cada dos años se hacía un viaje hacia donde la sal se cría.

De Buenos Aires, de Santa-Fé y hasta de Mendoza, venían carretas, bueyes y mulada, y en numerosísimo convoy, reunidos con *los salineros de Buenos Aires*, partían luego, unas veces del Lujan, otras de Ranchos, para la travesía del desierto.

Expedicion hubo (como la dirigida por el maestro de campo General D. Manuel de Pinazo) por 1778, que reunió seiscientas carretas, doce mil bueyes, dos mil seiscientos caballos y mil hombres, á más de la escolta de cuatrocientos blandengues, pardos y milicianos, y hasta cuatro cañones.. Vamos, un verdadero ejército con su General y oficiales á la cabeza.

Para la que nos ocupa, bajaron desde Mendoza doscientas carretas, no sin haber cruzado desiertos, no menos desiertos y peligrosos que los que iban á cruzar.

. . . . . .

II

La del doce de Julio del año 1797, noche clara, fria y de luna llena, mesa de mantel largo reunía en la Comandancia de la Guardia de los Ranchos á jefes y oficiales de aquella avanzada frontera.

Bien que doble fiesta alegraba al Comandante del punto D. Miguel Tejedor, pues al honor que se le hacia de nombrarle segundo jefe de la expedicion de los salineros, unía se la satisfaccion de dejar á su esposa, Doña Manuela Garayo, heróica como lo eran entonces las valientes compañeras de las oficiales de frontera, fuera de cuidado. Esa misma mañana habíale dado, en su tercer hija, una rolliza y buena Juana.

Siguiendo la costumbre de aquellos buenos tiempos cristianos, inmediatamente del nacimiento, se procedió al bautismo, y al ponerle el óleo sagrado á la recien nacida, llamóle el capellan Castrense de Nuestra Señora del Pilar de la Guardia de los Ranchos D. Francisco Javier Acosta y Gomez, con los nombres de Juana María Josefa de la Trinidad del Corazon de Jesús, pues que en dia de San Juan Gualberto llegára á la vida.

Y así como era de cajon, cuando varon nacía, en familias de viso, con la presentacion del niño al templo, mandarlo ofrecer á la Córte, bien fuera desde el desierto anunciando: que «nuestro Rey y Señor tiene un soldado más para su defensa»; para su primogénito, ofrecíase al padrino, cuando chancleta venía al mundo; si éste no la creía más conveniente para sí propio, pues no extrañábase casarse una joven con su abuelo, que tal pareciera un setenton contra doncellita de quince....

La espansion y conversaciones de sobremesa, en aquella alegre reunion, seguía prolongada hasta altas horas de la noche. A la cabecera, el anfitrion hacía los honores de casa. En el puesto de honor D. Francisco Balcarce, primer Comandante de la frontera, rodeado entre otros oficiales de sus siete hijos. Cuatro de ellos llegaron á Generales, Antonio, Ramon, Diego y Marcos, y si los tres más jovenes, José, Francisco y Lúcas, no alcanzaron tan alta graduacion, sin duda fué porque la muerte cortó en flor vidas tan preciosas durante la primavera de su juventud, en las primeras batallas de la independencia.

En la opuesta cabecera se hallaba el Comandante Olavarría, jefe de Blandengues, rodeado entre otros vecinos, oficiales y paisanos, de D. Antonio Obligado, más que teniente de Húsa-

res, recien nombrado por distincion, antiguo Presidente del gremio de hacendados, quien, como uno de los ricos estancieros de la vecindad, venía á ofrecer su más gorda tropilla para los jefes, con el Comandante de la Ensenada D. Lázaro Gomez, trayendo un contingente para la misma.

Y los brindis, chistes y agudezas se cruzaban como chispazos ó reflejos de colores, fuegos pirotécnicos al través de las copas de líquidos topacios y rubíes, vinos generosos, que muy buenos habíanlos mandado para los expedicionarios los mayoristas de plaza.

III

Coincidía la partida, con la llegada de *el buqne del asiento*, sin fondo, al parecer, por la multitud de efectos que de sus estrechas concavidades salían, sin agotarse nunca.

Y así, las casas de Sarratea, Escalada, Saenz-Valiente, Álzaga, Lezica, Arroyo, contribuían con vinos y conservas, mantas y frazadas, y hasta con anteojos verdes para los que ex traian la sal, amortiguando la blanquísima reververacion enceguecedora; como los ricos hacendados, Anchorena, Osornio, Otárola, con sus mejores tropillas y más gordos animales.

La autoridad proporcionaba soldados y armamentos, y el comercio, los estancieros, el vecindario todo contribuía gustoso á equipar la expedicion de los salineros, que tenía por doble objeto, traer ésta de la Salina Grande, y cambalachar viejas cautivas flacas por yeguas gordas, pues lo que eran las jovenes esas no aparecían antes de llegar á viejas.....

Numerosos fogones animaban el improvisado campamento, alegrándolo la armonía de las guitarras vibradoras, bajo las carretas.

Círculos fantásticos se agigantaban en los jiros de la danza al través del humo y cambiantes de luz. El verde cimarron y el porron de ginebra circulaban de mano en mano, y el gaucho cantor dejaba oír sus interminables décimas entre el zapateo del gato y la media caña, antecesores del cielito federal, en los bailes de nuetros campos.

Las banderolas de los guías lanceros, flameaban clavadas en línea ó cerca de los grupos rodeando al asador, y los fogones llameantes, esparcidos en gran extension con sus alternativas de luces más ó menos claras, segun se avivaban ó amortiguaban, las sombras que en torno se deslizaban, los gritos de arrieros, las declaraciones de los unos, lamentos de los otros, los cantos más lejanos, todo ese mundo de voces, ruido y con-

fusion poblaba de alegres ecos, llenando de movimiento y vida aquellos campos, desiertos y solitarios otra hora.

Redoblábase el contento antes del ultimo sueño de la partida, fijada para la próxima diana, despues de la que muchos de los acompañantes hasta aquel fortin avanzado del otro lado del zanjon de San Borombon volverían á sus pagos.

Y dentro el largo rancho de la Comandancia seguía el ruido de platos y cristales, y el rumor del servicio incesante hasta despues del toque de silencio.

IV

Esto augura el buen resultado de la campaña, había observado el Capitan Tejedor, lleno de satisfaccion ante el feliz alumbramiento en la víspera de una partida, que con uno ú otro pretexto hacía dias demoraba.

Pues no era nada lo que faltaba!

Como militar pundonoroso y cumplidor, por inconvenientes de familia no podía dejar de estar listo para el dia designado, y por otro órden de consideraciones, cuesta, y muy arriba se le hacía alejarse, dejando á su esposa, la buena compañera de sus más bellos dias, en aquel desamparo, y en tan críticas circunstancias....

La partida no podía retardarse más.

Pero la esperada fué bien venida, é hizo obra buena desde su primera, con la gracia andaluza que nunca á sus dichos faltaba, observó el padrino: «Esta hija ha venido haciendo bien desde antes de nacer, pues su primera obra buena ha sido llegar á tiempo» ...

Ya el toque de silencio había dado el clarin del Cuartel General, uno que otro esparcido fogon humeaba expirante, y algun relincho ó bajo eco perdido en la soledad oíase cuando todavía las copas del prolongado festin resonaban en la Mayoría de la Comandancia.

Entonces el Anfitrion, deseando poner fin, por lo avanzado de la hora, alzando la copa y dirigiéndose al padrino, acabó su ultimo brindis, diciendo:.... «Destinada á su hijo, compadre! por que su primogénito me la haga feliz, á mi recien nacida».

Sin presentir que tal brindis habría de tener la más inmediata realizacion (pues el candidato andaba por Chuquisaca, ejerciendo oficios de vara alta, como alcalde de primer voto, de donde trajo sobre su cabeza junto con Lopez y Moreno, sus colegas en los primeros gobiernos de la Patria, las borlas del

doctorado), agradeció el padrino entre bromas y chispeantes andaluzadas tan prematura dedicatoria.

Con el andar del tiempo, y no mucho antes de tres lustros, casada fué con el hijo de su padrino. Vivió hasta más de ochenta años, en la virtud pasados, derramando obras de caridad en su largo camino, conocida por sus contemporáneos como piadosa filántropa, alcanzó hasta su cuarta generacion, dejó numerosa prole educada en el honor y en la virtud de su ejemplo, y murió en otro doce de Julio el día de sus dias, haciendo la víspera su ultima buena obra.

Y pues que de novias se habla, bueno es no perder la ocasion, se dijo para su capota D. Lázaro Gomez, vecino de mesa, inmediato al padrino. Ya por entonces requebrába de amores á su linda Paquita, la más pequeña de las tres rúbias, y sin esperar más con tres pasadas á la via-sacra en San Roque, y una semi-aceptacion bajo forma de ramo, flores entre sonrojos alcanzádas por la alta ventana, como que amor aguijoneaba al valiente Capitan, apechugó con todo y derechito se fué á hablar á señor padre, pidiéndole la mano de su hija para la vuelta de la expedicion, si Dios sacaba á todos con vida.

.....

Con tal motivo, el bonachon del padrino, al fin de fiestas, despues de los postres refirió de sobremesa cuentos más ó menos graciosos, de lo que por su reyno de Calañar en bautizos y caseríos se acostumbraba, acabando poco más ó menos de esta manera:

« Vean Vdes. lo que son las cosas, quién puede léer en el porvenir, ni sospecharse el destino de cada cual, ni los enlaces y desenlaces cruzados, ajustes y desajustes, ni presentir lo que resultará con el barajamiento del tiempo en este juego de la vida, donde cada hombre es una carta, si no anda como carta de más en la baraja....

« Llegamos á los postres de un siglo en cuyas mocedades antes que persona de mi familia pensára á estas Américas arribar, cierto día, ayudaba mi padre á embarcarse en San Lucar de Barrameda, al Capitan D. José Gomez. Procedente, uno de Castilla la vieja, y oriundo el otro de Andalucía, mera casualidad reuníales en un puerto de nuestra España.

« Ya hace más de treinta años, yo era muchacho entonces y recuerdo sus palabras de despedida, como si fueran de ayer:

« Le deseo feliz viaje y toda clase de prosperidades. Que encuentre en el nuevo mundo, nueva fortuna, y que si alguno

de los míos cae por allá, los suyos y los mios sean tan unidos allá, como hemos sido nosotros acá. »

« Yo ni pensaba venir por estos mundos. El padre del señor, llegó mucho antes, y si no halló fortuna, tropezó tras brillante carrera con gloriosa tumba, muriendo como un bravo, por su Rey y su bandera. Hoy su hijo quiere formarse nueva familia en la mia. Sea en buena hora, y felices ellos y sus descendientes, tan unidos en el siglo que viene, como lo han sido en éste sus primogénitos. »

Así habló el alegre andalúz, en buen castellano, y los brindis resonaron por ultima vez entre la algazára de festivas voces que repetian: novios tenemos!

Y así en las evoluciones del tiempo, en menos de un siglo, cuatro veces, en otras tantas generaciones, entrelazáronse diversas ramas de tan buen tronco.

.....

V

Allá por los años de 1668, errante lujanero D. Domingo Isarza, avanzando dentro los dominios de los pampas, descubrió por casualidad (como la mayor parte de los descubrimientos,) la celebrada laguna de Salinas Grandes, cien leguas distante, del otro lado de las cierras.

Tan grande fué la afluencia y continuados viajes de sus expedicionarios que, doscientos años despues perdido una noche en medio de la pampa desierta el que esto escribe, volvió sobre la rastrillada al encontrar las hondísimas huellas del camino por miles de carretas, tantos años frecuentado.

Y no era chico descubrimiento, si recordamos que hasta entonces la sal consumida en Buenos Aires no procedía de los salitrales del Norte, al parecer más cerca, sinó únicamente de los importados de Cádiz.

El mismísimo Rey de España, por Real Cédula, concedió privilegio y exoneracion de impuestos al descubridor de la sal en Buenos Aires, y sus descendientes, y las familias de Isarza, de Colman y de Gonzalez, avecindadas en el Lujan, gozaron por muchos años de ellos, sin que nunca las suyas fuera grabada con la fanega y cuartilla de sal, con que lo eran las carretas para el consumo. Percibíase esta cisa bajo los portales de Cabildo en la Villa de Lujan, por el recaudador público, al regresar la expedicion, que duraba cuatro y aun cinco meses, por bando anunciada en toda la provincia.

Las tres leguas de agua salada que hondas quebradas unían en una depresion del terreno, á cien leguas al S. E. de la Capital de Buenos Aires, eran cuartel general de los indios pampas, por mucho tiempo sobre el camino á Chile.

Montes seculares de algarrobo blanco rodean la salina, y espinillos—chañares y acacias los limpiones de muy buenos pastos del abra. Barrancas rocallosas y á pique, hasta de treinta metros de elevacion amurallan la hoya, y en sus fondos encuéntranse depósitos de sal comun elaborada por la naturaleza, hasta de doscientos metros á la ribera del agua salada, y dilatada en sábanas, y más allá sal más fina, como flores sonrosadas, reflejándose sobre mantos de la misma, cuyos cristales chispean al sol cual facetas de brillantes en el desierto.

Algo más de una legua cuadrada mide la salina grande, en cuyas mayores crecientes se extiende, cerca de tres.....

.....

El pesado convoy adelantaba de cinco á seis leguas por jornada, cuando marchaba (que no era todos los dias, por lo que más de un mes retardaba en el trayecto buscando pasos para la tropa en los arroyos.

VI

Todo era soledad y silencio, apenas interrumpido por el chirrido de la pesada carreta tucumana, monótono navío de la pampa, que parece no avanzar en su despacioso jiro pero que marcha, marcha y marcha sin cesar, al paso de hormiga de sus pacientes bueyes, hasta el fin del desierto.

Uno que otro indio bombero, rodeado de perros cimarrones asomaba de vez en cuando sobre cuchilla lejana, ó el avestruz velóz cruzaba en aquellas silenciosas soledades, interrumpida apenas su monotonía eternal por el graznido anunciador del chahajá ¡allá vá! allá vá!

Indios amigos iban de vanguardia exploradora. Las banderolas altísimas de los batidores flameaban á los costados, cuatro cañones rodaban en el centro, y las carretas en fila interminable seguían, seguían sin fin unas tras otras, con sus tres yuntas de bueyes, plumeros colgando, largas picas, y el guía conductor adelante. Numerosa caballada cerraba el rodeo, marchando atrás.

Y así avanzaba poco á poco el pesado convoy, pasando sin dificultad rios, arroyos y cañadas. Cruzaron el Salado, despuntaron el arroyo de Las Flores, el Tapalquen, cuando al llegar como á mitad de camino la noche que pernotaron cer-

ca de la Blanca Grande, el jefe de la expedicion se acostó, pero no se levantó.

Sin prévio aviso, el Comandante Balcarce amaneció tieso sobre su cama de campaña.

Que se acercó el físico á tomarle el pulso, y vino el sangrador, y el sanguijuelero, y el Capellan Castrense y todos los que venían, pero ni curas ni sacristanes, ni sinapismos, ni agua bendita le volvieron á la vida, que ya la muerte había dado con él en tierra, y le volvía al polvo de donde salió.

Padecía, el achacoso Comandante, de oculta y traidora afeccion al corazon, de la que han muerto la mayor parte de los Balcarce, y cuando mejor parecía, dijo ésta, hasta aquí no más.

Lamentable era tan inesperada pérdida. Llorado por sus soldados y sentido por cuantos le conocieron fué el benemérito militar.....

Entonces el Capitan D. Miguel Tejedor, segundo de la expedicion, reasumió el comando de ella, siendo su primer acto, dar cristiana sepultura á los restos de su querido jefe, enterrándole con los honores de Ordenanza. Celebróse en el desierto solemne misa de cuerpo presente, á la que las mil quinientas personas acudieron, arrodilladas todas en medio de la pampa, bajo la grandiosa bóveda azul, inmenso templo de la naturaleza, con corazon sencillo y lagrimoso semblante. Diósele piadosa sepultura al Comandante Balcarce, cabe el verde sauce sombreando la laguna.

Bien marcado dejó Tejedor el sitio de su improvisada tumba para rescatar de aquellas soledades, á su regreso, esos restos queridos, entregándolos á sus deudos en Lujan.

Así lo hizo, y al volver por el mismo camino, los desenterró con igual solemnidad, y su familia dióles definitiva sepultura en el campo santo de los Domínicos, que por entonces caía sobre la calle á que posteriormente sus hijos dieron nombre, ubicada la casa paterna en la primera cuadra de la de Balcarce.

En la segunda columna de la entrada, á la derecha de ese mismo templo se hallan los restos de su hijo, el General Don Diego, cuyas medallas de la Independencia incrustadas sobre su lápida, han posteriormente desaparecido por mano profana de anticuario ó ladron.

Así acabó el viaje al país de la sal, con tanto entusiasmo y esperanzas tan lisonjeras empezado en la célebre noche del doce de Julio de 1797, de imborrable recuerdo para tres de las más antiguas familias del Vireynato.

EL PRIMER DIA DE GLORIA

12 de Agosto de 1806

Al Sr. Contra-almirante D. B. Cordero

I

La tradicion es el eco vivo del pasado.

Cuántas veces esa fugáz hija de los recuerdos al través de su lijero disfráz de chascarrillos y chanzonetas, entre dos refranes ó cantares callejeros, corrije á la Musa severa de la historia, y le enmienda la plana, por más documentada y oficialmente falseada que se presente.

Así, tratándose del primer día de gloria para los hijos de esta tierra, historiadores hay, y talluditas, que juran y perjuran por esta † que el orgulloso británico cedió solo por capitulacion.

Viejos viven, cuya buena memoria recuerda no hubo capitulacion, y que tal paparrucha es simplemente una mentira de la historia.

A ojos vistos y oidos cerrados, quedamos con el testimonio de los viejos patriotas, porque son viejos testigos oculares, y porque son patriotas,

A este le dá más fundamento nuestra fé de tradicionista que al carcomido espediente de entre telarañas exhumado el otro

dia por nosotros, y nuestro amigo Salvatierra, ó más propiamente, *salva espedientes*,encargado de custodiar bajo su fé profesíonal los cachivaches ó andamios de la patria historia.

La verdad es que *no hubo capitulacion.*

Pero, leed sin malicia, querido lector. Esto no quiere decir que no hubiera cuartel, pues los argentinos siempre lo dieron al vencido, aunque poco, ó nunca lo solicitaron.

Títulos bastantes tenían adquiridos en tal sentido, cuando desde un siglo antes ya el Rey Felipe agregaba al lema de su escudo, el de *muy noble y leal ciudad de Bueuos Aires.*

Y como lo que se hereda no se hurta, setenta años despues de aquel día de gloria, tras cinco de guerra, de muchos millones gastados, y lo que es peor, de la flor de toda una generacion segada, repetimos: «La victoria no funda derechos», y por decir una frase bonita cedimos, no como San Martin, la mitad de la capa, sino la túnica entera, todo un retazo de la patria vieja.

Tan generosos portáronse los vecinos armados y novicios soldados, en aquel bautizo de sangre y fuego, retemple de las almas en el heroísmo, que los oficiales ingleses, sin salir de la sorpresa, preguntaban admirados al año siguiente de la salfacoca «¿qué tropa es esa de escudo en el brazo tan valiente y tan generosa?»

Otro no menos bravo escocés, el Coronel Kuistou, exclama al morir, el dia siguiente del combate: «Quiero ser enterrado en el cuartel de Patricios, para descansar en el sueño eterno, bajo la custodia de los valientes que me vencieron.»

Todavía se conserva en el Salon de la Intendencia trasportado del Hospital de Betlemitas, el gran reloj de bronce, preciosa obra de arte, ofrenda de los heridos ingleses, enviada desde Inglaterra á sus salvadores.

General hubo, temeroso de que le batieran el cobre entre los suyos allá, por sus bellaquerías de por acá, en lo de meterse á conquistador sin patente, que abusó valientemente de la hidalguía de su vencedor, y valiéndose de cierto instrumento cortante y punzante, aunque al parecer inofensivo, velado bajo ténues y sedosas pestañas, por intermedio de dos ojos retenegros bellísimos y de travesura, como que abrillantaban el hermoso, rostro de la más salerosa del Vireynato, consiguió pavaliente pelito que significaba algo así somo certificado de hidalgo y de que no lo solicita quien lo es.

¡Qué tiempos aquellos!

Los Patricios eran tan bravos en la pelea, como humanitarios despues de ella.

Aun en medio del fragor de la batalla, con tanto denuedo avanzaban por desalojar al enemigo como por recojer sus heridos, y los propios.

¿Cuál era el secreto de la victoria en aquellos bellos dias de la patria naciente?

¿Había más patriotismo, más abnegacion y perseverancia?

.....

.....

Se repetían las hazañas de la conquista.

Lo que Mendoza no consiguió con dos mil quinientos hombres, lo realizó Juan de Garay con sesenta.....

Dos buques desembarcaron en la Ensenada un Regimiento de Escoceses. Marchan á tambor batiente y se meten, como Juan por su casa, dentro la Fortaleza.

El Virey, digno representante de una majestad por caer, solo tuvo tiempo para ordenar al Contador de las Cajas reales, entre dos sorbos del chocolate que á la sazon bebía, se pusiera en fuga con los caudales públicos.

Cuando vino la primer noticia del desembarco de los invasores, refocilábase Sobremonte de sobre-mesa, y sin dar crédito á la patraña fuése á la casa de las Comedias. Cuando llegaban á Quilmes, holgábase en lo de Doña Mariquita la catalana; y al aproximarse aquéllos al Fuerte, iba yá el valiente Virey caminito á Córdoba del Tucuman. Solo tuvo tiempo de dar órden le siguieran, nó los cañones, sinó los tesoros.

Así, mil setecientos soldados consiguieron sorprender la ciudad indefensa, y vecinos que en su vida habían oido un tiro.

No todos tienen obligacion de nacer oyendo tiros, como ogaño se estila.

Fué esta la misma, que doce mil soldados aguerridos, no le metieron diente, un año más tarde.

Ni tanto. Cuarenta dias despues la reaccion habíase producido, y grupo de vecinos entusiastas y mal armados (muchos de ellos solo de garrote y tacuaras con cuchillos ó clavos), sacaron á espeta perros á los bravos vencedores de Napoleon.

Mas, oigamos los cuentos que por aquellos tiempos corrían en bandolas y corrillos, tertulias y cafés.

....

II

Antes de la invencion de los Clubs, era siempre entre

nuestros abuelos el Café, resumidero, cuando no fuente de mentiras y aventuras de todas las novedades del día, y tambien de la noche.

La pulpería, en los campos; la trastienda del almacen de la esquina, en los pueblitos, fué aquí el orígen de la tertulia de Café, Restaurant, y más tarde Hotel, que en tiempos de los españoles no pasó de Fonda, ó fondin en el que describimos.

En cada época tuvo esta ciudad su Café del día, ó á la moda, esclusivo y predominante, sobre todos.

Así, en el órden genealógico, el antecesor del actual Café de Paris fué el de Colon, como de éste el de Catalanes, sus abuelos: el de Márcos, Vereda Ancha, y el Café de Mr. Ramon, frente al Convento de Mercenarios, desde 1800. Estaba en la calle de la Paz, y era donde más guerra se hacía. No solo al billar, sinó tambien á las damas, aun á las de más copete, y á cuanto nombre caía sobre la mesa rodando al precipicio de la murmuracion ¡Qué hilachas se sacaban! Ni la Vireyna vieja escapaba á las tigeras!

Entre las corridas de toros y la casa de las Comedias, quedaba este mentidero público, de puente intermedio, canal bajo el que corrían todos los díceres y murmuraciones, destrozando honras y descomponiendo doncellas.

Ocupaba el único piso en una casa esquina, de verdi-negra fachada y aspecto gris, asomando ennegrecidas tejas, cual desdentada vieja en fila sobre palmas del Paraguay, cubiertas de innumerables musgos, yerbas y parásitos que espontáneamente crecían entre los intersticios de sus acanalados, hasta presentar aspecto de espeso jardin silvestre de yuyos y matorrales.

Vertía humedad y agua por todas partes. A las tejas que traidoramente goteaban sobre los transeuntes bajo ellas refujiados, agregábanse los magníficos chorros de caños salientes en las esquinas, reforzados por la de dos anchos albañales, donde como arroyo corría en aquel tan crudo invierno, lloviendo apenas cinco ó seis dias por semana.

Entre el triángulo del bajo tejado y el techo del único salon, quedaban unos altillos, guarida, más que habitacion, de patron y servidumbre.

Al fondo. el sótano bajando á la bodega, y á la derecha la puerta que abría á los pátios donde se hallaba en el ultimo la cocina, despues de otras piezas contíguas á las del billar.

Sobre la puerta principal colgaba el farol, que era la mues-

tra y coquetería de la casa, pues entre ahumados cristales de los colores de la bandera francesa, anunciaba en grandes letras: *Café*.

Ladrillo limpio, cuando lo estaba, en el único piso hundido y desigual, cuatro paredes mal blanqueadas rayadas y archi-acuchilladas de raspaduras de fósforos, que más parecian huellas de los tajos y reveces que tanto guapo de esquina tiraba sobre la honra agena.

Hilera de ordinarias mesas de pino, lustradas por el uso y abuso que de su tabla se hacía. Largos bancos clavados en la pared, en prevencion, sin duda, de que voláran en las discusiones que continuamente apasionában á los concurrentes, sillas y silletas despernancadas, y banquitos redondos, de tres pies, cuando no les faltaba uno.

Grandes velas de baño amarillentas corriéndose, sin más arañas en el techo de color indefinido, que las muchas hembras de esos insectos de ocho ojos, y sus telas pendientes de los tirantes, y negro quinqué de aceite hediondo sobre el mugriento mostrador, en el que filas de platos y botellas asomaban en desórden.

Tras el vasto armazon de botellería con bebidas de todos colores, en la esquina, alto reloj caja de coco, y diseminados cuadros de pinturas imposibles, colgados á lo largo de las paredes.

Esto, y lo que constituía su mayor elegancia, un gran espejo en el fondo, desdorado y rasgado sin duda por algun vasaso en avinada discusion, más, cuatro mozos y medio, descalzos y en mangas de camisa, y solo en las noches de más frío, bajo corto ponchito, cuyas raidas puntas metíanse sin licencia dentro las tazas que su torpeza derramaba, completaban el mobiliario y servidumbre del primer café francés, donde, entre el choque de vasos empañados y platos sucios, se era servido por mozos más sucios aun.

Sobre todo aquel movible océano de humo, gente y gritos, marejada de cabezas cubiertas ó no cubiertas, segun el temperamento de cada una, predominaban los gritos del lotero, cantando la lotería de carton, ora llamando con grotescos nombres números raros, ya con salida andaluza cuando la suerte salía.

En otras mesas se jugaba al dominó, las damas ó el chaquete, y en los breves intervalos de menor ruido oíase el contínuo ¡allá voy! de Juan sin Vuelto, que nunca llegaba, mozo tan listo y así sobrenombrado por que olvidaba siempre darlo.

Andaba éste, en contínuas burlas con Lambaré, paraguayito ingénuo, limpia platos, con la rodilla de Mariquita, que más ensucia que quita, quien en sus inocentadas había acabado por creer que todo el mundo era Paraguay, pues desde la Asuncion á Buenos Aires (su mundo conocido), todo reconocía aquella procedencia.

Allí mismo, desde el techo de palmas del Paraguay, las mesas, bancos, mostrador y hasta la puerta de calle lo mismo, como de aquella rica comarca era el tabaco, la yerba, los dulces que se expendían, y hasta el gran cofre, donde el patron guardaba morrudos macuquinos, de dura madera de Misiones.

Había tambien el muchachito de los fiados, que los apuntaba en la pizarra, de la que pocas veces salian, y esta era la fraccion de los cuatro mozos y medio del juego completo. Con el patron á quien frecuentemente hacian salir de sus casillas, reforzaban el servicio, cuando la concurrencia aumentaba. Pero yá en las altas horas de la noche, tan travieso cojuelo como la pierna del diablo, apesar del ruido y vocinglería, quedábase dormido sobre el mostrador, al lado del morrongo barcino que hacía lo mismo.

Más allá, incrustada entre damajuanas y vasos de cerveza, asomaba la aplastada cabeza, indefectíblemente embonetada de Monsieur Ramon, francés rechoncho, bajo, regordote y colorado, acaso por las contínuas pruebas del clarete, para él poco aguado, que se regalaba.

Al través del murmullo de la mechedumbre, cortada en ráfagas por las bocanadas de frio viento al abrir y cerrar la puerta, dejábase oir por intervalos algun verboso orador de sobre-mesa

III

Reunion indispensable de todos los rumores del día, leíase allí en alta voz el único periódico de la época, *Semanario* de Vieytes, con comentarios sin fin, por el viejo menos viejo y más griton del corrillo; aunque quien llevaba la batuta de la oposicion era otro viejo porfiado, ó Juan de Afuera, godo acérrimo, si los hubo, que de vez en cuando interrumpía la lectura con un « miente la Gaceta», por comentario sin réplica·

Servíase café con leche, chocolate con tostadas, té chirle ó infusion de malvas, si algun enfermo ó inglés caía como llovido; se ofrecía mate, y mate con leche y canela, refinado

gusto criollo, y uno que otro vaso de mal vino bien caliente. Se hacían castillos en el aire, y otras muchas trampas bajo las mesas, mordisqueándose en las murmuraciones por todas partes.

Poco ó nada de comer había, pero sí encontrábanse todas las bebidas imaginables y aun muchas de las no imaginables.

Con el tiempo, los cafés políticos, cuya recrudecencia aumentó hasta el año veinte, fueron desapareciendo como los políticos de café; pero, los dos mil quinientos cafés y cafetines, diseminados por toda la vasta ciudad, descendientes son del primitivo en celebridad, «Café de Monsieur Ramon».

Traspasado el frío y abierto zaguan, donde dormitaban en monton negros esclavos, esperando con el farolito apagado la salida de sus amos, para alumbrar los malos pasos, que por entonces lo eran todos los de las altas y embarradas veredas de esta ciudad, desde el rincon de los paraguas á la entrada, divisábanse las filas de mesas en las que los concurrentes se agrupaban por barrios.

Llamaban la mesa del tapon á la primera de entrada, porque era la frecuentada noche á noche por el Capitan Don Agustin Sousa, á quien una bala inglesa tapó el fusil que manejaba. Seguía la de los tres hermanos, sus asíduos parroquianos, tres capitanes del Fijo, Gomez, destinados á morir dos de ellos en grupo heróico, tapando con sus cuerpos el primer buraco por donde abrió brecha el inglés en las murallas de Montevideo, la noche aciaga del tres de Febrero de 1807.

Y más allí, la mesa del Capellan, donde el del mismo Regimiento, canónigo Muñoz, solía juntarse por aquellas noches con el señor Larrañaga, abnegado Capellan castrense de los orientales.

A la de enfrente, Juan sin Vuelto habíala bautizado con el nombre de la mesa de los Generales, porque era donde más se mariscaleaba, ó acaso por intuicion llegó á sospechar éste que Pueyrredon, Irigoyen, Rodriguez, Rondeau, Viamonte y Quintana, que la rodeaban, morirían con los entorchados de tan alta gerarquía.

La *mesa de los de la otra banda*, presidida por D. Victor García de Zúñiga y Cristóbal Salvañac. D. José Grau, Ferrer, Balbin Obes, D. Juan Mendez y otros vecinos de Montevideo, voluntariamente venidos á la reconquista.

Vis á vis á ésta, la de los franceses, donde el alferez del Imperio, Fontin y Mordell, el corsario, llevaban la palabra, recordando las hazañas de D. Napoleon, Santo de mucha devocion por entonces, al que Liniers adoraba en secreto.

En fin, al fondo, la mesa de la Gaceta, de que ya hemos hablado.

Pero aquella noche, la agitacion de los contertulianos en el café de Mr. Ramon, numerosa como en pocas ocasiones, desde temprano, reconocía otra causa.

Ni lotería, ni periódicos, ni amorosas aventuras callejeras poblaban con sus alegres ecos la húmeda atmósfera impregnada de fuerte olor á café y alcohol.

En esos dias de efervecencia popular, que el pueblo despertaba ébrio de entusiasmo en su primer victoria, preparándose para la esperada revancha, oíase entre la algazára atronadora y estallido de voces, de las que nada se entendía, contínuas carcajadas, semejando derrumbe de apilados platos, y grandes gritos para pedir. . . . ¡un paraguayo!

En una de las primeras mesas, pequeño grupo de brillantes calaveras jugaban al dominó, oficiales de voluntarios de la patria, que tanto se distinguiéron en la reconquista, hasta ser el cuerpo de la Union, quien más bajas sufrió entre los doscientos muertos de ese día.

En la otra vecina, D. Lucas Vivas, Comandante de la caballería de suburbios, contertuliaba con el capitan de dragones D. Agustin de Arenas y el licenciado D. Pedro Somellera, ciudadano armado, como el teniente de dragones D. Agustin Irigoyen, quien dominaba el grupo, por su celebridad, siendo uno de los cuatro argentinos héroes en Trafalgar sobre el puente de la «Santísima Trinidad», como oficial de señales, al lado del vice-almirante Cisnero.

En otra conversaban con el acaloramiento de buenos porteños, D. Juan José Viamont, del Regimiento de Infantería, con el Coronel D. Agustin Pinedo, Mayor de Dragones.

En todas estas mesas, aunque la conversacion era distinta, y en diversos tonos, el tema era el mismo.

¿Quién había lanzado la especie que por grupos y corrillos rodaba y empezado como sigiloso rumor propalábase ya de boca en boca, de que había capitulacion?

¿No se siguieron paso por paso los del héroe del dia?

¿Dónde, cuándo, á qué hora pudo Liniers, firmar tales tratados, cuando todo el pueblo estaba conteste en no haber oido más voz que la de rendirse á discrecion?

Fué despues de mucho alegar, y si es, y no es, y hablar todos á un tiempo, que al llegar el señor D. Martin de Pueyrredon, valiente jefe de caballería porteña que arrebatára una de las banderas enemigas, quien enterado del tema general y único de la discusion de esa noche, recorriendo con la vista por

todas partes dijo, dirijiéndose al grupo más inmediato de la mesa vecina:

—A ver, señor Garayo, qué es lo que Vd. ha oído sobre esto?

—Nó, que empiece por el principio, y antes cuente todo lo que vió y oyó, ya que hoy han llegado forasteros de la otra banda que vieron y oyeron desde su casa lo que ninguno de los habitantes de esta ciudad. Ahí está el padre capellan que tambien se distinguió por su caridad, y no dejará mentir á quien se le vaya la lengua, dijo uno.

—«Sí, que cuente todo con pelos y señales, él dragoneaba de ayudante del Comandante general», agregó otro oficial recién venido de Montevideo; pues por allá han llegado envueltas en mentiras las verdades, que cada uno se pinta como héroe, sin que alcanzásemos lo cierto.

—Pues, allá vá .....

« A ver, mozo, un par de botellas de lo fino, para toda la rueda, que la historia es larga, y el gaznate sécase.

Y llenando de nuevo los vasos, empezó de esta manera el ayudante mayor D. Manual de Garayo, el mismo que rompió su espada para no servir más, desde el dia en que fusilaron á su jefe inmediato, entonces General Liniers.

IV

«Indudablemente, señores, empezó, uno no puede estar en todas partes, y cuando se pelea en ciudad tan abierta como ésta, escapan á la observacion del más perspicáz mil episodios heróicos que debieran compendiarse en el parte.

«Pero, la verdad, camaradas, puedo jurarlo por la cruz de esta espada, no hubo tal capitulacion.

«A las diez y media se disparó el primer cañonazo, á las doce entraba al Fuerte nuestro compañero Quintana, despues otro, ninguno habló con el inglés. ¿Quién puede haber conducido la capitulacion? ¿Ante quién se firmó?

«Y, sin embargo, vengo de apostar diez onzas (que no las tengo, si no se las gano esta noche á Vds.) al inglesito Mayor Folle, dispuesto á probarme haber conducido el sábado la capitulacion, firmada por Liniers y Berresford, que el jefe de la escuadra ha enviado á su gobierno.

—No diga Vd., hombre! exclamaron todos, á una voz.

—¡Estaría borracho el inglés ese! ó ya habría almorzado fuerte esta mañana, agregó un chusco.

—No es el único que afirma lo mismo, y Berresford le juega risa cuando se lo preguntan, dijo Mansilla.

—Pero eche todo el cuento sobre la mesa, que es nuevo para los que no hemos podido asistir á la fiesta.

—Pues allá vá, que no tengo pelos en la lengua, y el que se enoje, se enoja.

—No hay que amostazarse, Don Picaso, que aquí no se levantan susceptibilidades, y nadie le niega que fué Vd. uno de los héroes del doce.

—Héroe ó nó, fuí testigo ocular de todo lo que pasó, y aunque yo no alcancé á ver lo que no pasó, como algunos desde Montevideo, puedo dar fé de lo que ví y oí.

« Sabido es, como buscándole la vuelta á la escuadra inglesa, les jugamos la manganeta. Cuando Sir Popham, aseguraba que no pasaría una mosca por el Rio de la Plata, bajo el peso de sus naves, amanecimos á la entrada de las Conchas, y al día siguiente, formábamos cuatro mil doscientos milicianos sobre las barrancas de San Isidro.

«Hasta la mañana del diez que marchamos de la Chacarita á los mataderos de Miserere, duró el temporal de viento y lluvia S. E.

«De allí despachóse á Quintana al Fuerte, con la intimacion, y como lo hicieran esperar, él que no aguanta muchas pulgas, dió vuelta al campamento.

«De pocas ganas regresó segunda vez, por mandato del General, pero como le dijo al inglés que si no lo despachaba pronto, no volvería más, al momento hizo á un lado Obispos y cabildantes, oidores y ministriles, con quienes charlaba, y dió la contestacion: «que se defendería como bueno».

«En cuanto regresó el parlamento, la pequeña expedicion se puso en marcha, dirijiéndonos al Parque improvisado en la plaza de toros. A las cinco la partida de avanzada de Migueletes, reconoció los puestos. La compañía de granaderos, del Regimiento de infantería, al mando del bizarro capitan Don Lázaro Gomez, dispersó en poco tiempo á los que guarnecían el punto.

«Por la calle del empedrado aparecieron como doscientos *petos colorados* en su socorro, pero ya era tarde, y nuestros certeros tiros, y las sombras de la noche vecina, los pusieron en retirada.

«Al día siguiente ensayábamos en improvisado atalaje uno de los cañoncitos desembarcados, y tomando como blanco la *Diadema* (fragata fondeada más cerca de la barranca), el primer cañonazo cortó la luna de su mesana, donde tremolaba

la bandera británica, cuya caída al agua tomamos por tan buen augurio, que queríamos seguir inmediatamente el ataque hasta la plaza central.

V

«El general nos detenía con esfuerzos supremos, pues los muchachos estaban todos ganosos como caballitos recien enjaezados, tascando el freno por lanzarse á escape.

Al otro día, como á eso de las diez, se oía un fuerte tiroteo de los Migueletes avanzados, y temiendo fueran ellos cortados, dirijióse Liniers con toda la tropa en columnas paralelas por las calles de la Merced y Catedral.

«Diez y ocho cañones guardaban las boca-calles de la plaza, coronando sus soldados todas las azoteas, recoba y Cabildo.

«Poco á poco, y despues de un fuego nutrido, fueron apagándose los de los rifleros escoceses, hasta que tras dos horas de tiroteo incesante abandonaron la plaza, que en inmensa algazara y tropeles, confundidos vecinos y soldados, ocuparon las tropas del pueblo.

«Cuando Liniers llegó al pretil de la Merced, Berresford parado bajo el arco de la recoba vieja, á cuyo lado acababa de caer muerto su ayudante Kennet, hizo señal con la espada de replegarse, entrando él ultimo á la Fortaleza, cuyo puente levadizo suspendió.

«En esos momentos se le vino á decir á nuestro general, que una bandera blanca flameaba en aquel punto. La densa bruma de un día gris, impedía distinguir bien, por lo que continuaban los tiros de todas las boca-calles. El atropellamiento de las multitudes, ébrias de entusiasmo, subía en gritería infernal.

«Entonces recibió Quintana órden de adelantarse con un tambor.

«Berresford, y sus petos rojos, guarnecian los baluartes. Gentes de toda clase, vecinos desarmados arrastraban muebles, colchones y escaleras para cegar los fosos. Se acercó al puente, y todavía no había concluido el ultimo redoble del tambor parlamentario, cuando descendió el rastrillo, que si no vuelve á alzarse tan pronto, éntrase todo el pueblo.

«Allí, en el patio, parece que el inglés quiso hablar de capitulaciones, á lo que contestó Quintana, con las palabras que cuarenta y cinco dias antes Berresford respondiera á su padre, en semejante circunstancia.

«No hay otra que la de rendirse á discrecion?» y como replicara en su media lengua y champurreando francés, le repi-

tió: «Si no alza inmediatamente la bandera española, no respondo.»

«Fué entonces, que se sacó el elástico y tiró la espada al foso, de donde Mordell la devolvió, atada con sus dos pañuelos la hoja dentro de la vaina.

«Al salir, con marcada desconfianza preguntó Berresford, si habría seguridad, contestándole Quintana, que como caballero, respondía, con su vida, de la suya, y tomándole del brazo, lo sacó.

«Divisando al segundo jefe Gutierrez Concha, hizo entrega del prisionero. Diciéndole éste, que quería hablar con Liniers, volvió nuestro ayudante á subir á caballo saliendo en su busca, y dando con él, informóle de todo minuciosamente. Se apresuró á venir hacia el general rendido, repitiéndole en pocas palabras, que la justa estimacion merecida por su valor, decidianle á conceder los honores de la guerra.

«Efectivamente, el no haber producido hechos de bandalaje durante los cuarenta y cinco dias de su dominacion, pues el vecindario fué tratado con benevolencia, ni seguido los consejos del Comodoro de su Escuadra, al perder el Retiro, de saquear la ciudad y reembarcarse, ni ametrallado el pueblo desde los baluartes, le hacían acreedor á consideracion.

«Luego despues, formando la tropa vencedora en doble ala desde la entrada del Fuerte hasta la del Cabildo, salieron los ingleses con sus armas tocando marcha, habiendo perdido en la accion cuatrocientos doce hombres, cinco oficiales, en muertos y heridos, y nosotros cerca de doscientos.

«Encontramos dentro la Fortaleza treinta y cinco cañones y mil seiscientos fusiles. A más, tomámosles veinte y seis cañones, cuatro obuses, en las calles, como las banderas del regimiento que desde San Juan de Acre en Asia, Europa y América del Norte habían flameado vencedoras.

«Y aquellos bravos soldados, ante los que la estrella victoriosa de Napoleon había palidecido, cabizbajos y abatidos, desfilaron por entre dos filas de zambos, negros y mulatos, de criollos de todos colores, mandados por la más arrogante juventud porteña.

«Contraste hacía su brillante uniforme, su bellísima banda de música, frente á los pitos y tambores de los vencedores, emponchados y descalzos.

«Aun los pilluelos del pueblo hicieron su Agosto, como que en ese mes estaban, y los que habían arrastrado cañones, los muchachos que seguían el ejército llevando balas y cartuchos en sus ponchitos, y arrojando sus únicos abrigos en la boca de los

cañones, cuando faltaron tacos, siendo guias y avisadores para nuestros soldados, y estraviando á los ingleses, con falsas noticias, como chicuelos que por todas partes se meten, hasta éstos, asomaban sus cabecitas desgreñadas, entre la doble fila de milicianos, sacándoles la lengua á los mister asustados, y haciéndoles pito catalan.

«No hubo, pues, ni tiempo para sentarse á escribir capitulaciones».

VI

—Indudablemente está lacónicamente narrado lo sustancial, ó resúmen del hecho de armas, pero omítense dispersos episodios muy bellos, agregó el Capellan.

—A ver, padre, cuéntenos! Palabra de Cura no miente. Yo salí de la plaza la víspera para contar á Liniers todo lo que dentro había, dijo Rondeau, pero acabada la jarana, anduve de un lado á otro, de la Recoleta á San Francisco, en busca de señor padre, la familia hallábase aflijida porque oyó que uno de los dos estábamos heridos, y no pude recojer nada de los comentarios.

—Por ejemplo, el muchacho atrevido aquel, Montes de Oca, que al ver caer el artillero del cañon apuntado á la plaza, le prendió fuego y puso en dispersion la inglesada, es sobérbio.

«Mucho más si Vds. saben, que cuando le hizo llamar Liniers por uno de sus ayudantes, para recompensarlo, andábase escondiendo de temor que lo arrestaran, por haber hecho fuego sin órden.

«La tucumana Manuela, que al espirar, su marido tomó su fusil y le reemplazó en el canton, es heróica. Y aquellas tres generaciones de Marquez (padre, hijo y nieto), arrastrando el cañon empantanado en los bajos de San Isidro, y trayéndolo con sus propios bueyes desuncidos del arado para ese fin, no tiene ejemplo.

Despues de haber recordado como, viejos, muchachos y mujeres, todas las clases, todas las edades y condiciones del pueblo, habían ayudado al mejor éxito, unos atendiendo heridos, otros levantando caídos, agregó: «Por todas partes oíanse exclamaciones de entusiasmo, *avancen! avancen!;* los ingleses confesaban que algo de lo que más les perturbaba era la gritería de los muchachos, como la tenacidad de las turbas populares que resguardándose tras los huecos, portones y ventanas salientes, se precipitaban puñal en mano, en cuanto la metralla pasaba, sin dar tiempo á cargar de nuevo; y como de puertas,

ventanas y azoteas, desprendíase granizo de balas contra los fujitivos, acabando su narracion con este cuadro palpitante.

Al dia nebuloso y de cerrazon en que las brumas matinales habiánse prolongado con el humo y el cañoneo, á gritos y clamores incesantes de todos los muchachos en pandilla de la ciudad reconquistada por sus naturales guardianes, había sucedido el silencio solemne é imponente de la más fria y hermosa noche de invierno.

Apenas de los suburbios lejanos, oíanse en aislados aullidos, los perros de las quintas, empezados, al descubrir, sin duda, algun cadáver entre zanjas, cercos ó barriales, extendiéndose en coro interminable, ladridos sin fin, de jauría inmensa, por corrales y huertas de los arrabales, como por calles y plazas, desparramados.

.....Un ¡Centinela alerta! del vijía en la casilla, sobre el Fuerte, continuado por el ¡¡Alerta está!! en el desembarcadero, repetido por el centinela de la batería Abascal, venía á morir en la avanzada de los cuarteles del Retiro, y era el único eco que de vez en cuando interrumpía el silencio de la noche.

La hermosa luna llena parecía con su blanco disco presentar más fria la atmósfera. quebrando su pálida mirada sobre la límpida superficie del Plata, y en charcos y lagunas que en profusion rodeaban la ciudad, y la serenidad de la azulada esfera, en la apacibilidad de las altas horas, resaltaba más por el contraste del estruendo y ajitacion de ese primer día de gloria para Buenos Aires.

Pero hay! cuánto cuesta un poco de ruido y humo de que se compone la gloria humana!

La mayor parte de los heridos morían helados entre los barriales de las calles donde habían caído.

En cada manzana, por lo menos, rodeábase uno ó dos lechos de dolor, donde agonizaba un valiente.

A eso de media noche, oyóse una campanilla en manos del monaguillo que de la Catedral salía, presidiendo pequeño grupo de hombres y mujeres, con faroles encendidos, que salmodeaba oraciones por la calle, acompañando el Viático.

Iba el capellan Larrañaga, llevando los ultimos sacramentos al valiente oriental D. Tomás de Valencia, gloriosamente herido esa mañana, y muerto á la siguiente.

Al pasar bajo los portales del Cabildo, desprendiéronse dos soldados de la guardia del presidio, escoltando al ministro del Señor en todo el acompañamiento, los mismos que al regresar tuvieron que hacer despejar el paso á grupos que por las ventanas de la casa de enfrente, divisaban el improvisado baile, con

que un rico gallego, celebraba la victoria de los oficiales de su batallon.

Así, unos lloraban y otros cantaban, en breve distancia, y aquella casa no era la única, sinó compendio de lo que en la mayor parte de la ciudad acontecía.

VII

Pero, como á pesar de lo narrado, tanto se hablaba y comentaba el run-run que corría, sobre si había ó nó capitulacion, á la mañana siguiente, D. Juan Martin Pueyrredon, fué con el cuento al mismo Cabildo, y tempranito se largó por sus anchas escaleras, en medio de cuyo descanso encontróse con el primer Alcalde, su cuñado, Saenz Valiente, y le enteró de los díceres corrientes.

—¡Qué oigo! contesto aquél.

—Lo que le cuento, amigo. El inglés dice que él no se ha entregado, sinó despues de honrosa capitulacion, y que si no la hacemos nos barre con los cañones de la Fortaleza, y ni el nombre queda.

—¿Eso dice?

—Y lo afirma, y lo asegura con el testimonio del jefe de la escuadra. Hasta Casa-Mayor, que es lo peor, él, que hospeda al inglés, asegura haber visto lo que nadie vió, de todos los que tomamos parte en la danza, sin saber cómo los de afuera vén más que los de adentro.

—Pues, señor, hoy mismo ordenará el Cabildo, sumaria informacion, para investigar tal especie, dejando en claro semejante habladuría.

Es en este espediente, donde los más importantes jefes y oficiales de la reconquista, atestiguan no hubo, ni pudo haber capitulacion de ningun género.

Y aunque más tributo paguemos á la fé de la tradicion que á la del papel sellado, que tambien sellarlo suele la mentira, en informaciones oficiales, hé aquí el resúmen de la ultima declaracion (á todas las anteriores, en el fondo, conteste), del desempolvado sumario, que hoy queda bajo la torre más alta, vijía de todo lo que á esta heróica ciudad acecha.

. . . . . .

«Comparece el 26 de Setiembre, ante los Alcaldes en el Cabildo, D. Hilarion de la Quintana, jura por Dios y por el Rey decir verdad, poniendo la mano derecha sobre el puño de su espada, y declara:

«Que sirviendo de Ayudante de campo, el dia doce, al General Liniers, y encontrándose éste frente al pretíl de la Iglesia de la Merced, vinieron á avisarle haberse levantado bandera blanca en la Fortaleza, mandándole saber de Berresford lo que solicitaba.

«Penetrando con el tambor de parlamento, un oficial le condujo ante el General, á quien interrogó cuáles eran sus ideas, en la suspension á que obligaba la bandera parlamentaría, advirtiéndole llevaba órden de solo aceptar la rendicion á discrecion.

«Berresford se avino; y como en ese momento se le avisara avanzaban al asalto, asomó Quintana con el General, sobre el puente levadizo, gritando á los grupos de pueblo que en tropeles agolpábanse vociferando, se retiráran pues todos estaban rendidos á discrecion, que lo avisasen así al general Liniers. Mas, como la excitacion seguía, para aplacarla, se desprendió Berresford la espada y se la dió dos veces, rehusando recibirla, por respeto á su persona. Que para calmar el tumulto y la vocinglería inmensa, por todas partes levantada, aturdiendo más que los disparos de fusilería, otro oficial tiró la espada del General, pero él (Quintana), mandó devolvérsela, lo que hizo Mordell.

«La tropa se replegó sobre la Recoba; mas, tropeles tumultuosos del pueblo desbordado, no obedecían, por lo que sujirió la idea de enarbolar la bandera española. No se encontraba ninguna dentro del Fuerte, pero alguien descubrió una, flameando en el fusil de un marinero, la que fué inmediatamente enarbolada. Al subir, vivo é inmenso palmoteo la saludó.

Aun despues de esto, temía salir Berresford, ante la actitud amenazante del pueblo, que como hormigas rodeaba por todas partes el Fuerte, trayendo algunas escaleras y muebles para trepar á los baluartes, hasta que se aproximó media compañía de soldados de línea, descollando por su porte marcial. Entonces salió al lado de él, á cuyo grupo se agregó el segundo jefe de la expedicion, Gutierrez Concha, llevándole á presentarlo á Liniers, que venía por el arco de la Recoba.

En aquel momento, por primera vez hablaba Berresford con Liniers, sin haberlo hecho antes, por escrito ni por mensaje, y en esa ocasion ofreció el vencedor al vencido, que sin embargo de estar rendido á discrecion, le concedía los honores de la guerra, en obsequio á su persona y brava defensa.

Que así lo repitió Gutierrez Concha, y otros jefes y oficiales, á gritos, y por todas partes, haberse rendido á discrecion.

A la séptima y ultima pregunta del interrogatorio, contesta Quintana, que despues de muchos días recien oyó ese vago

rumor de haber los generales capitulado.....Y cinco, diez veinte testigos más, atestiguan lo mismo.....
.....

VIII

Pero, al fin: supo ó no escribir Pizarro? Hubo ó nó capitula cion?

«El pueblo dice que nó
Berresford dice que sí;
Fué el inglés quien traicionó
O el mal de ojos de una hurí
Quien al vencedor venció.»

Esta mala quintilla de la Musa callejera, cantaban por playas y tambores los muchachos, y ahí queda por aquello de que siempre algo del buen sentido del pueblo encierran cantares y refrancicos.

Ya hemos oido que los cantares populares son la voz del pueblo, lo que por plazas y cafés susurra, oigamos ahora lo que refleja la prensa.

La sola dificultad para presentaros, pacientes lectores, este ultimo testigo, es que por aquellos tiempos, el tal adminículo del bien público y mal de muchos, no existía entre nosotros, es decir, entre nuestros bisabuelos.

El único periódico que veía la luz, ya mencionado, dejó la ciudad á oscuras desde la entrada de los ingleses. Por dos meses vivimos en tinieblas. A su aparicion, como la libertad de imprenta aun no se había inventado, solo insertó el *Semanario* lo que á la autoridad convino, y hé aquí por lo que á falta de esa autoridad ocurrimos á la del papelito roido.

Y así planteada la cuestion, historiadores hay que afirman hubo capitulacion.

La tradicion dice que nó. Lo que hubo fué otra cosa.

Algo así como capricho de limeña, pues corrían los tiempos allá por la tierra del perulero, en que el abanico de tapada, más poder tenía, que cetro de Virey.

Y en fin, lo que había de suceder sucedió! Quedaba aun en el génio alegre, espansivo, viváz y bonachon de mi señor Don Santiago, un algo de polvorin mal apegado, y un mucho de fuego de Bengala, ó de cualquier otro fuego; oculto en aquel par de ojos retenegros, al principio recordados....Vds. me

entienden, á la primera fosforescencia se inflamó el Virey, saltó el polvorin, y una bella transformóse en *la bella del Rey*.

Desde principio del siglo, en los garitos, que ya no eran escasos, para tan escasa poblacion, de la Santísima Trinidad, jugábase al monte, al truco, y á cuanto juego más ó menos nocivo hasta entonces descubierto, mientras que las tertulias de malilla y elegantes distraciones introducidas con gran boato en la mansion llena de negritos, lacayos de galoneadas libreas del señor Superintendente de Hacienda, Paula Sanz, habían echado raíces, extendiéndose por los salones de Sarratea, Arroyo, Escalada, Saenz-Valiente y otros.

La única diferencia, que en los bajos fondos del pueblo, corrian roñosos cobres, y en las casas decentes, no era decente asomaran, ni siquiera mejicanos, doblones, sinó relumbrosas onzas de brillante oro fino.

En las antiguas casas de Sanchez, O'Gorman, Casamayor y otras, jugábase de contínuo las largas noches de invierno, pues entre las pacíficas costumbres de una ciudad de poca vida y movimiento, era la única distraccion, cambiar de dueño rápidamente buen número de peluconas, que los negros esclavos solían sacar de los zurrones, ó petacas de cuero, á asolear de cuando en cuando en los extensos patios del amo, sin que faltára una á la cuenta.

En estas mesas de buen tono frecuentadas generalmente por hombres, lo más granadito de la capital, encontrarse solia por escepcion una que otra marquesa vieja ó cuja, con humos de tal, principalmente en la ultima de las casas nombradas, donde Liniers contertuliaba con Berresford y otros oficiales ingleses, durante los primeros dias de su cautividad. Fué asíduo parroquiano Mr. Perichon, oficial francés, ayudante, y algo más del Virey, como que fué portador del parte que éste pasó cual buen francés, al más grande de todos los franceses, sobre conquista y reconquista que poco importaba á Napoleon.

Padre era tambien éste buen señor del más lindo palmito de aquellos tiempos, y aunque Liniers dos veces viudo, y tan valiente como se mostró creeríase invulnerable y ya acorazado para toda herida (su uniforme recibió dos balazos), todavía fué nuevamente flechado por el dulce dardo.

Y.... lo demás se comprende, la intercepcion de la bella por el gentil prisionero originó la capitulacion simulada.

ÑO NORTE

Senor Dor. A. J. Carranza

I

Presento á Vds. á D. Glorio y ño Norte.

Vivía el uno hacia las afueras ó arrabales del sur, y le llamaban *ño Norte*.

Marido fué el otro de corpulenta y mofletuda Gloria, quien apesar de su nombre, no fueron glorias, sinó penas del purgatorio las que hizo pasar á su cuyo, y perdiendo el del bautismo, Glorio quedó.

Raquítico vástago de prosapia ilustre, era como en otras muchas familias la verruga de la familia.

Inclinado por su naturaleza malígna á ser porfiado y camorrista, la buena de su mujercita lególe con su nombre su mal génio, y tales y tan frecuentes fuerón las reyertas conyugales, que la mal pergeniada Glorita avinagrado le dejó para toda la ciega.

Largurucho, angosto, apergaminado, seco de cuerpo y tambien de espíritu, reconcentrado y taciturno por lo general, pero violento é irascible, cuando se sulfuraba, (lo que apenas sucedía veinte y cuatro veces cada veinte y cuatro horas), de larga vista y de cortos alcances, petulante y pendenciero, pero de exterior caballeresco y ceremonioso, cuando le daba por

recordar su antigua familia de campanillas, fué D. Glorio uno de aquellos tipos de los que han venido á menos porque sí, balandron y quijotesco, incapaz de mala idea ni buena obra, autor sí de muchas malas palabras, como que de la reputacion formada por ellas vivía, temido, si no respetado.

El reverso de la medalla era ño Norte, pobre paisano humilde y bonachon, trabajador, generoso, desprendido, prudente en demasía y hasta casi infeliz, podría decirse, por la bondad con que á propios y extraños servía á todo el mundo, hasta dar la camisa.

Por la eterna ley de las contraposiciones, estos caracteres diametralmente opuestos se encontraban frecuentemente en su camino, produciéndose lo que continuamente acontece bajo todos los mares, y aun sobre la tierra tambien, que el sábalo más grande se come al más chico.

Lo que sí, que por esta vez, y á pesar de las tragaderas de Don Glorio, un consejo á tiempo (para algo sirve la amistad), impidió se tragara del todo al manso surubí de poca espina.

Aunque nacido el uno entre ricos pañales, y el otro sobre la fría carona de un bueyero, encuentros frecuentes tenían estos dos vecinos de la quebrada de Lules, y más quebraderos de cabeza, y aventuras y peripecias extraordinarias, que barrancos y torrentelas, picos y precipicios aquella agreste ladera de salvaje belleza.

Quien pudiera seguir paso á paso la dramática existencia de aventuras sin fin de este verídico personaje, pondría en escena el vaudeville más chistoso, á la par que lleno de prudentes previsiones, aunque sus episodios rayaban en sainetes, cuando sobrepasaban la comedia.

Narraremos solo la ultima colision de Don Glorio, con su sempiterna víctima, pues como si no estuviera avezado por las anteriores, fué ésta la gota que desbordó la paciencia.

El uno de añeja cuna, con medios bastantes para abrirse camino en la escabrosa senda, rodó cuesta abajo por su abandono á la miseria, despues de haberse bebido su fortuna, y malbaratado en intrigas y pendencias sin fin sus años y su salud, que al fin era ésta lo único suyo.

El otro, huérfano gaucho de pocos alcances, pasó su vida galopando de un lado á otro por ganarse un peso, y de tapera en galpon, esquilando bajo ellos, ya en la trilla ó el rodeo, ora conduciendo la pesada carreta tucumana, ó desmontando troncos para el cañaveral, llegaba al fin de sus años con cierto bienestar, poniendo su vejez á cubierto de la miseria.

II

.....Cierto día á la caída de la tarde, con afan de hombre muy apurado, cual si fuera perseguido de acreedores (aunque cuando se viene á pobre, no quedan ni siquiera acreedores), cayó por aquellos pagos, como de paso, la eterna pesadilla del paciente paisano.

—¡Buenas tardes, ño Norte! ¿Cómo le vá yendo amigaso? fué el saludo desde el palenque.

—Dios se las dé buenas, señor Don Glorio, contestó aquél levantándose del tronco de la higuera, bajo la que trenzaba unos tientos. Pase pá delante: ¿cómo dice que le vá?

—Aquí vamos amigo, cayendo y levantando. Cómo quiere que me vaya en este pícaro mundo donde tanto bribon pulula como langostas en aquella ciudad; donde entre tantos patriotas se están acabando la patria. Apenas puede uno respirar cuando sale por estos alrededores á gozar del aire libre, en la confianza de un viejo amigo.

—*Dentre* señor, y descanse. Petra! *Vení*. Aquí está el señor D. Glorio. Pase pa delante. ¿Cómo está la familia?

—¡Mi familia! Ni sé de ella. Ni nada se le dá de mí. .... Vd. me conoce, ño Norte. Yo siempre fuí así, más independiente que un nueve de Julio. Desde chiquito lo mismo. Por independiente deserté de la escuela, y por tal, nunca he querido servir á nadie. Ser yo escalon para que otros suban! pá los pavos! Ya se acabó el tiempo de los zonzos. Ud. lo sabe, la única vez que *adiqué* con mi Gloria (que en gloria esté), á punto estuvo de echarme al hoyo.

—Pero *dentre*. A buen tiempo viene cayendo. Ya vamos á comer. ¡Petra! .. Y esta Petra que no llega. Nos acompañará. Ya sabe que aunque humildes, siempre nos gusta obsequiar á los amigos con lo que haya en este pobre rancho.

—Gracias, compadre. Otro dia será. Voy muy de prisa. Me arrimé de paso no más. Tengo que bajar á la ciudad, porque está para llegar de las provincias de abajo mi hermano, el doctor y coronel.

Y en esto llegó Petra toda apurada y descuajaringada, pues había estado en el fondo de la huerta, cuidando sus tomates. Pidiendo escusas, y con mil instancias, entre ella, ño Norte y el perrito Canela, que á saltos y ladridos amenazaba por detrás los garrones de D. Glorio, quiso que no quiso, introdujéronle poco menos que á empujones, y en un santiamen,

momentos despues encontróse á la cabeza de ancha mesa, donde fué puesto humeante y acaramelado hermoso cabrito de la sierra.....

.....

Larga y sabrosa sobremesa, prolongóse hasta bien entrada la noche, y las aventuras del uno y las peripecias del otro rodaban sobre el mantel entre vino y tacos, recordando por centésima vez cómo el uno, nacido rico se veía en la pobreza, y, surjiendo el otro de la miseria, había labrado el pasar de que disfrutaba, hasta poder obsequiar en casa propia al hijo de su propio patron, bien que por sus calaveradas y travesuras hubiérase éste convertido en el hijo pródigo de la familia.

.....

.....

.....

Y el sol acabó de hundirse y la luna salió, y borregeados nubarrones la ocultaron..... Cuando tambaleante y lagrimoso asomó la cabeza bajo el alero, y formando visera con la mano trataba de divisar la huella blanquecina del camino culebreando sobre la cuesta, detúvole el dueño de casa con palabras de cariño.

—¿Dónde vá á dir á estas horas, D. Glorio, en noche tan fiera, y por estos andurriales? Mejor es que se quede. Le haremos cama aquí al lado, y mañana tempranito podrá seguir, si hay tanto apuro.

—¡Imposible! Estoy muy de prisa. Y luego despues qué diría mi hermana Monumento, yo que jamás falto de casa.

Un hombre arreglado y de buenas costumbres, como yó, es siempre metódico, y á sus horas, á la cama .....

—Ya está hecha en la otra pieza, contestó la afanosa Petra entrando á reforzar los empeños de su marido, para que se quedára. Qué vá á salir con esta noche, á tomar un *resfriao* por esas lomas del Diablo. Venga, señor, que aunque humilde, no lo ha de pasar mal en el rancho de estos pobres viejos.

A la invitacion de la amable Petra de llevarlo á la cama, el gastado sátiro, que era lleno de malicia, y con más retruécanos y picardías que un payador, se apresuró á contestar galantemente.

—Nó, mi señora. Por eso nó, señora Petra. Yo nunca fuí descortés. Por no desairar ni que se me crea orgulloso ó mal encastado, hará lo que Ud. quiera de mí. Nunca desprecio á nadie. Si no es más que por eso, me quedaré, aceptando su cama.

—¡Gracias á Dios! añadió la vieja semi-sonrosada por el vino ó el equívoco, poniendo su pensamiento en otra parte, á tiempo que mi D. Glorio se metía dentro las más blancas sábanas tan limpias como conciencia de prestamista, y cual de mucho tiempo atrás no habría visto el petardista.

Aun ocupábase de levantar la mesa la hacendosa Petra cuando ya se oían por la entre-abierta puerta los ronquidos, sonorosos é inarmónicos del afortunado huesped.... .....

III

Así pasó la noche. Y al otro día y al siguiente se repitió lo mismo que en el anterior.

Por la mañana, siempre era demasiado temprano para irse sin almorzar, y por la tarde ya demasiado tarde para no demorarse á comer. Y la noche muy oscura, y la siesta de mucho sol; y el hospedaje demasiado barato para desairarlo, y el huesped de pocas palabras y de muchas pulgas, y el dueño de blanda pasta y aguantador. Ya aunque los empeños por retenerle no eran tantos ni tan repetidos, descendiendo hasta cero, D. Glorio tampoco los necesitaba.

Y así transcurrió un día y otro, y una semana y la siguiente y fuése quedando, y hubiera quedado hasta la consumacion de los siglos ó de los años de D. Glorio, que no lo eran tantos como sus picardías, si sus propias genialidades ó diablos azules, no vinieran á interrumpir aquella paz octaviana entre tan bonachones huéspedes..... .... : ....
.....

Sucedió que este hombre francachote y sin rodeos, por carecer de éstos, cierto día, de buenas á primeras, al sentarse á comer, encaróse con su cara avinagrada y de pocos amigos, (como que en verdad no tenía uno,) diciendo:

—Mire, amigo ño Norte, ese mantel está súcio!

—¿Qué quiere amigo, dispense, como somos *probes*, contestó el paisano medio turbado.

A lo que muy entero le replicó el huésped:

– Nó, nó, así no se recibe á las gentes. Ud. sabe quien soy yó! Está lleno de lamparones. Preciso es que mañana lo mude. Yo no estoy acostumbrado á comer en manteles como éste, (en lo que mentia solo á medias, porque á lo que estaba verdaderamente acostumbrado, era, si nó á no comer, porque siempre encontraba a quien petardear, sí á comer sin manteles).

—Si no hay otro en la casa.

—¿Qué dice? O pone mantel como gente ó le tiro con todo lo que tenga encima, si vuelvo á encontrar el mismo sobre la mesa.

El pobre hombre dobló el lazo, tartamudeó tímida disculpa, y á la mañana siguiente sobre la más blanca sábana sin pecar, asentábase ancha palangana de lata con la ensalada más sabrosaltando granos rojos de granada entre verdes lechugas.

Y así siguió un día, y dos, y tres y el estafermo no daba miras de largarse, si bien antes hacer largar á los dueños, tomando al pie de la letra aquellos sencillos agasajos de nuestros bondadosos paisanos: «Vd. es dueño». «No incomoda á nadie». «Esté el tiempo que quiera, que tanto nos honra con su presencia». «Está Vd. en su casa».

Hasta que otro día se levantó D. Glorio, la cabeza atada con un pañuelo colorado á cuadros, de muy mal génio, (aunque nunca lo tuvo bueno), y encarándose al paciente huésped, díjole:

—Mire, ño Norte, estoy con la cabeza atormentada. Ese maldito trapiche, que toda la noche está tric, trac, tric, trac, tric, trac, haciendo ruido infernal me tiene loco. Es preciso que lo haga callar.

—Pero señor, cómo lo voy á hacer callar, si de eso vivo; es mi trabajo, mi industria, lo que me dá el pan de cada día, y si no se mueve de noche al día siguiente no hemos faenado nada.

—¿Qué dice Vd? hágalo mover á otra hora, que á mí me muele la paciencia. No trabaje. ¡Que se yó! Arréglese de otro modo;—pero, si vuelvo á oírlo á media noche, á esa misma hora me levanto y cuente Vd. que no habrá más trapiche, ni trapisondas.

IV

. . . .Lleno de atribulacion y desazones, desesperado ya de huésped tan incómodo, fuése á lamentar donde su consorte, sin atinar qué resolucion tomar contra tan pesado fardo.

Allá á lo lejos, en el fondo de la huerta oíasele canturiar á la vieja cabeza atada, y con las polleras arremangadas, mientras retorcía sacudiendo en la batea la ropa que colgaba bajo el sauce, endecha que así concluía:

....Y en díceres y reflexiones
A la mujer se le oyó,
Juancho! ponte los calzones,
Si nó, me los pongo yó....»

Poco dado á indirectas, no la comprendió ño Norte. Aun no se había inventado la dinamita para hacer saltar estafermos.

Cuán cierto es que lo peor en la vida, es no tener carácter! Por debilidad se viene perdiendo el mundo desde nuestro padre Adan. Un hombre débil, sin carácter, D. Indeciso, Doña Vacilaciones no sirve para maldita la cosa. Por esto repetía el otro: Líbreme Dios de los débiles, que de los fuertes me libro yó»....

Y no muchos días pasaron sin que volviera á la carga, con nuevas exigencias, diciéndole:

—Ño Norte! mate el gallo.

—Pero D. Glorio, por Dios!

—Aquí nadie me levanta el gallo, agregó el irascible viejo, bolsa de jaquecas y otras lacras. Ese gallo no me deja dormir. Desde antes de venír el día empieza á la madrugada, su cocorocó! coco-rocó! y yo soy hombre de encocorarme y de no muchas pulgas.

—En la casa no hay ninguna, todo está límpio, y aunque con pobreza, aquí tratamos de atenderlo como mejor podemos.

—Sí, todo eso está bueno. Yo no le pregunto tanto. Pero lo que es el gallo preciso es matarlo.

—Qué D. Glorio éste, pero si no tengo otro. Luego despues si lo mato no tendremos pollos, ni huevos, ni gallinas, ni sabremos en qué hora vivimos.

—Yo no sé, acabó con su estribillo de siempre. Arréglese Vd. como pueda, pero que se abstenga de cantar ese vípedo, ó de gallo, pollos y gallinas hago tal ensalada que no quedará un implume, ni plumífero de muestra.

Y el gallo no cantó más. El hermoso gallo de dorada cola amaneció muerto entre sus bellas ráculas que cacareaban su viudez, como otras muchas, la primer noche.

Y al otro día cuando tiró el cimarron, porque no se lo alcanzaban bien caliente, ya no pudo aguantar el bonachon de ño Norte, y apesar de su mansedumbre, se animó á insinuarle con muy buenos modales esta especie, que de tiempo atrás traíale trabajando el magin.

—Pero señor, si no se encuentra bien, para estarse alterando

á cada rato, mejor sería .....mejor sería .....en fin, ya Vd.....mejor sería .....que fuera donde lo trataran mejor.

—¡No sea Vd. bárbaro! Dónde va á ir un hombre como yó, si ni un animal como Vd. me soporta!.....

Y despues continuó matando las palomas porque se arrullaban, y las calandrias porque cantaban, y el marrano porque gruñía, y la matanza seguía y seguía sin término, con miras sin duda de llegar hasta los dueños de casa á disgustos y pesadumbres, á gritos y amenazas, hasta que todo atribulado salió el pobre ño Norte, próximo á volverse turumba por las exigencias inagotables del insoportable Glorio, á pedir consejos por la vecindad.....

.....

V

Expuesto el caso, el más sesudo del barrio, dijo:

—Amigo, si á mí me sucediera tal calamidad, yo cantaría claro.

«Clarito le diría: compadre, con viento fresco á amolar á otra parte, que aquí ya está demás, ó sinó pongo un parte al Alcalde, que vendrá en su busca».

Contento con tal consejo y haciendo de tripas corazon, todavía aguantó tres dias y tres noches almacenando coraje, cuando el cuarto, al primer plato de masamorra que voló por los aires, pues no la encontraba bastante lechosa, decidióse á decirle:

—Bien, D. Glorio, ya veo que en más de un mes que está aquí á pesar de mis afanes por servirlo no hemos podido darle gusto, ni yó ni mi pobre Petra, que hipocondriaca ha quedado con sus pesadumbres, al presenciar la degollacion que Vd. decretó de cuanto animalito teníamos. O Vd. se larga, ó yo doy parte á la autoridad para que se lo lleve.

—¡Qué dice Vd.! ¡Esas tenemos! Yo creía que ya le había muerto el gallo. Y Vd. creé que así no más se echa á la calle á un hombre como yó? Todavía Vd. no me conoce! Vd. no sabe quien soy yó? Mi familia! ¿No se acuerda á qué familia pertenezco? ...Mi hermano, Coronel y Doctor. Mi padre.... Mire, amigo, si Vd. hace eso que dice, como soy Glorio y por mi Gloria que en gloria esté, (oíga bien esto que le voy á decir,) Vd. puede hacerme echar, pero vaya liando sus petates para el otro barrio, del que no se vuelve.

«¿Qué podrá sucederme? Vendrá el Alcalde, me llevará, tal

vez llegue á tenerme uno ó dos dias arrestado! Vd. sabe que con la influencia de la familia á que pertenezco he de salir pronto, al día siguiente téngalo por seguro vengo derechito y le pego un tiro. ¡Como que tengo cinco dedos en esta mano! Va Vd. á seguir el mismito camino que tomó su gato, y su gallo y sus gallinas. Lo mato como á un perro.»

El pusilánime de ño Norte muy lejos de querer probar si las baladronadas pasarían de tales, dió vuelta todo compunjido y cariacontecido, volviendo á acudir á sus buenos vecinos en procura de nueva consulta, y del cónclave resultó el siguiente consejo:

—«Buen amigo, ya está visto que el vago ese quiere dejar de serlo. Ha echado raíces, y designado la de Vd. como mejor casa para hacerla suya. Si Vd. no tiene bastantes calzones para ponerlo de patitas en el palenque, ni resolucion para hacerlo echar por la autoridad, no le queda más que un ultimo remedio heróico. Mañana tempranito sale Vd. con su mujer (digo si no se la quiere endilgar),y no le deja ni agua en la tinaja, que no quede nada en la casa. Cuando se encuentre sitiado por el hambre y la soledad, él es bastante haragan para ir á ensayar á otro rancho su vagabundeo sin fin.

VI

Dicho y hecho. D. Glorio á la mañana siguiente, despertóse á gritos que se las pelaba desde la cama:

—Pero qué viejo este que no me trae mate ¡ño Norte! ño Norte! Mire que si me levanto le voy á dar una pateadura, si no me trae pronto el mate, y con leche y canela.

Vuela, contestó el eco en la pieza vacía.

—Viejo mandria *te queres* burlar de mí. Allá voy á hacerte volar los trastes por la cabeza.

Besa, volvió á oír el irascible.

—Ya te voy á besar á tu Petra:

Penetra, repitióse.

—Ahora veras si *vuela besa* ó *penetra* Glorito. Y aburrido de dar gritos, sin más contestacion que el eco de quien los profería, cansado de esperar y desgañitarse, echóse al fin de la cama, y de un salto, y en camisa, alto, seco y escuálido, nuevo caballero de la triste figura, fué á emprenderla con otras ruedas de molino de viento, ó de trapiche, recorriendo todo sin tropezar con ser viviente.

—¡Viejos pícaros! repetía. Me la van á pagar estos maulas. Capaces son de haberme abandonado su casa, por no aguantarme en ella.

Y despues andando de un lado á otro, bajando incierta la mirada de una á otra parte, convenciéndose de su posicion, decíase en mudo monólogo sumando cálculos mentales.

«Algo se ha de sacar de estos cachivaches y trastes viejos, en buena venta. Y el rancho tambien.

«Porqué nó? Desde que me lo han dejado para mí solo, es mio propio. Donacion *inter-vivos* se llama esto. Puede sí que llegare á haber pequeña dificultadilla por no tener títulos; pero hay tantos que sin tener títulos para nada, figuran en todas partes, hasta en los Ministerios.

.....«Yá....yá arreglaremos eso.....

.....

Iban así pasando las horas tras las horas, y como no llegara la del desayuno, porque al fin una que otra banqueta despernancada difícil era dijerir, fuése convenciendo de la imprescindible necesidad de ir husmeando tras otro asador (no sin la firme resolucion de volver por lo suyo, lo que buena y gratuitamente se le había abandonado), y saliendo y caminando como distraido la cuesta abajo insensiblemente llevóle á otro rumbo, sin duda buscando hacia el norte, algun otro ño Sur, dónde repetir la misma escena, que nada de nueva, sinó muy natural era para esta verruga de la familia.

VII

Transcurrida una semana, caballero en paciente mula, tan mansa como su dueño, exploraba el campo ño Norte. Tomando todas las precauciones del caso, husmeaba por los alrededores de su rancho, desconfiando hubiera ya quedado tapera, un sino es temeroso (como buen supersticioso),de que el alma de D. Glorio, muerto de hambre, segun lo suponía, saliera al encuentro, haciéndole cargos por su *injustificable* abandono.

El gato flaco barcino, fué el primero que se acercó á morronguear, refregándose en las piernas de su alelado amo.

Este, loco de contento al verse dueño nuevamente de lo que no había sido por gusto y disgusto de D. Glorio, dió vueltas riendas, y á escape trajo la noticia de un galope, y de otro, se llevó en ancas á su atribulada Petra.

Los dos buenos viejos contentos y satisfechos celebraron

aquella segunda noche de bodas, con el ultimo cabritillo por saltarin escapado entre las breñas de la matanza general, no sin antes trancar con doble barrote la única hoja de la puerta, para que no fuera á filtrarse ni la sombra de la escuálida figura de D. Glorio. Así me las den todas.

Por entonces, de allí nació el proberbio: «de fuera vendrá, quien de tu casa te echará».

LA NOVIA SIN CABEZA

Y EL

MUERTO GALANTE

(Crónica del año 1807)

Al Señor Doctor A. Magariños Cervantes

I

Que las novias pierdan la chaveta durante su estado de tal, y no vuelvan en juicio hasta dejar de ser novias, es lo que sucede un dia sí y otro tambien, en este pícaro mundo, como que un galante muera en su ley, es decir, á consecuencia de sus galanteos, y nó de mal de médicos, sinó de mal de palos, averías ó estrupicio semejante á quien con ellas se mete; pero, que aun sin cabeza quede novia, ó galante, despues de muerto, caso es que no dejó de llamarnos la atencion por los extraordinarios sucedidos de la tradicional aventura.

Bien que, como cuento al caso, los diarios de hoy refieren paseaba ayer un muerto vestido correctamente y á la ultima moda, tieso que tieso, sin moverse ni faltar á las conveniencias del mundo elegante, cuyos alegres grupos cruzaba sin decir nada, inmóvil en su asiento, y sin haber escapado de entre los muertos como él, seguía manejando su coupé, cual si fuera un ser de este mundo.....
.....
.....

Era Victorita Magariños, la más real moza que sentaba sus reales, allá por las primeras auroras del presente siglo dentro la ciudad de San Felipe y Santiago, Fuerte que no resistió más que otro, la doble batería fulminante de un par de ojos negros, en nada parecidos á los negros bozales de aquella época.

Como que fueron de los ojos más decidores, pues los de las bellezas orientales, diciendo están de continuo muchas cosas, en guiñaditas torcidos y visuales traduciendo y hablando todas las lenguas conocidas, y no conocidas, como en verdadero puerto franco, que es, recibiendo á todos con verdadera franqueza.

Palmito más picaresco que una tentacion, con un par de oyuelos, nidos de amor para guardar sus besos, chiquita y remonona, de morena tez aterciopelada, jamás pisó en Montevideo pie más chiquitin que el suyo. De sus suaves modales y gentil presencia, tan airosa al hablar como al andar, de su traviesa mirada chisporreteando agudezas, como de toda su graciosa personita, desprendíase cierto aire magnético de seduccion atrayente, derramando más efluvios, más imán y más aquel.... .... que, así andaban moscardones tras el panal, como abejas revoloteando en torno de la dulce corola. Díganlo Garcías y Bauzás, Zúñigas y Vazquez, Herreras y Obes y las crónicas y galanteos de aquellos tiempos, donde apénas salía serenata que no dejára sus ultimas coplas cabe el balcon de la bella Victoria.

Mas, la Magariños contestaba á todos *nonis*, y así tenía en el retortero corazones que se achicharraban al fuego lento de su ardiente mirada, como brincaban castañas sobre el brasero de Geroma, la castañera de la esquina.

Belleza, juventud, gracia, donaire, chiste, bondad, ilustre cuna y acaso, acaso algunas de esas codiciadas peluconas de argentino timbre, sonando allá en el fondo de su canastilla, dotes eran más que suficientes en la naciente ciudad que apenas lucía una que otra de esas raras estrellas fugitivas ó errantes, caidas entre dos mil pares de varones, para que la mitad de ellos al menos, no anduvieran perdiendo el juicio y los zapatos por tan rica fruta pintona, antes que cayera de madura.

II

Y pasadas ván, y regalos vienen, cantarcitos vuelan, billeti-

tos caen, más de un mosalvete gastando botas en su vereda ó proyecto de tal, pero la niña tiesa que tiesa y siempre *no se alquila el balcon.*

Solía en las tibias noches primaverales de luna llena tocar la quejumbrosa guitarra, desde la azotea, acompañando su melodiosa voz, lanzaba tras lánguidas miradas algun entrecortado suspiro hacia el Cerro, y metíase mústia y contristada, entre sábanas, rezando á Santa Teresa, de quien era muy devota, y pidiendo por no sé quien al Santo de su devocion.

Extrañaba el vecindario de la plaza, que hoy conmemora con su nombre el del fundador Zabala, que la recatada doncella resistiera asedio tan prolongado, no siendo en aquel presidio donde más vírgenes del Señor contentábanse con oraciones, yendo á encerrar sus encantos entre las cuatro paredes del Convento, cuando llegó á saberse, no por la gacetilla, entonces no impresa, sinó por el sacristan de la nueva Matriz, gaceta viva, vichando lo que por el barrio pasaba, que la fuerza de resistencia en tan desdeñosa beldad, y el secreto de su negativa y desaires á tanto tenorio callejero, acababa de descubrirse, apareciendo allá por el Cerro, hacia el que tanto miraba, y que para ella encerraba tesoro más preciado que el de Potosí.

Encaprichadita hallábase la niña, sabe Dios desde cuando, con un su primo destacado de vijía en aquel Fuerte recien elevado (1802), de donde menos observaba á los ingleses que á los moscardones de su Hurí, pues ni siendo miope ocultárasele había Moros en la costa.

El teniente Gonzalez, le pondremos Gonzalez, y sea el único nombre sustituido, por.... ... .. por muchas razones, constante y de mucha paciencia, ya se le iba acabando ésta, y su relevo no llegaba, cuando desazonado é inquieto, una buena noche descendió del Cerro, cruzó en su pequeña buceta la serena bahía, pasó de prisa por la Vicaría, y estrechado por el doble asedio, los Moros dentro de casa, y los ingleses por fuera, confesó al señor Cura, todo.... indecisiones percances y ansiedades, pidiéndole por todos los Santos apresurára la cosa, para que su Victorita cambiára cuanto antes de apellido.

El buen cura Larrañaga declaró muy formalmente esa noche, á sus contertulianos de malilla, que de todos los heridos asistidos por él desde la arribada de los ingleses, ninguno se hallaba más in-extremis, por la intensidad de su fiebre, que aquel bravo oficial enamorado, quien si no sucumbía en la brecha, moriría por la brecha.

En seguida fuése el teniente á lo de su cuya, y trató de calmar á los futuros padres la zozobra en que toda la poblacion vivía en aquellos dias amargos desde que se avistó la primera nave invasora, el 18 de Enero de 1807, por Maldonado, é invitado á comer para el dia siguiente, postergó su regreso al Cerro hacia la hora de levantarse la luna, despues de acostarse el sol tras el alto fáro, de donde él vigilaba, más que á estos dos astros, al de su amor.....

.....

III

Medio dia habia pasado y al lado de su cara mital futura, caramelábanse ambos cual dos tortolillas, balanceándose en una misma flexible rama color esperanza, al suave rumor de dulces caricias que, empezando acaso por el pianísimo del vedado beso, (esto no lo dice la crónica, lo supone el cronista), acabó por estruendo de un cañonazo gordo con el cual los rubios hijos de Albion desde Punta de Carretas afinaban sus punterías á la ciudadela, montículo sobresaliendo en medio de las murallas.

Asustóse la novia y semi-desmayada cayó en brazos de su bien amado (que es de novias no equivocarse y caer siempre en airosa posicion) cuando éste, socorriéndola, trató de incorporarla y con enérgicas palabras intentó volverla en sí.

La casa de Magariños, cerca de la barranca, daba al puerto. Actualmente reedificada, es hoy la contígua á la esquina de Washington, pared por medio de la en que hace poco falleció su sobrino, el ilustrado diplomático Dr. Mateo Magariños Cervantes. Siendo de las casas más altas, bien pudo servír de punto en blanco para los buques de guerra ingleses, que tiraban á mansalva, sin temor de grandes cañones que les contestáran.

Un tanto sobrepuestos del primer sobresalto, y cuando los comensales levantándose abandonaban la mesa para resguardar en el zótano las damas, y divisar los hombres desde la azotea, lo que ocurría, el irritado novio propuso un brindis, tratando de reanimar á su bella prometida, diciendo al alzar la copa:

«Prometo arrebatar la primera bandera inglesa para que sirva de alfombra á vuestras plantas, en la ceremonia que pronto nos unirá».....

La medrosa joven, trémula y encendida, alzaba su copa inclinando la cabeza para agradecer tan marcial galantería, pero secreto no llegó á pronunciarse. Fuése con ella al otro mundo.

Segundo espantoso cañonazo hizo estremecer toda la casa, al mismo tiempo que la bala entraba por el balcon llevándose la hermosa cabeza de su bella enamorada.

Por un momento el cadáver quedó tieso, sentado, sin cabeza y con la copa en la mano.

Atónitos, aterrados unos bajo la mesa, escaleras abajo otros, todos refugiándose donde más seguro creían, el vacío se operó instantáneamente, siguiendo por algunos minutos sobre la animada mesa de aquel festin, el novio aterrado, loco, desesperado, frente á su novia sin cabeza y palpitante el tronco en su propio asiento..... quedó mudo, espantado, hasta caer inanimado en brazos de su muerta querida.

La escena de desolacion y espanto producida por aquella intempestiva bala venida á curiosear cuchicheos de amor, no era para ménos.

....

De estos muertos que no hablan, pero que andan y siguen sin tropiezo la huella empezada, nos recuerda el célebre correo del Alto-Perú endurecido por cruelísima nevada en la sierra, que le heló, camino del Tambo hacia Cochabamba. Llevábale tieso, caminito á la querencia su mansa mulita de paso, ya sin vida, por que la muerte súbita é improvisadamente sorprendiólo en la ultima jornada, y le conducia con el mismo cuidado que otras tantas veces por los senderos de la vida.

Tal ayer el cochero del Coronel Lagos, tropezando de improviso con la muerte en el camino de más vida y movimiento, principal arteria de esta ciudad, tieso como estátua, y en sus manos sin movimientos las riendas,—seguía la mansa yunta su acostumbrado camino. Y así hubiera seguido hasta su querencia si á vuelta del paseo, por la calle de todos los dias, el vijilante de faccion parándose frente á ellos señaló á los caballos otra direccion, pues iban contra mano, y entonces tropezando el muerto con el vivo, aquél cayó del pescante y éste echó á correr.. ... .

IV

Un año no trascurriera, y aquel teniente García, que como el tigre Pizarro, y Victor Fernandez—más tarde, mozo era de travesura, figurando en primera línea entre los brillantes calaveras de su época, y hasta entonces guitarrista y enamorado nada ti

morato en lances nocturnos, sin piedad para los muertos, ni compasion para las vivas pasándose en claro muchas noches toledanas en jaleo y zambra, de pronto tornádose había en misántropo, aislado ensimismado, viendo espectros ó mujeres andando sin cabeza, por todas partes, desde la corrida del cañonazo.

Por aquellos tiempos la depravacion de enclaustrados iba en crecendo, y más de una celda teatro fué de sangrientas escenas,

Ya años antes, la noche que las torres de San Francisco se vinieron abajo, mientras las beatas del barrio elevaban sus preces por los pobres padrecitos que apretaran los escombros, y los policiales, solo recojian entre éstos, destrozados fragmentos del gran órgano que al debilitar las paredes del frontis con las perforaciones de su instalacion debilitando tal base, derrumbado había las torres, admirábanse, no tanto del derrumbe, sino de que, buscando los frailes por claustros y celdas, ninguno se encontrára en la suya.

Desparramados por la vecindad en el momento de la catástrofe, sin duda rezaban el rosario con sus vecinas.

¡Inocentes costumbres patriarcales!

Años despues, el asesinato de un fraile de nota en el mismo Convento, se llevó con el silencio de la muerte secretos de alcoba.

Pero no era solo de los humildes seráficos el privilejio de nocturnos galanteos.

Cierta noche de aquel mismo año de los ingleses, el más hermoso Mercenario escalaba las tapias tras de su Convento cerca de la Virgencita que en la calle de Santa Lucía (hoy Cuyo) alumbraba moribunda luz del farolito colgado frente al nicho.

Daba la casualidad acertar á pasar al mismo tiempo el Mayor de Plaza Don Pascual Ibañez, haciendo la ronda.

Al momento de reconocer hábitos volando, comprendió de lo que se trataba, y viendo al fraile en apuros hizo dar vuelta la ronda (que no se interiorizara del escándalo), y poniendo el hombro junto á la derruida tapia, díjole: «Suba pronto, padre, antes que lo vean». El frailecito no se hizo repetir ofrecimiento tal, y mientras tartamudeaba la consabida escusa de haber olvidado la llave, saltó sobre el humano escabel dándole las gracias, con un puntapiés gritándole desde arriba: «Viejo chocho, no se meta á rondar manzanas, que para Vd. ya están verdes».

Irritado el grave Sr. de Ibañez, tanto por su sanguíneo temperamento, como por su edad y dignidad ofendida, volvióse iracundo á la portería del Convento, echando la puerta abajo á golpes con el aldabon y el pomo de su espada, retumbando y

repitiéndose en ecos prolongados como en el hueco de una tumba por los vastos cláustros.

Al fin, allá á las cansadas, abrieron, á la voz de ¡la autoridad! Vino el lego portero, asomó su paternidad luego, y cuando el Señor de Ibañez imponiendo al Guardian de lo ocurrido acompañábale á visitar celda por celda, ya todos los padres y novicios dormian como unos angelitos, colgados sobre el lecho sus albos trajes virginales.

Ni por asomos se encontró huella del escalador, amigo de la fruta vedada del cercado ageno.

Pero la espina quedó adentro, y el Mayor de Plaza que pretendía cuidar bien la suya, rondaba más que nunca la dichosa manzana.

V

Bajo el blanco hábito de los rollizos frailecitos encontrábanse los más redomados calaveras que no tuvieron cabida en colegios ni Conventos de la madre patria, siempre dispuesta á mandarnos regalos semejantes.

Esta relajacion de la disciplina que no empezó con la revolucion de la independencia, en que todas las clases quisieron seguir la misma, sino mucho antes, como se vé, dió márgen á la reforma religiosa proyectada por Rivadavia, no para atacar la religion sino para correjir los religiosos.

«Los frailes á su Convento, dijo, y donde no alcancen á la docena del fraile cierréseles las puertas que ellos abren clandestinamente en sus nocturnas trapisondas».

Los domínicos apenas contando cada fraile gordo por dos pudieron llegar al quorum. Los franciscanos hicieron recoleccion por todos los Recoletos, y hasta de San Lorenzo se pidieron frailes prestados, los mercenarios ni contando de á tres por uno, formaban diez y siete, y trancádoles el Convento tuvieron que irse dejando sus cláustros para las abandonadas huérfanas.

Por los tiempos que tradicionamos, costumbre era de hermandades y Conventos exponer los muertos en el pretíl, con objeto de que los transeuntes les rezáran dejándo alguna limosna de oraciones ó moneda, que parece hasta en el otro mundo circula.

Media noche era por filo cuando el señor de Ibañez, seguia con su ayudante *Gonzalez*, saliendo del barrio de las Magdalenas, no porque las frecuentáran, sinó que por ellas y entre ellas frecuentes eran las riñas y tirones de mecha en noches de zambra y bochinche, lo que era equivalente á todas.

Triste, cabizbajo y pensativo seguía los pasos de su jefe, recordando que tal dia como ese quedó su novia sin cabeza, viniéndose abajo el mundo de ilusiones y castillos en el aire que á su lado levantaba.

Fuera algo de supersticion que siempre intervienen un poco más los muertos, de noche, en cosas de los vivos, ó por verdadera piedad, que en los más llega solo á sus postrimerías, el Comandante Ibañez, seguido siempre de su ayudante, al dar vuelta rondando la Merced, entró al pretíl, se descubrió y avanzando, arrojó un doblon en el cepillo de las ánimas.

Cerca de la puerta principal, estaba un ataud sobre paño negro, entre cuatro velas que el viento había apagado, pequeña mesa con un crucifijo, la bandejita de la limosna al pie, y un bulto cubierto con un paño negro al lado.

El Ayudante que, si no temía á los vivos, desde la escena terrible, en que una bala llevára la cabeza de su novia, temía más á los muertos, se retrazaba á retaguardia de su jefe.

Cuál sería su asombro viendo que todo fué sonar la moneda de plata é incorporarse de pronto el muerto dentro su estrecha caja, diciendo con plañidera voz cabernosa: ¡Dios se lo pague, hermanito! volviendo á quedar tieso rígido y pálido en su ataud.

El susto fué mayúsculo, y tal, que el viejo Mayor no paró hasta la mayoría, donde en la guardia del presidio el centinela le disparó un tiro, por no detenerse al ¡alto ahí, quién vá! Recien el silvido agudo de la bala pudo hacerle volver, borrando el eco de ultratumba.

El ayudante no volvió, que allí mismo cayó redondo, para no levantarse más.

Había perdido el juicio, y á las pocas horas, la vida. La conmocion fué terrible, ensimismado y cavilando con su novia sin cabeza, tenaz recuerdo que le seguía como la sombra al cuerpo, un muerto galante levantándose de su féretro para dar las gracias, acabó de trastornarle, y en su estado débil y febriciente perdió la chaveta, y tras ella la vida.

VI

No solo por la descomposicion orgánica, envenenando el aire, los muertos matan á los vivos.

Pero ¿cómo se había operado el milagro de la resurreccion de la carne? Sería que el muerto no estaba bien muerto, al que el frío de la noche habría hecho volver de su letargo ó semi-muerto?

Nada de eso. Era simplemente la venganza de un Cura, y en la Merced que todos los Párrocos son tan mansos de espíritu.

El galante mercenarito aquel salta conventós, habíase propuesto espantar la ronda, pues para rondar se bastaba.

Observando que todas las noches pasaba el Mayor, como acto de humildad, por penitencia quiso sustituir en la vela al lego de la portería.

Aun no era media noche. La alta torre hacía más sombrío el cancel, pues la luna en menguante reflejaba á medias sobre la media naranja.

Sentir los pasos de la ronda y rumor de espadas sobre el pavimento, y realizar de un golpe rápido su improvisado plan, fué para el fraile Ramon, obra de un segundo. Separó al muerto, cuya limosna vigilaba no la soliviáran ánimas en pena, y metiéndose dentro el ataud se cubrió con la mortaja.

Al ruido de la moneda sobre el platillo, incorporóse de pronto y con un ¡Dios se lo pague, hermano! volvió á caer, poniendo en pavorosa fuga al donante.

Cuando pasado el susto contaba su tenebrosa aventura en el cuerpo de guardia, contestában á Ibañez, que, sin duda el sacristan con más frío que el muerto habría cambiado de puesto; pero alelado en la agitacion que le enagenára no acertaba á esplicacion natural, pues solo su ayudante le ganó en susto, y á tal punto que cayó redondo allí mismo.

La demasiada cortesía del muerto galante, había producido el vacío á su alrededor.

No era más que una broma de Convento, venganza de Cura, poca cosa, que dejó muerto á un hombre, y á otro poco menos.

A fuerza de tanto limpiarlos y sacudirlos, los sacristanes toman demasiada confianza con los Santos y Vírgenes, que les están encomendadas.

Así, los frailes de la buena muerte, tan acostumbrados están á verla de cerca, ayudando cada dia á bien morir, que la hospedan con demasiada confianza y la tratan así como de casa, hasta oeupar su lugar en bromas de carnaval.

EL ABRAZO DE LA MUERTE

(Noche aciaga)

Al Señor F. Gomez

I

Lúgubre y sombría fué aquella noche aciaga del 2 de Febrero de 1807, dentro los muros de la ciudad de San Felipe y Santiago.

Parece que los buenos apóstoles, su patrones, hubieran olvidado esta bella hija del Plata, hermosa aun en su dolor, y heróica en su desesperacion.

Densa oscuridad envolvía todos sus alrededores, haciéndolos más pavorosos el relámpago fugitivo y el trueno lejano.

Al ruido del cañon, al fragor de la lucha por tantos días recomenzada hasta el pie de las murallas, había sucedido el silencio solemne que precede á la catástrofe.

El humo del cañoneo de la tarde, condensado sobre la ciudadela, confundíase con torvas nubes que anunciaban próxima tormenta.

Despues de la tempestad humana. la tempestad de la naturaleza.

Como larvas moviéndose entre sombras ó agigantadas fantasmas de la muerte, alertas centinelas paseábanse sobre los baluartes.

Escuchas, vigías, patrullas y rondines, en los más altos mira-

dores, bajo los fosos, en los merlones y bastiones avanzados, en todas partes la vigilancia se redoblaba durante las primeras horas, pero la lucha de aquel dia hubo sido más incesante y con mayor ardor que la víspera. Fatigada la guarnicion por los azares de tan larga jornada, pasada media noche sin novedad, empezó aquella á debilitarse.

Burlando con astucia infinita á los ingleses sitiadores el Sub-Prefecto D. Pedro de Arce, logró el dia antes penetrar dentro la plaza, con quinientos auxiliares mandados de Buenos Aires. Fueron éstos á reforzar en la brecha al batallon de infantería mandado con anterioridad, de esta ciudad.

Temiendo que tal estratagema se repitiera, ya para estrechar el sitio ó determinar el asalto, esa misma tarde el Brigadier Achmuty mandó un parlamento exijiendo la rendicion de la plaza, el mismo que el Gobernador de ella, Ruiz Huidobro, devolvió sin contestar.

Desde aquel momento los artilleros, firmes al pie de sus cañones, permanecieron con las mechas encendidas.

Ya habían transcurrido más de quince dias desde el desembarco de los invasores en Punta de Carretas, y el sitio se estrechaba cada dia más por las diversas baterías de circunvalacion levantadas hasta seiscientas yardas de sus muros.

Hacia las dos de la mañana, pasada toda la noche en observacion, despues de repetidos combates, los soldados debilitados por el hambre y el sueño, cayeron rendidos.

Resistiendo á tan tenaz asalto aquella ciudad dormida, frente á los cañones enemigos descansaba de las fatigas de un dia penoso, en la intermitencia de un sueño agitado.

Pero, el que tiene enemigos no duerme.....

.....

II

En el silencio de la noche, el centinela más avanzado del cubo del sur, observó, ó creyó divisar, tenue sombra que se arrastraba á flor de tierra, vacilante, apercibible apenas, como desvanecida entre brumas ó burogeando á tientas.

Dentro de la ciudad, prohibíase, bajo pena de muerte, tener la menor luz, que servir pudiera de guía. Afuera, en el campo enemigo observábase la misma órden.

Sombra larva ó fantasma, aquella seguía sorda y misteriosamente avanzando, como si el viento la arrojára en jirones, ya hacia el mar, ó al campo desierto y tenebroso en esas horas.....

El menor ruido la precedía, ninguna vislumbre le denunciaba, el mínimo rumor la seguía,

De repente paró el centinela. Otra vez fantasma implacable como tenáz perseguidor, reapareció á más corta distancia. Creyó oír sordo rumor de pasos avanzando, se paró, montó el fusil, pero nada, el vacío la inmensidad, sombra y silencio por todas partes.

Se detuvo un rato. Luego ensimismado en tan persistente vision volvió á sus idas y venidas continuando sus paseos, pero el receloso granadero no las tenía todas consigo. Valiente y supersticioso como la madre patria que allí defendía: «Será el alma en pena de mi compadre, muerto esta mañana que viene á recordarme la misa ofrecida, se dijo el soldado, y se persignó encomendándolo á la vírgen del Cármen. Los pasos del vigía eran amortiguados por el cesped humedecido de la muralla.

La ultima ronda acababa de pasar parte sin novedad.

. . . . . .

Burojeando entre tinieblas los ingleses tanteaban la brecha cuya direccion erraran, cuando sentidos por los centinelas se retiraron volviendo en seguida.

Despues de recibir los primeros tiros del fuego de fusilería el Capitan Remy, del Regimiento 40, descubrió la boca mal tapada con cueros, y saltó el primero, cayendo muerto, atravesado por el Capitan de Granaderos Don Lázaro Gomez.

Tras él, salvó la brecha el no menos bravo, Mayor Fucker, del 38, y volteando á Gomez de un balazo, pasaron en pós de su Jefe sus Rifleros.

El Capitan de la primera compañía del Fijo, D. José Ignacio Gomez, alcanzó á detener en la punta de su espada, al matador de su hermano cayendo éste allí, y aquél á su vez, fué muerto á pocos pasos por el Comandante Brownigg, quien para animar á los suyos con su ejemplo, tomó la delantera.

Todavía un tercer Capitan Gomez (Don Santiago, se avanzó á cubrir el puesto, del que la muerte apartara á sus hermanos, arrojándose resuelto á interceptar el avance de Brownigg. Espertos tiradores estos dos, un duelo singular se prolongó por algunos minutos dentro el combate general, entre las sombras, cubiertos de sangre, hasta que cayó sin vida á su pies el británico, desplomándose luego sobre el enemigo vencido Don Santiago, desangrando por diez y ocho heridas. La brecha que los cañones ingleses abrieran por la tarde, ligeramente mal tapada con los cueros de García Zúñiga, fué luego de asaltada, nuevamente obstruida por el grupo heróico de estos tres hermanos.

La refriega empezaba con todo encarnizamiento á arma blanca. La voz de ¡A las armas! resonaba demasiado tarde, confundiéndose con mil otros ecos. Los centinelas descargaron sus fusiles, y cargándolos de nuevo incorporáronse á la guardia.

III

Gritos, maldiciones enérgicas interjecciones que alientan, lamentos desfallecientes de los que caen, voces de mando que ninguno obedece, ayes, tiros, sablazos, puñaladas, acentos de socorro que nadie oye, todo era confusion y espanto, corriendo por todas partes fugitivos y asaltantes.

Bien hubieran deseado éstos seguir la invasion á arma blanca, para que el ruido no llamara sobre aquel único punto la atencion de todas las fuerzas; pero, una vez sentidos, el cañon de veinte y cuatro, que dominaba el reducto central de la ciudadela, retumbó espantoso, ensordeciendo el creciente rumor de la lucha.

Tarde resonaba señal de alarma, pero las sombras se poblaron de sonidos instantáneamente, tambores, cornetas, tiros y cañonazos producian ruido espantoso estremeciendo la ciudad.

Las tropas invasoras habian penetrado entre la primera y segunda línea de defensa, y á poco andar apercibiéronse los artilleros que aquellas largas piezas eran inútiles. El manejo de los cañones entre calles estrechas y sombrías se hacía imposible. Envueltos en tropeles confundidos, soldados de uno y otro ejército, producia su metralla estragos para ambas filas.

Aquello era una lucha á muerte. Un duelo entre tinieblas. Las sombras de la noche anticipando y confundiéndose con las de la muerte.

En pocos minutos la ciudad entera hallóse convertida en el campo de batalla más encarnizado.

Tras cada esquina, en los huecos, en las plazuelas, de cada zotea, de cada balcon, un fusil se disparaba sobre los asaltantes.

Fuego contínuo y vivísimo se propagaba sin interrupcion por las fusilería de todas las trincheras convergentes al punto asaltado.

Pero ¡ay! todos fueron pasados á cuchillo, y así recuerda el acta que Ortega-Berro y García Zúñiga levantaron en nombre del Cabildo y Justicia, que forzada la brecha del Sur, atacaron por el mismo paraje distribuyendo tropas por los flancos, soldados de marina y marineros entre el Cubo y Batería de San

Juan, subieron por ésta y matando los artilleros, fueron tomando las baterías que seguian hasta la de San José, clavando algunos cañones; y por el otro lado de la brecha continuaron en pelotones sin órden á tomar la plaza, los altos de la iglesia y el Parque de Artillería.

El batallon de milicias pasó de la Plaza de San Francisco, donde acampaba, á la de la ciudadela, en cuyo reducto fué tomado prisionero el Gobernador Huidobro.

Sir Manuel Auchmuty, jefe inmediato del asalto, refiere lo mismo en su parte.

De todos los cañones cuyas punterías enfilaban al sur, como los de la mosquetería, por murallas y alturas convenientemente apostada, eran detenidos con el más nutrido fuego.

Forzada la estacada, los soldados se dirijieron al interior de la ciudad, recibidos por el fuego del cañon resguardado en batería en cada una de las principales boca-calles.

A bayoneta lleváronse por delante todo obstáculo las numerosas tropas inglesas, derribando barricadas y clavando cañones, mientras el Regimiento 40 con su Coronel Brown, dirijíase al centro. Por el opuesto extremo el Regimiento 87, no pudiendo forzar la puerta norte, escala las murallas y entra al asalto.....

A la mañana siguiente, entre las señoras que llenas de afliccion examinaban muertos y heridos en busca de sus deudos, doña Francisca Peña de Elorga, buscando su esposo, teniente de artillería, y que años despues falleció en esta ciudad. Comandante de la pólvora de Cueli, se encontró con este doloroso cuadro.

Los tres capitanes Gomez arrastrándose entre sombras, reconociéndose por el eco de palabras desfallecientes habían formado el grupo heróico del abrazo de la muerte.

Ligados en la vida y en la muerte, fueron hermanos unidos, y juntos subieron á la gloria en un mismo abrazo.

.....

IV

Era el Capitan D. Lázaro Gomez y Rospigliosi, al comando de la Compañía de Granaderos del Batallon Fijo de infantería, á la sazon en la ciudad de Montevideo, si no el más grande hombre, indisputablemente el hombre más grande de la plaza.

Goliat, Sanson, gigante, giganton, designábanle sus camaradas, pues que sobrepasaba en cuatro dedos la elevada talla

de Miñon y medio, el más alto tambor mayor de la guarnicion.

Llevaba la erguida frente bien en alto, pues su conducta sin tacha y ciertos humillos un tantico vanidosos, recordarle solian que sangre azul corria por sus venas, aunque la sangre de sus venas corriera toda entera en defensa de la Pátria.

Su padre, (tambien militar como su abuelo), huérfano dejárale en bien tierna edad, y muriendo de la misma muerte á él reservada, desde los diez años cargó el microscópico espadin de cadete real que para él enviara el Rey á su viuda madre, como hijo de un valiente militar, en heróica accion de guerra sacrificado, del mismo modo que despues de sus dias, sus pequeños hijos vistieron igualmente el real uniforme.

Tenía veinte años, cuando en el de los tres sietes, tocando de arribada en Montevideo la gran Escuadra de Zeballos para ocupar definitivamente la Colonia, (espulsando para siempre á los portugueses), se le presentó recien la ocasion de ser soldado de verdad, no de parada, como de costumbre en la pacífica Colonia.

En 1785 nos lo presenta el Dean Funes, (en su historia), salvando una expedicion en el desierto, y rescatando entre otros prisioneros de los pampas, al Sr. D. Leon Ortiz de Rosas.

Diez años más tarde, aparece de Comandante de la Ensenada de Barragan, hasta que fué Liniers á recibirse de aquel puerto, el mismo Jefe, que otros diez años despues le distinguiera, ordenándole el 11 de Agosto de 1806 diese la primera carga con sus granaderos para posesionarse del Retiro.

De allí vuelve á reunirse con sus otros dos hermanos en el Fijo de Montevideo para caer los tres unidos en el abrazo fatal de la muerte, sobre la brecha del asalto, la aciaga mañana del 3 de Febrero 1807.

Aun vivía uno de estos. El más herido todavía respiraba. A pesar de desangrar por muchas heridas, D. Santiago el menor de los Gomez daba señales de vida.

Medio moviéndose sobre yertos restos de sus hermanos, intentó incorporarse al oír como entre sueños, eco de mujer que le llamaba sollozando.

Gomez, ilustre abuelo del inteligente ingeniero D. Fortunato Gomez había dejado su familia en el Paraguay al pasar de la Asuncion para la defensa de Buenos Aires, y el resto de los suyos yacía allí, victimas como él, en aquella noche terrible.

Pero al salir de un tan prolongado letargo, á la muerte parecido, oía el acento de voz amiga que le llamaba á la vida.

.....

.....

V

Plaza de Montevido, Febrero 5 de 1807.

Señora Francisca O. de Gomez.

Buena amiga:

Sabrás como al fin, despues de tan larga defensa, entraron los ingleses en esta plaza en la madrugada del mártes tres. Esa misma tarde llegaron los refuerzos que de allí nos mandaban de vanguardia, y la noticia de que el mismo Liniers venía ya en marcha de la Colonia con mayores fuerzas.

Pero el cansancio de tan prolongada lucha, tal vez la alegría del resfuerzo recibido, la confianza de unos, el descuido de otros, que sé yó, ello es que nuestros dos mil valientes fueron sorprendidos por triple fuerza y los ingleses asaltaron penetrando por la brecha.

Te escribo con el alma desgarrada. En ella estaba mi Pepe, tu buen Lázaro y sus hermanos. Con qué palabras te prepararé! El mio apenas sacó un rasguño, D. Santiago, diez y ocho heridas, D. Ignacio fué muerto, y tu Lázaro ¡ay! cómo ocultarlo! tambien está en el seno de la gloria.

Resignacion cristiana!

Ya te lo he encómendado al buen Dios, que te dé conformidad para llevar el peso de la cruz de los dolores. Y hubiera dilatado darte tan infausta nueva, si especial encargo de Gomez no me obligára.

Mi marido herido y prisionero, todavía no sé qué suerte le espera. Anda una voz, que lo van á llevar á Inglaterra.

Qué terrible espectáculo se me presentó á la mañana siguiente de la toma de esta plaza, cuando buscando entre muertos y heridos á mi Pepe, tropiezo con ese grupo de tres hermanos abrazados, hechos pedazos, sobre el que todavía uno respiraba.

Trasportamos á D. Santiago, á la casa más inmediata, haciéndosele la primera cura.

Está que dá miedo. De la cabeza á los piés, no hay pedacito en que no se encuentre una herida. Apesar de ser el más herido, es el único de los tres capitanes Gomez que no ha sucumbido. Todos los oficiales del Fijo, y la mayor parte de su tropa se hallan muertos ó heridos.

Aunque poco puede hablar sin agitacion, por la mucha sangre perdida y la fiebre que le aqueja, anoche me llamó y me dijo: «Vd. ha de ver á Panchita, la desgraciada esposa de mi pobre Lázaro, dígale que yo voy á morir, y como la muerte me impedirá cumplir el ultimo encargue de mi hermano, se lo trasmito por su intermedio. Lázaro, aunque herido el primero, fué el ultimo que murió. Tal vez si lo asisten hubiera salvado; pero Vd. vé que la situacion de nosotros no era mejor. Apenas nos pudimos reconocer, y arrastrándonos entre sombras en las ansias de la muerte, nos aproximamos. Muero satisfecho, dijo por haber cumplido como bueno mi mision! Sólo siento á Panchita y á mis tres hijos. El Rey, en cuya defensa sucumbimos protejerá su horfandad. Si más feliz que yo, llegas á verla, díle que mi ultimo pensamiento ha sido para ella. Que me encomiende á Dios, eduque mis hijitos en la religion cristiana para que vivan tan unidos como nosotros. Probablemente, como ves, mi estado no es para cumplir tales encargos. Díle que mi hermano ha muerto pensando en ella y recomendando la union de sus hijos».

Ayer hemos enterrado á los dos en una misma fosa. Yo y otros amigos asistimos á D. Santiago, quien sigue haciéndonos encargues para su familia en el Paraguay, que crée no verá más.

A mí no me parece tan grave, apesar de la mucha sangre perdida.

A vos, querida amiga, qué te diré para tu consuelo? Si no lo encuentras en nuestra santa religion, qué palabras pueden distraerte? Eres mujer de fé. Tienes una santa mision de madre, que cumplir para esos tres pequeñuelos. Qué serían sin madre! Cuídate por ellos.

Pronto creo estar de regreso allí, y de más cerca te acompañaré en tus penas.

Adios, amiga mía. Resígnate. Pronto vá tu amiga á consolarte.»

Francisca P. de Elorga.

Posdata:

A ultima hora corre la voz de que todos los prisioneros serán enviados á Inglaterra. Qué desgracia!

Pude hablar con Huidobro, me dice que todo lo que ha conseguido es que Pepe sea embarcado en el mismo buque con Gomez, Vedia, Rondeau, Tejedor y Balcarce.

Todavía espero ablandar al inglés para que deje el mio . . .

. . . . . .

Tal concluía la carta de la señora de Elorga, al dar la triste nueva á su amiga y tocaya, segun se le encargaba, de cómo acabaron dos de los tres hermanos Gomez, unidos en el eterno abrazo de la muerte, la noche aciaga de Montevideo.

ROQUE DON

(Tradicion del año 1809.)

Al Poeta argentino Don Luis Dominguez.

El buen cochero ño Roque
Compró mil pesos de *Don*.
. . . . . .
. . . . . .
Ni por esas fué, Don Roque
Y quedó, *ño Roque Don*.

I

Verso más, verso menos y saltando los que por verdes se omiten, tal era uno de los cantarcillos populares en las postrimerías del coloniaje y comenzamiento de este siglo de versos y cañonazos, repetido en todos los aires callejeros con acompañamiento de pitos y morisquetas, por la populachería. Coro de pilluelos sin fin, le acompañaba como la mala yerba, con sinfonía infernal de tachos y calderas, así en la alameda como por calles, plazas y paseos, cuando por ella pasaba Roque, el calesero más apuesto que condujo vípedos y cuadrúpedos en esta no coronada villa, de más humos que usina.

Bien que obtenido el *don*, no subió más al pescante, quedando patron de empresa de los primeros carruajes públicos, por amor

al oficio, calesero nació y calesero había de morir, al menos no le apeaba el título el público burlon.

¿Pero, fué ó nó de humos antes de las fábricas que la rodean, esta aristocrática ciudad?

De investigar esto trátase, más que de dar á conocer el ultimo representante de su sacra-real majestad, ó aclarar si era cierto ó no le birlaron un ojo en Trafalgar, ó en alguna otra trastienda.

Tengo para mi capota que fué pobre cosa este confiado Virey, y que la desgracia seguía sus pasos desde el otro mundo. Perdió «la Santísima Trinidad», el más grande navío de la España, al salir de allí, como aquí en esta ciudad del mismo nombre, el mejor floron de su corona.

Poco antes, viendo que en este gran Rio de la Plata, á pesar de su nombre, no había ni una blanca, ni mina era de nada, ni siquiera de pergaminos, tentar quiso los humillos de vanidad que pudieran estar adormecidos, ó inexplotados en el fondo de estos sencillos y honradotes vecinos, quienes tan improvisada mente habian así aprendido á echarse fuera de casa los ingleses, que no supieron conquistarnos, como los representantes de un Rey que menos supieron defendernos.

Sugirió, pues, la idea á la Córte, de que á consecuencia de as guerras del año seis y siete, quedaban las reales cajas tan alambicadas y llenas de grietas, como de costurones sus guardianes, y mandarse podía como por via de ensayo pequeña partidilla de pergaminos, así como de Condes Marqueses, y señorías.

Nada de esto se hallaba en plaza, y acaso estaba sin explorar veta semejante, vírgen en el ánimo de los flamantes vencedores.

¿Hubo ó no hubo aspiracion á nobleza ó linajuda ejecutoria, en los que la tenían límpia en su sangre y en sus hechos?

. . . . . .

II

No há mucho vino á esta tierra de Dios, representando á España, un diplomático Ruano, no de pelo, sinó de apellido, quien si no era hombre de pelo en pecho, no tenía pelos en la lengua, y por ella sin duda vivía á salto de mata. Así fué andando y rodando de Bruxelas á Méjico, de Méjico á la Plata, y de ésta á la raya divisoria entre Francia y España, como quien dice entre San Juan y Mendoza, que vieja costumbre es de esta ultima tener todas sus cosas indecisas, indefi-

nidas, sin límites fijos, para lo que deja un Ministro de aguas, ó de fronteras, con la precisa instruccion de que, cuando su colega, el de la vecina, avise estar Francia pronta para tratar la cuestion, España no lo esté, y á su turno, cuando ésta comunique tener ya todos los antecedentes para el comenzamiento del fin, en la indefinida cuestion de límites, sin ellos, por los Pirineos, la otra no los haya estudiado bastante.

Acaso aquellas canongías diplomáticas hánlas inventado como recurso donde mandar diplomáticos cesantes, ó sin destino, lo que sucede no solo allí.

Ese buen señor, entre los mil cuentos y sucedidos salpicados de sal andaluza por el narrador, criticaba con desenfado poco diplomático, que solo éramos republicanos de dientes afuera, pero in pectore, aristócratas puros. Si á cada argentino, agregaba, se raspa un poquito la epidermis superficial, descúbrese el godo linajudo de cuatrocientos abuelos, más hidalgo que el Manchego.

Como apoyo ó confirmacion refería ser en más de una casa interrogado, sobre poco más ó menos y en esta forma, pasados los saludos de presentacion.

—Viene Vd. de España, nó! Es Vd. español?

—Sí, señor, no podría ser su representante aquí, en la tierra, sin pertenecer á ella

—Efectivamente, todos procedemos de ella. Pero, por ejemplo, tengo en mi estancia muchos ruanos que ninguno ha venido de España. Mire Vd. yo tambien soy oriundo de aquellos pagos, es decir, mis abuelos, y aquí para entre nos, hablando en confianza (la primera vez que hablaban), por ahí andan papeles viejos, que algun parentesco prueban con nobles casas de allá. Por supuesto que nosotros no hacemos caso de eso, quien va á reparar en anticuayas, en esta, la mejor de las Repúblicas.

En otras, le abordaban desde el primer diálogo:

—Si Vd. ha estado en España tiene que conocer á D. Olímpides de los Castillos.

—No, señor, no conozco á nadie.

—Nó! Cómo es posible? Haga memoria. Un tio curro, alto, largo, escuálido, angosto, con dos chuletas en la cara. Es extraño, muy conocido en toda Castilla, como que nació nuestra abuela cabe el árbol de Guernica, extendiéndose sus ramas por todas las provincias vascongadas, y despues desde Coruña á Valladolid, y en cada soto había un Castillo, y tan numerosos eran nuestros ascendientes, hasta el padre Adan, que

llamáronle Castilla á la tierra esa por ser donde más Castillos teníamos.

Y en otra, admirados quedaban de que no conociera á un don Polífemo de la vuelta de Toledo.

—Mire Vd., no es por nada, porque nosotros ni caso hacemos y somos muy despreocupados; pero, cuando se vuelva á su país le hemos de dar unos papeles que aunque carcomidos por la polilla, las ratas rastros dejan bastantes para investigar, y á vuelta de correo, puede enviarnos nuestra ejecutoría, escudo y blason, pues aquí donde Vd. nos vé, abuelos tuvimos hijosdalgos en Sevilla, mayorazgo en Leon, y nobles en todas partes.

. . . . . .

III

Y asi iba el chistoso diplomático, tropezando con Olivares, descendientes por línea recta del Conde Duque de Olivares, Medinas, visnietos de Medina Celi; y apenas hallaba un zapatero Frias que no proviniera del Duque de Frias, pulpero Vivar—de Don Rodrigo, y vendedor de huesos, que no fuera Osuna. Cierto ño Fernan, alarife de ribera, salió primo de Fernan Nuñez, un Gama, de Vasco, y otro Cabeza, de Vaca.

Y agregaba el chusco andaluz, que no solo le asombraba la letanía de títulos en tablíllas y tarjetas, sino que libre no estaba de cruzar boca-calle sin escuchar de muchas bocas y al vuelo, saludos como estos:

—Adios, doctor, y daban vuelta dos docenas de transeuntes, pues que en esta tierra creen serlo todos, á más de los mil de la matrícula.

—Saludo á Vd., Jeneral.

—Beso á Vd. la mano, señor Ministro.

—Adios mi Presidente (aunque lo sea de un candombe).

—Salud, mi Secretario. Tome Vd. la acera, señor Almirante.

—Vd. la lleva, señor Canónigo, ...Observando que aquí la gente es tan cumplida que hasta para entrar en casa no suprimian el título, habiendo oido:

—¿Cómo está, señor Portero? ¿Me han traido cartas? ¿Está sola la señora?

Más de una vez propusimos convencer á Perez Ruano, como, desde que nos desprendimos de España, arrojamos todas esas vanas libreas, títulos y quincallerías; que cuando

el año de Judas (1813), abolióse toda anticualla, escudos y blasones no fueron á la hoguera, porque no se encontraron, que poco dados éramos á tales vanidades.

—Puede ser, respondía, raspáron de frontis y puertas los símbolos nobiliarios, pero no llegaron á borrarlos del interior.

«Así mismo, San Martin, Belgrano, Rivadavia, sindicados están de que si no coronaron alguno, fué por no encontrar cabeza que viniera bien á corona de nuevo cuño. Habría republicanos en la emancipacion, pero lo que es sus descendientes, descendieron, degeneraron, y tienen más humos que locomotora desbocada. .....Sobre todo, las señoras de la alta y antigua socidad porteña, aristócratas puras, de la peineta al tacon. En sus gustos, en sus ideas, é inclinaciones, pretenden ser nobles hasta la punta del pie.»

. . . . . .

En balde citábamos autores, y hasta en las páginas del más concienzudo de nuestros historiadores, le hacíamos leer en Dominguez: «Me propongo demostrar, como se vé bien en el curso de esta historia, que la verdadera nobleza de que puede y debe jactarse la democracia argentina, consiste en que ni entonces ni jamás penetró en este suelo la vanidad humana condecorada con títulos y blasones de nobleza, y que en esta tierra, desde el principio de su conquista pareció ser destinada por Dios, para morada de un pueblo republicano, fundada sobre la base de la igualdad de los hombres, procedentes todos de un mismo tronco».

Pero, ni por esas, siempre en sus trece. El diplomático no se apeaba de su ruano, y montar solía el picaso alguna vez, agregando si mucho lo apuraban: «Puede ser entonces, que cuando estos países estaban bajo la monarquía, hubiera más espíritu democrático, y como los tiempos cambian, ahora en los de la República hay más humos aristocráticos. Sin ser un milagro, habráse operado aquel de la conversion entre el cristiano y el protestante, declarándose éste convertido ante la propaganda y buenos principios de aquel, la víspera en que el cristiano viejo confesaba haberle convencido su propinante.

Fué entonces que para sacarlo de dudas pusimos punto final á la controversia, resumiendo el apéndice en este cuento.

IV

Más de una vez en las penurias del tesoro de España, lo que con asaz frecuencia sucedía, mandábase cargamento de títulos

y pergaminos, tan codiciados en Méjico como en el Perú, pero del Plata volvía la partida íntegra, sin encontrar postor.

Algunos nobles arribaron, pero eran nobles de arribada, y Virey alguno trajo título que pérdió en el camino. Así se recuerda al Conde de poblaciones, quien dejó aquí semilla, pero qué semilla! en su viznietito el lindo Juan, que despobló de lo lindo, rozó y arrasó cuanto pudo, Juan Manuel de Rosas. Un Marqués de la Plata, sin plata, y otro Marqués de la Ensenada, quedando solo con las dos ultimas sílabas de su nombre.

Entre los Vireyes, el Marqués de Loreto, de Avilés, del Pino de Sobremonte, quien disparó y andaba á monte, no sobre él, divisando la victoria de los vasallos, sino escondido tras su mayor espesura.

Si algunas antíguas familias en el Vireynato como las de Basavilbaso, Gomez, Sotomayor, tuvieron que promover juicio para justificar noble abolengo y blanca ejecutoria, obligadas fueron por el auto de Zavala fundador de Montevideo, reviviendo el ya desusado, que exijía comprobada limpieza de sangre para ascender en ciertas carreras, tan reducidas para los hijos de la tierra.

La única escepcion, verdaderamente, y esa, más bien era un adorno de la victoria, que aspiracion nobiliaría, fué la del Conde de Buenos Aires, ó de la Reconquista, adquirida con la punta de su espada, por el más audaz de los franceses de la Colonia.

Prueba al canto de nuestro acerto, presentábamos al señor Ruano, en que del ultimo lote de nobleza consignado á esta plaza despues de la conquista y reconquista, que dejó más despavilados á los pobres aldeanos, entre una docena de títulos de Condes, Marqueses y Señoríos apenas hubo postor á un *don*, en cierto cochero, quien tuvo plata y candidez bastante para comprar título que jamás alcanzara, pues nadie le llamó D. Roque, sino *Roque don*.

V

Era Roque García, cochero de más campanillas que mula cuyana.

Demasiado claro para ser mulato, y un poquito de color sospechoso, para pasar por blanco, sin contradiccion, sombreaba su medio tinte de café con leche, ensortijado pelo negro. Alto, grueso, bonachon y complaciente; pero activo y palangana como ninguno.

Hombre de ingénio natural, sin cultivo, tenía más trastienda y salamerías, que así se atraía marchantes con buenas palabras y corteses modales.

Sabedor de muchos secretos de ellas, y trapisondas de ellos, llegó á ser el *don preciso* de damas y caballeros. Solocon los muchachos no tuvo paz. Cuando desde su alto asiento hacía crujir el latigo á su *mariscala* y la *generala*, dos mulas blancas con más cascabeles que diligencia manchega, nadie se le cruzaba en el camino, porque sus cuadrúpedos tenían la impetuosidad y el arrranque del Roque que les dirijía.

En corralon frente á la Crucecita de San Juan tuvo su ultimo coche, pero desde 1809, para cortos paseos al barrio de los tambores á la plaza de toros, como para las meriendas del Virey, ó cacerías de patos á cañonazos, sobre la playa, y punta de los Olivos, no hubo más diestro y servicial cochero antes de ser *don*.

Empezó por dirijir carri-coches, galeras ó diligencia, en sopandas suspendidas, á la que por altísimo estribo ascendían, cuantos en su ámplia concavidad bien arrimados en diversas estivas arrellenábanse: Señor padre, su merced, los niños, el Capellan, las mulatillas, la ama con cría, la negrita del coscorron, y toda la numerosísima familia de acaudalado estanciero.

Allá vá repleta de gente y animales, desempedrando la única calle del empedrado, retumbando cual tren de artillería pesada, saltando y haciendo resonar los vidrios de las bajas casas de tejas coloradas.

Por aquellos tiempos cada casa principal tenía su galera, para las jiras campestres ó viajes á la chacra.

No existían volantas de plaza, de que tanto abusan sus cocheros, y fué la de Roque la que dió oríjen á las volantas de alquiler.

Empezó por manejar él la primera, despues llegó á ser dueño de dos ó tres más.

Se había distinguido en la defensa de la ciudad como oficial en uno de los tercios, y ya dueño de algunas peluconas, quería sobresalir, no solo desde su alto pescante, sinó sobre la morralla del barrio.

Entonces le tentó el diablo de la vanidad, y noble quedó, de flamante cuño por sus pesos.

VI

Desde el momento que compró título perdió su nombre. Nadie llegó á llamarle D. Roque, sinó *Roque don*.

Ya no era cochero, ni subía jamás al pescante, patron de dos ó tres coches, pero siempre se oía este recado á la negrita del chisme: «Anda vé y dile á *Roque Don*, mande la calesa de mejores mulas para despues de la siesta.»

La musa callejera agregó su nota burlona á la sátira continua de quien nunca consiguió llamarse D. Roque.

Así denominó el pueblo al calesero de más campanillas, progenitor de los coches de plaza, sin que aquel honrado industrial tuviera la satisfaccion de oirse llamar siquiera una vez, *Don Roque*.

Bendita la era de igualdad republicana en que todos son dones y señores, aunque no lo parezcan, y en la que hasta mi cotorrita es Doña Pascana.

Y si por acaso aun no se convenciere el lector de lo infundado de la crítica del Ruano, que montó el picaso, y se sulfuró más de una vez entre sus bromas verdi-saladas, confirmando lo de que no hay peor nécio que quien de todos se burla, pondremos fin á este cuento con sabroso párrafo de criolla literatura, pues el poeta de las tradiciones no sabe mentir.

«Solo los bonaerenses tuvieron el buen sentido de no gastar plata en boberías, pues si hay constancia de que en esos pueblos se vendiera, y mucho la Bula de la Santa Cruzada, no la hay de que tuvieran demanda de títulos nobiliarios. En Buenos Aires nadie quiso ser título, ni regalado. Ahí los hombres estaban conformes con descender de Adan por línea recta, y de Noé por línea curva»..... ....

Con escritores propios y extraños y la misma historia, queda así con autor de fama, contradicha la de vanidosos con que pretendió tildarnos el ultimo representante de España, y confirmada por la tradicion, cómo en esta tierra donde hoy todos son dones, era el único que no fuera, quien tal título compró.

Solo consiguió que la muchachería callejera siguiera pifiándole por calles, plazas y riberas, repitiendo al verlo pasar:

«Hasta el don del algodon,
Sépalo el flamante hidalgo,
Para llegar a ser don
Antes debe llevar algo.

LA PRIMERA SANGRE

(Tradicion de 1809.)

Al Dr. G. Udaondo

I

«La primera sangre que hubo de correr por la independencia de esta tierra, fué la de mis nalgas», nos dijo pestañando un dia el grave Ministro de Hacienda.

—Cómo! dió Vd. algun gran galope llevando la noticia de la revolucion de Mayo, como D. Gregorio Gomez, dentro del regaton la llevó á Chile?

—Nada de eso!

—O acaso un tropezon en falso le hizo resbalar, y no de arma blanca, ni de fuego, sinó de arma verde recibieron las de sentarse sin cuenta heridas de rojo zarzal?

—Nunca fuí muy de á caballo, por más que buenas estancias dejo á mis hijos, ni andube en malos pasos, aunque por mi mal, tropezon más de uno pegué en la vida.

—Creía al teniente Velez (hermano del sabio codificador, segun reza su lápida conmemorativa á la entrada del paseo Sobremonte, en Córdoba), y al teniente Balcarce (hermano de los cuatro Generales de este nombre), las primeras víctimas de la Patria, en el encuentro de Cotagaita, allá por Suipacha.

—Si en el Alto Perú.....pero la revolucion de Mayo, como todas las cosas, tuvo su preparacion, y hasta hubo una revolucioncita de prueba, puede decirse, y sin duda por su correccion salió mejor el 25 de Mayo de 1810. Justamente el año antes, por aquellas alturas del Cuzco, se puso en ensayo la escena, y sus primeros papeles aquí bien copiados y allí mal distribuidos, hubiéronme de costar sangre.»

Diálogo tal oíamos una mañana, acompañando á cierto respetable Ministro contemplando la casa en actual demolicion, Defensa 70, mientras que abriendo sus grandes ojos en blanco, nos refería el tema de la presente tradicion.

«Aquí estaba la Escuela de D. Francisco Argerich, despues que dejára las húmedas bóvedas en cuyo subterráneo inauguróse posteriormente la célebre asociacion Lautaro. Si estas paredes hablarán cuántas curiosidades no oiríamos! Pero, mejor es como están, así mudas, todo pasa en silencio, lo bueno como lo malo; de buenas ó malas acciones, ni pizca queda de memoria, en un pueblo donde al dia siguiente todo se olvida.

«Puesto que de la sabia escuela de la esperiencia, con ser la que más alecciona, ningun provecho sacamos, y como inesperto pueblo, siempre niño, marchamos á tientas, sin brújula segura, sin mirar más para atrás que para adelante, ni cuidarnos más del mañana que del ayer, todo es para el caso la misma cosa, y así todo en embrollada confusion rueda al caos.

«Lo mismo, de esta Escuela salieron malas y buenas cabezas. Recuerdo en la fila de adelante, el banco de los dos Juanes, donde se sentaron sucesivamente por algunos años, premero Juan el tirano, y luego Juan el mártir. Más atrás, el de los dos Conchas, el verdugo y el bueno. El banco del Virey, frecuentado por el ultimo hijo de Liniers, y el otro de Saavedra, Escalada, Oromí, y tantos otros aventajados que figuraron más tarde.

«Así en una antigua familia de brillantes inteligencias, que antes y despues descollaron entre D. Cosme y D. Cosmecito Argerich, lumbreras de la ciencia médica, y un Cura y Coronel, y médicos y abogados, y literatos, hubo un maestro de Escuela que, tanto dejó nombre por su dura disciplina como por su patriotismo.

Y colgando la palmeta (que más liberales principios rompieron yá, como el cepo), recordaremos su patriotismo, y como á punto estuvo de perder la cabeza en la conspiracion revolucionaria, si hubiera perdido la serenidad.

Por eso nada diremos aquí de otros célebres escueleros ni del verdugo, así llamado el futuro General Concha, por que de poste de ignominia servia al pobre designado

Al rincon
Quita calzon.....

II

Era Juan y Juanito, los dos muchachos de más linda letra en toda la Escuela. .. El uno, yá salido de ella con tan lindos rasgos caligráficos, como los de su hermosa fisonomía, de claros ojos azules sobre rosea tez, disimulando todo el infierno de pasiones que hervían dentro de su pecho. El otro, más modesto, más parco, más moderado, parecía que al venir á sustituir en su asiento al primer Juan de la buena letra, heredára la de su antecesor.

Alguien ha dicho con más verosimilitud, aquello, de que el estilo es el hombre, que el carácter es el caráctér.

No quisiéramos repetirlo, pues que hombre de muy buen carácter conocemos de pésimo caractér, y prueba el canto presentaba la Escuela de D. Francisco Argerich, en el muchacho más lindo y de más bella letra, pero tirano desde su infancia sobre cuanto chicuelo caía bajo su férula.

Sea de ello lo que fuere, la verdad es que el año de 1809, salido yá Rosas de la Escuela, no había mejor letra en aquella que la del niño Juanito, despues honrosamente conocido por el señor D. Juan Bautista Peña, Ministro de Hacienda, Presidente de la Municipalidad, del Banco, y de muchas otras cosas buenas á que su acrisolada honradéz, energía, espíritu económico y hombría de bien en todo sentido, le lleváran á presidir.

III

Comezon revolucionaria ardiendo venía ya hacía años, por el Vireynato, y la América toda. Sin duda, lo que es el mal ejemplo.

Atrevidos yankes, en América, inventado habian para el uso particular dentro de casa, la igualdad de los hombres y otras máximas nocivas y anti-higiénicas en las viejas sociedades euro-

peas y universalizándolas hábiles franceses de los que todo se asimilan, ensayaron el traje del nuevo mundo, adaptando á sus anticuadas costumbres los principios indebidamente llamados *de la revolucion francesa*, cuando en verdad lo eran de la *americana*.

Pero, así como de esta centella, chispa saltó prendiendo en la vieja Francia, y entre ellos un momento la República iluminó al mundo, así de aquella revolucion de la Francia, saltó otra, prendiendo á lo que escapó de las llamas en este nuevo mundo; pues donde la espada de Lafayette no llegó, alcanzaron los resplandores de sus más elocuentes conciudadanos.

En Méjico, en Venezuela, Quito, Cusco y la Plata y el Plata, empezaron á echar humo sus papeles, y papelito corrosivo dejaba olor á papel quemado.

Aquí, por ejemplo, despues de la reconquista en 1806, y la espulsion de los ingleses en el año siguiente, los hijos del país dijéronse: «Nos bastamos y sobramos para nuestro capote, no queremos capota agena.»

Poco despues, el 1° de Enero de 1809, en un movimiento local, los criollos probaron un ultimo esfuerzo, (siempre en ensayos), y dejaron á los europeos bajo su influencia.

Ya al pueblo le iban creciendo alas, y necesitaba las del Condor para remontar por encima de los Andes.

Pero antes de hacer volar sus soldados por tan altos riscos y precipicios, expuestos á romperse una pierna los pobrecitos, si no se rompieran las dos, como que saltaban las mayores alturas de la tierra, echaron á volar sus ideas, los nuevos principios que como chisperos de la revolucion, llevarían triunfantes por toda el haz de la América, en la punta de sus bayonetas.

Papelito canta, se dice hoy. Papelito vuela, se decía entonces, y por todas partes apareciendo estos encendidos é inflamables, causaban pequeños incendios, que con más ó menos dificultad se conseguian apagar.

No había en Buenos Aires otra imprenta que la de Expósitos, y de ella solo salían catecismos y cartillas. Pequeños periódicos manuscritos circulaban con cautela, y el boletin de la revolucion, germinando corría, ó más bien circulaba con dificultad y mucho sigilo.

IV

Vireynaba por entonces en el Perú, 1806 á 1816, aquel buen mozo, que sin otra carta de recomendacion que su gallarda

figura, cautivó tanto á Cárlos IV. Viéndole, al pasar en la carrosa real, como disciplinaba sus soldados, y sin decir agua vá, ni para ello dar motivo, de Capitan lo saltó á Coronel, de Madrid á Méjico y de allí á Virey del Perú. Bien que este favorecido de la fortuna y de su Majestad fué tan valiente y tan fiel, que se cita como uno de los modelos de Vireyes honrados.

Fué este valiente soldado que acabába de dominar con su presencia la primer chispa de sublevacion casera, en el Regimiento de la Concordia, y los ensayos revolucionarios en Quito y Charcas, á quien años despues y por un mismo correo llegárale á un tiempo:

Consejo de Cárlos IV para que desconociera la Majestad de su hijo Fernando VII. De éste, para que no hiciera caso á papá. De su hermanita Joaquina Carlota, del Brasil, para que acatara en ella á la única soberana de la América. De los insurrectos, para que se insurrecionara. De José Bonaparte Pepe botellas, para que no conociera más Dios que Napoleon, y de sus más adulones, para que alzándose con el Santo y la limosna se declarára Rey del Perú.

Verdad que eran demasiadas tentaciones para no caer un pobre viejo, á quien no le quedaban más ojos que los de su Ramonica.

Pero, todavía no le había llegado la época de los acertijos, como la decifracion de aquellas tres bolsitas, por travieso fraile criollo dejadas sobre la mesa de su real despacho, conteniendo *sal-habas-cal* florestal entre dos vegetales que deletreaban de corrido *sal-Abascal*, moño de aquí y pronto viejo Virey, antes que os abramos las entendederas, para que comprendas indirectas.

Lo que si le había llegado era un papelito revolucionario, que lo mal traía sin sombras, por más de ser poco asustadizo el valiente y fiel viso-Rey.

Tantas y tan repetidas correspondencias caían á Palacio en Lima, decomisadas ó sorprendidas en los correos de Potosí, Chuquisaca, la Paz, el Cusco, Quito, Caracas y aun de Buenos Aires, que al fin dió por convencerse que el nido estaba en esta ultima.

«No hay más, se dijo, sin duda que allí está el busilis, y en ella funciona la máquina revolucionaria, qué chamusquina mayúscula peor que la inquisitorial, habrá en la plaza mayor para el primer autor que caiga de estos papelitos.

Y al fin cayó uno.

Sorprendiólo el Mariscal Nieto, que lo era no solo de su abuela la tuerta, sinó para todos, como visnieto para su tatarabuelo.

Se lo mandába al Virey de Lima, encontrado en Chuquisaca, ciudad á la que arribára con algunos patricios engañosamente llevados.

Antes que él llegaron allí Arenales, Monteagudo y otros bravos chisperos de la emancipacion revolucionaria.

Como que de su doctoral Universidad acababan de salir graduados en derecho, el Dr. D. Mariano Moreno, D. Manuel Alejandro Obligado, D. Vicente Anastasio Echeverría y otros hijos de Buenos Aires, yendo desde aquí á lomo de mula, por graduarse en la Universidad más vecina, pues solo distaba cosa así como de mil quinientas millas), y el Dr. D. Vicente Lopez y Planes que recibió las borlas del Doctorado sobre su sahumado uniforme de Capitan de Patricios, vencedor de los ingleses, laureado cantor de las primeras glorias argentinas, como fué despues el himno de la patria andante .....

.....

.....

Entre envoltorio de escapularios y otros papeles, uno iba de clara letra y de más claro espíritu, pues clarito cantaba:

«Ya somos grandecitos, como que contamos trescientos años bajo yugo. Tenemos edad para gobernarnos, y es tiempo que dejemos de engordar á extraños. La América es de los americanos, como la España de los españoles.

«Bueno es recordar que si los tiranos parecen gigantes, es porque sus vasallos siguen de rodillas á sus pies.

«Parémosnos y seremos hombres de la misma altura. Ya es tiempo de sacudir tan funesto yugo. Si con Tupac-Amarú fuimos vencidos, y en Quito y Charcas, es porque no estábamos unidos. Que de la Tierra del Fuego al golfo mejicano se oiga un solo grito: Emancipacion! Tiempo es de enarbolar la bandera de la libertad.»

Estas, y cantinelas por el estilo, repetía el papelito revolucionario, que con otros, bajo grueso sobre recibió el 3 de Febrero de 1810 el Virey Cisneros, del señor Virey Abascal, traido en cien dias de Lima á Buenos Aires.

El Virey del Perú encargaba seguir la pista con suma reserva, hasta descubrir al autor del libelo que había sorprendido el Correo del Alto-Perú, en momentos que al Mariscal Nieto daban tanto trabajo coyas é insurrectos.

Por todas las esquinas pusieron avisos, ofreciendo morrudo sueldo al escribiente de mejor letra que se presentára.

Nada, todas eran garabatos de cartulario y patitas de mos-

cas. No se encontraba, casi-casi como al presente, plumífero de buena pluma ni Escribano que supiera escribir, apenas medias-plumas.

Pues Señor! Oidores y Cabildantes, oficiales, aguaciles y ministriles chamuscábanse la mollera por descubrir al encubridor. Quien será?

Que el papelito partiera de aquí no había duda. No solamente era grueso, feo, ordinario, como todo el que de España nos mandaban, sinó que aun la fecha estaba groseramente tergiversada: «Buenos aires, tome Ud.» empezaba, acabando con la simulada exclamacion ¡Santa María!

Quien no decifraba correctamente: «*Puerto de Santa María de Buenos Aires.*» El seudónimo era más intrincado, pero fuera Pedro ó Diego, de Buenos Aires venía.

V

Por vencidos se daban cuando casualidad rosarina, puso al inquisidor sobre la pista.

De misa mayor salía compungido y persignándose con agua bendita de la célebre iglesia de Jesuítas, (Colegio de San Ignacio), el no menos célebre Fiscal Villota, doctor de campanillas, graduado in-utrunque, quien con su gerundiana elocuencia confundir pretendía á los doctorcillos de la revolucion.

Iba yá á bajar del cancel al pretil cuando á curiosidad llamóle un blanco papel, recien pegado, en el que con bellísima letra se ofrecía buena gratificacion al alma caritativa, que á más de serlo, fuera tambien honrada y quisiera entregar en la sacristía grueso rosario con pater-nosters, de oro, que en la azotaina y tinieblas de maitines, habíase extraviado.

Limpiando, el zorro del Fiscal, sus viejas antiparras, «ó mucho me equivoco (se dijo, arrancando el papel), ó esta es la misma letra de aquel otro», y doblandolo se lo echó al bolsillo.

Tempranito acudió á la audiencia, al dia siguiente, cotejó con el Oidor Caspe los dos manuscritos, y ambos encuentran similitud tal en la letra, que exclamaron contentos: «Ya apareció aquello!»

Mas, llega Leiva, Síndico del Cabildo, y, apenas nota semejanza; viene el Alcalde Lezica, y la encuentra menos. Pero, en fin, de quien es la letra?

De quién há de ser? de su autor! Que salga el autor! empieza la grita, como en la presentacion de cierto principillo que yó me sé, sospechando el pueblo zumbon gatuperio real,

empezó ante las mismas barbas del padre legal, á aclamar al autor del hijo de la Reina. ¡Que salga el autor! ¡Que salga el autor!.....

Habráse visto barrabasada igual! Ni en Triana, patria de Pilatos.....

.....

Y de investigacion en investigacion, del Coro á la Sacristía, por Curas y Sacristanes sacóse en limpio: «que el rosario, en mala hora perdido, era de la Señora de Lezica; que el plumífero de tan lucido aviso, escribiente fué nada menos que su propio sobrino, el niño Juanito, y que donde tan linda letra y otras lindezas enseñaban, era en la Escuela del Señor Don Francisco Argerich.

VI

El Fiscal inquisidor hizo llamar ante la Audiencia al niño, y entre cariños y halagos, y haciéndole fiestas y dictándole la misma frase: «*Cansados estamos de amos, y tiempo es yá de que mandemos en casa,*» púsole frente al reciente dictado la carta devuelta por el Virey del Perú.

Tan parecidas eran las dos, que, al ser interrogado Juan Bautista, ni pestañó.

—De quien es esa letra?

—No sé.

—Pero....es la misma!

—Parecida, no puedo negarlo, pero yó no la hé escrito.

Y de ahí no salía. No le sacaban de sus trece.

Hubo conciliábulo, y el Señor D. Francisco de la Peña volvió á llevar á su hijo, y el Alcalde Lezica (su tio), lo apadrinó, y Rivadavia, recomendaba al niño, ¡cuidado de revelar nada! y el otro Señor D. Francisco Argerich, iba y venía, y andaba que no se le pegaba la camisa al cuerpo, con cerote mayor que los dados por su palmeta.

Segundo cónclave celebróse, donde Oidores y Ministriles, y entre ellos Villota y Caspe, con dulces y halagos, primero, y con amenazas finalmente, volvieron á interrogar al niño de la hermosa letra.

—Pero, tú hás escrito esto? Es el mismo perfil, rasgos, todo igual. Confiesa.

Y el niño, enérgico desde la cuna, que nonis: «Esa no es mi letra.»

Y recaditos ván, y consejos vienen, y por fin dice el Virey á su Secretario: «Pues bien, si la letra es del mismo, y no hay modo de persuadir al niño, aplíquesele el principio de su propio Maestro, *la letra con sangre entra*, y despues de una azotaina, confesará: Quién le mete á esos geroglíficos que no entiende?»

No hubo más. Por tercera vez citados fueron, padre, hijo y espíritu santo, es decir, el Señor de Lezica, marido del rosario, ó de la Rosario, perdidosa del mismo.

Nada que sospechar daba niño tan formalito. Menos, el Señor D. Francisco de la Peña, español seriote, grave y más godo que el Rey, y como aquél ignoraba, llamado era á presenciar la azotaina de su vástago: «Confiesa niño la verdad», repetíale al subir con él de la mano la ancha escalera del Tribunal.

Y la verdad declaró.

Pero, cuán maravillados quedaron todos, y cómo alelado el padre, cuando al ser por ultima vez preguntado: ¿«Es de Ud. esta letra, á la suya tan parecida?»

— Sí, contestó Juan Bautista.

—Donde la há escrito?

- En la escuela.

—Por órden de quién?

—De Señor Maestro.

—Escriba Ud., Señor Escribano.

—Cómo se llama su Maestro?

— D. Francisco Argerich.

—Dónde vive?

—Reconquista núm. 70.

Alguacil! ordenó el Fiscal. Vaya Ud., é inmediatamente conduzca aquí al Maestro Argerich .....

.....

.....

VII

Pero, por mucho que volaron Alguaciles y esbirros, voló antes el pájaro, y á la sazon, con viento en popa, y sin detenerse en Montevideo, iba Argerich muy de prisa, por esos mares de Dios, á toda vela, y no paró hasta el Brasil, de donde solo regresára cuando nuestros padres yá tenian patria.

Qué había sucedido?

Que halagando al de la buena letra, el Señor Argerich hizo copiar por el niño Juan Bautista Peña, las cartas proclamas y correspondencias que Rivadavia, Moreno y Belgrano enviaban, incitando á revuelta á los patriotas del Alto Perú, cuando llegóse á sospechar allá los cabecillas anduvieran por acá, bajo pena de azotes, que aun sin prometer muchos daba, conjuróle Argerich al más riguroso secreto sobre el papelito estraviado.

Pero, azotes por azotes, compelido el niño entre dos azotainas, y desconfiando de la frágil naturaleza infantil, el Maestro, advertido por Rivadavia, que sus amistades en la Secretaría del Virey, teníanle al corriente de la investigacion, aconsejó, á uno, pusiera pies en polvoroso! aviso, que no se hizo repetir, y al otro, que confesára la verdad, y cantára de plano, pues yá no habría peligro, ni para el inocente copista.

En verdad, empezaba siendo mucho niño, el que despues fué mucho hombre, así en finanzas como en moralidad administrativa, el renombrado Ministro de Hacienda Señor Don Juan Bautista Peña, de grata recordacion.

Si algun crítico impertinente, llegó á murmurar al verlo pasar: «sobre esos zapatones, pisando ván muchos millones», con más exactitud pudo decirse, dentro de esa cabeza germina un gran financista.

Ministro, Presidente de Banco, de la Municipalidad, de asociaciones de crédito, Senador, Comerciante, estanciero, no era de esas reputaciones de vidrio de aumento, pues que á la distancia, y al través de treinta años acrecienta.

No reconocía más que una moral, y como hombre público y particular, fué hombre de bien, y honrado á cárta cabal.

La misma dedicacion ponía en la hacienda pública, que en sus intereses, pues miraba á aquélla como cosa suya, no para hacerla propia (á la usanza del dia), sinó para defender la Patria, hasta de tantos patriotas y galápagos, que de puros patriotas nos están dejando sin patria. De algo así como escesiva economía, se le criticaba y de adagio quedó » más agarrado que D. Juan Bautista!» Pero, si nó sabía tirar la plata, ni empeñar al Estado en onerosísimos empréstitos, supo, sí, hacerlo prosperar dentro del presupuesto.

A punto estuvo, nó de unificar la deuda, sinó de extinguirla, cuando por espíritu de oposicion, con ocultos manejos y chicanas hizo ésta zozobrar su proyecto.

Aplicaba sencillamente los mismos sanos principios á la hacienda pública con los que levantára por su laboriosidad su fortuna, y así no salía de su presupuesto, no dejaba ningun

ramo improductivo ó estacionario, hacía producir la mayor renta, repetía que no había economía pequeña, pues todas eran economías, y que de centavos se forman los tesoros, como de gotas de agua el mar. Que todo gasto supérfluo es desquicio. Gastaba menos de lo que entraba. Nada adquiría el Estado, sino en pública licitacion y prévio exámen de peritos, nombrados de cada gremio, con lo que daba participacion en la cosa pública á la mayor parte de sus honrados conciudadanos, interesándoles en su prosperidad.

Cuántas veces el simple buen sentido es el mejor administrador! La esperiencia enseña más que los libros.

Los hombres de su tiempo hicieron época, y estadistas como Don José Ma. Paz, Don Juan Bautista Peña, Don Francisco de las Carreras, Don Domingo Olivera, el Dr. Ferreira, no tuvieron ediciones. Por eso se repite, mirando melancólicamente al pasado cuando se recuerdan Ministros típicos en la época de Don Valentin: escrupuloso y honesto administrador como el General Paz, recto como Alsina, económico como Peña, brillantes inteligencias que aconsejában desde sus diversos Ministerios al primer Gobernador Constitucional, y tan joven que tuvieron que habilitarle edad para gobernar. .....

Los hombres honrados no se han acabado en el país, pero el molde de aquellos honestos y desinteresados ciudadanos, enérgicos y sinceramente patriotas, sin ostentacion, se há roto yá ....

.....

Por esto, refiriéndonos cándidamente sus primeras travesuras revolucionarias, nos decía un día: «En verdad la primera sangre que expuesta estuvo á correr en esta plaza, por la revolucion de la independencia, fué la de mis nalgas.»

Si estaría bien sentado el señor Ministro de Hacienda D. Juan Bautista Peña, sobre sólidos principios, quien con tanta firmeza desde niño los defendía, hasta exponer en grave é inminente peligro sus asentaderas.

EL PRIMER GRANADERO

Tradicion del año 1813

Señor Doctor E. Cabral

I

La otra tarde husmeando patrios recuerdos entre las ruinas del antíguo Cuartel de Granaderos, en actual demolicion, sobre las barrancas del Retiro, tropezamos con una piedra algo más lisa que las amontonadas ó esparcidas á su alrededor.

Visibles trazos en ella, á letras parecidos, nos hicieron agachar cerca del hundido umbral de ñandubay, tantas veces atravesado por el Coronel del Regimiento de Granaderos á caballo, D. José de San Martin.

A poco andar, y no sin escaso trabajo de limpieza y raspaduras en el ennegrecido fragmento, de lápida que debió ser blanca, conseguimos descifrar estas cuatro letras a-b-r-a; y deletreábamos *abra*, cuando un *¡cierre!* más grande que un susto, á nuestra espalda lanzado con voz de pocos amigos, por el muletero, hízonos levantar la cabeza.

Nada había que cerrar, pero dejando caer la tranquera improvisada entre apilados ladrillos: —¿De dónde es esta piedra? interrogamos al cancerbero cara de mulita, y más sucia que la que daba vuelta á la inmensa rueda, fabricando polvo histórico, al triturar en su pésado jiro, ladrillos de verdadera historia.

—Mi no entendi; io non parlo niente, contestó.

—Pero hombre, tú solo no hablas aquí, donde todo habla, en plaza de tantos recuerdos, cuna del célebre Regimiento que más dió que hablar, y aun que gritar á los maturrangos. ¿Tú enmudeces, donde hasta las piedras hablan?

Pero, todo esto era griego puro para el napolitano picapedrero, y más por señas y propinas, lenguaje en todo el mundo comprendido, que por palabras ó discursos, conseguimos acabara de desenterrar la borrageada piedra, en cuyo carcomido extremo de la derecha llegamos á descubrir una C. De cabra, á cabro ó cabrito poco adelantábamos, y aunque ni cabrones suelen ser escasos, oficial alguno de digna recordacion se llamó Cabra. Muy valientes sí hubo: Toros, Vacas, Lobos, Corderos y Leones, pero ningun oficial de Granaderos apellidóse Cabra, ni sobre la tumba de cuadrúpedo semejante pudo tal epitafio inscribirse.

Sin duda, una ó más letras faltaban, y prosiguiendo nuestra paciente investigacion, la fecha más abajo descubierta—1813—vino á darnos la clave.

El tiempo, en setenta años se había comido con lo demás de la inscripcion una *l*, y así restaurada, su lectura progresivamente, completábase de *abra*, *cabra*, *Cabral*.

Eureka! exclamamos. Ya apareció aquello.

Petrus, tú eres piedra, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, dijimos como el buen Dios, cuando andaba por la tierra; y así sobre esta piedra de mi ultimo tropezon, la presente tradicioncilla escribiremos, que á recordarnos viene otra histórica incursion veinte y seis años atrás, y otra arruinada lápida de campo santo.

Y como fué dable restablecer un nombre histórico, que la intemperie borrara, de una á otra investigacion exhumamos hazaña inmortal de olvidado héroe de segunda fila, á quien despues de muchos años, á las puertas de la gloria, como centinela perpétuo, esperando el héroe que salvó, hoy los valientes correntinos levantan digna estatua, fundida en el bronce del cañon que al darle muerte, le dió vida en los eternos fastos de la patria histrioa.

II

Entre los veinte y ocho denodados fundadores de San Juan de Vera de las siete Corrientes, defendiendo con tezon admirable la Cruz de los milagros, uno venía con el nombre de Juan Cabral. El mismo nombre, y sobre el mismo local, distinguién-

dose por igual virtud, predominante en su raza, nada nos impide ver en ese primer Cabral, en Corrientes, al abuelo del abuelo de nuestro Juan Bautista.

Otra tradicion recuerda el padre de éste, D. Francisco, casado con Cármen Robledo, despues de ser fiel servidor de la antigua familia de Cabral, en la Provincia de Corrientes, hallarse algun tiempo en la estancia de Matorras, cerca de Yapeyú, donde D. Juan de San Martin, por entonces Gobernador de Misiones, tropezó con la cara mitad que le había de dar aquel hijo cuyas hazañas le inmortalizaran.

Desde su llegada á Buenos Aires, San Martin le distinguia. No lo sacó de asistente, pero bien pronto le hizo clase. Del Departamento de Saladas (en Corrientes), lo mandó el Gobernador Luzuriaga, en el contingente pedido á las Provincias, el año doce. Su viveza y natural inteligencia le hizo subir á cabo instructor antes de concluir ese año, y por su puntualidad y distincion llegó á sargento el siguiente.

Era un bizarro granadero de más de dos metros de alto, su aire marcial y gentileza, y acaso el recuerdo de ser hijo de uno de los viejos servidores de su padre, que en Yapeyú más de una vez entretuvieran los juegos de su infancia, con los cuentos de las guerras fantásticas de guaraníes y mamelucos, le atrajo cerca de sí.

Él mismo le aleccionó en los primeros pasos, hasta hacerlo instructor de reclutas, y puso en sus manos el corvo filoso de los Granaderos.

Alto, grueso, bizarro, de robusta contestura, el gallardo sargento seguía en todas partes, como la sombra al cuerpo, á su Jefe y protector, y por esto fué quien en su primer peligro pudo de más cerca protejerlo.....

III

Con las primeras luces de la mañana del tres de Febrero de 1813, subía ligera columna expedicionaria desprendida de las fuerzas españolas situadas en Montevideo, las barrancas de San Lorenzo, por la bajada del Puerto.

Pitos y tambores tocaban á vanguardia. El Capitan Zavala á la cabeza. Desplegada la bandera al centro y dos pequeños cañoncitos de á cuatro, rodando á los extremos, dirijíanse los invasores á paso redoblado y tambor batiente hacia el Convento, quinientos metros distante.

No bien ascendian las ultimas filas, cuando la columna toda fué paralizada como por choque eléctrico.

De atrás de las tapias del Monasterio desembocaba á galope tendido un escuadron de caballería, y voz sonora de mando se oyó, en la de San Martin, que ordenaba: «¡A la derecha en batalla! Sable en mano, carabina á la espalda..... Trote—galope—á la carga.....

Y su gallarda figura descollando al frente de la primera compañía del primer Escuadron del Regimiento de Granaderos á caballo, fué la primera en estrellarse contra el enemigo.

Este, pasado el aturdimiento de la sorpresa, oyó la voz de su Jefe: «A formar martillo!» Y muy luego: «A discrecion! fuego graneado! Rodilla en tierra la primera fila, recibió los caballos en la punta de sus bayonetas, mientras las balas de la segunda desmontaban sus ginetes.

Dividido en dos columnas iguales, el Escuadron de Granaderos, saliendo por derecha é izquierda debían cerrar sus dos mitades el círculo, en el centro del enemigo, donde previno San Martin daría sus segundas órdenes. Pero, teniendo que recorrer mayor distancia la segunda compañía, al mando del Capitan Juan Bermudez, quien flanqueara mientras el Jefe atacara de frente, retardó breves momentos.

Al desembocar, mayor sorpresa fué para la infantería, que supuso todo el enemigo el ya contenido.

Aquel torbellino de acero, reflejando los rayos del sol naciente tras las verdes islas del correntoso Paraná, aparecía cual abalancha humana que se despeña, llevándose todo por delante, y desbarrancando con el encuentro de sus briosos corceles de guerra, los aturdidos invasores.

El choque era espantoso. Ruido de sables y espuelas, fusiles agarrados por el caño, cuyas culatas se estrellaban contra las cabezas de caballos encabritados, derribando á pechadas los heridos, dominado todo por las voces de mando: «A formar el sólido! Grupos de á cuatro contra caballería! Fuego graneado, repetía Zavala». Y caballos disparando sin ginetes, soldados arrastrándose por el pasto, culatas en alto atajando lluvia de sablazos, lamentos de caídos, gritos de lucha, choque de armas. y disparos de fusilería, el fragor de la refriega, á intervalo ensordecido por los estampidos del cañon, formaba todo espantosa confusion .....

IV

Desde sus primeros tiros habian sido felices para los invasores. Fragmentos de metralla llegaron á herir el caballo de San Martin, y al desplomarse le apretó la pierna derecha.

Reconociendo oficial en tierra, uno de los más altos granaderos españoles, Sargento Almava, avanzó á ultimarlo, cuando fué alzado en la lanza de Juan Bautista Baigorria.

Otros infantes se desprenden para matarlo, mientras que á pechadas hacen claro los granaderos, al rededor de su Jefe.

Tan cerca cayera de la línea enemiga, que Zavala sospechando en él al Jefe, avanzó tirándole varios hachazos, del que no pudo desviar el ultimo, llegando á herirle de refilon en la mejilla.

Pero, el Sargento Cabral, aunque ya herido, viéndole en inminente peligro, echa pié á tierra, ata á la cola de su caballo el de San Martin, y así safado, arrástrale en sentido contrario, de tal modo salvando con su jefe, el Gran Capitan de la Independencia Americana.

En cuanto pudo éste ponerse en pie, creyendo sin duda la accion perdida, gritó á sus Ayudantes Larrea y Escalada: «Vayan á morir, cumpliendo su deber!»

Otra descarga volteó varios soldados y caballos, y viendo entre el pasto nuevamente herido de un bayonetazo á quien tan heróicamente debía la salvacion, ordenó á su asistente le retirara del campo.

Conmovido Cabral, contestó: «No se ocupen de mí, somos pocos, á concluir con los maturrangos; déjenme. Muero contento por haber batido á los enemigos. ¡¡Viva la patria!!

Volvióse á oir el corneta de órdenes, y en seguida el toque de carga. El Escuadron reunido penetró como cuña la columna. De su centro arrebató con la vida de su porta, la bandera española, el Alférez Hipólito Brouchart; y el segundo Jefe que la mandaba, en el calor de la lucha, persiguiendo grupos dispersos, se desbarrancó con su caballo, muriendo dias despues de resultas de sus heridas.

Mientras que el teniente D. Mariano Necochea, y el Alférez D. José Fernandez, sableaban aislados grupos por un lado, el Alférez Pacheco (despues General), D. Manuel Escalada (Ayudante), el cadete D. Pedro Castelli, D. Juan Estévan Rodriguez, los oficiales Julian Corbera y Vicente Mármol, se distinguían heróicamente por otro; y como Cabral, San Martin y Bermudez, caía herido el teniente Diaz Velez.

V

Gritos, ayes y víctores, todo sigue en confuso remolino, y apagados los fuegos de los dos cañones por la ultima carga de

caballería, el combate á arma blanca se prolongó entre los criollos, quienes más diestros en el cuchillo, desmontaban, para hacer uso de él, y los infantes corraín por las barrancas á refujiarse bajo el fuego de sus buques, cayendo muchos al agua.

El cañon de abordo, tirando por elevacion, empezó á oirse con largos intervalos, mas cual fúnebre salva del poder que allí concluía á las orillas del Plata y Paraná, despues de trescientos años de dominacion, al tiempo que con las dianas de su primer victoria anunciaban los clarines de Granaderos:

«Se levanta á la faz de la tierra
Una nueva y gloriosa nacion.»

. . . . . .

La lucha había sido desigual, y mientras el vencedor de Tacuarí y Paraguarí, Capitan de Artillería Urbana, viscaino D. Juan Antonio de Zavala, á la cabeza de doscientos cincuenta hombres desembocaba con dos cañones de la escuadrilla de Montevideo, y robando animales para el abasto de la sitiada plaza de Montevideo; San Martin con solo ciento veinte reclutas tomó la artillería, cajas y banderas, recojiendo sobre el campo cuarenta muertos, catorce prisioneros y cuarenta fusiles.

Zavala tambien había sido alcanzado por la lanza de Baigorria, y herido en la pierna derecha, como sus dos oficiales Martinez y Marquez.

La victoria no pudo ser más completa, si bien en aquel bautismo de sangre el Regimiento de Granaderos, que dió los mejores jefes de los Ejércitos de la Patria, al ser ungido con el óleo sagrado de la victoria, contára entre catorce muertos la pérdida de los beneméritos oficiales Bermudez y Diaz Velez.

Este fué el único prisionero, al día siguiente cangeado conjuntamente con dos paraguayos tomados en una pequeña embarcacion que descendía el Paraná; y uno de ellos, D. Félix Bogado, llegó á ser el ultimo jefe del Regimiento que allí escribía su primera página de gloria, y quien regresó despues de catorce años de batallar contínuo al mando de sus restos, entre los que tan solo volvían catorce de los fundadores.... ....

. . . . . .

VI

... Como á ochenta leguas al Norte de Buenos Aires, subiendo el majestuoso Paraná, cerca del arroyo de San Lorenzo,

que dió nombre al glorioso campo, sobre barrancas á pique se alzaba aislado el colegio de San Cárlos, Convento de franciscanos hoy, despues de multíplices trasformaciones.

Pero capilla, iglesia, monasterio, hospicio, Convento, colegio, villa, siempre fué refugio, y campo de gloria y de descanso.

Hace ciento doce años Fray Juan Matud, virtuoso y perseverante aragonés de las misiones de Valdivia, salió del colegio de Clillan, consiguiendo, no sin ímprobo trabajo, una derruida capilla en la Estancia de San Miguel (Rosario), para levantar sobre sus escombros otro Convento de propaganda.

En 1775, firmóse en Aranjuez la cédula de su creacion, pero recien el 1° de Enero de 1780 pudo el laborioso Matud tomar posesion, con dos religiosos y un lego, de la abandonada capilla de los jesuítas, y todavía hasta seis años más tarde no consiguió nombrarse el primer Guardian en el ex-custodio Fray Francisco Altolaguirre dándose principio á la vida conventual.

En 1797, se abandonó la antigua capillita para trasladarla á los ricos campos abundantes en leña, pasto y agua, donde se empezó el actual Convento bajo la misma advocacion de Colegio Apostólico de San Cárlos de misiones franciscanas de propaganda, centro hoy de un floreciente pueblo y una de las futuras capitales mejor situadas.

Maliciosas tradiciones cuentan, que no solo la fé propagaban los buenos padres por aquellos alrededores, en los descansos de tan espinosas peregrinaciones.

De los diez monjes allí enclaustrados en 1813, solo el padre Cortina y el lego Echagüe eran del país. Pero, apesar de ser españoles, y acaso, por ser de tan generosa raza, su religion protegía á todos, amparados por una misma caridad, y así invasores é invadidos fueron por ellos auxiliados.

Su guardian, Fray Pedro García, acompañaba en la madrugada del combate á San Martin, que desde el campanario observaba el desembarco, y en cuanto fué abierta una herida, cien manos corrieron á cerrarla. Desde el Prior hasta el portero, no tuvieron momento de descanso, y toda clase de socorros les fué generosamente ofrecidos.

Al día siguiente del combate de San Lorenzo, en la celda del Presidente, tendido en el más confortable catre, descansaba San Martin de sus fatigas, herido y contuso, rodeando el lecho sus ayudantes, mientras que en la contigua, y antes de llegar el Dr. D. Cosme Argerich, asistía al bravo Capitan Bermudez, el Párroco del Rosario Dr. D, Julian Navarro.

VII

Otra era la escena en el refectorio, pues entre legos y porteros, asistentes, milicos y paisanos allí refujiados mientras arreglaban la mesa de mantel largo, con que los frailes querian festejar á los vencedores, nueva batalla se trababa, echando panes sobre la mesa, y bravatas por todas partes.

—Yó maté dos, dijo un semi tísico que no tenía cara de matar una mosca.

—Apunte la matanza, pero no de platos, que ya vá un platal en la que ha hecho el borrachin del cabo Palominos, observó el obeso limosnero del convento, aunque en lo mugriento todos los del hábito color perdiz parecían lo mismo, es decir limosneros.

—Pues, yo tres, replicó otro de esos guapos de postre, despues de la tormenta, y si no es por mi oficial que me llamó á las filas, no queda maturrango con vida, al que no dejé perni-quebrado de un mandoble, lo desbarranqué de un caballazo, agregó el que de comedido se había incorporado á la patriada.

—Eso no es nada, añadió el quintero del Convento, que despues de la tremolina había andado robando á los muertos, yo me he despachado por lo menos siete, y más.... ... .

—El enemigo! dijo el vigía de la torre, entrando precipitadamente donde está el Coronel. El enemigo á la puerta!

Enemigo dijistes! y pata plum .....

El más guapo de estos matasiete de sacristía, se escondió bajo la mesa, y encontrando abierta allí la trampa de la cueva subterránea, á la bodega cayó con más susto que peludo perseguido, y tan morrudo lo tomó, prendiéndosele al barril de amontillado con que tropezó, que borracho como una cabra y tendido entre charco que se le antojó de sangre, peleando siguió entre sueños. Sin duda el ruido de platos y botellas, y gritos y vivas, ayes de víctimas destripadas figurábansele, pues cuando pasó con la tranca el susto, salió otra vez muy guapo de su escondite, y á contar iba de nuevo todas sus víctimas en la segunda batalla, cuando otro lego no mucho menos borracho que él, díjole no había habido tal segunda batalla, ni más muertos que las gallinas del corral, entre las que casi se contaba él ....

Cuando se anunció á San Martin, que el jefe enemigo, á la puerta del Convento, pedía hablar, no dejó de sorprenderle tan

inesperada visita. A pesar de su carácter seco y circunspecto, y su seria cara de pocos amigos no le impedía ser jovial en la intimidad, é incorporándose sonriente exclamó: «Hombre, vendrá por el vuelto! que páse».

Y acto contínuo se presentó Zavala, alto, bizarro, con el retrato del Rey en el morrion, y colorada franja punzó de su propia sangre, sobre el pantalon blanco.

Venía de parlamento, solicitando se le permitiera comprar algunos víveres para los heridos, y más que por esto, por apretar la mano de su propio adversario.

San Martin, á quien sabiendo tocar las nobles fibras de su corazon pocos le igualaban en hidalguía, al momento dió órden de facilitarle cuanto precisára, pidiendo hiciera bajar á sus oficiales heridos para ser atendidos á la par de los suyos, invitándole momentos despues pasara al refectorio, donde los vinos generosos de la bodega del Convento animaron el improvisado festin entre vencidos y vencedores, frailes y militares.

VIII

En medio de éste se hallaban, y acaso demasiado exaltados por el vino y la victoria, cuando el choque de platos y cristeles, de risas y alegre cháchara fué interrumdido por el triste tañido de la campaña como un lamento, doblando á muertos.

Entonces San Martin, parándose conmovido, dijo: «Compañeros! El deber ante todo. Bueno es aplaudir la heroicidad de los vivos, pero no olvidemos el sacrificio de los que murieron. Por su esfuerzo alcanzamos la victoria. Ayer fuí alzado en peso y arrastrado por un heroico soldado, nacido en los bosques que yo nací, quien al salvar mi vida perdió la suya; voy á alzar por ultima vez á ese bravo, cuyos restos dejo al cuidado de estos buenos religiosos».

Y dejó la mesa, y bajó con dificultad cojeando al jardin, y atravesando la huerta condujo por sí mismo, acompañado de sus ayudantes, los restos del sargento Juan Bautista Cabral y Robledo.

Iban cubiertos por el uniforme de Granaderos. Alto morrion con escamada carrillera de metal y verde pompon sobre la frente, larga casaca azul de vivos encarnados, con palas de bronce y botonadura dorada. Sobre pantalon azul, la empinada bota granadera, y sus ríjidos miembros, amortajados en su amplio capote gris de campaña. Siguiendo el fúnebre acompañamiento, tras los restos de Cabral, su tordo caballo de

guerra, tambien herido, era conducido al paso, llevando las armas caídas, pero no rendidas, del brazo de aquel cuya heróica hazaña solo la muerte pudo paralizar.

Y tras el soldado el caballo, y en pós de éste el fiel perro del Regimiento, (al cuidado de Cabral), quien sin saber lo ocurrido seguía cabizbajo, y sus tristísimos ahullidos acentuaban la melancólica armonía con los dobles de la campanita en esa nublada tarde de Febrero.

Cerca del umbroso pino que la brisa mece, produciendo quejumbrosos gemidos, hacia el estremo N. O. de las tapias del Convento, sepultóse á Cabral, cuyo Jefe declaró *el primer granadero*.

IX

Fué uno de los fundadores del famoso Regimiento, y su primera víctima.

Coincidencia única para San Martin. A su lado estaba el adversario que veinte y cuatro horas antes le había herido, y á su pie exánime el bravo soldado que le salvara.

Hace ya un cuarto de siglo, un día como hoy, nublado, triste y lluvioso, paseando las históricas barrancas de San Lorenzo, cierto viejo monge de aquel vetusto Hospicio, nos refería, sentado al pie del añoso pino, diversas tradiciones antíguas de la solitaria comarca.

Y las presas del pirata correntino, quien desde las nueve vueltas hasta la cancha de San Lorenzo, tenía todo asolado, la Salamanca de las barrancas del Paraná, y la Bruja del Convento, con todas las consejas que la ignorancia de sencillos campecinos dá forma, nos había minuciosamente detallado, cuando entre silvestre yerba, cerca del corpulento árbol, descubrimos una lápida derruida.

Entonces tomando pie de aquel epitafio, nos refirió lo que sabía de Cabral.

Buscando despues antecedentes en nuestros desorganizados archivos, encontramos el decreto, por el cual, á pedido de San Martin, le honró el Gobierno.

La breve pero heróica jornada de San Lorenzo, fué el ensayo de aquel famoso Regimiento que legó hermosas páginas, y de donde salieron diez y seis de los más notables Generales, sesenta Coroneles y doscientos oficiales, gloria y prés del Ejército Argentino, llevando su bandera victoriosa desde el Plata al Ecuador.

Todos los que sobrevivieron al combate, recibieron un grado, ascendiendo San Martin á Coronel.

Para los muertos hubo palmas y honores.

A la memoria del Sargento Juan Bautista Cabral y Robledo, por decreto del seis de Marzo de 1813, se mandó grabar su nombre en una piedra incrustada sobre el frontis del cuartel, con esta inscripcion:

«Juan Bautista Cabral, murió heróicamente en el campo del honor».

Allí permaneció muchos años.

Caida y undida cerca de la entrada, fué un fragmento de ella con el que tropezamos, visitando las ruinas del Cuartel de Granaderos, como en 1861 habíamos casualmente descifrado la arruinada lápida del modesto cenotafio, bajo el que San Martin dejó, descansando sus restos en el Campo Santo del Convento, á pocos pasos de donde cayó sin vida.

X

Desde entonces en periódicos y folletines, tradiciones y Revistas hemos recordado este héroe, que fuimos los primeros en exhumar.

Cuando se levantó frente al Cuartel la estatua ecuestre de San Martin, propusimos se grabara su nombre al pie de ese monumento.

Cuando se erijió otra estatua á Belgrano, recordamos el deber de revivir héroes humildes de entre las filas de soldados, sin olvidar hazañas cual las del negro Falucho, y el correntino Cabral.

El Coronel Viejo-Bueno tuvo la patriótica inspiracion de hacer fundir en el Parque Nacional el modelo de Romaironi, y desde que saludamos sus toscas facciones en el bronce inmortal (Exposicion de 1881), insinuamos debía ser colocada en la plaza pública de su provincia natal.

Hoy queda allí como centinela perpétuo de esa tierra de bravos, donde San Martin y Alvear vieron la luz.

Por muchos años en la revista de tarde, el brigada de la compañía á que había pertenecido, al pasar lista, llamaba en alta voz: «Juan Bautista Cabral».

A lo que contestaba el Sargento más antíguo: «Murió en el campo de honor, pero existe en nuestros corazones.....Viva la Patria Granaderos!!»

Viva que era repetido por toda la compañía.

La visita histórica al campo de batalla de San Lorenzo, y las ruinas del Retiro, como las conversaciones con los señores Generales Zapiola, Escalada y Pacheco, son los recuerdos que nos han servido para trazar su tradicion.

Recojamos el digno ejemplo que nos legó por su audacia y abnegacion este modesto paisano de la campaña de Corrientes. *Su gloria es del pueblo como su oríjen.*

Que el grito de todos los argentinos, en la paz como en la guerra, sea siempre unísono y unánime el del Sargento Cabral.

¡¡Viva la Patria, compañeros!!

ENTRE SAN JUAN Y MENDOZA

Tradicion de 1816

Sr. Coronel D. Rufino Ortega

I

¿Cuál es la significacion de este adagio?

¿Será, como otras muchas, frase sin estricto sentido? ó algun tesoro anda por ahí estraviado entre San Juan y Mendoza?

Recien leemos el decreto nombrando comision de sabios para que salgan á buscar, no bueyes perdidos, sinó límites naturales ó arcifinios marcando definitiva frontera entre San Juan y Mendoza.

En la célebre velada de Antaño, de que esta tradicion es reportaje, esbozando más de un grupo, que por poco pasó á ser grupo histórico, dijo un quidam dado á investigaciones de dichos y hechos.

—Claro está, en esa tan larga y arenosa travesía donde ni sombra se encuentra, no hay frontera fija, pues ni es la zanja del Ramblon, pretendiendo separar las dos primas cuyanas, que juntas corren parejas, cual los rios *San Juan* y *Mendoza*, á la larga en uno confundidos, y como nunca tuvieron cuestiones por cuarta más ó menos, ni celos ó chismes de barrio, cítase de ejemplo en muchas cosas vagamente terminadas en límites indecisos, repitiéndose. que andan así como entre San Juan y Mendoza.

Otro más leído, agregó: «No tal, me lo contó mi abuela»..... ..

—Tan buen vino llegaron á hacer los frailes catamarqueños, cuyo primer pie de viña de Cuyo robaron, pretendiendo no dejarnos viña en pie, que al probarle catador cuyano, dijo, paleándolo con agri-dulce semblante: «Bueno ha salido el vinillo, como entre el de San Juan y Mendoza».

Otros cuentan que el lego Clarete, dado á refranes, y acaso el más borrachin de la comunidad, agregó en la reunion de marras:

—No, señores! que deletreado lo hé en nota marginal garabateada sobre viejo misal apolillado, del Convento, que, divisando á Noé subido á la parra y haciendo eses, corrió el perverso de su hijo á contar á sus hermanos: «padre anda entre San Juan y Mendoza», lo que entonces de refran quedó, repitiéndose al pasar cada fieque dando traspiés.

«A no menos lejano oríjen remóntase el de semejante dicho, aplicado al primer borracho, por la historia recordado.

Mentirola, y no Clarete, debieron llamar á tan avispado monaguillo.....

.....

Mientras desvisto una de esas hermosas de tinte topacio (vino de Mendoza), tan semejantes á las rubias hijas del Rin, de largui-cuello, preñadas de néctar color de oro, armemos el cigarrito, abriendo paréntesis al parrafito histórico.....

.....

II

En seguida que los hijos de la tierra corretearan á los ingleses que husmeaban ésta como buena presa, observaron ya la vieja España algo caduca para mandarnos desde tan lejos.

Todavía las paredes no tenían oídos. Algo sorda en su chochéz no llegaba el eco de tan distantes súbditos á los de España, y apenas si llegó el del cañon de Chacabuco y de Maipo, más ya era tarde. Pasado había de moda el papel de súbditos, al que mal nos avenimos en trescientos años.

Bendita época aquella del gorro frígio, y del ¡Viva la Patria!

Pero no debemos quedar siempre mirando para atrás, sinó alzar la vista bien alto, y ver lejos, no nos suceda lo que á la otra, tanto decantara aquello de que en sus vastos dominios no llegaba á ponerse el sol, que de mucho mirarlo se

quedó á oscuras, y hereditaria enfermedad dejó casi bizcos á sus descendientes.

Bien que aquellos buenos padres, que nos dieron patria, eran más pobres que Aman, nó que D. Aman Rawson, avecinado por los tiempos de esta tradicion entre San Juan y Mendoza, legándonos un tesoro de ciencia en su elocuente hijo Guillermo, sinó del Viso-Rey de Persia, al siguiente día de quebrar platos con su Soberano Assuero. ¡Cuán cierto es que la constancia y el trabajo hacen brotar tesoros hasta de las mismas piedras! ....
.. ..

III

A punto estaba de terminar su formacion el ejército de los Andes en el célebre campamento de Plumerillos (ciénaga hoy abandonada á la salida, hacia el norte de la ciudad).

Toros y cañas, sortijas y carreras, bailes y banquetes, juegos y Te-Deum, músicas y repiques, cohetes y campanas, embanderamiento y luminarias, globos y busca-pies, ó busca cabezas, todo se agotaba ya en los ultimos adioses del ejército, pronto á levantar campamento.

Era este más visitado que nunca. Por las tardes á la hora de lista, las señoras Escalada de San Martin y Cavenago de Luzuriaga acompañadas de las jovenes más entusiastas, concurrían á oír música y palabras bonitas en alegres cabalgatas, patriotas amazonas que electrizaban con su presencia y gentileza á los valientes soldados en vísperas de partir.

Por las noches, serenatas y tertulias de confianza (cual no volverán), reunían la brillante oficialidad, dejando más de un corazon aprisionado, ó enredado entre negros cabellos.

Resultado de tantas idas y venidas, cantares y cabalgatas, listas y revistas fueron los casamientos (durante la formacion del ejército), de los bravos oficiales Berutti y Regalado de la Plaza —Frutos y Ramayo—Pedriel y Nazar—Torres —Millan—Arellanos—etc., etc.

Otros quedaron comprometidos para la vuelta, aunque el soldado no siempre tiene vuelta.

Regresaron sí, Lavalle—Olazabal—Soler, á rendir sus laureles á los pies de bellas hijas de los Andes.

Y qué beldades! Algunas hubo como las de Correa—Molina —Corvalan—Jurado—Sosa— Sotomayor—Godoy—Benegas— Moyano—Delgado— Segura Videla—cuyas flexibles cinturitas

parecía cortara la ráfaga del zonda, al galopar, y palmitos de tentacion que hacían exclamar:

«Canela y azucar fué
La bendita Magdalena».

No en balde cantó despues el poeta Mármol:

. . . . «La hermosa mendocina
De cabellera negra y tez alabastrina».

. . . . . .

Mas, dejemos tanta belleza para capítulo aparte, que la boca se hace agua, y bisnieta de aquellas conocemos, reviniéndose de curiosidad por dar con el por qué del dicho, en entre dicho

. . . . . .

El genio fecundo del General San Martín, y el entusiasmo de los patriotas mendocinos hizo prodigios, creando elementos para equipar el gran Ejército, suministrando cuanto necesitára al escalar tan empinadas escabrosidades y pelear por todo descanso, coronando la jornada brillante victoria.

Cooperacion de la Nacion entera, formó la base de Ejército de los Andes, pero fué Mendoza inagotable fuente de recursos infinitos. Sus hombres le alimentaron, (los que no formaban en sus filas,) y sus mujeres vistieron aquellas legiones de héroes que flamearon la bandera de la libertad de un mundo, sobre su mayor elevacion

Los niños se hacían soldados, y los soldados—héroes. Las niñas de las Escuelas cortaban vendas y fajas, y las mujeres cosían.

Las ricas convertían sus joyas en fusiles, como hicieron en Buenos Aires Doña Rufina Ortega, Doña Remedios Escalada, y otras; mientras que las pobres deshilaban sus enáguas, trasformando el lienzo en compresas.

Hasta los frailes entusiastas, como el célebre Luis Beltran, convertíanse en mecánicos, organizando maestranzas y fundiciones, y soldando alas á los cañones que volaron sobre las más altas cimas de la tierra.

La solemne bendicion de las banderas para entregarlas al Ejército, se aproximaba. Seis dias de gorgorio duraron las fiestas.

En San Juan, en San Luis, en Buenos Aires, habíanse bordado unas. Otras preparaban en Mendoza las familias de Godoy, Corvalan, y la más hermosa mendocina de su tiempo, señora de Molina, á quien por su belleza seguíasele en el paseo y cuantas veces salía á su puerta de la esquina de la plaza.

IV

Se ponía el ultimo sol de Diciembre, el año que en medio de horizontes oscurecidos. y situacion preñada de conflictos y dificultades los padres de la Patria desde el pie del Tupungato declararon nuestra independencia, haciendo saber al mundo era la voluntad soberana del pueblo que representaban, no inclinarse ante otro trono que el de Dios, ni ante otra majestad que la del pueblo Soberano.

Trasponíase el sol de 1816 entre torvas nubes pardas, para levantarse el naciente sol de Chacabuco en los primeros dias de 1817.

La ultima ceremonia sería imponente.

Y era el cinco de Enero de ese nuevo año, cuando el ejército de tres mil hombres, de gran parada, formaba en la plaza principal.

San Martin, al pie del altar elevado contíguo á la puerta lateral de la Matriz, descollaba por su gallarda figura entre las de su brillante Estado Mayor.

Formaban éste, Soler—Balcarce—Luzuriaga—Godoy Cruz —Zapiola—Olazabal—Lavalle—Escalada—Quintana— nombres dorados por destellos de gloria cual cumbres más altas que los primeros albores sonrosan.

Banderolas y gallardetes de todos colores, poblaban los aires, y los alamares, las avenidas y los árboles más corpulentos. Damascos, tapices y colgaduras pendían de puertas y azoteas.

Las más bellas señoritas, de azul y blanco vestidas, coronaban todas las alturas. Los niños de las Escuelas con los colores de la patria en bandas y banderolas, y sus Preceptores. Medeiros y Morales, (los dos Franciscos,) padres intelectuales, de dos generaciones de mendocinos. El futuro Doctor Estrella llevaba el estandarte. A la derecha del altar un grupo de descendientes de los fundadores. La casualidad reunía miembros de las familias de Castillo—Villarino—Lemos —Coria. A la izquierda, jovenes oficiales mendocinos precedidos por el cirujano de Granaderos Doctor Zapata—Villanueva—Moron—Corvalan—Correa—Godoy—Chenaut—Molina y Videla.

Los niños cantan.
Los ancianos lloran.

El Ejército presenta las armas. Los tambores baten marcha.

El General en Gefe tomando la bandera de la patria de manos del Capellan Castrense Doctor Giraldes, que acababa de bendecirla, avanza hasta el borde del tablado, y dice con voz vibrante.

¡Soldados! Esta es la primera bandera independiente que se bendice en América. Jurais sostenerla, muriendo en su defensa, como yó lo juro?

Lo juramos! respondieron cuatro mil voces .....

Y las tres descargas de ordenanza resonaron, y salva de veinte y un cañonazo se siguió. Y cohetes, bombas y campanas atronaron los aires, y el cañon retumbó al pie de los Andes, como eco precursor de la próxima victoria.

Aquel dia fué completo. Bendicion de banderas por la mañana, corrida de toros por la tarde, baile suntuoso á la noche .....

.....

Qué toros, y qué toreros! El Capitan Mansilla descollaba entre los capeadores; Don Juan Lavalle, entre los picadores. El Capitan Nazar, primer espada; O'Brien, (futuro General,) engrillado con cintas de seda saltó al bicho,—y Don Juan Apóstol Martinez Capitan de Granaderos á caballo, el más travieso genio y mejor catador de pisco, cabalgó sobre el toro, desnucándole de una puñalada. Isidro Suarez, el héroe de Junin, fué quien más se lució como enlazador. Los dos amigos, tenientes entonces, Francisco Crespo y Venancio Ortega, descollaron en lucidas suertes .....

Por la noche, y como de sobremesa, en la de mantel largo con que el Licenciado Don Manuel Ignacio Molina, (casa donde se hospedó siempre San Martin en sus siguientes viajes, comisionado de Cuyo que mandó más recursos desde Buenos Aires, dineros, armas y auxilios que todos los demás comisionados juntos), celebraba á la Vírgen del Cármen, proclamada solemnemente esa mañana patrona del Ejército de los Andes.

Fué á los postres que ocurrió al opulento señor de Vargas, introductor del primer carruage y la primer banda de música, traer de nuevo la cuestion—entre San Juan y Mendoza, y el auditor Dr. Vera, con más latines que Lársen, vació toda su ciencia en las referencias predichas, recordando el convite de marras. Siguióle el primer Rector del Colegio de la Trinidad, que no atinó á agregar nada nuevo, cuando Don Pedro Molina, segundo Gefe del Batallon de «Cívicos Blancos», agregó, que la mayor parte de sus soldados con tantos dias de chirivanga seguían esa noche banboleando, *entre San Juan y Mendoza.*

V

Interrogado detenidamente el poeta Godoy, por el Doctor Rosas, que era hombre de mucho peso, contestó con el siguiente apéndice histórico en que despues de tanto burogear entre anales pátrios llegamos á descubrir el secreto.

« Quien abra cualquier historia del país, convenceráse no reconoce otra razon tal adagio que la repetida por mi compadre :

«Entre San Juan y Mendoza no solo poblaron estos desiertos, dejados de serlo por la propagacion de Juanes y Mendozas, sinó toda la region argentina, y casi la mitad del nuevo mundo.

«Aunque el cuento es viejo, prueba al canto, que la tradicion ratifica la historia.

«Desde Don Pedro de Mendoza, primer adelantado del Rio de la Plata, quien trajo del mismo sobre nombre y familia, á D. Diego, D. Francisco, D. Gonzalo y D. Anton, como primera andanada de andaluces, introductora del garbo y exageracion que heredamos, hasta D. Andrés Hurtado de Mendoza, primer marqués de Cañete, quien poco despues gobernaba los Reynos del Perú, desparramaron más Pedros y Juanes, Mendozas y Mendocitas en Perú, Cuyo, Paraguay y Buenos Aires, que mala semilla.

«Hasta el interior de Santiago, llegó de Chile en un respiro que le dieron los araucanos á D. García Hurtado de Mendoza, hijo del Virey ante dicho, otro Anton de su ralea, mandando á D. Pedro del Castillo con los cien bravos que echaron los cimientos de esta ciudad á la ribera del río, que desde la cumbre venían costeando, dejando su nombre en él, y en la poblacion, en su recuerdo así llamada.

«Dos años despues levantaron San Juan á la orilla del río de su nombre, por el precursor que los guiaba.....

«Ahora en cuanto Juanes, la partida es más numerosa, y de Juanitos y Juanillos está poblada la tierra.

Por algo se dijo :

« Las sobrinas de los Curas.
« Que se casan con los Juanes
« A los cuatro meses.....
.....
.....

A los cuatro meses qué ?

—No sea curiosa joven lectora, que feo pecado es, y el de la curiosa Eva purgando está toda su descendencia.....

«De Juanes aparece un cardumen en exploradores, fundadores y conquistadores.

«Juan Diaz de Solís abre la lista, el más excelente Juan de su tiempo, primer Juan sin miedo que asoma las narices por el rio de su nombre, llamado despues impropiamente *de la Plata*.

«Al poco rato se presenta por esas tierras, ó más propiamente sobre las mismas aguas, Mendoza, con una brillante plana mayor de Juanes tenorios, como que venían del país de la canela, y del saqueo de Roma.

«Juan de Osorio es el Gefe de su armada, Juan de Ayolas su alguacil mayor.

«Lo que mal empieza mal acaba; y esta primer expedicion de Mendoza que empezó con el rapto de una rubia canaria, y por el que los tenerifes persiguieron á un su primo del mismo nombre, seguido fué del asesinato del primer Juan en América. Y acabo como había empezado. Ni el Gefe llegó vivo á su tierra.

«Pocos años despues, un mi tocayo con sesenta hombres fundó Buenos Aires, que Mendoza con dos mil quinientos no pudo sostener.

«Todos los primeros adelantados llevaron ese mismo nombre—Sanabria, Zalazar, Ortiz de Zárate, y cuando Gonzalo de Mendoza llega de teniente Gobernador de la Asuncion, y hasta que el Capitan Juan Ortega es encargado de aquel Gobierno, 1564, encuentra que aun el primer comunero llamóse Juan de Padilla.

«El mismo nombre se repite entre los fundadores de las ciudades argentinas, á punto de que la mitad por lo menos, fueron fundaciones de Juanes.

«Juan Perez de Zurita, funda á Santiago, y Juan Nuñez del Prado á Catamarca, Juan Ramirez de Velazco, á la Rioja, y Juan de Vera á Corrientes.

«El fundador de Santa-Fé y Buenos Aires apenas trajo treinta pares de su nombre entre los pocos fundadores de esta ultima.

«Lluvia de Juanes aparece por todo el horizonte, y donde no se encuentra un Juan es por que no hay habitantes.

VI

«Los primeros cargos, las cabezas visibles en ese mar borrageado de la historia, no solo en la Intendencia de Cuyo,

sinó en todo el país conocido, en cuanto alcanza la vista, de Buenos Aires al Perú, el mismo nombre es repetido hasta el infinito por todas partes.

«Qué familia decente no cuenta al menos un par de Juanes?

«Juan Torres de Vera y Aragon fué el cuarto Adelantado, y desde el primer Alcalde en la Capital, se llamó Juan Pabon, bien que allí Don Juan de Garay un regimiento de su nombre sembró por ambas márgenes del Paraná.

«Si estará justificado el refran cuando afirma que entre San Juan y Mendoza poblaron la tierra.

«El santo bautizador, por que no permitió le rompieran el bautismo á ninguno de los precursores en su oficio de civilizar estos mundos; y Mendoza por el largo reguero de mendocitas y mendocinas que dejó en pós de sí.

«Y si agregamos que los Juanes son los que tienen más hijos y hermanos, podemos asegurar que nunca se extinguirán.

«El Señor de Corvalan, aquí presente, testigo es de que su hermano Juan, no tiene más que veinte y cinco hermanos; Don Juan Manuel Torrero, solo ha tenido diez y nueve hijos, y su compadre, el bueno de mi tocayo, Don Juan Manuel Rosas, únicamente veinte y siete hermanos.

«Oh! que desgracia, soy el único Juan infecundo, como mi Musa»..... .....

Así acabó su narracion de sobre mesa el poeta más chusco y feo, al par que galante y cumplido de cuantos produjo la cuyana tierra.

Sabeis yá, porque se dice entre San Juan y Mendoza.

Si dijeras lector, no ser comento.
Como me lo contaron te lo cuento.....
.....

Servido habrá al menos vuestra curiosidad al través de la histórica investigacion, para recordar nombres de tanto nombre, bien que tan ingratamente olvidados.....
.....
.....

Mas, tengo para mí por cierto, que tal abundancia de Juanes y Mendozas desde los primeros tiempos en las tierras de Cuyo y en toda la region argentina, poblaron realmente, y repoblaron el país entero, entre tocayos del Santo Bautista,

y del nombre que conmemora la ilustre ciudad de Mendoza, apareciendo como florido nido de flores sobre verde valle de esmeraldas.

Pacientes lectoras, que mi cuento, que no lo és, no os deje mareadas, ya me entienden, así, así: *entre San Juan y Mendoza*.....

LA MESA DE RIVADAVIA

(Tradicion del año 1822)

Al Señor Don Juan Madero

I

Tanto como las loterias se prohiben, las rifas se multiplican.

La rifomanía nos sigue, nos persigue, nos rodea é invade y bloquea, y con rifas de caridad que no la tienen para el prójimo, ni el transeunte, tropieza éste por calles plazas y paseos.

Extinguiendo ván estas tan sublime sentimiento, como evapórase la pública beneficencia explotada por mendigos de contrabando, en lejanas tierras hechos para la exportacion.

Así en tiempos de anunciarse en rifa, que no lo és, cierto anteojo de larga vista, de San Martin, que nunca llegó á là suya, sin duda por haberle dejado de corta vista sus largas campañas, y en la que el agraciado con cualquiera cosa lo será, menos con anteojo, caénos á la mano entre papeles de mudanzas, estos viejos cuentos de ayer.

El erudito patriarca de nuestras patrias tradiciones, testimonio há de dos vivos y un muerto, en comprobacion de autenticidad no disputada, sobre el célebre catalejo.

Pero la mesa que tengo el honor de presentar, es de Rivadavia legítima, nó hija espurea, jacarandá puro de acaramelado relumbre, barnizado por el tiempo.

De metro y ochenta y seis por uno de ancho, y de setenta y siete centímetros de altura, sobre sus ocho pies tallados, ahí está á la cabecera del espacioso salon de la Biblioteca de San Fernando de Buena Vista, aislada, triste y sola cual reyna destronada, mudo testigo de solemnes escenas, grave y misteriosa, pero no abatida, creeríasele envuelta en la majestad de pasada grandeza.

Firme como tabla, y rica tabla toda de una pieza, guardado hán sus cuatro cajones largos y angostos los más importantes proyectos del ilustre prócer, que si nó canas lustre le sacó, en el diario roce de su incesante labor.

Cuando el Sr. D. Bernardino Rivadavia dictaba, paseándose á largos pasos en el salon de su despacho (antiguo Fuerte de los Vireyes, trasformado en mansion de Presidentes,) esta mesa parecía agobiada bajo los pensamientos del gran estadista, en planos y proyectos, acuerdos y decretos sobre ella esparcidos.

Proponía en uno la creacion de Bolsa que facilitara transacciones comerciales; fundaba en otro la Universidad, cuarenta años retardada desde su cédula de creacion, sobre los cimientos de los calabozos de Oruro, levantados para los que iniciaron la primera tentativa de independencia en 1780; inauguraba con uno de sus más elocuentes discursos la Junta Representativa; y por otro decreto creaba el Archivo y el Registro Civil, el Crédito Público, y así proyectaba leyes y decretos sobre inmigracion y colonias, al mismo tiempo que difundía la educacion popular, abriendo escuelas por todas partes, y mejoraba las cárceles. Proveía tanto á la pena de los culpables, como á la recompensa de la virtud, instituyendo premios á la industria, á la moral, al amor filial, al amor maternal, decretaba la libertad de imprenta y la dignificacion de la mujer y del niño. por la instruccion y el trabajo. Fundaba la sociedad de Beneficencia y la Vacuna, el mismo día que el Crédito Público y la emancipacion de los libertos. Restauraba la Catedral con el arquitecto de la Cámara Mr. Catelin, y con el hábil ingeniero Mr. Santiago Bevans, trazaba el ensanche de las fronteras—del Puerto en balizas ó Ensenada—Canal en San Fernando—canalizacion de las Conchas canal de los Andes, y ensanchaba plazas y boulevares, como el del Callao.

Su obra fué larga, y estadística, reforma eclesiástica,—reforma militar,—fomento de agricultura,—reglamentacion de Hospitales,—plan de estudios—registro de marcas—Policía marítima—premio al estudio—Tribunal y Facultad de Medicina—Sociedad Literaria- Mercados—empréstitos—Colegios de niñas

—templos en campaña—Colegio de Huérfanas—Escuela de agricultura—Banco Nacional—Departamento de Ingenieros—Departamento topográfico—Monumento á la revolucion de Mayo—Constitucion Nacional—Puerto de Buenos Aires, en fin, todos sus proyectos nacieron así dictados al paseo, ó de estos paseos dictados.

II

Esa antesala á la Presidencia, desde su Ministerio en el Gobierno del General Rodriguez, fué la era más laboriosa, y acaso en el porvenir tambien la más fecunda, pues aquella lejana simiente ha fructificado.

Sobre la mesa de la presente tradicion trazados fueron todos sus grandes proyectos.

Luego que en su previlegiada cabeza germinaba luminosa idea, dábale forma corpórea en el papel, y muchas veces dormian ó se sazonaban en los ámplios cajones sus proyectos, donde cual bajo ánforas sagradas, misteriosa incuvacion trasformábalos, como al invisible toque de mágica vara, en portentosas obras, solo por él presentidas.

«El Ministro de los proyectos», llamábale la oposicion, porque sus adversarios, que eran muchos (siempre fueron más los ignorantes,) no le dejaron tiempo de realizar la mitad de los que proponía.

Todavía cuando hoy se propone un dique en San Fernando, —Puerto en la Ensenada—boulevard Callao, ó canal de circunvalacion en Maldonado, Conchas ó Barracas, apenas señálase obra por el gran estadista insinuada.

Nunca con más verdad vióse aquí que la paradoja de la víspera es la realidad del día siguiente.

Aun creeráse sueño, que, día, acaso no lejano, veránse descender cargados de los ricos frutos del interior, barcos levantando el ancla al pie de los Andes, cruzando toda la vasta region desierta, ó las que hoy remontan el Pilcomayo—el Bermejo ó el Negro, llegar hasta el pié de las altas cordilleras, y Rivadavia fué quien desde 1821 lo propuso.

El manuscrito más abajo trascripto, solo es un fragmento en borrador de su proyecto de canales interiores, y los proyectados al presente como nuevos y orijinalísimos, de reconocer deben su orígen en los estudios, planos y trazados que á su efecto hizo practicar, y para cuyo objeto contrató ingenieros especiales en su ultimo viaje á Europa.

Todavía se leé como nuevos, viejos proyectos de ayer. Y hé ahí sobre todas la gran obra de Rivadavia.

El sembrador ha muerto, pero su cosecha nó, apresurémonos á recojerla.

El fué infatigable, en su incesante propaganda saltó sobre todos los escollos. Liga de caudillos, contra todo lo que hacía y deshacía *el porteño*, desde Buenos Aires, oposicion en la prensa, en las Cámaras, en círculos de tembleques pelucones que temían empujara demasiado de prisa el carro del Estado, empantanado en los andurriales de la montonera, guerra exterior, guerra interior, oposicion de frailes, oposicion de militares, y á pesar de todo, él hizo en solo un año, lo que ni antes ni despues otro sobrepasó.

. . . . . .

Al acabar de dictar un decreto, ó nota cualquiera, leíala de la cruz á la fecha, y despues de poner la firma, pasaba su pañuelo sobre la tabla, recomenzaba los paseos de uno á otro extremo del salon y seguía dictando.

Y á quiénes dictaba? A veces era al Sr. D. Domingo Olivera, oficial primero,—á D. Valentin Alsina, su discípulo,—á D. Juan María Gutierrez (su biógrafo despues), joven escribiente entonces, á quien más de una ocasion pilló en infraganti delito de lesa poesía, garabateando silvas ó ditirambos al márgen de una nota.

III

Si cual á Esopo, Lafontaine ó Samaniego fuéranos dable hacer hablar, ya no á las piedras, ó animales, que duros caletres conocemos de hombres á animales parecidos, y sin embargo hablan, —sino siquiera á los árboles ó sus astillas, en parábolas ó apólogos contaríamos la tradicion de esta histórica mesa, pues á no dudar, es mesa de mucha historia.

Pero la mesa sin ser mesa parlante, habla sola. Todo está en saberla interrogar.

Cuántas eminencias, así de las postrimerías del Vireynato, como de los comenzamientos de nuestra nacionalidad, platicaron á su alrededor!

Cuántos proyectos de importancia pasaron de embrion á realidad, cosa tangible y útil, desarrollándose sobre su tabla!

Uno solo de los documentos sobre ella escritos, la carta á D. Juan Harratt, primer introductor del merino en el Rio de la Plata, llegó á trasformar y centuplicar la riqueza pastoril, ¡cuán productiva ha sido!

Cuántas veces agobiada bajo el peso de tan fecundas ideas descanzó esa gran cabeza, apoyada en el brazo sobre esta mesa, cuando de la mano fatigada caía la pluma para meditar!

Cuántos suspiros de desaliento, de postracion ó desencanto escapados de aquel pecho tan robusto como su inteligencia, resonaron en las concavidades de esos cajones abiertos para guardar y sazonar sus improvisados proyectos!..... ....

Mesa era esta que mucho dió que hablar, como su dueño.

Sobre ella habíamos oido otra más poética tradicion.

Antiguas historias cuentan, fué construida de hermoso cedro, en los frondosos bosques de Misiones, prolíjamente trabajada por el más hábil guaraní, entre los ebanistas salvajes de la Reduccion de Jesús, gran tocador tambien de caramillo, ó agreste flauta pastoril, adoctrinado en aquella Reduccion.

Que cuando en 1766 se envió á los pobres Misioneros con la música á otra parte, el primero de los poetas argentinos, cronológicamente hablando, mandóla aguas abajo, al Gobernador Bucareli (su Secretario Labarden), como recuerdo, por haber sido del General de los Jesuítas en Misiones; y de aquel pasó á Vertiz, y de Virey en Virey llegó al del Pino, quien repudiándola, pues no era de su familia (y para que sirva la astilla ha de ser del mismo palo), entre los cachivaches y vejeces que con su hija dió ese Virey á Rivadavia, tócole en dote.

Así, casualidad mayúscula, á reunir vino á su derredor las ultimas celebridades de la Colonia y las primeras de la Patria naciente, escribiéndose sobre su tabla rasa las ultimas imposiciones de la tiranía, y los primeros decretos de la libertad.

Oh! si esta mesa hablara!

Pero, ahí está, callada, como descansando, en el receso de su activo trabajo, de tanto importante proyecto sobre ella desenvuelto, de tantas ilustradas discusiones á su alrededor suscitadas, cual si en las profundidades de los vacíos cajones resonara aun el eco de tantas elocuentes palabras.

Cierto día que la registrábamos con más minuciosidad, observando su ensambladura, detalles de ornamentacion, filetes y molduras (notable trabajo para su época), escudriñándola de arriba abajo, forcejeábamos por abrir el ultimo de sus cuatro cajones, haciendo juego con otros cuatro figurados. Al ceder tras larga resistencia, gritó. Chirrido seco, agudo, estridente, semejante á lamento largo tiempo comprimido, sorprendiónos. Había algo en aquel sordo ruido sin eco de quejido de ultratumba en olvidada concavidad, y cual cuerpo muerto que caé, amarillento arrugado y carcomido pequeño papelito cayó.

El empleado que nos acompañaba en la histórica visita, tomó pie para reprender al portero por dejar papeles súcios hasta dentro los muebles, y siguió enseñando el contíguo, escritorio de campaña del Almirante Brown, bajo la primera bala de ochenta que voló sobre el Paraná, en el combate de Obligado. Como quien recoje insignificante migaja, al canasto destinada, le guardamos.

Cuál fué nuestra sorpresa, cuando buscando por la noche algo con que encender el gas, distinguimos en el ennegrecido enrolladito al empezar á prenderse, algunos rasgos, y como á letras ó patitas de moscas parecidas.

Olvidado en el ajuste de un cajon se había pasado medio siglo aquella preciosa reliquia.

La curiosidad aguijoneaba, y no con poco trabajo y delicadeza pudimos desdoblar sus cien repliegues. Por fin tendióse más grande de lo que aparecía. Amarillenta, rubia y destruida su escritura, apenas alcanzaba á deletrearse, en uno que otro renglon menos carcomido. Lo que el tiempo no había borrado, la polilla había viruelado.

Qué hallazgo! Indudablemente autógrafo legítimo de Rivadavia! Pero, el papelito aquel no decía nada; más probable es fuera fragmento de nota borroneada por alguno de los ilustres escribientes mencionados.

De estadista ó poeta, papelito era de muchos años de existencia, salvado en la honda huella de un cajon, é infundíanos el respeto que todo lo antíguo despierta.

Muy poco se entreleía, pero, tiene tal atraccion cuanto deja algo por adivinar, que sus mismos indescifrables geroglíficos seducíannos con su misterio.

Por muchas semanas pasamos sin conseguir nada hasta altas horas de la noche quemándonos las pestañas ante aquellas borradas letras.

IV

La casualidad vino á destruir en parte el misterio del inteligible manuscrito.

Publicábamos por entonces «Las estatuas de la Universidad,» libro conteniendo biografías de Rivadavia—Saenz—Gomez—Alcorta y Diaz, fundadores de ese Establecimiento, á quienes el gobierno del Dr. Obligado decretó estatuas, cuyos nichos al respecto en el frontis las esperan aun. Coleccionados todos los retratos, nos faltaba el ultimo. No existía, pero vivía una

hermana, su vivo retrato. Era el célebre matemático D. Avelino, con poyeras. Existía más, un gran artista, hom-bre de talento y de corazon. El ilustrado ingeniero D. Cárlos Pellegrini, quien había relacionádose frecuentemente con todas las notabilidades del país, desde la epoca de Rivadavia, conocía y recordaba al Sr. Diaz, de memoria.

El ilustre francés acababa de cantar en la poética lengua de Lamartine, el más bello himno en honor de Rivadavia, promotor de tantas obras.

La noche que á nuestra instancia se decidió tentar un esfuerzo de su lápiz admirable, reuniendo todos los recuerdos de la suave imágen de su buen amigo, revivido ante la hermana, produjo como un milagro de esfuerzo intelectual la plácida fisonomía del Sr. Diaz. Hablando de nuestro hallazgo, nos dijo: «Traígame el papelito, conozco perfectamente la letra del Sr. Rivadavia.»

Menos tardó él en expresarse que en desdoblar nosotros la reliquia.

El buen señor de Pellegrini, tan afable siempre para cuantos se le acercaban, se caló sus anteojos, empezó á deletrear, y á poco andar, emocionado hasta las lágrimas deslizáronse estas en silencio.

—¿Es Rivadavia hablando despues de medio siglo? interrumpiendo nuestra impetuosidad su emocion.

—No, nos dijo. Es letra para mí muy querida. Es su pensamiento, su iniciativa, uno de tantos proyectos surjidos de su mente poderosa, y trazados por mi señor padre político D. Santiago Bevans, ingeniero que él hizo contraer expresamente á la realizacion de sus grandes obras, penetrando con aquel tacto especial que Rivadavia tenía las personas y su importancia á primera mirada.

«Es la letra de padre, reconózcola en su diminuto perfil, y esto es sin duda un fragmento de tantos de Mr. Bevans, sobre los trazos que acostumbraba pasar Rivadavia á su estudio, y que él desarrollaba, proyectando canales de navegacion, facilitando la viabilidad, proporcionando abundante regadío á zonas inmensas hasta el presente vejetando á la buena de Dios, y cual los primitivos tiempos de Abraham y los pastores de la Caldea.

Cuando llueve viene la hacienda gorda, y cuando hay seca su mortandad. Sin perjuicio, que si la lluvia es mucha engrosan por ella los rios y sus desbordes y la inundacion de sus derrames hacen morir animales por millones, cuyos restos putrefactos generan pestes.

Todo ello se proponía estirpar el Sr. Rivadavia con este y otros luminosos proyectos que sus enemigos, más bárbaros que los de la pampa, impidieron realizar.

Vías de comunizacion cuya escaséz esterilizan las naturales riquezas, amplia y generosa inmigracion, por todos los medios atraida, y educacion por todos los extremos difundida, eran los tres tópicos sobre que fundaba la más rápida y progresista reforma de la naciente nacionalidad.

A qué repetir en vano que hoy como entonces y como sesenta años atrás, sobre esos tres factores reposa la trasformacion del país.

Caminos—Inmigracion—Educacion.

Pero he aquí, despues de ímprobo trabajo traducido lo que aquellas patitas de mosca decían, ó de lo que de ellas pudo entenderse.

V

.....« ahondar las vertientes del Arroyo Maldonado, en cuyas inmediaciones extiende sus aguas por el bajo de los hornos. Con poco esfuerzo empújanse por el bañado de Flores sobre el Rio Matanzas, saliendo al Plata por la Boca.

«El segundo canal de circunvalacion no es más difícil:

«El río de las Conchas, que desembocando al Lujan corren ambos al Plata, nace en el arroyo del Durazno, y á corta distancia, en la isla de este nombre, empieza el Matanzas. A poco andar engrosa á este ultimo el Cañuelas, y conjuntamente entran al Plata por la misma Boca. La simple escavacion de dos ó tres leguas uniría las nacientes de ambos, sin que cueste mucho profundizar, luego, los rios de las Conchas y Matanzas.

«Tercera. El río Salado nace arriba de la Mar Chiquita, en la laguna del Chañar. Para unirlo al arroyo del Sauce hay estrecho espacio que zanjear, por donde vendría á caer al río del Salto, y engrosando éste el Arrecifes, desembocaría al Baradero—por el Norte—afluente del Paraná, y el otro extremo del Salado en el Plata sobre la Ensenada de Samborombon.

«No lejos de la susodicha laguna del Sauce, naciente del Salado, llegan cerca de la Guardia de la Esquina los derrames del Carcarañá, que cae al Paraná—al Norte de San Lorenzo.

«Pero por este lado, y un poco más arriba, está el otro Sala-

do del Norte, que cruzando las Provincias de Santa-Fé y Santiago, con ese nombre recoje las aguas del río Juramento, en Salta, y las del Rosario en Jujuí.

«Todavía más. Puede seguirse los desagües de los arroyos Salado y Azul, por un lado, mientras que por otro se recojan las aguas de las Lagunas Grandes al río Matanzas y las de la de Lujan al de Navarro, y más al Sur, trazar otro canal con las lagunas de Guaminí por el Saladillo y Las Flores al mar, ó la de Navarro, enlazada con el Salado, siguiendo por la Cañada de las Garzas, atravesando la laguna de Lobos desembocaría en las encadenadas del Norte.

«Otro canal de navegacion podría hacerse desde el Azul por el Salado y San Borombon, ó desde Guaminí por el Saladillo ó Las Flores, corriendo un canal artificial al Salado.

«Puede enlazarse igualmente la Laguna Grande con Matanzas y la de Navarro con el Lujan por canales navegables.

Luego estudiado más el Río Negro del Sur, engendro del Neuquen y Limay, se verá si es posible remontarlo hasta la laguna del Nahuel-Huapí, y no será difícil que por sus derrames del otro lado de la Cordillera, llegára la embarcacion que alzára sus anclas en el Cármen de Patagones, á un puerto en el Pacífico .....

Renglones menos inteligibles hacían imposible la descifracion en la parte inferior de la hoja carcomida por la polilla y dobleces.

Así en su camino ascendente, uno y otro proyecto de navegacion interior iba generando el del canal de los Andes del Puerto en la Ensenada y otros.....

VI

Despues de sesenta y cinco años todavía nos abisman los millones que costará la canalizacion de una sola de las Provincias. El vasto genio de Rivadavia abarcaba en sus multíplices proyectos canalizar toda la República cuando las vías férreas no eran aun conocidas.

¿Cuánto tiempo, cuántos brazos y cuántos millones se necesitarian para todo ello?

« Este hombre es un iluso, decían las gentes por más sensatas tenidas. »

Menos calculaba él eso, que los millones, riquezas y bienestar reportable por una de sus menores obras, que no le dejaron tiempo de implantar.

Pero despues de medio siglo de distancia podemos contestar por él.

«Costaría la mitad de los millones gastados en la guerra civil, la cuarta parte de los brazos esterilizados en ella, la octava parte del tiempo empleado en matarnos.»

Rivadavia sí fué verdadero claro-vidente, y ante la mirada de su genio se aclaraban los horizontes del porvenir más lejano.

No calculaba lo que costaba su portentosa obra de canalizacion, pero sí sabía cuánto reproduciría.

Convertir en navegables todas esas corrientes, hoy inundando en sus crecientes, utilizar inmensas zonas, llevar la fertilidad por un sistema hidráulico sencillo hasta las regiones más estériles; facilitar el trasporte; reemplazar la pesada carreta tucumana, navío del desierto, por canales navegables, extendiendo el tráfico hasta los confines del territorio; y dar derecha salida al mar á los productos de las más remotas tierras; suprimir al indio y al bárbaro, por la viabilidad; utilizar esa fuerza (hoy perdida) de las mil corrientes, que cayendo sobre molinos triturán los granos de toda la campaña; convertir todos esos arroyos y lagunas y canales, en fecundas arterias que vivificarían el interior, por el comercio y la industria: dar vida y movimiento á las mil máquinas de la industria rural, dirijiendo esa fuerza hoy destructora de la corriente no encauzada: hacer convertir un peligro, en un beneficio: suprimir la inundacion que devasta, y reglamentar la fuerza que moviliza lo inerte, beneficio para la Nacion, para el mundo entero, para los sobrantes de las viejas naciones, con la inmigracion que yá ensayaba aclimatar, estos eran los puntos que tenía en vista, y no preguntaba cuánto vale el engrandecimiento de un pueblo.

Con solo lo que ha producido uno solo de los factores de progreso introducido por Rivadavia (el refinamiento de la raza ovina), convertiría en realidad tan portentosos proyectos.

Entonces parecian éstos colosales. Hoy, raquíticos quedan al lado de los presentados para cortar la Florida desde el Océano al Golfo de Méjico, proporcionando nueve millones de hectáreas á la agricultura.

Aun despues de haberse abierto el istmo de Suéz y perforado Mont-Cenis todavía, entre nosotros se duda pueda la locomotora que sale del Plata trasmontar los Andes. Entonces el sublime visionario llegó á vislumbrar que una barca salida de este lado del Océano, (Cármen de Patagones), por ejemplo, podía remontar la Cordillera y echar sus anclas en puertos del Pacífico.

Despues de sesenta años un nieto persigue el derrotero esbozado por el genio de su progenitor, y el Comandante Rivadavia, continuando la estela de la nave del Comandante Obligado (D. Erasmo), primer marino argentino que llegó á la laguna de Nahuel-Huapí, sigue el mismo itinerario, luchando por tornar en realidad benéfica la vision profética del ilustrado abuelo.

VII

Era D. Bernardino Rivadavia, de un feo subido: bajo, grueso moreno, luciendo muy sin desgarbo con su calzon corto contrahechas pantorrillas; pero bajo ancha y espaciosa frente dos verdosos ojos de indefinido tinte en el extremo de su dilatada pupila iluminaban el amulatado semblante.

Sapo del diluvio, le había puesto el travieso fray Castañeda, por su incesante sátira, hasta en el destierro perseguido, y por su téz sebruna y renegrido pelo ensortijado, mulato, sin serlo, le llamaban los seráficos, cuando inició la reforma eclesiástica al grito de: ¡Los frailes á su Convento!

Pero si bien nada tenía que agradecer á la belleza, su correccion era perfecta en todo sentido, así en su traje como en su frase. Esa pulcritud de detalles, la gravedad de sus modales, la majestad de su porte, lo culto en las maneras, su espresion bien intencionada imprimía como acento de honradez á todos sus actos y palabras, (maestro en el buen decir), que iba poco á poco cautivando y disimulando, hasta hacer desaparecer en el trascurso de su conversacion atrayente lo poco favorecido de sus facciones.

Pero cuando realmente se trasformaba, á punto de llegar á iluminarle interiormente la llamarada del genio, derramando claridad y placidéz en su semblante, cambiado por la espresion de entusiasmo, era al exaltarse en defensa de pátrios intereses.

Así de pacífico vecino se improvisó valiente Capitan cuando legiones estranjeras invadieron los hogares. De triunviro se convirtió en Dictador, cuando sus colegas Pueyrredon y Chiclana, menos enérgicos que él, tituveaban ó andaban un tanto remisos en colgar los autores de la contra-revolucion que hubo de ahogar la de la Independencia.

Opúsose el único en los consejos de gobierno á que desde Buenos Aires se pretendiera mandar hasta en sus mínimos movimientos á ejércitos que operaban á cuatrocientas leguas, y Belgrano y San Martin, con su sublime desobediencia, ordenan las victorias de «Tucuman» y «Chacabuco». Asediado por todas

partes, declara la guerra al vecino Imperio y decreta el triunfo de Ituzaingó, que Alvear alcanza en campaña de cuarenta dias.

Su vasto talento rayando en el genio, lo abarca todo. Con clara mirada sobre el porvenir todo lo previó, lo preparó, lo estudió y lo ensayó. A qué punto del horizonte no alcanzó su perspicaz mirada? A dónde no llevó su palabra vehemente, é iniciativa incansable?

Así tras ímprobos esfuerzos, los suyos atrajeron en torno de sí la expresion de la más alta ilustracion argentina, como errantes satélites que gravitan al rededor del genio.

Funda una Universidad, y sus primeros Catedráticos se llaman Saenz—Diaz—Agüero—Lafinur—Alcorta.

Convoca un Congreso que echa los cimientos de nuestra Constitucion, y sus primeros oradores fueron Gomez—Agüero—Gorriti—Zavaleta, las cumbres más altas del foro.

Tocó á las puertas de la Iglesia para abrirla de par en par por la tolerancia y la caridad cristiana á todas las creencias, reformando su disciplina desde antes de la revolucion relajada, y levantando bajo sus naves altar á todas las esperanzas.

Nunca brilló más alto el clero argentino en sus más dignos representantes y en ilustraciones como Agüero—Gomez—Funes—Zavaleta—Gorriti—Planchon.

VIII

Todavía mal apagados los ecos del cañon de la Independencia surgió un rompimiento con el vecino Imperio en su camino absorbente, y á su voz acudieron formando la vanguardia de la Patria los héroes de cien combates.

Alvear—Soler—Olazábal—Paz—Lavalle—Olavarría—los más ínclitos guerreros, del otro lado de la frontera fueron á probar que los sables de los Andes no habían olvidado su oficio de victoria.

Jamás resonaron en la tribuna, la prensa, ó la lira acentos más elocuentes que en aquel año de oro de la literatura y la poética no tenía rival en América durante la época de Rivadavia.

Porque así en la industria como en las ciencias, en las letras como en la política, Rivadavia, hizo época.

Tras los poetas de la Revolucion—Lopez—Rodriguez—Lafinur—Lucas—los Varela—Echevarría, hacian vibrar en sus liras de marfil la más dulce y entusiasta poesía.

Y trasportaba de Europa ilustraciones como Mosotti—Mora—Angelis—Catelin— Bevans—Pellegrini, é influía para enviar á estudiar á aquellos más adelantados centros, jovenes de esperanzas como Bosch, Portela, Bustos y Echevarría, que muy luego descollaron en la medicina en el ejército y en las letras.

Así su gran obra no está solo en lo que inició, en su ejemplo de administracion honrada, sinó á más, y muy principalmente, en los gérmenes mil de progreso que esparció á manos llenas hacia los cuatro vientos.

Abrió de las puertas de la Patria á todos los progresos, y así hasta el presente, cuando creemos marchar por no trillada senda, encontramos roturado el camino, y aun en la más apartada zona la huella de aquel gran precursor reaparece en cuanto apartamos la salvaje yerba que la decidia dejó crecer, pues su genio nos presidió en todo camino. Comerciante, soldado, estadista, abogado, orador, periodísta, secretario, triunviro, Ministro, Diputado, Diplomático, viajero, financista, Presidente, todo lo fué, y lo ensayó todo.

Y en las multíplices faces de su talento enciclopédico, probó el mismo temple y honradez de alma. A su energía y constancia, á su genio progresista y emprendedor reunía las virtudes de su carácter.

Activo y de una iniciativa sin igual, tenía fé ciega en los grandes destinos de su país, á cuyo engrandecimiento consagró todos sus esfuerzos, así en la cumbre del poder como en las tribulaciones del destierro.

Y como recompensa en vida, de toda una vida de sacrificios, á este gran ciudadano, como á San Martin, llegó un día en que se le cerraron las puertas de la patria, que él abriera cúan grandes son á todos, llamando los hombres de buena voluntad de los cuatro extremos de la tierra á coadyuvar en su engrandecimiento y prosperidad.

Pobre Rivadavia! Perseguido, burlado, escarnecido como los que en cualquier sentido se adelantan á su época, no fué comprendido, y contrariado y execrado por las pasiones, exaltadas de sus contemporáneos, cuando se le increpaba por sus obras, con estoicismo catoniano, contestába:

«Apelo al juicio de vuestros hijos!»

Desterrado, insultado, befado, tuvo que ir á buscar en tierra enemiga un lecho miserable donde morir.

En verdad que pasamos plaza de ingratos, y justificado hemos tal nombre los hijos de esta América.

Apenas aparece un hombre abrillantado por la gloria, que no sea tildado por sus contemporáneos.

Así otros tantos próceres: San Martin y Rivadavia, mueren en el extranjero, si alguno retarda voluntario ostracismo, es asesinado como Monteagudo ó Sucre; de ningun modo escapan á la miseria y el abandono en la agonía, como Bolivar y Belgrano.

Parece en realidad que no quedára accion buena impune. Fatal destino humano! No se puede llegar á la cumbre sin pasar el Calvario.

La ingratitud es el mayor crímen en el corazon del hombre, y más negro y siniestro aun en un pueblo.

Pero la posteridad le ha hecho justícia. Medio siglo ha trascurrido del dia de la lucha, y hoy aquellos ante quienes apelaba, confirman sus propósitos, y lo aclaman su Redentor.

Aquel cuyos dias fueron nublados por los suyos, hoy es aplaudido por todos.

No fué sin emocionarnos hasta las lágrimas, dejadas correr sin ocultar, que oimos el ultimo dia de exámenes en las Escuelas:

«Rivadavia fundó las Escuelas.
Donde el niño se instruye y aprende.»

. . . . . .

Himno en accion de gracia que un coro de seiscientas niñas le elevaba al terminar el año, y que los docientos mil niños de las *tres mil* Escuelas, repiten desde uno al otro confin de la República.

Justicia há sido hecha. En cada escuela se reverencia su imágen. Cada generacion invocando sus manes como al Santo Patrono fundador de la educacion popular: un millon de hombres baten palmas en su aplauso, y si su vida fué un Calvario, su tumba cubierta siempre de flores renovadas por las manos de la inocencia, convertido se há en el altar de su apotéosis.

Pero, tarde advertimos que nos llevan á la frontera de la historia reflexiones sobre la mesa de esta tradicion:

Retrocedamos á la tradicion de la mesa.

IX

Cierta fría mañana de Julio de 1821, salía de su despacho D. Bernardino Rivadavia, recien nombrado Ministro de Gobierno en el del General Rodriguez, ultimo de los veinte Gobernadores del año veinte, y en el que se encontraron hasta tres

en un dia. Caminito para su casa, tomaba la calle de la Defensa, las manos atrás, como tenía de costumbre, platicando con el Señor Madero, grave financista, á quien no faltaba chispa andaluza, de la que tanto derrocha su nieto Florencio.

Su joven hijo, Don Juan, futuro benefactor de San Fernando, caminaba adelante cuando bajo el balconcito de su puerta, el mismo que hoy se vé sobre el número 197 Defensa, al despedirse de sus acompañantes les detuvo con esta frase:

«Hombre! Atravesemos enfrente. Acompáñenme á lo de D. Guillermo, el de la esquina, pues ya que me encuentro entre dos Maderos, de los mejores quiero elejir para mi mesa de trabajo.

A pesar de su gravedad, era Rivadavia de maneras joviales y festivo en el trato privado. Desde su ultimo regreso de Francia, usar solía de retruécanos semejantes, expresados con tal seriedad, que la de su semblante contrastaba con la sonrisa que ellos levantaban.

«Verdad es, agregó, que estos montoneros han hecho tabla raza, pues ni silla en que sentarse dejaron en el Fuerte.

—Aquí tiene Ud. maderos y maderas del país de todas clases, se apresuró á decirle Mr. Willams. Desde el pino blanco hasta el jacarandá, caobo, cedro, palo de guindo, blanda, dura, de hebra fina, lustrosa, fuerte, durable, eterna.

Y viendo y examinando tablas y muebles á medio hacer seguía su inspeccion Rivadavia con los Señores Madero, mientras que masticando en mal castellano su dura lengua, se le iba la sin hueso al bueno del inglés, que en lo de hacer negocio no era media lengua.

—Pero qué vá á hacer Señor Ministro, con solo un mueble? La mesa esta, requiere por lo menos, unas doce sillas que la hagan lucir.

—Pues, vayan las sillas, pero basta.

—Muy bien, Señor.

—Aquí se hace desde una silla hasta un mueblaje completo; más parece que estas doce hermanas gemelas huérfanas y solitas, sin un buen sofá que como á venerable padre rodear deben.....

—Bien, vaya por la mesa el sofá y los seis sillones.

Y tambien otros varios item y etcéteras que decente mobiliario por razon de estado, indispensable es á un Ministro de Estado, agregaba el mueblero.

Y como la mesa esa se iba estirando en dimensiones tales que de medio juego á mobiliario completo en breves pasos llegaría, cortó el diálogo Rivadavia, sintiendo el inglés no ex-

presarse mejor en castellano para ofrecerse á decorar el Fuerte todo, como hoy sus compatriotas de ferro-carriles, buques y máquinas procuran llenar el país entero.

De escritorio Ministro ascendió muy luego con su inventor á escritorio Presidente, pues estos muebles tan modestos guarnecieron el despacho del Presidente Rivadavia, como lo habian hecho el de Ministro, y allí quedaron hasta que reemplazados fueron en 1863 por los de la casa de Gobierno del Presidente de la Confederacion.

X

Y el Señor D. Juan Madero, sí que es testigo ocular, y de bautismo, pues que conoció esta mesa desde madera.

Testigo fué á su nacimiento, y no la há perdido de vista siguiéndole uno por uno todos sus pasos, dejándole en su actual descanso. Así con el cariño de todo aquello que vimos nacer, la miró, la siguió, la persiguió hasta lo que pudo dar á tan veneranda reliquia digno sitio á su alta alcurnia, y el lugar que le correspondia á esta mesa presidencial, no entre mesillas de tres al cuarto, y otras contrahechas y despernancadas.

Sus peregrinaciones no pararon en esto. Años despues, entre un lote de trastes viejos se mandó vender, y el Señor Comisario de Guerra, Don Adrian Rossi, recibió del Presidente Mitre (que le sabia su historia,) el encargo de comprarla para él. Pero mientras la ocasion del remate llegaba, el Señor Pereyra, Sub-Secretario del Culto la trasladó á una de las habitaciones reservadas de su Ministerio, dejándola cubierta de legajos y espedientes.

En aquel semi-escondite escapó del remate, pues cuando este tuvo lugar el Presidente Mitre y su Comisario Rossi, hacian la guerra en el Paraguay, precisamente por la presunta patria de la mesa, pues que es de maderas del país, y el país este lo era entonces hasta el Paraguay.

Pero la luz de un incendio, (despues de haber pasado por el agua la tierra y el fuego) vino á sacarla de su oscuridad.

Ciertos papeles que no querían dejarse quemar, tal vez por aquello de que papelito canta, para aclarar misterios, retardo de pagos, y rendicion de cuentas de los ejércitos de la triple alianza, prendieron fuego á la chimenea de la Contaduría, (chamusquina de cuentas que apagan enredos).

La honrada mesa de Rivadavia, á la que se le subian los colores á la cara, viendo cómo se pagaban cuentas, echando sus comprobantes al fuego, retiróse avergonzada al ultimo rincon de la casa, pero aun allí alcanzada fué por el elemento devorador, que señales dejó en sus patas.

Pasado el susto, de nuevo incluyóse en un otro lote de inútiles cachivaches históricos para la venta.

Salvóla esta vez de tal afrenta un su contemporáneo, patriota como ella, testigo de su veneranda procedencia, y el Señor Santiago Albarracin, deseoso de hacer cesar sus peregrinaciones la llevó á la Comisaría, oculta bajo montones de piezas de géneros y uniformes para el ejército.

Mientras tanto, su casi hermano de leche, Don Juan Madero, no la perdía de vista, se le iban los ojos por la muy querida; siguiéndole la pista, buscaba la ocasion de que fuese á manos, que apartándola del comercio de los hombres, garantizáran su no profanacion.

En esto cavilaba cuando el nuevo Ministro de la Guerra, Señor de Gainza, encarga unas mesas dé corte y confeccion para vestuarios de tropa. A pique estaba de soportar afrenta de tigera, y sobre la misma tabla en que se había firmado tanta cosa buena, cortar tanta ropa mala, cuando solicitado fué el tercer comisario D. Martin Campos á que entregase al Señor Madero, aquella pobre mesa media quemada y en tan deplorable estado, en cambio de largos y lisos tableros más apropiados á semejante destino, que su constante apasionado ofrecía.

Recibir la órden competentemente rubricada, y cargar ese mismo día con tan asendereada mesa, fué uno para el Sr. Madero, y aquel el de su mayor goce.

Pulimentada, refaccionada y restaurada en su primitiva limpieza, presentóla á la Biblioteca de San Fernando, colocándola contigua a la tribuna labrada con el primer eucaliptus allí plantado.

De los seis sillones (sus hermanos), perdido hemos el rumbo, no así del famoso sofá, que vino á morir de vejez y achaques en Moron, y cuyos restos yacían en la antigua chacra del Señor Don Domingo Olivera.

Y aquí ponemos punto final á la tradicion de la mesa de Rivadavia, sintiendo no sea más poética su leyenda, como la que primero llegó á nuestros oídos en el introito referida, pero garantiendo sí, que no puede ser más exacta, pues el testigo ocular que nos la refiere siguió sus pasos desde su nacimiento.

«La he visto nacer», nos decía el Señor Madero, y nosotros agregamos, digno fué de que viniera á sus manos por los trabajos sin cuenta, los esfuerzos infinitos y la perseverancia en salvar del olvido tal reliquia.

La mesa histórica de Rivadavia, entre otros curiosos objetos coleccionada por la perseverancia é inteligencia de Don Juan Madero, fundador del Museo y Biblioteca de San Fernando de Buena Vista, estuvo antes entre el escritorio de campaña del Almirante Brown, que historiamos en la tradicion «El Capitan Willams» y la del Director Pueyrredon.

Esta, tan vieja como el mundo, perteneció al ultimo Rey de Granada, y es un poco mayor que el nuevo mundo, pues cuando Colon salía de aquella ciudad para descubrirlo, ya Boabdil había salido de la misma con rumbo á Africa, despidiéndose, mal de su grado, desde la cierra del ultimo suspiro del moro, frente á la Alhambra, y desde que la madre reprendió al perdidoso con estas palabras, al oír sus suspiros:

«Llora! llora! como mujer, lo que no suspistes defender como hombre.»

En Granada le fué ofrecida tan antigua mesa morisca al General D. Juan Martin Pueyrredon, por la familia de Estenada, presentándola al Museo el Sr. Juan Cruz Varela, tan habil poeta como anticuario y mumismático.

XI

Imitando la invencion de nuestro ilustrado amigo el erudito Sr. Trelles (pues no pidió privilegio, siquiera por noventa y nueve años), habiendo quedado anticuado, ó poco á la moderna en cuanto á lo de sacar el jugo al Estado, proponemos al activo Sr. Madero, habiéndose reservado ciertos derechos en la donacion de la tradicionada mesa, que sin sacarla á pública subasta, la muestre ó asome en privada rifa, aunque sea solo á billetes, por cuatro mil pesos. Con su cuarta parte se agraciará á quien obtenga la suerte, y el resto costeará estatua, busto ó monumento á Rivadavia, para el pueblo de su nombre, ú otra localidad.

La mesa sin deteriorarse en tal manipulacion, como el histórico anteojo, quedará en su propio sitio, y sin moverse habrá contribuido á dilatar la fama de nuestro gran estadista.

LOS VEINTE Y DOS

(Tradicion de Patagones, 1827)

Al Doctor Félix A. Benitez

I

Como lo decimos, veinte y dos argentinos vencieron la columna de trescientos veinte invasores, fuera de otros tantos de quienes los corsarios dieron buena cuenta.

—Es mucho cuento, Señor cuentero; pero jurándolo por los manes de su abuelo, deberemos creerle, como en un santi-amen despaviláronse unos cuantos gauchos toda una brillante division del Imperio.

—Pues cierto es. A catorce hombres por barba tocaban, y aun sobraba un medio hombre, como para postre á cada uno de los defensores del Cármen de Patagones. Papelito canta, en la presente, como en otras tradiciones rezan cartas.

Apenas es viejo cuento de ayer, y sin embargo, tan olvidado como cuenta de sastre, cual otros muchos gloriosos episodios que abrillantan nuestros fástos.

Desde que nos invadió la manía de desempolvar vejeces, con preferencia exhumamos modestas figuras, que no por serlo, han modelado menos hábilmente los bajos relieves en la columna de la patria histórica.

Como Luís Molina, Pancho el ñato, el baqueano Ventura Miniana, larga línea de héroes de segunda fila desfilan. Y al

lado del Sargento Cabral, mártir en San Lorenzo, y el negro Falucho--en el Real del Callao, forman en nuestras tradiciones: el corneta de Ayacucho,—Obregoso, el grumete Julian Manrique, quien primero llevó más lejos, hasta el mar Indico la bandera azul y blanca, el tambor de San Martin y cien otros soldados rasos de la gloria.

Los que se elevan sobre las multitudes son como toda cima, dorados por los primeros rayos del sol, sin llegar á reflejar en estos pobres desheredados de la gloria, de quienes nadie se acuerda, aunque apilamiento de sus cadáveres forme su pedestal.

Veinte y dos! No es cifra fatídica, pero en muchas ocasiones, menor número ha dado mejor resultado.

Sesenta hombres fundaron esta bella ciudad de «Buenos Aires», afianzando la conquista que dos mil quinientos soldados de Mendoza no pudieron sostener.

Treinta y tres canarios y un papagayo (paraguayo), cimentaron la vecina ciudad de San Felipe y Santiago; como allí mismo treinta y tres denodados patriótas, la joven República Oriental del Uruguay.

Por aquellos tiempos otros veinte y dos argentinos acorralaban bonitamente fuerte division invasora, mientras los vecinos de la más lejana poblacion apresaban su escuadra.

Diez años antes, los tres Sargentos del Tambo, sorprendian y llevaban prisionera toda una guardia realista; como diez años despues, el valiente comandante Gerónimo Costa, con solo ocho soldados y ochenta gorros de diferentes colores, defendió por largo tiempo, tras merlones de improvisada batería, la isla de Martin García, asaltada por tropas francesas.

De hechos semejantes está esmaltada la historia.

Veinte años ha un General oriental pasaba con tres valientes á la otra banda, revolucionando hasta volcar toda la situacion de la República.

Verdad es que tras los tres surjieron tres mil, y en pos de la República, el Imperio; y á apoyar la revolucion vino el Brasil, y en defensa de Montevideo marchó el tirano del Paraguay, y para abatir á éste, la Argentina.

De pequeñas causas grandes efectos.

Así, esos tres hombres, ejército del General Flores, que formaban vanguardia centro y reserva, tuvieron por corolario de su arriesgada aventura, la triple alianza, siete años de guerra, doscientos mil americanos menos, y una nacion más, casi borrada del mapa de las naciones.

Nosotros, rumbosos como de costumbre y derrochadores por

instinto, por el qué dirán, y no quedar atrás, apenas gastamos lo más esforzado de toda una generacion segada en flor, muchos millones de esterlinas, algunos años de paralizacion, y despues de vencer al enemigo, ganamos..... ...el entregar un retazo de la propia casa al vencido.

Bella cosa, por cierto! Pues no hubiérase visto más! Pasar por roñosos ó poco hidalgos.

Cobrar deudas de sangre ¡disparate! La libertad no se vende, se regala, como la obsequiamos á Chile, al Paraguay, y á cuantos nuestra ayuda procuraron.

En cambio, inventamos una linda frase, pavoneándonos con su rotundidad.

La victoria no funda derechos. ¡Habráse visto zánganos mayores! Y para qué fuimos á la guerra? Para fundar el derecho del invasor, y vencido, ofrecerle la Villa Occidental y la mitad del Chaco.

Mas, cuándo no son pascuas para los argentinos rumbosos.

Desde los primeros dias de la patria vieja, siempre lo mismo, nada aprendemos.

Vencimos las invasiones inglesas, y perdimos el derecho hasta de nombrar alcaldes.

Victoriosos en el Alto Perú, al regresar, nos traspapelaron Tarija.

Vencimos en Ituzaingó, y se nos extravió la Provincia Oriental.

Ganamos en el Paraguay, y cedemos el Chaco Occidental.

Por un cuarto de siglo pleiteamos la Patagonia, y un buen día cansados de oír alegar tanto á los vecinos, que se afixian en la estrechéz de su casa sin zaguan, prendidos de las breñas para no caer al mar, les damos un pedazo del Estrecho Sur del Continente, trescientos años poseido.

Parece que jugáramos al gana pierde.

Pero nos apartamos de esta ultima, caminito á Patagones, para ver salir de su plaza, pequeño grupo de paisanos, rindiendo una de las columnas del ejército imperial.

La historia parece cuento, pero cierto es, y no ninguna barrabasada invencion de chuchumecos.

Papelito exhibimos, si bien viejo, amarillento y arrugado, honradote como su dueño, y exhumado lo hemos de entre los manuscritos de nuestro ilustre abuelo el Dr. D. Manuel Alejandro Obligado, Ministro por muchos años (desde 1811), y quien

aunque llegó á contar cerca de los ochenta, no llegó nunca á la edad de la mentira; y de tal documento trascribiremos al final nombres que no son los de veinte y dos collones.

II

Tronaba el cañon en los campos de Ituzaingó, cuando de las costas del Brasil se alejaba una escuadrilla de observacion recorriendo las bocas del Plata, para que por esa boca no entrára ni una mosca, ni nave alguna sospechosa. Limpiaba los mares del Sur, alejando corsarios, y husmeando puertos donde podia haberse refujiado presa alguna.

Sobre el castillo de popa de la «Duquesa» se entretenían en hacer castillos en el aire los oficiales de la escuadrilla, en claras noches que la luna iluminaba las soledades del océano, semejando blanca mortaja inmensa, como la que pronto se extendería sobre sus risueñas ilusiones.

«Caemos como fantasmas en los puertos donde no somos esperados (decía el jefe á su segundo), capturamos cuanta presa haya podido zafar nuestra vigilancia, alzamos cuanto se abarque, prendemos fuego á lo que no quepa, incitamos con algunas esterlinas y barriles de aguardiente á las chusmas de la pampa, para que saqueando más al interior y haciendo coro á las otras chusmas del Congreso, acaben por despedazar el país, y á nuestro empuje, victoriosos en toda la línea, la Colonia tantas veces disputada vendrá á ser la Metrópoli de nuestra nueva provincia cisplatina; y acaso Buenos Aires mismo, colonia portuguesa».

Irrisiones del destino! Precisamente la mañana de esa misma noche de tan risueñas ilusiones, pegaba el Imperio su primer tropezon en Ituzaingó. Era el 20 de Febrero de 1827.

Mariscaleando á su gusto navegaban entusiasmados, cuando á los siete dias de aquel en que la unica corona en América estuvo más cerca del suelo, en los campos en que el argentino venció, avistaron las costas patagónicas. El Jefe de la expedicion llamó á bordo de la «Capitana» á todos los Comandantes, repitiéndoles sus instrucciones.

«El Fuerte del Cármen es un pueblito abandonado en el desierto, á doscientas leguas de todo recurso. No hay fortificaciones ni resistencias que valga. Deben encontrarse en el puerto algunos buques apresados. Bajaremos parte de la tropa al Sur, otra al Norte, rodeando al pueblo por ambos extremos, á

la vez que los buques intiman la poblacion á cañonazos. ¡A ponerse las botas, camaradas! No hay que temer, marchamos á victoria cierta, empresa segura.»

Tales eran las instrucciones repetidas por el Comandante.

Entraron á la barra del Rio Negro el 27 de Febrero, pasando sin dificultad, pero á poco andar baró la «Duquesa». El viento impetuoso batiéndola toda la noche sobre aquella roca, abrió rumbo más ancho que manga de fraile limosnero, y al naufragar hundiéronse con ella cuarenta y cinco soldados.

—Despacio por las piedras, paisano! No se puede andar por lo desconocido! gritó un criollazo, desde la costa. Pero este primer contratiempo apenas lo anotaron como el pago de entrada.

Para el asalto del indefenso villorio, contaban con la corbeta «Itaparica», el bergantin-goleta «Escudero», la goleta «A Constancia», con treinta y tres cañones, desde el calibre veinte y cuatro hasta nueve, y seiscientos cincuenta soldados.

La poblacion parecía acoquinada ante poderosas fuerzas nunca vistas por tan solitarias regiones.

Al Comandante del punto le dió dolor de muelas. El segundo del primero del tercero de los barquichuelos allí barados, tomó el mando de la «Chiquiña», pues su superior sintió fuertes retortijones de barriga, y el Coronel Pereyra retiróse de la batería avanzada donde los brasileros entraron sin resistencia, clavando cañones, y siguiendo adelante.

Así pasó una semana desde el avistamiento de los buques flameando sus gallardetes de guerra, hasta que de sus mástiles descendió el auri-verde pabellon, para enarbolar las banderas victoriosas de la República.

Tan remisos andaban los finchados brasileros al ataque iniciado á banderas desplegadas, entrando con todos sus buques empavesados, como medrosas las autoridades para concertar defensa alguna.

Pero, como Buenos Aires veinte años antes, el vecindario del Cármen de Patagones supo defenderse aun sin tutores. Abandonados por ellos, confió en sus propios esfuerzos.

A un marino de tránsito, accidentalmente por aquellas aguas, y á un gaucho guapo fué debida la heroicidad de la defensa y la inspiracion de la victoria.

. . . . . .

III

Era Luís Molina, hombrazo como hasta de dos varas y media

de alto, baqueano de toda la pampa, semi-salvaje como ella, y su más genuino representante, por esas alturas.

A la bravura natural de su raza, reunia la travesura instintiva llena de recursos del gaucho criollo, y donde su valentía no alcanzaba, llegaban los mil recursos de su astucia.

Alto, grueso, decidido y decididor, ligero y flexible en sus movimientos, con más pata que un patagon, tipo verdadero de gaucho de pelo en pecho. No solo en este se notaba aquel; de la cabeza á los pies aparecía todo pelos. Sus negras crenchas lácias y desgreñadas, cuando no erizadas cual flechas por la fúria de la pelea, caían uniéndose á largas barbas, dejándole como hombre que no tiene dos dedos de frente, y brazos, pecho y desnudas pantorrillas mostraban más pelos que un peludo, signo de la fuerza que con asaz frecuencia daban prueba sus morrudos puños.

Valiente, honradote, rastreador y cuchillero, tiraba tanto al pecho como á la espalda, y así se le prendia al bagual más redomon, como á un guámparo de caña, para desayunarse; y tumbaba de una pechada al toro más hombruno, como se le atravesaba al hombre más toro, hasta acomodarle diestramente su facon.

Desde las hazañas del cacique Negro, en las silenciosas riberas del rio de su nombre, no resonaba eco de otra alguna, y su caudal corría como murmurando el nombre de Villarino, su primer explorador, y de Biedma, fundador de Patagones, únicos cristianos que remontaron con provecho aquella corriente de salvajes.

Apenas cierto guapo de oficio con partida de muchachos matreros, de cuando en cuando hacia resonar su nombradía por aventura sangrienta ó audáz, pues cuarenta leguas á la redonda no imperaba otro poder que el de su puñal.

En brazos de su china siesteaba bajo el alero del rancho, á las afueras de la poblacion, y no muy lejos del parejero, siempre á estaca, para *un por si acaso*, cuando uno de sus muchachos llegó con la nueva, de que barcos brasileros habían entrado al rio, buscando el medio de llevarse la poblacion.

Saber esto, saltar sobre el pingo, é ir á ofrecerse para la defensa fué uno.

No faltó viejo alcalde que más hablara de entregarse buenamente y dar todos los auxilios exijidos, con tal que dejaran quieta esa pacífica poblacion, oponiéndose seriamente á aceptar ayuda de semejante beduino.

Pero al presentarse á la autoridad pidiendo aceptaran los servicios de su partida, más era por fórmula, pues que con autori-

zacion ó sin ella no perdería la bolada, Molina proponíase hacer una de las suyas. En menos de veinte y cuatro horas reunió todos sus elementos, que no eran muchos.

En la iglesia se habian refujiado las más asustadas, no fueran á cometer estrupicio alguno con las doncellas del Rio Negro.

Los más guapos llegaban á asomar las narices por las barrancas, y volvian repitiendo:—« No hay más que rendirse. A la fuerza quien se resiste? »

IV

Finchado, acicalado y con más relumbrones que cajon fúnebre, en el chapeado de su uniforme lleno de cruces, alamares, franjas y galones, relumbraba como una áscua, entre sus prietos, el General Javier Shephard marchando á la cabeza de los soldados, rodeado por la columna de tierra levantada en la marcha.

Venían por caminos escusados, y la sed y el cansancio retrasaban un poco los culateros. Ya cerca del pueblo se apresuraban á incorporarse.

Con las primeras luces, descubrió desde el cerro de la Caballada, el Sargento Molina á los invasores.

Reorganizados por ultima vez avanzaban á banderas desplegadas, y ya el campo se les hacía orégano, cuando de pronto y bajo el desmantelado Fuerte, tronó la artillería de la plaza, con tan fija puntería, que la primera bala dejó á los invasores con su general sin cabeza.

Aunque cerca de dos años de guerra llevaba el Brasil, tan á tras mano quedaba el establecimiento de Patagones, sin camino para ninguna parte, que estaba dejado de la mano de Dios.

Por casualidad dos ó tres corsarios no pudiendo meter sus presas dentro del Plata, arribaron allí internándolas Rio arriba, y sus pedreros y esmeriles, con una culebrina y dos obuses, sumaban todas las bocas de fuego, menos abiertas que las de unos cuantos charlatanes (valientes de oficio en tiempos de paz), quienes por aquellos pagos andaban embrollando la lista.

Pero esa era la artillería de los barquichuelos amarrados en el puerto.

En cuanto á la de tierra, más poderosa, haría temblar de espanto á la escuadra del Imperio.

En tan pobre aldeucha que entre dos barrancos esparcía su escasa poblacion de paja y barro, abierta á todos los vientos,

como á cuantos quisieron entrar,—encontrábase la guarnicion, segun nuestra vieja costumbre, completamente desguarnecida.

Apenas contaba la artillería con un viejo cañoncito de á cuatro, olvidado en la ultima invasion de indios, desenterrado la noche antes, de las cuatro esquinas de la plaza, en la poblacion donde todo era plaza tan extensa como la pampa.

Lleno de herrumbre y barro, servido por un negro viejo y tan carcomido como él, antíguo cabo de pieza, rebajado, más que por sus años por su invalidéz, pero de tan buena puntería con su único ojo (pues quedára haciendo puntería, cerrándole una bala para siempre el ojo izquierdo), que del primer tiro dejó tendido en el campo al jefe de la invasion.

El negro Ambrosio había retobado con guascas frescas aquel cañoncito, amarrándolo al tronco de un árbol; con solo una mano atacaba, al tiempo que con el dedo grande del pie tapaba el oído (el brazo derecho se lo llevó el atacador, en la calle de la Defensa, defendiéndola de los invasores. Este esperto artillero donde ponía el ojo, ponía la bala.

Así, á la segunda, picando en el centro de la columna hizola remolinear, y á la tercera, yá sin jefe y con algunas bajas empezó á retroceder en desórden.

Los brasileros aun no se daban cuenta del ejército invisible sin duda con sus baterías ocultas por los cercados, que les esperaba con puntos fijos al desembocar sobre las primeras poblaciones.

Veinte y dos hombres mal armados, mal entrazados, peor amunicionados, y sin más disciplina ni órden que su valentía formaban la vanguardia, centro y reserva de la resistencia . . .

. . . . . .

V

Cuando Molina desplegó todo su ejército, es decír, estos veinte y dos hombres en guerrilla, tomáronle sin duda por avanzada de las fuertes columnas emboscadas. La contramarcha se iniciaba en desórden, y la bola salvaje y las boleadoras del gaucho y su larga lanza sobre los rezagados, llegaban á producir más bajas que los tiros disparados al aire.

Recuérdase que las balas de los fusiles de chispa pegaba en todas partes, menos en el blanco.

Aquel pequeño grupo de valientes, impidió por su astucia que una numerosa columna en perfecto órden de ataque, se posesionára de plaza desguarnecida.

Tomándoles Molina el camino de la costa, desbarató el

plan meditado de los invasores, echándolos tierra adentro desconcertadas ya sus rotas filas.

Desorganizados por la muerte del jefe, no hubo segundo que se hiciera oír.

La retirada empezó con precipitacion, mientras que los perseguidores les seguían de cerca.

De cuando en cuando todavía oíase á lo lejos un cañonazo, viniendo á interrumpir la solemnidad del desierto y haciendo remolinear grupos de los soldados en dispersion.

Atraidos por el imán de cristalinos mirajes, muertos de sed y fatiga, se internaban, creyendo alcanzar aquella mágica fuente de salvacion.

En tan crítica situacion hubieran entregado el Imperio por un vaso de agua.

Gaucho atrevido hubo que se acercó á enlazar alguno de los rezagados, mientras todo era confusion y espanto, gritos y órdenes encontradas, entre los invasores sin cabeza que los dirijiera.

Los castillos en el aire de los conquistadores desvanecíanse más ligero que las nubes de tierra que les envolvían.

De repente otro humo blanquecino, elevándose en medio del cardal interceptó á los fugitivos. El gaucho astuto de la pampa había hecho caer en el lazo las disciplinadas tropas.

Desbandado en guerrilla el ejército de veinte y dos hombres, al pasar los brasileros un pajonal prendiéronle fuego por los cuatro extremos, y afixiados, muertos, fatigados, el cansancio les rendía, sofocados por el humo, el polvo y las pajas y aristas, muriendo muchos achicharrados entre llamas.

Y cada vez más seductoras y engañosas figuraban á la distancia límpidas lagunas, mirajes y brillazones matinales formando espejismos en lontananza, alejándose más cuando más avanzaban, reproduciendo el bárbaro suplicio de Tántalo, y desesperando á los que morian abrazados por el fuego y la sed, sin alcanzar una gota de aquellas cristalinas fuentes de vida. Las ennegrecidas bocas mordian balas de plomo, ya sin fuerzas para dispararlas.

Convertido en lago de fuego el ancho pajonal, siniestra nube envolvía la columna en torbellino de llamas, retorciéndose flamíjeras espirales coronadas de chispas.

De cuando en cuando súbita explosion hacía volar cartucheras incendiadas por una chispa, despedazando las espaldas de los fugitivos. Otros se acobardaban tendiéndose á lo largo, divisando tan lejana la patria y la victoria soñada—desde aquella vía dolorosa clamando misericordia.

Cuadro aterrador, horrible, desesperante, todo era espanto, desolacion y miedo.

Por repetidas veces pañuelos blancos como banderas de parlamento, en la punta de las bayonetas alzaban como señal de rendicion. Pero todavía el grupo rendido era mucho mayor que el de vencedores, para poderlos custodiar, mas, si cual sospechaba el baqueano Molina, había desembarcado otra division por el opuesto lado del pueblo.

Por fin salieron á un descampado, Allí viéronse estraviados, y aunque los oficiales empezaban á desconfiar que todo el ejército fuera el tan reducido grupo, único que veían desde la mañana, la tropa en su mayor quebrantamiento no obedecía ni las órdenes para volver al embarcadero, del que se hallaban alejados.

Molina mandó decirles no tuvieran esperanzas de regresar á bordo, pues sus buques habían sido tomados al abordaje; que rindieran sus armas y se alejaran de ellas si no preferían ser pasados á cuchillo.

Así se apresuraron á hacerlo, y despues de un día de fatigas al caer la tarde entraba al pueblito la partida custodiando restos de los invasores.

VI

Entretanto, qué había sucedido en éste, durante la lucha?

Envalentonados sus vecinos con los certeros tiros del tuerto artillero y la valentía desplegada y audacia de Molina, siguieron su entusiasta iniciativa algunos vecinos. El Capitan Bisson, sin dar crédito á la bajante anunciada por su baqueano, creyendo tener agua bastante para combatir, salió con sus tres buques aguas abajo, batió uno por uno de los brasileros, hízoles saber, sin saberlo, que la columna de tierra estaba rendida, y tomó por su denuedo y pericia con tres buquecillos corsarios los tres de guerra de la expedicion.

De este modo por agua y tierra les salió la torta un pan, y los apresadores quedaron apresados.

Molina y su pequeño grupo, coadyuvado por el bravo negro Ambrosio, quien resumía en el suyo todo el cuerpo de artillería del ejército de veinte y dos ginetes, posteriormente auxiliados por el Ayudante de la Comandancia Sebastian Olivera,—aprisionaron más de trescientos soldados de infantería, multitud de fusiles, bagajes, banderas, cajas de guerra, etc.

Mientras tanto D. Santiago Jorge Bisson con los otros corsa-

rios, D. Pedro Dontant, D. Jaime Harris y D. Juan Sanlins en sus goletas *Hija de Julio*, *de Mayo*, *Bella Flor*, y *Chiquiña* apresada anteriormente á los brasileros, rindieron otros tantos buques, echando á pique una corbeta, un bergantin y una goleta, treinta piezas de artillería é infinidad de armamento.

Si astuto era el criollo con sus pocos bravos, no menos audáz fué Bisson con los Patrones de los corsarios, y hasta el vecindario al fin se alentó, distinguiéndose entre otros, contribuyendo á la defensa de Patagones, ya en tierra ó en agua, siempre en lugar preferente, D. Manuel Alvarez, D. Ramon Ocampo, D. Fernando Alfaro y D. Blas Ureña.

—Y el Comandante del punto se le queda en el tintero?

—Ese, ese rezaba el rosario, y como fué quien menos se distinguió, sirviendo solo su nombre para firmar el parte, tomaremos la revancha por el bravo gaucho Molina, ya que ni siquiera mencionó á éste, no obstante haber sido el alma de la defensa.

En eso se parece al autor de estas páginas el héroe que ellas rucuerdan.

Hace sesenta años que la heroicidad de los veinte y dos tuvo lugar, y hasta ahora veinte y cinco que exhumamos sus nombres del olvido, ni en el parte se habían recordado.

Desde entonces no menos de veinte veces, ya trunca ó en fragmentos, en diarios, libros, efémerides y periódicos, hemos leido reproducida nuestra tradicion, sin el nombre del autor de « La Revista de Buenos Aires », tomo 5°, de donde se transcribió.

Para evitar continúe la omision repetiremos por apéndice los nombres de esos veinte y dos valientes.

Por intermedio de uno de nuestros ilustres antepasados el Gobierno hizo bajar á la ciudad á aquel grupo heroico, recompensándolo con grados y distinciones.

Andando el tiempo la fama del Capitan Molina fué en aumento.

Entonces, un buen día, como á Pancho el ñato, como al baqueano Ventura Miniana en el campamento del Azul, comiendo una torta, con soldados de Rosas, cayó envenenado.

Gracias de Juan Manuel! No toleraba prestigio alguno fuera del suyo, menos en la campaña, pues hasta el de un gaucho bravo podía hacerle sombra.

Hé aquí los nombres de los valientes defensores de Patagones: Capitan, José Luis Molina—Sargento, José María Molina—Cabo, José María Albarito—Cabo, Lorenzo Gomez—

Soldados: Cornelio Medina, Juan Bautista Montesina, Dionisio Gomez, Juan Leguizamon, Julian Alvarez, Santiago Ventena, Miguel Rivera, Casimiro Marín, Francisco Delgado, Inocencio Peralta, Jorge Arriola, Manuel Gamboa, Policarpo Luna, Santos Morales, Manuel Perez, Raimundo Ramayo, Juan P. Rojas y Gregorio Ramirez.

Dignos son sin duda, de grata recordacion estos modestos héroes olvidados, como otros muchos..... .....
.....
.....

UN PAIS INGOBERNABLE

Tradicion del año uno

Señor A. Sivori

I

Lo dijo el General San Martin, lo repitió el estadista Rivadavia, lo comentó el publicista Alberdi, y lo esplicó el historiador Lopez.

«Este es un país ingobernable!»

—Porque es la tierra de los doctores, que todo lo traen enredado con sus cabalas y sus ergos, contestó el General Urquiza un día de mal humor! De tan larga data compruébalo así la esperiencia, que justificada estuvo la célebre órden para mandar salir los primeros del oficio que á punto de arribar estaban, no obstante comprometerse Cabeza de *Vaca*, á no traer abogados ni procuradores, que demostrado había, promueven pleitos y perturban la paz de la República.

—Si sería vaca ó toro el *animalejo* ese.

—Porque es la tierra de los caudillos que con su autoritarismo y mandobles pretenden militarisarlo todo, como medio siglo de guerras civiles lo patentizan,—replicó el sabio Dr. Velez.

—Porque revuelto anda el pandero, y así queda todo entre curas y sacristanes, profetizádolo había Belgrano, que tenía algo de Doctor y de General.

Pero, dado á cavilar sobre tal tema, *porque en la Argentina no puede haber buen gobierno*, segun muy seriamente todas las mañanas lo asegura la oposicion, más límpios que patenas salen

curas y sacristanes—Abogados y Procuradores—caudillos y militares libres de toda responsabilidad.

Otro era el intringuis.

«Hemos arado en el mar», exclamó Bolívar al morir, nada bueno germinará en esta tierra. Pero, de más lejos venía el quibus. Oíganlo Vds.

II

.....Cierto día, cansado el buen Dios de tantos chismes y enredos, en la Corte celestial donde pululan más militares, como Miguel Arcángel, que abogados con San Buena Ventura, á la que no por estar tan alta dejan de llegar los que ángeles y serafines llevan y traen de las miradas de mundos visibles é invisibles, descendió á dar una vueltita y ver de más cerca cómo andaban las cosas por aquí abajo, y distraerse un poco en este ameno valle de Adan, pues lo monótono siempre igual, siempre lo mismo, hasta en la gloria perenal hastía.

Bajó por donde mismo hubo subido, caminito al cielo, Monte de la Ascencion, lugar vecino al de la soñada escala de Jacob, y con más paciencia que Job recorriendo anduvo escabrosidades y vericuetos de las calaveradas de sus apóstoles, cuando eran pescadores, y á la pesca de lo bueno andaban.

Paseó los barrios de la antigua Judea, de los que fué un día vecino. Belen, Jordan, Tiberiades, todo lo encontró cambiado. Asomó al Calvario, donde se sacrificó por tantos hombres, de los que ninguno se sacrifica por su ley, por seguir sus huellas y practicar su doctrina, y vió que si ya en esta época no colgaban de la cruz á los ladrones, del cuello de éstos, colgaban, sí, las cruces.

Cierta bella jitanilla de Jericó, cantaba en el Café chantant, recien abierto junto al templo de Salomon, con acompañamiento de castañuelas, pandereta y fandanguillo:

«Allá en tiempos de bárbaras naciones
Colgaban de la Cruz á los ladrones.
Y en éste, que llaman de las luces,
Del cuello del ladron cuelgan las cruces.»

—Si será indirecta, ó nos habrá reconocido, dijo para sí San Pedro, que acompañaba al Señor en la peregrinacion.

Pasó cerca del campo de la desesperacion, recordando con tristeza que donde él había dejado un Judas, multiplicado y extendídose había como planta maldita por toda la superficie

de la tierra larga familia de ellos, pero que no seguían la costumbre de su discípulo.

Los Judas, los traidores á la moderna, ya no arrojan sus treinta denarios, ahorcándose luego, siguen oprimiendo la mano de amigos, á quienes con envenenada difamacion, estileto no menos mortal, hieren por la espalda entre dos sonrisas.

Si el de Iscariot le vendió una vez, los de la presente época uno con otro, le traicionan, por lo bajo una vez por día. El apóstol observó no sin sensatéz, que á seguir todos los Judas el buen ejemplo del primero, acaso hubiera ya fenecido la humanidad.

Al pasar del Asia al Africa, notó cambio en el planeta, pretendiendo enmendarle la plana al Creador, pues por donde éste dividía en dos grandes fracciones la humanidad, el mundo antíguo y el mundo moderno, los descendientes de Adan sin permiso prévio, y de su sola cuenta, abierto habían un istmo y deslizaban el canal por donde la Europa moderna lleva al extremo Oriente la corriente de sus nuevas ideas.

Cruzó cerca de Roma, cabeza de la Iglesia, y del mundo un día, notando al pasar la espléndida morada de los sucesores de este pobre pescador que le acompañaba descalzo, rodeada de magníficos museos, archivo de la más alta espresion del genio humano, en cada una de sus bellas manifestaciones. Fijóse que la más antígua columna del viejo Coliseum, donde allá por su tiempo arrojaban cristianos á las fieras, sostenía cierta hilacha casi invisible, pretesto apenas para trasmitir algo impalpable, como el pensamiento.

Y allí por los alambres que corriera el velarium, bajo el cual pueblos y emperadores gozábanse en el despedazamiento de cuantos como ellos no pensaban, cual imantada corriente fluía la electricidad, uniendo por la fraternidad del pensamiento los hombres de los cuatro extremos.

III

—«Qué cambiado está todo esto», decía el buen Dios, y en verdad que, hasta la barca del pescador de la Galilea veíase reemplazada por el magnífico yaht de opulento yankee, quien á impulso del vapor, llevando la casa consigo, volvía de recorrer el mundo como suyo en pocos dias.

Del Andes al Ararat divisó muchas cosas nuevas, y á pesar de la divisa antigua *nihil novum sub-sole*, descubriánse trasformaciones de tal magnitud que dejaban viejas cosas como nuevas.

Las siete maravillas de la antigüedad, eclipsadas eran por las setenta mil maravillas de la industria moderna.

De asombro en asombro seguía chochando Pedro, con la boca abierta, cuando al pasar el Rin, tropezó con invencion, no atinamos si diabólica ó celestial, pues tanto propaga el bien como el mal, universalisando instantáneamente en la rapidéz de su publicidad todos esos progresos, hasta el del cañon Krup. La palabra de luz y de verdad, cuya propaganda encomendára á una docena de peregrinos, hoy, en cierto simple mecanismo, un pequeño niño multiplicaba al infinito, dando alas á los signos representativos del pensamiento, que vuelan sobre la redondez de la tierra.

—«En el cielo no se usa esto, pues no se conoce la libertad de imprenta», rezongó Pedro.

En fin, rozó sobre una especie de Babilonia moderna, sin el auje, mas con mayor corrupcion que la antigua.....Rusia. Alemania, Inglaterra, ¡cómo ha cambiado todo esto! repetía á cada paso á su discípulo, que con ser quien estuvo más sobre el planeta, de los dos celestesides turistas, no reconocía los parajes.

Abismados en tales reflexiones iban, cuando al ascender, desplegando la orla de su manto bordado de estrellas, alcanzaron á divisar entre los Pirineos y el Africa, un pueblo en muchas leguas, que ni el lenguaje por ser propio convinieron hacerlo comun; pueblo así medio pastor, medio labriego, algo ingénuo, viviendo como los abuelos, y encontrando todo bueno sin salir un paso de sus costumbres, porque sus antepasados las tenían, viajando en burro, cabalgadura bien conocida del Señor, por haberla preferido en la entrada triunfal á la ciudad de su sacrificio..... .....

Y dijo el Señor, dándose vuelta al elevarse á los cielos: ¿Conoces Pedro esa tierra?

—Aquella donde pulula mucho carlista, mucho intransijente, llena de revolucionarios y Curas, monárquicos y republicanos, cantonales y liberales, sí que la conozco. Esa.....esa es la tierra de Pilatos. Si está como cuando el muy pillo emborrachaba en Adalucía!.....

—¿Y en qué la conoces?

—En que en nada ha cambiado. En la tierra de la siesta no varían los garbanzos. Buenas gentes, por cierto, algo inocentonas y fanáticas por los toros y otras cosas, que yo me sé, pero honradota á carta cabal.

Todo cambia, se muda ó se trasforma, menos aquella madre patria que nos trató como á hijastros. En el pecado lleva la

penitencia, lo que prueba su desprendimiento y generosidad. Conquistó un mundo, para otros, y no alcanzó ni la paz interna para sí.....

IV

De regreso de tan fantástico viaje, el buen Dios encontróse de muy buen humor.

El paseito habíale asentado, y nada malo de nuevo vió, que el mal es tan viejo como el mundo.

Antes de volver á sus ocupaciones ordinarias de oir quejarse eternamente á los pueblos, pidiendo hoy una cosa y mañana lo contrario, sin estar nunca contentos con su presente, pues alcanzaban este deseo y ansiaban lo de más allá, en su ambicion sin fin, concedió un día de gracia.

—A ver, Pedro (dijo) abre las puertas del cielo, y toca á elecciones generales por toda la tierra, para que cada pueblo meditando bien sus necesidades, solicite por intermedio de un delegado lo que constituya su primera necesidad. Dispóngome á acordar *una gracia.* Cada Santo pida para su pueblo, y no cada uno pida para su Santo. Cuidado con cambiar los frenos, como allá abajo estilan.

No sabemos si el Arcangel Gabriel equivocó de piston, y por otra, tocó la trompeta del juicio final, que tal parecía el intríngulis y tolle-tolle armado por los pueblos de la tierra, congregados á elecciones para el cielo.

Tratándose de inscripciones, no solo entre los mortales (entre enemigos mortales, que á éstos asemejan los hijos de Adan), hasta entre ángeles son embarulladas.

Elegíase un Santo, ó bien aventurado (presumimos que todos los enviados á cualquier parte, al fin lo son ó tienen algo de bien aventurados), á solicitar una gracia para sus representados, ó desventurados.

Tras reñidas elecciones, lució por fin el gran día, y empezaron á llegar registros falsos ó adulterados.

No hubo parroquia, es verdad, que dejára de levantar la secular protesta, sobre si fué Juan ó fué Pedro quien obtuvo mayoría, pues á los postres el derecho de pataleo es en todas partes tolerado.

Presentóse allí hasta un inventor del cuociente, quisicosa ó sortilegio por el que gana la representacion de las minorías.

La verde Erin mandó á San Patricio, y como buen irlandés pidió que nunca faltáran las más ricas papas á su rebaño.

No pedía papa el chiquillo!

—Concedido, dijo el Señor, pero no olvides que no es lo único bueno que cual el maíz, el tabaco y el cacao, os ha mandado la América, y cuando el rebaño acreciente, mandad vuestros sobrantes á plantar papas á esa fértil region, escasa de brazos para su cultivo.

Y desde entonces quedó establecido intercambio de papas por irlandeses, en el Norte y Sud de América.

San Isaac solicitó y obtuvo el más grande imperio para los rusos; y al pedir pueblos de tantas lenguas, sin entenderse, anda aquello como merienda de negros, sin llegar al quibus, pues el *cunquibus* se lo absorbe su dueño, y señor, el Czar de todas las Rusias.

De cuellito á la degollé y pelado á la mal-contant, presentóse San Dionisio ante el trono excelso, y saludando, no quitándose el casco de sobre la cabeza (agrega el mentiroso francés), sinó la cabeza de sobre los hombros, como indirecta, recordando al Padre Eterno, el martirio sufrido por su santo nombre, dijo:

—Perdon, Señor! pido para la Francia el ejército más hermoso del mundo.

—Concedido. Hermoso sí, pero preved que por su descuido ó relajacion no se deje aventajar por el prusiano.

Y de rubias barbas partidas, gorrito con pluma y traje escocés, siguióle San Jorge, fijándose el binoquio en el derecho, y guiñando el zurdo para saludar reverentemente á su majestad.

—Os pido, señor, la primera marina del Océano, para la Inglaterra.

—Concedido.

—Y los mejores bisteques, agregó San Pedro, que como portero chanzonero, estaba de vena aquel día.

Despues de dos soldados sin cabeza, (perdida en el martirio), acercóse un Santo Obispo sin corazon. Al menos los napolitanos juran y perjuran que se lo guardan en conserva, en cierta reliquia cuya sangre liquídase una vez por año.

—Pido para los italianos, dijo San Genaro, que de entre ellos salgan los primeros artistas del mundo.

—Saldrán.

—Aunque no quede ninguno en casa, agregó el bastonero.....

V

Así fueron desfilando uno por uno los representantes de

todas las comarcas, y pidiendo cada cual segun sus instrucciones las cosas más raras, muchas de ellas insignificantes, pero siempre con el agregado: *el primero*, el más grande, *el único en el mundo;* por lo qué un ángel rubio como inglés, que apuntaba en largo registro todos los pedidos, escribió al márgen, Wanity—Fair! Espejo, ó feria de vanidades.

—Que avance otro.

- No hay más, contestó San Pedro, quien relegando á su ataché las habituales ocupaciones de portería, desde su paseito á la tierra, dragoneaba de introductor de embajadores:

No puede haber acabado tan pronto la larga letanía de pedidos .....

—Allá á lo lejos, muy lejos, divísase algo como burbuja que se mueve entre nubes de polvo y gasas azules.

San Pedro extendió cual celeste telescópio la cola del más próximo cometa, alumbrado el camino con su reflejo, y agregó: Sí, se distingue un caballo blanco á todo galope, que nunca llega .....

—Há de ser el enviado de esa ultima tierra, que en nada ha cambiado, ni en su trasporte, persistiendo en creer la caballería el más ligero medio de locomocion. Por fin llegó Santiago, caballero en su caballo blanco.

Siempre atrás, como genuino representante de la tierra de los toros.

—¿Qué pide el perezoso.

—El más rico vino que produzca la tierra, dijo Santiago.

—Concedido.

—Las más lindas mujeres, con la sal de Andalucía.

—Hola, galante es el noble hidalgo! Está bien.

—Pido, pido.....

– Calla, chico, no seas grosero, que la buena crianza es lo primero, dijo Pedro, tirándole del manto. Y entrecortado y coloradote terminó Santiago murmurando su postrer pedido. «Quiero para España un buen gobierno», al que por lo cargoso se le puso un «*no ha lugar*» y por lo que no hay lugar en España para buen gobierno.

En esto, entre albas nubes del color de su nombre, apareció coronada de rosas, morena vírgen de América, sencilla como criolla, y hermosa como buena; recatada y humilde sollozó á media voz solicitud velada por el pudor.

Bueno es recordar aquí que el Papa Clemente X ante quien tramitó la canonizacion de la bella americana, exclamó asorado: «¡Limeña y Santa!» Preciso será lluevan rosas para creerlo.

Y rosas llovieron.....

—Tu humilde sierva pide el mejor clima para su pueblo, que llegue á ser proverbial, dijo.

—Concedido, Rosa, será tu país un Perú. Es ya hoy un Potosí, y cuando se cansen de sacar plata, les daré sal, y cuando las limeñas la mermen por su uso y abuso, hasta huano mandaré.

Rendida y arrodillada, llena de gracias y sonrojos, agregó:

—Pídote Señor, dés el más chiquito pie á las limeñas, y clara inteligencia á todos los hijos de la América, que me han declarado su Patrona.

—Al fin, mujer en lo pedigüeña! murmuró por lo bajo Pedro.

—Está bien, Rosa, pero cuidado que ese lindo pie, no dé pie para muchas cosas.....me entiendes?

—Señor, Señor. .....

—Cómo, todavía.....

—Concede á mi patria un buen gobierno.

—Vaya, vaya; Rosita, Rosita. No tienes que pedir otra cosita?

VI

Iban yá á entornar las puertas del cielo, solo abiertas para las almas cándidas, cuando empolvado y jadeante llegó un tercer militar, bravo y dadivoso como que partía su capa con el primer pobre que tropezára.

Escusó su retardo, pues hasta tres veces había tenido que ganar la eleccion á otro San Sebastian que andaba embrollando la lista, para ir á representar como su patrono allá en las alturas, la nueva patria Argentina.

Cabalgaba brioso y. magnífico pampa más velóz que el viento de su nombre, y á tal punto saltador, que desde el Tupungato escaló de un salto al cielo.

—Ya sabía, dijo el Señor, que os enviarian los de aquella joven nacion tan valerosa como versátil. Ellos son buenos, pero un poco variables, como sus aires.

«Les dí Vireyes y pidieron República. Clamaban por libertad, y al fin tanto abusaron de ella que la consumieron en poco tiempo. Les dí hasta un tirano, con quien más constantes se mostraron. ¿Pretenderán ensayar algun dictador?

—Quieren el rio más ancho y dilatado.

—Lo tendrán.

—Y pueden llamarle de la Plata, aunque no tenga ninguna, para satisfacer su vanidad, agregó Pedro.

—Quieren las pampas más grandes de la tierra.
—Está bien....
—Aunque nada tengan en ella, dijo el portero.
—Quieren, quieren.....
—Todavía! murmuró amostazado el Altísimo.
—Quieren la montaña más alta de la América.

Y oprimiendo como invisible resorte la pequeña estrellita que hacía uso de eléctrica campanilla, oyóse:

....Tilín, tilín, tilín.....
A cada chancho le llega su San Martin.

....
....

Pero inmutable el pedidoso de este nombre, sin darse por aludido, seguía impertérrito el Santo patrono de Buenos Aires, sin que nadie reparára ya en el importuno.

—Lo ultimo, Señor, lo ultimo.

—Pido prosperidad para el pueblo argentino y un buen gobierno. Paz, sobre todas las cosas, que debe ser muy buena, aunque no la tratan ni de vista, pues no saben hasta la fecha lo que es vivir en *paz*, ni conocen á esta Señora más que para trancarle la puerta.

—Martin, Martin!
Preciso es dejar algo
Para los del otro confin:

Y hé aquí por qué no puede haber buen gobierno en la República Argentina.

Otra cosa aconteciera si Santiago, Rosa y San Martin, hubieran empezado por donde acabaron.

Pero vaya Ud. á enmendar el carácter nacional en un dia. Ni en trescientos años que llevamos, adelantamos un paso al respecto. No en valde se dijo:

«Genio y figura
Hasta la sepultura.»

VII

Tal es el secreto por que en España, ni en el Perú, ni en la América toda de la raza latina, más dada á fantasear y al fandanguillo, al bien parecer, que á lo sólido y provechòso, puede haber estable y permanente un buen gobierno.

Quedado há yá establecido que cada presidencia oscile como entre sus dos polos indispensables, entre una revolucion y

un curso forzoso, que andar hace á los hombres á la carrera, como en otro curso.....tambien forzoso, ó contra la voluntad de los que lo padecen.

Nuestra es la culpa. En las manos tuvimos el bien estar y la felicidad comun, con todos los elementos para labrarla y constituirnos libres é independientes en el progreso y la paz; pero el demonio de la ambicion que nos domina, y la vanidad que desde nuestros comenzamientos hízonos exclamar:

«Calle Esparta su virtud
Sus hazañas calle Roma.
Silencio! que al mundo asoma
La gran Capital del Sud.

Ese prurito de aparentar nos viene perdiendo sin que puédamos salvar la patria de tanto patriota.

Parece que San Martin, el dia de las elecciones para el cielo, yá estaba muy distante de él, y no oyó claro lo de *vuelva Ud. mañana*, por su ultimo pedido, que en buen castellano quiere decir, no vuelva nunca.

Fatal nos há sido este mal de oídos, sin dar oidos á la experiencia, por que nos salen todas las cosas al revés:

Sabeis yá, pacientes lectores, por qué en España como en América, ni por casualidad suele hacerse cambio alguno de gobierno sin la revolucioncita de ordenanza.

....Y si parecida á tradiciones de otros países se encontrára la presente, no es que el autor plágie á Dumas, ni Palma á Lafuente, sinó que pintando cada uno costumbres de su país, resalta en el fondo algo como aire de familia ó rasgo de semejanza, pues á la postre, sub-americanos, españoles y franceses reconocen como primera madre comun la noble estirpe latina, y.....y..... como lo diré:

Quien lo hereda, no lo hurta.

EL QUE CONTÓ EL CUENTO

A la memoria de mi infortunado amigo, Capitan Félix Paz

El que pagó el pato. El ultimo mono siempre se ahoga. Donde el diablo perdió el poncho, y refranes á estos semejantes, tan habilmente referidos fueron, cual el muy gracioso orígen, de *como merienda de negros* que el castizo tradicionista Pelliza, nos acaba de revelar.

Proponemos hoy hacer lo mismo con *el que contó el cuento*, pues no es chico cuento, que un fusilado, despues de serlo cuente lo que esta tradicion resume.

Pero, el cómo, y el cuándo, y el dónde, y por que hoy viene á los cantos de nuestra pluma, tambien tiene su cuento.

I

«Os llama la atencion esta escarapela azul y blanca que desprendo del pecho archivándola cual *memento* de este dia de reparacion, entre esos dos abollados relojes de plata vieja en el pequeño museo de nuestros recuerdos históricos?

«Poco menos, y el más pequeñuelo de ustedes, acaso preguntára cándidamente de qué Nacion es la cucarda, si al alzar la mirada no divisáran los mismos colores en la bandera que flamea desde lo alto de la casa, hoy que es dia de glorificacion para dos Santos de la patria.—Paz y Lavalle, héroes de nuestra independencia.

«Tan pocas veces acostumbramos reunirnos los argentinos diseminados entre numerosas masas de estranjeros, que en los hogares donde la religion de la patria, no es una religion, hasta sus colores se descoloran ó desconocen.

.. ..En otras secciones americanas, como en Chile, por ejemplo, cuando un ciudadano construye la casa para su familia, lo primero que levanta más alto, coronando el frontis, es el asta-bandera, para izar á las nubes el pabellon sagrado de la patria, á cuya sombra regocíjanse en los aniversarios gloriosos.

En esta gran Capital del sur, su medio millon de habitantes, construye al año á razon de seis casas por dia; pero, cuántos son los que reservan en ellas permanente lugar á su bandera?

«Cuando esta pasa por las calles, todo el mundo se descubre, en cualquier parte. Aquí, se le vé con indiferiencia, si se le vé, que no poco cuesta descubrir una bandera nacional entre la multitud de estranjeras cubriendo las avenidas de Buenos Aires, en dias de gala.

«Pues bien, queridos niños, leccion de patriotísmo práctico han presenciado hoy quienes concurrieron á esa plaza de armas, de donde salieron los que afianzaron la independencia nacional, y ya que hoy es el dia de la apoteósis de dos de sus héroes, referiremos el episodio con uno de ellos relacionado, que nos contó un fusilado.

—Papá! papá! interrumpió el niñito, cuyo padre así hablába, eso es cuento, pues un fusilado no puede contar cuentos.

—Efectivamante, cuento es, pero tan verídico como *el hombre que voló* de las torres de Santo Domingo, y el *viaje con muertos* ilustres que hicimos en espléndida noche de luna llena, remontando el majestuoso Paraná la misma hora del terremoto que derrumbába la ciudad de Mendoza, haciendo naufragar los muertos de nuestro cuento, fusilados en la Cruz Alta.

—Y, cómo pueden naufragar los muertos?

—Yéndose al agua, de la que no poco costó pescar sus cadáveres. Pero, esos son pormenores de otra tradicion, cuyos detalles impediran dar cima á ésta. No interrumpais, si no quereis alargarla demasiado, y escuchad.

—Somos todos oidos, y aquel burriquito más chico, todo orejas. Vean como se le estiran y ponen coloradas, concluyó el de la infantil observacion.

II

.....Era el dia más corto del año, como este en que escribimos, al siguiente de la glorificacion, es el más largo.

El General Don José María Paz, volvía á la Capital de Córdoba, ciudad de su nacimiento, satisfecho de haber vencido

en los campos de la Tablada, al más intrépido de los caudillos, el terrible Facundo.

Ligera guerrilla de batidores despejaba al frente. Sus principales ayudantes le rodeaban, su pequeño ejército de dos mil hombres le seguía, con el que derrotára la víspera doble número de montoneros. Su segundo, el Coronel Deza, cerraba la columna.

Todavía restos de la infantería del General Bustos, dentro la plaza simulaba preparativos de resistencia,

La tarde anterior, mientras á la luz del vivac escribía Paz perentoria intimacion, á su alrededor, y en voz baja, cuchicheando sus ayudantes disputábanse sobre el primero á quien tocaba entrar.

El Capitan Correa terció la discusion, diciendo: «Cuando se trate de intimar á enemigos que ocupen Buenos Aires, Mendoza ó Salta, corresponderá llevarla á nuestros compañeros Plaza, Tejedor ó Campero, pero hoy me corresponde á mí, que soy cordobés.»

«El buen soldado, observó con más prudencia Paunero, no debe ofrecerse ni esquivarse. En el servicio, estar á toda hora pronto para ir donde le manden y cumplir con su deber, nada más. No es bueno andarse ofreciendo.»

Pero ya faltába el que á sí mismo se había designado, anticipándose á la muerte, con que tropezó, en el ultimo tiro despues de la batalla, escapado al acaso de rondin perdido entre las sombras del bosque.

III

Y briosos y entusiastas, marchaban así á la cabeza los bravos ayudantes, muy próximos á la entrada de la ciudad, cuando la voz breve y seca de mando interrumpió el silencio.

—¡Ayudante Tejedor!

—Ordene, General.

—Avance Vd y lleve esta comunicacion al jefe de la plaza, previniéndole de viva voz se le dá un cuarto de hora para rendirse.»

Orgulloso por la distincion, á punto de no caber en sus granaderas, el valiente capitan D. Dionisio Tejedor picó el caballo y salió á galope, acompañado de pequeña escolta y el trompa de órdenes.

Como al poco rato no volviera, empezó á distribuirse más municiones para el asalto, cuando á lo lejos y á galope tendido

regresara, contestando que la guarnicion estaba pronta á rendirse, con tal que se le garantiese la vida.

A otorgar tal garantía volvía el Ayudante Tejedor, bajo bandera de parlamento, en busca del Coronel Maure (Jefe de Plaza), entrando por otra calle, menos quizá por acortar camino, que en la esperanza de divisar con dos negros ojos nada bozales de la gentil Tagle, doblando por aquella calle de su amor perdido.

Pero, cuándo el amor no es ciego, y por precipitarnos en su seno, caemos en el de la muerte!

Cortos momentos trascurrieron cuando se oyeron algunos tiros, y el asistente de Tejedor, á escape volvía, refiriendo con lágrimas en los ojos, que su capitan acabába de ser asesinado.

«Ahora mismo, exclama despues de veinte años el General Paz, se conmueve dolorosamente mi corazon, al recordar la súbita desaparicion de modo tan extraño, de un oficial inteligente pundonoroso y único amigo mio, como era el joven Tejedor. En él y en Correa, hizo la patria y yo dos pérdidas bien sensibles.»

Habría habido refinada perfidia?

. . . . . .

En son de ataque entraba la columna por la calle de Santo Domingo, cuando el Comandante Argüello, de la plaza, se presentó al General Paz, sorprendiéndose de los preparativos hóstiles. Increpado por la muerte del parlamentario, contestó que la guarnicion era extraña al atentado; que ese canton de donde se hiciera fuego, no estaba advertido de la suspension de armas. Pero, que con todo, los que sin orden tiraron, quedaban asegurados tras la trinchera.

Cuando las fuerzas de Paz penetraron á la plaza, en la calle cortada encontraron cinco hombres atados. Eran los de la zotea que habían hecho fuego al parlamentario.

Al grito de ¡mueran! fueron atropellados, y sin la intervencion personal del mismo General que gritó «todo prisionero es sagrado», hubieran sido hechos pedazos en su presencia.

En la efusion de las primeras felicitaciones se hallaba, y castigó el caballo adelantándose, al divisar, viniendo hacia él los entusiastas estudiantes del Colegio de Loreto, que con su Rector á la cabeza, el ilustre Dr. Eusebio Agüero, salían á recibirle, dando vivas y aclamaciones al vencedor.

Momentos despues, oyóse una descarga á la espalda, y el Coronel Deza se presentó dando parte haberle sido imposible evi-

tar que aquellos miserables fueran sacrificados en el mismo lugar á la saña de los vencedores.

Arrodillados sobre el borde de la zanja de su propia trinchera, los cinco cayeron en su profundidad, fusilados á la primera descarga.

. . . . . .

IV

Es, la del General Paz, una de las figuras más descollantes de soldado, en nuestra brillante historia militar.

Estudiante de derecho, improvísanle soldado las circunstancias en que apareció.

Mal ginete, siendo uno de los jefes argentinos que peor cabalgaba, derrota por su astucia y su táctica al primer caudillo de caballería, á punto de hacer exclamar á Quiroga:

«Este manco del diablo, me há derrotado con figuras de contradanza.»

Severo, reservado, observa y reflexiona, economiza la tropa. En el sitio de Montevideo, como en el de Buenos Aires, él fué el alma de la defensa, cual en Ituzaingó, su ultima carga con Lavalle, la que decidió la victoria.

Desde el Alto-Perú hasta Buenos Aires, largo reguero de sangre, de triunfos, de luchas y reveces señala su camino, y Tucuman, Salta, Alto Perú, Brasil, las campañas de Oncativo y Tablada, no son los únicos sitios que justifican su pericia, su táctica y denuedo.

En una ocasion oímos al General Pacheco y Obes, resumir su juicio sobre estos dos jefes, así:

«Lavalle era apasionado por la elocuencia militar de Napoleon, y entre todas sus proclamas admiraba más ésta:

«De lo alto de aquellas pirámides, cuarenta siglos os contemplan».

«Parco hasta en los elojios el General Paz, repetía aquellas hermosas palabras del vencedor en Trafalgar:

«La Inglaterra espera que cada uno cumpla con su deber.»

«Laconismo sublime, nada más que su deber exijía Paz.

«Este rasgo, por la predileccion de elocuencia perfila el carácter de cada uno, repetía Pacheco.

Cierto día acompañábamos en camino al Paraguay al General en Jefe del Ejército de la triple alianza. Llegó á saludar al

General brasilero Osorio; presentándole sus ayudantes, formaba á su lado el capitan D. Félix Paz, nuestro infortunado y valiente compañero de armas.

—El Capitan Paz! dijo el General Mitre.

—Oh! sin duda hijo del primer general argentino?

—No señor, sobrino del primer general americano.

—Sí, sí, repitió el bravo brasilero, tuve á mucha honra hospedarlo en mi fasenda, tan bravo como desgraciado.

Mas, no podríamos citar cuanto se ha escrito sobre Paz, que si bien tras él murmurábase de sus cavilosidades por dar oidos á ciertos chismes de campamento, cuando tomaba la direccion del mando revivía la confianza, y todo el mundo esperaba la victoria.

Resume todo elojio, el de otro valiente, voto en la materia, en cuyas «Memorias» recomienda á los jovenes militares más de una de sus estrategias.

Llegamos en nuestros viajes á saludar el solitario de Caprera. Despues de un momento y hablando de nuestra patria, preguntó:

—Argentino, nó?

—Sí, señor. De aquella tierra en que la imágen del General Garibaldi tiene un altar en cada corazon.

—Oh! recuerdo muy buenos amigos allá, y en verdad fué en el Plata donde aprendí á luchar por la libertad. Se peleaba deveras por entonces.

«Recuerdo, en otra ocasion haberlo dicho, allí encontré el soldado cuadrado que exijía Napoleon.

«Interrogado entre un grupo de oficiales franceses, dijera yo que había recorrido ambos mundos, cuál era el jefe más completo que conociera, contesté sin esfuerzo lo que ahora á Vd. repito, sin ser en pago de la buena noticia que me há traido.

«Allá en el confin de la América encontré un soldado de genio, cuya tactica y disciplina, valor sereno y cálculo, método y órden ninguno adelanta. Nadie con tan escasos elementos há hecho más que el General Paz.»

Paz, lavantó ejércitos, constituyó gobiernos, ordenó sitios. En el Alto-Perú—en el Brasil—en la Banda Oriental—en la Argentina, por todas partes escribió su nombre con su sangre su espada, no siempre vencedora; y lo que es más virtud, que ahora no se aprecia, murió pobre como había vivido, en época de desquicio y de desórden, sus manos no se mancharon nunca...

V

....Diez años trascurrieron, y era tambien la noche de San Juan, cuando á la oracion, mendigo inválido se acercaba á una pequeña tienda de ropa, frente á la Catedral, hoy calle San Martin.

El limpia-lámparas le despedía con el acostumbrado ¡perdo ne hermano! cuando de adentro en la trastienda del fondo gritó el patron; «No, espere, y yendo al cajon del mostrador, decía al amigo con quien tomaba mate: «Hoy hace diez años mataron á mi hermano, siempre recuerdo dar limosna por su alma en este día.»

Y sacó algun dinero, acercándose á dárselo al pobre en el umbral, cuando de adentro le gritaron ¡Tejedor!

—Que hay? Voy yá.... ....

A este grito recojió la mano el mendigo, y como sobrecojido mirando fijamente al interrogado, le dijo:

—Vd. se llama Tejedor?

—Sí.

—Que será Vd. del Capitan Tejedor?

—Hermano. Que hay con eso? Eres alguno de sus viejos soldados? Le acompañastes en sus campañas? .....

—Soldado, y en sus campañas hé sido; pero no su subalterno. Fuí uno de sus asesinos.

—Hombre! A estos fusilaron en el momento de tomarlos.

—Efectivamente, y yo fuí uno de los fusilados.

—Este hombre há perdido la chaveta. Fusilado y hablando!

—Para qué negarlo. Yo fuí fusilado y todavía cuento el cuento, ya que he dado con un hermano del Capitan Tejedor, á cuya muerte, sin querer, contribuí, no le pido limosna, sino perdon, al primero de sus deudos que encuentro en esta tierra, dijo, cayendo sobre el umbral de rodillas.

—A ver, á ver, levanta, ven acá. ¿Pero este pobre está loco! Dice que há sido fusilado, y lo dice..... Pide limosna y retira la mano, y á la tienda de Tejedor viene á contarle que há sido el matador de Tejedor, agregó entre joco-serio. Perdido ha la chaveta, compadre, ó ya hemos hecho la tarde?

—Ni lo uno, ni lo otro; pero todo lo que digo es cierto.

«Hace hoy diez años, hallábame en uno de los cantones á la entrada de Córdoba. Se había dado órden de hacer fuego

sobre cualquier grupo á tiro de fusil. Nadie avisó estar sus pendidas las hostilidades, ni que iba á entrar parlamento. Estaba yo de centinela con cuatro compañeros más sobre la azotea y á los primeros tiros cayó el bizarro oficial que avanzaba.- Sus compañeros dieron vuelta.

Pero ya el susto había entrado á los de la plaza, pues la que nos venideron por victoria los oficiales de Quiroga, Bustos, Aldao, era perrota *fiera no más*. Por esto, de otros cantones vecinos vinieron y nos entregaron amarrados.

«En cuanto pasó el General Paz adentro, nos fusilaron, cayendo sin vida en el hoyo. Pero, *velay* lo que son las cosas, Señor, yo quedé á medio fusilar y por la noche escapé. Todavía la casualidad me perseguía. Arrastrando y gateando pude medio muerto meterme en la primera casa.

«Parecía hubiera allí algun herido ó enfermo, porque toda, la noche estuvieron entrando y saliendo á la Iglesia vecina, á la botica, á tráer el Cura, el sangrador, y, cuanto me descubrieron en el rincon más oscuro del zaguan, «*pobrecito*,» exclamó la patrona, sea de cualquier gente llévenlo adentroy cuídenlo.» Seme volvió el alma al cuerpo, pues no las tenía todas con migo.

«Las familias en Córdoba son muy caritativas.....

«Era la antigua casa de la respetable familia de Tagle. Quién había de decir! despues lo supe, allí estaba desmayada y de accidente en accidente la niña mayor muy donosita, como todas ellas. Había sido la novia del Capitan Tejedor, y no volvía del mal la pobre.

«Lo que son las guerras entre hermanos. En el cancel de las Monjas Catalinas yacía entre cuatro blandones el Capitan Tejedor. En la casa de enfrente la niña Tagle desmayada, y en continuos soponcios; tirado en el záguan de su puerta con cuatro balas, yó, entre el oficial que había muerto, y la novía que dejaba muriendo.

VI

Coincidencia de coincidencias. En el mismo dia de San Juan, diez años antes, cayera sin vida el Capitan Dionisio Tejedor, el 24 de Junio de 1839 alcanzába á su asesino la ultima limosna que dió en vida su hermano D. Nicolás.

Aquella ingrata noche fueron á decirle cómo se había descubierto la revolucion que con otros jovenes, más exaltados que previsores, fraguaban para voltear al tirano.

Pocas horas despues del encuentro con el fusilado, era asesinado el Dr. Maza en la Cámara que presidía, entrando á la eternidad momentos antes que su hijo, el bravo Coronel Maza, fusilado á la madrugada.

Era aquel el toque de dispersion. Fracasada la revolucion Maza, derrotados los revolucionarios del Sur, los comprometidos fueron de la inmigracion á los campamentos de Paz y Lavalle, ultima esperanza de rendicion para un pueblo tiranizado.

D. Nicolás Tejedor, uno de los jóvenes más entusiastas por la causa de la libertad, cerró su tienda aquella noche fatal, y abandonando al azar de una causa sin suerte, vida, intereses y porvenir, partió para el ejército y luego despues le tocó morir entre los soldados de Lavalle por la misma causa que su hermano había caido al lado del General Paz.

Derrotado en el Quebracho, con otros prisioneros conducido á San Nicolás de los Arroyos, allí sin piedad y á sangre fria, Rosas, vencedor en toda la línea, mandó fusilar jovenes, niños y ancianos.

Y este sí fué bien fusilado, no resucitó al tercer dia como el que contó el cuento; ganando tambien en ello á los unitarios, que los federales sabían fusilar mejor.

Hé aquí la ultima coincidencia. La escarapela que hoy hemos llevado en el pecho los argentinos, al rendir culto á los héroes desgraciados, en la apeteósis de Paz y Lavalle, viene á queda archivada entre el reloj del Capitan Tejedor, ayudante del primero, muerto por los soldados de Quiroga, y el de su hermano ayudante de Lavalle, fusilado por los de Rosas.

El uno fué traido por su fiel asistente, desde Córdoba, y el otro, piadosas vecinas de San Nicolás le recojieron, restituyéndolo á la familia.

Se esplica asi, naturalmente cómo un fusilado, despues de serlo, puede contar el cuento.

Desde entonces quedó por apodo al soldado Roque Funes, *el que contó el cuento*, refran popularizado á cuantos en su caso se encontraron. En oposicion á los fusilados que no revivieron, los camaradas repetian en el campamento: *ese no contó el cuento*. Cuando salvan de inminente peligro los camiluchos repiten: *casi no cuento el cuento*,

---

UN RIO ENCADENADO

(Tradicion de 1845)

Señor General D. Manuel Obligado.

I

Quién le pone el cascabel al gato? preguntó el más sesudo de los pericotes, y ante tan irresoluble problema desbaratóse la conspiracion de los protegidos de San Bonifacio.

Hasta ahora se ha descubierto por qué este segundo patron de Buenos Aires, lo es tambien contra las plagas de ratones.

Quién pone puertas al campo? se repite como un imposible, que no lo fué para Perogrullo, pues cierta ocasion contestó muy fresco, el que puso cadenas al rio.

Y hubo alguien que se atreviera á tamaño atrevimiento?

Aunque no lo parezca, tal es la verdad. No nos referimos á ese Jerjes, hijo de Dario, irritable contra el irritado Helesponto, destruyendo el puente de barcas sobre él echado.

Aquél, terminado el pasaje de su ejército de cinco millones, (jamás en la tierra formó otro mayor), mandó azotar el mar y encadenarlo por sus bellaquerías.

Pero, el paisano éste intentó montar el río con espuelas, y Rosas ordenó poner en cadenas al Paraná, (que el mandar desde lejos no cuesta), sinó para que no se moviera y quedase

quietesito donde Dios lo puso y no pasára el rio, sí, para que no pasáran por él.

Prosiguiendo el signo fatal de su nombre, despues de haber rozado la pampa, pues no debiéra brotar yerba donde su potro salvaje estampára el casco devastador, pretendió rozar el corazon de los argentinos, y que no germináran en ellos nobles sentimientos.

Empezó haciendo guerra sin cuartel á los salvajes unitarios y á sus inmundas crias, y á sus viles aliados; extendiendo sus ódios hasta Santa-Cruz, á quien quemaba en esfinje, como Júdas, el Sábado Santo. Despues, guerra á los valientes orientales, y al negrero Imperio esclavócrata, y á los guardas chanchos de Luís Felipe, y despues..... despues..... acabó por declarar guerra á todo el género humano.

Chico hombre era Juan Manuel, para andar con chicas.

—Los gringos, los estranjeros y carcamanes para qué sirven! exclamaba en su desprecio supino. A nosotros nos basta y sobra con ser criollos, y no necesitamos de nada ni de nadie, canejo! que si el mismo Padre Eterno me toce fuerte, le declaro salvaje unitario hasta que pinte el cielo de colorado.

Tales eran los sentimientos de igualdad republicana en que pretendió encaminar á su generacion, por veinte años gobernada bajo férreo yugo.

Que no prendió la sisaña, ni preparado estaba el terreno á tan mala semilla, pruébalo como nos apresuramos luego no más de voltear al tirano, á abrir de par en par las puertas de la patria al laborioso estranjero, hasta hospedar ciento cincuenta mil inmigrantes por año.

Yá por entonces, refiriéndose á éstos, cantaba al son de sus cadenas, un poeta que no tenía palmo de tierra:

«Para ofreceros ¡Oh! tenemos, sí, más tierras
Que espacios en los cielos para los astros, ves.»

Los ministriles de Rosas, replicaban. La casa ésta es nuestra, y por su zaguan no pasa nadie.

Y con palabrotas de mucho sonsonete y deslumbramiento de americanismo, atentado á la independencia, invasion estranjera al suelo sagrado de la patria, y embolismo semejante emborrachaban la populachería, como carne de cañon mandada al matadero.

Los emigrados, por órganos de la prensa vecina, en nombre del derecho público y del más sagrado derecho de la humani-

dad controvertian: Que la libre navegacion de los rios era una de las conquistas del derecho moderno; que el Creador hizo esos caminos que andan, para que sus corrientes arrastrásen todos los gérmenes y simientes generosas, que como sus aguas se extienden y desparraman, fecundando las riberas que riegan.

Que si en tiempos de oscurantismo tomóse á los rios como términos, límites ó vallas insalvables, el mundo marcha, y hoy nos enseña, son canales de comunicacion extendidos para facilitar el intercambio que atrae y solidifica la fraternidad de la familia humana.

Que no podía cerrarse el país al resto del mundo, como la Gran China, mal cerrada apesar de su altísima muralla, ni cual lo pretendía en esa pequeña China el tirano del Paraguay, pues aunque el Paraná corriéra entre riberas argentinas, no había derecho á impedirle comerciar al Brasil, á Bolivia y á ese mismo Paraguay, del que era única salida.

Pero Rosas, que no entendía de principios, ni de derecho de gentes, poco acostumbrado á tratar con éstos, ni de más otros derechos que los que él se tomaba, contestó arrogante:

....Esas tenemos! ¡Con que no puedo! Eh! á ver ese General Mansilla, Vd. que es el más grandotaso de mis valientes, vaya y póngamele un candadito al rio, y cuidado con que chiste.—Ustedes, señores franchutes, largo de aquí, so guarda chanchos. Váyanse con la música á otra parte ántes que haga una de las mias, ó barrasada tal, que ni el nombre les quede.

Estos y los ingleses que mal comprendieron tan desusado lenguaje, retrucaron. Con qué no entiende el derecho ni nada de esto? Si es sordo de ese oído, ó romo de ingénio, yá le abriremos las entendederas, y hablando un poco más gordo llegará á entendernos.

Por entonces los cañones de ochenta eran las voces más altas de la tierra y tambien de los mares.

El cañon tomó la palabra.

II

Y mientras dejamos al General Mansilla, tocando generala y convocando á todos los Vulcanos, desde Buenos Aires á San Nicolás, para que forjáran cadenita de eslabones, apropiada á encadenar un rio, describiremos el paso del Paraná, á la altura del cerrito de la cadena.

Geógrafos hay, que reputan á éste el rio más grande de la tierra, con el Paraguay que corre perpendicular sobre él; como el Plata en que se derrama, es el más ancho; no obstante, el Amazonas, su pariente, Cordillera por medio, pues si el Missisipí se denomina padre de los rios, el Paraná en su poética lengua guaraní, apellídase *pariente del mar*, y en realidad comprueba su consanguinidad por el caudal de aguas en su largo descenso de miles de millas.

Despues de vueltas y revueltas dejando rinconadas y puntas y salientes, subiendo las nueve vueltas, pasada la cancha de San Pedro, se dobla *la vuelta de Obligado*, cuarenta y cinco leguas sobre su desembocadura.

Aquellos que los navegantes llaman *vuelta*, sobre el curso del rio, los gauchos denominan *rincon*, porque en rinconada queda respecto al camino real, uniendo los pueblos de San Pedro y San Nicolás.

Esa punta de tierra que avanza al agua estrechando el canal entre el cordon de las barrancas á pique y las vecinas islas más aproximadas,—hállase coronada por dos montes de talas, el monte grande, y el redondo, y frente á la bajada del ultimo un cerrito, yá muy carcomido por las aguas, se iergue como olvidado testigo de la sangrienta tragedia. Antes quedaba más pegado á tierra firme, y sirvió para atar la cadena del costado de tierra.

Encáuzase el Paraná, bajando de N. O. á S. E. y de repente tuerce hacia la izquierda, y corre de O. á E. formando un martillo. Desde aquí se navega entre dos islas, en rumbo á una eminencia formada por la continuacion de las barrancas que le encajonan, doblando luego á la derecha hasta acercarse á quinientas varas de aquéllas, para salvar la punta de la isla que lleva al mismo costado.

La alta cumbre en punta es un barranco ligeramente ondulado al centro que le divide en dos morros bajos y extendidos cubiertos de talas y bosque espeso en el de la izquierda. Uno y otro al llegar á la orilla descienden rápidamente, semejando murallas naturales. La ondulacion del centro declina hasta el agua por suave pendiente.

Ancho como de ochocientas brazas y corriente de tres millas, lleva el rio en aquella época del año.

Mientras el General Mansilla reunía algunas milicias de campaña, y matreros de entre las islas que andaban nutriando, improvisando ligeras baterías, el Comandante Alzogaray ataba á la cola, una de otra, cuanta goleta y balandra bajaba por aquellas alturas, como gordas cuentas ensartadas.

Ligadas las veinte y tres barquitas por tres cadenas á babor, estribor y centro, y fondeadas á dos anclas amarró la punta de tan singular rosario al morro, remachando su extremo opuesto en la inmediata isla vecina.

El ultimo cañon de la batería á flor de agua, tenía sus puntos fijos á este remache, mientras que el «Vigilante» vigilaba la línea de atajo, recorriéndola de uno á otro extremo.

En estos preparativos se hallaba la improvisada defensa, (solo ocho dias antes anunciada), cuando por chasque volante súpose venían subiendo á la sordina Paraná arriba, despacito y en silencio los señores ingleses, en distraida charla, al parecer indiferentes, con sus aliados y compinches los franceses. Si estos traían en cinco buques unos quinientos hombres, (infantería marina de desembarque), y otros tantos de abordaje,---aquéllos en seis de sus más poderosas naves de alto borde doblában tal número.

La primera division del Norte al mando del capitan Trehouart, formada del bergantin «San Martin», á sus mismas órdenes, corbeta «Cosmos» Comandante Sglefiel, «Pandour» Teniente Du Parc y «Dolplin» Teniente Levings. La segunda al mando del Capitan Sulivan, componíala el bergantin «Philomel», á sus inmediatas órdenes,—Corbeta «Espeditive», Teniente Miniac, bergantin «Fanny» Teniente Key, y bergantin «Procida» Teniente Mariane de Riviére.

Debian ambos fondear segun el plan combinado, al Norte y al Sud, setecientas yardas distantes, mientras los vapores «Georgen» Capitan Holhan (el más antiguo), «Fulton» Capitan Moyeres y «Fivebraud» capitan Hope, lo hicieran á mil quinientas yardas de la más avanzada batería.

Para resistir toda esta formidable Escuadra, con más de mil hombres de desembarco, protegidos por los cañones de á ochenta de estos dos ultimos grandes vapores, apenas pudieron reunirse unos ciento cuarenta artilleros al servicio de treinta y cinco cañoncitos, calibre de cuatro, seis y ocho; cuatro Escuadrones de milicianos, (quinientos sesenta hombres,) y hasta seiscientos infantes, de los que solo el Batallon de Patricios era de soldados; al mando todo de siete Jefes, doce oficiales de línea y cuarenta y ocho de milicias.

Sin tiempo ni elementos para más, improvisáronse cuatro baterías. Dos levantadas á sesenta pies del agua, sobre la barranca, y las otras dos en los bajos intermedios.

La «Restaurador Rosas» sobre el primer morro, seis cañones al mando del Teniente Brown.

Segunda, «Manuelita Rosas», al mando del Capitan Elizalde.

La tercera, «General Mansilla», al mando del comandante Alzogaray, á la orilla del agua, en el bajo intermedio.

La cuarta batería coronaba la cima del segundo cerro.

Cajones de tierra á la altura de una vara, era todo el parapeto, y zanjas, de dos de profundidad para ocultar los infantes, rodeaban las más avanzadas baterías.

El General Mansilla, seguido de sus Ayudantes, Botet—Segovia—Garmendia—Quiroga—Barreda y Villar, inspeccionaba alentando los ultimos trabajos, mientras que el Coronel Cortinas y los dignos oficiales Virto—Cerezo—Cañete—Serviño—Sanchez—Rodriguez—Basso—Maldones y otros que como éstos se distinguieron en el combate, marchaban intrépidos animando á sus soldados á ocupar los designados puestos.

III

—.....Pero, empezando por el principio. ¿Por qué se llama Obligado este lugar?

—Ni yó lo sé, aunque referir puedo cierto diálogo entre el baqueano y timonel, que así departian cierta noche, en que los mosquitos no les dejaban dormir sobre cubierta de la goleta «Esperanza» en el primer viaje que pasamos el célebre paso.

—Desde que éste es paso preciso, inevitable, naturalmente *obligado* es de todo barco que remonte ó descienda el Paraná, y los dueños de estas tierras tomaron el nombre de su propiedad, como los del Rincon de San Martin, Monte de Castro—Rincon de Soto, y otros.

—Todos son pasos precisos, cuando no hay dos, y no llevan ese nombre.

—En la ultima carta geográfica, replicaba el leguleyo, del erudito historiógrafo Paz Soldan, desígnanse varios puntos y lugares lo mismo: «Arroyo Obligado», al pie de esas barrancas, «Isla Obligado», conocida por los viejos patrones, á la entrada del Capitan, «Vuelta de Obligado» sobre el Rio Negro: «San Antonio de Obligado» en el Chaco.

—Pues, si no es obligado, por ser *preciso*, y del otro mundo (Europa) con tal nombre vinieron los Señores de estas tierras, no sé á qué estará obligado.

Sea de ello lo que fuere, lo que ha de ser será, y dejando el desciframiento para el postre, véamos cómo pasó la cosa y si les costó un ojo de la cara el cortar cadena á los que no creian en rios encadenados .....

.....

Las diez eran, minutos más ó menos, de la mañana del Mártes veinte de Noviembre de 1845, cuando las baterías de tierra rompieron el fuego sobre el «Philomel» y toda la division del Sud. El «San Martin» avanzó con intrepidéz sobre ellas, hasta llegar á tiro de pistola, echando anclas, para atraer sobre sí, como blanco más aproximado, todos los tiros, mientras los demás buques pasaban tras él á cortar la cadena.

De gran uniforme, sobre el puente de este bergantin, el Capitan Trehouart contestaba con sus certeros cañones las descargas que se les dirijian. Media hora despues, todos los buques entraban en línea de combate, y cada cual parecía un castillo de fuego envuelto en nubes ya se condensara ó esparciera en rasgados jirones, pues mas de cuatro mil proyectiles cruzaron el espacio en menos de dos horas,

Ciento catorce balas llevaba incrustadas en su casco el San Martin, cuando cortada por una de ellas su amarra, se sotaventó, dejándose ir aguas abajo.

Tales destrozos presentaba, que, temiendo fuera irse á pique, un vapor francés levantó sus anclas, yendo en su proteccion. Muchos muertos y heridos, oficiales y marineros llevába, y al retirarse fuera de combate, el Comandante Trehouart se trasbordó al «Pandour.»

A su costado pasaba el «Prócida,» que viniendo de barrer una de las baterías de la izquierda, perdió sus cadenas.

Con vivísimo fuego contestaron las baterías de las barrancas. Diezmada la dotacion la reemplazaban sus reservas, y los claros abiertos, sin cesar su cubrian.

Bajo el plan de las esplanadas, hallábanse protegidas algunas fuerzas de infantería, y á retaguardia de ésta dilatábase larga fila de caballería, la que despues de sufrir impasible por muchas horas el fuego de cañones, que no podian contestar con el de tercerolas, resintióse en su formacion, amenazando desbande.

Envuelto en el humo y la tierra y el estruendo y gritos de entusiasmo, se destacaba la figura del General Mansilla, entre las balas que caían á su alrededor, mientras inalterable y tranquilo dando sus órdenes con voz enérgica, paseábase tomando mate sobre los merlones de la batería de su nombre, alcanzado por tia María, heróica mujer del campamento.

IV

Como á eso de medio dia el viento aflojó un poco, y algunos buques fondearon dos cables más distantes. Grito de entu-

siasmo resonó entonces sobre todá la línea, y arrancando el General una hoja de su cartera, mandó este parte volante á Rosas, llegando el chasque á mata caballos.

«Hace tres horas nos estamos batiendo con los anglo-franceses, y aun no se han podido acercar á la línea de atajo, pero tengo el sentimiento que, empeñado el combate de un modo violento, tendré que suspenderlo por falta de municiones».

Entre el pasto y el cardal de la ribera hormigueaban las cabezas de la línea colorada, gorro de manga, arroyada en punta, chaqueta punzó y chiripá caido sobre el blanco y anchísimo calzoncillo flecado, cruzando el peto doble viricú blanco con la cartuchera y bayoneta. Ondulaban sus cabezas como sierpe roja quebrándose entre la humareda azulina desbandadas por las ráfagas.

Suave brisa primaveral mecía con estremecimiento de nerviosidad, ramas y flexibles gajos de talares y espinillos, cuando los más seculares árboles de la selva no se inclinaban temblando heridos por grandes balas, saltando en mil astillas que iban á herir de rebote á fugitivos, bajo su espesura cobijados.

Todavía se encuentran frecuentemente en el monte redondo, como en el grande, árboles truncados que han seguido su crecimiento horizontal por llevar incrustadas cuarenta años há, balas de los franceses. Muchas de las bombas de grueso calibre rebotando sin reventar iban á enterrarse en la cañada de los Cueros, en cuyas aguas, aumentadas por la lluvia de la víspera, salpicaban levantando montañas de fango.

Bombas, balas, granadas, palanquetas encadenadas, cohetes á la congreve, proyectiles de todas clases y calibres, lanzaban los buques como lluvia incesante sobre las baterias, el bosque y el campamento.

Parecía que rápida centella saltando de barranca en barranca, incendiaba armones, cajas de guerra y de municiones, desmontando piezas y destruyendo merlones.

Tras súbito relámpago de muerte, pasaba silvando en carrera devastadora una bala de ochenta, y el tronido incesante, continuo, en aumento, hacía desmoronar la greda de las barrancas.

En el momento que Mansilla daba órdenes á su ayudante el Mayor Garmendia, una bala llevó á este un brazo.

Yá por dos veces barriera la metralla todos los artilleros de la batería del primer morro.

En la otra, más abajo, á flor de agua, que por su posicion avanzada causaba mayor destrozo á los buques, hallábanse tendidos, muertos ó espirantes todos sus soldados.....

.....

Cuánto episodio heróico, en aquella olvidada accion! Allí un soldado de San Nicolás de apodo *masamorra* hacía, al través de las balas que cruzaban sin cesar, repetidos viajes hasta la orilla del rio, alcanzando agua en un saco de cuero. El día era caluroso y aumentado por el humo pesado lo caliginoso de la atmósfera, la fatiga del combate acrecía sed deboradora.

Otro soldado avanza á su encuentro, muerto de sed. El Teniente Brown, Comandante de la bateria *Manuelita* le mata de un pistoletazo, repitiendo: Hé dicho que nadie se mueva de las filas.» Era su asistente de diez años que cayó pegado al saco.

Masamorra entre borracho y burlon al ver derramarse el agua que con peligro de vida traía para sus compañeros, agregó: «Pues, ya no voy por más agua, y de un salto se puso á caballo sobre un cañon, cuyas municiones habian concluido, gritándoles insolencias á los marinos . . .

Poco antes allí mismo Marica la Chacabuco, se sacaba las enaguas, pasándoselas á su compadre, cabo de cañon, para servir de taco, concluidos estos. Otra negra vieja parada sobre los médanos, entusiasmaba con sus vivas y gritos, incitando á los soldados á pelear hasta el ultimo cartucho, *por mi amito el Restaurador*, fué llevada por una bala, y medio cuerpo quedó suspendido entre las ramas del tala más cercano.

Ya al principio del combate, episodio semejante de horrible singularidad habíase producido. El General en Gefe pasaba á caballo con todo su Estado Mayor revisando las infanterías, los artilleros, las caballerías, cuando el loco Gorosito envuelto en ancha bayeta colorada, gritó á lo lejos; «¡Viejo Mansilla, si la ganais te la compro!» y éste dando vuelta, vé una pobre mujer que salía del campamento llevando un gran atado sobre la cabeza y dos negritos de la mano, alcanzada por una de las primeras balas de mayor calibre, madre é hijos quedaron hechos pedazos.

Ay! la gloria humana es como el disparo del cañon, un poco de ruido y humo.

. . . . Así sucedió aquel día, entre otros, á esas dos bellas esperanzas truncadas en flor.

Valientes y esbeltos, Romero y Rodriguez, jovenes llenos de vida y aspiraciones, cayeron al pie del cañon.

Momentos antes del combate acababan de llegar de San Nicolás mandados por el Coronel Eréscano, con pliegos urjentes, y, corrieron á ocupar sus puestos en las avanzadas.

Disparado el ultimo cañonazo el Teniente D. José Romero,

subido á uno de sus cañones observába de brazos cruzados las maniobras de los buques, mientras llegaban las municiones pedidas, cuando un fragmento de metralla rebotando sobre la esplanada volteóle sin vida. A ese tiempo caían tambien el subteniente Francisco Medrano y los alferez Martinez y Sanchez.

El combate seguía encarnizado. Los marinos franceses é ingleses se disputaban por llegar primero á cortar la cadena.

V

A las doce el Capitan Thorne, en la goleta argentina «Vigilante» agotadas las municiones y embarcándose en sus botes con todos los tripulantes, pudo tomar tierra tras la línea de buques. Entre ellos iba otra valiente mujer que resaltára en la heróica defensa, *Marica vicho feo*, peleando como veterano al lado de su hombre, en aquel glorioso combate donde tantos valientes perecieron.

Para la gloria de la escuadra anglo-francesa aquello fué un eclipse. Formidables buques de las dos más poderosas naciones que conmovieran con la voz de sus cañones los más grandes Imperios, prolongando su eco por todos los mares, vencedores en cien combates, eran detenidos aquí al fin del mundo por un puñado de valientes.

San Juan de Acre, Amberes, San Juan de Ulloa, Tanger Mogador y otras muchas fortalezas, plazas y castillos de mar fueron tomados despues de dos horas de cañoneo, y aquí en tierra argentina, tras encarnizada lucha aun no podían vencer débil obstáculo.

El jefe argentino contestára á Rosas ocho días antes, cuando se le ordenó prepararse á resistir la escuadra combinada, que en tan perentorio tiempo, y con tan débiles elementos solo podía prometer resistir hasta el ultimo. Ese mismo dia el arrogante Comandante Hothan, brindaba en el banquete con que se le despedía en Montevideo, ofreciendo destruir en dos horas las baterías de Obligado, sin dejar ni huellas de sus ruinas.

El Capitan Trehouart, anteojo en mano sobre el puente del «Prócida», ordenaba fuego con una pieza de estribor, al tiempo que una bala derribába herido al lado á su segundo y se llevaba la cabeza del marinero que servía al timon, rodando el cuerpo sobre la obra muerta.

Los buques ingleses de más calado sufrieron menos, dispa-

rando sus certeros tiros de mayor distancia. Sin embargo, el «Tirebraud» al avanzar perdió al teniente Brigdale, cuando el oficial Andrevos caía muerto en el «Dolphin».

En el «San Martin» retirado á larga distancia aguas abajo, espiraba el Teniente Michaud, segundo jefe, y el oficial Hello yacía moribundo.

La corbeta «Espeditive» de diez y seis cañones, se dejaba ir corriente abajo con admirable velocidad, mientras el Gorgon y Tirebraud rivalizaban en el combate.

Pocos momentos despues el fuego recrudecía con mayor ímpetu; pero á eso de las doce y media cuando la goleta «Vigilante», á quien Thorne prendiera la Santa Bárbara, volaba en mil pedazos en magnífica erupcíon de humo y llamas, la defensa en tierra parecía debilitarse.

No todos los dias se cortan cadenas al través de las balas, por lo que la víspera del combate ensayaban en la capitana inglesa y la francesa el medio más breve de efectuarlo.

De los diversos procedimientos, resultó que si la sierra empleaba cinco minutos en separar cada eslabon, en la mitad del tiempo el martillo dejábala completamente cortada.

Los botes echados al agua se preparaban para esta final operacion.

En la segunda batería de tierra el ultimo cañon del extremo izquierdo aun no se había movido. Con los puntos fijos sobre el remache de la cadena, la perfilaba. Cuando el más audáz, un maquinista inglés bajó á cortarla, dióse fuego á aquel cañon, mudo hasta entonces. Su única bala dividió en dos al valiente escocés.

Otros botes ingleses remplazaron sin éxito la tentativa. Las cadenas eran de gruesos eslabones. Todo esfuerzo parecía inútil, hasta que al fin, tenáz como buen inglés, el Capitan Sulivan colocó el yunque sobre la quilla de un bote. asentó el anillo y bajo la presion de grandes martillazos el fierro saltó en pedazos, no sin haber antes saltado en muchos más, brazos y piernas, cuerpos y cabezas de franceses é ingleses que ayudaban la operacion.

Sería la una de la tarde cuando el «Fulton» pasaba el primero, por aquel punto, desembarazado del obstáculo, viniendo á cañonear de flanco las baterías.

Un hurra! general, y repetido en todos los buques le saludó, apoyado por el estampido del cañon de tierra, aunque estos cada vez de más en más pausados, revelaban que las municiones se agotaban.

Sin embargo, todavía hasta las cuatro se mantuvo el com-

bate sin interrumpida contestacion. Algunos cañones de fierro, empotrados en troncos, con puntos fijos solo hacían fuego de frente, sin poder variar su direccion.

Los menos, los mejores, disparaban con un ángulo de 45°, pero los que no se hallaban desmontados, se encontraban yá sin cartuchos concluidos en ocho horas de combate.

Dos pequeñas piezas volantes acompañaban en sus tiros á los cañones de la segunda y cuarta batería, ultimos disparos despues del nutrido cañoneo, semejante más á fúnebre salva por los muertos esparcidos y desangrando sobre los verdes campos.

Poco despues la «Espeditive», el «Pandour» y el «Prócida» alejados con la fuerte correntada, aprovechando la virazon de la tarde, avanzaron de nuevo, y, echadas al agua las lanchas de desembarco, la primera compañía de infantería francesa, bajo el fuego de los vapores ingleses, abordó tierra.

Eran las cinco de la tarde. El General Mansilla, que durante las primeras horas del combate lo había dirijido desde la más elevada de las baterías paseándose, fué en aquella hora alcanzado por un fragmento de metralla y cayendo en tierra, sus ayudantes le ayudaron á subir sobre el caballo.

Tomó el mando, su segundo, el heróico Coronel Crespo, viejo veterano de la Independencia, en cuyos ejércitos fuera condecorado con tantas medallas, que no quedára lugar para otra más en el peto de su casaca militar.

En Patagones como en Martin Garcia, en Chile como en el Perú, habíase encontrado en casi todas las batallas de la Independencia, y en el puerto del Callao donde su compañero el Mayor D. Venancio Ortega perdiera una pierna, él hubo de perder un brazo. Con el que le restaba bueno, supo firmar el parte del glorioso combate de Obligado, despues de dirijir con su espada sus ultimos episodios.

El bravo Coronel Rodriguez (D. Ramon) se puso á la cabeza del Batallon de Patricios, y dió la primera carga, logrando detener á los invasores. Estos caían y resbalaban sobre las gredosas barrancas todavía húmedas, de la lluvia del dia anterior.

El fuego de los buques redobló por todas partes y protegidos por él los Comandantes Hothan y Frohoward bajaron con quinientos soldados, reforzando al Capitan Sulivan.

Una segunda carga dada por Rodriguez, los contuvo dentro las baterías.

Poco dospues se reembarcaron, no animándose á pernoctar en tierra, y, ni entonces, ni en los once días que permanecie-

ron los buques allí fondeados, clavando cañones y destruyendo baterías, osaron salir de éstas, ni alejarse una cuadra de sus botes, pues los diezmados restos del batallon Rodriguez, les tenían á raya.....

.....

V

En la tarde del doce de Octubre del año 1785, bajo, grueso, jovial, activo y francachon, caballero en su real mula, bajaba á la sombra del corpulento ombú que coronaba la más alta barranca, el Sr. D. Antonio Obligado, quien venía á tomar posesion de esos campos, á que dió nombre.

Seguíanle hasta una docena de negros esclavos, cuarteadores unos, baqueanos del pago otros, que tiraban de la altísima galera en doble sopanda suspendida, cuya inmensa concavidad llena de cajoncitos y secretos, respondía á su triple destino: dormitorio,—comedor,—despensa,—y tambien vehículo de viaje.

Largo estribo de fierro, hasta de cinco tramos se desarrollaba desde su puerta culatera, calculando por su altura la profundidad de los rios y arroyos destinados á pasar, y, sobre su techo mal acomodábanse entre cinchones y lazos uno, dos y tres *mundos*, que por entonces tenían la forma de grandes petacas de cuero, cajas ó arcas y cofres del Paraguay.

Acababa de comprar aquel Rincon del Canónigo Andugar, con tal nombre conocido, el siglo pasado, y como buen español, cristiano viejo, devoto de la Vírjen del Pilar, habíase propuesto llegar el día de su celebracion, como llegó, no obstante las crecientes del Arrecifes, el Tala y el Espinillo á dormir en su nueva propiedad.

Era D. Antonio, hijo único de D. Pedro, nacido en Calañar, (Reino de Andalucía) y nieto de D. Estevan veinte y cuatro de esa Villa, llegado aquí en 1760 en el navío « San Ramon » y en compañía del Sr. D. Juan Estévan Anchorena y D. Celedonio Garay, tronco y orígen los tres de otras tantas familias del barrio de San Francisco.

Antíguas crónicas cuentan, que siendo uno de sus remotos antepasados Gefe del Resguardando en el Puerto de Gualdarrama, las vecinas autoridades portuguesas le pasaban los desertores y contrabandistas apresados por rondas nocturnas en las confluencias de los dos Reynos, (España y Portugal). Cuando esto sucedía, que era con asáz frecuencia, cortés y

satisfecho salía el empleado español á dar las gracias á los guardas portugueses, contestándoles en el idioma que le hablaban *muito obligado! quedo muito obligado!* ... y tantas veces repitió la galante esclamacion—*muy agradecido*, que muy obligado quedó, y la costumbre fuélo haciendo Obligado.

Era este buen hombre el más bello tipo de andalúz hacendoso y honrado, y, así confiaba en Dios su buena suerte y en María Santísima, que, al emprender cada una de sus empresas invocaba, como en sus puños y teson para toda faena.

Tuvo el presentimiento de su fortuna desde la edad de las verdes esperanzas, y todas ellas se realizaron, viviéndose de un tiron casi un siglo, que corto fué para sus buenas obras.

De robusta complexion siempre alegre y vivaz, satisfecho y contento, sobre la rosea téz aporcelanada, de sanguíneo semblante, resaltaban como grandes cuentas azules, los dos ojos más parladores y espresivos, esparciendo la serenidad de una alma bondadosa, y su benévola sonrisa dejaba entrever magníficos dientes blancos, de los que ninguno faltó á la lista despues de sus ochenta y cinco navidades.

Plácido y satisfecho, siempre con su suerte, así apechugaba con igual ánimo á los buenos como á sus malos trances.

Poco más de veinte años contaba cuando un buen día, que no lo fué bueno para sus viejos padres presentóse á ellos, diciéndoles humildemente: «Echéme la bendicion, mi padre, que con la de Dios y la de sus mercedes me voy á correr tierra, y ver si la Vírgen del Pilar me ayuda á salir de pobre».

Alelados quedaron ambos, y sin saber á qué atinar, pues por entonces había entrado de moda venirse al nuevo mundo á probar fortuna, y pocos volvian de él.

Una de llantos hubo, y soponcios tales atacaron á Doña María de la Rosa y Pineda, madre del joven viajero, que casi casi le hicieron vacilar en sus estribos.

Pero bien montado estaba sin duda cuando su padrino de campanillas, el Ilustrísimo Sr. Obispo de Oscenver, de donde era natural mi señora Da. Mariquita, vino á pedir al ahijado, pues que Capellanía en ciernes teníale, si como muchacho dispuesto, se decidía por la Iglesia.

El Capitan D. Matías Sanchez, del Regimiento Real de Guardias, acababa de desposar á su sobrina Catalina, hija de su única hermana María de los Reyes, y llegaba tambien á solicitar venia del señor padre para llevarlo en su Regimiento, á la sazon de paso á la frontera, é incorporándole de Cadete, salvarlo de quintos.

El vivaracho Antonillo, que tan mal se inclinaba á la car-

rera de las armas, como á la de la Iglesia, únicas dos por aquellos tiempos seguidas con algun viso, tomó carrera para el otro mundo, y á la América llegó bueno, sano, solo y contento, que, á marinos del inmediato puerto oído tenía era la más breve, á todo audáz emprendedor, para hacer *fortuna*, con la que á poco andar se casó.

Y al propio tiempo que con ella, se casó tambien con Da. Fausta Fernandez y García, gentil doncella de una de las más antíguas familias del Vireynato.

Para huir de tentaciones y lazos, que padrinos y parientes urdian, una hermosa tarde en que brisas primaverales hinchaban las velas del San Ramon, la ultima carga que sobre el puente del gran navío subió, fué él con un su amigo, Chaparro de apellido, y andalúz de profesion, lo más alegre que vino derramando pimienta de la tierra donde la sal se cría. Habiendo heredado éste, de un tio vuelto de Indias, su nombre y su caudal, quiso gastarlo, como brillante calavera de buen tono, en la tierra de donde provenía. Como los rios que del agua salen para caer en el agua, en un suspiro, los tesoros que de la tierra salieron, por ella fueron absorbidos.

Nacido el 12 de Enero de 1737, yá el niño contaba más de veinte primaveras, pero era el unico, y para los viejos siempre es Benjamin, el señorito de la casa.

A poco de cambiar el viento, fué hombre de más mundo que el que descubrió Colon.

« Pobrecito mi hijo! destinado á alimento de indios ó tiburones », jimoteaba la madre, por un rincon; y el padre suspirando fuerte por otro, echándola de valiente, daba ánimos que él no tenía,

—«No tengas cuidado, mujer, que yá volverá hecho un hombre. No todos los que se embarcan se ahogan ».

Una vez ausente, todos se volvieron ayes; y, padre, madre, tío, padrino y cuñado recomendáronlo á las autoridades para que se le nombrára oficial de cuentas, que tan hábil era en sacar las más complicadas, como su padre.

Acompañaba á su buena conducta una muy buena forma de letra, la que recien tembléque aparece la víspera de la muerte, al firmar á su hijo Manuel, poder para testar.

De talento natural y bastante cultivado para la época de atraso en que se educára en España, tuvo la vision del porvenir en cuanto á las riquezas naturales de esta América, y abriéndose ante su larga vista los inmensos campos que la pampa le ofrecía, dedicóse con ahinco en la persecucion de una fortuna, pedida al trabajo y al ahorro, que no le fué es-

quiva. Confiado siempre en el éxito, amigo decidido del progreso y de la ilustracion que proporcionó á sus hijos, todo lo debió á su própio esfuerzo, y á los movimientos de su noble corazon, que fué siempre su genio bueno.

Bien pronto dejó el empleo en las cajas reales, á que su honradéz y competencia le lleváran al arribar joven y solo en país desconocido y tan lejos de los suyos.

Luego adquirió en la primera cuadra de la plaza principal un gran solar, donde fundó, hace ciento treinta años, la casa solariega de los suyos, vinculada yá á ella cinco generaciones de su nombre, (Defensa 31).

Más tarde, saliendo al campo remató los diezmos é impuestos que los hacendados pagaban al fisco, y para reunir en especies los que por toda la campaña recojía, adquirió grandes campos al Norte, al Centro y Sur en las Brujas, Vívoras, en Arrecifes y finalmente en este rincon de Andugar.

Su vasto jiro se ramificó por todas partes, y así creaba muladas que invernando iba en el rincon de Coronda, en Santiago, Salta, hasta el Alto-Perú, donde se vendían con grandes beneficios, y de allí tornaban sus hijos con arreos, trayendo cobre, sal, plata, azogue y otros renglones. Mandábalos al Potosí con facturas europeas, donde habilitaban tiendas, mientras que alguno de ellos estudiando detrás del mostrador llegaba á recibir las borlas de doctor en la Universidad de Chuquisaca.

Luego sin haberse arrepentido en su dicho tan repetido de: casa cuanto quepas, campos cuantos veas, empezó á comprar tantas esquinas, terrenos y huecos baldios, en esta ciudad, que llegaron á llamarle sus convecinos, *el Señor de las esquinas.*

Presidente del gremio de hacendados, así en cartas como en correspondencia oficial y extra-oficial que con las principales personas del Vireynato por largo tiempo sostuvo, y que en gruesos legajos tenemos sobre nuestra mesa, revela sus talentos para grandes negocios.

Convirtiéndose en especialista en las transacciones de campos y haciendas, vino á ser preciso asesor del Virey, en todo lo que al ramo rural concernía.....

Tal era el hombre que en la tarde del 12 de Octubre de 1785 descendía de su mula en las barrancas, no lejos de una de estas baterías, quedando admirado de la magnifica perspectiva ante su vista desplegada, como de los ricos campos que venía de atravesar, á los que él dió nombre, y á sus descendientes fortuna.

Y si nos hemos detenido un momento en los rasgos principales de ese pioner del siglo pasado, es porque idéntica á

su fortuna fué el orígen de las de Otárola, en el rincon de su nombre, de Osornio, de Anchorena, de Arroyo, Lagarrota, Sarratea, Lezica, Escalada y otros comerciantes y hacendados que supieron por el trabajo obtener el tesoro no escondido en estos campos vírgenes.

. . . . . .

Como apéndice al combate, ó tradicion de Obligado, dejamos aquí la ultima nota, que es sin duda la más sabrosa.

VI

La bandera devuelta:

...Y fué y estuvo, y volvió, y se vió cómo cuando Dios quiere, hasta los Señores ingleses, por tan sérios tenidos, hacer suelen planas derechas con pautas torcidas.

A buena hora ocurriósele á cierto Señor de Lorca echárselas de hidalgo, dándose aires de generoso, que poco cuesta cuando es con lo ageno.

Un día, sin duda era la tarde, pues yá había hecho las once con rico pisco de Pisco, sin más, ni más, carta te escribo y banderolas te mando, y dirijiéndose desde Chile al Señor Duque de Cambridge, muy suelto de cuerpo pone á su disposicion la bandera (segun el) que perteneció al Regimiento núm. 71 del ejército de línea de S. M. B. prisionera con todos los que la defendían en esta Ciudad de Buenos Aires el 12 de Agosto de 1812, á las doce y veinte y cinco.

Don Cándido, ó Don Santiago, cuenta, fuera tomada por él, ó su abuela la tuerta, ó el esposo de ella, otro Santiago Fernandez de Lorca y Capitan de artilleros, por más señas, que nadie conoció, Gefe del contingente que desde Chile vino á esta plaza, que no llegó.

Y á nosotros que creíamos colgado de la corniza de la media naranja en Santo Domingo, desde el año doce, tan glorioso trofeo, bizco dejó tal revelacion.

Reuniéronse los siete sabios de Grecia en el Areópago de Buenos Aires, espulgaron archivos, escarbaron memorias, compulsaron contemporáneos, registraron todos los Registros argentinos, chilenos é ingleses, y despues de mucho escarbar, sacaron en limpio:

Que la bandera esa, no era tal bandera; que el auxilio no auxilió á nadie, ni llegó á salir de Chile, que el Orca ó Lorca, en lugar de tomar bandera ni banderola guía ni pendon, perdió dos cañones cerca del puente de Galvez, que no pasó.

Aquí quedan dos de ese Regimiento, la principal, una de guía y dos más de marina inglesa desde el dia 24 de Agosto en cumplimiento de voto solemne á la Vírjen del Rosario de ofrecer la bandera que rindiera, las envió al templo de Santo Domingo el reconquistador, despues Virey y, á la sazon Capitan de Navío de la Real Armada y Caballero del Hábito de San Juan, Señor D. Santiago de Liniers y Bremont, de dos Regimientos de cazadores de escoceses que mandaba, y entregó su Coronel Deins Pack futuro héroe en Waterlóo, bajo las órdenes del General Berresford.

La segunda banderola de guía con el núm. 71 fué exhibida por el Ilustrísimo Señor Arzobispo, en el depósito de trofeos que el despues General y Director Don Juan Martin de Pueyrredon, presentó al Cabildo, tomada por él en la primer carga de Caballería de los hijos de esta tierra, y que aquella corporacion destinó á la Catedral, donde se custodia desde 1806.

Y Curas y Sacristanes, Priores y Mayordomos, Arzobispos é Intendentes, crónicas y pergaminos aseguraban que, la bandera y banderola de tal Regimiento, donde se estaban se están.

Y refrendaban lo mismo Mitre—Lopez—Lamas—Trelles- - Carranza y cuantos historiógrafos y anticuarios de notable guardala tierra.

Pero, de esta mentira resultó una verdad. Argentina ó desargentinizada por los gorros colorados, que en su entusiasmo federal Rosas agregó á la patria bandera, la que se llevaron los ingleses de las barrancas de Obligado, volvió á casita por el mismo camino, y haciendo, sí, doble acto de hidalguía el valiente marino que la ha devuelto.

. . . . . .Es ese mismo Capitan Sullivan que cortó la cadena y el primero que pisó en tierra, hoy Almirante en la Gran Bretaña, quien vá á escribir la ultima palabra de esta tradicion, copiando el siguiente oficio archivado en el libro de actas del Consulado Argentino en Lóndres.

VII

«En la batalla de Obligado, en el Paraná, el 20 de Noviembre de 1845, un oficial que mandába la bateria principal, causó la admiracion de los soldados ingleses que nos hallábamos más cerca de él, por la manera con que animaba á sus hombres y los mantenía en sus puestos al pie de los cañones, en un fuerte fuego cruzado, durante el cual esa batería estaba especialmente espuesta. Más de seis horas se paseó por el parapeto de su batería, esponiendo su cuerpo entero, sin otra

interrupcion que cuando de tiempo en tiempo ponía él mismo la puntería de un cañon. Por prisioneros heridos de su Regimiento, supimos despues, que era el Coronel Rodriguez, del Regimiento de Patricios de Buenos Aires.

«Cuando todos los artilleros fueron muertos ó heridos, hizo maniobrar los cañones con soldados de su Regimiento de infantería, hasta que el combate estuvo casi terminado, perdiendo quinientos muertos y heridos de ochocientos que lo componían.

«Cuando los marineros y soldados ingleses desembarcaron á la tarde, y tomaron esa batería, él con los restos de su Regimiento solamente y sin otro concurso de las fuerzas defensoras, mantuvo su posicion á retaguardia, á pesar del fuerte fuego de todos los buques que se hallaban detrás, y fué el ultimo en retirarse.

«La bandera de esa batería que había defendido tan noblemente, arriada por uno de los hombres de mi mando me fué dada por el oficial inglés de mayor rango, Capitan Hothan (English senior Officer.) Al descender cayó sobre algunos de los cuerpos de los caidos y fué manchada con su sangre

«He visto ultimamente que la bandera de un Regimiento inglés que se hallaba en poder de una familia argentina desde la guerra de 1807, había sido restituida al Regimiento por un miembro de ella.

«Deseoso de seguir ese ejemplo, quiero restituir al Coronel Rodriguez, si vive, ó sino al Regimiento de Patricios de Buenos Aires, la bandera bajo la cual y en la noble defensa de su patria cayeron tantos de los que en aquella época la componían.

«Si el Coronel Rodriguez há muerto, y si el Regimiento no existe yá, yo pediría á cualquiera de los miembros sobrevivientes de su familia, que la aceptasen en recuerdo suyo y de la muy brava conducta de él, de sus oficiales y de sus soldados en «Obligado.»

«Los que nos habíamos batido contra él y presenciado su abnegacion y bravura, tuvimos grande y síncero placer al saber despues que había salido ileso hasta el fin de la accion.—B. J. Sullivan. Almirante.»

LA CAMPANA DEL CABILDO

(El reloj de Antaño)

Señor Dr. F. Tobal

I

Escribimos en las alturas.

Sobre todas las gentes y sobre todas las cosas, sobre todas las casas y sobre todos los casos.

Sin ser orgullosos, tan humildes como nuestro nombre, por el momento al menos, tenemos todos los hombres abajo.

Y no es mera figura. Como caminito de hormigas, una en pós de otra, vése desde aquí negra faja culebreando de carros de playa, de la ribera á los buques, y de éstos á tierra, yendo y viniendo en su diario trabajo, los hombres cual microscópicas burbujas apenas móviles arrastrándose sobre la morena costra de la tierra. Las casas como abiertos buracos en esta gran colmena.

La justicia, sobre todas las cosas. Han hecho bien de poner ésta, *desde donde escribo*, la torre más alta en la casa de Justicia

Falta sí, algo á su coronamiento. Así como acaban de colocar en la mayor altura, á la entrada de la América, *la República*

iluminando al mundo, falta aquí elevar sobre todos los hombres por sobre todas las pasiones, á la Justicia, no ciega, sinó con los ojos bien abiertos, dando á cada uno lo que es suyo. Cuando tal suceda, habráse borrado la lamentacion contínua que á su puerta se oye cantar á un cieguecito:

«Tres cosas há de contar·
Quien justicia há menester:
Justicia, hacerla veer,
Y que se la quieran dar.»

A la torre de justicia subo á respirar más libremente saliendo de la pesada atmósfera de pasiones enconadas, crímenes y delitos que atrofian el alma de aquellos que tienen por mision oir las miserias de sus semejantes.

Como nublado dia de esplin ó diablos azules, el de hoy, claro oscuro grisado caliginoso y apizarrado, sofoca el cuerpo tanto, como intosiga esa otra, condensada atmósfera de crímenes dentro la que el Magistrado respira, sin aspirar sus miasmas.

¿Por qué no se crearán Jueces de compensacion, veredictos de virtud para discernir premios á ésta, como se castiga el mal?

Se pena al que mata, al que roba y hasta á quien piensa mal del prójimo ó hace publico su pensamiento.

Pero la infeliz madre que vive muriendo, pasando larga vida de miseria por alimentar y educar sus hijitos, la pobre joven abandonada que saca su virtud ilesa aun entre los arapos de la miseria, frente al vicio que la incita con su deslumbramiento, atrayéndola por fácil senda tapizada de flores, el anciano desfalleciente que há espuesto su vida salvando la del prójimo, para éstos no hay recompensa.

Cumplieron con su deber y basta, y contentarse deben no les cobren impuesto por haberse permitido cometer una hazaña.

Pero ay! lejos, muy lejos nos llevaría este caminito. Sigamos subiendo el de la torre del Cabildo, de este órgano, reloj del cuerpo urbano, corazon de toda la ciudad.

Péndulo misterioso oxilando en el vacio, regula los movimientos de su vida, señalando sus pasos, y cual en ánfora sonora, todas sus palpitaciones resuenan aquí.

Pasando sobre casas y cosas, dichos y hechos oyése cuanto dice ó cuchichea el vecindario que á su pie se mueve como si hubieran levantado los techos, ó si al toque de mágica barita tornados sus muros trasparentes, divísase todo lo que dentro las casas pasa.

Humeando sus caños largas columnas se elevan desasidas cual bandas azules perdiéndose en la atmósfera como las ideas de muchos de sus habitantes.

Indudablemente aquí se hace mucho humo para nada, como los vecinos piensan mucho para muy poco.

Pero si no á observaciones semejantes, para las astronómicas y otras que no son celestes, como punto de mira, este no puede ser mejor punto final.

II

Veamos primero lo que se vé, antes de oir lo que se oye.

Al naciente, la gran plaza mayor, el palacio de Gobierno, saliendo de su centro como cuña que penetra al rio, el muelle frente á la Aduana.

Sutíl velo de diáfano encaje forma ténue neblina cenicienta. Pero cuando dorado rayo de sol rasga y traspasa el gris tornasolado que hoy nos envuelve, allí donde el doble horizonte azul de cielo y agua, se confunde tras los del Plata, descúbrense anunciando verdes cuchillas orientales, las elegantes cumbres de los Cerros de San Juan.

Surje al norte el gran estuario cuya inmensa curva cierra la punta de los Olivos, abriendo al opuesto extremo otra dilatada media luna formada por la Ensenada de Barragán.

Desplégase al Oeste ancho abanico de casas, quintas, huertas y blancos edificios en extendido damero, cuadras y cuadros alternados de bosques, y las chacras inmediatas en fondo de verde-oscuro color cierran los horizontes que circundan al espectador.

Al Sur dos, tres cuatro densos manchones, bosques de eucaliptus acentúan el paisaje, sobre que resaltan las torres de las Lomas y Quilmes, á su izquierda: como al Oeste y Norte las de Flores y Belgrano, centinelas avanzadas, perdidas en la extensa campaña.

Si de día esta alta torre del Cabildo es el oido que recoje todos los murmullos de la gran Capital del Sur, por la noche, iluminada su ámplia esfera, es el ojo de Cíclope que vela por la ciudad al parecer dormida, (porque en realidad, y no lo tomeis á broma, Buenos Aires no duerme, sinó con un ojo.)

Luz amiga de las embarcaciones en peligro, es el más alto faro que domina el Plata. Cuando su rastro luminoso váse á

estinguir se vé la luz eléctrica de Tolosa, ésta sigue hasta alcanzar el faro en Punta del Indio, y al perderse su reflejo yá aparece la farola giratoria sobre el cerro de la costa Oriental, por lo que puede decirse que camino de luces guía la nave á buen puerto.

Cuantas vidas se extinguieron al sonar la campana de esta torre, otras tantas salváronse á la luz de su esfera para naufragar nave entre negra tempestad, verdadero destello de esperanza.

....

Asoman en acecho bajo el simborio de ésta, la más alta torre de la ciudad, tres campanas como viejas pisponas que han subido más arriba de los tejados para curiosear lo que hacen las vecinas al alcance de sus lenguas que no se vén, pero se oyen de todas partes.

La una, que antes de la hora primera anuncia sus cuartos, viva, vigilante, de voz clara y sonora, llámase « Stella Matutina », y está vichando al naciente. En cuanto sospecha allá en el lejano Oriente vislumbre apenas de la primera hora de luz, la anuncia con un cuarto de hora de anticipacion. Anchos, sunchos de fierro la amarran á viejas vigas del Paraguay, y el cuchicheo del viento arriba entre el maderamen, amarras, vigas, barras y atalaje parece contestar á las murmuraciones de abajo. Como sus compañeras sin badajo la suena al caer pesado martillo sobre su borde.

Es ella la más moderna ó joven de la aerea familia, (dos hijas y una madre). Apenas cuenta treinta años que desde su alto mirador cuenta bajo sus pies cosas que no son para contadas.

Hasta entonces los habitantes de esta Ciudad de mucha bulla para nada, derrochadores del tiempo, en poco caso tenían sus fracciones, y de mezquinos apreciaban contar cuartos y medias horas, cuando aun de las enterasmuchas gastaban en siestear, y otras tantas en descansar de haber dormido.

Quién cuenta cuartos cuando no se cuenta con un cuarto en el bolsillo, ni en qué dormir, apenas si contarse merecen los cuartos de onza, no de patacones.

En los tiempos que alcanzamos, por más que se diga del vapor y de la electricidad, no hacemos mucho más caso de él, pero, en fin, como nuestra tradicion es del pasado, punto en boca y vamos al cuento.

Vése la gran campana, cual la Mariangola ó campana mayor de la Catedral, por el arco del oeste donde más se extiende la poblacion.

Suena desde los años de 1763 y se llama *nuestra Señora de la Concepcion*, como la Vírgen bajo cuya advocacion es patrona de esta Ciudad.

La bautizó el Obispo D. Manuel Antonio de la Torre, siendo su padrino el Gobernador D. Pedro de Zeballos. Felipe Perez la fundió con el bronce del cañon de los azotes enterrado bajo los portales de Cabildo, y al pie de esta torre, elevada en el mismo sitio donde hasta fines del siglo diez y siete se levantaba el árbol ó rollo de justicia, plantado por el fundador.

Su amplia esfera de triple faz mide nueve metros de circunferencia, y cada uno de sus minuteros uno de longitud.

La más pequeña de las tres lleva el nombre del patron de Buenos Aires, «San Martin». Fué hecha aquí en 1845 y colgada allí por su padre ó autor, Antonio Maza, á los diez años de vida, por no haber servido para llamar á misa.

III

Al llegar, no sin tropezones, á la campana de Cabildo en 1711 empezado, con cuanta devocion contemplamos el más viejo bronce que suena en la Ciudad donden acimos.

Nada amamos más sobre la tierra que esta donde nuestra frente de niño inclinóse para recibir el agua del bautismo, y hasta sus campanas nos suenan á gloria.

La campana de la parroquia, la primera que oímos, esta otra que señaló la primera hora de nuestra existencia, íbamos á decir *que anunció al mundo nuestra venida* pero dejamos el pensamiento en el tintero.

Despues de haber oído sonar la de Roma, la de Moscow, la de Toledo y todas las grandes campanas, desde la que Orisis inventó en la China en 2262 para mortificar los oídos, no renegamos de ellas.

Aun habiendo vivido muchos años vecino á un campanario, no somos partidarios del poeta que aturdido por el matinal campaneo sin dejarle escribir, exclamó:

Campanas! Oh! si con vos
Cargara el diablo á dos manos,
Que matas á los cristianos
En son de alabar á Dios.

Por el contrario, amamos el bronce que llama á la oracion y recuerda

Huye jirando sin volver la vida!

Ellas nos acompañan en todo el escabroso viaje. Con alegres voces anuncian la llegada del hombre, celebran nuestros triunfos y victorias, y gloriosos aniversarios y todas nuestras alegrías con sus ecos más sonoros, y al unirnos, al nacer ó morir todos nuestros movimientos marcados están por su rítmico son.

Todavía aun más allá de la vida nos despiden llorando con lúgubres adioses en tristísimo toque de agonía. Su tañido es el ultimo eco terrenal, que llega á la distancia, cuando yá lejos, muy lejos, desde las alturas nos llaman á la region excelsa de las almas, donde se estasían en eterna plegaria ante su Creador.

Pero basta de campanas, no vayamos á dar un campanazo despeñándonos desde tan alto ....

.....

IV

Y esta admirable máquina de reloj, compendio es de la del universo, subdividiendo como la pulsacion humana en sesenta golpes los sesenta segundos del minuto.

Tan viejo es como el mundo, el hombre no ha podido vivir sin reloj, por más que el atorrante repita:

Es mueble inútil para mí el reloj

.. ..

Otros trabajan por que coma yo.

....

Los cuatro elementos sirvieron de reloj: el aire—el fuego —la tierra—el agua—hicieron jirar su máquina.

Hombre sin reloj, nave sin brújula, por lo que desde los más remotos siglos, desde antes de los Ejipcios, el sol señalaba en el cuadrante la hora astronómica.

A la primitiva trompeta del pregonero siguió el reloj de agua, esta fué sustituida por la tierra, en los polvorines, como el reloj de rueda por el portátil.

Cárlos Magno usó el primer reloj de rueda, y Cárlos V. fué el mejor relojero de su tiempo.

Recien en 1344 Juan Pondi coloca uno en la torre de Padua, y hasta 1670 Huygens no dá con el péndulo. El de escape sigue al de muelle, y á éste el de repeticion, hasta lo que en 1840 Reastone inventa en Lóndes el primer reloj eléctrico, aventajado únicamente por la maravilla horológica, el

gran reloj del siglo XIX del célebre prusiano Cristian Martin que viene á eclipsar cuántos son y han sido.

Pero desde el de la torre del Cabildo, al de Strasburgo hay ya gran distancia, para que recorramos la del primer cuadrante solar hasta el de Cristian, y muy lejos nos llevarian campanas y relojes si no descendemos de la torre.

.....

Mas, al dar vuelta hacia el Sur, divisamos nuestros barrios de niño, y allí el más primitivo de los relojes—el pregon.

Antigua calleja á trasmano, allá por la de Santo Domingo, bajada de los padres para el baño y otras cosas, y bajo cuyo número doscientos treinta y cuatro salen hoy las más nítidas impresiones, fué donde este tradicionista vió la primera luz.

Y apuntamos dato de tanta importancia, no como antecedente para la historia, sino como soy quien refiero, empezar debo por donde ví lo que cuento, pues en otros barrios, otras eran las horas señaladas por el pregon de los vendedores ambulantes, como que el tiempo y ellos caminaban.

Y bastando lo que vá de introduccion, entro al cuento, recordando que las porteñas fueron siempre tenidas por de muy buenos dientes, no porque los tuvieran mejores que el resto de sus compatriotas, que siempre se dijo: «cabelleras, las porteñas dentaduras, las arribeñas», sino que en tal afan los tenían en juego todo el día, y aun buena parte de la noche, pues á todas horas comían.

«Mi estómago anda como un reloj», repetia la vieja de buen diente, en lo que solo mentía á medias, pues como no había otro que el de Cabildo, reloj ó cosa así, que hace un siglo pretende señalar todos los movimientos de este gran pueblo en ciernes, era un reloj revolucionario, y cual éstos andaba adelantándose á su tiempo.

Atrasada desde el año veinte de tanto convocar su campana al pueblo soberano para decidir su mejor suerte, hasta hoy hállada, andaban los estómagos de sus atribulados vecinos descompuestos como su reloj, que no ganaban para sustos.

Años despues vino el célebre relojero Antonini, única víctima de la Inquisicion, que no llegó á serlo, en la misma calle, (Santa Clara) de Masculino, el buen mozo, quien puso á la moda los peinetones, quizá por andar probando tanta cabeza vacía.

———

V

Era el exacto cuadrante en mi barrio, á sol y á sombra el pregon de los vendedores ambulantes. Antes faltaba el sol por nubarrones de invierno, que el lechero, ni aun lloviendo á cántaros.

Así, por la mañana era quien primero llamaba á la puerta, cuando llamaba, que la mayor parte de las veces dejaba sobre el umbral huellas de su fuga en la leche derramada, pues menos preocupábase de mirar la medida, sí de enamorar á la desgreñada china frescachona que en ligerísimo traje entreabría la puerta, y el reboso. De fijo á su llegada eran las *siete* en punto.

Oíase el ruido de los panes saltando dentro amplísimas árganas de cuero, al trote de la mulita color raton, llegando con el pan nuestro de cada día, las *ocho*, y se oía tambien el rezongo cotidiano de la negra vieja: «Por qué no viene más temprano! Lo niño se vá á escuela sin la rosquita.»

Pastelitos calientes! Está tapao, caliente! pasaba gritando el negro pastelero. Las *nueve*.

Poco despues bajaba la estrecha calle, carretilla de aguatero, sonando la campanilla pendiente á bueyes flacos que arrastraban una pipa y cuatro pares de canecas. Eran las *diez*. ¿A almorzar!

Duraznitos del monte, amarillo y abridor, para las niñas que tienen calor! cantaba el compadrito del alto á grito y zumbido, sustituido por el napolitano en invierno «¡narranca dulchi! narranca paraguaya! Eran las *once*.

«¡Pescado fresco! Curvina de Montevideo!» Las *doce*.

Rosquitas de maíz. Alfiñique y mantecao! Daba la *una*.

Mazamorra! Masamorra! para quitar la modorra, oíase durante la siesta, y señalando las *dos*.

Asaitú? asaitú! gritaba el negro pastelero de la mañana, que dejaba el platito de aceitunas compuesto con perejil y orégano, á las *tres*.

Higos, higos! y uvas! Las *cinco*.

«Alfajores y macitas! Para dormir las niñitas.» Indicaban las *seis*.

Tortas calientes! pasaban vendiendo á las *siete*, tortitas calientes, blanditas y calientes para las tias sin dientes. Las *ocho*.

A las nueve ya no había grito de comistraja alguno; pero desde las diez resonaba el del nocturno é invisible guardian que no se veía, pero se oía por todas partes.

¡Las once han dado, y sereno!....

Y esto, fuera del té, almuerzo, comida, café, merienda, cena, y mate á todas horas.

En verdad, queridas lectoras, no os parece era mucho comer el de nuestros abuelos?

Y se vivían ochenta años de un tiron buenos y sanos como un roble, y no se conocian entonces ancianos de veinte, que no tienen un pelo en la cabeza como los de las cuatro esquinas de Cueto, y del nuevo mentidero público (gradas de la Confitería del Aguila), aunque ellos simplemente creen no tener un pelo de zonzos.

VI

Otros gritos de barrio había que si bien no pregonaban comilona, señalaban hora con más regularidad que calendario y los dias de la semana.

Así la mulatita palangana, hija de negra parlanchina, venía á buscar ropa y disculparse porque en la ultima ventolina, del rio volado había enagua bordada de amita: Infaliblemente era *lúnes*.

¡Escoba, plumero! Velas de baño! sabandera y amarillas, pasaba gritando el negro escobero, tras el velero. *Mártes*.

Calderi y tachi, componi! berreaban unos rateros disfrazados de vendedores ambulantes. Si no eran vistos, se alzaban ropas, pájaros ó lo que caía á mano, si importuna sirvienta curiosa pispábalos al pasar, ó vichaba el vecino, repetia: quiere te soldi. Algo que soldar quiere ser soldado! Esto sucedía los *miércoles*.

—Juana, como es que me llamo?

— Manuel, pues hombre!

—Ah! es verdad, y en qué dia estamos?

—Pero no ves salir al niño Dios. Somos *juéves*.

Tal diálogo se repetía en casa de más de una Juana al oirse la campanillita de plata que anunciaba visita del Niño Dios de las Monjas de San Juan, y tras ella entraba el negro charlatan conduciéndolo en preciosa urna entre encajes y flores de gusanillo de plata. Al instante rodeado era por todos los muchachos de dentro y fuera de la casa, hasta convertirse en verdadero nacimiento de cabezas despeinadas y rodilleras rotas.

Este nunca pedía. La madre Abadesa mandaba preguntar solamente por la salud de la Señora, siempre estaba rezando porque Dios derramára sus bendiciones sobre esa casa. Enternecida vieja madre de familia había que sacaba grueso diamante de

antigua alhaja é iba á adornar el nicho entre las mil ofrendas colgantes, donde ella misma lo prendia.

Figuriti! figuriti! gritaba un napolitano cantor, de esos que no llevan el sello de la falsía en la cara, sinó en su voz de falsete, que nunca hablan de frente sinó medio cantando.

Y antes que los muchachos curiosos, á escape salía desde el corral el Canela ó Marfil ó Filonegro, perro que se le prendía de los garrones y fundillos rotos al figuritero, produciendo muchas veces una de San Quintin, pues resbalándose del tablero sobre la cabeza al intentar correr, caían Cesares y Napoleones y Jesucristo! Apaciguada la carga de caballería ó perrería entre los sacramentos del gringo y gritería de muchachos, empezaban á recojer los muertos y heridos en aquel campo de batalla y á ir apareciendo luego de la degollatina, pegada una cabeza de Napoleon sobre busto del César y otra de éste sobre Jesús.

El dia que tales señales de campo de agramante quedaban sobre tabla del albañal en ancho zaguan, no había que preguntar se comian empanadas de *viérnes*.

Otro tipo sui-generis de la abundancia americana, cerraba los pregoneros de la semana.

«¡Una limosnita por amor de Dios!», se oía al mendigo que no lo era, desde su macilento matungo, quitándose el sombrero y tendiéndolo frente á cada puerta despues de haber hecho parar al transeunte para que tocára al llamador, pues por pocas no le hacía pedir limosna por él.

Esto sucedía los *sábados*, aunque para pobres porfiados toda la semana era de sábados.

El domingo. . .el domingo, no había que preguntar cuándo era domingo, pues desde la madrugada, se anunciaba á son de caja y campanas, que por glorificar al Creador, atormentan á sus criaturas. Desde el alba, desde la víspera era anunciado con campanas á vuelo y repiqueteo continuo en las treinta torres de otras tantas Iglesias.

VII

Aun para las estaciones había otro reloj más exacto que cronómetro del cuadrante misterioso, ó del excelente artista en lo mismo Mr. Bienaimé, (como es bien amado por su numerosa clientela (Victoria 17).

Llamábase el de mi barrio D. Marianito Velarde, escuálida y macilenta figura, pálida y trasparente por la vida que llevába.

Veíasele á D. Marianito de pantalon blanco, habia llegado el 12de Octubre, é iba á lucirlo el primer dia de verano en la fiesta del Pilar en la Recoleta.

Asomaba envuelto en su ámplia capa española, era el 21 de Marzo. Todo ha cambiado entre nosotros, hasta las estaciones. Hoy hasta Octubre, noches suele haber de cuentos alrededor de la estufa bien encendida, y aun en Abril, dias de baño.

Este D. Marianito, tan ingénuo como su hermana, que no obstante su estrema caridad, visitaba todas las enfermas de la cuadra, aun las viruelentas, menos las de parto, temiendo se le pegára la enfermedad, reloj era en su exactitud para barrios más lejanos donde los gritos de vendedores no llegaban, porque no había compradores.

—Qué horas son? preguntaba algun viejo soñoliento, al despertar.

—«Acaba de asomar á la puerta D. Marianito, son las *cinco.*»

Viene de la primer misa de Santo Domingo, son las *seis*, decia el raspa barbas de la esquina.

Sale para la corona de San Roque, las *siete.*

Vuelve de la Escuela de Cristo— las *ocho.*

Tales eran las costumbres de este asceta y sus hábitos de conventual sin convento, aunque su casa lo parecía.

Tambien como tipo de casa, merece este tipo yá extinguido descripcion de aquella en que hizo época.

Baja, sucia, mesquina, de morenas tejas rotas destilando vejez, jemía bajo silvestre pastizal germinando parásitos y musgos en libertad por todas las grietas que eran muchas y sus paredes avirueladas con los salpiques del pantano de la esquina.

Casa-Convento designábanla beatas más murmuradoras, y lo era por su vestuto y lúgubre aspecto, por el silencio y enclaustramiento de sus pacíficos moradores, como por la vida y severidad de costumbres en ella seguidas.

Ventanas cerradas á todas las miradas, puertas jamás abiertas, pocas veces entornadas, cerrándose precipitadamente tras las contadas personas que llegaban á pasar los dos altos umbrales de entrada, que nadie llegó á ver nunca de par en par.

Diez y siete y media por sesenta varas de fondo, medía la vieja esquina Sud Oeste, en la confluencia de Santo Domingo y Chacabuco, de un piso y altas ventanillas tapiadas y dos puertas poco menos.

Madre priora y hermanas legas, siempre vestían de hábito por promesa,—hermano sacristan ó lego portero, y hasta novicia

con olor á sacristía, nada faltaba ni en sus hábitos ni en sus rezos, ni en la severa fachada y místico interior á las regladas costumbres, que á Convento no imitára.

Seguiánse allí todas las novenas, y se nacia asentado en todas las cofradías. Se murmuraba como en sacristía, se hacía el mes de María, se vestían Santos y se sacaban ánimas del purgatorio, y eran pobres de espíritu, tilingas, todas y zonzas de capirote.

VIII

Si no fuera viva imagen de otras muchas representantes del espíritu retrasado de la época, no merecería recordarse.

Vivían dentro, á más de la madre, tres hermanas y un hijo en esta casa dos gatos y un faldero.

Se entraba á un húmedo patio mal enladrillado, y en su mayor parte desenladrillado, separándolo tembleque cerco de duelas del jardincillo de zapallos y flores de retamo, alelí, bergamota, margaritas, toronjil y albahacas, cubierto por sombrío parral, bajo cuya bóveda se abrían dos ó tres estrechas puertas de las celdas.

Todo era mezquino y sucio, viejo y negro, paredes, ventanas y habitaciones. Hasta el sol entraba allí como de prestado alumbrando avergonzado místicas escenas, siempre haciendo nacimientos, componiendo altares, vistiendo Santos y rezando el rosario, el trisajio, y la corona.

Todo el año se comía de viérnes, se oía misa y sermon, se hablaba un poco del prójimo y se trabajaba menos.

Y este reloj viviente, del antiguo barrio tras de Santo Domingo, nacido el primer dia del ultimo mes de año bisiesto, tambien se llamaba Clemente, y lo era más que su hermana del mismo nombre, hasta en su voz aflautada.

Las otras dos doncellas de sesenta abriles—Bonifacia y Mariquita, no tenían otra profesion más que la de contemplar á madre.

La ingénua octogenaria desde la cama de que pocas veces salía, más por aprensiones que por otra cosa, seguía con la vista el arreglo de Santos y nacimientos.

Regalona y pretenciosa, ella se había creado con muchos mimos y de muy distinto modo que á sus hijas criaba.

Decía haber tenido muy buen palmito, del que no quedaba rastro, recordando de sus lejanas mocedades, que tenorios y guitarristas cantaban á su ventana:

Jacintita Velarde
Castillo fuerte,
Querida de los mozos
Hasta la muerte.

Pues esta cándida señora de campanillas que había venido á menos, llamábase á un tiempo Jacinta Velarde Castillo de Sanchez, y creaba á todas sus hijas de haraganas para que no tuvieran otra ocupacion que estarla contemplando; en lo que tambien parecian á conventuales, estas monjas desenclaustradas.

A más de componedor de altares, era Marianito Clemente, citador del Batallon de la Pasiva, y era de reir como en su media lengua de trapo que todo lo daba vuelta, repetía á cada vecino.

«De orden del *Comendante*, que se presente Ud. mañana temprano al Cuartel, de uniforme y pantalon blanco, con las botas limpias y el pantalon bien lustrado, dos piedras en el fusil, y una en la cartuchera, *y que no deje de faltar*.

—Sí hombre, entiendo, contestaba el citado, que para que salga bien la cosa, debo hacer todo al revés de lo que dices.

Y aunque por inclinacion y apatía huía de todo servicio militar, permaneció muchos años citador de la pasiva, para salvarse de mayor servicio, puesto al que su genio bonachon de poquita cosa, honradez y puntualidad lo hacían acreedor.

Este Don Mariquita, mujerengo y afeminado, desde la voz hasta el andar, tenía un su hermano que cierto dia llegó de San Juan cuando yá vivía en la calle de San Lorenzo, pero por entonces era, ó creía ser el unico hombre de la casa. Nació pasivo como toda su ralea, citador y hermano mayor de todas las cofradías. No era hombre de enredos ni mucho menos, pero en su media voz de tiple enredaba mucho la lengua.

Qué tiempos aquellos!

Y el nacimiento de Doña Jacinta, premio ofrecido cuando se supiera la leccion en lo de D. José Barbosa ó Don Juan Peña, en lo de Rodriguez á la vuelta, ó Doña Juana Pestaña y Doña Josefita, el barrio de los tambores más distantes, y el viejo reñidero al lado de lo de Masculino, donde nunca entramos, y el pescado frito que vendía sobre el brasero de su puerta Bejarano, y D. Tiburcio el de la esquina, que daba la yapa á los buenos marchantes, y los cigarrillos del poste blanco de la otra esquina, que los raboneros decían ser muy buenos cuando hacían la cortada, y las roscas en el baño .....y el caballo del médico donde los muchachos aprendian á galopar en la

cuadra mientras lo cuidaban y descuidaban: todos esos tipos y costumbres de un barrio de antaño se han perdido.

Qué tiempos aquellos!

Ahora todos tienen reloj. No por eso andan mejor.

Y si algun lector creyere que esta tradicion mucho se parece al *reloj de estómago* de las limeñas, no es que plagio haya, sinó que costumbres eran las mismas ó semejantes, con cierto aire de una misma familia procedentes, y cuando se pinta del natural no hay plagio sinó imitacion ó reflejo del original.

EL PASTOR IRLANDES

Al condiscípulo y convecino de barrio B. Mitre y Vedia.

I

—Padre Fahy, me quiero casar.

—Santo propósito, hijo! A ver tu lana.

—Todavía no lo hé hecho nunca. Es mi primera intencion.

—Oh! creíate viudo. ¿No tenías ovejas?

—Sí. Las de mis ovejas quiere pedirme? Este año no hé esquilado aun.

—¿Cuántas son?

—Tres mil. Una majada al tercio, otra á medias. Ochocientas merinas finas, marruecos de raza.

—Ah! bien! exclama el Capellan, y cabalgando sus gafas sobre inmensa nariz coloradota por el rapé, aproxímase al balcon, á cuya mayor claridad tironea y desfloca, examinando la hebra del bellon rebuscado en el forro del burdo chaqueton, mientras el rubio y paciente irlandés con más pecas que pecados, murmura entre dientes: «Cincuenta y cinco, el otro año, sesenta pesos papel arroba, éste.

—Bueno, exclama el sesudo pastor, despues de prolongado silencio, vuelve el Sábado, estará arreglado tu asunto.

Y como cualquiera otra comision de corretaje, apuntaba en su cartera de memorias el encargue, despidiéndose cordialmente los dos pastores.

II

. . . . . .

. . . . . .

Entre un buen pastor de almas, y otro no menos esperto en ovejas, por muchos años repetir oímos diálogos á éste semejante, desde nuestro escritorio de enfrente.

No fué nunca nuestro oficio espiar al vecino, ni asomando andábamos sobre tejados para descubrir trapisondas, pero como desde chiquillos dados fuimos á observar lo que á nuestro alrededor pasaba, las persianas de nuestro Estudio abriendo vis á vis á esa oscura y estrecha escalera, imponíannos sin intencion, en ciento y una historieta, yá alegre, ora verde, ó espinosa, de la colonia irlandesa. No menos que toda ella, cuán numerosa és, pasaba la puertita de su honrado Capellan, si bien modesta, de par en par abierta á todas sus menesterosidades.

. . . . . .

. . . . . .

De altos cuellos, tiesos y punteagudos, desollando orejas por almidonados, andrajoso pañuelon ceniciento, en chiripá, galera alta, que fué blanca, color café con leche por lo mugrienta, cayendo sobre sus viejas botas embarradas faldones de frac vari-color remendado en codos y otras partes, tal caminaba en semejante envoltura sui-generis, biblia en mano y largo látigo á la espalda, Patricio Kirston, pastor irlandes; siguiendo paso á paso los de su majada, y seguido por Wellinton, bravo ovejero salido de la perrada del rincon de San Martin, y encontrado en el puesto con que fué habilitado.

Leía de cuando en cuando en el Antíguo Testamento, de tapas negras, que la vieja abuela puso en el fondo de la bolsa de papas, proveyendo al doble alimento del alma y del cuerpo, el dia que empujado por el hambre en la mísera patria se presentó diciendo: «Echame la bendicion, mi padre, que me voy á correr tierras».

Con toda la gravedad de un kuáquero, leía, rezaba, meditaba y pastoreaba sus ovejas.

Caminaba un poco y se detenía, yá alzando algun corderito culatero, arriando con el perro de la majada otra oveja descarriada, ó siguiendo despacio la senda cotidiana al arroyo, ora resguardándose del sol con el cuero de carnero llavado bajo el brazo, yá tendiéndose sobre él á la sombra de espinoso cardal.

Y tan austero en la observacion de los preceptos, leía y cumplia al pie de la letra lo de. . . . . «y el séptimo dia no harás trabajar ni á tu siervo, ni á tu bestia, ni uncirás tus bueyes, porque el hombre y los animales descansarán, como descansó el Señor en el séptimo dia. . . . . Llevaba aquí la exageracion como en su tierra, no encendiendo fuego ni en la pipa y comiendo todos sus alimentos frios, preparados de la víspera.

Pero hé aquí que distraido viendo mecer como olas de mar la yerba en la verde pradera sobre la que saltaban los blancos corderitos á la orilla del cristalino arroyo, cuyo rumor adormece, de una á otra paradoja tropezó con el cuento de Lia y Rakel, recordando cómo cuarenta siglos antes, otro pastor de la Caldea trabajó siete años por llegar á poseer la hija de su medianero, y cambiándole éste la prometida por su primogénita, tuvo que trabajar otros siete, á fin de obtener la menorsita de su preferencia.

Catorce años de novio! De larga fecha datan los largos noviascos! aunque á la postre vinieran á ser los Jacobos de aquellos tiempos dueños nó de una, sinó de dos mitades, bien fueran hermanas, como dos cascos ó medias naranjas del mismo naranjero.

III

Y siguiendo en su modorra por la siesta, el calor y el ayuno, de uno á otro libro como á salto de mata llegó al del «Cantar de los Cantares», rebuyéndole la sangre esa nota alegre y retozona entre tantas jeremiadas del poeta, vibrando el aguijon y levantando eco en sí, el melodioso cantar de la morena Sulamita con más subido verdor, que el de la verde pradera en cuyo blando seno reposaba.

Así aquella melodía hebráica tantos siglos prolongada, venía desde la Judea á repercutir en la pampa, y en corazon duramente adormecido á todo otro sentimiento, pues hasta entonces únicamente amaba á sus ovejas, ni sentía la necesidad de otro afecto.

No solo de pan se vive, y el hombre no há nacido para vivir solo, y cual Adan, sintió Patricio que algo le faltaba.

Cómo deseó entonces se le apareciera otra Lila ó Rakel, ó aunque fuera cualquiera Doña Simona. Pero de qué arbitrio valerse para dar con tino y acierto en este valle tan ancho, con su cara mitad.

Rústico estrangero, como planta parásita trasplantada, sin

vinculacion alguna en media pampa, aislado y semi-misántropo por hábito, y con hábitos inveterados desde el otro mundo, sin más amigos en éste, que su perro ovejero.

Si era ducho en el aparte en el entrevero de majadas vecinas, quedando siempre con la mejor parte, no lo era para buscar en el entrevero humano la oveja que había de venir á hacerle felíz en su rebaño,

¿Cómo encontrar una hija de Eva, sin mancha, cortejarla por largo tiempo hasta ir poco á poco descubriendo las afinidades de carácter, tan escondidas entre los repliegues de una alma de mujer, y despues de rondar por dos ó más puestos vecinos, un buen día apechugar por todo y decidirse á pasar los umbrales del Cura?

Ardua obra era esa, de mucho tiempo, y el cuidado de su majada no le dejaba ninguno.

Mejor sería ocurrir donde se encontraba la novia hecha, y confiárselo todo á su Pastor.

Y pocos dias despues del que por primera vez le oímos, como quien vuelve por su cuenta de garbanzos, regresaba el irlandés frente á nuestras ventanas.

—Buenos dias, padre. Y mi mujer?

—Adios, hijo! Cómo estás? qué apresurado andas. Cuántas ovejas dijistes?

—Ochocientas finas, en propidad, son buenas, primera clase (como si quisiera recordarle que para de su propiedad buscaba de primera), tres mil al tercio, contrata por cinco años, faltan tres, y dos cuadras de papas.

—Oh! bien! con menos se vuelve rico un yanke. Anda á la calle de Pichincha ...pero no andes por la de los Andes, por esa calle no se puede pasar, encontrarás....

—En la puerta de nuestro padre? pues no es chica pichincha, interrumpió el pastor ingénuo (no excento de chispa irlandesa.)

—Nó. Pregunta por Meri que fué doncella de....

—Carambal yá no lo es?

—Salió para casarse.

—Pero hubiera seguido siendolo. Bueno padre, gracias por su comision. Dios se lo pague, y que tenga buena mano.

Y el pastor irlandés sale voleándose con las piernas arqueadas de tanto andar á caballo, que en su tierra no conoció, llevándose los postes por delante. Allá vá pisando inglesas y masticando esperanzas.

.....

En la noche de ese dia llueva ó truene encontrarse suele so-

bre el umbral de cualquier puerta una Meri y un Mero ó merino, oyéndoseles al pasar:

—Buenas noches. Yo soy yó.

—Ies? Mucho gusto.

—Aquí me manda el padre Fahy.

—Ah! Ud. se llama Juan, el de las merinas, que . . .

—Nó, Mis, yo me llamo como mi padre, Patricio. Y murmura entre sí el pobre ovejero, «el padre me habló de carneros, y la elejida de mi corazon, es decir de mi confesor, empieza por equivocarme por otro Juan lanas.»

—Ah! es verdad contesta entre risas, encendida por rubor de conveniencia, dejando ver dos blancas hileras de grandes dientes paletas, parte integrante de la mofletuda irlandesa, ex-doncella de su Señora, y no menos pecosa que su D. Juan, como queso fresco de Holanda de hoy. Lo mismo dá. El padre me habló esta mañana al contestar mi encargue, de un Juan y otro Patricio. Es lo mismo, Ud. tiene ovejas en las Conchitas?

—Sí, Meri. Vos querer ir allá? Hay pasto y agua, patos y ovejas, hay mucho verde, así como en nuestra tierra. Yó hacer cinco años que vivo con mis ovejas. No querer ir hacerles compañía?

—A las ovejas, nó, contesta la muchacha sonrosada. A su dueño, si nos arreglamos, veremos.

—Bueno, y cuándo veremos?

—Para la otra semana, porque se casa mi amiga de la otra cuadra, que es una muchacha muy buena, vinimos juntas con mi tia (las domésticas inglesas no siempre tienen madre, pero nunca les falta tia.) Habíamos convenido casarnos juntas.

—Como! Una con otra, ó las dos conmigo? Bien quisiera, pero. . . .Es que yá tiene novio la otra?

—Nó, pero hoy cuando me fuí á confesar (porque yó me confieso en San Roque cada quince dias, la Señora no me deja más), le recordé á nuestro Capellan mis ganas de casarme, pues se había casado ántes la Guillermina de enfrente, que es de mi mismo pueblo, y me lleva dos años, él me contestó: «Tengo dos pedidos para esa calle.... .....Y yó, qué hé de hacer! Al fin uno es sola en esta tierra, y despues si se enferma, ó sucede algo, no tiene ni tras que caerse muerta, ni quien le dé vuelta, y.....

—Oh! si es por eso, yó darle muchas vueltas. Pierde cuidado conmigo estarás muy contenta, yá estar acostumbrado rondando todas las noches la majada andar dando vuelta tras mis ovejas, será una vuelta más ....

. . . . . .

IV

Y la rubicunda y pecosa Meri, sonriendo casi resignada á que se le pastorée entre las ovejas, sin serlo, arregla todo para su viaje de bodas en la otra semana, con su desconocido de la víspera.

Qué doncella casadera cuando se trata de dejar de serlo, no se encuentra de antemano preparada á pasar por la Vicaría?

Desde aquella hora y en la misma calle, noche á noche y pico á pico, como escuchas perdidas ó centinelas inmóviles de faccion perpetua, llueve ó truene (apetitos matrimoniales, por lo general fruta es de invierno), todo transeunte tropieza infaliblemente con aquel grupo, obstruyendo la vereda.

Pero las conversaciones empezadas á risotadas de la caricontenta Patricia, en puerta mal entornada, calle Cuyo, terminan en interminable diálogo á soto voce con su cuyo, y aunque más fria que noche de Agosto, siempre inconmovible, se muestra, que juntarse suelen las manos y estrecharse con prematuro afecto, y tal vez aproximarse demasiado los picos, si en irlandés murmuras al oido:

«Tendremos muchos hijitos.

Muertos de hambre, y en cueritos».

. . . . . .

. . . . . .

Es la breve introduccion de un largo matrimonio, feliz por lo general.

Muchas veces, cuando el viaje del medianero es muy de prisa, y entre una y otra esquila viene con su carro á la ligera para proveer sus necesidades de todo el año, vá al Capellan, vé la novia, álzasela en su carro del umbral de una puerta, y sigue viaje de retorno, no sin haber al pasar bajado en la Capilla del Santo de las llagas, y la peste, que tambien sana el corazon, y recibido una bendicion entre dos latines . . . . . .

A las pocas noches acaba el novio y empieza el marido. El amante no há existido en ningun período. Para qué? está demás. Aquél no había aprendido nunca á amar, sinó á sus ovejas.

. . . . . .

Diálogo como este oirse suele en casa de la vereda de enfrente, á la doméstica vecina, diciendo á la hija de su patrona:

—Niña, me voy á casar.

—Sí, María, ¿y con quién?

—Con un pastor que me lleva al campo. Yo estoy tan del

gada, y luego despues de mi enfermedad el médico me há recetado saliera á tomar aire y.....

.....

—Y novio, tambien?

—Nó, eso nó, el ultimo que tuve me dejó seca á desazones, y bolseada. Este me lo receto yo. Me voy mañana con mi marido.

—Y cómo se llama tu buen mozo?

—Sabe, niña, que no sé. Olvidé preguntarle á mi confesor, esta mañana; y, como no há venido sino pocas veces..... Eso sí, es bueno, como.....

—Sí, se conoce que le conoces.

—Ahora me acuerdo, Juan se há de llamar, porque el de la María de enfrente se llama Patricio, y son paisanos. A mí me há dicho que habían venido de afuera dos paisanos de estos nombres á buscar mujer, me há de tocar Juan. Mire, es muy bueno, me há regalado dos mil pesos para comprar ropa. Tómelos niña ¿quiere comprárme Ud. que tiene mejor gusto? Mañana me caso, y.....

Mañana seré señora ...

Para llegar á aquel estado, aun en el pueblo pobre, aun en el país de los salvajes donde cambian pieles y plumas por mujeres, sobre todas las zonas del globo y en todas las edades, es y há sido el dinero ó su equivalente el barómetro que aproxima, ó separa ó nivela condiciones.

Tal es al menos la regla general, lo contrario es la escepcion. Si Patricio no fuera dueño de tres mil ovejas, no llevaría á María ni fuera su vecina, de Juan.....

.....

.....

En la mañana del Sábado aquel, el Capellan, despues de haber hojeado el librito de memorias recordado, busca otra lista de pedidos anteriores entre los revueltos papeles del escritorio, y libretas por quince ó veinte millones, dinero perteneciente á la poblacion irlandesa y colocado á su órden en el Banco (lo que abona su honradéz y honorabilidad, pues irlandés había que no depositaba ni sacaba un patacon sin su intervencion y consejo); y lée al través de sus grandes anteojos estas partidas:

— 1° Mujer, como para entre mil ó dos mil ovejas.

— 2° De cinco mil á medias, etc. etc.

— 3° Tres majadas finas, al tercio, papas, batatas y otras cementeras, etc.

— 4° Mujer irlandesa, como para cinco años.....

de campo, despues viene á establecerse aquí,..... ...
etc. etc.

—5° 6° .....

Y larga columna de pedidos matrimoniales detallában la lista de cada Sábado, muy principalmente en los meses de esquila, de ventas de lana y compra de astas y cueros para importar, pues segun oimos de una amiga que no se tiene por fea, la plaza se encuentra abarrotada de cueros.

El buen pastor há buscado, segun la situacion social, ó más bien, pecuniaria de sus clientes (siguiendo la corriente de los tiempos): modistas ó costureras, doméstica ó hija de familia, para el de dos, cuatro ó cinco mil ovejas.

V

Un año despues, el grupo se há aumentado. Ya no es solo el tímido ovejero de chiripá y cuello degollando orejas, que vuelve á la puerta frente á nuestras ventanas. El, ella y un chiquillo al hombro, blanco, rubio, ojos claros celestes, lindísimo broto, sério y mudo cual niñito de cera, llegan á tirar de la misma campanilla del Capellan con campanillas.

—Aquí está el fruto de su bendicion. Padre, bendígalo tambien, dice, presentando su hijito la ex-novia avivada por el matrimonio.

—Oh! bien! Veo que Uds. no hán perdido el tiempo. ¿Cómo se llama el niño?

Todavía no tiene llama. Póngale nombre y óleo.

—Y el Padre, estola en mano, toma el ritual y bendice.

La joven madre suele agregar satisfecha y entre sonrosada sonrisa por los bordes de sus gordas y rubicundas mejillas retozando, «qué contenta estoy, padre. Cuánto le tengo que agradecer toda la vida su eleccion».

«Yo, que no entiendo de esas cosas no hubiera elejido mejor».

—Bien, hija, me alegro. ¿Cómo ván las ovejas?

—Muy buenas, padre, para servirle. Aumentan, contesta el ovejero. Este año vienen mejor las lanas. En cuanto esquile voy á traerle una limosna para la Capilla. Ahí le hemos traido dos corderos. Nacieron en la misma noche que nuestro hijito.

.....

Y el pastor y la pastora vuelven contentos á su hogar en el campo, llenos de satisfaccion y de bendiciones distrayéndose en hacer saltar á su rubio, entre los blancos corderitos que balan y priscan asustando al niño.

Al otro año se presentan con otro fruto de aquella primera bendicion á la puerta, y otro, y otro le sigue, que los matrimonios de los pobres tienen por primer riqueza, la fecundidad.

Y el afecto hace apacible la vida, llena la soledad, estingue el vacío del aislamiento en las faenas pastoriles, vuelve más afanoso al padre por el amor á la familia, y acrecienta la fortuna.

Verdad es que en nada há entrado el amor conyugal en este matrimonio. No se conocían la víspera. ¿Puede amarse lo desconocido

El primer hijo es el punto de intercepcion entre ambos corazones. Sobreviene despues la afeccion al hogar, por el amor de los hijos.

¿Hubo premeditado estudio en la observacion del espíritu, del genio, de las inclinaciones de dos hijos de confesion, ó fué ventura al acaso?

Sin duda no era únicamente un buen economista ese piadoso Capellan, sinó sábio tambien en achaques del corazon.

VI

Fué el reverendo Antonio Fahy (inquilino sin alquiler, pues no se lo cobraban, de los altos Reconquista y Piedad, esquina de los tres Bancos, posteriormente, sobre cuyo solar levántase el muy suntuoso de otro laborioso español, que de simple dependiente convertido se há por su inteligencia y labor en acreditado banquero), el irlandés más seriote, seco y honrado á carta cabal que hemos conocido, aun despues de recorrido toda la verde Erin y pasado por cuantos países viajan los ingleses, es decir, por toda la tierra.

La mitad de su vida, al menos, de la que consagró á ganar almas para el cielo y tambien neófitas para San Patricio, fuimos vecinos. Continuamente le encontramos rodeado de millones y de lindas muchachas que por lo menos valían otros tantos, sin que de todas aquellas conversaciones entre puertas, ó á la media luz de escalera asáz resbaladiza, ni de esos sendos miles de pesos que por sus manos pasaron, jamás diera su mano, pie para murmuracion.

Secretitos de confesion, consejos de guía espiritual, su opinion para todo solicitada, continuamente encontrábase rodeado y seguido, si nó perseguido por las más rúbias tentaciones del Santo de su nombre, y el buen padre Fahy, que para llegar á viejo (aunque no murió de tal), tuvo sin duda que ser jo-

ven, rodeado de lindos palmitos en flor, ya en su casa, en la calle, en la Capilla de San Roque, por todas partes. apenas podía dar paso sin que alguna de sus compatriotas, en estado interesante siempre, por su belleza ó juventud, no se le cruzára en son de casamiento, bautismo, ó divorcio, y nunca dió un paso en falso.

Venido tras las tormentas del año cuarenta, poco antes del bloqueo de los ingleses, estableciose por el barrio de los mismos.

Sala de residentes, templo inglés, diario inglés, Bolsa ó Camoatí (como por entonces la llamaban), Hotel inglés, por ahí cerca del desembarcadero, almacen inglés, al frente, á la acera: médico inglés, Brown, Dónovan, Coningan,—á la otra cuadra botica inglesa—Cramwell—Murray, por todas partes su lengua, su bandera, sus compatriotas, ese era su campo de accion y atraccion para encaminar á sus paisanos (ciegos los más de ellos) al arribar de tan lejos á playas desconocidas, en su ignorancia seducidos por el nombre mágico del Rio de la Plata.

Pasaron pocos años, y el celoso sacerdote, en su propaganda dentro los mismos disidentes ingleses, fué siendo el centro y punto de intercepcion entre sus compatriotas, y tan ciega confianza le tenían, que yá no solo para los negocios ordinarios de la vida, sinó como hemos vísto, aun para ligar por siempre su destino los irlandeses no tomaban ni mujer, ni majada, sinó elejida por su pastor.

Era vida fecunda en beneficios para sus semejantes, y sus obras de caridad cada día podian contarse por las horas de su existencia.

Casaba á unos, aconsejaba á otros, dirijía á todos, como que para cada cual tenía palabras de consuelo, de aliento, de esperiencia, de persuacion ó de ánimo.

Y el que caía bajo su proteccion, podía contar con inmediata fortuna, la prosperidad entraba por las dos puertas de su casa con el nombre é influencia del padre Fahy, en sus negocios.

Díganlo D. Terencio Moor, el almacenero en mangas de camisa de la esquina, á quien recomendaba su clientela de confesionario, para sus compras, al regresar al campo de donde venía leguas y leguas por un consejo,—Corredores como Duggan, y Backer. Drysdale y Linch, á quienes proporcionaba sus mejores peones, y hasta el mismo D. Tomás Amstrong, que reconocido á los servicios prestados á sus compatriótas, diole por vida hospedaje gratis en una de sus propiedades.

El primero solo de los vecinos nombrados, D. Terencio, albacea posteriormente del padre Fahy, llegó á testar dos millones de duros, sobre cuyo monto el Sr. Carabassa (banquero hoy en la misma casa que vivió y murió Fahy), cobró millon y medio de la antigua moneda, en arreglos testamentarios.

VII

Por entonces, hacia 1856 empezaba á llegar la fuerte inmigracion de Irlanda, con motivo del cruzamiento de la raza ovina, y siendo inglesas la mayor parte de las cabañas, preferían sus pastores como más prolijos.

Hanna Lethan, Hardi, traían algunos por su cuenta. Otros venían por la propia. Al dirijirse á su Capellan, éste les recomendaba á White, Clark, Bell, y cuantos ingleses entendían de carneros y pastores.

El pastor espiritual que empezaba por recomendarlos, era luego el árbitro en las primeras diferencias con sus patrones, y en las trapizondas y enredos de contratos, tercerías y medianerías.

Despues elejíales compañera que alegrára sus soledades, luego bautizaba las crias, y más tarde era depositario ineludible de sus ahorros.

Verdadero filántropo á la manera del Sr. de Miguens, á principios del siglo, de Rodriguez, de Cazon y otras modestas virtudes, hombres buenos, que han derramado beneficios sin cuento por todas partes, sin que su beneficencia por ser anónima deje de ser meritoria.

La obra del padre Fahy no está escrita, pero huella imborrable ha quedado en su barrio, en su pueblo, en el corazon de sus compatriotas, por cuantas partes pasó rastro de su influencia benéfica, pues la filantrópica mision que se impuso no tuvo fin, sinó con el suyo.

Y todavía despues su recuerdo, su espíritu entre sus paisanos cual una esencia que alienta á lo bueno en las familias irlandesa, de nuestros verdes campos, vive, está presente, se prolonga aun y se le invoca con cariño como el genio bueno del hogar, formado por su bendicion,

En cuantas largas veladas de invierno al rededor del fogon congregando la familia bajo pobre cabaña, pajizo techo del pastor irlandés, que vino á poblar nuestras pampas, el viejo abuelo, achacoso por el frio y la intemperie, que en noches

heladas pasó rondando la majada, principio de su fortuna, mientras la llama chisporroteante de verde leña dora el gordo corderito, y la nietecilla sin madre prepara el thé, sobre las rodillas teniendo al más pequeñuelo, cuenta por centésima vez su venida á América.

« Los señores de las tierras oprimían con arrendamientos excesivos á los pobres pastores, tanto como la alta Cámara estorcía á sus primos de Irlanda, mala barca en largo viaje echóle á la orilla, y si el padre Fahy no tiende mano amiga cuántas veces hubiera naufragado.

A él como á sus compañeros les recomendó á los criadores, introductores de cruzas finas, quienes prosperaron enriqueciendo el país donde se enriquecieron. Vino un primer año de seca, y otro de inundacion, la epizootía siguió, y tras tantos contratiempos, yá desesperaba en el nuevo, como en el viejo mundo, cuando el consejo del buen padre levantándolo de la postraccion, ayudóle á mudar de campo.

Anduvo de un lado á otro con la majada, ya reducidas las pocas ovejas salvadas de la habilitacion, de San Antonio de Areco al Lujan, de las Conchitas á la Capilla de los ingleses, de uno á otro Partido, aquí caigo, aquí levanto, hasta que los malos tiempos pasaron.

Cuando vientos más bonancibles soplaron, y en la soledad del campo empezó á sentir el aislamiento en que se prolongaba, le aconsejó casarse, formar familia, fijar su bienestar. Él mismo buscó la buena compañera de sus más bellos dias, con quien entró la dicha, el bienestar y la tranquilidad en su hogar.

Y como á este pastor irlandés, á cien otros, los casa, les bautiza sus hijos, los ayuda y conforta en sus aflixiones con su ejemplo, y su consejo y su palabra fué el sostén y guía de millares de recien venidos, hasta convertirse en amparo y verdadero padre de los pobres.

Católicos y protestantes acudían con igual fé á su consejo, y pobres y ricos ó necesitados siempre encontraron en él la misma acojida.

Bien se le llamára á media noche lloviendo á cántaros en auxilio de un pobre en agonía, ó al través de campos áridos bajo el quemante sol de estío, el paciente Fahy tomaba su sombrero de copa alta, envolvíase su negro manteo y allá vá por esos cardales de Dios, llevando la bendicion del mismo.

VIII

Tantos y tan importantes fueron sus servicios dentro su ministerio y fuera de él, que aun siendo estranjero pronto se le nombró Canónigo en el Coro de la Catedral.

Desprendido, activo, enérgico en la defensa de los intereses que se le confiaban, llegó á tener á su nombre en el Banco más de un millon de duros, dinero de multitud de irlandeses dado á que se los tuviera sin haber jamás pedido el más simple recibo.

En cierta ocasion los ingleses reconocidos, se cotizaron para ofrecerle un obsequio á quien tanto les servía, sin nunca aceptar ni las gracias, y le presentaron un cheque por mil libras esterlinas.

Menos tardó en llegar á sus manos que en pasarlo á las Hermanas de Caridad irlandesas, dinero con el que compraron el solar esquina de Tucuman y Rio Bamba. Allí levantaron su Colegio para las hijas de los pastores pobres. Estrecho ese primer establecimiento, ocupan hoy á la salida del camino de Flores cuatro manzanas en la confluencia de las calles Rivadavia y Victoria, antígua chacra del Dr. Ortiz.

En el sitio de honor del gran edificio venérase la vera imágen del padre Fahy.

La muerte de este filántropo, cuyos imitadores van siendo cada dia más raros, es el más bello capítulo que compendió todas las virtudes de su vida.

Murió como había vivido, y fué una víctima, mártir de la caridad.

Derramando obras de misericordia, que como cosa natural él hacía en el silencio y con modestía, había pasado incólume dos epidemias en la ciudad de Buenos Aires.

La de 1871 se presentó implacable y aterrante desde el primer momento.

Todo el que pudo corrió al campo, y así mismo en la casi desierta ciudad asolada, llegaron á enterrarse hasta ochocientas víctimas diarias.

Durante la mayor recrudescencia de aquellos tristes dias de dolor, fué solicitado por una familia italiana, reducida solo al padre y la madre, pues los hijos todos habian yá perecido dc la fiebre amarilla que asolaba el barrio vecino al puerto.

Trátase de llenar su mision, y por más que pretenden detenerle amigos y servidores, observándole no es él Cura, no es

inglés quien llama, contesta sencillamente: *La caridad no tiene color, su bandera es la de la humanidad, y mi mision socorrer al aflijido. Es un pobre quien pide mi auxilio.*

Y fué, y volvió y se acostó en seguida á morir tranquilamente la muerte del justo. El febriciente le contajió su aliento letal.

. . . .En el magnífico cuadro, que no es dable contemplar sin lágrimas, del célebre pintor oriental Blanes, resumiendo el ultimo episodio de aquellos dias de dolor, falta una figura.

Otros dos filántropos se descubren penetrando al hogar de la muerte. El Dr. Roque Perez, se inclina ante aquella escena desgarradora. El Dr. Manuel Argerich, puro corazon, llevándose la mano á él, alza el sombrero estremecido.

Por la puerta que entra el muchacho que fué á llamarles, y á la que espera sin animarse á pasar el conductor de los auxilios de la Comision de Socorros, acababa de salir el padre Fahy.

Amarillentos restos se divisan sobre despernancado catre, cuya frazada de admirable doblez, como de bulto en la pintura, colgando, mal cubre el baul del pobre jornalero del conventillo; un niñito gatea, forcejeando por desprender la bata del helado seno maternal, en busca de su alimento, trepa sobre la amarillenta madre, quien con su brazo lívido y descarnado, al abandonar la cuchara del último remedio, parece querer abrazar su hijito aun despues de muerta. Todo ese vivo cuadro de la muerte lo complementaría la evangélica figura del padre Fahy que salió de allí fulminado como esos otros dos apóstoles de caridad, mártires de ella, en los tristísimos dias que anublaron esta ciudad.

No se levanta suntuoso monumento sobre su fosa, ni lápidas ó publicacion hán recordado su nombre, que al fin héroe era de filantropía, pero, en el corazon de sus compatriotas, está su imágen resplandeciente y viva, de una á otra generacion su nombre piadoso es reverenciado por padres, hijos y nietos.

Bartoli recibió encargo de hacer diez mil fotografias, y hoy apenas bajára el viajero á la estancia ó al rancho del más pobre puestero irlandés, sin encontrar su retrato como reliquia de familia, trasmitida y conservada con cariño en el hogar, cual la de uno de sus penates tutelares.

VIII

Si al tradicionar costumbres demasiado libres por nuestro antiguo barrio, al comenzamiento de un siglo de relajacion, recordamos aventuras de *mercenario tenorio* escalando muros por pernoctar fuera del Convento, á borrar negra huella viene éste verídico retrato en miniatura del popular padre Fahy, uno de los más virtuosos vecinos del barrio de la Merced, allá por los años de 1858.

Su probidad, y honradez en todo sentido, llegó á hacerle depositario de los secretos, y refujio de todos los aflijidos en la laboriosa colonia irlandesa.

. . . . . .

Pero observamos que involuntariamente el cuento tradicional, formalizando váse en biografía de un filántropo, joyas que por ser hoy más raras que las de brillantes, bien merecen exhumarse las pocas que entre nosotros fueron.

Concluimos esbozando de perfil el chistoso cuadrito de costumbres de Antaño, con interrogacion que por entonces se nos hizo.

. . . .Y dígame señor tradicionista, no há descubierto establecimiento á ese parecido de algun padre Fahy, criollo, ó que de comisiones tales se encargue para las hijas del país, como de aproximar corazones?

Oimos á una semi-jamona solterona, que con avidez nuestras tradiciones sigue.

Cuando las hijas del país lleguen á ser estranjeras en su propio suelo, lo que no tardará mucho, aparecerá aquello. Por ahora, yá hay una agencia de matrimonios, cuyo periódico se publica.

Lástima grande que el padre Fahy no haya dejado cría, es decir, descendencia apostólica, ó formado escuela en su humanitaria mision de aproximar al prójimo, ó las prójimas, ó á unas y otros, á cada uno con su cada cual:

EL HIJO DEL AMOR

Señor Tulio Mendez

I

No es historia antigua.

Apenas hará cosa de treinta años entró de moda en muchos padres, aun los más pudientes, mandar á sus hijos todavía demasiado jovenes al campo.

«*Que vayan á aprender á hacerse hombres*», decíase: «Si no salen del lado de las polleras de la madre, en la ciudad, no dejarán de criarse afeminados. La intemperie, el caballo, las faenas rurales les acabarán de desarrollar, convirtiéndolos en hombres fuertes, de trabajo y de provecho.

Tal era la frase corriente de la época.

Salíamos de una larga tiranía, que tuvo por apéndice la ciudad de Buenos Aires, cerca de un año más de sitio.

Recien roto el cerco, en contraposicion de aquella multitud de muchachos larguiruchos escuálidos, desmadejados, lánguidos y contrahechos, quienes apesar de sus diez y siete no salían de la alfombra de la madre en contricta oracion durante la misa, al levantarse el sitio, cual oprimidas aves sedientas de aire y espacio, desbandáronse por toda la campaña multitud de jóvenes barbi-lampiños. Sinó sabian jugar el lazo y las bolas, aprendieron en hora prematura á manejar un fusil, (segun las exigencias), y por ende creíanse ya dueños del mundo, señores de la pampa, y capaces de dominar con sus finos puños al gaucho más morrudo.

Muchos padres, no bien salían sus hijos de la escuela, y sin llegar á *mayores*, donde nunca alcanzaron, cediendo acaso la debilidad paternal á las exigencias de aquellos, y éstos á sus ímpetus innatos de prematura independencia, confiábanlos á un viejo capataz, honrado á carta cabal, pero incapaz de reprimir cuanta libertad usaban y abusaban sus futuros patroncitos.

«*¡Ya somos hombres!*» decían los proyectos de tales y con tamaño cigarro, echando humo por boca y narices, delante de sus padres, proclamaban á voz en cuello: — «*Ya no hay niños!*»

Padre hubo, y por desgracia no solo uno, que daba crédito al pié de la letra á cuanto estos portentosos talentos afirmaban.

Tal sucedió en el cuento, que no lo és, y que pasamos á referir.

II

....Como Periquito estaba ya crecidito para continuar yendo á la escuela y seguir estudios que no seguía, quedaban solo dos carreras á elejir, para las que no se necesitaba saber nada: la militar y la rural.

Sucedia esto allá en época muy lejana. Ahora nó, hoy es otra cosa.

Nadie puede ser estanciero, qué! chacarero, ni siquiera quintero ó regador de huerta ó jardin, sin haber seguido estrictamente curso completo de agronomía, de ganadería y otro de agricultura, saberse de memoria unos cuantos tratados sobre la raza ovina, método de la distribucion de aguas, conocimiento del suelo que pisa, y hasta la formacion del subsuelo, y cien otros cuyo índice únicamente sería de larga numeracion.

Para la milicia, no se diga. No es bastante la Escuela Naval, la de Cadetes, el Colegio Militar, ó el buque Escuela, si no se sale del Colegio de Saint Cyr ó del arsenal de Tolon de Brest ó siquiera de Trieste, no se sirve ni para taco de cañon, aunque hoy ni estos usan tacos, y apenas si las botas de los Presidentes bajitos.

Hijo de padres acaudalados y de una de las más anti-

guas familias de Buenos Aires, Periquito fué antes de los diez y ocho años enviado á una de las estancias inmediatas.

Su padre, á más de las consideraciones generales predominantes en la época, que se habian hecho carne y dejamos referidas, tenía una otra razon personal, acaso fué con la que el amor paternal puso sobre sus ojos una venda.

De caracter fuerte, dominante é impetuoso como buen militar de raza, pues era de los jefes argentinos que vinieron con San Martin del Perú, por no tolerar las arbitrariedades del Colombiano, reprendido había severamente al hijo mayor en ciertas aventuras cuya continuacion contrariaba.

Este, tan orgulloso como su padre, *quien lo hereda no lo hurta* no soportó la reprimenda, y sintiéndose profundamente herido, cegado por excesivo amor propio, cuando estuvo de regreso en la chacra oríjen de su desgracia, se levantó la tapa de los sesos de un balazo.

Tarde lloró aquél la severidad de su amonestacion, y como los extremos se tocan, de padre austero é inflexible cayó al opuesto extremo.

Desde la muerte de su primogénito, tornóse en el ser más condescendiente con su ultimo hijo.

Niño engreido y mal inclinado por los mimos que le rodeaban, y padre ya entrado en años y quebrantado por tan inesperada catástrofe, el dia que reconcentró en el menorcito su mayor cariño, fué niño al agua.

Como que tan cerca de ella anduvo, que en tres ocasiones hubo de ahogarse, y eso que no era hombre de ahogarse en poca agua.

De una de ellas conservó permanentemente la señal sobre la barba.

Cierto dia de sumo calor, en lugar de ir á la Escuela de D. Juan A. Peña, se fué al fin de la muralla, entró al rio, cuando ya no podía hacer pie, hizo cola, y prendido en la de un brioso alazan que el cochero de la casa vecina entraba á bañar, metióse rio adentro. A poco andar encabritóse el caballo por algun sambullidor de adelante, tirándole un par de coces, en las que le alcanzó la herradura en plena barba, dejándolo desmayado sobre las duras toscas de la ribera.

Tan frecuentes desventuras se repetían amenudo.

«Que el niño no quiere ir á la Escuela, pues que no vaya,» decía el padre. La buena madre insistía y á fuerza de caramelos y confites de Córdoba compraba su consentimiento. Pero

con más frecuencia en lugar de ir á la escuela se iba á la rabona. Así un dia lo traían de la Boca medío ahogado, pues al saltar á un buque de naranjas resbaló al agua; y otro, lo conducía el pastero sobre su carreta, en estado miserable, porque tirando la onda á los pajaritos, había caido en uno de los cien pantanos sin fondo del camino real á Flores.

III

Pasó uno, y otro y otro año hasta que el Jefe de Granaderos repitió rotundamente al acabar prolongada sobremesa, en que como de postre se le servía larga lista de las travesuras de su Benjamin, la pierna de Júdas, desde que fué el más mimado:

«Pues señor, si el niño no quiere ir á la Escuela que no vaya. No todos han de ser sabios, que al fin y al cabo son éstos los que vienen embrollando la lista con su sabiduría, desde que hay tanto doctor.»

Con tan mala preparacion tenémosle yá ántes de los diez y ocho años confiado á ño Felipe, viejo capatáz de la estancia del engreido Periquito, que hacía y deshacía, esto quiero, esto no quiero, con más libertad en el campo que en la ciudad, disponiendo á su antojo de cuanto le daba la gana.

Allí en plena pampa, como otros muchos ricos jovenes de la época, no implantó ni trató siquiera de ensayar la introduccion de las buenas costumbres del hombre educado, de buena cuna, ni de llevar el refinamiento de la vida civilizada.

Por el contrario, asimilóse por completo con todas las malas costumbres de la campaña.

En poco tiempo recorrió la senda del campesino, yá ginete, jugador, gallero, domador, etc., etc, llegó á la perfeccion en todas las virtudes teologales del gaucho. Nunca mató ni robó á nadie, pues apesar de la turba en la cual tenía que rolar, la escojida simiente caida en corazon vírjen hacía predominar los sanos consejos de una santa madre modelo de virtud, y los nobles ejemplos de su ilustre padre, conseguian surjieran del fondo de esa alma no mancillada, la esencia que alienta á lo bueno. Los recuerdos de su infancia pasada en tan honrado hogar, formaron la éjida que le preservó, impulsado por sentimientos generosos.

Pocos le ganaban á jinetear, y ninguno era más diestro é incansable en toda faena rural. Los puebleros al pasar por su

Estancia viéndolo domar, lo envalentonaban, repitiéndole: «¡Ay gaucho lindo! asi me gusta y debe ser todo porteño cuadrado! que tan bien sepa danzar en el Club del Progreso, como manejar el lazo y no dejarse sacar la oreja ni en la más ruda faena rural.»

Y con esto el muchacho se enorgullecía, creciendo en destreza y desenvoltura.

Lo de no perder los modales sociales no era tan exacto, Fué lo primero que olvidó. Se hizo uraño, reconcentrado y caviloso.

Tal vez en lo de hacer el amor bajo el alero del rancho propio ó vecino, en la yerra ó la esquila, sí, prontamente sobresalió.

Para lances tales no era tan corto ni retraido.

Sucedió, hará cosa como de veinte y cinco años, que llegó á la Estancia, para la cocina y todo servicio una doña Petrona, guapa moza y gaucha de pelo en pecho, ladina y frescachona aun, ligera de lengua y de caderas.

Con su vestido de zaraza ruidoso por lo almidonado, se presentó trayendo en su patrio, viejo, rabon, robado al Alcalde vecino, preciosa chiquita, como de siete años, recuerdo de un su compadre que le dejó al irse á la frontera, (por más que réce el refrán de que con comadre.....

Ña Petrona, silvestre flor ajada, aunque bien podría ser flor de cardo, hacía la cocina, y otras cosas; mientras la pequeña Magdalena, si no lloraba como la desconsolada de su nombre, crecía como ella en belleza y travesura.

Iba el tiempo pasando, como á fé que todo llega, la siega en pós de la esquila, la siesta tras de la hierra, sin que remotamente sea esto indirecta de que es preciso esté ciega una sencilla campecina para que yerre con un pueblero. Pasaron años tras años y por fin llegaron los quince de la hermosa Magdalena.

Un poco de descuido de la madre que consentía fuera á hacer la cama al patroncito, mientras ella iba á ordeñar las mansas; algo de marearse en pendientes seductoras la pobre criollita, que de menos nos hizo Dios, y del mismo barro fuimos amasados; poco que se agachaba el patron por acariciar la fruta pintona, y, mucho que se empinára ésta por alcanzar el fruto vedado, en fin ... Vds. me entienden,

El hecho fué que un día sucedió lo que había de suceder, y una mala noche, que fué peor y malísima para la primeriza, dió á luz rollizo muchacho, destinado á víctima desde su

infancia, tanto del cariño del padre, como de la codicia de la madre.

—¡Y cómo se parece al padre! exclamaba á eada una que entraba con poco disimulo, la abuela, entre uno y otro rosario de recriminaciones torturando su pobre hija en tan doloroso trance. Aunque quizá, y sin quizá, en sus adentros no había deseado otra cosa la cocinera de patroncito tan rumboso, y por cuyo mal fecho, de cocinera pasaba á ser algo así como semi-suegra, aunque de la mano izquierda.

Pero al fin las madres perdonan. Ya el barro estaba hecho, y para que salga, no barreal que enloda, sinó argamasa que pega, bueno es á veces echar tierra que seque pronto, y á lo pasado pisado, más bien que, si te *vide* no me acuerdo.

Y mucho más fácil se perdona, cuando los malhechores son dadivosos, sin olvidar al día siguiente, el mal hecho por una calaverada.

IV

Transcurrieron los años tras los años, y unos llovederos y otros de seca, si se secó el amor por la Magdalena, no dejaban de llover beneficios á la madre y abuela. por el nene.

Este bello niño iba creciendo, y sus infantiles caricias atraían tanto al padre, con la misma fuerza que las liviandades de la hermosa pecadora le desviaban.

Magdalena, lindo pimpollo desprendido de marchita planta, creció tambien en lozanía y robustez, lo que sí, que al par crecían con ella sus devaneos. Ya no era la perfumada flor de su belleza esparcida únicamente en el secreto retrete del patron, pues no solo á él, sinó al mayordomo, el capataz, y hasta el peon de confianza, permitíales tales, que no son para contadas; y por éstas fué perdiendo las de Pedro, hasta pervertir su desgarrada hermosura, cayendo grada por grada de la altura que osó escalar, cual la bella judía de su nombre.

Y á fé que hay nombres fatales en todo tiempo.

Nadie debería llamarse Judas, ni Magdalena, ni Cain ni siquiera Cirineo. Pero cuántos con el mayor disimulo y creyendo hacer obra de caridad, ayudan á llevar la cruz en este pícaro mundo.

....

.....¡Ay! alma bellaca! Sí cuando digo que la pobre no nace para rica!

Mire Vd. haber soñado un día llegar á ser la millonaria señora de D. Pedro, luciendo en la primer sociedad, ocultando como tantas otras bajo dorada capa de opulencia la debilidad de sus primeros pasos, y revolcarse hoy por propio gusto en el fango de la degradacion. De tan alto despeñada, rodando fué desde los brazos de su primer amante hasta el recado del primer gaucho matrero que hacía noche en su rancho.

Cuán cierto es en todo, que el primer paso es lo que cuesta, y que en senda resbaladiza es mejor ni asomar!

Descienden por cubierta senda de flores, aunque á mitad del camino, ó en los más bajos pisos, cardos y abrojos formen el subsuelo, no lo notan embriagadas por el hechizo de dicha que absorbe.

Siéntese sí, llegado el frio de la reflexion con el tiempo que todo lo trasmuda, la espina del remordimiento punzando en lo más vivo.

De igual modo el joven de nuestro cuento, había tambien caído de más elevada cima.

Por su nombre, su rango y su fortuna llamado á figurar entre sus conciudadanos, no creía hubiera ya más noble aspiracion que la de llegar á poseer el parejero más ligero ó el gallo de más púa.

Patron que ejemplo de costumbres tales sembraba á su alrededor, no podía alterarse mucho por encontrar seguidores en su senda.

Sucedió pues cierto día, ó más bien cierta noche, esas cosas pasan siempre de noche, que vislumbró ó creyó ver, deslizarse sombra errante por su jardin, y como no era hombre que creía en duendes ni aparecidos, fijando más la mirada alcanzó á descubrir al claror de media luna á su media mitad, bajo el ombú.

Nada era que allí á tan altas horas de la noche tomára luna ó fresco ó cuanto quisiera tomar, sinó que con ella, y ocupando su lugar, estaba su cocinero.

Por más despreocupado que fuera Pedro, tener por rival su propio galopin, era cambio un poco demasiado brusco, si bien para llegar á éste, había pasado ella la escala toda de la degradacion.

Aunque *mutatis mutandi* presentábasele solo la inversion de una misma oracion, por pasiva. ¿Si en sus primicias el patron hubo descendido á buscar sus amores en la cocina, estraño no era que á los postres su cocinero subiera á recojer las migajas de su patron?

Pero hay sobre todo dos cosas que ni el paisano más dadi-
voso presta nunca: su parejero, y su pareja.
Sin alterarse ni decir palabra, y jugándole disimulo, la prose-
cion andaba por dentro, á la mañana siguiente puso su travieso
peoncito del otro lado del palenque, y á su bella pecadora, no
en los Ejercicios, sinó simplemente en la calle, ó en el camino
real, que en el de la perdicion ya se había puesto ella por su
propia cuenta.

Eso sí, bien provista de fondos, dióle uno de sus mejores
caballos, y adiosito!....

Libre como los vientos de la pampa, allá vá, cortando lomas.
Nunca se sintió más dueña de sí, con buenos pesos en el bol-
sillo, y sin depender de nadie.

Así galopaba contenta en su fortuna, sin acordarse del hijo,
y galopando llegó á lo de su madre, más como único refugio,
que al calor del cariño maternal.

Ni aun palpitaba sobre sus lábios el ultimo beso que no dió
al primer hijo del primer amor. Nada pensó entonces menos
que en reclamar lo que juzgaba pesada carga y permanente
obstáculo á sus amores de cada día.

V

« El hombre no sabe querer » se repite con generalidad.

En balde la historia de la humanidad está ahí para demen-
tir el acerto.

—« Será vanidad, orgullo, efusion de un momento en el
hombre, pero el amor abnegado, noble, constante, irrevocable
sublime y perdurable, es esclusivamente del sexo débil, donde
recide su fuerza, agrégase.

Y sin embargo, no se ha revelado otra pasion semejante,
que lleve á la monomanía, al frenesí y al suicidio, como esta
inmensa pasion de padre quebrantando toda una organizacion
viril, robusta, enérgica, carcomiendo día á día su cerebro la
idea desesperante de volver á perder su hijo, como la gota ca-
yendo día á día horada la piedra; así fija y persistente perforó
el cerebro del buen padre, y mucho antes que la bala, rom-
piera el cráneo, pertináz é inapartable como agudo clavo de fue-
go sobre las sienes había horadado su cerebro.

Para quien dió el sér á otro sér, su sangre, su afecto, su vi-
da, es tan hijo de su corazon el hijo de sus amores, como el
hijo de su matrimonio.

No es que pretendamos presentar precisamente como de chado de moralidad á quien solo tuvo hijos fuera del matrimonio.

Pero de dos males el menos, y creemos sí, que quien no niega sus hijos de cualquier modo habidos, los educa, bien encamina, y vela por ellos, provee con cariño al doble alimento del cuerpo y de la inteligencia, forma séres útiles y honorables para sí y la sociedad, cumpliendo realmente su mision de *pater*, si no hace acto de virtud descollante, rescata al menos su falta, y en mucho tendrásele en cuenta su buen proceder.

Producido el mal á que la inesperiencia, la debilidad, la ignorancia y la seduccion precipita, ¿qué hacer? ¿Convertirse de seductor ó seducida, en asesino?

Acaso fuera más correcto ante el criterio de ciertas púdicas virtudes de conveniencia, jamás puestas á prueba, que la joven madre antes de ser esposa, con el primer vajido anunciándose á la vida de dolores el sér de sus entrañas le ahogara en sus retorcimientos de desesperacion, ocultando así su falta con un crímen?

No es más noble, no hay más entereza en afrontar las consecuencias de un mal paso y por vida de sacrificios y desvelos consagrada á la reparacion rescatar una falta presentando un sér digno de serlo.

Lejos, muy lejos estamos de defender las uniones libres, cáncer que bastardeando viene cada vez más la sociedad moderna.

Aplaudimos sí la recta conducta del que, habiendo caido en un delito, no pretende encubrirlo con otro mayor.

De aquellos que en vez de llenar los Expósitos con todos esos hijos sin madre, sobrepónense para no dejarse deslizar en pendiente resbaladiza, deteniéndose con amor á enmendar el mal en sus consecuencias.

«El hombre de la época actual no ama sinó por instinto. La sensacion de ese soplo dura apénas lo que la más ligera ráfaga», ha dicho una escritora desengañada.

«El hombre-sentimiento, sustituido ha sido por el hombre-cifra.»

Y se sigue repitiendo.

«El amor es solo un episodio en la vida del hombre, mientras que en la mujer es la vida entera.»

Estas y otras muchas vaciedades ha escrito la mujer contra el hombre.

Pero casos se vén, y con más frecuencia de lo que fuera de desear, en que, mujeres bien educadas, ilustradas y aun bien

intencionadas, aman más el lujo, el fausto, los placeres, los espectáculos de vanidad, sus propias comodidades, todas esas cien mil nadas de complacencia y de molicie tras el bienestar de que se rodean y amurallan como exijencias indispensables para la vida, que al hombre que todo eso les proporciona.

Descendiendo de abstracciones generales á la vida práctica, nada es absoluto, ni establecerse puede como regla general.

Así es el mundo en que vivimos, malo, perverso y peor. Tratemos de reducir á su menor espresion estos ultimos casos.

Pero, sigamos la narracion que tanto acaba de impresionar y que descarnadamente presentamos como ejemplo del fin desastroso á que conducen las malas pasiones. Caso es de monomanía paternal, quizá halle eco de piedad en alguno de los lectores, ó servir pueda de edificacion á cualquiera de esos *empedernidos*, por cuyas hazañas queda en lágrimas y en la miseria tanta prematura madre abandonada, como la que tan admirablemente pintó el poeta:

Soltar al aire su queja
Será su solo consuelo
Y empapar con llanto el pelo
Del hijo que Vd. le deja.

VI

Mas, ah! que nuestros goces son como sombras!

No mucho tiempo había pasado de la tarde aquella en que contenta y sonriente galopaba Magdalena por la alta loma hacia donde el diablo perdió el poncho, sin miedo ni recelo (que estraviado su honor y su vergüenza, ya nada tenía que perder,) cuando de unos á otros brazos vino rodando á parar en los de cierto Capitan Lopez, en un fortin de Mendoza, más diestro para la intriga en lides de amor y sorpresa de mujeres, que de indios, para cuya persecucion le faltaban siempre caballos.

En mala noche de frio y hambre la llamó á cuentas, esplicándose de esta manera:

—Vamos á ver. No solo de amor se vive, mi querida. ¿Cuánto te ha dado el padre de tu hijo, por qué no te le presentas?

—Mucho dinero, doscientos cincuenta mil pesos.

—Bicoca, para quien cuenta medio millon de duros. Pero en fin, grano de aniz que bien sembrado producir puede doscientos cincuenta mil patacones.

—¡Cómo! y que los pesos se siembran? contestó azorada Magdalena. ¿No se pudre el papel bajo la tierra?

—Siempre ha sido de las bonitas ser tilingas. Y qué tonta eres Magdalena! No has observado que tambien fermenta el grano de trigo y que al brotar la espiga, de un grano salen ciento.

Por lo visto con tu patron aquel gastabas el tiempo en otras cosas, que te sabrás, sin enseñarte agricultura, por más de ser chacarero.

—Yo algo aprendí á su lado, y él no me trataba mal. Aprendí á multiplicarme, pero nó á multiplicar el dinero.

—Aprendistes á dividirte. Pero no importa, trae para acá esos pesos.

—Ya he gastado buena parte, pero si te los doy voy á quedar sin nada. El otro me largó hasta sin mi hijo, y algunos pesos. Tú me dejarás sin estos ultimos. Lo primero se puede tener cuando..... .... cuando Dios quiere. Lo segundo, Dios nunca quiere que tengamos los pobres.

—Es precisamente para enseñarte el secreto de multiplicarlos que te los pido. Préstamelos un poco.

«No has oido por cuaresma cierto sermon de los milagros, y de cómo con cinco mil panes el buen Dios, merienda presentó á cinco personas, ó al revés.

«Mira, sabiéndolo explotar, aquel tu primer paso, que no fué del todo malo que digamos, bien dirijido en sus consecuencias, convertirse puede como en filon de inagotable mina, que mina inagotable es el placer. Déjame obrar.

—Sí, obra todo lo que quieras, pero déjame mis pesos. ¿No te doy mi amor, para qué quieres más?

—Agarradita es la niña! Si es por tu bien. Vamos á gastar hasta la mitad de ese dinero que tan poco trabajo te costó, en secuestrar tu hijo, que al fin una madre no roba lo que es suyo.

.....

«Dime ante todo. Tú estás segura que es tu hijo?

—¿Cómo, si estoy?.....

.....

—Bueno, lo esconderemos bien. El cariño maternal lo encubre todo. ¡Oh! amor! cuantos crímenes se cometen en tu

nombre! Si le dió diez mil duros por tenerte lejos, cuán
Alvarado, te hará el camino para que vuelvas por él, al hijo que tan
cerca quiere.

«Sí cuando digo que los hombres somos unos bellacos. Sólo
Vdes. saben la verdadera marca ó procedencia de cada uno de
esos nenes que sirven para ensordecer el barrio, aunque
preveo servirte puede este de algo más, desmintiendo á cada
paso la presuncion legal de que cada hijo es del marido de su
mujer.

—Sabes Juan, voy sospechando tengas talento. Tus razones
me van convenciendo.... .. ..
....

Vacilaba yá, pero con éstas y otras reflexiones del peso de carreta tucumana, no sin largo porfiar, pues la tal Magdalena protegía con más amor sus pesos que su hijo, cedió al conocimiento de que, de algunos patacones bien sembraditos, cosecharse suelen ciento por uno.

Pruébanlo los usureros, y otros muchos que no lo parecen.

Resultado: se gastaron cinco mil duretes en comprar espias, seducir peones, robar al niño, en fin, llevarlo lejos, muy lejos, más allá de Mendoza, esconderlo, hacer perder la pista del raptor, echar tierra á la desaparicion, y cambiar la escena, etc., etc.

Se gastaron tambien en otras muchas etcéteras, de las que el travieso capitan quedó en dar cuenta, que nunca dió.

Concluido todo eso, sentándose á descansar el bravo militar director de tan brava campaña, dijo muy satisfecho:

—Magdalena ven á mis brazos y reposa de la fatiga, ya aparecerá aquello

«Está tirada la siembra.

—Sí, como reaparezcan mis cinco mil!

– Duros tienen que ser para que no aparezcan, redoblados en doblones, si no es duro el corazon del rico padre, por la reaparicion de su único hijo

Y en verdad que tal pillete conocía á fondo el noble corazon de Pedro.

Lectora! ¿Habeis perdido algun hijo? ¿Os lo han robado?

No hay mayor dolor para quien es verdaderamente padre, y sabe amar como tal.

Lo repetimos, desgraciado Pedro! Fué el padre más padre que conocimos.

La desesperacion que le sobrevino á la desaparicion de su hijo fué espantosa.

VII

Volvía un dia del rodeo contento y satisfecho. El recuento había dado buen resultado y de su tirador desbordaban los billetes de Banco, importe de quinientas cabezas gor das, tropa que acababan de apartarle.

Cuán cierto es, que el dinero no constituye la felicidad. Por más que le apetecemos para muchos goces, en fuente, nó de deleites, sinó de sinsabores, trocarse suele con asaz frecuencia.

Pedro, gozoso al ver el producto de su trabajo y la hábil direccion del establecimiento, volvía tranquilo á las casas, y bajando del caballo fué el de su hijo su primer pensamiento.

—Angel! gritó dirigiéndose á su aposento.

¿Donde está el niño? interrogó á la peona, que arrastrando la alpargata destalonada, llegó diciendo: «Patron, el niñito no aparece, desde hoy le buscamos y ahí andan por el monte llamándole.»

Mira por todas partes é instantáneo y fatal presentimiento le hiere.

Sobresaltado redobla los gritos, escudriñando por los rincones, se impacienta, se irrita, mi hijo! mi hijo! exclama sobrexcitado, removiendo con furor almohadas, tirando del blanco cortinaje de su camita, arrancando con furia colchas y cobijas, creyendo aun que, como otras veces, jugando con su padre se escondiera bajo la cama ó desapareciera bajo sus ropas, y desesperado jime, grita y clama y se abraza llorando á la almohadita tíbia aun con el calor de su ultimo sueño de inocencia.

No crée, cierra los ojos á la realidad, y le cuesta pronunciar la palabra que no quiere oir. Mi hijo! Mi Angel! donde estás? borbotea entre exclamaciones de insana desesperacion.

Ahí, véense desparramados todos los juguetes. El petizo ensillado en el palenque. El carrito con la rota rueda en el suelo, y el hilo de acarreto colgando de la mesa. El látigo bajo el sombrerito de sol suspendido del clavo, á la cabecera. Todo; todos sus chiches despintados, deshechos ó despernancados, hasta las botitas, aquellas preciosas botitas de charol

con caña de tafilete punzó y tacos desgastados, uno más que otro de tanto corretear, preciosas gemelas embarradas como hijas de las granaderas del padre, formadas en línea las cuatro, todo está allí, cada cosa en su lugar, menos el niño que no aparece en parte alguna.

¿Por donde anda Angel? repite en su desesperacion, y como tocado por súbito presentimiento: ¡Me lo han robado! exclama al fin, deshaciéndose en histérica sonrisa de lágrimas.

Cocinera, capataz, peones, vecinos, desbándase todo el mundo en la Estancia y los alrededores, donde Pedro era querido por su generosidad, galopando en todas direcciones en busca de aquella idolatrada criaturita, cuyo padre en su desesperacion á punto estaba de volverse loco.

Ya salta á caballo y corre él primero. Pero, vuelve, creyendo mejor esperar en las casas si de algun lado viniera la primera noticia. Impaciente sale de nuevo al campo á adelantarse á ella, y regresa precipitadamente, pues que le cuesta perder la esperanza de que todo aquello sea una ilusion, y crée vá á aparecer el niño tras algun árbol donde juguetea.

Pero, la noche se acerca, y con las tristes sombras la fria realidad que le oprime el corazon. Ya no se puede cerrar los ojos á la evidencia que golpea rudamente. De todos rumbos van regresando silenciosos cabizbajos, mensajeros de infructuosas pesquisas, y apenas el más activo como único rastro, que á la vez confirma el secuestro, pretende ocultar á la vista del aflijido padre la galoneada gorrita entre el cardal encontrada.

Sin duda volósele, y en la carrera de tan precipitada fuga, por no demorarse, no quiso el raptor bajarse á recojerla.

Pero en fin, cuando esa prenda estraviada le convenció del robo ya presentido, el más intenso dolor oprimió aquel deshecho corazon, del padre más amante.

—¡Donde estará mi hijo! exclamaba de cuando en cuando. Pobre mi hijito! habrá llorado, se habrá prendido de los pies de la cama, me habrá llamado y yo no le he oido, nadie le ha socorrido. Oh! el dolor inmenso que me oprime, más horrible es que la muerte! Y en aquel descompuesto semblante desencajado y descompuesto asomaba como sarcástica risa nerviosa próxima á estallar.

VIII

De la exaltacion del amor á la locura, solo medía un paso, y de esta al suicidio la mitad. El corazon del atormentado padre por la mayor de las desesperaciones, como péndulo descompuesto oscilaba entre dos siniestras determinaciones, vacilando entre matar ó matarse.

—«¡Dios mio! que fatal destino me persigue, exclamaba.

«Acabo de perder dos hermanos. Ya otro me enseñó el camino por donde se llega al término de todo sufrimiento. Mi madre, que tanto quería en mi á su hijo regalon, para siempre, como mi buen padre, desapareció en el momento que más necesitaba de sus consejos.

«Mas, hoy todos estos viejos dolores se aletargan y reábrense otros nuevos, absorbidos por este inmenso é inconformable dolor de su ausencia»..... .....

Y volvía á los gritos, exclamaciones é interjecciones de todo jénero, en un sufrimiento rabioso que no podía arrancar.

—«Pero, donde está mi hijo? repetía caminando sin cesar, pateando en la mayor ajitacion, y recomenzaba el rosario interminable de recriminaciones contra Dios, contra el Diablo, y contra cuantos le rodeaban.

—«No puede ser, no puede ser, mi hijito! mi Angel! donde estás? El vá á aparecer, no le reprenderé por su ausencia, voy á darle un juguete. Es imposible que lo hayan llevado.

«Busquen, galopen, vayan á todas partes. Mi mejor parejero á quien me traiga la primer noticia.»

Y tras breve letargo en que sumíale la fuerza intensa del sufrimiento, loco, embriagado, absorbido y sin instinto, salía, entraba, volvía, lanzaba los muebles contra el suelo á su paso precipitado, rompía de un puñetazo el vaso de agua al dejarlo nervioso sobre la mesa y en creciente ajitacion exitado, no atinaba qué hacer.

Y cuando el mayor tiempo transcurrido posesionándole iba la idea inevitable de tan terrible desgracia, desesperado, de nuevo volvía á saltar á caballo. Galopaba una legua al Norte, daba rienda atrás galopando otra al Sud; estando al naciente creía podían traer á su hijo por el poniente, hasta que deshecho caía anonadado y sin fuerzas, postrado en el abatimiento del dolor más intenso.

.. ..

Luego despues, como ráfagas que venían á avivar aquel su-

frimiento, apenas aletargado un momento, llorando, maldiciendo, tironeábase los cabellos, furioso y delirante hasta el penúltimo parasismo de la desesperacion. A punto estuvo de perder el juicio, y si no se le fué del todo, sin duda era porque lo necesitaba para algo.

Para emplear el resto de sus dias en buscar aquel hijo querido por quien desespera, llora y clama y patea á la vez, andando desatinado de un lado para otro.

Qué extremos no hizo!.....

En cuanto encontró al niño, perdió la razon.

Viaje á las provincias, comisionados al interior, busca aquí, escudriña allá, investigaciones por todas partes. En tierra, en los rios, por las islas. Avisos, ofrecimiento de gratificaciones al que siquiera le ponga sobre la pista del raptor, grandes recompensas pregonadas por todas partes, todo fué inútil.

El niño se lo había tragado la tierra, ni la huella del crímen ni el menor rastro de su paso.

Oh! qué inmenso dolor oprime á Pedro! Pobre padre aflijido!

¿Lectora, os han robado algun hijo?

—Sufrirá hambre y miseria y frio? Dónde estará Angel? Pedro, el más amante de los padres se retorcía en una afliccion sin consuelo.

Cuantas veces llevó el revólver á su sien, detenido apenas el gatillo por vaga y remotísima esperanza.

«Algun dia aparecerá.

«No es mi niño al que quieren, sinó mi dinero», exclamaba.

Traspasado de dolor, el inconsolable padre ofrecía su fortuna por su hijo, cuando en la primera quincena del segundo mes de su desaparicion, recibió por correo el siguiente billete, lacónico pero espresivo:

«Si quiere recuperar su niño, jire por la Sucursal de Carabassa á Montevideo, una letrita de un millon de pesos á X. Ladron de Guevara. Puede ver somos moderados, para quien cuenta en sus rodeos las vacas por millares. ¡Cuidado con indiscreciones!»

Pero, cata aquí, que un amigo, ¡cuantas veces vale más un poco de amistad que muchos billetes de Banco! por la letra del sobre, por el timbre y fechas y estampillas postales, por algun indicio siempre escapado al más pillo, tuvo como vaga adivinacion ó sospecha, que el niño no había de estar muy lejos de la direccion señalada para el rescate.

Por un hilo se deshace la madeja, y de deduccion en deduccion sacóse en consecuencia debía encontrarse en Montevideo, y en la casa de un compadre del tio de la suegra de su ex-querída, en actual maridaje con el Capitan Lopez.

Vislumbrarlo Pedro ante las reflexiones del amigo, y tomar su revólver, su cartera y el vapor del mismo dia, todo fué uno, y á la mañana siguiente, desembarcaba tempranito en el vecino puerto dirijiéndose derechamente al sitio sospechado.

IX

Magdalena dormía á pierna suelta arrullada quizás entre dorados sueños por sus ilusiones de riquezas, cuando en ellos fué interrumpida por la imponente figura del padre desesperado, al través de cuyo descompuesto semblante apenas pudo reconocerle la soñolienta manceba.

—Dónde está mi hijo? exclamó, penetrando al dormitorio, y tal era su aspecto de terrible fiereza respirando venganza, que toda temblante se medio incorporó, señalando *allí*, la camita del niñito, que aun bajo la tempestad de iras y venganzas contenidas de sus padres, dormía el sueño tranquilo de la inocencia.

Y Pedro enajenado, lo arrebata, lo estruja, lo besa, lo abrasa, y casi sofoca al niño con sus caricias, quien despertado de improviso, y asustado por tan vehementes trasportes, se pone á llorar, y llora el padre loco de alegría, como lo había estado de desesperacion desde el momento en que lo perdiera.

No se detiene á vestirle, envuelto en las ropas y cobijas corre con el niño en brazos hacia la calle.

Pero aquel momento de trasporte inevitable, tiempo fué suficiente para que la sobrecojida madre volviera de su sorpresa, dando voces en su auxilio.

Por ésto, cuando el padre iba á trasponer la puerta con su hijo en brazos, aparece del interior el Capitan, interceptándole el paso con esta enérgica interrogacion:

—Donde vá con ese niño?

—Qué le importa!

—Deje esa criatura. Ud. no puede robarla á su madre.

—Y Ud. quien és para atajarme el paso?

—Soy el padre de su hijo, es decir, como el marido de su mujer, de esa cuyo hijo Ud. arrebata, y que estoy dispuesto á defender.

—Este es mi hijo, y solo me lo arrancarán con la vida.

—Si Ud. se empeña, contestó al Capitan sacando un revólver.

—Pedro armó tambien el suyo, no sin antes depositar con cuidado al niñito que seguia llorando todo asustado en el rincon

trás la puerta sobre la tabla del albañal, resguardándolo con sus ropas y su cuerpo.

—No saldrá Ud. con el niño.

—No será Ud. quien me lo impida.

Y una increpacion seguía á otra, y el ultimo insulto fué apagado por el primer tiro, y una vá y otra viene, y balas se cruzan hasta diez, y ambos ya heridos, Pedro pela su puñal abriéndose definitivamente paso, habiendo tambien abierto brecha en el cuerpo de quien se lo interceptaba.

Suprimido éste ultimo obstáculo, y con el niño mal envuelto, sale en precipitada fuga para el muelle.

La sangre del padre derramada por su amor y en su defensa, caía sobre la frente inocente del hijo, como bautismo de lágrimas y sangre que acaso señalaba fatal destino para sus dias.

X

Pobre niño! Bello angel rubio y sonriendo á las caricias paternales, á la vez que azorado de toda aquella violenta escena de un minuto, preguntaba aflijido:—Papá, papá ¿por que te han he cho nana?.....

.....

Llega al puerto. El vapor que le condujera no salía hasta las seis. Diez horas..... .....una eternidad.

Cuántas cosas pueden suceder en tanto tiempo! La Policía en pós del padre, raptor de su propio hijo. La venganza de la madre. Las persecuciones de Lopez.....

En diez horas puede cambiar hasta la situacion de un país. En Montevideo cambia en muchas menos. Se acerca á la ribera y grita á un grupo de marineros: «Mil patacones al lanchon más velero que me trasporte en menos tiempo á la orilla de enfrente. El viento es favorable, en la Ensenada podemos desembarcar».

Mil pesos es mucha plata para pobres marineros que no la ganan en un año. Con mil fuertes se hacen tantas cosas buenas, y muchas malas tambien.

Dos ó tres lancheros contestan:

« Patroncito, estamos listos, partamos ».

Todavía, una vez embarcado temía que la Policía entera se echára sóbre sus pasos por arrebatarle aquella prenda adorada, que acababa de defender con su vida.

Despues fuése calmando poco á poco, así que se alejaba la pasada emocion. Apenas atendió en vestir y arropar al niño, y mal curar sus heridas, cuando loco de placer y entre tras-

portes inefables, acostó en su mismo improvisado lecho á su hijito, buscando tras azarosa fatiga un sueño benéfico que hacía muchas noches no llegaba á sus desvelados párpados.

Pero ni aun este tranquilo. En esa cruzada de breves horas sobre agua que oleaje alguno rizaba, mundo de encontrados pensamientos le ajitaban, en aquel otro ajitado mar de las pasiones, bajo febriciente letargo habíase adormecido con esta persistente idea.

¿En qué lugar de la tierra, en cuál de las cavernas del Paraná ocultaré bastante á los ojos de la codicia y la venganza mi querido hijo?

Jamás hubo sentido más intenso amor al niño, como en la breve ausencia, á una eternidad parecida, y en la que se le apareció muchas veces muriente, en la miseria.

Cuántas preguntas le hacía atropelladamente! Había padecido, había llorado, le había estrañado?

En otros momentos su imajinacion por los mil confusos y encontrados sufrimientos que le oprimían, persuadíale tenaz y perseguidora alucinacion. Acababan de enviarle un bracito pidiéndole un millon de pesos por mandarle el resto de su hijo. Reconociendo aquella preciosa manecita que le acariciaba en sus más bellos dias, apresurábase á rescatar su sangre con su plata, cuando se repetía día á día en solicitud creciente.

«Dos millones por el resto», adjuntándole una pierna: Tres, al enviarle el segundo brazo, y así bajo el peso de exigencias en aumento, caía postrado por el dolor y la desesperacion, viéndolo en tantos pedazos dividido, que todos sus millones no bastaban para salvar el más pequeño resto de su cuerpito con vida.

Fugaces relámpagos de demencia cruzaban el cerebro trastornado por el sufrimiento, y en uno de esos súbitos raptos á punto estuvo de precipitarse con su niño á las profundidades que cruzaban, y juntos por eterno abrazo estrechados, descender á la eternidad.

A la caida de la noche, la húmeda brisa del mar vecino vino á refrescar un tanto el estado febriciente del herido, é impelida su ligera barca por vientos favorables, que no todo es constantemente adverso en la senda de la vida, arribó un poco más tranquilo á la ribera natal.

XI

Por fin, Pedro volvía con su hijo, y volvía para seguir la vida de inquietudes, de aparecidos, de miseria, de dolores y desolacion.

Hé aquí un hijo víctima del amor paterno!

¿Si éste fuera pobre perseguiría aquella desdeñada Magdalena con persistencia tal, restitucion de un hijo que se apresuró á abandonar como pesada carga?....

Desde entonces el atribulado padre y el perseguido niño vivieron en permanente zozobra, y uno y otro eran infelices.

Acaso tambien lo fué la madre.

La Estancia convirtióse en una fortaleza.

Dobles puertas de fierro. Barrotes de lo mismo por todas partes. Completo arsenal de armas en los cuartos. Una docena de peones armados á remington, alternando la guardia todos los dias, y cada mes cambiando la peonada, de temor de ser comprada ó seducida para robarle su hijo.

El más veloz de sus parejeros permanentemente atado á soga corta, á la ventana, y el niño, de quien ni de día ni de noche se separaba el padre, siempre éste con revolver al cinto, durmiendo en su mismo lecho, y pegado á él como la sombra al cuerpo.

Pobre padre! estenuado por la demencia de un amor tenaz, toda precaucion parecíale poca para evitar repeticion del rapto.

....

....

No bien ligera brisa levantaba en espirales polvareda en lejano horizonte, cuando Pedro que había observado tal movimiento de tierra desde el mirador, su constante vijía, salía alterado gritando: «A las armas, muchachos», «Prepárense que ahí vienen á robar mi hijo».

Los peones extendíanse en guerrilla, avanzando una descubierta. Despues temiendo quedar solo en las casas trepaba con el niño á la azotea, subiendo la escalera, «Peléen, muchachos, hasta el ultimo cartucho, y cuando se acabe la pólvora den una carga á fondo» gritaba desde arriba, desaforado y loco.

«No me han de sacar mi hijo sinó con las entrañas....

Otra tarde á la hora de siesta, saltó, en pelos, con Anjel, en el parejero, no parando en su carrera hasta el Juzgado.

—Señor, señor, protéjanos, que me quieren robar mi hijo» entró gritando.

Y el Juez y el Alcalde, y la partida lo acompañaban hasta su Estancia, persuadiéndole que ya los enemigos se habian ido, apaciguándolo hasta que la exaltacion pasaba.

Pero quien estaba verdaderamente *ido* era el pobre Pedro trastornado por la monomanía de las persecuciones.

XII

Víctima contínua de las más estravagantes alucinaciones, exajerado amor paterno le exaltó hasta la demencia, y de ésta al suicidio suele haber menos de un paso.

Así crecía el bello Anjel entre los mimos exajerados del padre, al par que éste languidecía estenuándole su contínuo estado de irritabilidad, temiendo acechanzas y desconfiando de todo el mundo.

Ni el uno era educado debidamente, ni concurría á la Escuela de temor á ser secuestrado, ni el otro atendía sus intereses por no desatender al hijo.

Hé aquí un niño víctima del amor paterno, y á la vez, un padre que se aniquila por amor á su hijo. Consecuencia y resultado todo de un primer mal paso.

. . . . . .

Madres! No mandeis vuestros hijos demasiado jovenes á que se acaben de formar al campo, pues no es donde mejor se desarrollan en la senda de la virtud y del honor. Preciso es llegar á la vida independiente del hacendado con la razon formada.

Pedro, el padre más padre que hemos conocido, bien ha rescatado por su inmenso cariño cualquier mal paso ó resbalon en los primeros de su juventud.

No sé de muchos legítimos padres que hayan amado á sus hijos hasta el delirio y la locura. Indudablemente representan un mal social los hijos habidos fuera del matrimonio, pero lo repetimos: ¿Será mejor encubrir una falta con un crímen?

Infelices madres! Pobres hijos! Oh! padres que lo sois ante todo por los vínculos de la misma sangre que corre en las venas, por el amor innato puesto por Dios en el corazon del hombre, no abandoneis nó, á esos pobres hijos sin madre que jamás durmieron al abrigo del seno maternal.

La voz de la naturaleza habla más fuerte que la de todo otro vínculo. ¡Ah! jamás negueis vuestra sangre!

XIII

Pasado algun tiempo los amigos de Pedro disuadiéronle de mil estravagantes proyectos que en sus cavilaciones le perseguían, llevando á su ánimo la persuacion de que un viaje á Europa lograría distraerle, y podría allí velar con más tranquilidad por la educacion de su hijo, pues la madre de éste no tenía medios de seguir sus persecuciones en el viejo mundo.

No sin dificultad se resolvió, pero tomando el camino más largo para hacer perder su huella. Sin bajar en el puerto de Montevideo, trasbordóse al Paquete inglés del Pacífico, para seguir su itinerario á Europa, cruzando por Panamá.

No há muchos dias leíase en uno de nuestros periódicos el siguiente telegrama: « En la mañana del diez y seis de mayo, poco antes de llegar al puerto de Iquique el vapor *Lautaro*, se suicidó un arjentino de distincion que viajaba con un bello niño de siete años.»

¡Coincidencia singular! En aquella hora cumplían treinta y tres años que su hermano mayor habíase suicidado de igual manera, estraviado por la misma causa, de un amor desgraciado.

Para que la coincidencia fuera doble, por aquel mismo puerto que descendían los restos del ultimo hijo, el más mimado, el más querido, su valiente padre sesenta y cuatro años antes descendía á la cabeza de los Granaderos á caballo á hacer un reconocimiento. como vanguardia del Ejército de San Martin, que fuera á dar la independencia al Perú, cuyas gruesas columnas desembarcaron en Pisco.

¿Qué había sucedido al infortunado Pedro, viajando al parecer tranquilo con su hijo, libre de pesares? Por qué esperaba el aniversario fatal del suicidio de su hermano, para celebrarlo imitando su ejemplo, desapareciendo por el mismo camino?

Nó, no era el instinto de la imitacion, no respondía á aquel contajio, fatal herencia, ó predisposicion de familia, en que padre, hijo y nieto se contaminan por la suicidio-manía.

Más tarde se supo.

Fué simple obra de la casualidad.

Despues de una de aquellas terribles noches de perpétuo insomnio, en la que los sueños más estravagantes ajigantaban peligros remotos, aumentada su fiebre, acaso por la electricidad oceánica, habíase levantado muy temprano, alcanzando á divisar entre la brumosa neblina de la madrugada, dibujándose indecisas, las costas del Perú. Luego despues, cambiára algunas palabras con el oficial de cuarto, acerca del dia de la llegada á Lima, y deteniéndose sobre cubierta un momento, descendió al poco rato, para levantar á su Angel á tomar el café.

Cual sería su sorpresa al encontrar desarreglado el tibio lecho donde dejó al niño dormido.

Ni en el camarote, ni en la cámara, ni en el salon, ni en parte alguna aparecía. Como un presentimiento fatal golpeó de nuevo su corazon.—Mi hijo! me lo han robado! fué su única exclamacion, y deshecho en lágrimas, furioso, desesperado, recorrió el buque de arriba abajo, rejistró por todos los camarotes,

acercóse á la ventanilla abierta al mar. Un momento alguien creyó pudiera haber asomado allí y el balance del vapor inclinándole de pronto, resbalado hasta sus profundidades.

Pero nó, la idea fija del padre era que le habían vuelto á robar el hijo de sus amores.

No pudiendo abandonar su puesto el Comandante, en los preparativos á la entrada del puerto, teniendo la tierra á la vista, é informado de la ajitacion en que se encontraba tal pasajero, quien ya había llamado la atencion por su misantropía, como por el tema fijo en sus conversaciones de sobremesa, de habersele robado el hijo, y no encontrar precauciones bastantes para evitar se lo volvieran á esconder, mandó á su segundo á convencerle que el vijia de guardia no había visto caer nada al agua, y no habiendo tocado puerto desde Valparaiso, el niño estaba irremisiblemente abordo, que se tranquilizara, pues mandaba dos marineros á inspeccionar minuciosamente el buque, donde aparecería el niño, pnes no tenía como perderse, ni menos podia ser por nadie escondido.

XIV

El oficial decendía la escalera al salon, cuando oyó un tiro dentro de uno de los camarotes. Corrió al momento al de Pedro, y por más que forcejeó no fué posible abrirlo. Gritó, nadie le contestaba, hallábase sólidamente trancado. Por el contiguo camarote se forzó la puerta lateral, y al penetrar encontróse á Pedro, tirado sobre el canapé, pálido y cubierto de sangre.

Al momento acudió el médico, el Capitan, los pasajeros inmediatos. ¡Me han robado mi hijo! balbuceó débilmente, yo no puedo vivir sin él; adios, compañeros!

—Pero cómo lo pueden haber robado, si no ha bajado nadie de abordo, contestó el oficial. ¡Ay! no es en la insania que se ajusta más el razonamiento lójico!

—Lo han de haber metido en alguna barrica para bajarle ahora á la llegada á puerto y pasarlo delante de mí sin que le descubra, y mandárselo á su madre.

Luego despues como delirando añadió: «Cuanto les ha pagado ésta porque se le lleven. Yo les doy el doble porque me lo dejen».

El pobre desfalleciente deliraba. La sangre manada de la herida en la cabeza no se podía estancar, y el médico del buque la declaró desde el primer momento mortal.

Todavía el infeliz padre muriendo por amor á su hijo, estaba

reservado en los pocos momentos de una vida que escapaba por la ancha herida que su propia mano abriera á torturas más atroces.

No eran los sufrimientos de un mundo que él ponía en duda en sus desvarios, no el dolor físico que en su exaltacion soportaba, lo que más le martirizó en su ultimo minuto.

Compuesto de ambos, y sobreponiendo á todos, fué un dolor más atroz el de su agonía, cuando al empezar ésta, vió entrar encendido y llorando, aquella rubia cabecita que tanto amaba y por quien se había roto el cráneo.

El niño retrocedió espantado, al verlo todo cubierto de sangre, pero á la señal de su papá moribundo, venciendo infantiles timideces se echó sobre él llorando, y besándolo le decía:

—«Qué te han hecho papacito, quien te ha lastimado, qué tienes?

Ya el padre por tanta sangre debilitado, apenas en entrecortadas palabras pudo exclamar con las mayores muestras de desesperacion:—Mi hijito! mi Angel adorado! donde estabas? y entre sollozos y besos se prendió con las ansias de la muerte á su hijo querido.....

Tarde era yá para esplicaciones. A qué decirle habia descendido á la cava del buque llevado por el Maitre de Hotel quien bajaba á sacar galletitas para el café. Que luego pasára á proa jugando con el corderito y el ternero de la vaca que ordeñaban todas las mañanas; y despues lo habian detenido unas señoras del ultimo camarote para que no entrara al de su papá porque estaba enfermo, y él burlando la vijilancia se había escapado, y por entre las piernas de la multitud apeñuscada agachando la cabecita y haciéndose más chiquito deslizádose hasta venir á sus brazos. Ya el padre no estaba para esplicaciones. Toda palabra llegaba tardía á su oido. Pero en aquella ultima vislumbre de razon con que llegó á divisar la anjelical aparicion del niño amado por quien moría, debió oprimirle la mayor angustia. Morir por quien tanto quería.

Había consagrado los ultimos años de su vida á precaverlo de todo peligro, sin despegársele un minuto. Y ahora le dejaba entre estraños, abandonado por una eternidad. ¿Donde volver la mirada ó encontrár una cara amiga? A quién recomendarlo!

Había hecho mil locuras por cuidarle, y ahora efectuaba la mayor, la ultima, la irreparable, abandonándole y para siempre. La palabra ya no llegaba sinó con dificultad á los lábios, pero antes de su postrer parasismo este remordimiento debió hacerle terrible su ultimo minuto, y acaso la Providencia se lo dejó conocer, como castigo.

Siempre caemos por aquello que más amamos!

Pero, mucho debiósele perdonar, pues mucho había amado al hijo de su sangre, y de sus únicos amores.

Sarcasmos del destino!

Cuán sabia es la Providencia que castiga á quien de ella desespera, con lo mismo que más ama el culpable. Su vida toda pasada desvelado por los cuidados de este niño, todo su sér concentrado en él, la única idea fija que le martillaba dia á dia con insoportable insistencia era la de perder su único hijito. Y castigo de un destino implacable, lo perdía abriéndose por su misma mano la ruta á la eternidad, encaminándose por sus propios pasos á la separacion de que no se vuelve.

Pobre padre! Hé aquí una víctima del amor paternal.

Y aun se repite: «Los hombres no saben querer».

Juzgamos el presente, como caso patolójico de monomanía amorosa, patermanía ó monomanía de amor paternal.

Podrá llevarse á más alto grado el amor de padre que vá hasta perder la vida por un hijo cuyo cariño le ha exaltado hasta la demencia?

Los que se persuadan no escribimos romances y lejos de describir una fantasía, parcos quedamos en detalles, por debidas conveniencias, al narrar simplemente del modo más sencillo, el accidente palpitante aun, si saben apreciar la moral de tan fatal suceso no podrán dejar de repetir.

«Todavía hay padres que saben querer, que aman á sus hijos, como una madre, hasta la locura, la desesperacion y el suicidio».

EL SEÑOR DEL MILAGRO

NOMBRADO GOBERNADOR EN SALTA

Señor C. L. Fregeiro

I

Comezon de curiosidad no satisfecha traíanos desazonados desde que oímos, cómo el mismísimo hijo de María Santísima llegó á ser nombrado Gobernador en la patria del célebre caudillo Güemes.

Y no es falso cuento, pues quien de su verdad dude, leerlo puede con detalles en la Historia de los Gobernadores de las Provincias Argentinas, por el autor de esa pequeña obra menos larga que su nombre: «Efemeridografía Argirometropolitana» continuacion de la «Efemeridografia Argireparquiótica. Si habrá desarzobispolizado despues de desconstantinopolizar al Arzobispo de Constantinopla, este Señor que usa de tan cortos nombres? Allí el erudito Señor Zinny, que no obstante haber pasado cincuenta años desempolvando vejeces, no tiene edad para mentir, incluye en su cronología entre Moiséses y Doroteos, Cletos, Celedonios y Anselmos, á «El Señor del Milágro.»

Estraño creeráse cómo el hijo del Padre Eterno descendió de su alto trono para venir á ser Alcalde de barrio, y más singular todavía, fuera solo interinamente nombrado Gobernador, y no por eleccion, sinó por delegacion del Coronel Todd, quien

delegó en él, no digo, aunque diólo á sospechar, por no encontrar hombre bueno, sinó por ser quien gozára de mayor popularidad.

Mucho hombre fué sin duda el tal héroe de Ituzaingó, donde dejó tres de sus cinco, no sentidos, sino dedos, para contar con tales sustitutos, como ministriles de su confianza.

En las eruditísimas páginas del citado señor Zinny, léese con puntos y comas, el dia, hora y lugar de la investidura del mando, las insignias que se le pusieron, el concurso de notables allí presentes, hasta el discurso de entrega del baston, y como ni el Presidente de la República reclamó por tan inconstitucional candidato, si bien reclamaron los caudillos Varela—Elizondo—Minuet—Guayama y Chumbita, disputándole el nombramiento, empeñosos en suplantarle, pretendiendo que ellos sabian más de cosas de la tierra y gobernarian mejor á sus anchas y á la pata la llana por acá abajo.

Al fin, para tal sarta de badulaques, no era mucho más, Señor de Cielos y Tierras, que por tan extensas no se pueden gobernar, que Gobernador de esta Provincia más á mano.

Otros han contado los detalles de la ceremonia desde que vino el Señor al mundo, pero antes de referir sus méritos y servicios, los milágros y buenas obras que le llevaron á tan alto puesto, contaremos como llegó á ese valle, donde los saltos de Lerma hicieron surjir á Salta á la voz de los exploradores que andaban á salto de mata por fundarla entre fangales y michinales, repitiendo á los que detrás venian, salta! salta! para no caer en el fango.

II

Pesarosos y abatidos vagaban los pacatos peruleros por esos áridos arenales dando sus ayes al mar, en un año que como otros muchos lo era de seca, temblores y tempestades.

Mirando la inmensidad del océano, que de pacífico solo tiene el nombre, encontrábase el más avispado de sus pescadores, y como su estómago seguía cual caja real en estado normal, es decir, sin un adarme, cavilaba porque, hasta los pescados habian huido de sus riberas, temerosos sin duda de quedar en seco. Tan pronto se metia el mar, como Juan por su casa, con oda violencia tierra adentro, como se retiraba hasta perderse de vista, á contar sus cuitas en las vecinas riberas de la India, murmurando por el largo camino sobre lo que dentro los desier-

tos arenales peruviamos sorprendiera. En muda contemplacion seguía sobre alta peña, cuando acertó á divisar allá á lo lejos, muy lejos, algo que sobrenadaba por cima de las remotas olas, cuyas crestas al sumerjirse confundíanse en azulado horizonte.

Vió. . . .pero, que vió? . . No sea curiosa lectora, que yá aparecerá aquello.

Guiado por piadoso sentimiento izó la vela de su pequeña embarcacion, que el caritativo pescador de esos mares, arriésgase más por salvar náufragos que por tesoros que el mar arroja, las más de las veces, como burlándose de los pobres, donde no hay quien los recoja.

Alejado de la ribera viento en popa, á poco navegar acertó á descubrir dos cajones, resto sin duda de barca despedazada por borrasca de la noche anterior.

No sin dificultad consiguió pescarlos, y traidos á la ribera, donde grupo de desocupados, (por entonces lo eran todos,) curioseaban tan singular pesca, procedieron presurosamente á su apertura.

Cual no sería la sorpresa de aquellos sencillos coyas, cuando rotas las cajas en presencia del guarda costas, encontraron bajo la cubierta de madera otra de laton donde se leía: «Un Señor Crucificado, para la Iglesia Matriz de la ciudad de Salta, remitido por Fr. Francisco Victoria, Obispo del Tucuman,»— y en el otro: «Una Señora del Rosario para el Convento de Predicadores de la ciudad de Córdoba - Provincia del Tucuman, remitido por Fr. Francisco Victoria Obispo.»..... . .

. . . . . .Ya apareció aquello! ya tenía nombre y apellido--- calle y número la encomienda. Lo que sí, que todavía cambió de rumbo pues milagro era, y nó chico que en cuanto la imágen tocó tierra, dejó esta de tocar redoble.

Un primer temporal de aquellos que por Santa Rosa suelen hacer rabiar al Plata y sus marinos, impidió al buque salido de Cádiz, arribar, aun de contrabando, á este puerto, y otro ventarron de popa, que zozobrara el navío antes de llegar al Callao.

Aquel año habíase hecho notable por las pestes, fiebres, secas, borrascas y temblores. Hasta se oyeron truenos en Lima, donde nunca truena, sinó cada dos años un Presidente.

Bajaron las buenas jentes de los inmediatos puebluchos de la montaña; y en numerosa romería, llevaron por la costa hasta el Callao imágen tan milagrosamente habida, pues ni rastro de buque náufrago salió á la orilla.

Y si tocante impresion causára la primera adoracion del Señor elevado entre toscas salvajes sobre amarillento arenal desierto, respaldado por montañas agrestes, frente á la argentada espuma, coronando las olas de un mar azul, que venía sumiso á besar sus pies, no menos conmovedoras fueron las escenas del camino.

Indios y pastores, marineros, niños y mujeres postrábanse en ferviente oracion, alzando sus pequeñuelos las piadosas madres para que alcanzaran á ver al Señor salido de las aguas.

El pescador del descubrimiento, á poco se vuelve tulumba, pues loco anduvo con su hallazgo encendiendo candelas por todo el camino, y repartiendo astillas de la caja semi-bendita.

Y tan numerosa se hizo la romería acudiendo á ver tal portento, que los vecinos de Lima empezaron á tener celos, como mirando entre ojos á sus primos del puerto.

Pues no faltaba más! cómo era eso, que ni en Dios, con ser Dios, bien visto estaba hiciese milagros por la vecindad á los ribereños?

Descortesía fuera mandar llamar al Señor, pues que de sí mismo y por su propia voluntad había llegado solo hasta la ribera. Por esto salió el Obispo y dignidades, é invitó al Virey para que en piadosa peregrinacion fueran á invitarle pasar por casa á la Catedral, bajo pretesto que entonces no había en el Callao Iglesia digna de hospedarlo, aunque desde niño acostumbrase pernoctar en humilde pesebre.

No muy contentos quedaron los vecinos de la costa en que se le hallara, pero al fin el Virey de los milagros quería tener cerca de sí al Señor de los mismos.

III

Solemne fué la recepcion en la Capital de la ciudad de los Reyes, en la mañana del veinte y uno de Junio de 1592.

La procesion anda por dentro, suele decirse, cuando disgustos disimulados, pero de los que no podemos desasirnos, nos oprimen ó desazonan.

En aquella ocasion la procesion se había echado á la calle, y por el contrario el gozo salíase por los poros. En puertas y ventanas, celosías, alfeizares y azoteas, en los árboles racimos de muchachos y hasta en arcadas sobre los mojinetes de teja colorada, por todas partes rebalsaba la jente, como en esta rebosaba el contento.

Desde la vieja portada del Callao, tendida línea de tropa de gran parada formaba, hasta el soberbio edificio de la Catedral.

Hormigueaban entre empujones sin malicia damas y caballeros de lo más granado que por entonces hermoseaba la Capital rival en fausto de la Metrópoli, y más rica por sus inagotables minas, de cuyas migajas vivia ésta.

Redoble del tambor dió la señal del Virey saliendo de Palacio, y el Ilustrísimo Arzobispo con los ornamentos de pontifical, y cabildantes y consejiles, militares y civiles, todo el mundo oficial de gran gala, y toda la populachería currutaca con sus trapitos domingueros apiñábase sobre las gradas de la Catedral, encrespándose como inmensa ola viviente por tomar mejor lugar.

Al concluir la misa solemne de Te-Deum, el cañon retumbó anunciando que el recien venido salía á dar el primer paseito por los alrededores de su nueva casa.

Y músicas y petardos, tiros y cañonazos, estruendos de todas clases poblaban de alegres ecos atronadores los aires de aquella animada ciudad, en uno de sus dias de regocijo. La campana mayor, llamaba con solemne voz sonora, grave y vibrante á los fieles de la comarca, y tras ella las cien campanas de tolas las Iglesias, con sus vocecitas claras y armoniosas repiqueteaban de contento, hasta ensordecer, siendo de cuando en cuando dominada toda esa confusion de ruidos por el cañon retumbante prolongando sus ecos en las verdes concavidades del vecino cerro de San Cristóbal.

Verde alfombra de hinojos y flores silvestres tapizaba plazas y calles del tránsito y banderas, colchas y cortinajes adamascados colgaban por todas partes. Gallardetes ondeaban de una á otra acera, matizando los aires de vistosos colores, incienso y benjuí en ondas fragantes se elevaban saturando la atmósfera.

Música militar y orquesta de flautas y violines precedía y cerraba la larga comitiva del Señor del Milagro, y acólitos, muchachería y mujerío, salmodiando oraciones seguían la muchedumbre sin fin, en ondulante cola negra, á paso de hormiga.

¿Pero qué celebrábase que tan alborotados traía á los buenos vecinos de Lima, tan fáciles para salir de quicio, en esos tiempos todavía no alarmados por el *cierra puertas* de revolutis diario posteriormente?

El Señor había venido á visitarlos? No el Señor Virey, representante de su sacra real Majestad, sino el mismo Rey de los cielos, en la vera imágen de su hijo crucificado.

Chico debía ser el recibimiento si tan rumbosos fueron los peruleros para extender alfombra de plata, barras macizas á cualquiera de los Vireycillos que á esquilmarlos venían.

La historia no cuenta saliera pobre ninguno de los gobernantes del Perú.

.....

IV

Enanos y jigantones, negros y malachines tarascas, jigantilla, mojigangas, catumbas, papa-huevos y payas pasaban bajo arcos de flores desfilando cuadrillas de africanos, siguiendo la cruz con toda la comitiva.

Tras los cirios más altos, los pendones de las veinte hermandades.

Los *veinticuatro* precedidos por su mayordomo con las andas de nuestra Señora del Rosario, y la hermandad de domínicos.

Los Terranovas y Lucumés llevando nuestra Señora de las Mercedes, y en doble fila los Mercenarios.

Los Mandingas con nuestra Señora de los Reyes rodeada de franciscanos.

Todos con músicas tales que formaban verdadera marimba de negros.

Unos bailaban ante los Santos, otros cantaban, todos gritaban. Algunos disfrazados de diablos, lo eran sin disfraz muchos otros, de terribles monstruos dragones, leones y serpientes, con plumas, cuernos, cueros de animales, todos armados de arcos, flechas y lanzas.

Las cofradías marchaban en órden de antigüedad, y en la música de los negros bozales resaltaba por más desentonado largo caño de tacuara cerrado con cuero por un extremo, haciendo de bombo, sobre los hombros del conductor.

A los alumbrantes con los faroles coronados de flores seguía el chinito limosnero, para la cera de nuestro amo y el burrito de la procesion de palmas.

Tras la pardita de la mistura, el pordiosero de la Vírgen, á cuyo oido cantaban chiquilines descalzos:

«Para nuestra Señora de la Estrella!
La mitad para mí, la mitad para ella.»

Por fin el campanillero, el muchachito de la campanilla de plata, los perreros de larga capa roja, el maestro de ceremonias alineando á todos sin ninguna .....

Iban en varias andas diversos Santos de la cofradía de los negros, de los pardos, de los mulatos, de los indios y de los blancos, y la rivalidad de lujo que había en el adorno de cada hermandad, se reasumía en la mulatita del sahumador, de cuyo cuello y orejas pendía su amita las mejores joyas para que la esclavita de la Vireyna no apareciera con más brillantes.

En aquellos tiempos, tan distantes de estos de igualdad, parece no había un solo Dios; reconociéndose uno para cada raza, inventándose hasta Santos negros, como San Benito.

A las andas de Nuestra Señora de los negros, seguía una tropa de negros mandingas, caricaturando ridículos personajes, entre ellos el jigante y el papa huevos, representado el primero por estatua colosal vestida de mujer llevada por un negro, y el enano, niño, con gran máscara con cuernos, más grande que su cuerpo, bajo la cual se veían salir las pequeñas piernas.

En pos de estas largas dobles filas, cual ángeles vestidos de albas túnicas venían las vírjenes de Lima, doncellas de las principales familias arrojando rosas á María, cuya imágen como la del Señor del Milagro era conducida por los principales personajes de la Córte.

Entre ambas andas, descubríase en la multitud, grupo que por su humilde y místico recojimiento llamaba la atencion. Este que no alcanzó á ser grupo histórico, si lo fué divino.

Al Arzobispo Toribio, precedido por un fraile descalzo, seguíale humilde sierva del Señor.

Esta pobre vecina de la Catedral, llegó á ser Santa Rosa, patrona de la América. El misionero, despues de abrir muchos espíritus á la luz en los desiertos del nuevo mundo, educando los indios á son de violin, recuérdasele en el mundo católico bajo el nombre de San Francisco Solano, (quien luego llegó á la rejion argentina, y ambos como Santo Toribio merecieron ser canonizados en mérito de excelsas virtudes.

Toque acompasado del tambor, marcando el paso anunciaba al Virey, rodeado de todas las corporaciones civiles y militares y populacho cerraba la marcha tras una seccion de artillería, é infantes de la guardia. Así concluía la procesion que era precedida por un peloton de arcabuceros y el capitan de caballos corazas.

Las veinte andas delante de la del Señor y la Vírjen, despues de dar vuelta en torno la plaza mayor y pasar por San Francisco volvieron á la gran Catedral, de la que Pizarro puso la primera piedra.

Yá se usaban las tapadas y las beatas mùrmuradoras de todo tiempo, pero la crónica no refiere ningun desmayo entre los apretones de devotas é indevotos.

Hubo en seguida parada y besamanos, y toros y cañas, hasta que caida la noche se prendieron los árboles de fuego que desde el mentidero público (gradas de la Catedral). admirában con la boca abierta los diez mil curiosos de Lima.

V

Trascurrieron algunos años. El Perú navegaba como en balsa de aceite, y era éste el mayor de los milagros durante la estadía del Señor del mismo nombre, y por lo que se palpaba visible muestra de directa proteccion del cielo, pues casi un año entero pasó sin revolutis ó enfermedad del genero.

Hasta la leccion que se aprendió en la cuna, y se reanudó poco despues, sin interrupcion, parecía olvidada.

Ni Atahualpas mataban á Huáscares, ni Pizarros á Atahualpas, ni Almagros á Pizarros, ni siquiera un Carrion conspiraba hasta hacer matar á Monteagudo, Heras á Carrion, y á aquel su asistente.

Ni un simple *carrericidio* colgando como racimo de horca de la torre de la Catedral, donde el Dios de los milagros impedía á cualquier carrero ó Carreras matara un Balta, los partidarios de éste á los Carreras, ó un negro á Pardo, (todos tres Presidentes) cual con el andar de los tiempos sucediera.

....Pasaron otros años y las tapadas pedían al Señor del Milagro el de la realizacion de sus amores, y los Ministros de Hacienda, Oidores y Oficiales de cajas reales, el que no quedáran estas como almas de bien aventurados, en lo limpias, y los mineros, que se convirtieran las suyas en minas sin fondo, cuando lluvia, de reclamos empieza, y pliegos van pliegos vienen, ya en el buque conductor del cajon de Indias, ó en la mulita correo de Buenos Aires á Lima, repite que repítese el pedido del Gobernador de Buenos Aires reclamando respetuosamente al representante del Rey el envío de dos imágenes enviadas de España para esa gobernacion, y arribadas al Perú.

No con muchas ganas cedió el señor Virey; pero al fin, la

justicia es justicia, y aunque ésta anciana señora por ser un poco coja llegar suele algo tarde, al fin se hizo oir, y el Obispo Toribio, posteriormente santificado, informó: Pues todos los que sabian léer, (que eran los menos), leido habían en la tapa del cofre venían tales imágenes, para Buenos Aires, y allí salían reclamantes, retener contra voluntad ofrenda tal, temerario fuera.

El Virey alegaba: puesto que Dios había dispuesto arribara allí, su voluntad manifiesta quedarse allí era, la prueba estaba en sus milagros, y ya el pueblo acostumbrádose había á su devocion, y notas van, y notas vienen, preguntas no se quedan sin respuestas, y las imágenes no tomaban el camino de su destino.

Por menos se acudía al Consejo de Indias y hasta al mismísimo Soberano, pero al fin los peruleros cedieron leyendo la ultima comunicacion de Buenos Aires.

En tal documento se comprobaba como dos y tres son cinco; que esas eran las mismas imágenes que el primer Obispo de Tucuman, su Señoría Ilustrísima Fray Francisco de la Victoria, ofreciera, para Salta la una, y la otra para Córdoba.

Aunque poco contentos por desprenderse de tan benéficos visitantes, no eran nuestros buenos primos del Perú tan ingratos, que omitieran todas las medidas para su mejor conduccion, y así, designaron del Cabildo Eclesiástico como de entre los Regidores dos notables á acompañar las milagrosas imágenes, hasta hacer de ellas solemne entrega á las autoridades de Salta.

VI

Nada de corto tenía el viajecito, y aunque hicieron descanso en Potosí, las seiscientas leguas de Lima al Valle de Lerma, á pié se las anduvieron llevando la Cruz á cuestas, vanidosos linajudos que no hubieran cargado ní con el peso de su propia bolsa.

En el tránsito unían seles pueblos enteros de indios fanáticos por sus nuevas creencias, y cristianos poco menos. Pero árido y monótono es el estrecho y tortuoso camino, subiendo y bajando, sin ver nunca el fin, por esas montañas de Dios. Hacemos gracia al lector de crónica sin accidentes.

El mismo entusiasmo de las procesiones que acompañó al Señor de la Misericordia, para los peruanos, y del Milagro,

para los salteños, desde la ribera al Callao, y desde Lima al Potosí, siguió hasta Salta, donde llegó despues de muchos dias de marcha.

Parece que los espertos hijos de esta ilustre ciudad, fueron siempre más reflexivos, secos ó pacatos, con un tantico de la frialdad de las nevadas cumbres que les rodean.

Nunca hubieran recibido allí (como en otra parte, que yo sé), con la boca abierta, á ciertos personajes, ni quedado leles, por cualquier escritorcillo que pasara pluma en mano cual fujitiva ave de paso. Por entonces, tratándose de Jesús, hijo de María le recibieron bien, con decencia, pero no con tanta aldaraca como tapadas y destapados.

Sin embargo, no faltaron danzas y castañuelas, repiques y cascabeles, arcos de ramas y árboles de fuego, danzas de indios y oraciones de cristianos.

Cuando el Señor llegó á su destino, tanto tiempo había pasado, que apenas quedaba uno de muestra de los contemporáneos del Obispo del encargue.

Existía sí, no más en ruinas que en la actualidad, la primera casa allí levantada, y bajo su techo fué hospedado como en la fundadora, antes de llegar á la Iglesia donde permanecería.

La Vírgen siguió viaje para la de Córdoba, donde actualmente se venera.

Mas, hé aquí, que el gozo se les fué al pozo á los salteños. Viendo no hacía ninguno el Señor del milagro, ó de la misericordia, pues que sin ésta los seguían tratando los gobernantes y arcabaleros, olvidáronse del reclamado con tanto ruido dejándolo sin ninguno en un rincon oscuro y lleno de tela-arañas dentro la sacristía del lugar.

Hubo sin duda más de vanidad que de devocion en la insistencia del repetido reclamo.

Y para no ser yo quien trate de remisos ó desmemoriados á los buenos vecinos del Valle de Lerma, punto menos que en boca viene aquí manito de historia que servir puede de puntal á esta verídica tradicion.

VII

«Olvidaron por cien años á su Señor, dice el cronista. Y el dia 13 de Setiembre de 1692, recien fué por sus males recordado.

«Desde por la mañana, nevada nubecilla coronaba con signo

de mal augurio el San Bernardo, cuando de diez á once, espantoso temblor ó sacudimiento de tierra puso consternados y fuera de sí á los habitantes de Salta, huyendo despavoridos hasta los lugares valdíos para no ser aplastados por los derrumbes que seguían ensordeciendo, encontrándose toda azorada la poblacion de Salta media asfixiada en su plaza central.

«Cada uno pedía allí para su santo, ó más bien, se encomendaba al santo de su devocion, pues que la postrera hora se miraba ya de muy cerca, entre hijos hechos pedazos, madres moribundas, los débiles sofocados ya, y los más robustos lacerados por todas partes.

«El clero y autoridades que se hallaban entre los aflijidos llorando y pidiendo misericordia, acordaron, así que cesó el primer temblor, sacar en procesion al Señor Sacramentado para consolar la aterrada poblacion que gemía bajo el peso de atroz aturdimiento. Pero como no obstante todas estas, y otras demostraciones cristianas, continuaban los temblores, el Reverendo Padre Fray José Carreon, de la Compañía de Jesús, varon apostólico y de esclarecida virtud, hizo presente que, mientras no se sacase en procesion al Señor Crucificado que tenían olvidado en la sacristía, no cesarían los temblores, por cuya mediacion, aceptada que fué la indicacion, los temblores cesaron.

«Verdad es, agrega posteriormente algun otro cronista incrédulo, que los temblores empezados en *viérnes trece*, no tenían ya mucho que voltear, y que en aquella hora que sacaban en andas la imágen del Señor, desaparecía como tragada por la tierra la ciudad entera de Esteco, y aquí se cimbraron las torres hasta tocarse solas las campanas, pero lo cierto es que acabó la procesion y acabaron los temblores.»

....Y sí fué aquel el primero, no fué el ultimo de los milagros del Señor, y de su visible y directa proteccion para los fieles de este valle, quienes desde entonces declararon fiesta solemne todos los *trece* de Setiembre, en honor del Señor Salvador de Salta.

Su ultimo *alto* en la tablada, al entrar á la ciudad, quedó grabado por su huella gloriosa, y sin duda por ella destinado aquel campo á ser el primero de gloria para los argentinos, tomándo prisionero en él todo el ejército invasor del Alto Perú (20 de Febrero de 1813) .. ..
....

VIII

Media noche era por filo en la del 18 de Octubre de 1844, cuando espantoso sacudimiento de la tierra anunció nuevo terremoto, y el pueblo despavorido y temeroso de que fuese su ultimo momento corría presuroso á implorar la misericordia de quien en 1692 había salvado á sus antecesores.

Nada aplacaba la furiosa tempestad terrestre. Durante catorce dias siguieron intermitentes los temblores, viviendo la poblacion en huecos, plazas y descampados, huyendo de todo techo.

El 1° de Noviembre se dejó ver recien un cielo sereno y lleno de esperanzas, dando algun consuelo á los aterrados habitantes que se resolvieron á sacar otra vez en procesion de desagravio al Señor del Milagro.

Y aquí entre incrédulo y creyente dejamos al cronista antiguo por el de nuestros dias, que agrega, que por entonces en Salta, como al presente en Córdoba, solo salen las rogativas pidiendo cese la seca, cuando ya nubes de agua vienen cayendo por los altos. Agregar debemos que tales procesiones de desagravio eran otras tantas mascaradas, á la que el fanatismo ciego daba auge.

Tras la cruz entre cirios, acólitos de cada cofradía llevaban en andas un santo y jimoteando unos, contritos otros, pecadores é inocentes, fanáticos todos marchaban compungidos.

Grupo de lloronas taloneaban á otro de descalzas ó caminando de rodillas, con sogas al cuello y manos atadas, cabezas y caras encenizadas y entre barbones y hermanos del buen viaje y cofradía de terceros, franciscanos y domínicos, iban los penitentes entre una y otra imágen.

Harapiento y en jirones, gaucho melenudo arrastraba pesada cadena, implorando para los criminales como él, pues salía de la cárcel. Otro se arrastraba por los suelos y seguía de rodillas dejando en pos de sí reguero de su propía sangre.

Un tercero laceraba sus carnes con agudos cilicios, gaucho malo matrero empedernido y recalcitrante, frecuente habitante de la cárcel con freno mular que le ensangrentaba la boca, en cuatro pies seguía, tirado por otro no menos animal que el disfrazado de tal.

Cien otros penitentes y penitenciados que se disciplinaban á su gusto, pues la pública azotaina y clamoreo confuso de apeñuscado mujerío en cada boca-calle se extendía por cua-

dras y cuadras y veíanse arrieros devotos de la Vírgen del buen viaje, que con la mula de la brida se descubrían, hincándose al pasar.

En los intermedios de las andas, santas y pecadores, continuaban azoradas y confusas rezando y llorando todas sobresaltadas pues aquellas bellaquerías y corcobos de la tierra, no tenían fin.

Barbaridades tales no creríamos si más de un testigo ocular no nos las ratificara. Morrudo indio de Oran flajelábase con garfios de alambre que taita cura (su Párroco), desenterraba de sus maceradas carnes desgarradas á cada diciplinazo.

A una bruja de la sierra coronada verdaderamente de espinas, coro de vírgenes y no vírgenes, pero todas bajo blancos velos, la seguían, limpiándole el sudor de sangre que corría de su frente despedazada.

Jovenes y ancianos llevaban velas compuestas, llenas de adornos de gusanillo de plata y flores, clamando misericordia por Dios.

Y cerraba tan larga y fantástica procesion otro pobre indio arrastrando pesado yugo á su cabeza amarrado, pues si donde reposa la inteligencia del hombre el buey tiene la fuerza, aquel tal se asimilaba más á este ultimo.

Si esta procesion salió al concluir los temblores, ó estos terminaron al salir aquella, no lo tenemos bien averiguado, pero el hecho es que, como éste, milagros repetidísimos tiene exhibidos el Señor de este apellido, para que entre los fieles de Salta sea el de mayor devocion.

IX

No sabemos si de echar bendiciones ó por otra razon, el brazo creció al Señor, y los salteños que no habían sido dejados de la mano de Dios no querían dejarlo longa-mano.

Cierto relojero escultor, mason y chileno, (Victor Morales), se ofreció de cirujano para tan incruenta operacion quirúrjica ó tallista.

No estaban todas las beatas con acto que olía á profanacion, metiéndole cerrucho á la sagrada imágen, pero como al fin, defecto era aquello afeando á quien no debía tener ninguno y que los largos y resplandecientes rayos de plata con que el Señor en la cruz había sido adornado, no llegaban á disimular, convínose entre Curas y sacristanes hacer la operacion de acortar

el braazo salido más largo entre gallos y media noche.

Algunos creían de buena fé que brotaría sangre, y aunque la compostura no fué pública, cándidos curiosos agrupábanse sin dejar trabajar al mecánico, yendo hasta poner palanganas de plata bajo el miembro que se iba á cortar.

No poco alelados quedaron los más fanáticos, viendo que solo caía acerrin. Pero aun éste, motivo fué de esplotacion, y acerrin milagroso á carradas vendióse por muchos años, procedente de la herida del Santo madero.

El relojero se hizo rico, no mercando sus viejos tachos de cobre por plata maciza vendidos sinó por el acerrin milagroso que era un sanalotodo ó pronto alivio, hasta para salir él de pobreza.

Y no fué el súbito enriquecimiento del charlatan su ultimo milagro, que de ellos están llenos los anales de aquella milagrosa provincia, viviendo cual San Lorenzo en parrillas entre contínuos temblores.

El lector deducirá si con hechos tales se habría hecho popular el Señor llegado por tan portentosos medios, generalizándose su devocion hasta el ultimo rancho del más aislado caserío.

Pero, volvamos al principio del fin, de esta ya por demás larga y procesional tradicion.....

.....

X

En la bella ciudad de Salta, límpia cuna de esclarecidos argentinos y de tanto nombre ilustre, honra y pres de la patria vieja, como de la de nuestros dias, rarísimo era no encontrar un hombre de bien á quien confiar el mando ó la hábil direccion de la nave del Estado. ¿Que no habían dejado retoños Güemes y Pintos—Ortiz— Peñas— Solás —Gorritis—Moldes—Wildes—Araoz—Zorrillas—Zuvirias—Zavalia y Zavaleta ultima letra todos de la ultima Provincia?

Y se paseaba el Gobernador á grandes pasos, cruzando y volviendo por su desierto salon, agarrándose la cabeza y exclamando de rato en rato:—«No encontrar un hombre bueno que me acompañe!»

Y no era que no lo hubiera. Unos espatriados, escondidos otros, todos retraidos. En la patria de tantos ilustres, ni uno de mero lustre.

Su propio aislamiento, alrededor del Gobernador Todd. hacía el vacío.

—«Pero de dónde saco un hombre honrado que me sustituya?»

Ni aun aquellos tipos de todas las situaciones que aparecen en cada encrucijida del camino político. Al que le tocaba, estaba resfriado, al Presidente de la Cámara había entrado en darle dolores de barriga, cuando los revolucionarios se acercaban.

—«No hay más, será un campanazo, pero será! He dado con la X. Mañana nombro al «Señor» murmuró en alta voz Todd.

Y el Señor Gefe Político, casualmente presente, se apretó el gorro, creyendo se referia de él.

. ...

Era en 1861. El ejército invasor se acercaba, y el Gobernador debía salir á campaña.

Este repitió la noche antes en la tertulia de malilla del viejo Cura:

«Mañana voy á darle una sorpresa y encomiéndenme á Dios, que me voy á matar salvajes. Mañana dejo de sustituto al Señor más popular que hay en esta tierra, repitió con énfasis el Gobernador.

El Coronel D. José María Todd viejo inválido á medias, solo gobernó seis meses, y corto fué su reinado para tantas barbaridades.

Retardando por sus malos manejos el movimiento liberal de la Provincia de Salta, empezó por su famoso decreto suspendiendo los partidos políticos, siguió nombrándose Magistrado Civil, y levantó un ejército de cuatro mil hombres para no hacer nada.

Delegó su *magistratura civil* en el Señor del Milagro, y salió á campaña para volver como salió, y despues de cien otras barbaridades minúsculas, un nublado viérnes trece de Marzo (1862) de luna menguante, se apretó el gorro, no parando hasta Jujuy, dejando acéfalo el gobierno en quien había tenido por colaborador, ministro y sustituto durante la ausencia en campaña, nada menos que al mismísimo Señor.

Y la mañana de su partida á campaña, tan cruenta cual la de ningunilla ó cuasi-cuasi, á la cabeza de un ejército que se hizo humo, por más que solo tuvo la mision de perseguir, se ofició solemne misa, con exposicion de la veneranda imágen del Señor del Milagro.

Concluida la funcion de iglesia y cuando ya iba á poner el pie en el estribo para saltar en su caballo de guerra, se acercó

el Gobernador de carne al Gobernador de palo, y dirijiéndose á la concurrencia pronunció el siguiente discurso de investidura de mando.

«Señor! en estos momentos solemnes (la procesion andaba por dentro, no de la Iglesia, sinó de la barriga), no de las insignias del poder, sino, de su accion se necesita.

«Este baston que me es inútil en la campaña lo deposito á los pies del eterno protector de Salta, á quien confio el cuidado y salvacion del pueblo.»

Y por no haber diario en la localidad, pues los tipos de aquella primitiva imprenta de Jesuitas que de Córdoba vinieron á formar la de Expósitos en Buenos Aíres, y de ahí sus ultimos restos en Salta convirtiéronse en balas, para repeler la ultima montonera; por solo esa circunstancia no se pudo leer en la Gaceta Oficial el decreto refrendado:

«Queda nombrado Gobernador interino el Señor del Milágro, con el sueldo que la ley del presupuesto le asigna para beático y demás necesidades.

«Nómbrase por su único Secretario General para escribir lo que él dictara ó se sirviera mandar, al Gefe Político D. José María Fernandez.

....

XI

Y supondrán Vdes. curiosas lectoras, que aquello andaría cual barco sin brújula, ó como mono sin Señor?

¡Que esperanza!

Todo marchaba como un reloj, ó como un milagro.

Durante el breve interinato del Señor del Milagro, no se anotó una sola entrada á la Policia.

Los borrachos no tomaban, los ladrones no robaban. A los cuchilleros se les habían pegado los facones en la vaina. Las beatas no murmuraban del prójimo, ni estos desollaban sus cuyas; ni siquiera los sacristanes se robaban la cera, como que era para alumbrar al Señor Gobernador.

Fuése que el populacho por superticioso en su fanatismo temiese por invisible don ser inmediatamente descubiertas sus fechorias y trapizondas, ó que los autores de tales arriados fueran al ejército, no sabemos el porqué, pero el hecho es que el milagro se produjo, y durante el gobierno interino de ese apellido no entró un solo preso ni siquiera un detenido.

¡Si sería chico milagro que hasta los ingleses desaparecieron de Salta los sábados!.

Lástima grande que como todo lo bueno, poco duró tal gobierno.

Antes del mes, cierta noche de trueno, regresó corriendo el Gobernador deveras, es decir en propiedad, arrebató el baston y escondiéndose primero entre espesas cercas fué á parar despues por los cerros de Ubeda.

Al pasar por Sumalao tropezó con grupo que se le antojó de conspiradores entre sombras. Arrieros penquistas daban un esquinazo, como á las nocturnas serenatas llaman los Sumalaos.

Así cual Salta potrero fué por muchos años de inmensas muladas que caminito para el Alto Perú allí invernaban, sigue este villorio que tambien tiene su Señor del Milagro, por no haber querido pasar de él la mula que lo trasportaba siendo concurridísima féria adonde no solo de las vecinas Provincias sino hasta de Chile, vienen á proveerse de gordos animales, allí escasos.

De pronto lluvia de chispas pasó sobre oscuro cielo de tempestuosa noche cual rápido meteoro fugitivo. Asustados los que venían de *dar el gallo*, el viejo pulpero de la esquina esplicó naturalmente el fenómeno, diciéndoles pasaba el pájaro eléctrico, ave rarísima de aquel lugar que en tiempo reseco cruza nubes de próxima tempestad desprendiendo chispas al ajitar sus alas en el negro vacio.

Pero para el Gobernador en fuga era la anunciada más que tormenta ligera de verano, y á los tres dias, todavía huyendo por Perico, no el de los palotes sino el del Norte, ofició al Capellan del Señor del Milagro, diciendo que desde allí contestaría lo que quisieran preguntarle, pero que le dolía la barriga y no podía detenerse, pues andaba de prisa, pero muy de prisa camino para Jujuí.

Y hé aquí naturalmente esplicado lo que como enigma aparecía, y cuando, donde y cómo el Señor del Milagro fué nombrado Gobernador de Salta.

VILLANOKOFF

Al naturalista Doctor Berg

I

La luna de Marzo

El ultimo Miércoles santo por la noche nos encontrábamos escudriñando las viejas ruinas de la antígua ciudad de Mendoza.

Siempre hemos creido que la luz de la luna, muerto planeta reflejando opacamente la del sol, más apropiada es para investigar entre los muertos la huella de sus pasos.

Así preferimos su albo resplandor cayendo como pálido sudario de la muerte sobre blanqueadas columnas desplomadas, para visitar el Coliseum de Roma, la Acrópolis de Atenas, ó las piedras más largas del mundo en Balbek.

En América como en Africa, como en el estremo del Asia, esa celeste lámpara de la noche fué la misteriosa compañera que guió nuestros pasos, iluminando el camino, así sobre las ruinas de Cartago, como entre las de Nínive, y donde Troya fué.

Atraidos por la misma luna del terremoto, nos encontrábamos en medio de las más jovenes ruinas esparcidas ó apiladas por la más espantosa catástrofe de los tiempos modernos.

Descendíamos del elevado montículo de la Matriz, sobre cuya cima elévase hoy el mastil del telégrafo, que todo lo anuncia, y que entonces lejos de allí, no pudo hacer oir la voz del sabio Bravad, profetizando el terremoto que le sepultó.

Contemplábamos el vasto campo desolado con la penosa impresion que conmueve al palpar de cerca lo efímero de las obras del humano esfuerzo.

Un minuto, menos, breves segundos, un solo estremecimiento, bastó para abatir por tierra la soberbia bóveda, como la modesta construccion de paja y barro.

Teníamos al frente, á la espalda, á nuestro alrededor, bajo nuestras plantas, los fragmentos entre cuyo polvo mezclábase el de algunos de los abuelos de mis descendientes, y á la luz melancólica de la luna, divisábamos la morada iluminada un dia por el genio de San Martin, (casa de Pereyra, contígua á la Matríz).

Nos sentábamos á la sombra del alto pino de San Francisco sobre cuyo tronco aquel Jefe, y Conde, Plaza, Bogado, y otros oficiales de artillería, conferenciaban con frecuencia, al reunirse á tomar mate despues de la siesta, con Fray Beltran, Comanpante de la Maestranza, cuyo nombre recuerda hoy esa calle en que nació, arbitrando ingeniosos medios para hacer rodar los cañones, como lo consiguiera, sobre las cumbres más altas de la tierra.

Fué bajo este árbol que un dia, trazando Arcos con la punta de la espada sobre el suelo el camino de Uspallata, San Martin, impaciente exclamó:—«Necesito para eso que los cañones tengan alas»

—Las tendrán, contestó el ingenioso fraile Beltran, y con ellas volaron sobre las cumbres más altas de la tierra.

Cruzábamos en muda abstraccion la plaza rodeada de tamarindos, que los guerreros de la Independencia tantas otras noches tambien cruzaron llenos de bélicos ó amorosos proyectos, y contemplando la llena luna, clara y serena, despejada de nubes, como la feliz enamorada que espera venturosa cita, fuimos á trazar nuestra meditacion, descansando la cartera de turista sobre el pilon que ya háse derruido en medio de la plaza principal de la ciudad vieja, resto de antigua fuente que apagaba la sed en otro tiempo, á fatigados oficiales, escapados del campamento de «Plumerillos», en sus nocturnos galanteos.

II

Tres rusos en la ciudad de las ruinas

—

Reflexionábamos conmovidos como veinte y cinco años atrás, la misma luna bogando sobre límpido cielo en este propio sitio, había, inmóvil y serena alumbrado la escena más espantosa, seguida de los gritos desgarradores de desesperacion en el juicio final de diez mil personas.

Cuan triste impresion apena entre las ruinas de la obra del hombre, trasportándonos á los momentos desoladores en que una ola de tierra abriera sus entrañas para tragar vivos en sus convulsiones á los que no habían perecido bajo los escombros.

Modesta ciudad, *fuerte en la guerra y laboriosa en la paz*, trescientos años hacía contemplaba tranquila desde su valle las más altas cordilleras.

El ruido de sordo trueno subterráneo, el chisporroteo de la quemazon y el desplome de ruinas que seguían cayendo, impedía oir pequeñuelos desesperados que corrían hundiéndose entre escombros, sin alcanzar las madres apretadas por las palmas de techos sobre sus hijitos, con las piernas rotas arrastrándose á corta distancia.

En aquel momento supremo de agonía general, la convulsion de la naturaleza convirtió el valle de Mendoza en el de Josafat, abriendo tumbas por todas partes.

Resonaban bajo la tierra pavorosos rumores cual eco de trompa, que para muchos fué final. Seguía el trepidamiento precursor que llenó de pavor é inquietudes breves momentos antes de la inesperada catástrofe, ola inmensa osciló la tierra, y ruido prolongado y estrepitoso derrumbamiento de la ciudad en masa y gretaduras y deguisamientos fundíanse en un ¡Ay! inacabable de angustia suprema.

Al aturdimiento general siguió nube de polvo que todo lo entenebrecía, levantado como inmenso sudario sobre la alegre ciudad de improviso volcada, y convirtiéndose en tumba de sus habitantes.

Muy luego corría vivoreteando devoradora llama roja, azulina, entre los intersticios del maderaje que lamía hasta abrirse paso; y el viento impeliéndola más y más la arrojaba sobre nuevos combustibles, y el agua desbordada torciendo el curso

de la rota acequia, detenida por montículos que obstruían el paso, no llegaba su corriente á apagar el elemento devorador; y la tierra sublevada, en polvareda densa sobre osario de muchas leguas, alzados todos los elementos contra los hombres, destruían en breves segundos su obra de tres siglos, y estos, chamuscados, asfixiados, medio enterrados, triturados y deshechos perecían así la mayor parte de los que aquí vivían.

Todavía la perversidad de unos pocos desnaturalizados aumentaba con rasgos de crueldad inaudita, los destrosos que el terremoto apilaba. Al lado de escenas de abnegacion sublime no faltó el puñal de Cain multiplicando las víctimas entre los escombros, y ladrones y bandidos, escoria de toda sociedad, mataban á los moribundos por despojarles hasta de sus ropas.

Y ese tumultuoso espanto desgarrador, preñado de ayes, compendio y resúmen de todos los dolores, era iluminado por la misma luna bella y serena que hoy alumbra el silencio y soledad del campo apacible que nos rodea.

Ensimismados en tales melancólicas reflexiones, oimos á nuestra espalda:

—«Que la luna del terremoto será tan poco galante con los viajeros del Plata, que ni siquiera una muestra de los temblores de la tierra exhibirá en su Exposicion, donde tantas cosas se exhiben?

—Es probable, contestó un caballero ruso, cuya voz nos era gratamente conocida por haber sido la que oimos cantar en esa lengua de las armonías del norte la noche anterior. Antes que ella acabe habrá temblor. Ningun año la luna de marzo ha concluido sin recordar las travesuras que por acá hizo hace veinte y cuatro años.

Y dando vuelta, divisamos, saltando escombros, grupos en animados diálogos conversando; y salir de las sombras y aproximándosenos uno, dos y hasta tres rusos entre los alegres viajeros.

—La Rusia nos invade, gritó un espiritual mendocino.

Breves momentos pasados, el roto pilon de la derruida fuente que nos servía de escritorio, transformóse en mesa de improvisado pic-nik, y saltando los tapones de algunas botellas de ese rico néctar, *Damas del Plata*, su grato ruido vino á alegrar el silencio de aquella soledad. Poco despues contábanse mútuamente sus diversas impresiones reporters, que por aquellos dias abundaban en la ciudad de los álamos y las verdes avenidas, acabando por proponer que cada uno refiriera una aventura de viaje.

Cuando nos tocó el turno, tomando pie de la mano amiga

que nos tendía un caballero ruso en aquel misterioso encuentro á la sombra de ruinas, que acaso por ser las más jovenes sobre la tierra americana, eran las ultimas á que llegábamos, referimos la que oímos en nuestro viaje á Rusia.....

.....

III

Argentinos por todas partes

—

—Bien que temor asalte si el Czar de todas las Rusias ande rumiando proyecto alguno de invadir esta rica comarca, por faltar á su coleccion el dulce vino de la tierra, debo confesar que lo más estraño que hemos encontrado en la Exposicion de Mendoza, es tres rusos, no expuestos, sinó expositores.

Y estrañeza tal, comparable es solo, á otra semejante, en la que en una exposicion rusa encontramos hasta tres argentinos, en realidad lo más raro que en la féria había.

La heroicidad del argentino llegado ha hasta el opuesto polo. El comandante Buchardo con «La Argentina» flameó nuestra naciente bandera por los mares más remotos; y los capitanes Zacarías Pereyra y Massini en la India, el general de la Barra en Méjico, Mayer en Norte-América, y San Martin, en ambos mundos, dejó bien puesto el nombre. Faltaba que un hijo de esta tierra llevara con gloria el nombre argentino hasta los confines del Asia.

Cierto es no alcanzamos á apretar la mano del personaje de que vamos á hablaros, pero es igualmente cierto que él no es un mito, ni héroe de nuestra invencion para vanagloria del nombre argentino, que no necesita de artificios ni héroes de novela.

Pero ya que en las ruinas de Mendoza nos encontramos, contaremos la historia de un hijo ó nieto de esta tierra, cuyos padres vivieron en ese solar, contiguo al de D. Pedro Molina, escombros que aun se perciben en aquella esquina.

Muchos de los viejos vecinos que nos rodean le han conocido aquí, hasta despues de la batalla de *Rodeo del Medio.*

En Montevideo, en Méjico, en Rusia seguimos sus huellas sin

poderle alcanzar, pues la victoria siempre avanza á paso de vencedor, dejando postrados á los rezagados de la gloria.

No inventamos, somos simples narradores, y como los héroes de nuestras tradiciones no se encuentran en las novelas, sinó en las calles, caminando por sus pies muchos de ellos, aunque el de la presente, no come pan hace quince años, por la pequeña dificultad que se lo tragó la tierra, oido al cuento y atencion.

IV

Don Benigno Villanueva

—

Nació el valiente argentino cuyo denuedo y pericia llevóle hasta ser General ruso, en Buenos Aires, Capital de la República, por los años en que el más joven de sus generales llegó á ser su Director, (Alvear, 1815).

Desde bien temprano empezó á sacar la hilacha dejando ver puntita de su índole aventurera y traviesa, en los diversos lances de buen tono durante la vida de brillante calavera en que descollaba.

Con genio precoz y una viveza de imaginacion siempre brillante, tenía facilidad para superar las dificultades de todo aquello á que se dedicaba; únicamente que no se dedicaba á nada.

Así pasó de la Escuela de Don Rufino Sanchez (antigua casa de baños calle Piedad, salida de escape en el actual Teatro Nacional,) á la de Acosta, contiguo al Correo viejo (calle Bolivar).

Desertó del estudio primero, y de la carrera de comercio á que le dedicaban sus padres, y del hogar en seguida, como desertó despues de todas partes.

Su honrado padre, antiguo vecino de esta ciudad de Mendoza, Don Miguel de Villanueva, (licenciado,) habíase distinguido en la reconquista de Buenos Aires, enviado al efecto con el contingente de Cuyo, arrebatando una bandera inglesa, y aunque, casado en esa Capital con la señora Rafaela Lozada y Reyes-quien alcanzó á edad muy avanzada hasta pocos años há, si, guió los estandartes del Regimiento «Granaderos á caballo» trasmontando la Cordillera, y cuando regresó del Perú, ya te-

niente coronel, desencantado como tantos otros oficiales de mérito, no quería que ninguno de sus hijos continuara la carrera en que él se había distinguido, pues los horizontes de la patria empezaban á entenebrecerse. Hasta las glorias nacionales se evaporaban ó desconocían, y en adelante, todo soldado que no ofreciera su espada á la contienda fratricida, poco adelantaría.

Pero el joven Benigno, indolente y sin voluntad fija para nada, persistía en solo este punto. «Puesto que mis dos abuelos se han distinguido en las armas, decíase, ¿porqué no seguir su huella luminosa?

La era de lucha sin tregua en que se creaba, y el ejemplo de deudos y amigos con quienes rolaba, impresionábanle demasiado, para repeler la atraccion de soñadas victorias, y desoir consejos paternos, en edad que no son estos los que más se oyen.

Imprevista circunstancia vino al acaso á facilitar los planes que su imaginacion vivaz sujiriera en la temprana edad de las verdes esperanzas.

V

Una muerte por un habano

—

Jugando al billar cierta noche en el antiguo café de Catalanes, con el hijo del Jefe de Policía, atravesósele otro travieso joven, y tan calavera como el protagonista.

Notado se ha siempre que nadie es más quisquilloso é incapaz de soportar bromas como el jaranero de profesion, que tiene por costumbre darlas á troche y moche. Y como en los vanidosos el falso pundonor de una palabra saca otra, y el ultimo equívoco hiriente, es á medio pronunciar detenido por el primer bofeton, fué que de uno á otro improperio, de los tacos pasaron á los tacazos, no siendo ninguno de los dos manco.—«Empuñe si es hombre», gritó Villanueva, y saliendo del café, no dejando bien parados espejos y reverberos, concertaron duelo á sable *con punta*, (no con espada mocha, como Ogaño se propone), que tuvo inmediato efecto, no por los diarios, sino frente á la virgencita tras de la Merced, cuya luz del farolillo reflejó en sangre.

La cuestion había empezado *por un habano* y degenerando de disputa en riña, y en sí debiera llamarse Juan, por lo lanas,

el uno, ó Alfonso por lo complaciente el otro, tenaces y testarudos ambos como de la misma ralea, tiraron de sus espadas, y entre quites pases y paradas, á la primera á fondo vió caer sin vida á sus pies á su amigo de una hora antes, compañero desde la Escuela, *muerto por un habano*, confesando Villanueva, como frecuentemente, pero despues de muerto su adversario, no haber tenido él razon para retarle á duelo.

El joven Benigno corrió á alzar su víctima, pero la Policía, que entonces como ahora en materia de duelos tenía la misma tolerancia que la prensa, acostumbraba llegar siempre cinco minutos despues del necesario, corrió con más prontitud sobre el duelista, siendo el valiente vencedor de su amigo, destinado á las armas, que tan bien, aunque tan injustamente manejaba.

Y así esta primer sangrienta aventura decidió de su destino. El llevó con brillo las armas que se le confiaron, pero no siempre en defensa de una justa causa.

Desde entonces, juró no fumar ni batirse en duelo, pero sus bellos dias fueron eclipsados por la pálida sombra de su joven amigo muerto injustamente á sus manos, en los umbrales de la vida.

Aunque recibido en las tropas como destinado, bien pronto su valor supo abrirse camino en una carrera, para la que por entonces solo necesitábase saber..... . no saber nada.

Su constancia en las más rudas tareas de soldado raso hiciéronle ascender: de cabo á sargento, de porta á sub-teniente, y en la parada del 25 de Mayo de 1839, Don Benigno Villanueva lucía en la plaza de la Victoria vistoso uniforme de teniente primero de caballería, á la cabeza del segundo escuadron de la escolta del Gobierno.

Por entonces el gallardo cuanto infortunado Coronel Ramon Maza, púsose al habla con varios oficiales subalternos del Regimiento de Granada y otros, para concertar la revolucion Maza, que la historia recuerda con su nombre, pretendiendo deshacer el Aguila en su nidō y aplastar el naciente poder de Rosas.

Los oficiales Ortega fueron encargados de comprometer á teniente de tan bellas prendas como Villanueva; pero, en esos dias recibió uno de ellos órden de marchar urgentemente con oficios al Azul.

La revolucion fué descubierta, de los Maza: el padre asesinado en la Cámara de que era Presidente, el hijo fusilado, y de los dos tenientes Ortega: D. Manuel, cayó despues prisionero en el Quebracho fusilándolo Rosas en la cárcel, y D. Rufino, Coronel más tarde, como su hijo, con su compañero La-

casa pudieron escapar ambos á uña de buen caballo y emigrar en seguida.

Como el Coronel Granada, Villanueva, esplicó posteriormente que él no fué hablado para la conspiracion, y que por más deseos que hubiera tenido de volver sus armas contra el tirano, le había faltado la ocasion.

Poco tiempo despues recibió órden su Regimiento de marchar para las provincias del interior, hallándose en todas ó la mayor parte de las batallas del Ejército de Rosas, cuyo reguero de sangre fratricida no concluía en Jujuí. Granada, Flores, Pacheco, Oribe, lo recomiendan en sus partes como oficial distinguido.

Tras la derrota de «Rodeo del medio», llegó á esta ciudad de Mendoza, hasta cuyos primeros potreros vino persiguiendo al más pequeño de los derrotados, que resultó ser su hermano.

—Párate, yo te salvaré, gritaba el granadero; pero este hermano Pío, salvaje unitario hasta la muerte, bajito y pío de nombre y de caracter, fué derrotado siempre, y el reverso de su hermano, grandote, benigno de nombre y de espíritu, federal neto y vencedor de profesion, aquí como entre los rusos.

VI

Promesa cumplida

Aunque no es propia de este lugar su detallada biografía, por la consonancia que tuvo en toda su carrera, referiremos algo del diálogo que en aquella casa de allí enfrente tuvo en el primer baile, al llegar a la ciudad natal de sus padres.

Galanteaba por entonces un interesante oficial de Lavalle á la más bella hija del ex-Gobernador, á la sazon vice-Presidente de la Cámara, en cuyos salones reuníase brillante oficialidad del Ejército.

Ella, unitaria por simpatías, aunque de familia contraria, decíale á Villanueva con la candorosa simplicidad que inspira siempre la juventud.

—Tan jentil oficial, y sirviendo entre los rosines. En cuanto tenga ocasion pásese á los unitarios. Vd. está llamado á lucir entre la jente decente.

—En cuanto tenga ocasion, contestaba Villanueva, sonriendo. Lástima que está tarde. Hasta hoy no he visto á nues-

tros enemigos sino por la espalda, siempre en fuga. ¿Quién se pasa á los vencidos?

«Por otra parte, decía el apuesto oficialito, yo soy soldado, bella niña, la obediencia pasiva es mi consigna. Obedezco al que manda, sin averiguar más. Pensando en lo pasado creo tambien que estos pueblos necesitan de una mano un poco algo fuerte para que se les encamine, aun contra su voluntad, por la buena senda, y no se pierdan en los estraviados senderos que abre el abuso de la libertad.

«Sin el despotismo, poco ó mucho que ejerció San Martin aquí, no hubiera logrado disciplinar el ejército con que afianzó la independencia de América.

«Con que así, los que más alardean de liberales son quienes menos respetan la opinion de los otros. Y esquivando avanzar en vidriosa senda el soldado de Rosas, futuro súbdito del Czar, daba otro jiro á la conversacion, añadiendo muchas veces: A mi turno pido á vd. se pase al campo enemigo y no desaire á Ortega, pues aunque salvaje unitario es buen hombre, fué en otro tiempo mi escelente compañero.

No recordaríamos despues de cuarenta años este diálogo tenido á pocos pasos de donde nos encontramos, si él no compendiara en parte la espresion de aquel vagabundo de la libertad, efectuándose algunos de sus pronósticos.

Cuando tras largos años de lucha el ejército de las provincias del interior regresó acompañando á Oribe á su campamento del «Cerrito», de donde empezó el famoso cerco en que la libertad fué sitiada por nueve años en la invencible plaza de Montevideo, iba tambien el Capitan Villanueva con las tropas auxiliares que mandó Rosas.

. . . . . .

Como había prometido, aprovechando la primera oportunidad se pasó á los de adentro, ultimo baluarte de la resistencia al tirano. Fué allí en el contacto de la lucha diaria que adquirió gran respeto por los Generales Paz—Pacheco Obes—Garibaldi, por oficiales subalternos que descollaron tanto, como Mitre—Diaz—Conesa y otros muchos de sus camaradas, que como el Coronel Morales le recuerdan con cariño.

Durante el tiempo que formaba en la guarnicion de la plaza de Montevideo, descolló en las salidas de su escasa caballería.

No tardaron en suscitarse rivalidades entre argentinos y orientales, que vinieron á producir desacuerdos en los sitiados, como en todo tiempo en el partido unitario, y por ende el General Paz siguió por un caminito muy distinto del de La-

madrid, y la mayor parte de los oficiales argentinos embarcáronse para formar ejército, en Corrientes unos, y otros con distintos rumbos.

VII

De Méjico á Sebastopol

Recuerda el General Paz en sus «Memorias», y cuando estas aparecieron figuraba ya Villanueva como General de Brigada de los ejércitos rusos en la guerra de Oriente, (pág. 161 tomo 4°), que le acompañó hasta despues de la victoria de Caaguazú.

Precisamente en el campamento de su nombre se hallaba Villanueva (Corrientes), cuando Paz refiere su sensata observacion sobre las tropas de Madariaga. Volviendo de la primera revista decía sonriendo el Ayudante á su General: «*La instruccion de este ejército se parece á la de un hombre que hubiese aprendido aritmetica sin saber leer ni escribir.*»

El mayor Villanueva, joven de un talento muy despejado tenía razon, agrega Paz.

Cuando terminó la campaña de Paz en Corrientes, con media docena de aventureros tan audaces como él se dirijió al Brasil, coincidiendo allí su arribo con el del comisionado de Méjico, reclutando oficiales, en prevencion deinmediata invasion yanke. Allí se encaminó, tomando servicio á las órdenes del General *pierna de palo.* Santa Ana.

La defensa de la causa mejicana campo de gloria para Bernabé de la Barra—Diaz—Edelmiro Mayer y otros argentinos generales mejicanos, fué tambien cosecha de laureles para D. Benigno Villanueva.

Terminada la guerra, en la que la voracidad yanke no dejó bien parada su moralidad, siguiendo este feliz predilecto de la fortuna los rayos luminosos de su venturosa estrella, pasó á California donde hizo cierta fortuna, y despues de algunos años (siempre confiado en su suerte), embarcóse para Europa ávido de más vasto escenario.

En España se hallaba dando fin á los ultimos morlacos de América llevados, en el juego y la guerra, carreras gemelas por lo peligrosas, cuando estalló la de Oriente.

Cediento de gloria, su genio inquieto y vivaz fácilmente fué atraido á aquel Oriente, imán irresistible de poetas y aventu-

reros, nacimiento de todas las evoluciones que han engrandecido la humanidad, y donde él preveía más inmediato su propio engrandecimiento.

Un momento no titubeó acerca del campo en que debiera formar, segun la inclinacion de sus aspiraciones.

Los ingleses, franceses, turcos é italianos tenían por demás numerosa y esperta oficialidad para pretender sobrepasar ó abrirse camino entre ellos.

Mas, preciso era dar caza á la fortuna segun se presentara la ocasion, calva señora, cuyo único pelo quedaba siempre en manos de Villanueva, y aquella no era la de costearse en tren expreso y por su propia cuenta hasta el Imperio coloso que ejércitos de cuatro naciones rodeaban.

Por entonces el General Prim empezaba á molestar un poco al Gobierno de la Reina, en aspiraciones sin cuento, que despues le hicieran tropezar con trájica muerte antes de fundar la dinastía de Juan I Rey de España.

Para desembarazarse de genio tan turbulento, inventáronle sus rivales una comision, encargándolo de estudiar la guerra, en los campamentos de los aliados.

—Esta es la mía, dijo Villanueva y aunque sea de asistente me prendo á la cola del caballo de Prim.

Un castizo poeta de nuestra patria, que negó la suya, le facilitó el camino. Comunicado su deseo á los amigos, de concurrir como oficial estrangero á guerra que tanto despertaba la ansiedad del mundo por sus resultados, D. Ventura de la Vega (porteño) el laureado poeta de la Córte, presentóle á sus paisanos y amigos los Generales Concha, dos argentinos ya de fama y valimiento en Palacio, Marqués de la Habana el uno, y del Duero el otro.

Amigos y camaradas de Prim, no les fué difícil que recibiera éste á Villanueva en su Estado Mayor, como agregado entre sus Ayudantes.

Pronto el bello caracter de Prim, generoso, abierto, franco, catador de valientes, se prendó de él, y en todas partes fué éste bien acojido por su caballerosidad, su afable trato, su intelijencia y elegantes maneras, la pasmosa facilidad para hablar todos los idiomas, aunque ni el propio escribía correctamente, por sus excelentes prendas y atrayentes modales, como por su galantería y buen porte, convirtióse en el niño mimado de su gefe.

Acaso oculta afinidad de ideas, atraía tambien á aquellos caractéres y muchos de los conocimientos sobre Méjico, y su peculiar modo de guerrear, decidieron á Prim, cuando años más

tarde se le confiara su espedicion, á no avanzar en una guerra injusta, donde bien pronto encontró su tumba el protegido de Francia, Emperador Maximiliano.

El General Prim despues de haber combatido toda su vida por cimentar la República en España, anduvo mendigando Córte por Córte en la Europa entera algun Rey estrangero para que hiciera el favor de gobernar la República de su invencion, confesando no encontraba español capaz de gobernar la España.

El futuro Mariscal de Rusia, no obstante, haber pasado todos los años de su juventud en los campamentos de la democracia, voluntariamente iba á ofrecer su espada republicana al más autócrata de los déspotas de la tierra. Misterios del destino! Versatilidad de su estrella! ...No, más bien de su carácter, pues esta permaneció fiel y constante á su fortuna.

VIII

Viuda y Coronel

Partió....Recorrido había todos los campamentos de la alianza que como cinto de hierro formaban apeñuscados sobre las fronteras del gran Imperio, vivaqueando muchos dias con los oficiales españoles en el cuartel general de las tropas inglesas, italianas, turcas, y se dirijian al campamento de las tropas francesas, en el que Prim quería demorar más, por sus numerosas relaciones, cuando su ayudante le interrumpió en el camino.

—A estos los conozco, General, sé como acostumbran pelear, la estratejia que han traido á Rusia es de vieja escuela. Los conozco hace años.

De notar es que á Villanueva se le había acabado su entusiasmo por la infantería francesa desde la dispersion ó desbande de toda la lejion francesa, que presenció camino del Cerrito en una de las salidas de Montevideo, á cuyo auxilio tuvo que correr Garibaldi con la lejion italiana, pues sin tal refuerzo no vuelve un francés á la Plaza.

Despues de muchas vueltas y rodeos se atrevió Villanueva á confiar á su General, que el campamento de su porvenir lo veía enfrente; que él no creía del todo justa la agresion de tantas naciones contra una sola, contra los pobrecitos rusos quienes no hacían mal á nadie, muriéndose de frio prendidos

desde lo alto del polo; que se iba, como había aprendido de D. Quijote, á defender el más débil....

En honor á la justicia debemos decir que el noble hidalgo español no aprobó su proyecto, afeándole tal conducta, pues al fin aunque oficial estrangero, agregado estaba á la comision que él dirijía.

Pero, no hubo que hablar: Villanueva no era hombre que se paraba en pelillos, y un buen dia, ó con más propiedad, en mala noche, desatendiendo las reflexiones que le hiciera el honrado catalan, se inmiscuó en la carpeta de cierta tienda y por medio de algunos griegos que en el mismo campamento turco tramaban todo el mal posible contra esos sus eternos enemigos, encubierto y favorecido por la oscuridad de la tormenta, desembarcáronle en el campamento más inmediato á la ribera de Sebastopol.

Por entonces recibían los rusos con brazos abiertos como á Providencia bien venida á todos los oficiales que de cualquier parte del mundo llegaban á ofrecerles sus servicios.

Aventureros norte-americanos pululaban en las tropas moscovitas, y este alto y bizarro oficial que manejaba tan bien el caballo como el inglés, siendo americano y hablando con tanta precision de la Union, lo tomaron sín duda por yanke.

Presentados sus papeles que un buen judío tradujo mal, pues el español es en Rusia tan desconocido como la rejion que baña el Plata, fué reconocido Teniente Coronel y destinado á la caballería de vanguardia.

Bien pronto se distinguió en las descubiertas que con preferencia dirijía sobre el campamento francés, recordando desde Montevideo el descuido de estos soldados, aun en sus puestos de avanzadas.

Poco despues se hizo gran camarada del Coronel Ponekkine primo del célebre poeta ruso de ese nombre, en quien encontró un oficioso protector y del que con el andar del tiempo vino á heredar su Regimiento y su mujer.

Borrascosa y dramática fué verdaderamente la vida de este soldado argentino en la campaña rusa, por sus aventuras y peripecias.

Escasos oficiales instruidos contaba los rusos y en la caballería no tenían mejor fuerza que los cosacos. Aunque griegos y norte-americanos y alemanes, oficiales de todas las naciones filtrándose por las endijas del círculo con que los ejércitos de la alianza pretendan sofocar al gran Imperio, pululaban por los campamentos del Czar, muy pocos expertos había en el manejo del lazo, las bolas y cuanto

ardid y estratejia acostumbraba la caballería que apareció en Tucuman.

El Comandante Villanueva, intrépido como siempre y más osado que nunca, usó la táctica que en el Plata y Méjico dieran tan buenos resultados, en las sorpresas con pequeños grupos de caballería ligera, y así enseñó á enlazar centinelas y bolear bomberos ó espías.

Destinado á las empresas más difíciles y arriesgadas donde como á uno de los oficiales con menos vinculaciones en el ejército, se le mandaba á muerte segura, siempre triunfante, de buena en mejor fortuna, fué grado por grado ascendiendo en el escalafon y en la estimacion de sus gefes y superiores, hasta recomendársele especialmente en más de un parte

Unos cuantos dias antes de la toma de la torre de Malakoff, se presentó á la tienda del General, trayendo toda una ronda prisionera de las avanzadas francesas. En el transcurso de la guerra fueron muriendo varios de sus gefes inmediatos y él iba subiendo grado por grado. Posteriormente en una de las ultimas batallas más reñidas cayó al frente del Regimiento su superior, y tomando el mando lo cubrió de brillantes hazañas por habil direccion.

Pero sus hechos gloriosos en el ejército ruso no se compendian en breve narracion.

Cuando terminó la guerra había ya obtenido el grado de General de caballería, y en 1857 el Duque de Medina Celi (aquel Grande de España cuyas posesiones son tan grandes que dentro de ellas hasta ladrones de su propiedad poseé en enmarañados bosques,) al llegar de Embajador á la coronacion del Czar destinado á morir del mal de dinamita, presenció como padrino el enlace de nuestro valiente compatriota: en la guerra coronado por la victoria y en las lides de amor por la bella viuda de su gefe, hermoso vástago de nobleza moscovita.

Dicen que en esto cumplía especial encargo amparando viuda, que le recomendara en la ultima hora, lo que no encontrando mejor medio para ello, hízola de su propiedad, pero la verdad es que la bella rusa reunia en sí prendas bastantes á electrizar al portador de la fatal noticia, y de los ultimos consejos del morinbundo para que aun sin especial encargo pretendiera sustituirle.

Al casarse con la viuda de su Coronel heredaba por título directo el mando del primer Regimiento de la Division treinta y una de caballería del Imperio.

IX

Villanokoff

—

Tal fué la tradicion de un soldado argentino que nos trasmitió uno de sus compañeros de armas, el Conde Kouhausow Gobernador en la villa de su nombre, pues Nijni-Novgorord tanto quiere decir como Villa nueva.

En la difícil pero armoniosa lengua rusa encuéntranse á cada paso nombres que coinciden su significacion con su destino, y así Villanueva — Villanow ó Villanokoff arrusando su pronombre, equivalente es á Villanueva

El Gobernador Rostopehin incendiario de Moscou, ciudad sobre el rio Moscou, llamaríase en buen castellano el Señor Viruta, y fué con un fragmento de este su nombre de viruta que prendió fuego á la antigua Roma moscovita por no verla presa de los invasores.

Si es singular coincidencia que aquí entre las ruinas de esta vieja ciudad, reúnanse al acaso hasta tres rusos, no fué menos que dos argentinos, tras la huella del primero que allí llegara, encontraron en la Villanueva de abajo (Nijni-Novgorord), un ruso refiriendo las aventuras del soldado argentino de ese nombre, cuyos padres nacieron á pocos pasos de donde narramos su verídica tradicion.

—«Le ví hasta que partió para la India, pasando por aquí con su Division, agregó Mr. Kouhausow, todavía el fuego de sus primeros ímpetus no se había apagado, centellando en su mirada altiva. De alta y corpulenta talla, esbelto y apuesto jinete sin igual, es á caballo una de las primeras figuras del ejército. La nieve del invierno de la vida blanquea suscabellos; pero ni en su físico ni en su espíritu ha envejecido, é impaciente aun soñando nuevas glorias militares esperaba con la reciente guerra del Oriente órdenes para marchar sobre el Kan de Kiva.

Al verle desfilar un dia á la cabeza de su brillante Division, dijo de él el Emperador Alejandro: — «Es el primer soldado de caballería de la Europa» y lo que es á mí ganas me daban de elevarle estatua, viéndole pasar en su caballo de guerra.»

Posteriormente supimos antes de dejar el viejo mundo que

tan valiente argentino concluyó sus dias en el grado de Teniente General de Division.

Al dia siguiente de contarnos en la ciudad de su nombre, la novelezca vida del compatriota, cuyas huellas seguíamos, se presentó á buscarnos á nuestro hotel un ayudante del Gobernador de la ciudad, obligándonos á montar en su carruaje y dar una vuelta por sus alrededores, constituyéndose en nuestro galante cicerone.

Una de las costumbres que despertó allí más que en ciudad alguna de la Rusia, nuestra atencion, fué la absoluta prohibicion de fumar, en plazas, calles ni avenidas.

Recordábamos al choque de los usos de un país de autócratas la frase de un Príncipe ruso con quien viajábamos en Nueva-York:—«En mi tierra hay más libertad que aquí, puesto que hoy me han prohibido hasta tocar el violin en el Hotel, porque es Domingo.»

Nuestro ilustrado guía nos esplicó como en Nijni-Novgorord más que en Moscou ó San Petersburgo prohibíase fumar por las calles, pues la aglomeracion de tantas casas de pino de Rusia hace frecuentes las quemazones, á tal punto, que rara vez no concluye en llamas la feria anual.

De la residencia del Gobernador y Tribunales frente á los cuarteles en el interior del Kremlin, pasamos á admirar el monumento levantado en su centro á Mirin y Pagarko, dos estusiastas defensores que libraron la patria del yugo de los polacos.

X

La feria de Nijni-Novgorord

Como en escalonadas zonas rodean la extendida poblacion hasta sesenta Iglesias de todos los cultos. Desde la torre de Mirin frente á la Catedral de la Trasfiguracion, se descubre bellísimo panorama abarcando sus más vastos contornos.

Aparece desde allí la floresta cual inmensa, villa salpicada de tiendas y bazares hacia el triángulo que cierran el Oka y el Volga. Ambas riberas vénse llenas de animales raros y viajeros de todas partes, que acuden á ver descender la infinidad de barcas cargadas con multitud de pasajeros llevando vestidos de todos los colores del iris.

Las hermosas y grandes puertas de la ciudad, sus blancas y elevadas torres, las murallas apizarradas del Kremlin, la risueña

campiña de verdi-claro color, cuando la nieve de invierno no la ha trasformado en blanca sábana, las praderas esmaltadas de agrestes florecillas que ciñen sus contornos, los ramajes verdesgries pardos aterciopelados de diversos tonos y gradaciones en diseminados jardines, todo presta á Nijni singular aire de novedad y animacion en los dias de la feria; todo es encantador, hasta la division de las ciudades alta y baja, separadas por el rio más grande de la Europa que corre á derramarse por sus setenta afluentes sobre el Caspio, reflejando al pasar cual dos blancas palomas en su azulado oleaje la sombra de ambas gemelas.

En el camino de la feria apesar de la esmerada limpieza y riego incesante, el atropellamiento de la agrupacion de populacho sui-generis que no huele á rosas, levanta ligerísimas nubes de polvo sutil. Allí se encuentran los tipos más raros en una poblacion diez veces mayor que la habitual. Persas y armenios turcos y mogoles de todos los colores de la humana especie, se hacen notables por la infinidad de preciosos objetos tan bellos como inútiles, de sin igual baratura, economía, solidez, duracion y mil otras condiciones que ofrecen al transeunte.

Contiguo al bazar de manufacturas orientales grandes almacenes franceses, otros de sederias de Persia y piedras preciosas de Basora y Cachemira, grandes malaquitas, granito ruso, especiales talladuras de la Siberia, y el marfil en trasparentes encajes filigranados cual solo en el Japon se trabaja, mosáicos variados é incrustaciones de turquesas y cornelinas.

El gran bazar especialmente construido por el Emperador Nicolás, rodeado de angosto canal que le proteje de los continuos incendios, levántase en la ribera donde fué lanzado el primer buque de guerra construido en Rusia en el siglo diez y siete, por la compañía que obtuvo privilejio esclusivo del mar Caspio y con la Persia y la India.

Nótanse curiosas máquinas remolcando numerosos buques del Olga, á más de cuatrocientos vapores del Volga, ascendiendo á cien millones fuertes (dollars), las ventas que cada año produce la feria en sus dos meses, desde el 22 de Julio.

Multitud inacabable de mercaderes ambulantes de todas las naciones, se ven pasar sin interrupcion, miles de obreros ocupados en distintos trabajos, grupos de traficantes de larga barba, pálidos y demacrados judíos, consumidos por su constante fiebre de lucro, (como tantos sin ser judíos), vendedores de refrescos, cambistas de moneda, ruido y confusion y gangolina en todas las lenguas, babel humana del intercambio, oleadas

de multitudes trapalientas ó lujosas, perpetuo movimiento en todas direcciones y hombres, mujeres, camellos, burros, caballos, moros, indios, cristianos, voces, gritos, chillidos, humo y polvo, es lo que se vé y oye en Nijni-Novgorord y lo que le dá aire de animacion y originalidad tal que la distingue entre todas las ciudades moscovitas.

Parece que la Rusia entera se afanara por terminar allí á la brevedad posible todos sus negocios, pues que ya bien pronto vuelve el frío, caen las heladas, blanquean los campos y tornan otra vez á quedar aprisionados buques y barcas como en estanques de cristales, ó cual fantasmas petrificados por la cruda estacion de los hielos.

Al salir de la feria donde la esposicion del Turquestan, de Armenia y Yedo, fué lo que atrajo nuestra curiosidad, encontramos cerca del bosque el grupo más cosmopolita que pudiera reunirse en tan apartada zona.

Jugaban á los naipes con monton de sucios rublos y kopek por delante, Abisinios y Virjilianos de una compañía de pruebistas seguían las peripecias del juego, cosacos y soldados del Cáucaso agrupábanse con avidas miradas en escena de un lenguaje por todos conocido, como el del juego, mientras que el cochero armenio del ruso que nos guiaba con nuestra nacionalidad de argentinos formaba grupo, no se habrá reunido dos veces tan singulares de habitantes de los cuatro estremos de la tierra.

Por esto, cuando se acaba de observar como lo más extraño en la Exposicion de Mendoza, tres caballeros rusos, el sabio Dr. Berg, el ilustrado agrónomo Araon Paulosky, y el espiritual periodista P. Alejandrovich Corvetto, agregamos haber encontrado algo más raro, tres argentinos en feria al extremo de la Rusia, y más estraordinario que todo lo imajinado, un hijo de esta tierra de mariscal ruso.

Algo más adelante, bella joven circasiana cantaba con aire plañidero una de esas tristísimas barcarolas que los bateleros del Volga acompañan al compás de los remos en aquellas noches de luna llena, breve intermedio de un grisado color perla, compuesto de las medias tintas del crepúsculo y el alba, semejantes á aurora boreal.

Poco entendemos del ruso, pero el lenguaje de la armonía es como toda belleza universal.

Cantaba acompañada por tres de esos músicos ambulantes que tocan la guzla, la balabika y el gudok, instrumentos rústicos especie de violines, arpas y guitarras de tres y cinco cuerdas.

Por lo que de aquel y otros cantares observamos, parece son muy afectos en ellos á la repeticion de la ultima cadencia, á las admiraciones y disminutivos en el final de la frase musical. Prolongan mucho la ultima nota, y en toda ella espárcese suave melodía meláncolica y tierna que contrasta con la aspereza del carácter y bruscas costumbres populares.

XI

El desfile de la muerte

Pero á mayor contraste estábamos reservados. Como la única nota desarmónica del concierto de todas las naciones, vino á resaltar el lento desfile de pálidos espectros, yendo á desvanecerse entre los blancos tempanos del polo, que se llaman los desterrados á Siberia.

Oh! no hay símil á ese espectáculo tristísimo, ni hallamos como trasportar al lector siquiera en lontananza, ante semejante escena desgarradora, cual no volvimos á contemplarla en la vida.

Apenas pudiera compararse con el terrible drama entre estas ruinas, donde diez mil argentinos encontraron de súbito improvisada tumba abierta, cayendo sobre ellos en estrépito espantoso sus propios hogares.

Mas aquí la naturaleza inconsciente sofocó en sus convulsiones todo un pueblo, y allí es la voluntad de un solo déspota la que aherroja el Imperio más grande del mundo; doscientos millones de la especie humana sobre la séptima parte de la tierra habitada.

Acaso no hay un hombre entre tantos?

La prueba afirmativa está en esa lúgubre columna que desfila lentamente una ó dos veces cada año.

Y como ésta, antes y despues desde muchos años, la flor de cada jeneracion paga tributo en sus más conspícuos representantes á la sed de libertad, por romper las cadenas de yugo ignominioso.

Y cien veces más cruel repetimos era el cuadro que presenciábamos, porque aquí la destruccion, la ruina, el deshacimiento, al fin de todo el eterno reposo, tras de una muerte instantánea; mientras que en esa vía dolorosa que se llama deporl tacion á la Siberia, encuéntranse reunidas todas las torturas devalle de amarguras, una á una libadas en inagotable cáliz, y

reproduciéndose en una y otra generacion por siglos de siglos.

. . . . . .

Quinientos desgraciados de todas las provincias del interior, marchaban encadenados en filas de á seis, unos tras otros, como empolvada recua cubierta de harapos, bajo el látigo de bárbaros verdugos.

A su vanguardia, en chorrera, á los costados, y en grupos de reserva, precedían y cerraban la marcha bandas de cosacos no menos salvajes que pampas.

Mal envueltos en viejos trapos mugrientos, y rotosos colgajos en hilachas, con las caras gretadas, los miembros marcados por el azote y el fierro, arrastrando cadenas, hacinamiento de carne lacerada, pretesto apenas para retener una alma transida por el sufrimiento moral que rebalsaba los sufrimientos físicos; grilletes desollando en su roce la muñeca, y al más leve tropezon de un paso inseguro, hundiéndose los fierros en toda la fila, así seguían desfallecientes de debilidad, de sed, muertos de hambre y de cansancio, dirijiéndose por los suburbios, camino al embarcadero á atravesar el rio por el puente de barcas; y niños, ancianos, nobles y plebeyos, míseros é inocentes caminando siempre meses y meses, y uno y otro año hasta llegar, el que llegaba, al fin del mundo.

Solo una tarenta para el Gefe, otro carro. Creeríase para los fallecientes . . .no; para conducir repuesto de grillos y cadenas, pocas veces refujio de algunos infelices llenos de heridas hacinados sobre rodado sin elásticos, que á cada una de sus caidas ó golpes secos, reabría todas las llagas.

Pequeños caballos siberianos montaban los soldados, y burros y camellos cerraban el convoy.

En las heladas de invierno que cuanto más hacia el polo más se prolongan, tras breve primavera, casi todo el año, convirtiendo en dilatada tabla raza la campaña, hay estepas de las que los animales no pueden pasar por que el frio hiela la sangre. Sobre la pulida superficie cristalizada, resbalan los pequeños trineos arrastrados por caballos. Luego el tiro es cambiado por reníferos, y en las más avanzadas zonas sustituyen á estos, perros, de los que hasta doce yuntas se atan en cuadrillas de á cuatro, para cada uno de esos pequeños cochecitos sin ruedas.

Pero el hombre, animal de todas las zonas, palido hijo del dolor bajo todas latitudes, donde se fatiga el caballo, donde no alcanza el renífero, donde mueren como perros los ultimos cuadrúpedos, sigue y sigue, su camino interminable, á pie, con fatiga, con hambre, tiritando de frio, anda y anda cual Judío errante, sin alcanzar el fin de su camino

XII

Los desterrados á Siberia

—

La primera etapa es Perin, y suelen venir desde Moscou ó San Petesburgo.

Hasta allí son más bien los preliminares. Su segundo alto, la ciudad de Catalina (Ckaterimburgo, y despues á Fonk).

Todavía es nada. El viajecito solo alcanza á unos ocho mil verst ó kilómetros, á pie: Kolgran, Jakousth, Verkne, Kolimok, Nijni, Kolinsk y hasta donde el mundo acaba, en el polo Artico.

Si recordais que el globo que habitamos solo mide tres mil leguas de diámetro, vereis cuan poco falta para haber cruzado una distancia como de polo á polo, y de Nijni Kolinsk á San Petersburgo no es menor que de éste ultimo á la de aquí.

Antes iban los desterrados de Fousk á la colonia penitenciaria de Kara, y despues á Yakonsth,

Este punto se reputa aun algo cerca de San Petersburgo, (ciudad de Pedro), y hoy ván á Verkhoyank, y á Nijni Kolinsk cerca del invernaje Artico.

Así aléjanse á los nihilistas siquiera unos nueve mil kilómetros de la presa apetecida, á la que no llega la dinamita ni la palabra, quedando allí con libertad de conspirar entre los osos y la nieve.

¿Y crereis de un dia, de un mes ó de un año esta marcha incesante entre los hielos y las espinas, y piedras de la Vladimirka? (ruta de Siberia).

Nó. Uno, dos y hasta tres años caminan y caminan estos infelices para completar cosa así como la cuarta parte de la circunsferencia terráquea, espacio que el Emperador, benévolo *padre del que todo lo esperan*, interpòne entre sus buenos vasallos.

Que han hecho estos infortunados?

Algunos nada. Otros menos que nada: aspirar á la libertad, sentimiento innato en el corazon humano.

Culpables é inocentes, nobles inteligencias y humildes siervos, ricos que fueron, pobres que son, todos marchan unidos por una misma cadena cuyo eslabon solo lo rompe la muerte.

Mas, no todos son iguales. Cual guardia de honor, tras centenares de ladrones marchan los desterrados políticos aquellos

que solo caminan ocho mil millas como comenzamiento de un viaje que no tiene vuelta. De Siberia no se vuelve.

Vestidos todos de traje gris llevan á la espalda, estos ultimos, el parche amarillo, liberales ó incendiarios, que todos confunden en unos la inquisitorial policía, designándoles como *nihilistas* (hacedores de la nada), fantasmas aterradores de palaciegos, cuyo rastro dinamitico encuentran en la bugía que alumbra al autócrata, en el sobre que estalla bajo sus dedos, y hasta en el pan que al llevar á la boca se convierte en piedra.

Ocho mil millas á pie, algunos andan menos, es verdad, los que mueren, y estos son los más venturosos.

Un diez por ciento de los que salen, quedan en la ruta señalando con sus huesos este camino de la muerte, todos los años recorrido por millares de infelices.

A lo largo de él, huellas, manchas de sangre marcan en cada una de las etapas los pasos de los enfermos, (que lo son todos).

Cuando al fin uno de estos cáe en pós de otro, bajo el blanco sudario de nieve, cuando por la noche vuelven los lobos á desenterrarlos compartiendo el festin con los cuervos que siguen revoloteando sobre la caravana, frecuentemente encuentran á corta distancia como viva estatua del dolor petrificada por el frio, á la viuda desamparada que murió, perdido su compañero, al no tener yá destino en el destierro.

XIII

Nihilistas en el polo

Los hombres llevan con resignacion su cadena. Las mujeres les siguen, arrastrando los pequeñuelos, hasta que al caer postrados les alzan en brazos ó sobre la espalda.

Van cantando los más resignados la Vladimirka (marcha del deportado), que hasta en la muerte revive el canto, y los transeuntes se descubren ante el desfile de esos desgraciados, y la piadosa mujer y el pobre campesino se quitan de la boca el negro pan que brindan, y alcanzan su moneda de cobre al mísero que ya á veces ni fuerza tiene para estender la mano.

Creeríase que vijilados todos los instantes, y siéndoles prohibido comunicar con persona alguna, inútil les fuera el dinero en el desierto.

Pero oh! el oro hasta en el desierto es codiciado, y allí aun en el estremo del polo ablanda cadenas.

Quién, bastante afortunado reune en las limosnas del camino algunos rublos puede comprar al grillero la condescendencia de remachar la cadena con más holgura, para que entre la anilla y la canilla, relleno de arapos amortigüe desollamiento por el contínuo roce.

Cierto grupo algo apartado del resto de la columna, nos impresionó mas vivamente.

Un elevado granadero, y tan alto como solo en Rusia se usan, llevaba pendiente de la cadena de su mano derecha otro pequeño enano á su estremo, del pie izquierdo. El contraste físico que formaba esa pareja, era menos que el moral. El más refinado criminal de los ultimos fondos del Neva compañero de cadena era de un noble Conde cuyo inícuo delito era tener mujer bonita.

Si martirizado iba materialmente allí, torturas morales más atroces sufría. No pudiendo quebrantar la virtud de su fiel compañera, la madre cariñosa de sus hijos, el inquisidor de su barrio le había denunciado como nihilista. Tras brevísimo sumario con que se pretende cubrir formas legales, condenado á la deportacion, y su mujer, sola, desamparada, víctima del más infame atentado.

En las aproximaciones del Czar hasta poseer mujer bonita es delíto.

En pos de él seguía otra joven desesperada viendo morir á su esposo. Llevaba de la mano un hijito, otro en brazos y otro en sus entrañas. El crímen del padre había sido clasificado como de los mas graves por haber escrito en la «Palabra» de San Petesburgo, algunas muy sencillas pero elocuentes, sobre los derechos del pueblo, entidad que por allí no se conoce sinó para esquilmarlo.

Todavía el infeliz desterrado político muriendo en la marcha, á consecuencia del tóxico que mano compasiva le facilitára veíase afrentado por el sicario que en su presencia requebraba á su esposa.

Pero la historia de cada uno de los que allí padecen, sería interminable como el sufrimiento del deportado.

La columna se perdía evuelta entre las olas de polvo y las sombras de la oracion, esmaltando nubes doradas de la tarde, risueña campiña extendida como una verde esperanza.

Y yá sin verse, desde allá á lo lejos, el ultimo chirrido de la seca rueda del carro del moribundo, resonaba en nuestro oido, cual eco del lamento monótono é incesante de un pueblo, que apenas se divisa, pero cuyos ayes llegan al través de la inmensidad.

Oh! joven Rusia. Persístid con brio que la oposicion tenáz y contínua é incansable al fin abre brecha. Vuestros sufrimientos tendrán fin, y eres la esperanza resplandeciente de docientos millones de séres.

. . . . . .

XIV

El ultimo temblor

. . . . . .

. . . .Una hora había transcurrido de la incursion á la plácida luz de la luna de los Andes, y sus diáfanos destellos quebrabanse sobre los cristales de nevadas cimas envueltas en brumas de la hermosa noche. Rodeábamos el piano en la más elegante sala de aquella coqueta ciudad de los álamos y de los dulces rumores.

Concluía Mr. Corvetto la nota de la balada rusa que enseñaba á una dama de Mendoza recordando sus viajes por la Rusia, á la vez la primera argentina que há dado la vuelta al mundo, cuando fuimos arrojados de nuestros asientos por subterráneo estremecimiento, acompañado de sordo ruido estrepitoso como el de buque que choca con oculto arrecife.

Siempre oportuno, chispeante de esprit, dijo Mr. Corvetto, sin conmoverse. «Es la tierra de su nacimiento que se estremece de gozo y aplaude á su modo el canto de la inteligente hija de su suelo».

Pero, asomando á la Avenida San Martin, oimos por todas partes ¡temblor! ¡temblor! y corriendo asoradas y confusas mujeres y niños, madres pidiendo sus hijos, y ancianos testigos del terremoto asustados, á la vez que los imnumerables huespedes de la ciudad de las ruinas (en dias de la Esposicion que celebraba del ferro-carril, seguian inmutables en sus asientos.

Cuan cierto es que menos se teme aquello que no se conoce. Mientras los que recordaban la noche del primer terremoto espantábanse ante la posibilidad de su repeticion, los recien llegados eran indiferentes al remeson.

La profesía se habia cumplido. La luna del terremoto fué bastante galante para dejar ver á los porteños que visitaban sus ruinas, pequeña muestra de lo que en otra luna de Marzo, veinte y cinco años antes, había acontecido.

. . . .Pasamos toda la noche acompañando á las autoridades locales, consolando afljidos.

En otra tradicion referiremos la de la mujer del loro.

Nó, porque, (capricho de mujer), hubiera alguna tenido el de casarse con tal plumífero, sinó que temerosa de ver desplómarse el techo en un segundo estremecimiento, así como todas las otras madres habían salido á las plazas con los hijos de sus entrañas, aquella bella andaluza, la paseaban sentada en media calle con el hijo....de su amor, el único cariño que tenía en la tierra, su compañero del Paraguay, quien dormía parado en una pata sobre el peineton de la asorada cómica de la legua.

.....

Si supiérais todo lo que dijo el loro, y las cosas que hubo presenciado de su peña humana, que tambien hablaba como loro?

.....

Temiendo imitarlo ponemos punto final á tradicion tan larga como de Rusia á Mendoza, recuerdo de aquella noche toledana.

HISTORIA QUE PARECE CUENTO

SAUDADES

A mi amigo Edmundo D'Amicis

I

Mucho espacio, campo abierto, verdes planicies, cielo azul, tiros lejanos de cazadores en retirada, susurro de brisas entre silvestres pastizales, gritos fujitivos de chajá, aire fresco y puro con delicia respirado á pulmon pleno, son los rasgos principales del inmenso escenario que nos rodeaba la ultima tarde de verano.

Encontrábamonos en media pampa, hacia los confines de Buenos Aires, acompañando al ilustre literato italiano Edmundo D'Amícis, como quien dice, enseñándole la casa hasta la cocina, antigua costumbre criolla.

Parados sobre verde colina de suave ondulacion, estáticos contemplábamos una de las más bellas puestas del sol en el desierto, arrobados por magnífica sinfonía de luces y colores.

Nada más hermoso que aquella brillante decoracion: sobre océano de verdura sin fin espléndidos arreboles los más encendidos entre todas las gradaciones del iris.

Quejumbroso balido á nuestra espalda, nos hizo dar vuelta y el espectáculo si más tierno, no era por allí menos interesante.

El ultimo rayo de sol venía á morir sobre agua trasparente de clara laguna, cuya faz sonrosaba su desvanecido fulgor, en

la misma hora que al oriente surjía trasmontando majestuosamente la blanca luna llena, como globo de plata sobre azulado mar sin olas.

En la soledad de la pampa y en el melancólico crepúsculo de la oracion. más resonaba el largo lamento de oveja perdida cortando por intervalos el silencio solemne.

Unica y sola parecía lamentar á sus lejanas compañeras que saliendo del amarillento cardal llegaban á los corrales.

Fijándonos en ella observamos que aquella pobre madre desvalida lanzaba sus ayes al viento, como despidiéndose del sol radiante que acababa de hundirse, pero de quien verdaderamente se despedía era del blanco corderito recien muerto, y que yacía á sus pies tieso y tibio aun.

Imájen de toda madre inconsolable en su dolor y desamparo olía, y como besaba á su hijito, y dilatando su vaga mirada húmeda por los espléndidos horizontes, todavía bellísimos, recargados de luces y colores, reflejándose en la misma laguna que por la mañana atravesara su cría, parecía clamara al cielo por aquel sarcasmo del destino. ¡Morir así, tan cerca de su primer dia, y en tal hora, en que los esplendores del cielo daban fiesta real en sinfonía de luces brillantes á la aparicion de la luna llena!

Y más incesantes se repetían sus balidos al divisar en las alturas revoloteando en círculos concéntricos, cada vez más próximos, el negro cuervo, gavilan de corvo pico, dejando ver bajo estendídas alas aceradas garras preparadas al festin que prometía tierno corderito, libre de toda defensa, así que la madre le abandonara, siguiendo las compañeras de su pradera.

Aumentando mayor contraste en las armonías de esa hermosa tarde de verano, con lamentos empapados en lágrimas, frías como la muerte, entremezclábanse chirridos de alegría del pájaro negro, ájil tordo burlon. Lanzaba al aire su canto agudo y bullicioso, parado sobre la misma oveja que caminaba dos ó tres pasos volviendo cerca de su hijito, cual si no se decidiera á abandonarle.

De cuando en cuando el pájaro atrevido, de uno y otro picotazo robaba algun vellon de la aterida oveja, y esta, menos dolorida por aquel arranque que por lo que la muerte le arrancaba, pateaba sobre la yerba, rodeaba al muertecillo y seguía balando sin cesar.

Y aquel aereo ladron de nuestros campos, que los gauchos denominan *el perezoso* no rasjaba el manto maternal para ablandar cuna de pequeñuelos, que es pérfida costumbre de su

hembra echar los hijos á la inclusa, abandonando sus huevos en nidos, por más laboriosos pájaros construidos.

Así, desde que nace en casa prestada, costea toda su vida por el esfuerzo de otro.

Parado sobre las astas del buey, «vamos arando» parece repetir, y para comer ni para moverse gasta ni el esfuerzo de sus alas. Alimentase con bichitos que el abierto surco trae sobre la superficie, y á la sombra del caballo se pára á descansar de su ningun trabajo, resguardado del sol, y todavía sobre el mismo animal, ó la vaca ó la oveja, se trasporta. Viva imajen de la inercia, apenas habrá gaucho haragan que iguale ó imite al perezoso .....

.....

II

El dia anterior navegábamos el Paraná. La poética imaginacion de D'Amicis entreveía la multitud de islas florecientes incitando aquí á la poblacion desbordante de la vieja Europa, llena de numerosos pueblos y hogares felices.

—Pero, ¿qué habeis hecho en este Paraiso, donde la naturaleza ofrece espontáneamente tan abundantes frutos á la mano del hombre? decía el ilustre viajero.

—Imitar al perezoso, contestó uno de los compañeros de viaje.

—Algo peor, observó otro.

Hemos pasado medio siglo despedazándonos, comiéndonos los unos á los otros.

—Y yo que no quería creer en antropófagos! replicó D'Amicis.

.....

A sacarnos de tristes meditaciones llegó voz amiga que nos interrogaba á la espalda en el armonioso idioma del Dante.

Llamábamos la atencion de ese pequeño cuadro de amor en el desierto, á ese brillante pintor de la naturaleza, de quien dijo el poeta Guido, no se pueden leer una docena de pájinas sin lágrimas en los ojos, tan conmovedora es su suave pluma empapada en tiernos sentimientos, en los momentos que otro poeta criollo venía declamando versos, endechas de Ascasubi, del Campo y Hernandez.

Y enternecido D'Amicis por la escena desgarradora de la oveja dolorida, y el ladron de los aires, cambiamos de tema en

el jiro de la conversacion, presentando al turista italiano otro de nuestros grandes poetas, al repitirle la descripcion magistral de aquella hora solemne:

.....
Era la tarde, y la hora
En que el sol la cresta dora
De los Andes.—El desierto
Inconmensurable, abierto,
Y misterioso á sus pies
Se extiende;—triste el semblante,
Solitario y taciturno,
Como el mar, cuando un instante
Al crepúsculo nocturnó,
Pone rienda á su altivez.»
....

—Quien es ese poeta de genio que así de un rasgo esbosa todo un cuadro de relieve? interrogó D'Amicis.

Y esplicado el tema de la «Cautiva», y cómo Echeverría iniciara escuela romántica desde 1830, seguíamosle declamando fragmentos de nuestros poetas descriptivos, y el «Celiar», «La Cautiva» y el «Fausto» salieron á bailar.

.....

Regresábamos con la escopeta al hombro, hacia las casas.

—Desde que he pisado esta tierra decía el viajero, me llevan Uds. de sorpresa en sorpresa,

Vengo de presenciar poco más allá una especie de escena cosaca.

Cuarenta mil yeguas hacían retemblar el suelo de la pampa con su duro casco resonante, y al lanzarse á vadear aquel arroyo, trepando las barrancas, figurábame el malon de los salvajes, cuya invasion dirijían á esta Estancia, al saber que dentro sus veinte y cinco leguas bajo alambrados, pastan ochenta mil vacas....Y todavía me dicen hay otro estanciero argentino que tiene ochenta leguas de campo! ¿Cuántas leguas acostumbran poseer por aquí cada uno?

—Se mide por léguas lo que las más extensas naciones de Europa por hectáreas.

Ese no es el señor de más tierras. El mismo dueño de este establecimiento, cuyo padre llegó pobre al país, enriqueciéndole su constante laboriosidad, cuenta en varias fracciones hasta trescientas leguas.

—Pero Uds. exajeran, replicó el viajero asombrado.

—Eso no es nada, agregó. Unzué, otro de nuestros compatriotas, que solo posée mil quinientas leguas, está proximo á regresar á Europa, donde cruzará por más de una nacion menos extensa que sus propiedades.

Bien podrá anunciarle travieso garzon: «El Señor de las mil quinientas leguas», y eso sin mencionar á Casado, que solo en el Chaco cuenta dos mil, ni á Madame Linch que se dice dueña de cinco mil quinientas.

—Pero, cuántas leguas mide la casa? Qué guardan en tan inmenso espacio? interrogaba azorado D'Amicis.

—La argentina, achicada así como ha quedado, retaceada, sin la Villa Occidental, ni la Tierra del Fuego, apenas mide cerca de tres millones de kilómetros cuadrados. Caben pues dentro de ella comódamente la Italia—España—Portugal—Suiza—Holanda—Bélgica—Inglaterra—Turquía —Suecia—Noruega—Dinamarca—el Austria y la Alemania, en resúmen la Europa entera, escepto la Rusia. Solo en la Patagonia espacio hay para setenta Bélgicas. Exacta es la figura de que la condensacion de su poblacion aparece sobre el mapa como pequeña gota de carmín diluida en inmenso océano de verdura, y con razon se ha observado que el vacío del país no es solo en sus campos, sino tambien en sus cabezas.

Desgraciadamente no nos apresuramos mucho á llenarlas de fructíferas ideas, por lo que cualquier Juan de afuera nos esplota. Frecuentemente quedamos con la boca abierta, mirando el provecho que el estrangero saca por su industria, mientras que la preferida y casi esclusiva de los hijos del país es la industria revolucionaría para mejorar la tierra.

En cuanto lo que guardamos dentro tan grande espacio, ese es nuestro secreto. Se lo diré al oido, en voz baja. No guardamos nada. Aguardamos sí la inmigracion.

«Al reverso de Uds. somos pocos y la casa muy grande; Uds. por allá son muchos y la habitacion les queda estrecha. En esto hay, sin duda, algun error del Creador.

Podemos enmendarle la plana. *Cambiemos brazos por tierra* y restableceremos el equilibrio.

Cuando el labrador fecundice con el sudor de su frente el suelo vírjen de estas pampas, el festin será contínuo para los hijos de los hombres.

. . . . . .

III

Y en estas y otras observaciones llegamos, entrada ya la noche, á los fogones llameantes, donde corderitos acaramelados á fuego lento atraían con su llamativo olorcillo á los héroes de la jornada.

Al rededor de una mulita asada, templaba su guitarra el payador de la noche anterior, y el bizarro domador de esa mañana hacía la guardia á gorda vaquillona con cuero suasándose.

Otros que habían lucido su habilidad y baquía en la hierra, enlace y tiro de bolas, saboreaban un cimarron, dando vuelta la rueda el mate.

Algo más retirado de los corrales, en el gran fogon jefe del improvisado campamento, sobre la verde grama, cansados hallábanse tendidos como hasta una docena de jovenes periodistas Abogados—Médicos—Militares—Ministros y Magistrados, postrados por la fatiga de dia tan lleno de emociones, dividido entre la caza y la pesca.

Pero el cansancio no era tanto que no se amenizara la espera de ansiado corderito, con una ó más narraciones.

Tan viejo como la sociedad es el narrador de cuentos, y en nuestras costumbres nacionales tiene privilegiado asiento en todas partes.

Así, ya espiritual viajero referido había las aventuras de D. Hube y D. Cuasi-cuasi. El millonario suicida y el atorrante feliz con que acababa de topar á la *entrada de aquella vieja puerta de un mundo nuevo*, cual calificó D'Amicis, Santa-Fé, levantando contento su choza de paja éste, con los socorros que los vecinos le facilitaban, frente al palacio de tres pisos esquina de la plaza (en «La Esperanza») donde aquel opulento no se encontró satisfecho. Terminaba otro la fuga del ultimo cautivo escapado de las tolderías por aquel mismo paraje, no hacía mucho, cuando á repetida invitacion de locuaz asamblea tocónos el turno, empezando la narracion de esta manera.

IV

El perezoso

—

. . .«Pues ya que de perezosos nos designa en justicia el ilustre viajero, observando porque no nadamos en la abun-

dancia en esta tierra de leche y miel, donde sin esfuerzo alguno próbida naturaleza acércanos ópimos frutos, y que el pájaro de este nombre acaba de llamarle la atencion; no pájaro, sino vípedo, referiremos lo que ayer nos contaron del perezoso de enfrente, allicito no más, en ese rancho blanco de la loma vecina que desde aquí se descubre bañado por la luna.

«Llamábanle el perezoso los más buenos, peores dictados dábanle los demás.

«De Irlanda, vino entre otros pastores, joven, robusto, blanco, rubio, ajil, bueno y sano, pero desde sus primeros dias de inmigrante, agasajado en la sencillez de nuestras paisanas, él creía que más le aceptaban por su bella presencia, que por nuestras bondadosas costumbres, y por ende todo el campo se le hizo orégano.

«Con un su primo, de Dublin llegaron á pié, y con la pala al hombro. El uno halló pronta colocacion de zanjeador, y en esta tan desamparada y abierta campaña, á poco andar, el patron le ofreció un peso papel por cada árbol que plantara. La cuadra de tierra valía entonces solo el importe de un fósforo de cera.

«El tio Willians trabajó, zanjeó y plantó tanto, que á los pocos años al ajuste de cuentas con su patron, toda la Estancia, puestos y corrales, animales y tierra, no alcanzaba para pagar á razon de un peso por arbolito prendido, del alto de un hombre.

«Su padre estaba en Australia, le había dado noticias del asombroso crecimiento y fácil plantacion de eucaliptus, árbol desconocido entre nosotros. El Gobierno ofrecía cien mil pesos á quien presentara plantacion de cien mil eucaliptus, pues cuentos nos venían del país de Gales, de que hasta para atraer lluvia servía su agrupacion.

«Willians en lugar de formar bosques los plantó en línea, haciendo de una vía dos mandados, redundando triple ganancia, la de cercar sus campos, obtener la prima, y quedarse con la Estancia por el importe de los árboles plantados.

«Negocio redondo en tres años. En qué parte del mundo se puede repetir esto?

«Pero, todavía su primo había hecho fortuna más rápida.

«Un mes haría que estaba comiendo de valde en la Estancia donde hizo su primer parada.

«Qué hacía? Esperaba trabajo. El ha de venir, á qué salirlo á buscar?

«Por fin, cansado de descansar fué á recojer huesos. El patron le prestó el carrito. Quien se muere no es de nadie, los campos abiertos inmenso osario eran de huesos que blanqueaban la costa de arroyos y lagunas.

«Los acarreaba al pueblo vecino, pareciéndole pagaban pocos apesar de lo poco costoso de su recoleccion. A los cuanto dias tuvo un buen encuentro. Ajil y hermoso, aunque mal cabalgando, iba por el camino del pueblo en la misma direccion que venía su bella aparicion.

«De blanco vestido corto y gran sombrero de paja, bajo sus anchas alas descubrió la más picante morocha que viera desde que puso el pie en esta tierra.

«Al pasar la saludó. La paisanita se rió. El creía que por su varonil belleza de que estaba bien pagado. Ella creyó que de su maturranguería en tierra que hasta las mugeres parecen nacer á caballo, en la patria de los mejores jinetes del mundo.

«Sin embargo quedó flechada, y él deslumbrado por tan apuesta amazona.

«Los contrastes se complementan!

«Morena, baja, gruesa y apetitosa era la jineta paisanita—y alto, rubio, blanco el maturrango irlandés.

«Siguióla de lejos y con la vista, hasta descubrir su paradero. A la mañana siguiente presentóse en la Estancia, por si para algo le necesitaban.

«Y aquí te quiero ver escopeta! Aquí estoy porque he venido. Un rico estanciero viejo y solo salió á recibirlo. Con el capataz, y dos peones y el muchacho de las mansas sobrado personal tenía para la reducida Estancia.

«No hacía falta! Pero, á la hija de su padre si que le hacía....

«Desde el corredor donde tomaba mate de leche con canela y azúcar quemada, que en algo había de refinar sus gustos, divisólo esta.

—Es irlandés y pastor, porqué no lo tomas para las merinas? dijo la niña.

«Dicen que los estrangeros las cuidan mejor.

—Yo creo, vá á estar de haragan, replicó el padre, pero si lo quieres....

—Si que lo retequiero, se dijo para sí, con poco disimulo que leve sonrojo traicionaba.

«El padre no sabía decir nó á cuanto capricho tenía la tirana de la casa.

«Viejo solteron, se miraba como en las niñas de sus ojos, en los de su morena virjen del sol.

—«Quédese á prueba, le propuso. No quería otra cosa, la joven como si lo hubiera probado.

«Por supuesto, que el rubio no servía para nada. Solo sabía ser buen mozo.

«Pero repetimos, los contrastes se complementan.

El era joven, lindo, pobre y perezoso.

Ella solterona, fea, rica y hacendosa.

. . . . . .

V

«Al mes dijo el viejo:—«Bien hija, ya lo hemos probado. Tu protegido no sirve para maldita la cosa. La majada fina de merinas prospera más con el pastor criollo.

—Puede no sirva todavía para mucho, pero como recien ha entrado. Nadie nace sabiendo, es preciso enseñarle. Me hablas siempre que es bueno hacer obras de caridad. Dónde vá á ir este pobre? No conoce á nadie en el pago.

— Bueno hija, si es así que siga un poco más.

. . . . . .

«Pero, pasados tres meses sucedió lo mismo, que el buen mozo tiraba más al pecho que á la espalda, y más derrochaba que trabajaba.

«Vuelta á quererlo despedir el patron, y á volverlo á defender la patroncita. Que para algo nacen los buenos mozos! Como por ejemplo para no hacer nada en esta pícara tierra.

«Y es lo que hacía el primo de Willians, mirar á su patroncita, y esta siempre con mil pretestos de tenerlo cerca, y á lazo corto al lado de la ventana, donde hacía ella que cosía, pegándose por cada dos puntadas tres pinchazos.

. . . . . .

«Pero á la tercer tentativa de espulsion ya no fué conato, sino formal propósito matrimonial.

«María no se cansaba de mirar al joven pastor, y aunque todavía por la cortedad natural de la muger, sus labios nada decían, sus ojos decían demasiado.

«El irlandés éste había concluido por acabar de dar balance mental al establecimiento. Aunque un poco rústica, le convenía la china, y sobre todo, su patrimonio.

«Pronto espicharía el viejo, que ya andaba tecleando, y entonces ¡ay! qué botas! siempre hace falta una muger para lustrarlas.....

Así fué, que cuando por tercera vez intentóse ya echar formalmente al irlandés, come papas, que en té y ginebra gastaba él solo más que en los vicios y avíos de toda la peonada, como que no tenía pelos en la lengua, declaró la niña que lo quería para su uso particular.

—Esas tenemos! Yo ya lo he probado y vemos que cada vez va para peor y si poco sirvió al principio, menos sirve ahora.

—Yo no lo he probado, pero se me antoja bueno.

—Así, sin conocerlo?

—Mujeres hay que se mueren de viejas tras muchos años de matrimonio, y cierran el ojo sin conocer qué pieza es su marido.

—Oh! ¿cómo te quieres casar asi no más con un peon que no tiene ni tras de que caerse muerto.

—Padre, y no me dice Ud. todos los dias que trabaja solo para mí; que cuanto tiene es mio, y que por complacerme se despepita. Pues no hay más, yo lo quiero para mí, y mi marido ha de ser.

—Pero, como?

—Comiendo, y dejémonos de peros, que á más feos veo se los comen á besos, y nadie se muere de tales empachos.

—Y vos vas á pedir á tu novio, y si te sale casado?

—Valiente chasco! Siempre salen con eso. Por qué no han de haber gringos buenos tambien. Siempre con que han de ser casados en su tierra. Yo ya le averigué y dijo que no. Y sobre todo, Ud. dice que en esta casa no se hace más que mi gusto. El me ha preguntado si lo quiero. Yo le he dicho que sí, y al Cura,andando....

—Damasiada cura necesitas, no te creía tan grave!

—Mandando atar la galera, y yendo yo y él á pasar por la sacristía, que bien cercano está el pueblo, y en fin Ud. no vá á estar guardando su caudal para el otro barrio, y aflojando la bolsa se pagan dispensas.

—Vaya! que esto marcha á vapor, se dijo el viejo.

—Sí ya el tiempo de la pesada carreta ha pasado, contestó altiva la paisanita.

Y con un permiso que anticipadamente preveía, preparó por sus propias manos su canastillo, puso de nuevo á su novio, y en menos que canta un gallo, la unica hija de uno de los más ricachos estancieros de la comarca, cambió de nombre, y amen.

—«Vaya con las naciones estas, que se han de venir á alzar hasta la más rica hembra del pago», exclamó el alcalde, y corrillo de compadres, en la pulpería hicieron coro de maldiciones sobre quien les llevaba prenda tan codiciada.

VI

Como lo había pensado Willians, no tardó mucho en que su suegro hiciera el viaje del que no se vuelve.

En poco tiempo quedó dueño de su mujer, de su gran fortuna, y de un nene. Aunque sietemesino, nacido de un susto, el muchacho salió de buenos sentimientos.

Su primo, compañero de viaje, vino á verle alguna vez, y como le dijera acababa de hacer traer sus padres, pobres, de Irlanda, él tambien, echándola de rumboso, quiso darse ese lujo.

Mandó unos pesos á Irlanda, y á la vuelta de Correo, enjuto y bien acondicionado, recibió su viejo padre. Hacía falta un capataz de confianza, un sueldo menos, pues él no era capaz de nada.

Con la venida de éste, coincidió la muerte de su mujer. Fueran los disgustos que el buen mozo con sus perrerías le causaba, porque se lo miraban mucho, y había dado en acompañar á las carreras á la hija del Juez de Paz, ó que una fluxion del pecho mal cuidada la precipitó en la tumba, el hecho es, que en breve abrióse ésta para su suegro y su mujer.

Quedaba desde entonces paseando bajo los anchos corredores que á los cuatro vientos rodeaban la casa principal, padre hijo y nieto, sirviendo el primero de ama seca al ultimo, que ama mojada lo fué una cabra, por lo que saliera sin duda tan saltarin.

Los tres tiraban por su lado, hábilmente concurriendo al derroche general, peones y vecinos.

Con tan desatendida administracion, bien pronto vino la Estancia barranca abajo, y á poco andar vendídose habían sus mejores haciendas, hipotecado el establecimiento, comídose lo mejor de su fortuna, ó más bien de la que sañadita dejó su mujer, y quedado en estado precario tecleando en el ultimo puesto de su propia Estancia, por todo alojamiento.

Cuán cierto es, que en esta tierra más cuesta conservar que adquirir!

En parrandas y borracheras, y riñas de gallos, y tambien de mujeres, se evaporó la fortuna en un santi-amen.

VII

Pasaron algunos años desde la tarde aquella del encuentro con la patroncita.

Una noche había empinado el codo más de lo regular, ó con más propiedad, con la regularidad acostumbrada.

Todo le salía mal. Al recorrer el campo encontró muerta la mitad de la paricion en las pocas finas que restaban. A la lluvia sucedió una helada terrible, blanqueando todo el campo y quemando la tierna gramilla. Fué al corral, y las mansas habían sido bebidas, los terneros sueltos no dejaron gota de leche, y por çonsiguiente ni con que hacer queso, ni manteca. Siguió al palenque, donde estaba su caballo de confianza, y . . . . . desaparecido. Por San Patricio! Llueven chuzas!

Era demasiado. Fué á carnear y se encontró á pie. No hallando colgado en la cocina más que un peludo, comió poco, pero bebió mucho, á punto que en lugar de uno, tomó dos peludos.

Continuaba la lluvia y la prolongacion de sobre mesa, hasta media noche en la perniquebrada, bajo el rancho que goteaba como afuera.

Al rededor de ella, y de la unica vela de baño sobre limeta de barro chorreando, solo estaban Willians, su padre, y su hijo.

Más agriado que lo general, su genio arisco é insoportable, gritaba al padre por cuestion insignificante, y en el que este tímidamente y con mil rodeos dabale á entender, podía traerle grave mal la intemperancia, que ni él con ser viejo, y necesitar fortificar su pobre sangre, se permitía abusar así de la bebida.

—Basta de sermones! canejo! Me bebo lo mio, contestó altanero. Ya me hé bebido la Estancia, y mientras quede la ultima cola de vaca no acabaré.

El padre no replicó, se levantó triste y fué á acostarse.

El hijo se empinó el ultimo vaso. Luego despues se levantó tambien, y al tropezar sobre la cabeza de buey que le servía de asiento cayó á lo largo, cerca del hogar apagado, pero donde alguna brasa mal escondida bajo la blanca ceniza, llegó á quemarle las manos.

Abuelo y nieto acudieron á levantarle. Furioso echó un terno más grande que el rancho, y caliente por la caida y la reprension, dijo, con voz avinada.

—«Ya no aguanto más. Esto es demasiado. No puedo mantener bocas inútiles. Mañana lo pondré en el palenque.

—Hijo, no me eches, dijo el anciano. Ya estoy muy viejo. Débil y enfermo, antes de llegar al rancho más cercano, habré muerto.

—Pues á morir á otra parte, gritó con crueldad el borracho. Ah! el campo es grande. Lo mismo se muere en cualquier parte. En esta todo es igual. Se nace sobre una carona, y se entierra bajo el ombú. Hay espacio para todos. Aqui nadie se muere de hambre. Dios es buen proveedor. Los pájaros que nada siembran, recojen, y ni á los bichos de la humedad falta alimento.

Trémulo y lacrimoso dijo el viejo:—No me arrojes de tu lado hijo. Cuando vos erais así, chiquito, si te hubiera abandonado habriais muerto. Así se eslabonan los deberes de la humanidad, pagas una deuda. Sed humano.

—Grandecito está el niño para sermones. Ya estoy cansado de reprensiones, y de que me digan borracho. Yo en mi casa hago lo que se me dá la gana. Y lo repito, no mantengo más bocas inútiles..... .....

«Jorge! Mañana temprano ensilla la rosilla al abuelo, y lo pones sobre el camino. Buen viaje, y abur.

Dando traspies encaminóse al otro cuarto, á dormir la mona, ó el peludo, ó la tranca, no sin antes tropezar en la que cerraba la puerta, cayendo por segunda vez, sin que nadie le levantara.

Así pasó toda la noche. Las palabrás duras endurecen los corazones!

Un momento despues el rancho quedó á oscuras.

VIII

....

Llovía. En los intervalos de la tormenta, oíase al niño que lloraba en silencio, entre las sombras de su desabrigado lecho. El viejo temblaba en otro rincon. El padre roncaba.

Y silbador y tremendo pasaba el pampero furioso, desarraigando de cuajo añosos árboles y chozas.

Noche toledana fué aquella para los atribulados habitantes de ese desierto.

No hubo más. Patricio era de un caracter duro, é irrecon-

ciliable y vengativo, aunque fuera con el lucero del alba si se negara á alumbrarle. Lo que él mandaba se hacía, costara lo que costara.

. . . . . .

Apenas aclaraba. Las vacas mujían en el corral, y en las majadas triscaban los corderitos, por retozar campo afuera, al balido de sus madres. La yegua estaba ensillada, y el nieto ayudó á montar al trémulo abuelo

El niño lloroso de la noche antes, aparecía de aire resuelto y continente severo. Acaso la crueldad del padre le contajiaba, agotando sus sentimientos de buen corazon! Nada contamina más prontamente que el mal ejemplo.

Dia nublado, gris barroso, seguía lloviendo.

Por el arrugado semblante del anciano, mudas lágrimas se deslizaban. Donde voy! exclamó. Viejo, enfermo, pobre, abandonado en el desierto. Por San Patricio! Ah! buen hijo, quiera Dios no te encuentres en trance á este parecido. Habrá angustia mayor! Y como contestacion vino á aumentar la insistencia del niño.

Pególe un rebencazo á la yegua y esta salió al paso, seguida por su cría.

—Nó, eso nó, dijo el gauchito, atajando al potrillo. Mi padre ha dicho que le dé la yegua, pero no éste.

—Déjamelo hijo, de qué les sirve aquí. Qué vale un potrillo. Se vá á morir de hambre lejos de la madre.

—Cómo ha de ser! nos moriremos todos de hambre. No tengo órden de dar más que una yegua, decía el niño, gritando y acercándose al cuarto donde dormía el padre, para tomar el lazo colgado en la ventana y enlazar el potrillo.

—Déjamelo llevar, te pido por favor. Mira, á vos note sirve de nada y á mí sí; tal vez pueda más tarde venderlo y su producto prolongue un dia más la vida de tu pobre abuelo.

—Que nó.

—Que sí.

—Nada. Ande; mi padre no me ha dicho que le dé sino la yegua.

—Por favor, déjame llevar el potrillo tambien.

—Largo.

—No, Jorge, espera.

. . . . . .

Y en eso, medio soñoliento y vacilante apareció el padre, cayéndosele el chiripá:—Qué es eso? Qué gritos son estos que no me dejan dormir? Qué hay, porqué alegas con padre?

—He cumplido sus órdenes. Mandó Ud. diera la yegua rosilla al abuelo, y como la cría le sigue él quiere llevarla. Dice que la potranca huérfana vá á morirse.

—Déjasela llevar no más, para qué la quieres?

—Nó, eso si que no, (dijo el muchacho resuelto).

—Y para qué quieres un potrillo huacho.

—Para qué? Porque lo necesitaré dentro de poco para que Ud. se vaya en él cuando tenga que echarlo por boca inútil, como me enseña debe hacerse, y se largue en el hijo de la yegua en que ha echado á abuelito. Alelados quedaron padre y abuelo con tal salida.

Las brisas matinales refrescádole habían un poco, y como tocado entonces por la piedad en las palabras que aun disimulando la mayor entereza el nieto no pudo tartamudear sin lágrimas, dijo pegándose fuerte palmada en la frente: ¡Bruto de mí! Que he mandado echar á mi padre?

Y abalanzándose al que trémulo y lloroso y tiritando estaba á caballo cerca del palenque, bajo la lluvia fría y menuda, todavía dando traspies, fué á bajarlo, pero el pobre viejo debilitado por el frio y la fiebre y las cavilaciones de toda la helada larga noche pasada en blanco, vencido por esa ultima emocion, cayó sin sentido entre el barrial, sin poder levantarse.

Mojado y febriciente le llevaron cerca del hogar, prendiendo un gran fuego, á cuyo calor ayudado con algunos tragos de ginebra empezó reviviendo poco á poco.

La emocion se había prolongado demasiado, y al caer sin habla no llegó á extinguirse, pero súbita paralizacion sobre setenta años de achaques y dolamas de todo género, vino á trabarle la lengua.

—Qué bruto soy! repitió Willians. Dios castiga sin palo. Verdad que bien puede repetirse en mí, ejemplo tal. Pobre padre! Sin duda anoche he estado borracho. Pero ya no le separaré de nosotros. Lo atenderé más. Aunque siempre delante los ojos tenga imájen permanente de terrible desgracia por mí provocada la sufriré resignado, como fijo remordimiento de mi mal proceder.

«Pobre ó rico lo atenderé hasta su ultimo dia con cuanto necesite.

Tarde era ya la contricion y el propósito de la enmienda. Su ultimo dia estaba allí, más cercano de lo sospechado. Acostóse al siguiente, pero no se levantó el anciano.

El sufrimiento concentrado, el frío y el dolor debilitando así su físico como su moral, doble quebranto le precipitó en la muerte.....

X

La cena nos espera, dijo el generoso anfitrion.

—Pero son ciertos todos estos cuentos que ustedes me refieren, cómo un pionner improvisa gran fortuna en el desierto, ó fantasean como porteños? preguntaba D'Amicis á cada rato, dirigiéndonos al confortable comedor.

Es una historia que parece cuento.

—No, Señor, agregó un sério Ministro rubicundo, y el de más esprit de la rueda.

Mr. Fritz el rubio suizo que llegó con la pala al hombro á la Colonia del Baradero y antes de diez años reunía un millon de pesos de la antigua moneda, yo lo he conocido, como todos hemos tratado á Mr. Lehmann uno de los primeros y más pobres colonizadores que vino á fundar «La Esperanza», y el dia que tuvo un millon de duros se suicidó, sin duda por haber perdido la de ser feliz.

El dueño de este gran establecimiento que tambien es estanciero del sur, puede contar á Ud. cómo el más rico hacendado de aquellos pagos empezó su fortuna cual el Jorge del cuento, sembrando arbolitos á peso cada uno.

Pero mi amigo, no son dos, diez, cincuenta, cien los ejemplares en esta nuestra tierra (que de nuestra va teniendo poco,) de estrangeros laboriosos que se encuentran con gran fortuna en un santi-amen.

Mañana al regresar por Areco, Capilla del Señor, Cañada Honda, le contará Mr. Duggan cuántos irlandeses conoce allí no más de sus alrededores, que vinieron, no ya con la pala al hombro, pues ni tan ricos eran para comprarla, sinoh ipotecándose á si mismo; á trabajar por un año para pagar el pasaje. Esos pobres de la víspera son los potentados del presente. Cómo han enriquecido y hecho prosperar con su trabajo toda esta parte del norte de la campaña, los pastores irlandeses!

De sus compatriotas no digo nada, pues ya los italianos van siendo más que los naturales, en la capital al menos, de donde poco gustan alejarse.

Pero basta de cuentos que no lo son. Siga la Italia laboriosa mandándonos á razon de mil hombres por dia de sus industriosos hijos, como en Diciembre de 1887, y al regreso á su patria ya le mandaremos otras como esta, historia que parece cuento.

DELICIAS DE UN VIAJE DE PLACER

A mi amigo ausente Doctor S. Kier.

I

....« Y esas eran *las delicias de un viaje de placer*. Acababa con esta frace su cuento un muy mi amigo que dadas me tiene tantas pruebas de tal, como que apenas duro trance le amaga, que no ocurra á que le saque de apuros. Así, nombrado me tiene padrino perpetuo de cuantos duelos provocan sus impertinencias, como de cuantos ingleses le persiguen, lo que generalmente se repite todos los sábados, y algunos dias de entre semana.

Pero si estas miserias de la vida en que unos nacen para cruz, y otros para cargarla, importan poco al lector, precaverle puede de iguales pellegerías, el cuento que dejáramos en el tintero, refiriendo solo su ultima frace, y que con escasa variante tanto repítese al presente como en la época tradicionada.

.. .« Pues señor, ya había viajado medio mundo, (habla nuestro amigo), faltando poco para cruzar el otro medio, cuando incitado fuí á un ultimo viage de placer.

—Pero viajando siempre á vapor, apenas ligerísimamente observaría lo de más bulto, le interrumpió otro de los circunstantes.

—En tres de los cuatro elementos viajé: por el aire, la tierra y el agua. Turista incansable, todos los medios de locomocion me eran conocidos.

«En América me trasporté á caballo, en mula, en carreta ó buey, en trenvía, en la ciudad de los mismos, en balsa, y hasta en bolsa ó pelota (sin duda cuando más espuesto estuve á emprender el viaje sin vuelta). En Europa, en trineo, lítera, globo, diligencia, velocípedo, y en turco-mano. En Asia, en elefante, búfalo, camello, buque de vela y de vapor, carrículo, carro á vela y ferro-carril; en Africa, en jirafa, avestruz, á pie, las piramides, gateando, en un tronco, bajando el Nilo, y en burro ó beduino, que para el caso es lo mismo.

«Nada me impelía, pues á otro viaje. La salud era abundante, la bolsa no tanto, que sendos buracos de anteriores incursiones dejáronla tecleando, y á más de esto, mis impresiones definitivas resumiendo lo poco bueno y mucho malo encontrado por toda la tierra, desazonádome habían.

«Pegada al paladar tenía aun la esquisita comida de buques y hoteles, en todas partes igualmente mala. En mar, como en tierra, mareábanme aquellos ramos y adornos vaciados en un mismo molde, sobre todas las mesas, como la eterna propina en los cuatro ángulos de la tierra, sonando con igual planidera cantinela.

«Sobre todo, el recuerdo del ultimo tramo de ferro-carril de Paris al embarcadero, tomando el portante á casita, asentóseme en el estómago y la retina, que casi desanimábame por completo.

II

«Figúrense Uds. que en el único wagon largo, á la americana, el cual, como americano preferí, me encontré con una coleccion selecta de los más variados tipos, que á Dios pido no encuentren Uds. nunca jamás.

«Sentado á mi frente, venía el viajero que lée en voz alta, y como era el «Times» de sesenta columnas, («La Prensa» suele aparecer con 128), recien iba por la diez y seis de la inmensa sábana impresa, que al desplegarla, á ambos cubría, ¡Podeis suponeros qué perspectiva! A su lado, el mudo inglés, pero fumador en pipa, apestando de lejos.

«La viajera *convérsalo todo* hacía vis á vis á Madame *accidentes*, no porque los padeciera, sinó porque los predecía, anunciando inminente catástrofe en cada trepidacion.

«El señor *piérdelo todo* preguntando al corta billetes si se habría perdido su equipaje, quien en tantas subidas y bajadas por revisarlo, acababa perdiendo el reloj y la cartera despues

de haber hecho perder la paciencia á todos sus prójimos, aunque el inglés en viaje no tiene prójimos.

«Frente á Mr. *papelito*, quien á cada momento lo sacaba para apuntar lo que apuntado llevaba en su guía, conversaba sin cesar y en voz alta con Don Hubo, politiqueando con otro paciente señor que pruebas daba de serlo.

«Hubo de ser Presidente, y Diputado y aun Director, pues si Thiers hizo lo que hizo, y Gambetta se sacó un ojo, y Boulanger echa panes, es todo por atraerlo á su política; pero él sigue por otras corrientes, aunque la Reina de Inglaterra se ha declarado Emperatriz de las Indias, solo por conseguir el concurso de él á la huella de una más franca política continental. Pero él *hubo* de imponer la suya. Mr. *fandango*, curro andaluz que hace el amor á una vieja italiana con cara de macuquinos; y el señor *Agua fiestas*, para quien siempre el tiempo vá á entrar en agua, entreteníase inocentemente en poner sobrenombres que el niño terrible los repetía á todos, en secreto.

«A partir íbamos con tan abigarrado cargamento, cuando uno de los creyentes, en aquello de que los ultimos serán los primeros, que creen en las viudas en viaje ó la bondad de las caras bonitas que viajan solas, tropezó con un busca rincones, posesionándose del mío. Ni mi *mala* que bastante buena almohada suele ser, ni mi libro sobre el asiento dejado para contestar uno de esos impertinentes adioses de ultima hora, bastante fueron á reservar el que me reservaba.

«Al otro extremo, la casualidad reunía los extremos. Es decir, al lado del *sábelotodo*, segun sus contestaciones, seguía el víajero pregunton. El *cuentero*, sempiterno narrador de aventuras, que nunca le sucedieron, muy buscado en largos viajes, que ameniza con sus mentiras, de la familia del capitan mentirola, frente á la viajera gorda, y el jugador, marido de la cabecita negra, asomando al primer ventanillo.

«Estos generales tipos de viaje, más veinte y cinco y un quemado por el sol de Africa, negro de ojos blancos, gangolina tal hicieron que me quitaron por completo el deseo de viajar en tren.

«Pero más cierto que aquello de: quien ha bebido beberá, es lo de: quien ha viajado viajará.

«Y á disipar mis ultimos escrúpulos carta me llegó á mi Estancia del Sur, de un amígo desde París, invitándome á inaugurar su instalacion final allí. Al atractivo que para toda persona de buen gusto tiene la metrópoli del mundo, á punto de que prueba no tenerlo, quien pudiendo vivir en ella, vive en otra parte, reuníase el mayor de la amistad en tan finos términos

brindada, al presente que tal sentimiento moneda es desmonetizada.

«La cita era para el ocho de Diciembre, Avenida Wagram, 7 á las 6 p. m. Recibida el ocho de Setiembre, tiempo había de dar una vueltecita por el mundo, antes de cruzar las seis mil millas de Buenos Aires á París, pues para quien ha atravesado la tierra, este es breve paseito de vecindad.

«Por más que todas las precauciones fueron tomadas, Ud. verá si los acontecimientos me dieron razon para poner punto final á los viajes, y no preparar otro, que el de casa al cementerio, ultimo al que preparado ó nó, aun no se ha descubierto medio de evitar.

»Tren expreso, y en él wagon reservado.

«Hielo para refrescar y calorífico para los pies, coupé-lit para dormir, muelles asientos, portátil biblioteca, tan provista como la despensa. En fin, las mayores comodidades imaginables, que traducido al romance tanto quiere decir como lo más caro posible.

«Con tales incitaciones reabrierónse amortecidos apetitos en veterano turista, y en fin, decididos, dijimos:—Vamos.

«Ah! Señor, mejor hubiera sido no lo hubiera dicho.

III

«Entro á mi wagon reservado y á poco andar se me presenta el Guarda con que: si le permito, de una Estacion á la inmediata, aunque sea medio asiento para un su compadre, estanciero de mi vecindad, quedado en rezago.

«Este, entre los tipos de viajeros está clasificado en la especie de los que siempre llegan tarde y á la clase de los recomendados.

«El pedido se me hacía con el lindero á la puerta. ¿Cómo decirle nó? Aquí entró Cristo á padecer.

«El buen hombre este venía de la Sierra de la Tinta. Qué hablar de la gruta maravillosa en los campos de Vela, de la arcilla roja en las siete lomas del Diablo ó de Lara, y de las tierras de engorde en los Sauces de Udaquiola, ningunas en el mundo como ellas y de la *meneadiza*, movible piedra del Tandil, La Paloma, San Justo y otras yerbas.

«La conozco desde guijarro á la piedra esa, le interrumpí, pero charló y charló tanto él por los codos, que preciso fué pedir una botella para refrescar.

«De cerveza inglesa marca chancho iban á servirme, cuando

alcanzando el vaso me dejaron con el brazo estirado, y el líquido derramándose. El tren empezaba á andar y el mozo demasiado listo (estaba ya pagado), no había empezado á servir.

«En fin, en la otra parada beberemos, dije á mi huésped. Mientras nos contentaremos con hielo, ya que el gaznate está seco.

«Llamo á mi sirviente, gallego muy bruto, pero muy honrado jamás abortó, sino en sus tentativas de servirme bien. Y héte aquí que el hielo salido duro y compacto perfectamente acondicionado no se conservaba ni en estado de líquido sino gaseoso evaporando. El guarda-encomiendas, rústico, irlandés, tuvo la precaucion de estivarlo bien cerquita á la máquina como para no enfriarse por lo que ni agua, sino vapor, humo, nada quedaba del consabido, como de muchos grandes hombres.

«A los cargos sobre los brutos gallegos de Irlanda que hacía mi irlandés de Galicia, disculpóse el primero señalando la tapa. El letrero decía *hilo* (habíase corrido como guion la tinta de la *e*.) El hilo no se derrite. Aprendan á escribir, rebuznó el muy tuno.

«Para que percances semejantes al anterior no se repitieran, desde antes de bien parar el tren, empezamos á gritar en la Estacion siguiente:—Agua! agua! y con tan buenos pulmones la reclamaba mi vecino, pues la sed nos devoraba, que no en vaso, sino en baldes, estantes y pasantes la alcanzaron, y hasta la bomba de incendio empezó á rodar, pues creíase en caso de combustion espontánea en fosforecente viajera de esas doncellas que se inflaman solas.

«Conseguimos al fin apagar la sed, pero como una vez satisfecha abre el apetito, pedí una pierna de pavo y cuando gozoso, cuchillo y tenedor en mano estiraba esta para alcanzar el plato servido, estirada quedó, porque el tren púsose en marcha hacia el Norte y el mozo hacia el Sur, que primo era sin duda de aquel otro de la cerveza.

«Todos los bufets de ferro-carriles son primos hermanos en cuanto á conservas de la misma mala familia. El pollo semi-tísico no voló, pero tambien quedó en el tintero ó en el plato. Si será pavo ó pavi-poyo!

«Para no seguir sufriendo el suplicio de Tántalo, resolví acudir á mis provisiones reservadas, y como por equivocacion fueron puestas en un tren de encomiendas, nos contentamos con un patéfroid, que si de lo primero tenía poco entre gruesas cajas de grasa, de frio tenía lo bastante para una indigestion, (olvidada en el fondo de mi mala, que buena se portó en estas y otras equivocaciones, como cuando entran en sus profundidades cajas de conservas por de otros polvos.....

IV

«Y seguía y seguía la charla interminable cual camino en carreta tucumana del inagotable vecino que á todos puntos llegaba, menos al de su llegada.

«Ya no pedía nada temiendo nada me dieran, pero como quien bebe desbebe, (perdonando la Academia si más pulcro verbo inventamòs por conveniencias de lectoras), á ello me bajé y tuve que volver corriendo, logrando apenas trepar al ultimo wagon.

Así con el pie en el estribo colgando iba cuando empezó á llover y para no mojarme refugiéme bajo el segundo piso del compartimiento de las ovejas. Resignado iba con tan ingrata suerte, sin poder cambiar de posicion hasta la inmediata parada más distante que las anteriores, pues no se detenía en dos ó tres Estaciones, cuando de las cuadrúpedas viajeras del primer piso á caer empezó lluvia mal olorosa.

«Si desbeberían cerveza las tales ovejitas estas?

«Ya supondrán como me levantaría para regresar á mi wagon.

«Mohino y mal acontecido, estrujado y empapado hasta los huesos, en cuanto dí con ellos en el cupé, quedéme profundamente dormido.

«Y recien empezaba á descansar aunque en ajitada pesadilla por las ajitaciones del viaje cuando cara infernal toda llena de tiznes y carbonilla se me apareció.

«Medio entre sueños creí la del mismo Lucifer, que vendría por lo suyo, es decir, por esta alma que dí al Diablo cuando me dí á los viajes y haciendo la cruz desapareció. El frio que entraba por la portezuela de improviso abierta á todos los vientos en la oscuridad de la noche, ese sí no desapareció dejándome constipado para todo el viaje. Entre el humo y los fuegos de dos trenes parados en el desierto y los silbidos atronadores de ambas locomotores alcancé á distinguir un poco más despierto, la negra cara del guarda que en mal inglés pedía por centésima vez ¡boleto!

«A este culto empleado no pudo ocurrírsele más oportuno momento para controlar boletos de un viaje que acababa al otro dia.

»Al fin me dormí, y de tan buen tiron, que hasta bien empezado el dia no desperté.

«El tren era expreso pero no por esto andaba más rápido, y aunque en wagon reservado, no lo era á las atenciones de

quien gasta más para mayores comodidades, sinó solo á más continuas molestias.

«Durante el sueño había pasado por la Estacion «Ferrari» desviacion á la Plata, de donde necesitaba recojer ciertos documentos. Para allí que encargara me despertaran, si nadie lo hizo.

«Por fin queriendo ir á La Plata me trajeron á Buenos Aires, y á ésta llegué. Pero creerán Uds. que acabaron aquí mis desdichas?

«Recien las delicias del viaje de placer iban á empezar, como que esto solo era de introduccion.

«Al llegar al muelle que no llega al embarcadero, ni el rio á este, un carrero se apoderó de mi persona y otro de mi equipaje, y por obra y gracia de no sé quien nos encontramos separados, y yo abordo del paquete inglés, cuando mi boleto era para el francés.

«Mas, cómo habían de adivinar mis intenciones, si desde los primeros balances empecé á echar cuanto tenía adentro, con la misma ligereza que la ballenera recibía cuanta agua le echaba de afuera el rio.

V

«Más borracho que una cabra, aunque en tres dias no bebía sino agua, me arrojaron en el peor de los camarotes, bajo, estrecho y oliendo á brea. Sobre la cabeza el ruido infernal de hombres, máquina y animales, bajo la cama el roce diabolico é incesante de la corredera cadena del timon.

«Al venir el camarero á pedir el boleto, esplíquele la equivocacion en la que menos creyó, cuando echando mano á la bolsa la encontré vacía por la ligereza de manos en especiales cuidadores de pasagero recomendado.

«Bien hubiera querido bajar á tierra, pero ya esta se había perdido de vista.

«Divísela si, con entrañable contento á la mañana siguiente, pasada la pamperada, y tan cerca que entre ella y mi buque magestuoso y gallardamente balanceándose el paquete francés, en que debía embarcar y al que trasbordé.

«Allí volví á encontrarme con mi equipaje bien dirigido por las claras etiquetas de Villalonga, *Expreso*, pero como sobre mí no hubiese inscripto, igual direccion esplicable confusion causó el mareo.

«Y recontando el equipaje estaba mi gallego.—Uno—dos—tres—somos nueve bultos, me decía, yo, mi mujer, Ud. y sus seis baules, cuando llegué á divisar no lejos del puente la muger que unos marineros seguían riéndose. En su rebozo se leía á la espalda, *frágil.*

—¿Qué es aquello?

—Es mi mujer, señor, pues para que no le suceda lo que al patron, le puse etiqueta en la espalda, y tan segura llegó. Como que soy muy observador, reparé con cuanto cuidado subian abordo el cajon de ese grande espejo, en cuya espalda han escrito *frágil.*

Creo ha de ser alguna otra señal que tienen para cuidar más las cosas delicadas, y como lo mejor que tenemos los pobres es la muger, desde que tal etiqueta puse á la mia, siempre anda mejor cuidada, rodeada y seguida de los compañeros de camarote que me la cuidan y sonrien.

—Bien! imbécil, cuida tu frágil mujer, pero cuida tambien mi bolsa, pues lo que tenía dentro ya ha desaparecido.

«Saliendo de Montevideo se redoblan los corcobos y barquinazos ¡qué olas! ¡qué mareo! ¡qué delicias en viaje de placer!

«En el Plata me achuchaba el frio, y en el Brasil achicharraba el calor. Bajo la línea, calma chicha, y sobre todos los mares, la mar bravía y el contínuo mareo.

«La carne salada daba náuseas, y el agua desalada las aumentaba. Qué mal de mar, que hastío insoportable que monotonía y aburrimiento sin fin!

«Para que habré dejado las comodidades de mi casa!

«Vino á distraernos iba á decir, á variar la igualdad de repetidas escenas, un rayo, cierta noche de tempestad, que volteó el palo mayor, seguido de ventolina que llevó el timon.

«Se apagaron los fuegos, y el buque sin gobierno, hubo de naufragar, hasta que llegó al golfo de Gascuña, puerto de mi salvamento. Si allí no quedé pasto de los pescados fué porque alguno de los más audaces que de su pesca se ocupan, como á naúfrago me pescaron.

«Y tan hermosa tempestad, una era de las delicias del viaje de placer.

«Cuantas otras reservaba este viaje!

«Entrar á Europa por España, y á esta por Galicia, es doble retroceso.

«Cuán diferente la Nacion que un dia
poblara inmensa gente!

. . . . . .

«Y los nuevos compañeros de diligencia se enojaban si al-

gun americano repetía distraido. *Cuando llegue á Europa.* Pues que todavía se crée el Africa empieza del otro lado de los Pirineos?

«Encontraba todo nuestro atraso y espíritu bullanguero y revolucionario, sin nuestra abundancia, extension y desprendimiento.

«—Será, decía, que aun no dejé el pelo de la dehesa, y no hay dulce más dulce que el de mi tierra?

VI

«Una vez en Paris encontré varios de mis compatriotas, que creían haber recorrido el mundo, cuando solo habían recorrido los boulevares, y en ellos, sino esclusivamente, con predileccion, las horizontales.

«Se admiraban que los franceses no entendieran el criollo, cuando aquí hasta los chiquitos piden pan en castellano, y ellos solicitaban en los Restaurants: matambre, carbonada, mazamorra, y trataban de ignorantes á los franceses (que todo lo saben) por que no sabían tomar mate, repasando la bombilla muchos labios enfermos.

«Así oí á dos sabios de aquí, de boca-calle, en la de la Florida, allí Boulevard de los Italianos, que platicaban de lo lindo, murmurando de cuanto habían, y no habían visto.

« ...Y en Italia, decían, con ser la patria del arte, no encontraron un artista de nota, pues tanto ha dado artistas á todo el mundo, que se ha quedado sin ninguno.

«Como la Inglaterra, que por ser tan grande ha extendido tanto su poder por todas partes, que no lo tiene hoy bastante ni para hacer entrar en vereda á los Irlandeses.

«Y la Francia, con ser la luz de la humanidad se ha quedado á oscuras en materia de instituciones. República de nobles, ó monarquía de republicanos. Y la Alemania, con sus montañas de oro quedado há más pobre que la Nacion que se las dió.

«Como la Rusia con su tanto poder que extiende por tres partes de la tierra, y no alcanza ni para reprimir los nihilistas que la devoran, predestinado su poderosísimo Emperador á morir como su antecesor, no de mal de médicos, sino de mal de dinamita.

«El gran Czar de todas las Rusias para atravesar de una Estacion á su Palacio, solo puede hacerlo como criminal, entre doble fila de bayonetas.

«En fin, me aparté de mis paisanos, para seguir solo mi ca-

mino por la tierra. Y en Paris me enfermaron, y en Londrés me estafaron, y en Napoles me asesinaron, que por tal tirado quedé sobre el Chiado por el Lazaroni que de mi guía se había disfrazado, con ninguna blanca, y tres puñaladas encima.

«Habiendo ganado una fuerte suma en la ruleta, el más honrado comercio, que solo la ilustrada Europa permite entre la flor y nata de la más alta nobleza, un Príncipe napolitano compañero de viaje en el mismo pequeño compartimento, brindóme con toda finura su pañuelo perfumado en cloroformo, que me sospeché soliviándome en el súbito adormecimiento cuanto había ganado.

«Y fué esta que á punto de espichar me tuvo, otra de las delicias de un viaje de placer.

«....Fuí, estuve y vine. Concluida la comida ofrecida, retorné con la mayor felicidad. Solo que al salir de Mont-Cenis, chocaron dos trenes, escapando del subterráneo medio chamuscado. Por oir una gran artista llegué á un teatro, y ví lo que no fuí á ver, una gran quemazon.

«Reembarqué en Paquete inglés P. SN. C. y estalló la caldera.

«Por lo demás, encontré todas las ciudades en el mismo lugar que las había dejado. Solo en América cambian de sítio como Chicago ó Mendoza.

«Los mismos hombres, las mismas pasiones ansiando, impeliendo tras el vellocino de oro, igual codicia por lo ageno, mujer ó dinero, la misma vaciedad y palabreo que nos invade, la mayor versatilidad, la palabra disfrazando la verdad, el mismo orgullo y vanidad, que todos.

«Aseguro á ustedes que despues de haber recorrido toda la tierra por conocer un poco de más cerca la armazon de esta gran obra del Creador, antes de acabar mi viaje en el valle de lagrimas, sin ser pariente de Diógenes, vuélvome á mi retirado tonel, aislándome de todo el mundo, y apago mi linterna á cuya luz no hé encontrado lo que buscaba.

«Dormir siempre á solas con su conciencia tranquila. Si Ud. vá á hacer algo por que le agradezcan, boleado vá!

«Despues de haber disecado la vida, descarnada de las ilusiones que revolotean cual aladas mariposas brillantes al través del prisma fascinador de la primera edad, se comprende, y observamos como muchos de los pocos sabios que en el mundo han sido, prefirieron á todos los encantos engañadores, encerrarse en los desiertos solitarios de la Tebaida.

«Y los referidos, fueron los menores percances, que los mayúsculos, como lo que me robó mi encargado, y reumas y fiebres del camino, me los callo.

«Con que así, precaveos entusiastas viajeros, á la Exposicion del centenario, no vayais á sufrir encontron alguno, apesar de mi advertencia, como por ejemplo: la guerra continental, unica cosa que faltó á la coleccion de mis delicias de un viaje de placer.

TRADICIONES DE BUENOS AIRES

SEGUNDA SERIE

El primer maestro de Escuela.

1605

El primer inmigrante.
La bandolita frente á San Roque.
El sereno de Antaño.
La Escuela de Don Juan Peña.
El hueco de ña Engracia.
La calle de los mendocinos.
El barbero Hermenejildo.
Don Juan de las casas blancas.
La negra de los alfajores.
Los nacimientos del barrio del alto.
Las siete maravillas modernas.
El millonario suicida, y el atorrante feliz.
Frente á la crucecita de San Juan.
El primer olivo.

1700

Un café del siglo XVII.
El tigre Pizarro.
Los calabozos de Oruro.

1788

La casa de la Vireyna vieja.

1800

La más grande mujer del siglo XIX.
El Cardenal Howar y la monjita de Flores.
La carabina de Ambrosio.
El pescador de la Recoleta.
La Virgencita de la calle Santa Lucía.
El baratillo de la rondanita.
¡Qué buena vista!

1805

El hombre que voló.

1807

Los dos Dioses, ó el Capitan de gallegos.

1808

Una aventura amorosa del ultimo Virey.

1809

Un fusilamiento infantil.

1811

Los dos Gervasios, (Posadas y Artigas).
Los dos frailes (Beltran y Aldao).

1816

La ultima corrida de toros.

1817

El tambor de San Martin.
La bandera argentina en el Mar Indico.

1818

El cañon de la Recoleta.
Boca negra.
El caudillo Chileno. Asalto al Salto.

1820

Ningunilla y Cuasi-cuasi, dos batallas famosas.

1861

Del Cusco á Heliopolis.
Tacuavé en Mandisoví.
El abrazo de Concordía.
Julia de Negri.
(incendiario por amor).
El caudillo Belzú.
La Vírgen del Lujan.
El sueño realizado.
Un domingo en las islas.
El Valle de Santa Ana.

Un Rey Santo y un Santo labrador.
El cacique rubio.
La bella de Bella Vista.
El cacique negro.
La mesa de Pueyrredon.
El ultimo charrúa.
(en las ruinas de Cayastá).
¡No hay mal que por bien no venga!
Sal, si puedes!
Victor Fernandez.
Perdido en media pampa.
Cuentos bajo la carpa.
La primera gota de sangre.

1810

El tambor mayor.
(Real y medio—Miñon y medio).
La revolucion de la trenza.

1811

El corneta de Ayacucho.

1824

La batalla de las langostas.
(24 de Setiembre de 1812).
El soldado Chapaco.
Cabo Cartucho.
El brigada canana.
El espadin del cadete.

1807

Grumete Manrique.

1817

El Alferez Caramanola.
Teniente Mata siete.
El Capitan Mentirola.
El Mayor de plaza.
El Comandante Bouchardo.

1818

Coronel Papas-queman.
El ultimo granadero.
El General pierna de palo.
El primer Almirante.
(continuacion del Capitan Willians).
El Himno de la patria.

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.